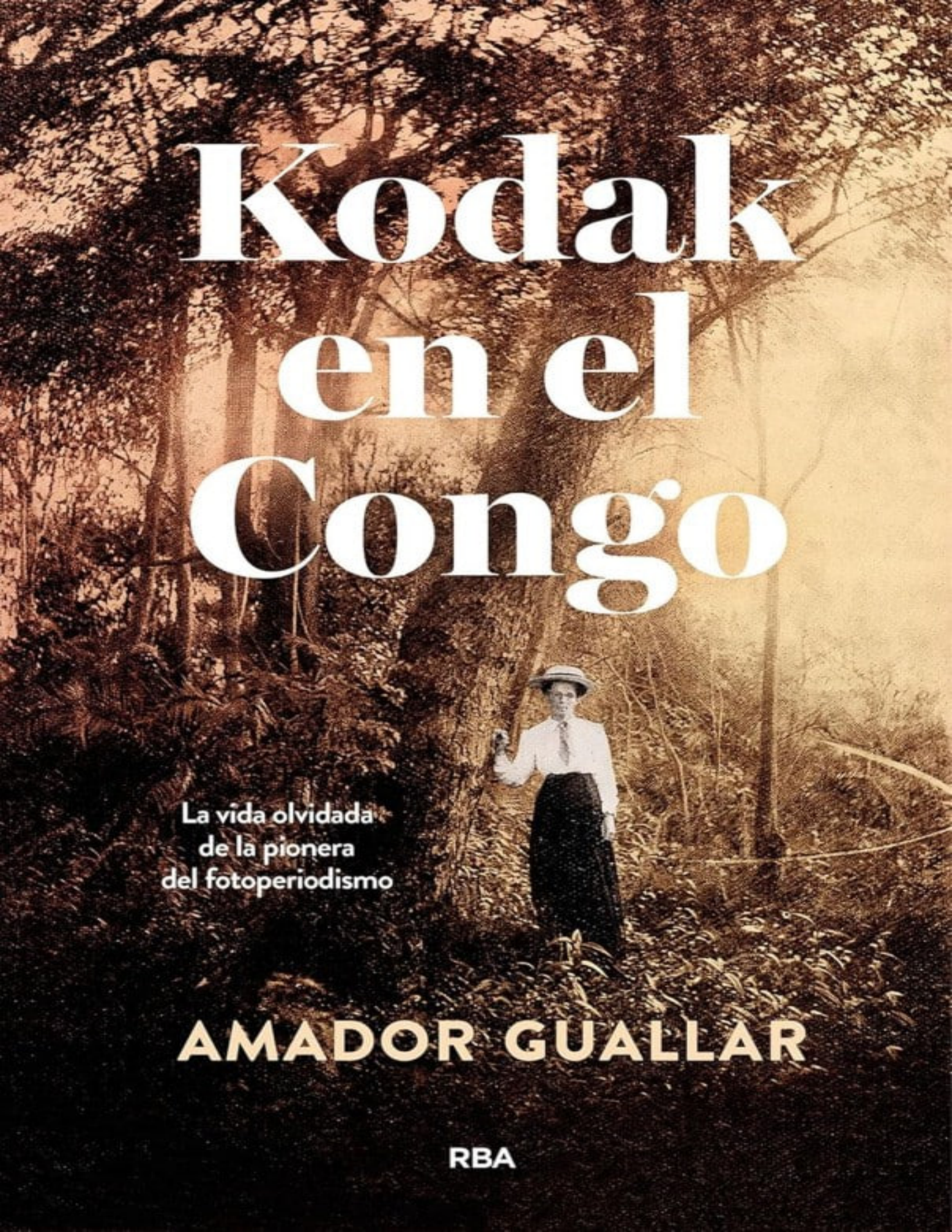
Kodak en el Congo



La vida olvidada de la pionera del fotoperiodismo

AMADOR GUALLAR

RBA

Kodak en el Congo

La vida olvidada
de la pionera
del fotoperiodismo

AMADOR GUALLAR

RBA

Índice

Exordio una pionera de la fotografía de cien años

Primera parte. La gran mentira de la filantropía

1. La bestia se compra el congo
2. Una misionera santurrona en África
3. A la mar me voy, mis hechos dirán quién soy
4. Las versiones de dios y sus tumbas
5. La serpiente de acero está llena de chinches

Segunda parte. ¿Quién soy y dónde está dios?

6. Río arriba, donde dicen que el mundo se acaba
7. Una puerta hacia otro mundo: el funeral del jefe kalala
8. En África no existen los días tranquilos

Tercera parte. la cámara es más fuerte que la espada

9. EL milagro del nacimiento y una visita inesperada
10. Sueños de malaria y cicatrices en la selva
11. Quien salva una vida, salva al mundo entero, aunque ¿hasta cuándo?
12. ¿otra carta para nada?
13. Las dos caras de la moneda
14. Esos malditos misioneros, ¿quiénes se creen que son?

Cuarta parte. El horror y la justicia

15. Una maternidad doble: fotógrafa y madre de nuevo
16. Monsieur Soigné
17. Los sueños de infancia y la selva de la que nunca regresaremos
18. Un colgante de orejas y la misión contra dios
19. La lluvia del congo, una revista y la sabiduría de Impongi
20. El día en que terminó la invencibilidad de leopoldo II
21. Dios es para todos, pero las biblias no son gratis
22. Una balacera para los representantes de dios
23. Los pigmeos huidos y los esclavistas locos
24. El irlandés errante y el principio de la gran lucha

25. El corazón roto de un soldado y la muerte de Van Clacken
26. De una cena con el diablo solo se aprende si sabes quién es

Quinta parte. La fotografía que lo cambió todo

27. Una ventana al infierno de la force publique
28. La fotografía que lo cambió todo: nsala en el infierno
29. El ejército de la paz: la asociación para la reforma del congo
30. Un arma de doble filo: la comisión de investigación
31. La gran empresa contraataca con los periodistas palmeros

Sexta parte. El arma definitiva: la linterna mágica

32. La vuelta a casa y la comprensión de Mark Twain
33. La linterna mágica, el arma sin balas que cambió el mundo
34. Alice en américa: la culminación de un éxito agridulce

Séptima parte. El triunfo nunca es lo que parece

35. Cuando matas al perro, no se muere la rabia
36. El monstruo murió, y la lanza que lo atravesó se rompió
37. Todo cambia para no hacerlo, por eso creemos que cada sueño es nuevo
38. Mi palabra es todo lo que tengo

Notas históricas

Notas

© del texto: Amador Guallar Pérez, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
De las imágenes de las págs. 21, 107, 157, 237, 363, 437 y 477: Wikimedia Commons.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición: junio de 2025.

REF.: OBDO490
ISBN: 978-84-1098-349-6

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

PARA GEMMA,

PORTO EL TEU COR AMB MI

Cuando los hombres malos se juntan, los buenos deben asociarse; de lo contrario, caerán, uno por uno,
en un sacrificio implacable de una lucha despreciable.

EDMUND BURKE,
FILÓSOFO INGLÉS DEL SIGLO XVIII

Un crimen sin paralelo en los anales de la historia. Un gran crimen contra la humanidad.

E. D. MOREL,
ACTIVISTA POR LOS DERECHOS DEL CONGO

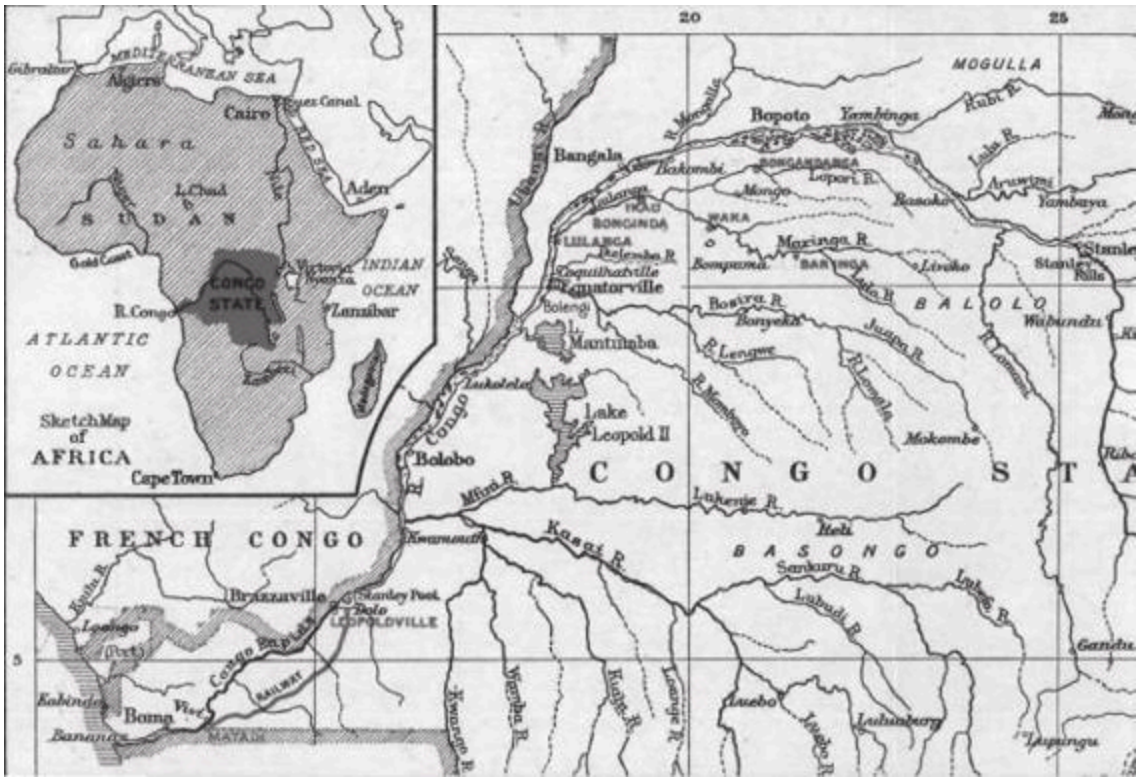
El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños.

ELEANOR ROOSEVELT,
ACTIVISTA Y POLÍTICA NORTEAMERICANA

ESTE LIBRO ESTÁ BASADO EN LA VIDA OLVIDADA DE LA PIONERA DE LA FOTOGRAFÍA DOCUMENTAL

ALICE SEELEY HARRIS

(1870-1970)



Mapa del Estado Libre del Congo con las estaciones de la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá (1900).

EXORDIO

UNA PIONERA DE LA FOTOGRAFÍA DE CIEN AÑOS

CASA DE LOCKNER HOLT, DORKING, INGLATERRA, 1970

«Quienes plantan con lágrimas, cosecharán con gritos de alegría».

Hacía días que el salmo 126, versículo 5, del libro sagrado le rondaba por la cabeza como un mosquito. Lo había encontrado subrayado en la Biblia de John que guardaba en la mesilla de noche, junto a su retrato enmarcado. Su marido llevaba décadas muerto y todavía se inmiscuía en su vida.

Alice Seeley Harris no recordaba lo que había desayunado esa mañana, pero sí a su esposo joven, sonriente, y mientras le explicaba el significado del salmo, como el buen reverendo que era. Aunque a menudo lo adaptaba a sus necesidades.

«El versículo nos indica que el duelo no debe ser una condición permanente», le había dicho una vez. La interpretación era aceptable si no eras la única persona que quedaba con vida para recordarlo todo. La última superviviente.

Encima de la cómoda había una montaña de medicamentos que a veces le hacía creer que vivía en una farmacia, y un estuche cerrado con un collar de perlas filipinas, la única joya que poseía. Y al lado,

una tarjeta de felicitación abierta con el sello del Palacio de Buckingham en la que se leía:

> Su majestad la Reina de Inglaterra, Isabel II, se alegra mucho de la celebración de su centenario y le envía cálidas felicitaciones y los mejores deseos.

Cien años. Si alguien se lo hubiera dicho cuando vivía en las selvas de África se habría desternillado, pensó Alice.

La fotógrafa había nacido en una época y en un mundo en los que la gente iba a caballo. Ahora sus hijos y nietos la visitaban en su casa de Lockner Holt, en Chilworth, un pequeño pueblo de la campiña de Surrey, en sus automóviles más veloces que diez vapores del Congo juntos.

Tras la muerte de su esposo, Alice estuvo mucho tiempo a la deriva, enfrentándose sola al dolor de los recuerdos. La vida intensa y el sufrimiento compartido se habían fusionado con las pesadillas nocturnas. Desde la partida de John llevaba a solas el peso de esas historias, sin nadie a su lado que pudiera comprenderlas.

Algunos días, adormilada, revivía el infierno que la atormentaba y que seguía existiendo, no debajo del suelo sino sobre la Tierra.

Añoraba el tacto de su cámara Kodak. Hacía más de veinte años que no tomaba ninguna fotografía. Cuando todavía se podía mover pasaba horas delante de los álbumes del pequeño archivo que conservaba con la etiqueta: Asociación para la Reforma del Congo. Era todo lo que quedaba de su mundo.

Alice vivía en una habitación rodeada de los recuerdos de una vida pasada colocados en estanterías que no podía alcanzar con la mano.

—No tengo tiempo para mucho más. Ya ni siquiera puedo ver bien mis fotografías —murmuró. Y agarró con sus dedos largos y huesudos la lupa de joyero que le colgaba del cuello sin la que no podía leer.

Los periódicos habían dejado de interesarle. Las noticias y las guerras se repetían. A esas alturas Alice ya se había convencido de que el mundo estaba condenado a no cambiar. África seguía envuelta en el dolor, la discriminación y el expolio, solo que esta vez lo llevaban a cabo los líderes de las nuevas naciones africanas.

Cuando era joven creyó que podría cambiar el mundo. Ahora pasaba sus días sentada en el sillón orejero donde John solía leer la Biblia. Los mejores días eran los que, desorientada, se creía de regreso en la selva verde.

Escuchaba su cantar, sentía el calor y hasta la humedad. Las ensoñaciones eran una máquina del tiempo donde las realidades pasadas seguían existiendo, y se repetían en un ciclo sin fin donde todo sucedía eternamente. En esos momentos, el presente y el pasado eran un viaje de ida y vuelta.

A veces escuchaba a Anna, el ama de llaves de su casa en la misión de Ikau, preguntándole si le apetecía una taza de té, cuando en realidad era su hija pequeña, Katherine, la que le estaba hablando.

Esa mañana se sentía tan atolondrada por el cansancio y el aburrimiento que le costaba distinguir si estaba en aquella habitación o en África. Los desaparecidos Impongi, Anna y Brocanol, entre muchos otros rostros que bailaban en su mente, siempre estaban allí acompañándola. Jóvenes e inmortales.

—Madre Harris, ¿vamos de expedición? Traiga su cámara, esta vez podrá fotografiar lo que quiera —le decía en su mente Anna.

La podía ver de pie en un prado de hierba. No estaba sola. La saludaba con la mano y sonreía sin moverse.

—Anna, ¿has visto la lata donde guardo la Kodak? —preguntó Alice, mientras extendía el brazo arrugado y blanquecino.

—La tiene en las manos, madre Harris, ¿no la ve? —dijo su voz.

—Mañana salgo hacia la selva —se respondió Alice. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. De fondo creyó escuchar la melodía de una caja de música que su padre le regaló cuando era niña.

—¿Mamá? —inquirió alguien, como en otra realidad.

—Broc, ¿dónde están las canoas? Tenemos que salir de viaje —dijo Alice.

—Madre —decían los labios de Anna. Pero ya no era su voz la que le hablaba.

—Dene Morel nos espera —añadió Alice, mientras escuchaba en su mente la risa de Impongi, su guía manco y cojo. Detrás de él, la jungla brillaba llena de vida, perfecta, llamándola a su vientre. De repente todo se difuminó.

—Mamá, despierta —indicó Katherine mientras le acariciaba el pelo con delicadeza.

—¿John? —preguntó.

—No, madre, soy yo, Katherine. ¿Te encuentras bien? Estabas soñando. Es casi la hora del té y tienes una visita muy especial esperándote en la puerta. Los de la BBC han venido desde Londres para conocer tu historia, seguro que no te importará contarla una vez más.

—Katherine, creo que mi final se acerca.

—Madre, pero qué dices. ¡Ni seis reyes han podido contigo! Venga, que los señores de la televisión esperan. ¿No te acuerdas? Te lo dije el martes. ¿Los hago pasar?

Alguien llamó a la puerta con suavidad. Freddie, su hijo mayor, entró acompañado de varias personas que sujetaban focos y una gran cámara de televisión.

—¡Mi niño de la selva! ¿Has venido para llevarme a la reunión cuáquera en Ifield?

—Hola, mamá —contestó él, sonriendo—. No, ya sabes que el médico te ha recomendado reposo. ¿Has visto quién me acompaña?

Dos hombres con aspecto de trabajadores y una mujer vestida y pintada como una modelo de alta costura le saludaron al unísono.

—¿Son los de la BBC?

—Así es, señora Harris —respondió la mujer.

—Seeley Harris, si no le importa.

—Por supuesto, excúseme.

—No pasa nada, querida. Siéntense, por favor.

—Muchas gracias. En cuanto Daniel y Graham hayan montado el set, podremos empezar —indicó la entrevistadora.

—¿Y qué quiere que le cuente? —preguntó Alice.

—Su vida en África, por supuesto.

—Ah, claro. La última vez que el mundo se acordó de mis fotografías y de la causa fue antes de las guerras mundiales. ¿Dónde han estado todo este tiempo?

—Mis disculpas —contestó la mujer con ternura, cosa que a Alice no le gustó—. Pero estamos aquí ahora, ¿no?

—Supongo —refunfuñó.

—Bueno, quería felicitarla por el telegrama de la reina. Su hijo nos lo ha contado y lo añadiremos a la filmación.

—Eso no importa —dijo Alice con un aspaviento del brazo—. Espero que esto sirva para que nuestro trabajo sea recordado de una vez por todas.

—Esa es nuestra intención —respondió la entrevistadora.

Mientras colocaban delante de ella unas luces blancas y deslumbrantes, el cámara la apuntó con un objetivo en el que cabrían tres de sus antiguas Kodak Brownie juntas, según calculó con la poca visión que le quedaba. El más delgado de los dos hombres le puso un micrófono en la solapa y procuró no tocarla demasiado.

Al mirar hacia la cámara recordó que todavía era fotógrafa porque detestaba estar delante de la lente.

—¿Está preparada, señora Seeley Harris? —preguntó la mujer.

Alice asintió.

La entrevistadora se aclaró la voz, el cámara acercó el ojo al visor y una luz roja se encendió en la parte frontal del aparato. El calor del foco le hacía pensar en la jungla.

—Bienvenidos, queridos telespectadores. Hoy, en el programa *Mujeres con influencia* contamos con una invitada de excepción. Una pionera que recorrió África a pie y en canoa a principios de siglo. La primera mujer fotógrafa antes de que existiera el fotoperiodismo, que luchó por los derechos de los congoleños con sus imágenes. Muchas gracias por estar con nosotros, Alice Seeley Harris. ¿Cómo recuerda aquellos días? ¿Qué la llevó a internarse en aquella jungla primitiva?

Alice miró fijamente a la mujer que le sonreía con una ternura que le incomodaba. Estaba a punto de contar su historia por última vez. Por fin.

—Todo sucedió hace mucho tiempo; ese mundo ya no existe. Las razones que me llevaron a África empezaron muchos años antes de que pusiera un pie en el continente, cuando en el Estado Libre del Congo reinaba el asesino belga...

PRIMERA PARTE

LA GRAN MENTIRA DE LA FILANTROPÍA



Caricatura del rey Leopoldo II de Bélgica junto a una valla en la que se lee: «Propiedad privada. No se admite a los filantrópicos».

FRANCIS CARRUTHERS GOULD, 1906

1

LA BESTIA SE COMPRA EL CONGO

PALACIO DE LAEKEN, BRUSELAS, 1885

Las risas aniñadas de las dos chicas que correteaban por el dormitorio contiguo entraron por la puerta abierta del estudio como una brisa que le sabía a la juventud que, hacía mucho tiempo, él había perdido.

Leopoldo II de Sajonia-Coburgo-Gotha estaba tendido sobre un sofá dorado tapizado de rojo. La energía revitalizante que desprendía el jolgorio de las adolescentes suponía una transfusión de vida. Sin embargo, no era suficiente. El rey de los belgas quería un mundo entero. Faltaba poco, si todo salía según lo previsto.

—Un golpe maestro de geoestrategia internacional. Será la mayor conquista de la historia de Bélgica. Esta vez no fallaremos —murmuraba para sí mismo. Carraspeó y se limpió el sudor de las manos en el batín de seda china.

Desde su último fracaso colonial, cuando intentó comprar el territorio español en las Filipinas, el soberano había aprendido que el éxito de su reinado iba a depender de aquellos que mejor hiciesen el trabajo sucio por él. La quintaesencia de la política. De momento no se había equivocado con el barón François Auguste Lambermont, su

mano derecha y mejor sicario en el Parlamento belga, aunque las dudas empezaban a estrujarle los intestinos.

El monarca esperaba ese día uno de sus telegramas, el más importante de todos, que debía llegar desde la capital alemana. En breve sabría si Lambermont había conseguido ratificar el Acta General de Berlín. Con ella iba a certificar, en nombre de su última creación, la Asociación Internacional del Congo, la adquisición de más de dos millones de kilómetros cuadrados de tierra virgen que pasarían a ser de su propiedad privada. El rumbo de su reinado iba a cambiar para siempre.

Leopoldo II pasaba una semana en su palacio de Laeken para alejarse del bullicio y las miradas inquisitivas de Bruselas. Llevaba todo el día perdido entre la carne joven que le suministraban sus súbditos.

La impaciencia de la mañana le había provocado unos nervios en forma de retortijones profundos y agudos. Consiguió paliarlos al mediodía a base de champán, coñac y la compañía femenina que reía en el dormitorio. En ese momento hasta había perdido el apetito por ellas.

Un reloj de oro macizo que simulaba la punta de un campanario, colocado al borde de la mesa del escritorio, marcaba las cinco menos cuarto de la tarde. A su lado, una cubeta de champán de plata reposaba sobre un pie dorado de estilo rococó. Había pertenecido a varias generaciones de su ilustre familia, cuyo miembro más famoso era su prima, la planetaria reina Victoria I de Inglaterra. En el interior, una botella vacía de champán francés reposaba clavada bocabajo en una montaña de hielo.

El pelo grisáceo de Leopoldo II estaba enmarañado y su barba negra con mechones blancos, revuelta y despeinada. Esto acrecentaba la hendidura de sus ojos sobre unas ojeras profundas y azuladas como el océano Atlántico.

Hacía dos noches que no conseguía pegar ojo.

El rey extendió el brazo, cogió la copa de coñac Napoleón III del escritorio y apuró de un trago los dos dedos que quedaban. Le dejó la garganta ardiendo. A veces el dolor sienta bien, pensó.

—Lambermont, Lambermont —murmuraba, y miró el reloj.

Las risas de las adolescentes que se acercaban, le devolvieron a la realidad. El soberano se ajustó el batín bajo el que iba desnudo e hizo ademán de coger la botella de champán. Al verla vacía miró la copa de coñac que había dejado sobre el escritorio instantes antes; tampoco quedaba nada del licor marrón.

—¿Leeeo? —dijo una de ellas con voz sensual—. ¿Dónde estás? Nos aburrimos y la cama se enfría —añadió, mientras la otra voz reía traviesa.

—¡Habrá que pedir más champán! —gritó el monarca.

—¿Leo, amor? —insistió la voz.

Una de las jóvenes asomó la cabeza y parte del cuerpo por la puerta. Iba como Dios la había traído al mundo, excepto por un chal transparente y un collar de perlas filipinas alrededor del cuello, regalo del soberano. Era rubia, delgada, de figura pubescente que bordeaba la infancia, los pechos pequeños como peritas de San Juan y la cara llena de pecas que contrastaban con su piel blanca y sedosa. No debía tener más de diecisiete años.

Al soberano le gustaban las jovencitas. Y sus secretarios se las procuraban en los bajos fondos de Bruselas o Amberes. Sobre todo

las que se habían dado a la calle desde que eran niñas y no conocían otra vida.

—¿Vienes? ¿Qué haces aquí dentro, tan solito? —insistió la chica, que le sonreía como un pequeño ángel de las tinieblas.

—¡Sí! ¿Qué hace nuestro reyecito? —inquirió la otra, que asomó también la cabeza. Tenía el pelo rojo, rizado y casi le llegaba hasta la cintura.

—Queridas, espero noticias importantes. Enseguida estoy con vosotras. Andad, sed unas buenas niñas y pedidle al camarero dos botellas más de champán. Pronto brindaremos —dijo mientras se imaginaba bebiendo de sus pechos y se pasaba los dedos por el bigote desaliñado.

—¿Y un poco de caviar? —contestó la pelirroja.

—¡Y fresas! —añadió la rubia—. Eres un rey, ¿no? Pues también uvas, un racimo fresquito —dijo como si hablara de diamantes comestibles.

—Pedidlo todo. ¡Lo que queráis!

—Pues yo desearía un collar mejor que el de ella —espetó la pelirroja, exponiendo su desnudez ante el monarca.

Leopoldo II sonrió.

—¡Eh! —protestó la otra, y le dio un cachete en el culo a su amiga.

Al rey de los belgas se le erizó el pelo del cogote como si fuera un troll del bosque que espía escondido a una criatura a la que está a punto de devorar.

—Lo tendrás luego. Ahora id a por todo lo que os he pedido y esperadme en la cama.

—A sus órdenes, majestad —respondió la rubia, y se metió en la habitación entre risas a la vez que cogía a su compañera del brazo para tirar de ella.

Antes de desaparecer, la pelirroja se señaló el cuello y le guiñó el ojo.

Leopoldo II dirigió la mirada hacia la pequeña puerta que había entre dos estanterías de libros que llegaban hasta el techo. Tenía más de cuatro metros de alto y estaba decorado con murales donde varios ángeles en un cielo azul turquesa hacían soplar las nubes.

—Lambermont, diablos, ¿dónde te has metido? —masculló.

Las dudas del monarca volvían y se traducían en nuevas oleadas de retortijones que le acuchillaban el estómago. Pero solo al pensar en que estaba a punto de aumentar los dominios de Bélgica alrededor de setenta y seis veces su tamaño, se excitaba como un niño malcriado.

Dolor y placer; dos de los pasatiempos favoritos del monarca. Además, le hacían pensar en Henry Morton Stanley que, inesperadamente, le había dado un reino descomunal a cambio de costear sus expediciones.

Contratar al explorador británico, famoso por encontrar en 1871 a David Livingstone, el misionero perdido y presuntamente muerto en el desconocido centro de África, fue la base de lo que Leopoldo II creía que era su golpe magistral.

La primera vez que se reunieron en Bruselas, el 10 de junio de 1878, el inglés lo dejó más que impresionado. Era un hombre menudo, de mirada dura y piel del color del cuero y ennegrecida por el sol. Acababa de regresar de un viaje de un año en el que bajó por el río Congo desde Nyangwe. Stanley lo miraba con la expresión de

los hombres que han ido más allá de lo comprensible, los que se saben superiores a los nacidos con un pan, o incluso la panadería, debajo del brazo.

El carisma que desprendía el británico enseguida despertó los celos del monarca. Sin embargo, tras la charla entre ambos, entendió que el futuro pertenecería a los emprendedores que supiesen aunar el descubrimiento de nuevos mundos con el ansia de notoriedad y de hacerse ricos. No tardó mucho en comprobar lo segundo. El acuerdo secreto que pactaron para establecer la colonia belga en el Congo no fue barato: veinticinco mil francos al mes durante los períodos en los que el explorador estuviese en Europa, y cincuenta mil por los que deambulase a través del continente africano, durante cinco años.

Leopoldo II recordó cómo la cara del explorador se iluminó al firmar el contrato. Así se convirtió en un hombre nadando en la abundancia. Eso le dio esperanzas.

Stanley, que también era periodista —una profesión que el monarca detestaba y admiraba a partes iguales—, era un hombre difícil de descifrar. Estaba enamorado de África y de sus gentes, pero los engaños y artimañas diplomáticas que utilizaba estaban sometiendo para siempre al continente negro.

Amaba aquella tierra. Nada lo evidenciaba más que su hijo adoptivo, Ndugu M'Hali, al que llamaba Kalulu (conejo) de forma cariñosa. Su nombre significaba «el hermano de mi amigo», pero a él no le gustaba porque era el que le habían dado cuando se lo habían vendido en Tabora, Tanzania. Allí lo liberó y lo convirtió en su hijo. Juntos viajaron por Europa, América y las Seychelles. Incluso le había dedicado un libro: *Kalulu, príncipe, rey y esclavo*, en 1873. El

pequeño murió durante una expedición en 1877, mientras cartografiaban una sección de las Cataratas Livingstone.

Los minutos pasaban y la paciencia de Leopoldo II llegaba a su límite. El alboroto de las chicas empezaba a resultarle molesto.

Cerró los ojos y pensó en el mapa de África que colgaba en la pared de su archivo secreto de Bruselas. Visualizó las partes vacías que estaban siendo descifradas, kilómetro a kilómetro, gracias a los esfuerzos de su conquistador de las junglas africanas y los que le habían seguido. En 1880, el inglés Thomson exploró el Chambechi y el Lukuga. El alemán Von Mechow recorrió el Kwango en 1881. Su compatriota Von Wissmann cruzó el río Kasai hasta Nyangwe y llegó a Zanzíbar entre ese año y el siguiente. El francés Giraud exploró los lagos Moero, Bangwelo y Tanganica en 1883. Más tarde, los aventureros Böhm y Richard descubrieron el lago Upemba. Al mismo tiempo, Wilhelm Junker se internaba en el territorio desconocido de los ríos Uele y Aruwimi. Cada expedición clavaba su bandera y reclamaba el territorio.

El plan estuvo sellado y cerrado como los grilletes de los esclavos cuando, en 1884, Alexandre Delcommune hizo nacer y crecer a la ciudad de Boma, centro neurálgico de todas las futuras operaciones coloniales. El dominio estaba comunicado y listo para reclamar en Berlín. La guinda vino en forma de otra ciudad. El incansable Stanley le regaló Kintambo, un pequeño pueblo en Pool Malebo al que cambió el nombre por el de Leopoldville en su honor, y que años más tarde se convertiría en la capital del país.

Los descubrimientos facilitaron la llegada de todo tipo de oportunistas. La lista era larga. Tanto que los negocios ya ocupaban una cuarta parte del gran archivo secreto en Bruselas. Allí, un

ejército de burócratas de su máxima confianza coordinaba la organización de los tratados y acuerdos comerciales para que fuesen aceptados por las otras naciones europeas.

Los acontecimientos de Berlín ya deberían haber terminado, pensó Leopoldo II. Sentía que una vena gruesa le palpitaba en la frente. Y no era para menos; la argumentación de su legitimidad sobre los territorios del Congo se basaba en mentiras, como la abolición de la esclavitud que, en realidad, era el motor de la incipiente colonia.

De repente alguien llamó a la puerta del estudio. El monarca se sobresaltó y las dudas desaparecieron en un santiamén. Se levantó de un salto y se precipitó hasta el umbral de la puertezuela mientras se abrochaba el batín.

—¡Alto, voooy! —gritó, claramente intoxicado.

—¿Alteza? —preguntó una voz al otro lado—. Un mensaje desde Berlín. Es de Lambermont. Urgente.

El soberano abrió la puerta con tanto ahínco que el sobre, que reposaba en una bandeja de plata que sostenía uno de los sirvientes, casi salió volando. El hombre hizo ademán de entregárselo pero no le dio tiempo. Leopoldo II lo cogió al vuelo, se metió en el estudio y, sin decir nada, cerró de un portazo.

Cuando volvía hacia el sofá tropezó con la cubeta del champán, que se tambaleó y casi cayó al suelo. Él ni se inmutó, absorto como estaba en el sobre que sujetaba entre sus manos. El futuro en un telegrama, pensó.

—¡Leeeo! —gritó la chica rubia desde la habitación de al lado—. Ya hemos cenado y ahora tenemos hambre de otras cosas —añadió

con la risita de la pelirroja de fondo y el poppop del tapón de una botella de champán.

—¡Enseguida! —gritó. Estaba casi hipnotizado por el sobre. Se sentó en el sillón orejero—. Todo se reduce a un papel —murmuró.

Si el plan había fallado, lo siguiente sería la bancarrota total. En caso contrario, estaba a punto de saber si se había convertido en el dueño de una propiedad privada del tamaño de cualquier país europeo.

La llamaría Estado Libre del Congo.

El soberano rompió el sobre con ambas manos, desplegó el telegrama y sintió pavor antes de leer las cinco líneas:

El acta ha sido firmada, el apoyo a Bélgica es total.
Todas las demandas claves han sido ratificadas y legalizadas.
La concesión personal de propiedad es un éxito.
Todo listo para la transformación en Estado privado.
Vía libre para expandir e industrializar las actividades comerciales.

BARÓN A. LAMBERMONT

Debajo de las letras mecanografiadas reconoció la letra de su otro secretario personal, Émile, quien, entre signos de exclamación, comentaba:

¡Majestad, lo ha conseguido! ¡El sueño colonial belga ya es una realidad!
Le esperamos ansiosos en Bruselas.

ÉMILE

Leopoldo II tardó unos segundos en procesar la información. Se levantó sosteniendo el telegrama en ambas manos y sonrió complacido. No se dejó llevar por el sentimiento que le impelía a aullar de felicidad. Era el soberano y los reyes no se contaminan con las banalidades del pueblo llano, se decía para dar rienda suelta a su habitual disposición fría, hierática y con el mismo complejo de superioridad que las esfinges egipcias.

Sin levantar la vista del telegrama, el monarca se dirigió hacia la puerta de la habitación. Las dos jóvenes lo recibieron con una sonrisa.

—Niñas —dijo alzando la voz.

—¡Leo, te hemos echado de menos! —espetó la rubia.

—¡Dónde está ese champán, joyitas mías! ¡Estamos de celebración!

—¡Síííí! —gritó la pelirroja mientras el monarca se dirigía a la cama.

Antes de llegar a las sábanas revueltas dejó caer el telegrama al suelo.

—El abogado ha cumplido con creces —murmuró, ya entre las dos adolescentes que, desnudas, empezaban a quitarle el batín.

—Ven, amor, bebe de mí —dijo la pelirroja.

Cogió la botella de champán y se echó un poco de líquido espumoso entre los senos pequeños, puntiagudos y coronados por dos pezones rosados y gruesos que lo hipnotizaron de inmediato.

Leopoldo II se metió entre las sábanas y cogió por la cintura a la joven de pelo rojo. Mientras, esta le indicaba con el dedo que le besase en el cuello.

Dos días después, de pie frente al grandilocuente mapa de África pintado en una de las paredes del archivo secreto, el soberano observaba henchido cómo uno de sus funcionarios dibujaba un nuevo afluente del río Kasai. Luego, con unos trazos pequeños, el escriba marcó las estaciones comerciales abiertas recientemente. Las vías de ferrocarril dibujadas que salían desde Matadi empezaban a avanzar hacia el interior del territorio.

Unas semanas atrás, África era un continente de tribus y misterios. Poco menos del veinte por ciento de su superficie estaba ocupada por los poderes extranjeros. En un abrir y cerrar de ojos, las naciones europeas la dividieron en cincuenta países que no tenían en cuenta los antiguos reinos africanos. Seguramente, lo hicieron a propósito para crear una beligerancia civil, un odio entre tribus que ayudase a destruirlos desde dentro. Esa era una de las tácticas que Leopoldo II empleaba en las fronteras de la colonia.

Por otro lado, los aranceles comerciales que estaba a punto de aplicar en sus dominios supondrían una bofetada para los planes de las demás potencias. Sobre todo para Gran Bretaña, la gran vencedora en el reparto con un dominio de colonias que extendía su poder de una punta a otra del continente: Egipto, Sudán, el África Oriental Británica (Uganda y Kenia) y Rodesia (Sudáfrica, Zambia, Zimbabue y Botsuana). Y en la costa oeste, los puestos coloniales en la Gold Coast (Nigeria y Ghana).

Francia también exportó a sangre y fuego su extraña y tiránica versión pervertida de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, en el África occidental; desde Mauritania hasta Chad, así como en la parte ecuatorial, tras la creación de los territorios de Gabón y la República del Congo.

Portugal, la primera en llegar al continente, se quedó con Mozambique en el este y Angola en el oeste. Italia se hizo dueña de Somalilandia y de una parte de Etiopía, ocupada por judíos y cristianos desde hacía milenios. España, la gran potencia caída en desgracia, se quedó con unas migajas al lado del río Muni, en Guinea Ecuatorial.

Los alemanes solo obtuvieron una posesión en la desolada y abrasadora África sudoccidental (Namibia), y una pequeña porción en el África oriental (Tanzania). Poco podrían hacer frente al poderío comercial inglés en la región. Leopoldo II sabía que, a la larga, los teutones y su orgullo herido y cabezonería folclórica acabarían protestando, quizás incluso por las armas. No llegó a verlo pero estaba en lo cierto. Las disputas coloniales causaron la Primera Guerra Mundial. Y las consecuencias de esta propiciaron, dos décadas después, la segunda vez que el mundo se intentó suicidar.

Todas las potencias tenían una cosa en común: la explotación sistemática, el asesinato y la extinción de las culturas originales, auténticas propietarias de la tierra que pisaban. Fueron a librar al mundo de la esclavitud, a suprimirla, según el acta firmada en Berlín, pero el primer resultado fue la creación del mayor Estado esclavista de la historia bajo el paraguas legal europeo.

Leopoldo II estaba en desventaja. Al contrario que el resto de los países, su pequeño ejército no daba abasto. Dependía del Parlamento. Tenía que nutrir las filas de la Force Publique, la fuerza de seguridad colonial, con miles de mercenarios y buscavidas llegados de toda Europa. La mayoría, gente sin escrúpulos y con el alma corrompida por el comercio de seres humanos; individuos más

dados al látigo que al diálogo, y a la bayoneta como método para resolver cualquier disputa tribal.

Aunque para eso también tenía un buen plan de contención: buscar la legitimidad de las misiones religiosas. Estas habían seguido a los exploradores y él había permitido que se instalasen junto a las estaciones comerciales a lo largo del Congo y sus afluentes.

El monarca estaba convencido de que esos locos de Dios serían fáciles de manipular. Con darles terrenos y financiación para sus actividades e iglesias estarían contentos.

«Al fin y al cabo, solo quieren a más fieles entre sus filas», se dijo. Entonces reparó en uno de los secretarios que archivaba unos mapas con las rutas para el transporte de marfil y le hizo un gesto con la mano.

—Tome nota —le dijo, sin mirarlo.

El joven se detuvo y obedeció al instante. El monarca dictó con los ojos clavados en el mapa.

—Para Émile: aumentar la financiación de las misiones evangélicas protestantes, con el objetivo de abrir nuevos canales comerciales. Hacer hincapié en las palabras del difunto David Livingstone: «Nuestra labor es liberar África mediante la introducción del cristianismo, el comercio y la civilización». Mándelo enseguida —ordenó, y esbozó una sonrisa.

Leopoldo II sabía que entre los misioneros había algunos radicales, ¿pero qué daño podían hacerle un puñado de exaltados? Hasta el momento los tenía en el bolsillo. Más aún, muchos de los misioneros lo veían como un agente para la salvación del Congo. Ni siquiera perdió un segundo en pensar en los inconvenientes de jugar a la religión.

—Atravesaré las tinieblas de la barbarie y aseguraré en el África central la bendición de un gobierno civilizado —murmuró. Parafraseaba uno de los discursos que Lambermont le había escrito, sin quitarle ojo al mapa que aún contenía espacios en blanco en el centro—. Alcanzaremos un esplendor digno de Luis XIV y su imponente Versalles. Ahora ni Europa, ni Dios, ni sus santurrones me podrán detener —dijo sonriendo.

2

UNA MISIONERA SANTURRONA EN ÁFRICA

RÍO KASAI, SUR DEL ESTADO LIBRE DEL CONGO, 1898

La selva solo revela sus secretos más profundos a aquellos que se adentran en su oscuridad y se arriesgan para descubrirlos, aunque no siempre sea por voluntad propia.

Hacía tiempo que la voluntad de Alice no le pertenecía. La compartía con la palabra de Dios. Esta ahora se difundía por la jungla primigenia habitada por un pueblo ancestral, antediluviano, al que buscaban en algún lugar del bosque que atravesaba la expedición. Un paraje denso, misterioso, taciturno e irreverente donde cada trayecto podía ser el último viaje hacia el lugar en el que «la Tierra está repleta de cielo y cada arbusto común arde con Dios», según les había descrito la selva el jefe de su congregación, el reverendo doctor Henry Grattan Guinness, fundador de la Unión Misionera Regiones del Más Allá, durante un discurso en Londres.

Aquellas palabras le vinieron a la mente mientras las canoas en las que viajaban se deslizaban por el estrecho afluente del río Kasai como gusanos de seda gigantes. Alice procuraba no fijarse en las bordas que, a tan solo tres palmos del agua, trazaban la frontera entre la vida y la muerte. Los cementerios para europeos de la misión de Leopoldville, de donde habían salido dos noches antes, y

del resto del Congo, estaban llenos de tumbas frescas, a menudo vacías.

—Señorita inglesa, ¿tiene usted sed? —preguntó uno de los remeros, que le ofrecía un sorbo de agua de una cantimplora hecha con una calabaza seca.

—No, gracias, estoy bien —respondió Alice.

El calor era sofocante. Hacía sudar hasta las hojas, sobre todo las que el rocío hacía resplandecer gracias a la luz que rebotaba en las aguas que las proas de las canoas perturbaban casi como un sacrilegio.

Sabía que había sido un error adentrarse en la selva ataviada con un vestido de pies a cabeza. Sin embargo, seguía con la blusa abotonada hasta el cuello, empapada de sudor, al igual que la chaqueta a juego, dignas de una refinada dama victoriana convertida en misionera. «Los santos sufrieron mucho más», se decía ella.

Lo cierto es que se moría de sed. Tenía los labios y la garganta seca. Aunque, solo con pensar en ir al baño, se le quitaban las ganas de beber. En la jungla, algo tan simple como eso se convertía en un verdadero quebradero de cabeza. Tenía que aguantar hasta que no pudiese más. Olvidar que su boca estaba tan seca como el desierto casi extinto de vida en el que se internó Moisés, al contrario que el laberinto infinito de bosques, valles y ríos que nacían del río Congo.

Hacía horas que las canoas habían dejado atrás el último punto cartografiado al sureste de la región de Kasai. El afluente por el que navegaban —sin nombre todavía, al menos no en sus mapas— se ensanchaba y contraía como si fuese un pulmón de riberas, tan frondosas que ni siquiera las embarcaciones más pequeñas podían

atracar. La luz amarilla del día, que se escondía tras las copas de los árboles, atravesaba el follaje espeso con unos rayos que parecían largos dedos dorados.

En uno de los recodos las ramas se balanceaban de aquí para allá.

Un grupo de grandes monos surgió del bosque. Alice advirtió cómo les seguían durante un buen trecho. Los animales los miraban con curiosidad y observaban todos sus movimientos desde la jungla oscura, que les pertenecía más que a nadie.

Algunos saltaban entre los árboles. Cada poco, se detenían sobre una rama para seguir con sus ojos, humanos hasta el escalofrío, la hilera de barcas que remontaban las aguas. Alice tuvo la sensación de que con sus zarandeos y chillidos emitían un mensaje claro: vosotros sois las criaturas extrañas, los intrusos que irrumpen en nuestro paraíso natural.

—Son chimpancés. Un gran grupo, por lo que parece. Deben ser más de treinta. Este es su territorio —explicó el remero que le había ofrecido agua, que iba sentado junto a la carga asegurada con redes hechas con lianas.

La expedición contaba con suministros y provisiones suficientes para tres días de viaje. Los fardos contenían pescado seco, mandioca y cuentas de vidrio de colores. La carga también incluía algunos productos muy codiciados como sal, telas, alfileres y agujas para coser. Con todo ello comerciarían con los habitantes de la aldea del extraño e insondable pueblo baketi, hacia la que se dirigían. Aquellos objetos eran una carta de presentación para introducir, y a menudo camuflar, su misión verdadera: llevar el Evangelio al Estado Libre del Congo.

No obstante, desde que unas semanas antes habían desembarcado en la colonia propiedad del rey de los belgas, los caminos del Señor se presentaban más inescrutables de lo que su fe como misionera jamás hubiera imaginado al partir de Londres. En algún momento, y sin remordimientos, Alice había cambiado la Biblia de Saint James por la cámara Kodak Brownie. Esta viajaba dentro de una lata en el fondo de la canoa, entre sus pies. Así la protegía de las salpicaduras que producían los remeros bogando a contracorriente.

Uno de los simios más grandes, un animal anciano con la espalda plateada, calvo, tuerto y con varias cicatrices en la cara, cogió un gran mango y le hizo una mueca a Alice enseñándole los dientes. Jugueteó con la fruta como si fuese una piedra preciosa y, sin previo aviso, la lanzó con todas sus fuerzas hacia las canoas, mientras arqueaba su largo brazo lleno de costurones al tiempo que profería unos gritos espeluznantes.

Sin embargo, los alaridos solo despertaron una sentida risotada entre los remeros. La fruta que había endurecido con sus manos negras y callosas no alcanzó a ninguna barca. El animal no tardó en volver a intentarlo, solo que esta vez el proyectil pasó por encima de sus cabezas y Alice tuvo que agacharse.

—No se preocupe, señorita inglesa, esos animales no saben nadar y tienen muy mala puntería —añadió el remero con un tono conciliador.

—Eso espero, aunque estoy bien —respondió ella.

—Mientras no nos tiren piedras —indicó en lingala el último remero de la fila de proa, la lengua más común del río Congo—. Y

en realidad sí que saben nadar. Una vez, cuando era niño, vi a un grupo cruzar una parte del lago Tanganica.

Alice había pasado largo tiempo estudiando lingala en Inglaterra, y después durante el trayecto de dos meses en el transatlántico que les trajo hasta el Congo. Pero en los libros era imposible entender los cientos de acentos de aquella lengua, sin nada en común con la suya y sobre la que solo había estudiado una gramática, confeccionada por uno de los misioneros locales para poder traducir la Biblia. Le costaba comprender lo que decían.

—¡No sabes de qué hablas! —protestó el remero—. Conozco estas aguas y jamás los he visto nadar. Son animales inteligentes y saben muy bien que debajo de la superficie se esconden dientes tan afilados como los suyos. No asustes a la señorita.

—Yo los vi nadar —insistió el remero.

—¡Silencio! —espetó Elumbe Dickmann.

Era el jefe de la partida de diez bogadores que impulsaban la canoa, además del guía de la expedición. Era mulato, de padre alemán y madre de la tribu de los bangala. Tenía el pelo rizado, la piel del color del chocolate con leche y los ojos, dependiendo de la luz, entre marrones y verdes.

En Leopoldville, a Dickman se le conocía como un hombre «capaz, firme incluso con el látigo, y un gran organizador de rutas al sur del río Congo». Eso le había dicho a Alice el reverendo Newton, quien lo había recomendado en la casa donde se hospedaban en Leopoldville. «También habla más de diez dialectos congoleños con la fluidez de los aldeanos. Es un hombre que vive entre los dos mundos; hijo de la selva e hijo bastardo de Europa», había añadido.

Desde su partida desde los muelles de la ciudad, el guía mulato se había mostrado duro, impenetrable, callado y, en todo momento, vigilante. Los hombres lo miraban con un temor respetuoso.

—Dejad de molestar a la jungla. El río está vivo, mostradle el respeto que se merece —concluyó Dickmann, y volvió a centrar su atención en las aguas que salpicaban la punta de la proa, en busca de obstáculos y bancos de arena.

Cuando Alice se giró para ver al grupo de monos en la ribera, estos habían desaparecido, excepto el viejo simio, que todavía estaba de pie agarrado a un tronco. Les observaba pasar con una expresión inteligente, vengativa, envuelta en un silencio que helaba la sangre. La inglesa tuvo la sensación de que el animal sabía algo que ellos desconocían. Y se regodeaba de ello.

A ambos lados, la selva era un candado verde. Las horas pasaban y los colmillos del calor se clavaban lenta y profundamente. Los remeros sudaban a chorros. Alice no pudo más y se desabrochó el cuello de la camisa. Un acto sencillo pero que, en un chasquido de dedos, hizo que algo en ella cambiara. Al contrario de lo que se esperaba de una perfecta dama victoriana, según había sido educada por su madre, se sentía mucho más segura entre los remeros, todos hombres del pueblo llano, que en cualquier evento de la sociedad londinense. Su marido, el reverendo John Hobbis Harris, que estaba sentado Biblia en mano en la embarcación detrás de la suya, había insistido mucho en que todos los remeros contratados fueran voluntarios. Dickmann se lo había garantizado.

—Concuerdo, reverendo —había afirmado el guía—. Será un grupo armonioso y que se conoce. Espíritus alegres que reman con sus

amigos. Un viaje seguro en canoa es una tarea cooperativa. Es usted un hombre inteligente.

Ambos sabían que el éxito de la expedición dependía de la destreza de esos hombres musculosos. Ellos eran los caballos, las riendas y la calesa. Las canoas más grandes, no aptas para las aguas brumosas que la expedición surcaba, podían albergar más de treinta remeros. La exacta sincronía daba al bote un aspecto de cuerpo gigante del que salían decenas de brazos, tal que una deidad hinduista.

El río se inundaba con sus canciones, compuestas por ritmos sincopados e integrados en el ejercicio constante. Cantaban tonadas alegres durante los viajes largos, tristes para las noches oscuras, melancólicas cuando el sol se ponía y el cielo estaba roto por un éxtasis de rojos y amarillos sobre la selva, tan preciosos que hasta dolía contemplarlos. También entonaban canciones duras si se sentían amenazados, líricas cuando echaban de menos a sus hogares y familias, o divertidas y tímidas al cantar sobre sus amantes. Cada ritmo tenía un sentido, un lugar, y era igual de importante que el timón de caña en la popa.

Las marismas de alrededor estaban sumidas en la música de su propia orquesta de pájaros y bestias que Alice nunca había escuchado antes. Cuando los hombres empezaron a cantar, primero entre murmullos y luego acompasando sus voces como si fuesen el coro de una iglesia, las aves de colores vivos y chillones no se espantaron. La melodía de los remeros era parte de la jungla.

De repente el grupo enmudeció y la selva con ellos.

—Estamos rodeados de espíritus que nos miran —susurró uno de los hombres.

Entre el follaje apareció un tótem de dos metros de alto con cuatro caras talladas, una a cada lado. Todas tenían expresiones terroríficas, parecían desfiguradas por los gritos sordos que estaban a punto de dar.

—¿Por qué ya no cantan? —le preguntó Alice a Dickmann.

—Esta es una tierra muy antigua, señora Alice —respondió el guía, mientras ambos observaban la figura de madera que, extrañamente, la selva no había cubierto con sus tentáculos de lianas—. En estos bosques viejos viven espíritus muy antiguos. Algunos de los muchachos temen que, si abren sus bocas, puedan poseerlos. La tierra de los baketi asusta a muchos hombres fuertes, sobre todo los que vienen de la costa —explicó Dickmann.

El guía apuntó con el dedo hacia un islote verde sobre el que reposaba un cocodrilo con la piel escamada y seca. Era casi tan largo como la canoa.

A medida que el río se estrechaba, los bancos de arena eran cada vez más cambiantes y traicioneros. Sobre todo porque confluían con rápidos y remolinos. Solo los navegantes más experimentados sabían surcarlos para no volcar en las aguas infestadas de cocodrilos con fauces tan grandes como un torso humano, e hipopótamos capaces de partir a cualquier tripulante en dos. El paraíso natural con el que Alice tanto había soñado desde niña era en realidad una trampa mortal.

Pocos europeos se habían adentrado en los confines del Alto Congo. La mayoría eran exploradores con largas barbas y sombreros salacot. Ninguno lo había hecho vistiendo un vestido victoriano, ceñido en la cintura y que la selva convertía en un guante encharcado por el que apenas transpiraba la piel.

No le importaba.

Desde el interior de la canoa, el mundo le parecía un lugar mucho más sencillo que la vida que había dejado en Inglaterra. Allí se sentía atrapada dentro de la burbuja de la sociedad victoriana, aunque esta seguía presente a través de la percha del traje que la estaba martirizando.

En su mente resonaron las palabras de Edward Vilah, un soldado veterano reconvertido en cazador de elefantes al que había conocido durante el largo viaje oceánico, en el que a menudo se había preguntado qué hacía ella allí. ¿Por qué Dios la impulsaba a llevar su palabra a una tierra tan lejana? ¿Era su voz o en realidad solo la de occidente camuflada? Fuera lo que fuese, las palabras del cazador retumbaron en su cabeza como las campanas antes de la misa del domingo: «Si quieres vivir, nunca te bajes del barco».

Sin embargo, eso era precisamente lo que estaban a punto de hacer.

Con suavidad, el río fue estrechándose como si estuvieran en el interior de un embudo verde. Entonces Dickmann encontró una pequeña playa de arena antes de llegar al final del tramo navegable.

El desembarco fue sencillo. Los remeros, reconvertidos en porteadores, descargaron los fardos, alguno de hasta veinticinco kilos, como la tienda donde el matrimonio dormía mientras el resto de la expedición lo hacía alrededor del fuego. Dickmann se movía entre los hombres y los ponía en fila para revisar las cargas y asignarlas personalmente.

La columna empezó a moverse lentamente por el bosque hacia un cerro denso e impracticable. Fue entonces cuando Alice se dio cuenta que ella era la única que desentonaba con su vestido de un

blanco impoluto. Los hombres seguían en silencio, aunque por otra razón.

En cuanto desembarcaron, Dickmann descubrió las inequívocas huellas frescas de un gran grupo de elefantes de la selva, más pequeños que los de la sabana pero igualmente peligrosos.

—Son los verdaderos reyes del territorio. Lo mejor que podemos hacer es evitar un encuentro con ellos. Sobre todo si tienen crías, y las huellas indican precisamente eso. Pueden ser las criaturas más grandes que hayan visto, pero son capaces de deslizarse por el bosque y hacer menos ruido que un ratón. Sin embargo, no pueden camuflar su paso. ¿Ven todos los troncos rotos a derecha e izquierda? Incluso han abierto el camino —indicó con la mano el guía—. Deberíamos poner un hombre armado cada veinte pasos, al menos hasta que lleguemos a los claros del territorio baketi.

—Dickmann, sabes que no llevamos armas. Somos gente de Dios —le contestó John mientras se secaba con un pañuelo la frente empapada de sudor.

—Jefe Harris, no es recomendable que los muzungu se internen en la jungla sin ninguna protección —respondió el guía usando el término con el que los nativos llamaban a los blancos y que, entre otras cosas, significaba desecho—. Se lo dije en Leopoldville. Hay muchos peligros, tanto de los animales salvajes como de las tribus que odian y temen al hombre blanco.

—¿Por aquí son hostiles? —preguntó Alice.

—Algunas lo son contra todos los que crucen sus dominios, sobre todo si llevan un uniforme azul como el de los soldados de Boma —contestó. Se refería a la Force Publique, la policía colonial del Estado

Libre del Congo, instaurada por el rey belga en sus dominios africanos como su brazo armado y bayoneta de castigo.

—Nosotros no somos policías del Gobierno belga —respondió Alice.

—Pero sois blancos y los aldeanos saben que, cuando ven su color de piel, los soldados no andan lejos.

—Dios nos protegerá, traemos su buena nueva a estas tierras —intervino John, mientras se daba un cachetazo en el cuello para matar a un mosquito.

Dickmann se encogió de hombros y volvió a centrarse en controlar a los hombres que caminaban en fila india con las cargas sobre las cabezas.

—¿Qué hay de los elefantes? ¿Crees que se encuentran cerca? —John cambió de tema.

—Están cerca. Las huellas se alejan hacia el interior pero puede haber algún rezagado —afirmó Dickmann—. Colocaré varios hombres con machetes a lo largo de la columna. Si se produce un encuentro no podrán hacer mucho con ellos, aunque menos es nada. Si sucediese, imiten lo que hagan.

—¿Y qué harán? —preguntó Alice.

—Quedarse muy quietos y esperar a lo que el animal decida hacer. Delante de un elefante uno siempre está bajo su control. Lo importante es que no ayuden al animal a tomar una mala decisión, así que, por favor, no salgan corriendo.

—Pongámonos en marcha —dijo John.

—Señor Dickmann, ¿puedo hacerle una pregunta? —le detuvo Alice.

—Si es por los elefantes, no se preocupe —dijo para tranquilizarla —. Son unas criaturas misteriosas y curiosas. La mayoría de las veces solo quieren observarnos. En general suelen huir de la presencia humana. De alguna forma, saben reconocer a sus mayores enemigos.

—No es eso, Dickmann, pero gracias por la información. Me preguntaba si podría hacerle un retrato con mi cámara —inquirió Alice.

Señaló con el dedo hacia la lata colgada en una de las dos pequeñas mulas que habían traído, donde guardaba la cámara Kodak y los carretes para protegerlos de la humedad, sobre todo las placas secas y los negativos, así como las cajas de autorevelado que había comprado en Londres.

—¿A mí, señora? Se lo agradezco pero será mejor que no. Esos artilugios me dan mala espina. No, gracias —insistió. Negó con el brazo y mostró sus dientes blancos como perlas. Luego se dio la vuelta y gritó la orden de marcha—. ¡Adelante, sin remolonear!

Los hombres obedecieron y enfilaron la selva en silencio.

Unos metros más allá, el abrupto sendero creado por los paquidermos descendía por un arroyo rodeado de un bosque frondoso. Solo era posible vadearlo haciendo equilibrios sobre un gran tronco derribado por uno de los elefantes. El camino de fango era resbaladizo. En más de una ocasión, Alice tuvo que sujetarse de uno de los fornidos porteadores para no caer de bruces.

Al avanzar entre el follaje, la belleza de los bosques se veía realzada por un inmenso sosiego, envuelto a su vez en el bullicio de la creación, existente antes de que el ser humano pusiese un pie en ella.

¿Acaso no era la naturaleza la verdadera música de Dios?

Sentía que sus oídos mortales, frágiles, selectivos, solo podían escuchar una pequeña parte del concierto de la vida que explotaba entre las enredaderas. Estas, retorcidas por el tiempo, eran gruesas como nudos gordianos y estaban cubiertas de musgo. Se enroscaban alrededor de los árboles sujetando la imparable expansión vegetal que crecía por todas partes, y con ella, sus misterios. Incluso las largas líneas oscuras de termitas gigantes parecían susurrar algo antes de desaparecer dentro de los pasadizos subterráneos. Sus hormigueros, más altos que ella, se alzaban como montañas de barro seco.

Al cabo de unas dos horas, en las que avanzaron lentamente a machetazos por la jungla, Dickmann por fin hizo el anuncio:

—Hemos llegado a los confines de la tierra de los baketi —indicó, mientras señalaba hacia una explanada cubierta de hierba, donde, en varias hileras perfectamente alineadas, había docenas de árboles desarraigados y con las ramas cortadas, plantados boca abajo con las raíces en el aire.

—Dios mío, ¿qué brujería es esta? —espetó John.

Los porteadores susurraban a su alrededor. Dickmann los mandó callar con un silbido.

—No es magia. Es un monumento a sus ancestros, una forma de bienvenida para los que somos de este mundo y los que vienen del otro. Los espíritus que siguen con nosotros. Por eso replantan los árboles boca abajo. No conozco a otro pueblo con una costumbre similar, jefe Harris. Así se entra en su mundo —explicó Dickmann.

Al atravesar la extraña arboleda, Alice observó cómo algunos de los porteadores bajaban la cabeza, temerosos y asustados al ver los

altos tótems con caras de seres humanos que le parecieron criaturas imposibles, desquebrajadas, amenazadoras y diabólicas similares a los demonios de las pinturas medievales del infierno.

—Tengo la sensación de estar dentro de una versión terrorífica de *Alicia en el país de las maravillas* —le susurró a John.

De repente, el rumor quieto de la jungla empezó a vibrar con el repicar hueco de los tambores que anunciaban su llegada, aunque todavía no habían visto a nadie.

Al final del claro, en el borde del bosque apareció un hombre vestido con una falda hecha con hojas secas de palmera, una máscara sobre su cabeza con la imagen de un león y sujetando lo que parecía una lanza.

Dickmann mandó detener la columna.

El grupo permaneció quieto y en silencio mientras el guía y la figura de aspecto sobrehumano se examinaban. Se observaron durante unos minutos sumidos en una quietud telepática que solo ellos entendían.

—¿Es un guerrero baketi? ¿Va armado? —preguntó John en un susurro.

—Es un hechicero —respondió Dickmann—. Lo que lleva en las manos es un cetro mágico, no un arma. Está decidiendo si somos reales.

Los gritos de los babuinos y el canto de los pájaros se conjuraron con el sonido, cada vez más intenso, de los tambores.

—¿Cuánto tiempo tenemos que estar así? —inquirió John con impaciencia.

—El que él decida, jefe Harris. Queremos ser sus invitados.

—Me gustaría coger mi cámara —dijo Alice.

El capataz asintió sin dejar de mirar al hombre mágico.

En su foro interior, la pareja de misioneros estaba aterrada. John se protegía con la Biblia que llevaba en el bolsillo. Alice lo hacía con la cámara que deseaba tener entre las manos. Para su marido, aquel artefacto estaba más cerca de ser un medio para obtener recuerdos que una herramienta para documentar un mundo a punto de desaparecer violentamente ante sus ojos. Pero todavía eran ignorantes y estaban ciegos ante la falacia que era la supuesta misión humanitaria del rey de los belgas en el Estado Libre del Congo.

Por fin el hechicero levantó el bastón y permaneció con el brazo alzado.

—¡Somos amigos, somos reales! —le gritó Dickmann.

El hombre mágico asintió y desapareció en el bosque.

—Quiere que le sigamos —indicó el guía.

—Adelante —respondió John.

Dickmann profirió un silbido agudo y los porteadores se levantaron sin rechistar.

—¿Realmente creía que no éramos reales? —le preguntó Alice, mientras el grupo ascendía por la ladera en la que había desaparecido el hechicero.

—Así es, señora. Los baketi creen que las almas de los muertos viven entre nosotros e interactúan desde el otro lado —le confirmó Dickmann—. Algunas siguen aferradas a lo que les pasó en esta vida. A veces intentan volver, para seguir con sus sueños, o con sus pesadillas. No todos los espíritus son buenos, por eso nos observaba el brujo.

—Sandeces —murmuró John para sí, que ya acusaba el calor y la cuesta.

Al llegar a la cima de la colina, escucharon el rumor de la aldea que se preparaba para la llegada de los extranjeros. John apretó la mandíbula y Alice sintió un cosquilleo en el estómago entre placentero y aterrador.

A unos cien pasos del poblado, la selva desapareció para dar paso a un inmenso claro abarrotado de cabañas redondas con muros de adobe y los tejados cubiertos de hojas secas de palmera. Estaban construidas alrededor de una gran choza rectangular en una pequeña explanada. En el centro, el hechicero bailaba y llamaba a los espíritus pidiéndoles el consejo adecuado. Luego se lo trasladaría al jefe de la tribu, que estaba sentado sobre un taburete protegido por varios guerreros y siete mujeres jóvenes.

El grupo entró en la aldea rodeado de curiosos que abrían el camino para que pudieran llegar hasta la audiencia. Docenas de mujeres y hombres los miraban incrédulos ante lo que estaban viendo. Algunos se frotaban los ojos. Otros, sobre todo los niños más valientes, querían tocarle el pelo a Alice, o la piel blanca de ambos que nunca habían visto antes. Sus madres, con evidente miedo, se lo impedían como si fuesen portadores de alguna enfermedad.

John le ofreció la mano a Alice como señal de protección, pero ella la rehusó con una sonrisa tierna.

El líder de los baketi era un hombrecillo pequeño con aspecto de anciano. Al llegar ante él, levantó la mano y ordenó que trajeran dos taburetes. Dickmann y John se sentaron. El guía hizo una señal para que uno de los porteadores dejase delante del jefe un saco de sal,

otro lleno de cuentas de vidrio y un pequeño espejo de señora. Sus ojos se abrieron. Estaba satisfecho con las ofrendas. Probó la sal e hizo una mueca acompañada de una sonrisa. Enseguida mandó que una de las siete jóvenes que le rodeaban se llevase a un hombre dentro de una choza cercana donde preparaban un festín.

Alice se quedó de pie. Por un momento se sintió desubicada, como si no existiese. No era un sentimiento nuevo. En Londres lo había vivido muchas veces. Este se difuminó cuando la misma mujer que se había llevado la sal le cogió del brazo y la apartó del grupo. John quiso levantarse para seguirla, pero Dickmann negó con la cabeza. Un guerrero baketi, con la cabeza adornada con unos flecos que emulaban las melenas de los leones y armado con una lanza y un escudo hecho con la piel del felino, se interpuso para que no abandonase la audiencia con su líder.

—No pasa nada —dijo Alice con un gesto de la mano.

En la otra sostenía la pequeña cámara Kodak Brownie. De momento no había llamado la atención de nadie porque no la había utilizado. La misionera temía enojar a los lugareños.

El jefe se presentó.

—Soy Nagda Kilgore, jefe de los baketi de las colinas. ¿Qué queréis de mi tierra y mis súbditos? —preguntó. Dickmann tradujo.

La mujer que arrastró a Alice resultó ser una de las esposas del jefe. Le estiró de la manga hasta llevarla ante el grupo que cocinaba maíz indio alrededor de varias grandes ollas de barro. Una de ellas se levantó para ofrecerle su asiento. Alice declinó la oferta pero cuando esta llegó a su vera ya no había marcha atrás.

Uno de los hombres de Dickmann, que chapurreaba inglés y había sido bautizado recientemente, tradujo para la inglesa lo mejor que

pudo.

—Albert, acompaña a la señora. Te hago responsable de lo que le pase —le ordenó Dickmann.

El chico asintió y se fue al lado de Alice.

Aquellas mujeres también eran esposas del jefe. Iban desnudas excepto por unos pequeños taparrabos. Las más mayores llevaban gruesas tiras de collares de latón, hueso y piedras preciosas agrupados en grandes bloques que cubrían sus pechos caídos y voluptuosos.

—Me llamo Alice, vengo de Inglaterra —se presentó ella. Las mujeres se miraron y empezaron a murmurar entre ellas.

—¿Por qué lleva el cuerpo cubierto con tantas telas? —preguntó una mientras el resto se reía.

Albert traducía lo mejor que podía.

—Es una de las tradiciones de la tierra en la que nací —respondió Alice, y alzó ligeramente la falda. Al bajarla les enseñó la cámara.

—¿Puedo haceros una fotografía? —inquirió mientras les acercaba la Kodak.

Las mujeres no la entendieron. Se encogieron de hombros y volvieron a reír. Albert les trasladó la pregunta. Intentó explicarles qué era la caja negra que la mujer vestida de blanco sostenía en sus manos. Discutieron sin dejar de observar a Alice y al extraño aparato que agarraba como si fuese parte de su alma.

—Quieren saber qué pasará si les hace una fotografía —dijo Albert.

—¡Nada! Que las podré recordar para siempre —se autocorrigió inmediatamente—. Recordarlas así.

Sacó una fotografía que llevaba en el bolsillo y que tomó en el puerto de Boma.

El grupito se abalanzó alrededor de la instantánea mientras, detrás de Alice, los curiosos se apelotonaban e intentaban meter la cabeza entre los cuerpos semidesnudos. Todos querían ver esa extraña magia que había encapsulado el océano —muchos de ellos nunca lo habían visto— en un pequeño recuadro.

Era una de las pocas imágenes que había tenido tiempo de revelar en Leopoldville. Utilizó el libro de instrucciones que había adquirido en Londres, en la tienda de fotografía del señor Chapman, cuando compró la cámara, con el que pudo practicar por primera vez la difícil alquimia de líquidos y tiempos en el arte del revelado. Necesitó varios intentos para obtener aquella impresión, que le había costado la destrucción de varios negativos, sobre todo del puerto y de los barcos cargando multitudes y bienes de todo tipo.

—¿Puedo? —insistió Alice, alzando la cámara.

—Una de las mujeres pregunta si les dolerá —indicó Albert.

—¡No, no! —exclamó Alice—. Mirad —dijo mientras les mostraba la Kodak.

Quería dejar clara la inocente e indolora, al menos en apariencia, esencia del acto fotográfico. Giró el aparato hacia sí, extendió los brazos y se hizo un autorretrato. Le dolía echar a perder una instantánea pero el momento valió la pena porque después las mujeres se dejaron retratar.

Las fotografió mientras machacaban mangos, pelaban tubérculos y los echaban a la olla. Se acercó tanto que hasta podía sentir cómo su mirada se colaba dentro de la pequeña caja negra con espejos.

En ese instante Alice sintió la necesidad de fotografiarlo todo, arrastrada por la dulce danza de luces, posturas, momentos, miradas complacientes, o desconfiadas. Cada vez que apretaba el disparador, desaparecería hasta perder el mundo de vista. Solo le angustiaba el limitadísimo número de imágenes que podía hacer. En el Congo, reabastecerse de material podía llevar muchos meses.

Alice no se dio cuenta cuando John se acercó por detrás y la despertó del ensimismamiento con un golpecito en el hombro.

—El jefe ha sido muy amable —afirmó mientras escurría el pañuelo con el que se secaba la frente—. Sin embargo, se ha empeñado en que vayamos a una aldea cercana. Quiere que veamos lo que ha pasado con su pueblo vecino. Está a un par de horas de aquí. Partimos de inmediato —añadió.

—¡Por supuesto, querido! —contestó Alice sin pensarlo mucho—. Solo un par de retratos más y estaré lista.

Sus ojos encuadraban el mundo como si fuesen parte del visor de la cámara.

Un pensamiento perturbador cruzó su mente como un relámpago. ¿Por qué cada vez que hacía una fotografía sentía que una parte de su camino estaba completado pero no ocurría lo mismo cuando rezaba?

Al salir de la aldea, el guía baketi asignado por el jefe para llevarlos a la población vecina les condujo a través de un extraño y fascinante lugar: su cementerio.

Los camposantos africanos no tenían nada que ver con los europeos. Era obvio que para ellos los fallecidos seguían entre los

vivos, como si los espíritus pudiesen cruzar a placer desde un plano existencial paralelo.

La necrópolis baketi era una invitación para los que habían cruzado a la otra orilla. Erigían pequeñas cabañas que los espíritus inquietos de los difuntos podían habitar cuando volviesen al mundo que habían abandonado. Por ese motivo colocaban en el interior pequeñas réplicas de sus antiguas casas, su taparrabos preferido, la cuchara con la que se había alimentado, la botella con la que bebía cada mañana, su hacha de guerra, el arco o la ballesta con la que había cazado a animales y a hombres, sus collares y esencias de flores favoritas, así como comida y fruta fresca que nadie, ni siquiera los monos, se atrevía a tocar.

Cada tumba tenía una serie de imágenes talladas erigidas sobre postes. Quien las sabía leer —normalmente solo los miembros de la propia tribu— podía descifrar la vida de la persona que había cambiado de realidad. Al igual que en la Biblia que Alice había dejado dentro de la lata, para ellos la muerte tampoco era el final.

Alice fotografió el lugar sin detenerse para no obstaculizar la marcha. Al dejarlo atrás sintió que, en sus manos, la cámara se convertía en algo más que una caja negra diseñada para glorificar el pasado o vanagloriarse del presente. La exposición al bosque salvaje le daba al aparato la capacidad de despertar y adquirir vida propia para interponerse ante una de las pocas certezas en este mundo: el inexorable paso del tiempo.

Después de dos horas de caminata por la jungla, el grupo vadeó un riachuelo que les condujo a un claro lleno de cabañas que habían sido pasto del fuego. La cantidad de cenizas amontonadas entre los

troncos carbonizados indicaba que estaban pisando lo que antes había sido una gran aldea.

Las termitas también habían construido sus grandilocuentes castillos de arena entre los cimientos medio enterrados de las viviendas, convertidas en sombras. La vegetación reclamaba su espacio.

Los hijos de la naturaleza que habían existido de forma sencilla en ese lugar no habían sido expulsados por el bosque, sino arrasados y exterminados. Los huesos blancos que sobresalían entre la maleza eran la prueba irrefutable.

El guía local les explicó que la matanza se produjo meses atrás.

—¿Fueron víctimas de una rencilla entre tribus? —preguntó John rascándose la barba, que le crecía desordenada y ensombrecía su bigote.

—No, jefe Harris. Fueron los soldados de Boma en busca de comida y caucho —tradujo Dickmann.

—¿La Force Publique hizo esto? —inquirió John—. Esa es una acusación muy seria.

—Llevaban esto en la cabeza. Lo encontramos entre las cenizas humeantes —dijo el muchacho a la vez que abría el pequeño zurrón y sacaba un birrete de color rojo medio quemado con la insignia del Gobierno belga. Era igual que el que vestían los soldados de la policía y el ejército coloniales.

John lo cogió, lo observó detenidamente mientras le daba vueltas y suspiró.

—Sin duda es una gorra de la policía del Gobierno.

—Fueron los soldados —insistió el joven apesadumbrado—. A los que no mataron se los llevaron como esclavos. Vinieron un día y, sin

mediar palabra, atacaron. A lo largo del río hay muchas más aldeas como esta.

—¿Es eso cierto? ¿Cuántas? —inquirió John.

—Tantas como hojas en ese árbol. —El guía local señaló uno de los árboles de caoba que crecía en los márgenes de la explanada donde se había asentado la aldea.

—Entiendo —dijo John en tono reflexivo.

Mientras, Alice sacaba una fotografía del lugar asolado y reclamado de nuevo por la jungla.

La inglesa notó en la voz de su marido que dudaba de las palabras del joven. Tenía que ser un error, o una coincidencia desafortunada, pensaba John.

—No podemos hacer mucho por ellos, tampoco tenemos la certeza de que sea una acusación verdadera. Debería ser investigada. No obstante, dile que informaremos en Leopoldville sobre lo que nos han contado que ha sucedido aquí, eso se lo prometo.

Alice observaba al chico. No dudaba de sus palabras o de sus ojos fríos y desconfiados antes de tiempo. El guía no debía pasar de los quince años.

—Pronto se pondrá el sol. Pregúntale si podemos acampar aquí esta noche —inquirió John.

El joven sonrió y les indicó que podían dormir en la entrada de la antigua aldea, junto a un inmenso árbol de mangos que parecía un paraguas verde gigante.

—Dice que esta noche los espíritus de los muertos estarán contentos —tradujo Dickman—. Cree que la compañía les aliviará.

Esa noche, sentada junto a la tienda de campaña, Alice sintió cómo el lugar adquiría una presencia propia, sagrada, antigua, crepuscular, como la que había experimentado en las iglesias y catedrales europeas.

Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que estaban durmiendo sobre las tumbas de un pueblo masacrado, presuntamente, por orden del Gobierno belga.

Alice pensó si los espíritus estarían condenados a vagar eternamente lejos de los suyos si no tenían monumentos funerarios como los que había visto fuera del asentamiento baketi.

¿Estarían en la brisa que mecía las hojas? ¿En el agua del afluente del río Kasai por el que se marcharían al día siguiente de vuelta a Leopoldville? ¿Los muertos eran ya parte de la tierra en la que crecían las frutas que habían comido? ¿Formaban parte de ellos y exigían ser recordados?

Dickmann apareció entre las sombras. Su cara de color azabache estaba iluminada por el fuego que centelleaba y crepitaba en la noche cerrada.

—¿Puedo preguntarle algo, señora Alice? —dijo después de sentarse y permanecer en silencio unos minutos observando las llamas.

—Claro, adelante —respondió ella, que se percató de que tenía los ojos clavados en la lata de la pequeña cámara Kodak.

—Albert me ha contado lo que les dijo a las mujeres sobre el aparato fotográfico. ¿Cómo funciona? ¿Cómo consigue que la realidad quede registrada en esa caja?

—Es un ingenio basado en el juego de luces dentro con un espejo que refleja la imagen. Esta queda registrada en la placa seca o la

película en el interior, como una copia de la realidad.

—¿Para siempre? ¿No desaparecen? —preguntó Dickmann arqueando ambas cejas. Estaba realmente sorprendido.

—Esa es la idea, aunque son frágiles porque se imprimen como los libros de papel.

Dickmann frunció el ceño y contestó solemne.

—Señora Harris, lo he pensado mejor y sí que me gustaría que me hiciese una fotografía. Yo no quiero desaparecer como esos pobres baketi. Me gustaría que alguien me recordara para siempre. Mañana puede tomar mi fotografía, si aún lo desea.

—Será un honor, Elumbe —contestó ella, que se permitió tutearle.

—¿Y qué hará con la fotografía? ¿A dónde irá a parar?

—Al mismo lugar de donde vino la cámara: Inglaterra, mi casa. Y si quieres te mandaré una copia.

—¿De veras? Entonces no se hable más —respondió Dickmann. Y se levantó para dirigirse a la hoguera donde se habían reunido los porteadores, que dormirían a la intemperie—. Buenas noches, señora Alice. Disfrute de las estrellas —añadió sonriente mientras señalaba con un dedo hacia el cielo.

—Buenas noches, señor Dickmann.

John salió de la tienda en ese momento.

—¿Te has cambiado de ropa otra vez? —le preguntó Alice.

—Sí, querida, este calor te deja como si te hubieses lanzado al río.

—Ni que lo digas.

—Quién lo iba a imaginar —añadió John sentándose a su lado.

Alice sabía que no se refería al calor. Todavía intentaban procesar lo que habían visto en la selva y la fosa común a ras de suelo junto a la que habían plantado la tienda de campaña.

El rumor del río y la sinfonía de la jungla hablaban por sí solos. Los dos se hacían las mismas preguntas: ¿qué estaría pasando en el norte del país, su destino final y residencia durante los próximos años? ¿La matanza en la aldea era una excepción o la norma, como había asegurado el guía local?

Las palabras del cazador de elefantes que conoció durante el viaje volvieron a su mente.

—Si quieres vivir, nunca te bajes del barco —murmuró Alice.

Y se durmió delante del fuego pensando en la noche en la que conoció a Edward Vilah.

3

A LA MAR ME VOY, MIS HECHOS DIRÁN QUIÉN SOY

TRAVESÍA DE INGLATERRA A BOMA, 1898

CUATRO MESES ANTES

El imponente casco de acero pintado de rojo y negro del SS Cameroon, visto desde el muelle de madera, hacía que cualquiera se sintiese como una hormiga. Las amarras eran tan grandes como la columna de Nelson de Trafalgar Square.

El embarcadero olía a salitre y aguas estancadas. El humo de las calderas de los remolcadores del puerto de Portsmouth flotaba sobre el muelle. En el cielo cubierto de nubes grises las gaviotas gritaban en lucha por sobrevolar los barcos pesqueros. Otras flotaban en el agua verde sucia y se regodeaban entre la basura que flotaba junto a los pilones del amarradero.

Los marineros iban de aquí para allá sobre la cubierta; sujetaban cabos, preparaban los aparatos y dejaban la embarcación lista para zarpar. Los brazos de las grúas movían los últimos paquetes de la carga que llenaba las bodegas: muebles y artículos de lujo enviados a las casas de los europeos en el Congo.

Antes de cruzar la pasarela de embarque, John se dirigió al grupo de misioneros con los que el matrimonio iba a viajar hacia la colonia belga. Uno de los más jóvenes pidió rezar para que tuvieran una

buena travesía. Así lo hicieron. Casi ensordecida por el ruido que envolvía al majestuoso SS Cameroon, la plegaria ayudó aunque por poco tiempo. Unos minutos después el capitán les dio el permiso para subir a bordo. Las caras de circunstancias eran la prueba de que ya no había marcha atrás. En manos de Dios o no, acababan de sellar sus destinos.

—Será un largo viaje de novios —le susurró John al oído mientras subían por la pasarela—. Una gran aventura marítima —añadió.

Su reciente marido estaba en lo cierto, solo que no iba a ser como él esperaba.

Dejaron atrás las brumas que rodeaban Inglaterra y se adentraron en el Atlántico. La primera semana de travesía los acompañó la tormenta. La embarcación empequeñeció entre las olas de crestas coronadas por rizos de espuma casi tan altas como las chimeneas del barco. Muchos de los pasajeros sufrieron las consecuencias de los mareos, como John, que llevaba cuatro días enteros noqueado en el camarote.

—Deberías ir a comer algo antes de que cierren la cocina —le dijo a Alice desde la litera donde estaba acostado.

—Sí, cariño, ahora subiré. Primero quiero escribir a Caroline. ¿Crees que el capitán podrá entregar las cartas en el próximo puerto? —preguntó a la vez que sacaba de una cartera de piel un estuche que contenía una pluma con la punta plateada, un tintero y varios folios con el sello rojo de la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá.

—No veo por qué no, Alice —contestó John, sobrecogido por un nuevo mareo.

—Excelente —respondió.

Empezó a escribir. Mientras, John imaginaba sin suerte que estaba en un lugar llano y quieto.

Querida Caroline:

Supongo que esta carta es una sorpresa a medias. Estoy segura de que madre ya te ha escrito con las noticias de mi repentino matrimonio; para ella, sin duda, precipitado y dictado por el ansia y la locura de conocer el continente negro, que sabes me conduce desde que era pequeña. Dios ha querido que ambas cosas fuesen de la mano. Por supuesto, te alegrará entonar un «te lo dije» la próxima vez que nos veamos. Tal y como predijiste en la casa de nuestros padres en Frome, John aprovechó la primera oportunidad para llevarme al altar.

Fue una ceremonia corta, nada que ver con las de esas novelas que te gustan de las hermanas Brontë. Concisa y casi como si fuéramos a la oficina de correos para rellenar un formulario postal, solo que lo hicimos en la Oficina del Registro de la Capilla del Colegio St. John, delante de un pequeño grupo de amigos.

Al menos iba enfundada en un precioso vestido liso de color crema satinada y sujetaba un buqué de flores de azahar con un aroma fresco, jabonoso y dulce como los ojos claros de John. Fue un día feliz aunque no para el capellán, que no ocultó su cara de circunstancias cuando, a contracorriente (ya me conoces), decidí mantener mi apellido y convertirme en Alice Seeley Harris y no en la señora De John Hobbis Harris. Ese guiño es para papá por no haber tenido un soldadito, como suele decir.

Alice detuvo la pluma al escuchar a John vomitar en el cubo de basura que tenía junto a la cama.

—¿Estás bien, querido?

—Todo se mueve —logró decir antes de arrojar de nuevo—. Nada que hacer, Alice, nada —añadió, y se tumbó de nuevo sobre las sábanas empapadas de sudor—. El comedor cerrará pronto —le recordó.

—Lo sé, gracias —contestó ella, y volvió a centrarse en la misiva.

¿Por qué una boda tan repentina?, te preguntarás. Esa era la llave para ir a África. Y porque lo amo como adoro a la fuerza divina que ha creado este mundo. Déjame que te explique. Tras una de sus charlas conocimos al director de la Unión Misionera Regiones del Más Allá, el doctor Guinness, además de fundador de la parroquia de Balolo, la primera misión que la organización estableció en el Alto Congo.

Sus experiencias en África nos dejaron boquiabiertos. Mi entusiasmo fue tal que el buen reverendo nos dijo que, si el día después hacíamos público un compromiso de boda, nos mandaría a una de las misiones de la Unión. Nos explicó que el matrimonio que iba a liderar el grupo de misioneros había tenido que renunciar debido a una desafortunada enfermedad. Para ocupar su puesto teníamos que casarnos.

«La misión de Balolo está a un mundo de aquí. Es necesario que el grupo cuente con la supervisión adecuada. Vuestro compromiso es una noticia divina, sobre todo en este momento», nos dijo.

Solo hace unos días que nos casamos y ya me ha cambiado la vida, aunque muy al estilo de este Dios nuestro, tan propenso a las preguntas y no a las respuestas. Desde entonces han sucedido tantas cosas que necesito escribirte para entender qué me está pasando. Debo hablarte de un acontecimiento inesperado. Un suspiro de mi alma con el que no contaba y que te sorprenderá más que la boda. Fue magia, no puedo explicarlo de otra manera.

Alice bebió un sorbo de agua del vaso que estaba sujeto en la mesilla. Se giró para comprobar cómo estaba John. Este seguía con los ojos cerrados y se agarraba a la cama como si fuese un coche de caballos en movimiento.

Todo empezó cuando el sonido de la campanilla anunció nuestra llegada a la tienda de fotografía Chapman & Lewis, en la City londinense. Fue como si la propia puerta fuese una varita mágica. El interior del establecimiento estaba lleno de ingenios modernos de apariencia indescifrable que le daban un aire al laboratorio del doctor Frankenstein. Extrañamente, al observarlos, sentía que me devolvían la mirada. Algo dentro de mí sabía que ese era el espacio y el momento donde debía estar.

Desde que comencé mis labores como misionera en los barrios pobres del East End londinense, he fantaseado con encargarme de hacer las fotografías para los textos publicados por la organización Unión de Misioneros. Las palabras pueden ser una fuerza divina, pero un acto tan sencillo como apretar un botón ha causado una auténtica revolución en mi interior.

Alice sintió un repentino vacío en el estómago. La saliva se le acumulaba en la boca. Para evitar el incipiente mareo apoyó la espalda contra la silla, respiró profundamente y depositó la pluma sobre la carta. Una gota de tinta cayó y emborronó la última palabra.

Cerró los ojos y rememoró el día en que su fe en Dios se dividió por el amor hacia una máquina.

El señor Chapman los recibió en su tienda con una sonrisa de ballena varada. Sus primeras palabras fueron proféticas.

—El próximo siglo está a la vuelta de la esquina y ustedes acaban de llegar a ella. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó el tendero con ambas manos apoyadas en el mostrador de madera.

Alrededor, varias cámaras le sonreían desde los estantes como seres de otro mundo. Al verlas, Alice sintió un pálpito que desajustó los latidos de su corazón. Fue como si este se pusiera de nuevo a

funcionar tras añadirle una nueva pieza del extraño puzle que conforma el destino de cada uno.

—Buenos días, me llamo John Harris. Venimos recomendados por el reverendo Guinness. Nos ha hablado muy bien de su negocio —afirmó.

—Bienhallados sean. ¿Están preparándose para un viaje? El señor Guinness solo me manda misioneros —explicó el tendero.

—Así es. Pronto partiremos hacia el Estado Libre del Congo —respondió John.

—¿Los dos? —inquirió.

—¡Por supuesto! Dios nos llama a todos por igual —protestó Alice.

El dependiente se revolvió y la miró a los ojos. Bajó la vista y los posó en el anillo de casada para mirarla de nuevo con condescendencia.

—Tiene usted toda la razón, señora Harris —dijo el señor Chapman, que no quería perder a los potenciales clientes.

—Seeley Harris —le corrigió ella.

—Perdone, señora Seeley Harris —añadió el tendero. Buscó la mirada de John, pero este permaneció en silencio—. Las cámaras fotográficas no distinguen los dedos que las manejan, ¿verdad?

Alice suspiró. El señor Chapman se dio cuenta pero no le prestó atención.

—¿Puede enseñarnos algunos de sus modelos menos... menos...? —John no encontraba la palabra.

—Menos aparatosos, más manejables —apostilló ella.

El dependiente se dio la vuelta, cogió varios aparatos con sus cajas y los puso sobre el mostrador. En todas se podía leer: Eastman Kodak.

—Estos modelos son de hace menos de un año. Esta —le indicó a John cogiendo una de ellas— es la primera de su clase. Totalmente portátil y de un tamaño tan reducido que la podrá utilizar fácilmente con una sola mano, se lo aseguro. —Giró el cuello para, por fin, prestarle algo de atención a Alice—. Kodak pondrá la fotografía al alcance de las masas. Y yo soy el primero en vender este prototipo: la Brownie. No está oficialmente a la venta pero conozco en persona al señor Eastman —se vanaglorió—. Seguro que se alegrará de que alguien pruebe su cámara en la selva.

—Fascinante —respondió Alice, tan ensimismada que no se percató de que su comentario le daba ventaja al comerciante, ávido por realizar la transacción.

—¿De qué precios estamos hablando? —preguntó John.

—Se la dejo por veinticinco libras —contestó el dependiente.

La cifra los dejó petrificados. Familias enteras del East End, uno de los barrios pobres londinenses, vivían durante meses con esa cantidad.

—¡Caramba...! —respondió John.

—Es un prototipo, como le he comentado, pero también el precio del progreso, señor Harris, y señora Seeley Harris —apostilló el comerciante—. Pueden realizar hasta cien disparos. Estos aparatos producen exactamente lo que prometen. En palabras de la propia compañía, «usted apriete el botón, y nosotros hacemos el resto» —continuó sin dejar de mirar a Alice.

—¿Qué quiere decir? —inquirió.

—Significa que los cien disparos se pueden revelar en bloque. Ustedes solo tienen que devolver la cámara a un establecimiento que represente a Kodak, como este, y nosotros nos encargamos del

revelado. Y, por supuesto, la cargaremos de nuevo para la producción de nuevas imágenes. ¡Jamás se había creado un sistema tan cómodo! ¿Se lo pueden creer? —exclamó.

—¿Podría revelar las imágenes yo misma? —preguntó Alice.

—¡Vaya, señora Seeley Harris! Intuyo que usted ya conoce algo sobre estas máquinas milagrosas.

Ambos sabían que no era así, pero el vendedor quería tenderle su trampa. No le hacía falta, ya se había enamorado de la Kodak.

—¿Cuesta mucho aprender a utilizarla? —respondió ella.

Alice rozó la cámara con el dedo enguantado. La superficie rugosa estaba compuesta por una pared de cartón duro pintado de negro. En realidad era poco más que una caja rectangular con una lente en uno de sus lados.

—Todo depende de su buen ojo, señora Seeley Harris. Tiene una velocidad fija y aperturas estrechas que crean una excelente profundidad de campo, así no tendrá que enfocar la lente. Apunta y dispara, nada más. La fotografía será tan buena como la luz que sepa darle. Pero no se preocupe, toda esa información viene incluida en este manual —le extendió un pequeño libreto con el nombre de la cámara y una imagen de la misma en la portada—. Con esto aprenderá todos sus secretos.

—¿Veinticinco libras, dice? —inquirió John, en un intento por que el dependiente bajara el precio, pero este no dio su brazo a torcer—. De acuerdo, trato hecho, señor Chapman —respondió John extendiendo la mano.

—Cariño —dijo Alice entre dientes—, es mucho dinero.

—Es tu regalo de bodas —sentenció él.

—¿Estás seguro? No sé si deberíamos —le mintió ella.

John la miró a la cara y lo supo al instante: por alguna razón que se le escapaba, su esposa necesitaba uno de aquellos aparatos, a pesar de que nunca le había hablado de su aparente pasión por la fotografía, un arte que se le escapaba y al que solo le veía una utilidad turística.

—Tan seguro como que te amo —respondió él.

John Hobbis Harris era un hombre tozudo. Cuando se le metía algo en la cabeza no había vuelta atrás. Él lo achacaba a haber nacido en el seno de una familia humilde y trabajadora dedicada a la lampistería y a la construcción. Dos habilidades que, en ese momento, ninguno de los dos imaginaba lo importantes que llegarían a ser en su vida futura.

En la cabina, el reverendo Harris, título que le habían otorgado tras completar sus estudios en la Unión Misionera y contraer matrimonio con Alice, solo podía pensar en cómo era posible que todavía tuviese algo que expulsar del estómago. Afuera, el SS Cameroon luchaba contra las olas del Atlántico.

Alice abrió los ojos y cogió la pluma para terminar la misiva. Mientras releía las últimas líneas, sintió unas irremediables ganas de sacar la Kodak de la caja y volver a cubierta para seguir mejorando sus habilidades.

> Hermana, no he perdido la cabeza. Sé cuáles son mis prioridades como misionera. Soy consciente de que el trabajo que tenemos por delante será mucho más duro de lo que pueda imaginar. A veces me asusto al pensar en la

selva, que ha devorado a tantos misioneros, exploradores y aventureros comerciales. Aún quedan seis semanas para que veamos las costas de África, tiempo suficiente para prepararme mentalmente. El barco está lleno de pasajeros que ya han estado en el Congo, espero aprender de sus experiencias. Dios nos sonríe a cada uno de forma distinta, ¿verdad?

TU HERMANA QUE TE QUIERE

Alice dobló la carta en cuatro pliegos y la metió en un sobre. En la solapa escribió con una rúbrica victoriana el nombre de su hermana y sus datos postales. Y en el lugar reservado para el remitente, un «todavía sin dirección». Pasó la lengua por el pegamento del borde del sobre y lo metió en la cartera de piel junto al material de escritura.

Justo en ese momento sus tripas hablaron por ella.

—Puedo escuchar tu estómago desde aquí —dijo John sin abrir los ojos. Intentaba que el mundo dejase de dar vueltas.

—Sí, voy a cenar, tienes razón. ¿Tú no tienes hambre?

—No, no —respondió aspirando profundamente. Solo con pensar en comer el estómago se le revolvía—. No soy un lobo de mar, eso seguro —añadió.

Se colocó una compresa húmeda en la frente y el oleaje del inmenso océano espigado, doliente, quejumbroso, no tardó en provocarle un nuevo y violento mareo.

—Si te pones así en un barco más grande que cuatro casas, ¿qué harás en los vapores o en las canoas que surcan el Congo? —bromeó Alice a la vez que se levantaba de la silla.

—No tiene gracia —respondió John, que hacía un esfuerzo para levantarse de la cama.

—Todo sucede por una razón, como dice el reverendo Guinness —reflexionó Alice.

—Pues que alguien me cuente el motivo de este mareo constante —respondió John, y dejó escapar una risita seguida de un lamento —. Espero que el resto de la congregación no esté como yo.

—Están bien. Impacientes y temerosos, como todos. Procura descansar.

—Anda, por favor, sube a cenar algo caliente antes de que cierren la cocina —insistió John envuelto en su propio sudor frío.

Alice le besó en la frente y subió al comedor de primera clase para tomar un tentempié.

Le gustaba llegar a la cena a última hora. Alejarse del bullicio de los otros cuarenta y dos pasajeros la reconfortaba. Cinco de ellos, cuatro hombres y una mujer, todos solteros rozando la veintena, pertenecían al grupo de la Unión de Misioneros. El resto era una amalgama de comerciantes, burócratas en busca de dinero fácil, empleados gubernamentales con el mismo sueño, mercenarios y un par de aventureros idénticos a las litografías del explorador Stanley, salacot incluido.

El comedor no tenía nada que envidiar a los restaurantes de lujo que las clases pudientes londinenses frecuentaban en las orillas del Támesis. El SS Cameroon incluso tenía su propia vajilla de porcelana. Los platos estaban sellados en el centro con un medallón impreso en azul sobre un fondo blanco con el escudo de armas de la African Steam Ship Company. En él se representaba una escena de la diosa Britania. Esta descorría una cortina para revelar una costa con

palmeras, frente a la que una mujer africana arrodillada le ofrecía a la deidad unos colmillos de elefante y unas frutas salvajes. En la cortina se leía su lema en latín: *spero meliora*, «espero cosas mejores».

Siempre que terminaba un plato y aparecía la imagen, Alice se preguntaba si quien le hablaba era la diosa o la nativa africana.

Después de la cena le apeteció disfrutar de la brisa marina bajo el firmamento en alta mar. Su pureza y claridad resultaban sobrecogedoramente divinas.

En la cubierta superior de popa, agarrada a la barandilla, dejó la mente en blanco, como si se fundiera con la bóveda celeste que aparecía y desaparecía entre las nubes. El rumor de las olas hipnotizaba su ser. No ejercía ninguna fuerza para sujetarse. Quería sentir en el cuerpo la preciosa nana del casco que surcaba el océano abierto e infinito.

Las cenas solitarias le resultaban reconfortantes. Los desayunos y los almuerzos eran un mundo totalmente diferente. El ruido constante del trajín de los camareros y las muchas conversaciones al mismo tiempo apenas le dejaban pensar, aunque el transatlántico era un mundo en sí mismo que no podía desdeñar. Gracias a la variedad de pasajeros y sus motivos para viajar al continente negro, el SS Cameroon era una universidad acelerada sobre lo que estaba sucediendo en el Estado Libre del Congo. Pero a Alice no le gustaba que la realidad chocara con sus sueños de infancia. Eso ocurrió en uno de los almuerzos, a las pocas semanas de embarcar.

—Son como niños y urracas, siempre inocentes y enamorados de las cosas brillantes. Los nativos necesitan mano dura, les cuesta aprender. Si encuentran la forma, no trabajan. No les gusta, no entienden el valor de las cosas. Solo hay que ver cómo viven —le explicaba a su mujer el empresario belga con el que compartía mesa.

Se presentó como Louis Barras e iba acompañado por su esposa Thérèse. El aspecto orondo de la mujer parecía salido de un cuadro del pintor Rubens, pero más ostentosa, emplumada y enjoyada.

—¿Y cómo viven? —preguntó Alice, enojada. Giró el cuello y buscó su mirada.

Debajo de la mesa, John le puso la mano sobre el muslo mientras negaba con la cabeza.

—En chozas, señora. Muchos de los que trabajan para mí, ni siquiera habían visto antes un ladrillo. Duermen en el suelo, como en las cuadras. Por suerte, las ciudades están creciendo. —Hinchió el pecho complacido mientras se retorcía con los dedos la punta de su largo bigote engrasado. Su mujer asintió.

—Y las mujeres no tienen ningún tipo de pudor. Van... —Thérèse miró a ambos lados y susurró— desnudas. Y los hombres también, solo con un taparrabos. Es difícil no verlos como cachorritos a los que hay que enseñar el camino —añadió. A Alice le hervía la sangre —. Ustedes van para eso, ¿verdad? ¿Son misioneros? Menuda labor la suya. Yo soy muy creyente...

—Doy fe —interrumpió su marido, el señor Barras, con una sonrisa.

—Ojalá triunfen en su labor. Esos pobres salvajes necesitan a Dios más que nadie —añadió Thérèse.

—¿Y a qué se dedican ustedes? —preguntó John.

—A tareas más mundanas pero igual de importantes, si me lo permiten. Dirijo varios proyectos de construcción gubernamental en Boma y Matadi. Almacenes y algunas casas para las familias europeas. Adquiero tierras y las transformo en civilización.

—¿Por eso le gustan tanto los ladrillos? —dijo Alice con cierto retintín.

—Son mi vida. ¿Tiene algo en contra de las casas? —respondió el empresario un tanto ofendido. Miró a derecha e izquierda por si alguien les escuchaba.

A esas alturas, la conversación ya había llamado la atención de varios de los comensales. Por fin el aburrimiento matutino se veía interrumpido por una escena que, seguramente, deseaban que subiese de tono.

—Los buenos cristianos saben que Dios hizo a todos los hombres y las mujeres iguales. A todos —dijo Alice mirando a Thérèse.

—Si Dios hubiera querido eso, ¿por qué creó a los reyes? ¿O a sus representantes en la tierra, como el Santo Padre? ¿Acaso es él igual que el resto de los hombres de este mundo? —contestó el empresario.

Thérèse lo miró y asintió con ahínco.

—No todos los cristianos creen eso —dijo John, conciliador.

—Es verdad, pero eso no cambia el mundo en el que vivimos. Sin orden, sin leyes, sin estructuras sociales, este mundo sería como el del interior de la selva en el Congo: puro salvajismo —insistió el señor Barras.

—¿Y en ese paraíso suyo no hay injusticias? —preguntó Alice alzando la voz.

—Si me permite serle franco, las injusticias se curan con trabajo. Si usted cree que los nativos son como nosotros es porque no los conoce. Ustedes nunca han vivido allí. Créanme, el Congo dista mucho de la mínima civilización, aunque pronto lo remediaremos. Todos nosotros —añadió.

Alice se levantó e hizo rechinar, como una puerta oxidada, las patas de la silla mientras la retiraba.

—Les deseo que pasen un feliz día. Si me excusan —dijo, llena de rabia.

Les regaló una sonrisa forzada y se colocó las gafas que el sudor había hecho resbalar hasta la punta de su nariz.

John no movió ni un dedo. El grupo de misioneros y varios de los pasajeros que los miraban también mantuvieron la compostura.

Cerca de la puerta que daba a la cubierta reparó en un hombre vestido con ropa de cazador de elefantes. Lo había visto embarcar en el puerto de Tenerife, donde el barco había hecho una de sus paradas técnicas para avituallarse y rellenar las bodegas de carbón, mientras el capitán entregaba el correo a las autoridades portuarias españolas. El hombre la miraba con una sonrisa amigable y divertida.

Al pasar por su mesa, donde solo había un vaso de whisky, una botella medio vacía del brebaje marrón y una cubeta con hielo machacado, este bajó la cabeza a modo de reverencia hacia ella.

Durante las tardes, cada vez más calurosas a medida que el SS Cameroon cruzaba paralelos geográficos rumbo al sur, el comedor de segunda clase se convertiría en una sala de juegos. Apostar hasta la

camisa parecía ser uno de los pasatiempos preferidos tanto de los viajeros como de la tripulación que, en sus ratos libres, jugaban a la mosqueta con tres cáscaras.

Alice había visto este juego de trileros en los barrios pobres de Londres; la banca siempre ganaba. Sin embargo, a los marineros eso les preocupaba muy poco porque, durante la larga travesía, el dinero cambiaba de manos varias veces.

John disfrutaba jugando al ajedrez, pero los mareos no le dejaban concentrarse. El resto de los misioneros se entretenía con los bolos o las peonzas de madera como adolescentes intentando olvidar los temores que les acechaban por las noches.

Detrás de sus risas y sus rezos escondían el miedo ante lo que estaba por venir. Y hacían bien; gran parte de ellos se quedaría para siempre en la colonia ocupando una tumba con una cruz de madera que, seguramente, la selva devoraría para siempre y con ella su corta memoria.

Ese temor también inundaba el alma de Alice. No obstante, como la mujer del matrimonio que los guiaba no podía permitir que la congoja rigiese sus pensamientos y luego hiciese zozobrar sus palabras.

Su refugio personal era la cámara Kodak Brownie que, casi con vida propia, cada vez salía más de la lata de hojalata que guardaba en su baúl de viaje.

Sostenerla era sujetar algo parecido al cáliz del Santo Grial. La estudió tanto que la podría haber desmontado y armado de nuevo con los ojos cerrados. Le tenía un apego que le daba más seguridad que las canciones que el grupo de misioneros cantaban casi todas las noches al ritmo de una harmónica.

Se reunían en el camarote de al lado para entonar los himnos que les ayudaban a mantener sus temores a raya. Las paredes eran delgadas. El sonido viajaba por el barco como una brisa de invierno. Cada vez que recitaban los coros, las paredes de madera vibraban, mientras el sonido melódico y envolvente de la harmónica se colaba por las rejillas de ventilación de las cabinas y viajaba por toda la embarcación. Nadie protestó o se opuso a la música. Al fin y al cabo, el resto de los pasajeros también tenía sus propios momentos de debilidad ante los muchos peligros que, a cualquier persona en su sano juicio, le venían a la mente al pensar en la vida que le esperaba al otro lado de las aguas.

Alice prefería la música del océano a la de sus compañeros, sobre todo durante sus paseos nocturnos por las largas cubiertas cuando la noche estaba tan clara y profunda que la idea de un dios mudo que creó el mundo para que este hablara por él tomaba las riendas de su fe cristiana. Esta estaba a punto de ser desafiada de nuevo por el pasajero vestido de safari que, en el comedor, le había sonreído para mostrar su apoyo. Desde entonces no lo había visto porque durante el día se encerraba en su camarote.

Lo encontró desparramado sobre una de las sillas de mimbre en la zona de recreo de la cubierta de popa, vestido con botas de campo y pantalones a juego, una guerrera color arena con múltiples bolsillos, y un pañuelo rojo y negro de seda alrededor del cuello.

Debía pasar de la cuarentena. Su piel curtida por el sol y una cara arrugada antes de tiempo por el clima y la experiencia en las junglas le hacían parecer mucho más viejo. Su postura, poco caballerosa y con cierto aire de desafío, no invitaba a nadie a acercarse a él.

—Buenas noches —dijo el hombre sin moverse.

—Muchas gracias, le deseo lo mismo —respondió Alice, que puso las manos sobre el respaldo de una de las butacas de mimbre—. ¿Es usted inglés?

—Culpable —contestó el hombre, e hizo un saludo militar con evidente desgana—. La escuché el otro día en el restaurante, aplaudo su valentía. Ese Barras es un cerdo. Aunque ya sabe lo que dicen de los cerdos... —añadió antes de darle un sorbo al vaso de whisky que sostenía en una mano.

—¿Qué dicen?

—Que son animales con una inteligencia parecida a la nuestra. Desgraciadamente, en nuestro destino es donde prosperan seres taciturnos como Barras. ¿Conoce el Congo, señora?

—He leído mucho al respecto —contestó Alice, irónica y divertida.

—¿Leído, dice? Brindo por eso —respondió el hombre.

Alzó su vaso de whisky para dar un largo sorbo que le dejó el extremo del bigote rubio empapado del brebaje. Alice lo podía oler desde donde estaba. Le recordaba al del alcohol barato en el aliento de muchos de los feligreses del East End londinense.

Al principio le pareció una persona impertinente. Pero enseguida se dio cuenta de que detrás de sus ojos había una tristeza sentida, una rabia contenida, desangelada, descreída, que acentuaban su expresión facial y postura poco amigables. Eso le atraía y le fascinaba. ¿Qué le podía contar del Congo ese hombre?

—Leído —repitió su interlocutor sonriendo—. Y dígame, ¿esos libros cuentan cómo, desde que los europeos llegamos al dominio privado de Leopoldo II, este solo ha conocido la guerra? La era de la expansión es en realidad una conquista de los poderes africanos de la región, de los reinos y las agrupaciones tribales. Las contiendas se

han sucedido, cada vez más violentas y crueles. De momento, ese es nuestro legado y no las casas de Barras, o su Dios, como debatían en el comedor.

—Habla usted con mucha vehemencia —dijo Alice.

—Estuve allí, señora, cuando luchamos contra los mahometanos que amenazaban el noreste del Congo. Luego conquistamos el Estado de Yeke y nos metimos de cabeza en la campaña contra los esclavistas árabes suajili —relató el hombre—. Tres años de guerra barbárica, sin reglas, a cuchillo, mientras nuestras propias tropas diezmaban los reinos Luba y Lunda para el tráfico de esclavos. Luego, cuando se formó la Force Publique, la policía colonial, vinieron las campañas contra los reinos-Estado de Yaka y Kuba —explicó, aunque Alice ya sabía lo que era—. Más matanzas. Después de eso no quise saber más del asunto. Ahí terminó mi larga vida de soldado y mercenario. Decidí que, si tenía que seguir matando, al menos lo haría bajo mis propios términos y no los de los reyes. Ellos nunca se ensucian las manos. Ahora cazo para ganarme la vida. ¿Supongo que este es su primer viaje a África?

Los ojos se le entrecerraban. No obstante, su dicción era lúcida.

—Supone bien. ¿Tanto se nota?

—Parece usted feliz, eso es todo. ¿Y qué la lleva hasta allí? —inquirió el hombre, aunque sabía que era misionera.

—«Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia. Anda según los caminos de tu corazón y la vista de tus ojos, pero recuerda que sobre todas estas cosas te juzgará Dios» —respondió Alice.

—Eclesiastés 11:9 —contestó el hombre, que también conocía la Biblia—. Muy bonito. Aunque, no se ofenda, me encantaría ver su

cara cuando se dé cuenta de lo que su Dios ha hecho con África.

—¿Mi Dios? También es el suyo, ¿no?

—Ese hace tiempo que abandonó este lugar —respondió el cazador, y se dio unos golpes en el pecho mientras su expresión se oscurecía—. Como hace tiempo que lo hizo de los africanos, si es que alguna vez los tuvo en cuenta —murmuró.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Alice.

El hombre parecía a punto de dormirse. La inglesa movió ligeramente la silla y las botellas tintinearon. Eso llamó su atención y le hizo alzar la barbilla.

—Pregunto que por qué dice eso sobre África —insistió.

El cazador giró la cabeza y le clavó sus ojos verdes como el jade, aunque ensangrentados por la continua ingesta de alcohol de baja calidad.

De repente se levantó y casi perdió la compostura. Se bamboleaba como si el barco todavía atravesara una de las tormentas que habían dejado atrás al abandonar las islas Canarias.

—Perdóneme, hubo un tiempo en que tuve modales, pero ya casi ni me acuerdo. Esa casaca roja hace mucho tiempo que se quemó —explicó, refiriéndose a las guerreras del Ejército británico—. Por favor, siéntese, acompáñeme si lo desea y es capaz de soportar a un bocazas como el que tiene delante.

El cazador retiró el abrigo que había dejado sobre la silla a su lado y la invitó con la mano a sentarse. A continuación rellenó el vaso hasta el borde. Alice observó que detrás de su rudeza se escondían unos modales refinados. Era un hombre bien parecido. Lucía una barba con tintes pelirrojos que acentuaba la tristeza de sus ojos verdes, los cuales desprendían un evidente e inmediato carisma.

—Le recomiendo leer el libro de un periodista llamado George Washington Williams. ¿Lo conoce?

—No tengo el placer.

—Léalo y se dará cuenta de cómo es el lugar hacia el que se dirige.

—No será fácil, pero buscaré una copia en el Congo.

—Hágalo si le interesa la verdad. ¿Puedo ofrecerle uno? Debe de haber alguna copa por aquí. —El hombre señaló la botella y se giró para buscar una en la caja que tenía al lado.

—No se moleste, señor...

—Por supuesto, perdone, Edward Vilah —le ofreció la mano.

—Encantada de conocerle, señor Vilah —indicó ella mientras se saludaban—. Mi nombre es Alice Seeley Harris. Gracias por su ofrecimiento pero con una buena conversación tendré suficiente. Además, hace poco que he tomado un té —añadió.

—Encantado, señora Seeley Harris. ¿Sabe?, me recuerda usted a mi hermana en Inglaterra.

—Me alegro. Ojalá eso le traiga buenos recuerdos. Y que ella se encuentre bien.

—Murió de tuberculosis hace muchos inviernos. Eran tiempos más sencillos. Se llamaba Lucy.

—Cuánto lo siento, de veras. Dios se apiade de su alma inmortal.

—Es usted muy amable, aunque, como ya le he dicho, su Dios y yo no nos llevamos muy bien. Sé que usted es misionera, no pretendo ofenderla. Perdone mi temperamento. ¿Puedo hablarle honestamente? —preguntó Edward, y dio un nuevo y largo sorbo de whisky.

—Adelante, sin tapujos, por favor.

—Es usted una señora un tanto inusual. Y lo digo como un respetuoso cumplido, créame. Muchos de los misioneros que conozco todavía creen en las patrañas de la labor civilizatoria en África. Pocos muestran su actitud.

—Gracias por su cumplido... supongo —contestó Alice contrariada.

—De nada —dijo él. Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared y darse unos golpecitos—. Como decían los romanos, *dulce decorum est pro patria mori*.* La filantropía y el humanismo no casan bien con el comercio internacional, señora Seeley Harris. De hecho, desde que en el siglo xiv el monje benedictino Ranulf Higden dibujase su mapa del mundo, los europeos nos hemos creído los dueños del continente africano. Más allá del océano no había monstruos; somos nosotros. Esa es la realidad de África.

—Le veo muy versado en el tema.

—Algo sé. Mi padre fue uno de los oficiales del Imperio en la Administración de El Cairo, antes de la guerra con el Mahdi. Con él viajé y aprendí todo lo que sé, mientras mi madre y mi hermana se pudrían en Inglaterra. Mi madre Sally murió de fiebres cuando yo estudiaba en la Academia Militar de Edimburgo. Unos meses después estaba de regreso en África vestido de uniforme y listo para comerme el mundo. Era joven, como usted. Entonces llegó la guerra con esos fanáticos de Dios y todo cambió.

—Un asunto feo, aquel. Mi padre me leyó los periódicos.

—Un crimen, señora Seeley Harris, eso es lo que fue. Todos esos buenos muchachos sacrificados por la ambición y el honor malentendido. Los habitantes del Sudán nunca nos importaron. Nosotros luchábamos por los derechos comerciales reclamados por

una gobernante en una isla a miles de kilómetros. —Se refería a la reina Victoria.

—¿Participó en la lucha?

—Lo hice. Mi destacamento sucumbió con el general Gordon durante la caída de Jartum. —Se refería al desastre del Sudán británico—. Me salvé gracias a que me habían mandado como correo a una aldea cercana.

—Sin duda, debió ser algo terrible —susurró Alice, compungida mientras Edward daba otro largo sorbo hasta casi terminar el vaso—. Entonces, ¿ha estado en muchas regiones del Congo? —preguntó para cambiar de tema y alejarle de su evidente pesadumbre.

—¡Por supuesto! Allí es donde mejor se paga el marfil. Al menos hasta hace unos meses. Cada vez hay que internarse más en el territorio ignoto para encontrar a los elefantes. Pronto ya no quedará ninguno. Encontramos el paraíso y lo convertimos en una fuente de productos para vivir más cómodamente. La era de la exploración es en realidad el tiempo del sacrificio. —Edward se acabó el whisky—. El fin de los tiempos para los hijos de la selva. Los exploradores les parecieron dioses o rarezas divinas. No sabían que traían consigo el germen de su destrucción —añadió.

El cazador se refería a los mismos hombres cuyas aventuras le solía leer el padre de Alice con emoción cuando era pequeña. Con ellas había soñado sobre un mundo diferente y mejor. Nunca las consideró una pesadilla para los congoleños. Ese había sido su primer contacto con África, el germen del viaje que estaba emprendiendo.

—Los supuestos descubrimientos para llenar el vacío en el mapa son una conquista a la antigua usanza. Con todo el respeto, Dios y la

humanidad europea no es lo que Schweinfurth y Junker tenían en mente al internarse en el norte del Congo. O Pogge y Wissman cuando lo hicieron en la cuenca del Kasai. Y aún menos ese vanidoso, petulante e insoportable de Henry Morton Stanley. El primero en remontar el río Congo y el primero en robárselo a sus habitantes. En fin... —El cazador se llevó el vaso vacío a la boca—. Diablos, esto se evapora —añadió con una carcajada.

—¿Conoce usted a Stanley? —preguntó Alice, emocionada.

—Lo conozco —respondió Edward, torciendo el gesto.

—Debe ser un hombre fascinante.

—Es un hombre, de eso no hay duda, aunque él no lo crea.

—¿No se llevan bien? —inquirió sin esconder su sorpresa. Toda Europa admiraba al explorador como un civilizador de mundos nuevos.

—Señora Seeley Harris, cuando los hombres se creen su propia leyenda, hacen lo que sea para mantenerla. Normalmente, el precio de su ambición desmedida recae en los demás, los desposeídos.

—También hay aspectos positivos. Gracias al establecimiento de las rutas comerciales, se ha difundido la idea de que la esclavitud debe ser erradicada.

Edward hizo un gesto con las manos, pero antes de que su aspaviento la cortase, Alice subió el tono de voz para imponerse y continuar.

—Solo a través de la civilización podemos acabar con ese mal endémico del ser humano. Y con muchos otros más. Los pueblos del Congo merecen justicia.

—¿Qué civilización? ¿La nuestra o la suya? ¿Acaso alguien les preguntó si querían cambiar la esencia de lo que son? Los nativos

vivían mucho mejor sin nosotros. Ellos tenían su propia existencia. Antes de la llegada de Leopoldo II, el Congo era una sociedad compleja que respetaba el balance entre la vida del hombre y el lugar donde existe. Algo que hemos olvidado en Europa. El dios cristiano es un ladrón de mundos —concluyó.

El sonido de la proa desplazando toneladas de agua se adueñó del ambiente. Ambos se quedaron callados; ella rumiando una respuesta, él con el entrecejo fruncido.

—Quizás debería beber un poco de agua —por fin dijo Alice pausadamente—. El whisky puede apagar los gritos al momento, pero luego los hace más estridentes.

—Le agradezco su consejo, señora Seeley Harris, pero hace tiempo que dejé la salvación atrás.

—Puede llamarme Alice, si gusta.

Edward asintió complacido.

—Alice, entonces. ¿Te importa si yo te doy uno? —preguntó el cazador de forma retórica—. Ándate con ojo con ese Dios tuyo, porque el Congo es implacable y cruel. Si quieres vivir, nunca te bajes del barco.

A mediados de junio, los suboficiales del SS Cameroon, con el uniforme negro y dorado de la African Steam Ship Company, fueron de cabina en cabina pidiendo a los pasajeros que se dirigiesen a la cubierta principal para escuchar un mensaje del capitán.

El oficial estaba enfundado en un uniforme azul marino con charreteras y puños dorados y la gorra a juego, que le daba un

toque distinguido y empoderado. Sin mediar palabra, apuntó con el dedo hacia las aguas.

—Estimados pasajeros, si miran por la borda podrán comprobar cómo el océano cambia de color. Nos acercamos al continente africano. Hemos dejado atrás las masas nebulosas del Atlántico y sus aguas azules para internarnos en unas más sombrías y embarradas. El cambio de aspecto se debe a la fuerza del caudal de la desembocadura del poderoso río Congo. Sus aguas salvajes corren por debajo del océano durante millas, revolviendo el interior del mar. Pronto avistaremos las costas de África ecuatorial.

—¿Cuándo? —dijo una voz entre el gentío.

—¡Alabado sea Dios! —espetó John. Por fin, veía su calvario marítimo llegar a su fin.

—Alabado sea —dijo el resto de la pequeña congregación. Los pasajeros esperaban con ansia la respuesta del capitán.

—Mañana, cuando se levanten, miren a estribor y verán las costas africanas. En un par de días atracaremos en Boma.

Al día siguiente, nada más despuntar el sol, Alice salió a la cubierta. Solo había marineros haciendo labores de mantenimiento. Dirigió su mirada hacia el punto que el capitán había marcado.

Al principio le costó verla. Poco a poco, el horizonte se fue conformando como una masa rocosa. Primero casi como un espejismo. Luego como una lengua de tierra infinita, coronada por las copas verdes de la selva que se perdían hacia el interior y formaban un manto infinito de vegetación.

Delante de ella tenía el mismo paisaje que, unos siglos antes, el explorador portugués Diogo Cão vio al internarse en la gigantesca desembocadura del río Congo. Pero a diferencia de este, a medida

que el SS Cameroon se acercaba a su destino, la selva tropical y los pantanos infestados de malaria daban paso a grandes extensiones agrícolas.

Al entrar en el puerto de Boma el tráfico marítimo aumentó. Si no hubiera sido por el calor sofocante y la maravillosa luz que se reflejaba en las aguas infestadas de canoas de todos los tamaños, Alice hubiera creído que llegaban a los pontones del río Támesis.

La primera visión que tuvo de África no se parecía al mundo virgen que imaginó cuando era niña. La industrialización y su fealdad práctica hacía tiempo que habían desembarcado y extendido por doquier sus tentáculos de hierro y combustión.

El continente africano con el que había soñado tendría que esperar.

4

LAS VERSIONES DE DIOS Y SUS TUMBAS

CIUDAD DE MATADI, BAJO CONGO, 1898

La casa de huéspedes que la Unión Misionera tenía en la ciudad de Matadi, a pocos kilómetros del puerto de Boma, era más un hotel para visitantes con la Biblia bajo el brazo que un centro de reunión religiosa.

En la entrada siempre había baúles y maletas de los colaboradores, reverendos y misioneros que pasaban por sus habitaciones. Se accedía a ellas por una pequeña recepción custodiada por Madame Chien, una parisina oronda y de dientes amarillentos que había abandonado los tugurios del río Sena para convertirse en regenta de un establecimiento respetable en el Congo.

La patrona hacía evidente que el mundo victoriano conocido quedaba atrás, y la nueva realidad empezaba esa noche.

—¡Matrimonio Harris, habitación número 7! —exclamó tras hurgarse la boca con la uña larga del dedo meñique—. Los demás, esta es la lista, apañaos. No tengo tiempo para esto a estas horas —añadió, bostezando.

El reloj sobre el mostrador de recepción marcaba la una y media de la mañana. John cogió el papel y asignó los dormitorios al resto

de miembros de la Unión Misionera. La regenta dio unos pasos atrás y se dejó caer a peso sobre un sillón desvencijado.

—Dios también duerme —dijo la francesa—. ¡El desayuno es a las seis en punto, ni un minuto después! —vociferó a continuación. Luego acomodó la cabeza en un cojín sobre el respaldo del sillón.

Los misioneros se dirigieron a las habitaciones en silencio. Sus pasos sobre el suelo de madera rivalizaban con los sonidos de la selva y la ciudad.

Esa noche Alice durmió sola. John lo hizo en la estancia de al lado con otros dos misioneros. Los tres discutieron hasta altas horas de la madrugada sobre las etapas del viaje que tenían por delante, el estado de la organización y los retos a los que se enfrentaban los evangelistas para llegar a su destino. Tenían mapas de las nuevas vías del tren, las porciones del Congo cartografiadas hasta el momento y dibujos de aldeas cuyos nombres ya nadie recordaba.

La excitación del desembarco todavía recorría el cuerpo de Alice como una corriente eléctrica. Estaba tumbada en la cama y sudaba la gota gorda. Las sábanas estaban cada vez más húmedas y pegajosas. Sus ojos estaban clavados en las vigas del techo de madera astillada, a la espera de que el sueño le venciera. Pero no había manera.

El calor sofocante, los mosquitos zumbando alrededor de la mosquitera, además de los que conseguían colarse dentro, no la mantenían en vela. Tampoco el intenso croar bajo la ventana de docenas de ranas, o el interminable y desagradable corretear de las ratas en la azotea. Ni siquiera el miedo fundado a las mambas verdes, las diabólicas serpientes de mordedura mortal a las que les

gustaba el calor de las cabañas y meterse en los zapatos y los baúles de viaje.

El misterio de África, la naturaleza y la magia de la vida la esperaban ahí fuera. Ese era el origen de su insomnio, ya que el primer día en el Congo lo había pasado en el puerto, un lugar tan obsceno y feo como práctico. Y, después, en la carreta cubierta que los llevó a la casa de huéspedes en Matadi.

Consiguió conciliar algo de sueño antes de las primeras luces, hasta que una de las sirvientas que limpiaba el pasillo la despertó. Alice bostezó. De repente se dio cuenta de que llegaba tarde a la primera misa del día. Dio un brinco, se vistió a toda prisa y salió corriendo. Pasó por delante de Madame Chien, que seguía sentada en el sofá leyendo un periódico francés. La mujer la vio venir de reojo y ni se inmutó.

—El desayuno se ha acabado —le escuchó decir sin apartar la mirada de las páginas arrugadas como sus manos—. El despertador es un invento del diablo. ¿En qué paraíso es obligatorio levantarse antes de que el cuerpo te lo pida? —Rio entre carcajadas agudas.

Alice se precipitó por el porche y bajó las escaleras a toda prisa.

Entró en el templo situado a unos pasos de la casa y construido con madera y hojas de palmera. John la miró con dureza. Para él, la famosa puntualidad inglesa era una cuestión de orgullo personal. Como líderes del grupo de recién llegados, debían dar ejemplo. No le faltaba razón.

Llegó justo cuando el grupo estaba entonando un himno que jamás había escuchado. Por suerte, pudo seguirlo gracias al libreto abierto sobre uno de los bancos. Los feligreses, de lo más variopinto, entonaban la letra a su manera.

A los lugares más difíciles, Él me llama a ir,
nunca pensando en la comodidad o la tranquilidad;
el mundo puede declararme un soñador, un tonto,
suficiente si el Maestro me place.

Hay otras ovejas descarriadas que el Maestro debe traer,
y a ellos se les debe comunicar el mensaje;
me envía a recogerlos de todas las tierras,
y darles la bienvenida nuevamente a Su redil.

En primera fila, John cantaba a viva voz con el resto de recién llegados. Para no disrumpir el fervor del momento, Alice se escabulló hasta las últimas filas. Su marido giró el cuello y la siguió con la mirada mientras negaba con la cabeza. Obviamente se mostraba irritado por la impuntualidad de su esposa, y porque eligió colocarse al otro lado de aquel pequeño templo de Dios en la selva.

Desde detrás, entre los nativos devotos, la mayoría convertidos al cristianismo recientemente, la iglesia adquiría otra perspectiva.

Los presentes parecían sorprendidos de que una blanca se sentase entre ellos. Alice sintió sus sonrisas deslumbrantes como el sol de la mañana. No pudo evitar sonreír ella también al ver la forma estrafalaria en la que vestían, con ropa europea que seguramente había sido desechada por los nuevos colonos blancos.

Uno de los jóvenes que tenía a su lado llevaba únicamente una camisa de vestir blanca de talla gigante, sin nada debajo. Parecía un camisón de dormir deshilachado por donde asomaban sus largas y delgadas piernas negras.

Delante de ella, dos mujeres estaban embutidas en sendos corsés rosas, como si fuesen prendas que pudieran exponerse en público. No sentían impudicia o ridículo alguno. Al contrario; más bien lo lucían con un orgullo que ensalzaba su belleza. Otra solo llevaba una falda y se cubría los pechos con cientos de colgantes y abalorios que le llegaban hasta el vientre. Una chica joven combinaba un taparrabos de piel de gacela con una blusa rosa amplia y semitransparente que realzaba sus pechos puntiagudos. Para los estándares ingleses era una indecencia. Pero no estaban en Gran Bretaña. Eso la hizo sonreír. Los congoleños vivían la desnudez como si acabasen de abandonar el Edén.

Alice pensó que quizás la extraña era ella, cubierta de pies a cabeza con una falda que pisaba al caminar, una blusa gruesa abotonada hasta el cuello, un sombrero que le cubría el pelo y unos zapatos de domingo que no estaban hechos para la selva, mientras la mayoría de los feligreses iban descalzos. Se sentía incómoda, aunque sabía que era un prejuicio propio.

Se quitó el sombrero y miró alrededor. Detuvo sus ojos en el joven de la camisa blanca, que había entonado el último himno con una pasión inusitada. Cada vez que uno de los oradores hacía una pausa, susurraba: «*Wanga, wanga*». Después se llevaba la mano al pecho y bajaba la cabeza. En un momento dado sus miradas se cruzaron. El chico le lanzó una sonrisa electrificante que hubiera iluminado una catedral entera.

Al terminar el sermón, Alice se quedó en su sitio. Quería ver a los nuevos hijos de Dios en todo su esplendor. Eso le aportaba fortaleza, sentido del deber y coraje para afrontar la próxima tarea misionera y educativa impartiendo clases de inglés y religión. Un trabajo que,

esa primera mañana en África, le pareció tan grandilocuente como inalcanzable.

Pensó en su madre. Estaría horrorizada al ver dónde se encontraba. Ella ni siquiera se hubiese bajado del barco, y aún menos hubiera caminado por el lodazal de barro y heces de animales que circulaban por las calles de la ciudad.

—Gracias por orar con nosotros, que Dios la bendiga —dijo una voz dulce y pausada detrás de ella.

Era una joven con la piel del color del café y los ojos negros. Alice pensó que debía ser la hija de un matrimonio mixto, aunque estos no estaban amparados por la ley colonial. Sin embargo, Mireille, así se llamaba la chica, era en realidad fruto de la violación de un hombre blanco.

—Y a ti, hermana. Que Dios te bendiga también —respondió Alice.

A su lado, el joven de la camisa blanca las escuchaba y volvió a susurrar:

—*Wanga*.

Alice lo miró y sonrió, pero el chico bajó la cabeza sonrojado.

—¿Es así como llama a Dios? —le preguntó Alice a Mireille.

—No, señora. Es una costumbre de los nativos bakongo del Alto Congo. Terminan cualquier frase diciendo *Wanga*.

—¿Y qué significa?

—Haz, ¿tú entiendes?

—¿Cómo? ¿Qué quieres que haga?

—No, no, señora —se rio ella—. Significa eso: «haz, ¿tú entiendes?». Es una expresión. A mucha gente le resulta gracioso y por eso se mofan de los bakongo.

—¿Tú también lo eres?

—No, yo soy del pueblo bantú —contestó la joven con orgullo—. Étienne, ven aquí. La señorita inglesa quiere conocerte. No seas tímido —añadió cuando el chico se cubrió la cara con las manos.

La iglesia, iluminada por los rayos de luz que se colaban por el techo, empezó a vaciarse lentamente.

—Es un chico muy atento e inteligente —continuó Mireille—. Llegó con un grupo de huérfanos cuando era muy pequeño. Ni siquiera sabía decir su propio nombre, por eso le dieron uno cristiano. No se pierde ni un servicio del domingo, ¿verdad, Étienne? —le preguntó.

Mireille intentó acariciarle la barbilla. El joven se zafó. Asintió con timidez, alzó la cabeza y le devolvió la mirada a Alice, con tal intensidad que le hizo apartar la suya.

Étienne tenía los ojos muy redondos, hundidos, impregnados de dolor, soledad y aislamiento vital. A Alice le recordaba a los incontrolables y revoltosos niños del East End londinense, el lugar donde se había forjado como maestra y misionera. Pero, a diferencia de ellos, en los de Étienne no había ni un resquicio de odio por sentirse como una hormiga a punto de ser aplastada. Solo sorpresa y alivio por seguir vivito y coleando un día más y contra todo pronóstico.

—Hola, ¿cómo estás? Me llamo Alice —se presentó ella, extendiéndole la mano. El chico y Mireille pusieron una sentida cara de sorpresa.

Llevaba poco más de un día en África, pero Alice ya se había dado cuenta de la barrera física que existía entre los europeos y los congoleños.

Dubitativo, el chico estiró el brazo y le tocó la mano con sus dedos delgados y huesudos. Entonces, su gesto cambió súbitamente. Se

puso firme, tenso y desconfiado. Al mirarle a los ojos Alice se dio cuenta de que hacía tiempo que había perdido toda la inocencia. No era consciente de que el primer recuerdo de Étienne fue ver cómo arrasaban su aldea y asesinaban a toda su familia.

—Encantado de conocerla, señora —dijo el chico.

—El placer es mío —respondió Alice. No pudo evitar un tono maternal, algo condescendiente, aunque no fue su intención.

—¿Cuántos años tienes?

Étienne se encogió de hombros y sonrió.

—Tienes doce años, Étienne —indicó Mireille.

—¡Ya eres casi un hombre! —Alice intentaba sacarle una sonrisa, pero él permanecía serio—. Te he visto orar con mucha intensidad. Espero que el Todopoderoso te escuche —añadió.

—Mis dioses ya no están. Ahora este es el que hay. —Su respuesta dejó a Alice sin palabras—. Rezo para tener siempre suficiente para comer y encontrar un buen trabajo. Cuando crezca alcanzaré la posición social del hombre blanco, ya lo verá. *Wanga Nzambi, ¿wanga*? —añadió, alzando la vista.

—¿*Nzambi*?

—Significa Dios —tradujo Mireille.

—Ahora debo marcharme, señora —indicó Étienne.

—Adelante, jovencito. Ojalá nos volvamos a ver.

—Lo decide él, ¿no? —contestó Étienne mientras señalaba al crucifijo de madera que presidía la iglesia ya casi vacía.

El comentario la dejó con la mandíbula desencajada mientras el chiquillo se escabullía entre los últimos feligreses.

En la entrada, John se sujetaba la barbilla con la mano mientras hablaba con el sacerdote encargado de la iglesia, un danés llamado

Jonasson. Debatían sobre el estado ruinoso del templo y el número de asistentes. Alice sabía que su marido hacía ese gesto cuando se sentía contrariado. John era un político nato.

—Vamos a rezar de nuevo —escuchó que decía el sacerdote cuando se acercó a su marido.

El reverendo Jonasson vestía un hábito negro hasta los pies parecido al de los jesuitas católicos. Alrededor del cuello llevaba una gran cruz de madera. Con el brazo derecho sujetaba una vieja y manoseada Biblia en danés que apretaba contra su pecho.

—Con su permiso —dijo John, que pretendía decir unas palabras.

Captó la atención del grupo de jóvenes misioneros y miró alrededor como si estuviesen dentro de una de las historias del Gulliver de Jonathan Swift.

—Adelante, por favor —contestó el párroco, y le dio paso con la mano y una amistosa palmada en la espalda.

John empezó a hablar mirando a Alice a los ojos.

—Hermanos, hermanas; entre vosotros puedo sentir la presencia de nuestro Señor. Los corazones puros no conocen otro camino que el de la redención. Padre, gracias por acogernos en esta pequeña base de nuestra amada Unión Misionera, donde te alabamos para enseñarle al pueblo congoleño la luz de la verdad evangélica, así como las bendiciones de la civilización en esta tierra hermosa. Somos el fruto de Su palabra —giró la cabeza y se dirigió a los jóvenes misioneros—. Nunca olvidéis que Dios siempre camina a vuestro lado. Debemos mantenernos unidos, pase lo que pase. Con fe y tenacidad lograremos prosperar en esta selva. Él es toda la fuerza que necesitamos.

—Amén —dijo alguien. El resto de los presentes hizo lo mismo.

El grupo se dio la paz, se estrecharon las manos, se abrazaron y susurraron algún Dios te bendiga. Luego cada uno volvió a sus tribulaciones.

Alice y John decidieron salir a dar un paseo antes de volver a la casa de huéspedes. Cuando se alejaron de la pequeña iglesia, el gesto de su marido cambió.

—Alice, es una falta de respeto llegar a destiempo. Hacia la congregación y hacia los feligreses. Lo sabes, querida —le increpó él.

—Sí, John, tienes razón. Se me pegaron las sábanas. Lo siento.

—A quien madruga...

—Dios le ayuda —le cortó ella—. Lo sé, aunque no estoy muy segura de que ese dicho sea verdad. A veces creo que hasta el Todopoderoso sigue durmiendo.

—¡Alice! —espetó John escandalizado. Giró el cuello a ambos lados y luego bajó la cabeza para esconder su incipiente sonrisa—. Siempre tan irreverente, querida. Temí que hubieras enfermado.

—¡Si no llevamos ni un día aquí! Estoy perfectamente. Solo un poco cansada por el calor, como todos —contestó a la vez que se bajaba el cuello de la blusa.

Sin darse cuenta, sus pasos los llevaron frente a un pequeño cementerio cuya tierra había sido removida recientemente.

Eran apenas una veintena de lápidas y cruces de piedra blanca o madera pintada de ese color. Todos los nombres gravados en negro pertenecían a europeos, algunos de ellos misioneros que ya nunca regresarían a casa.

«Murió después de dos días de enfermedad», se leía en la de Jaques, un sacerdote francés. «Muerto por fiebres tras solo tres

semanas en la colonia», decía otra. Al lado, la de un joven comerciante de veintitrés años llamado Joris que había «muerto en la selva donde yace». Otra más pequeña de un oficial de la Force Publique, un tal teniente Arnaud, donde habían inscrito casi irónicamente: «murió camino de la costa». Alice leyó las fechas de sus nacimientos. El mayor de los fallecidos tenía cuarenta y seis años y el más joven, veintidós. Hizo un cálculo rápido y el promedio de la edad de partida de sus almas era de treinta y dos años. A sus veintiocho primaveras, esa fecha límite no estaba muy lejos.

Las tumbas eran un recordatorio de que en el Estado Libre del Congo la muerte siempre les rondaría. La visión del camposanto confirmaba que muchos de los misioneros, comerciantes y militares que llegaban a la colonia con sueños de riquezas o revelaciones divinas, terminaban a dos metros bajo tierra. Alice sintió no tener su cámara a mano para fotografiar el pequeño cementerio.

—¿Cuándo nos marcharemos de Matadi? Tengo ganas de ver la selva —cambió de tema.

—Mañana cogeremos el tren. Prácticamente lo estrenaremos nosotros. No lleva en marcha ni una semana. Será un viaje cómodo. Gracias a Dios no tendremos que volver a un barco, de momento —respondió John sonriendo.

—Supongo —dijo Alice con desgana.

Al día siguiente Mireille se presentó en la casa de huéspedes. El grupo estaba en el porche y se preparaba para partir hacia la recién inaugurada estación de tren de Matadi. Fue directa hacia Alice con gesto de preocupación; el joven Étienne había desaparecido.

—En su catre están todos sus libros. Créame, nunca se marcharía sin ellos —afirmó Mireille—. Se pasa el día leyendo esas páginas con la escritura de los blancos.

—Vamos de camino a la estación —dijo John—. Sin embargo, puedes preguntarle al reverendo Jonasson en la iglesia de...

—Lo siento, Mireille. ¿Cómo podemos ayudarte? —le interrumpió Alice—. ¿Dónde ha podido meterse?

—Temo que le hayan obligado a alistarse en el Ejército del Gobierno —explicó la joven visiblemente preocupada—. Ese es el destino de gran parte de los huérfanos de las misiones. O van a trabajar al ferrocarril, o se convierten en soldados. Es demasiado joven y débil para ambas cosas, usted lo ha visto.

—¿Crees que lo han raptado?

—¿Qué es raptado? —preguntó Mireille.

—Robado —aclaró Alice.

—¡Eso mismo, robado! Solo es un niño, no está preparado para la selva.

—Podemos escribir al cuartel de la Force Publique en Leopoldville con los datos del muchacho. Seguro que tienen un registro de reclutas —propuso Alice mirando a John con ansia.

—Es una buena idea. Así lo haremos —le aseguró a Mireille—. Lo siento, debemos irnos o perderemos el tren.

El grupo de misioneros los miraba desde el interior de las calesas y murmuraban.

—Un momento, amor —dijo Alice con un tono congelado y seco—. Indagaremos en el asunto, te lo prometo. Acude al reverendo Jonasson y cuéntale todo sobre Étienne. Y dile que luego nos escriba, ¿de acuerdo?

—Dios la bendiga —dijo Mireille mientras John le tiraba de la manga a su esposa.

—Ten fe. Étienne es un muchacho muy listo —concluyó Alice antes de bajar los escalones del porche.

Al alejarse, Mireille observó las carretas con ojos fríos. En el interior de la calesa, Alice nunca había sentido un vacío tan profundo al pronunciar las palabras «ten fe». La chica había acudido a ellos en busca de soluciones, no un Dios que, si tenía algo de tiempo, se acordase de ella.

Alice sintió vergüenza y no le pudo sostener la mirada.

5

LA SERPIENTE DE ACERO ESTÁ LLENA DE CHINCHES

TREN DE MATADI A LEOPOLDVILLE, BAJO CONGO, 1898

Los pitidos de la locomotora de vapor humeante acallaban el rumor del gentío. La muchedumbre se congregaba en el rudimentario y reluciente andén recién inaugurado por la Congo Railway Company para el tren que cubría el trayecto entre Matadi y Leopoldville. «La serpiente de acero», lo habían bautizado los nativos. Era a la vez un espejismo del lujo europeo y un reflejo de la cruda realidad en la colonia. Los pasajeros no eran la prioridad, exceptuando los vagones de primera clase traídos en barco desde Bélgica. Estos tenían aspecto de haber sido diseñados por los artesanos de la casa real, o sacados de uno de los palacetes de Versalles.

Estaban construidos con maderas nobles y en las cabinas privadas todavía olía a bosque belga. Los pasillos y zonas de descanso estaban decorados con luces doradas. En los techos colgaban candelabros de cristal de Bohemia. La mantelería era de algodón egipcio. La cubertería de plata y los sillones confeccionados al estilo Luis XIV. Una extravagancia que chocaba con la realidad de los vagones de carga, llenos de congoleños hacinados sin ton ni son para trabajar en las plantaciones. Después volvían llenos de marfil y

caucho. Había tres vagones destinados a la segunda y la tercera clase en los que se apretujaban por igual cajas, ganado, mercenarios, agentes comerciales y los pocos congoleños con medios económicos para pagarse un billete.

Al llegar, casi a empujones, a la altura del empleado de la ferroviaria que custodiaba el acceso a los vagones de primera clase, a Alice se le heló la sangre. Los congoleños eran tratados a patadas, gritos, insultos, y con una porra en la mano que no dudaban en utilizar. Observó el caos del andén mientras subía los peldaños empañados por el vapor de la locomotora. Sintió entonces que sus obligaciones como misionera —enseñar a leer y escribir a los niños en las escuelas, predicar el Evangelio y construir nuevas comunidades—, en realidad eran parte de un plan mucho más siniestro. Uno que ella no había elegido. Los supuestos valedores del pueblo congoleño trataban a los nativos como si fuesen una propiedad más de la colonia.

También le sorprendió ser la única del grupo, o al menos eso le pareció, en reflexionar sobre los dos mundos que compartían aquel tren.

Al contrario; John y el resto de los misioneros estaban deslumbrados por la aparente maravilla del progreso que significaba la línea de ferrocarril, una de las primeras en el continente. El grupo iba de un lado a otro del vagón observando a través de las ventanas el mundo en el que estaban a punto de echar raíces, si la enfermedad o la locura no cortaba sus tallos antes.

El vagón más concurrido era el del restaurante-bar, con camareros nativos vestidos con chaqués y guantes de un blanco impoluto que contrastaba con su piel oscura. Era evidente que no estaban

cómodos. Más de uno tenía que hacer equilibrios para sujetar los platos y las bandejas con las bebidas, al verse sacudido por el traqueteo constante del tren.

Las mesas iban abarrotadas de oficiales militares, soldados, agentes comerciales, buscadores de oro y gemas, funcionarios estatales y dueños de plantaciones, que comían como si estuviesen en un restaurante de lujo del Soho londinense. Alice y John encontraron una pequeña mesa entre un grupo de soldados de fortuna, como su marido llamaba a los mercenarios, y una pareja de latifundistas que volvía a la colonia después de unos meses en Bélgica disfrutando de su riqueza recientemente adquirida.

A uno de los camareros se le resbaló una tetera, golpeó en una silla y esparció todo el brebaje sobre un caballero. El hombre se levantó aullando. El té lo había escaldado vivo. Los hombres de la mesa de al lado rieron mientras el agraviado gritaba a pleno pulmón:

—¡Dónde está el revisor! ¡Quiero a este hombre despedido! ¡Inmediatamente!

El sirviente intentaba limpiar el traje del viajero, un comerciante de pieles de Amberes, pero este le apartaba la mano. Pero el camarero insistía hasta que, ciego de ira, lo empujó de una patada y lo tiró al suelo. Otro camarero lo recogió y se lo llevó de allí.

—¿Por qué nadie ha ayudado a ese pobre muchacho? —dijo Alice en voz alta mientras se ponía en pie.

Nadie le hizo caso. La pareja que almorzaba a su lado la miró con desdén.

—Sabes, cariño, durante los primeros días de la colonia, cuando los hombres blancos empezaron a construir las estaciones comerciales, los salvajes estaban convencidos de que las botas que

calzaban formaban parte de sus pies. Creían que todos los europeos tenían los pies de cuero —dijo el hombre con un claro tono de mofa.

Alice se sentó y observó al hombre de reojo. Rondaba la cuarentena, tenía la piel amarillenta e iba vestido con un traje de color crema, tocado con un sombrero panameño del mismo tono. Por su aspecto, supuso que era uno de los propietarios de las muchas plantaciones de cacao o caucho que se sucedían a ambos lados de la línea de ferrocarril.

—¿Nunca habían visto unos zapatos? —preguntó su esposa.

—¡Claro que no! La verdad es que no son muy diferentes a las fieras que habitan en la jungla, cariño. Requieren cuidados diferentes. Se parecen más al ganado que a nosotros. Por eso, en ocasiones, emplear el látigo es la única manera de ponerlos a trabajar. Es como espolear a un caballo; al principio al animal le duele pero luego está a gusto cabalgando.

La mujer asintió convencida. Alice tuvo que contenerse para no expulsar por la nariz el sorbo de té que estaba bebiendo. Le lanzó una mirada reprobatoria al hombre. John, que ya la conocía, la miró y le rogó en vano con los ojos que se contuviera.

—Este tren está lleno de chinches que se creen mejor que el tapizado que los cobija —dijo Alice sin dejar de mirar al hombre para que se diese por aludido.

Él le devolvió la mirada con condescendencia y siguió a lo suyo.

—Me voy al compartimento —anunció ella.

El hombre sonrió y, justo cuando alzaba la barbilla al considerarse vencedor y superior, Alice sacó la Kodak Brownie que llevaba en la bolsa y les robó su imagen.

—¡Señora! —protestó el hombre, pero la inglesa ya le había dado la espalda ante la mirada atónita de John.

Las cabinas de primera clase eran pequeños dormitorios de lujo. Los asientos se convertían en cama, aunque no les haría falta. Se suponía que llegarían a Leopoldville poco antes de que anocheciera. El trayecto duraba unas cinco horas, si no había ninguna incidencia en las vías.

Al abandonar la inmensa desembocadura del río Congo, los paisajes que aparecían eran de una imponencia que quitaba el hipo. Al internarse en la selva, el tren desapareció bajo las arboledas de más de treinta metros de altura que escondían el cielo como un gigantesco e interminable toldo de vegetación.

Bajó la ventana del compartimento e hizo varias fotografías. Vio una familia de jirafas. El corazón le palpitaba. En la soledad de la cabina tenía la selva para ella sola. Se acurrucó en el asiento y se durmió.

Hacia la quinta hora de viaje, Alice despertó y se fijó en cómo el río Congo, que resplandecía a su izquierda, se hacía cada vez más ancho y profundo, hasta formar una serie de lagos que desembocaban en otro tan grande que daba la sensación de que salían hacia el mar.

Era el inmenso lago de Stanley Pool, que ahora distaba mucho de ser el lugar que, un par de décadas antes, el explorador inglés al servicio del rey Leopoldo II pisó por primera vez, y luego reclamó para sí en nombre del monarca para crear Leopoldville.

La ciudad había cambiado el paisaje de la región para siempre. La selva había sido talada, y en poco menos de veinte años surgió una urbe descomunal. Se mezclaban las construcciones de estilo europeo con las nativas, aunque estas ya no estaban construidas con los materiales tradicionales, barro y paja. En su lugar se utilizaban los restos de la intensa actividad comercial. Los contenedores de madera, hierros doblados, mantas viejas, trozos de metal y demás deshechos, habían transformado el alma de los poblados en una triste visión de chabolas insalubres y amontonadas como montañas de escombros.

Al bajar del tren, varios carruajes esperaban al grupo de misioneros delante de la novísima estación central de Leopoldville. Allí la actividad era tal que nada tenía que envidiar a la de Victoria, en Londres. La única diferencia era que, al contrario que esta, en la congoleña la explosión de vida moderna y tribal se mezclaba formando un caos asfixiante. Hasta los caballos respiraron aliviados cuando se alejaron de la multitud incontrolable.

En la ribera del lago cerca de la estación, Alice contempló cómo los sufridos trabajadores parecían una extensión del río. Cargaban y descargaban sin descanso los fardos de mercancías de embarcaciones y canoas de todos los tamaños imaginables.

—¡A la izquierda pueden ver nuestros vapores! —gritó el conductor de la primera calesa, disminuyendo la velocidad al pasar por delante de los muelles. Era uno de los misioneros que los acogerían esa noche.

El grupo se giró entusiasmado para contemplar los barcos. Suponían el mayor logro logístico de la misión de Balolo, la sede en el país de la Unión Misionera Regiones del Más Allá, situada a más de setecientos kilómetros río arriba. Ese sería su siguiente destino, en cuanto lograsen organizar el viaje.

Las embarcaciones flotaban en el río, rodeadas de la luz cegadora y vespertina de los focos que iluminaban el muelle y se reflejaban en la superficie del agua. Creaban destellos que rebotaban en sus retinas y les hacían ver chiribitas, como si una lluvia de estrellas se precipitase sobre el río.

—Son el Pioneer y el Henry Reed. Los transportaron por secciones en 1889 y 1891 desde Boma y luego los reconstruyeron en Leopoldville. Ojalá hubiese estado aquí para ver la botadura —dijo John, fascinado—. Sin estas embarcaciones, nunca podríamos haber establecido las misiones en Bonginda, Lulonga, Bongandanga e Ikau —añadió a la vez que cogía la mano de Alice. Ikau era su parada final.

—¿Embarcaremos en una de ellas hacia la misión de Balolo? —inquirió Alice.

—No lo sé, cariño. Mañana le preguntaremos al reverendo Newton. Se supone que ya debería haber vuelto de una expedición en el río Aruwimi y nos está esperando. La carta de presentación del doctor Guinness deja claro que debemos confiar en él.

—Espero que sea pronto —dijo Alice.

—Confiemos en que sí, yo también tengo ganas de empezar, esposa mía —afirmó John. Apretó su mano y le sonrió. Llegaron al alojamiento.

—Otra vez de noche y un nuevo día sin selva —murmuró Alice mientras descendía de la calesa con el atardecer rojo sobre su cabeza.

A la mañana siguiente la pareja se despertó pronto. Desayunaron unos huevos revueltos, beicon y judías. Encontraron al reverendo Newton sentado en el jardín del patio trasero de la casa de la misión.

Tenía la piel amarillenta, al igual que el blanco de los ojos. Su respiración era entrecortada y los pulmones le silbaban como una locomotora. Todavía se estaba reponiendo de la malaria que casi se lo lleva al otro barrio.

—¡Por fin! Hace dos días que les espero, aunque solo hoy he podido salir de la cama. El bicho me ha pillado. Soy el reverendo Newton —se presentó el religioso mientras intentaba levantarse de la silla de mimbre.

—Por favor, quédese donde está —dijo John, que se acercó de una zancada para que permaneciera sentado—. No sabíamos que estaba enfermo. Llegamos ayer por la noche. Pensábamos que quizás todavía estaba volviendo del río Aruwimi.

—Oí cómo llegaba el grupo. Hace tiempo que no recibimos a uno tan numeroso. ¡Benditos sean! Estaba tiritando de frío en la cama, a pesar del calor —añadió Newton, alzando los brazos.

—¿Tiene malaria? —preguntó Alice.

—Así es, señora Harris. El maldito bicho —afirmó tosiendo.

—Seeley Harris, si no le importa. O simplemente Alice —contestó con una sonrisa educada.

—¡Por supuesto! Discúlpeme, Alice. Los pantanos del Alto Congo son la cuna de los mosquitos que transmiten la malaria y la enfermedad del sueño. Este año se ha llevado poblados enteros. En su carta el doctor Guinness me informó que se encargarán de la misión de Ikau.

—Ese es nuestro destino —dijo John.

—Pues les recomiendo que, si no lo hacen ya, empiecen a tomar las cápsulas hechas con extracto de árbol de la quinina. Las prepara el herbolario de Leopoldville. Se supone que combaten la malaria, como pueden ver —explicó y tosió de nuevo—. No pretendo ser irónico. La verdad es que no siempre funcionan. Todo depende del mosquito que te toque.

—¿Dónde las podemos conseguir? —preguntó Alice.

—Tenemos varias cajas aquí en la misión. Repártanlas también entre los recién llegados —indicó Newton, al que la tos arrastró de nuevo.

—Quizás debería volver a la cama, ¿no le parece? —sugirió Alice.

—No se preocupe, lo peor ya ha pasado. En unos días volveré a estar en pie y listo para unas merecidas vacaciones.

—¿Vuelve a casa?

—Echo de menos el cielo gris de Inglaterra, qué le puedo decir.

Los tres se rieron, aunque eso le costó a Newton un nuevo acceso de tos.

—¿Cuándo podemos partir? —preguntó John.

—De momento, tendrán que permanecer en la ciudad a la espera de que pueda organizar el viaje al detalle. Les quedan casi mil kilómetros hasta Ikau por un territorio inhóspito y hostil. Será un trayecto arduo y caluroso. La primera parada, Balolo.

—¿Cuánto tiempo cree que estaremos aquí? —insistió Alice.

—Una semana, como mucho. Les dará tiempo a aclimatarse, a practicar el idioma, los dialectos de la región y a ponerse al día con sus tareas. El alojamiento es espacioso, cómodo y alegre —explicó Newton para contentar las ansias y la decepción que podía ver en su cara.

—¿Tanto tiempo? —espetó Alice.

—¿Tiene prisa por ir a la jungla? Ya se hartará. El caso es que el Henry Reed necesita un cambio de caldera y el Pioneer está destinado a las regiones sureñas. Tendrán que remontar el río en canoa —dijo Newton. A Alice se le llenaron los ojos de vida.

—Una semana —balbuceó la inglesa sopesando el tiempo.

—La paciencia es un don divino —le recordó Newton.

—Dios hizo el mundo en siete días —intercedió John, que buscaba una nota de humor que alegrase a su esposa.

—Entonces, no parece que tuviera mucha paciencia, ¿verdad? —dijo Alice.

Los tres volvieron a reír. De nuevo la tos estrujó los pulmones del joven reverendo. No debía pasar de los veinticinco años, pero sus facciones, el cansancio y sus ojos amarillentos lo hacían parecer diez más viejo.

—Por otro lado —añadió Newton carraspeando—, también tendrán tiempo para tomar contacto con los funcionarios comerciales de la colonia. Leopoldville está lleno de esas alimañas. Créanme, son una especie aparte, aunque son los que hacen y deshacen en este lugar. En cuanto antes se familiaricen con sus métodos, mejor se podrán desenvolver.

—Hablando de funcionarios; he escrito una carta al comandante del cuartel de la Force Publique en Leopoldville. Un muchacho ha desaparecido en la parroquia de Matadi y creemos que lo podrían haber alistado a la fuerza. ¿Podría ayudarme a hacerla llegar a su destino? —preguntó John.

—Por supuesto. Déjela encima de mi mesa, en el despacho junto a las escaleras del segundo piso, y me ocuparé de ello. Aunque yo no sería muy optimista. Así es como el rey belga construye su ejército nativo —advirtió.

—Muchas gracias por su ayuda —dijo Alice mientras el cuerpo de Newton volvía a zozobrar por la tos—. Será mejor que vuelva a la cama. Temo que le estamos debilitando, reverendo.

El joven se dio por vencido y asintió. John le ayudó a levantarse y, apoyado en su hombro, caminaron de vuelta a la casa. La vivienda, construida sobre una plataforma de madera, combinaba la sabiduría local con la arquitectura europea. La altura la salvaguardaba de las crecidas periódicas del río, pero desde fuera parecía un cobertizo de cualquier granja en Inglaterra.

—Stanley Pool no solo es un lugar precioso. Por aquí pasan todos los hermanos y las hermanas de las misiones de la Unión repartidas por el Congo y sus afluentes. Pueden aprender mucho de sus viajes. O emplear el tiempo en aumentar la familia. Creo que son recién casados, ¿no? Me ocuparé personalmente de que les asignen una habitación de matrimonio sin vecinos —dijo rozando la impertinencia.

—¡Reverendo! —exclamó John con los mofletes rojos, y luego miró a Alice con ojos de cordero degollado.

Todavía no se habían planteado tener hijos. Solo llevaban casados tres meses. Ella no estaba por la labor. Más aún, solía evitar el tema. Por eso John permaneció callado.

—Sin duda habrá tiempo para conocer a los funcionarios —indicó John para cambiar de tema—. Pero esa no era la idea que tenía en mente.

—Dígame, entonces —respondió Newton. Se detuvo antes de que le ayudasen a subir los escalones que daban al porche trasero.

—¿Sería posible viajar a alguna aldea cercana? —se adelantó Alice.

—¡¿Eso es todo?! —Newton la miró y se echó a reír—. Trabajo no falta, el Señor nunca descansa. La enfermedad no me permitirá realizar la expedición que tenía planeada en la tierra de los baketi, en el sur, antes de partir a Inglaterra. Son tres días de viaje, todo está preparado. Así que, como dice un proverbio chino, cuidado con lo que desean porque se puede convertir en realidad —indicó irónico, y tosió de nuevo mientras John le ayudaba a subir los escalones.

—Nos ocuparemos de ello, será un honor —afirmó Alice.

—Entonces no se hable más. La tierra de los baketi es un lugar extraño. Muchos pueblos nativos les tienen miedo, aunque no son hostiles. Todavía no hemos establecido ninguna misión en la región, con lo que es un viaje —la tos ya casi no le dejaba ni hablar— diplomático, de presentación, ¿entienden?

Ambos asintieron. Por fin llegaron a lo alto de la escalera.

—Desde aquí puedo solo, muchas gracias —se excusó—. Haré llamar a Elumbe Dickmann, el guía que me iba a llevar hasta allí. Es un hombre capaz, cabal, y domina muchas de las lenguas locales.

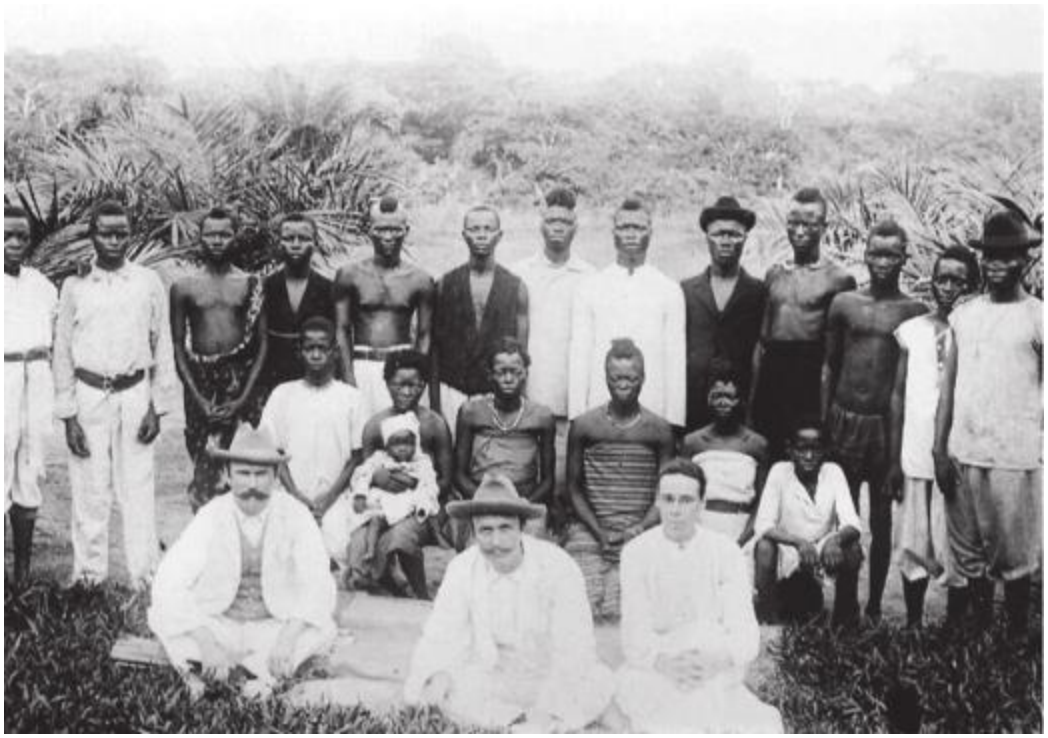
Con él estarán a salvo, se lo aseguro. Me ha acompañado en muchas expediciones. Saldrán mañana temprano. No se preocupen por los demás misioneros, los mantendré ocupados. Les queda mucho que aprender.

—Y a nosotros también —dijo Alice justo antes de que la tos se llevase de nuevo la voz y media alma del reverendo Newton. Aun así, consiguió sonreír.

Alice se ruborizó. El reverendo también se refería a ellos. No obstante, su deseo se había hecho realidad. La selva los esperaba.

SEGUNDA PARTE

¿QUIÉN SOY Y DÓNDE ESTÁ DIOS?



El reverendo John Hobbis Harris (al frente a la izquierda), *un misionero amigo* (en medio) *y Alice Seeley Harris* (al frente a la derecha) *con un grupo de indígenas durante una visita en el Congo belga*.

AUTOR DESCONOCIDO, PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

6

RÍO ARRIBA, DONDE DICEN QUE EL MUNDO SE ACABA

MISIÓN DE LEOPOLDVILLE, 1898

Querida Caroline:

Espero que cuando recibas estas letras te encuentren bien. Hermana, acabo de volver de lo más profundo de la selva después de viajar a la extraña tierra de los baketi. Siento no tener todavía una dirección fija a la que puedas escribir, pero todo se andará. Ha sido una experiencia sobrecogedora, pero con un final terrible. Vimos una aldea destruida y con el suelo sembrado de huesos humanos. Los nativos acusan a las autoridades coloniales del asesinato de sus familiares y seres queridos. Temo que la jungla esconde un terrible secreto a voces. Mi querido John asegura que en las guerras siempre hay desmanes, pero había algo sistemático en esa matanza que no deja de perturbarme. Hemos decidido escribir al Gobierno de Boma, que es el de Bélgica, para denunciar nuestro hallazgo. Espero que tomen cartas en el asunto.

John me ha convencido para que no diga nada al resto de misioneros sobre lo que vimos. Podríamos levantar falsas sospechas y poner a la organización y a sus miembros en peligro. Además, asegura, solo asustaríamos a los recién llegados. Algunos ya tienen dudas. La vida en este lugar es volver a lo más básico del ser humano, y todavía no hemos llegado a nuestros destinos en las aldeas.

Desde que estoy aquí he presenciado el progreso y la industria que están transformando el Congo, aunque a costa de sus habitantes. Temo que pueblos como los baketi no sepan adaptarse al progreso. Algo en mi interior me dice que

es un privilegio poder presenciar la vida de una gente muy anterior a nuestra Biblia.

Intentaré que mi trabajo como misionera respete su mundo. Siempre he creído que Dios es el despertar del alma y no una nueva serie de reglas para cambiarla. Lo sé, ahora me llamarías cuáquera y te reirías. Echo de menos tu risa, hermana.

Te escribo desde la misión que la Unión Misionera tiene en Leopoldville, junto al lago de Stanley Pool. Es tan grande que parece un mar. Mañana empezaremos a remontar el río en canoa unos setecientos kilómetros hasta la misión de Balolo, en el Alto Congo. Desde ahí aún nos quedarán quinientos kilómetros más hasta Ikau. Para entonces esperamos encontrar un vapor que haga el trayecto. Hoy nos despedimos del grupo de misioneros al que hemos acompañado. La mayoría están destinados a las misiones en el sur, en las tierras de los banfutu cerca del río Nsele, uno de los afluentes del gran Congo. Espero que todos nos volvamos a ver, aunque el Señor decidirá. Ahora ha llegado el momento de mantenerse firme para ir río arriba, donde dicen que el mundo se acaba.

Pensaré mucho en ti y en nuestros padres.

TU HERMANA QUE TE QUIERE

La mañana antes de la despedida, Alice alquiló una calesa y se paseó por la ciudad para fotografiar la vida que rebosaba por todas partes. Retrató algunos de sus habitantes, los puestos comerciales y las preciosas arboledas y plantas que nunca había visto y que crecían por doquier. También pudo practicar el proceso de revelado, gracias a los kits que había comprado en la tienda del señor Chapman.

El grupo se despidió en el jardín de la casa de la Unión. Los misioneros se habían reunido allí, sentados en unas sillas de mimbre que recordaban a las de Hyde Park.

John estaba de pie y sostenía un papel con el pequeño discurso que Alice le había ayudado a escribir y que procuraba no leer directamente como lo haría un buen político. Incluso adoptaba sus posturas y gesticulaba un tanto exagerado para cautivar a su pequeña audiencia. A ella le parecía que tenía algo de teatral, pero el grupo estaba más que complacido con sus palabras, que en realidad eran las suyas.

No era la primera vez. Durante el largo trayecto en el SS Cameroon corrigió algunos de sus sermones, sobre todo cuando los mareos lo tuvieron postrado en cama. Desde entonces las correcciones se convirtieron en párrafos añadidos y luego en textos enteros como el que estaba a punto de utilizar para dar su discurso.

—La labor de un buen misionero es construir el ambiente necesario para que el mensaje evangélico encuentre su propio camino. Las lecciones deben basarse en el estudio de los textos sagrados, pero la letra divina no se imprime en el alma con un hierro al rojo vivo. La tarea a la que todos nos enfrentamos no es sencilla. El Estado Libre del Congo tiene novecientas mil millas cuadradas. La mayor parte es selva impenetrable a la que se accede a través de ríos con caudales majestuosos, o afluentes sinuosos y escondidos entre las lianas que lo cubren todo —aseguró John mirando a dos de los misioneros más jóvenes. Estos rieron nerviosamente.

Detrás de él, Alice sacó una fotografía del momento. El reverendo Newton, ya medio recuperado de su malaria, aunque todavía llevaba una manta cubriéndole los hombros, le sonrió y saludó tocándose el sombrero panameño.

—El área que debemos evangelizar es tan grande como toda Alemania —continuó John—. Limita por tres lados con la curva en

forma de herradura del río Congo y su gran cantidad, todavía desconocida, de magníficos afluentes. A lo largo de esas carreteras de agua tendremos acceso libre a innumerables pueblos nativos. Queda mucho territorio por explorar. Hay cientos, quizás miles de aldeas en el interior de la selva a las que, hasta ahora, solo hemos conseguido llegar con cuentagotas. Hermanos y hermanas, nunca olvidéis que nuestra tarea es divina pero nosotros no lo somos. Tened confianza, todo está en vuestras manos y en las de Dios. Sus gentes nos esperan —concluyó sonriente.

—¡Alabado sea! —voceó uno de los misioneros jóvenes.

—¡Alabado sea! —le siguieron los demás.

Alice volvió a inmortalizar el momento. Miró alrededor y sintió el fervor de la fe apoderarse del grupo. El ímpetu colectivo era reconstituyente, aunque el paganismo con el que pretendían acabar se presentaba como un mal endémico suculento para su cruzada. Sin embargo, en secreto y bajo el prisma del inconformismo heredado de su padre, antes de juzgarlo Alice quería comprobarlo en persona.

—Y recordad: si tenéis aptitudes para las lenguas, vuestra misión también será llevar la Palabra al sonido indescifrable de los muchos lenguajes que se hablan a través del río. De momento el Evangelio ya ha sido traducido a las lenguas locales eleko y lomongo, para las que hemos redactado sus primeras gramáticas. Recientemente, uno de nuestros hermanos, el reverendo Nils Westlind, también tradujo a esos lenguajes todo el Nuevo Testamento. ¿Alguna pregunta?

—Reverendo Harris, no nos ha contado mucho de la expedición al sur de la que acaba de volver. ¿Cómo son los salvajes? ¿Son beligerantes? —preguntó uno de los misioneros más jóvenes.

Pronunció la palabra salvajes sin animosidad, pero provocó que Alice se detuviera en seco. Normalmente habría respondido el dictado de su corazón sin reserva alguna. En cambio, se acercó al joven vestido con un traje de lino blanco, corbata negra y un sombrero a juego y lo fotografió sin poder evitar un suspiro exasperado al apretar el botón del disparador.

—Nativos, Brian, el salvajismo no es una cuestión de raza —lo corrigió John mientras el joven bajaba la cabeza un tanto avergonzado.

—Los que critican nuestra labor creen que sería mejor dejar a los nativos como estaban, sin molestarlos con visiones más complejas de la vida —añadió el reverendo Newton—. Hermanos, yo os digo que la falacia del nativo feliz y sencillo contrasta groseramente con los hechos que os vais a encontrar.

El reverendo respiraba entrecortado y sus pulmones volvían a silbar como una locomotora.

—¿Qué tipo de religión practican? —preguntó una de las misioneras que partía hacia Kasai.

—Todos sus esfuerzos se concentran en apaciguar a los espíritus malévolos que dicen que les rodean. Para ello cuentan con curanderos que aseguran tener poderes sobrenaturales para detectar y oponerse a la influencia demoníaca. Brujos y hechiceros con una posición de gran importancia entre las masas ignorantes y crédulas. Ellos representan el principal elemento de oposición al avance del Evangelio.

Todos los presentes, incluida Alice, veían la presencia europea como una bendición y no como una de las raíces de la

desintegración del pueblo congoleño. Eran locos de Dios y ni siquiera se daban cuenta.

—¿Y qué hay de los horrores como el de la esclavitud? —preguntó Alice.

—Desgraciadamente sigue universalizada. Sería fácil escribir un volumen con el relato de las miserias que conlleva ese maldito tráfico de carne y sangre.

—¿Qué esfuerzos se están llevando a cabo para acabar con ello? Es parte de nuestro mandato, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sin duda, Alice. Nuestras misiones se oponen a la servidumbre obligada, venga de donde venga. Aunque, en teoría, no existe en el Estado Libre del Congo, y los funcionarios belgas actúan en consecuencia.

—Dicen que el canibalismo es una actividad generalizada —indicó otro misionero joven, vestido con un traje azulado tan pulcro como su pelo, barba recortada y uñas con la manicura reciente.

—Yo he escuchado que en Lulanga descienden canoas cargadas de esclavos para ser vendidos como alimento humano en el río Mobangi —dijo Brian a su lado—. ¿Es por placer? ¿Disfrutan comiendo carne humana? ¿O se lo piden sus dioses?

—Exageraciones, sin más —dijo Newton a sabiendas de que mentía.

El grupo permaneció en silencio durante unos instantes. Las historias sobre antropofagia que habían oído en Inglaterra les recordaban que ponían en juego el pellejo. Pero si la muerte llegaba, en nueve de cada diez casos lo hacía a través de un mosquito.

—Yo leí en uno de los libros de Stanley cómo una tribu de caníbales lo perseguía por la selva con gritos de «¡carne, carne,

carne!» —añadió Brian.

—Stanley es conocido por su tendencia al dramatismo, hermanos. Ya saben cómo son los periodistas —contestó Newton. Su comentario arrancó una muy necesitada risotada entre el grupo de recién llegados.

—Bueno, no perdamos el norte —dijo John para acabar con la polémica—. Hermana Catherine, por favor, cuando quiera.

Le hizo un gesto a una de las misioneras que llevaban la casa, una mujer redonda, pequeña, ruda y con una voz profunda que sujetaba el libro de himnos en la mano.

Cantaron uno escogido por él mismo:

> Detente, pecador, en tu camino pecaminoso, y
> presta atención a la voz que te advierte:
> Oh, ven a Jesús mientras puedas,
> porque después de la muerte viene el juicio.

Era una letra morbosa y, dada la incertidumbre del futuro próximo al que se enfrentaban, innecesariamente dura. Pero todos cantaban con un fervor inusitado. De pronto, el canto religioso empezó a sonar a himno de batalla.

> Oh, razona, pecador, ¿te saldrá a cuenta
> desechar tu única esperanza,
> y en la pecaminosa oscuridad perderte,
> cuando después de la muerte venga el juicio?

Sus voces sonaban tan fuertes y agudas que un perro de la calle se puso a aullar. Al mismo tiempo uno de los misioneros sacó su

harmónica para acompañar las voces con el sonido metálico y optimista, al contrario que las siguientes dos estrofas. La devoción los había atrapado y cerraba su mano alrededor de sus corazones y pulmones, que deseaban cantar hasta que no les quedase aire:

Oh, piensa, ¿cuál será el beneficio?
Si pudieras ver todos los placeres de la tierra,
y perder tu alma eternamente,
cuando Jesús venga a juzgarte.

El fin de los tiempos se acerca rápidamente,
y tu pobre alma, privada de gracia,
la terrible ira de Dios deberá enfrentar,
cuando Jesús venga a juzgarte.

Al terminar, como despertando de un breve sueño, aturdidos, relajados, llenos de fuerza, se estrecharon las manos, se abrazaron y dieron las gracias. Luego comieron un tentempié preparado por las cocineras nativas sobre unas largas mesas con manteles bordados de color crema.

Antes de partir hacia los muelles, donde el guía Elumbe Dickmann los esperaba para llevarlos hasta la misión de Balolo en una gran canoa, John y Alice se despidieron personalmente de todos. El matrimonio sabía que a algunos nunca los volverían a ver.

De los treinta y cinco misioneros que llegaron originalmente al país dos décadas antes, solo seis seguían vivos.

7

UNA PUERTA HACIA OTRO MUNDO: EL FUNERAL DEL JEFE KALALA

MISIÓN DE BALOLO, 1898

La gran aldea estaba sumida en un bullicio que se escuchaba desde varios kilómetros río abajo. Al oír el sonido de las docenas de tambores que retumbaban por todas partes para mandar su mensaje a los cuatro vientos, John temió lo peor.

—Dickmann, ¿qué sucede? Esto me da mala espina —dijo el reverendo agudizando el oído—. ¿Crees que puede ser un alzamiento nativo?

El guía tardó en contestar a la vez que los remeros se detenían para descansar. Respiraban profusamente y abrían mucho la boca debido al esfuerzo. Él también escuchaba los timbales tribales, con la gran diferencia de que era capaz de descifrar lo que anunciaban.

—La selva habla, jefe Harris —dijo con los ojos entornados y mirando hacia el cielo para que le dejase escuchar.

—¿Y qué dice? —exigió John impaciente.

—Algo grave. El gran jefe kalala, el gobernante auténtico de Balolo, ha muerto de una enfermedad. Los funerales ya han empezado —explicó el guía con la voz emocionada. Los remeros, consternados, murmuraban entre ellos. Inmediatamente, los sufridos

paleadores empezaron a bogar como si el mismísimo diablo les pisara los talones.

La paz del río se vio interrumpida por la llegada de cientos de embarcaciones venidas del Alto y el Bajo Congo. Al cruzar la última curva que escondía la estación comercial salpicada de mercadillos, chozas y grandes cabañas donde los nativos se reunían, fue más que evidente que se dirigían hacia un evento extraordinario.

Cerca del muelle, desde la canoa pudieron ver a lo lejos cómo las calles del asentamiento estaban llenas de pequeñas cabezas adornadas con plumas y máscaras rituales. Un canto hondo, lánguido y sentido se escuchaba cada vez más alto e inundaba el ambiente con una vibración que competía con la de los tambores.

—Lo van a enterrar como se hacía antes de que llegase el hombre blanco. Funerales así ya no se ven, son parte del mundo de antes, sobre todo en esta parte del río —explicó Dickmann, de pie dentro de la canoa.

Las embarcaciones atracaron en uno de los muchos muelles abarrotados de gente. No fue fácil encontrar un hueco. Parecía como si todas las barcas del río Congo se hubiesen reunido allí. En los pontones se palpaba una excitación salvaje.

El guía decidió que lo mejor era dejar la carga y su equipaje bajo la custodia de sus hombres más fieles. Él mismo escoltaría a los dos misioneros hasta la casa de la Unión, dada la presencia de grupos de guerreros ataviados para el combate. Muchos buscaban hacerse un agujero en la corte del heredero designado por el jefe fallecido. Sostenían lanzas y largos cuchillos. Vestían tocados de plumas de colores y se habían pintado las caras con aceite de palma y carbón.

Solo con sentirlos al lado, una sensación de pavor les recorría el cuerpo. Alice evitó cruzar la mirada con ellos.

Al principio, Dickmann tuvo que abrirse paso a empujones, tanto en las calles estrechas como en las grandes avenidas donde no cabía ni un alfiler, marcadas a ambos lados con palmeras y árboles plataneros.

La marabunta congregada les obligó a dirigirse hacia el lugar de donde provenía un intenso llanto. Allí, docenas de mujeres se congregaban frente a la gran cabaña del difunto jefe kalala.

Alice presenció una escena que la dejó horrorizada. En la explanada donde las plañideras gritaban hasta quedarse roncas, distinguió a un grupo de hombres y mujeres desnudos, arrodillados en el suelo con los brazos y las piernas esposados y los cuellos constreñidos por anillas de metal con una cuerda atada entre ellas que unía el destino de los prisioneros.

—Son algunos de los esclavos del difunto jefe —susurró Dickmann.

A Alice no le dio tiempo de responder. Detenerse no era una opción.

La siguiente escena fue tan hipnotizante que casi hizo temblar su fe en el Dios cristiano. Y entendió lo difícil que lo tenía para penetrar realmente en la cultura del pueblo congoleño sin destruirlo. La escenificación delante de ellos superaba con creces a los sermones tediosos y en la penumbra que había presenciado en las pequeñas iglesias locales con tejados de hojas secas de palmera.

De entre la multitud congregada surgieron unas doscientas mujeres desnudas con los cuerpos pintados de blanco y rojo. Formaron un grupo compacto que se balanceaba al ritmo de sus

propios gemidos. Bailaban rodeando el cuerpo del jefe, al que habían sentado en un trono de madera colocado sobre una tarima. Lo habían ataviado como a una criatura de otro mundo con un tocado de plumas de más de un metro de largo que parecía un arcoíris. El tronco del cuerpo y la cabeza estaban pintados de blanco, excepto por una gran franja negra que dividía su cara desde la frente hasta la barbilla. En el cuerpo llevaba dibujadas unas esferas amarillas, y los brazos cubiertos de ocre. Los tenía cruzados y sujetaba en ellos su mayor tesoro: dos viejas pistolas de chispa invertidas y sujetas por la impresionante hilera de pulseras de bronce muy pulidas en ambas muñecas.

Cuando por fin dejaron atrás la gran aglomeración, fue como salir de un campo sembrado de brasas. Afortunadamente, Dickmann conocía cada recoveco de los laberínticos callejones de Balolo, así consiguieron llegar a la casa de la misión antes de que el sol de la tarde se escondiera.

Poco después la ciudad se iluminó con docenas de hogueras que marcaban el camino hacia el lugar donde el jefe kalala asistía a su propio funeral.

Desde el porche de la casa, situada en una colina por encima de la estación comercial, el espectáculo resultaba sobrecogedor. Legalmente, Balolo era una propiedad más de Leopoldo II pero su alma pertenecía a los pueblos que lo habitaban. Para ellos la Corona belga no significaba nada.

John se despidió. Pasaría la noche en una de las casas misioneras vecinas. Debía ultimar los preparativos para su próxima partida hacia la misión de Ikau, en la que permanecerían durante al menos dos años.

Dickmann estaba sentado al final del porche y contemplaba el espectáculo nocturno de luces bajo un cielo estrellado, tan puro que el firmamento parecía decorado con una infinidad de pequeñas flores blancas y brillantes. Cuando Alice se acercó hasta él, el guía se levantó lentamente, la miró y esbozó una sonrisa.

—¿Qué va a pasar esta noche? ¿Para qué son esas hogueras? —preguntó ella.

—Lo enterrarán según las antiguas costumbres y se llevarán a cabo los sacrificios correspondientes. Bailarán, hablarán con sus ancestros y llorarán antes de que el nuevo líder tome el mando —explicó Dickmann.

—Esta tarde me he quedado realmente impresionada. ¿Qué les sucederá a los que vimos engrilletados?

—El jefe los está esperando para realizar su viaje al mundo de los espíritus. Era un hombre muy importante, no puede irse solo.

—Dickmann, ¿crees que podrías llevarme hasta allí? —le preguntó señalando con el dedo hacia el lugar del funeral.

—Señora Alice —contestó serio a la vez que negaba con la cabeza —, han venido guerreros de todo el Alto Congo, algunos muy combativos con los europeos. No es un lugar seguro. Si le pasara algo no me lo perdonaría. Además, sucederán eventos que le pueden resultar muy desagradables. ¿Por qué quiere ir a verlo?

—Porque necesito saber —contestó seria mientras se quitaba las gafas y limpiaba los cristales con una pequeña gamuza.

Dickmann la observó durante unos segundos. Extrañamente, parecía complacido.

—Tendrá que dejarlas en casa —dijo haciendo un gesto con la frente hacia las gafas—. ¿Puede coger ropa del jefe Harris? —

preguntó. Alice asintió sonriente—. Y póngase uno de sus sombreros más grandes para cubrirse el pelo y esconder el rostro. No podrá traer su aparato fotográfico, lo siento.

—Por supuesto —respondió ella, a sabiendas de que, en la noche cerrada, la Kodak Brownie era prácticamente inútil—. Y no te inquietes por el jefe Harris, de eso ya me ocuparé yo, Dickmann —le indicó, antes de entrar en la casa para cambiarse y convertirse en antropóloga, aunque fuera por una noche.

—Eso no me preocupa, señora Alice. Es usted quien decide sobre su destino. Tiene suerte, esa es una cualidad que solo poseen los reyes y los hombres santos.

—Y las mujeres, estimado Dickmann —apostilló ella mientras le daba la espalda—. Y si no es ahora, algún día.

Salieron de la casa por la puerta de atrás, amparados en la noche y en silencio.

—Señora Alice, sígame en todo momento pero no me agarre, los guerreros lo verían como un símbolo de debilidad —le dijo Dickmann mientras se metía en el cinto un largo machete curvado—. Camine como lo hacen todos los ingleses. Y, vea lo que vea, no puede hacer nada. ¿Lo ha entendido? Nuestra vida depende de ello.

—¿Y cómo camina un inglés? —le preguntó esbozando una sonrisa que el guía tuvo a bien no devolver, dada la seriedad del momento.

—Como si el mundo fuera suyo —respondió hierático.

El gentío se dirigía a la explanada donde el jefe difunto aguardaba su ceremonia. Nadie se percató de que ambos se fundieron con la marea humana que acudía a la celebración. La luz de las antorchas

se reflejaba en la amalgama de cuerpos decorados con tantas pinturas como colores del arcoíris. Llegaron de nuevo hasta la tarima donde el jefe kalala descansaba por encima de sus súbditos. A nadie parecía importarle su presencia. Solo en un par de ocasiones Alice tuvo que hundirse en el sobrero para cortar de raíz alguna mirada demasiado curiosa.

Delante del jefe, un grupo de no menos de cuatrocientos nativos, todos vestidos con trajes y máscaras de madera adornados con plumas ondeantes y pedazos de metal que tintineaban, bailaban frenéticamente ante su líder con aspecto de dios pagano.

Las melodías, los lamentos y los tambores sellaron el ambiente y crearon una burbuja en el tiempo. La escena que estaba a punto de presenciar se había llevado a cabo de igual forma mil años atrás. Alice recordó las palabras que Dickmann le dijo en la canoa. Seguramente sería la última vez que un funeral así tuviera lugar en Balolo.

Los cientos de pares de pies danzando levantaban una cortina de polvo resplandeciente que se mezcló con el humo de las hogueras. Las llamas crepitaban altas y daba la impresión de que se alzaban hasta las estrellas.

Alice reparó en un gran hoyo rectangular cavado en el suelo con aspecto de ser una tumba gigantesca. Dos guerreros condujeron hasta el borde a la hilera de prisioneros que vio por la tarde. Allí les esperaba un hechicero con el cuerpo pintado de amarillo, la cabeza cubierta con una gran máscara que representaba un rostro desfigurado, el cuello adornado con pieles de leopardo y varios amuletos, entre ellos un reloj de bolsillo, que tintineaban.

El hombre santo, capaz de hablar con los espíritus, empezó a contornearse. La multitud enmudeció mientras observaba a los esclavos, que parecían aceptar su destino sin rechistar. Alice tardó unos minutos en entenderlo. El brujo realizaba su danza de la muerte en la que se movía sinuosamente, brincaba y arrastraba los pies mientras entonaba cánticos incomprensibles. El baile terminó con el brujo al borde del agujero junto a los condenados.

A continuación, los dos guerreros fornidos colocaron al grupo de esclavos atados de pies y manos dentro del agujero. El gentío empezó a gritar cuando la silla del jefe kalala empezó a moverse sobre las cabezas de la multitud como si estuviese levitando. Cuando el cadáver, envuelto en una tela blanca de algodón y tiras de hierba, llegó al borde, varios hombres lo depositaron en el centro del hoyo. A su vez, el hechicero ordenaba que lanzasen al agujero a varias de las esposas del jefe fallecido.

De repente, para sorpresa de Alice, la masa, más agitada que nunca, empezó a arrojar grandes cantidades de tierra para convertir la tumba en un sepulcro viviente. No se detuvieron hasta que los enterraron a todos con vida. El jefe no quería marcharse solo al otro mundo, como había dicho Dickmann. Aquella crueldad le resultó insoportable.

A continuación, la multitud bailó sobre la tumba para compactar la arena. Por si no fuera suficiente, una hilera de esclavos arrodillados fueron decapitados y desmembrados, dejando un gran charco de sangre a sus pies.

Alice no pudo más. Estaba horrorizada. Tuvo que apartar la mirada, a la vez que intentaba contener un grito de espanto y unas irremediables ganas de vomitar. Dickmann lo advirtió y retrocedieron

sutilmente. A unos cien pasos, escondida entre unos arbustos, la inglesa pudo arrojar la cena.

—¿Está bien, señora Alice? —preguntó el guía.

—Sí, sí —respondió ella mientras se limpiaba la boca con la manga de la chaqueta de safari de John, manchada de pintura ocre y sudor ajeno—. ¡Dios mío, Dickmann, esa pobre gente sacrificada y los trozos de los cuerpos cortados! Inconcebible y es-es-espeluznante —tartamudeó antes de volver a vomitar sobre sus botines de piel de camello.

—Esa siempre ha sido la costumbre entre los jefes tribales de la región —contestó el guía sin un ápice de remordimiento—. ¿Acaso el Dios cristiano no se sacrificó por la humanidad, como dice el jefe Harris? En el símbolo que llevan alrededor del cuello hay un hombre crucificado. ¿No es eso cruel? Los domingos en la iglesia comen su cuerpo y beben su sangre, ¿verdad?

Alice asintió sin saber qué decir, todavía con el estómago revuelto.

La vuelta a la casa misionera la hicieron en silencio. Cuando llegaron, John les estaba esperando en el porche.

—¡Alice! ¡Por fin! Estaba a punto de dar la alarma. ¿Cómo se te ocurre desaparecer de esa manera? —dijo entre malhumorado y aliviado mientras bajaba los escalones del porche de dos en dos—. ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido?

—Tranquilo, John, solo fuimos a ver el funeral.

—¡¿Cómo?! —espetó—. ¡Dios mío, Alice! Confío en Dickmann pero corres riesgos como si fueras el mismísimo Stanley. ¿No crees que es innecesario, querida? —inquirió mirando al guía con severidad.

—Lo siento, no quería preocuparte. Necesitaba verlo —argumentó Alice.

Le costaba encontrar la forma de explicar lo que acababa de presenciar.

—No hace falta arriesgarse de esa manera, querida —contestó John mientras se sentaban en el porche y le ofrecía una taza de limonada fresca.

—Al contrario. ¿Cómo pretendemos salvar unas almas que no conocemos? —contestó y aceptó el vaso a la vez que el guía mulato, a unos pasos, sonreía.

—Dickmann, puedes retirarte. Gracias por todo y por devolverme a la señora Seeley Harris de una pieza —le dijo John un tanto punitivo.

—De nada, jefe Harris. Buenas noches a los dos —contestó mirando a Alice con orgullo—. Es usted muy valiente. Ojalá la fotografía que me hizo en la tierra de los baketi permanezca mucho tiempo.

—Ojalá, amigo —respondió Alice—, mañana tendré una copia para ti.

Dickmann les dio la espalda y se marchó hacia el embarcadero.

—Un hombre extraño pero de confianza, ¿no crees? Lo echaremos de menos en Ikau, eso seguro. Desafortunadamente, no podrá escoltarnos hasta nuestra próxima casa. Debe volver a sus quehaceres en Leopoldville —explicó John mientras el guía desaparecía en la noche.

—Es una pena, le tengo mucho aprecio —dijo Alice.

—De eso no hay duda —contestó él con los brazos en jarra mientras le echaba una ojeada de arriba abajo—. Debo admitir que

esa ropa no te sienta nada mal, querida —añadió sonriente—. Aunque debo protestar de nuevo. ¿Qué dirá la gente, Alice? A mí no me importa, pero somos representantes de la Unión Misionera Regiones del Más Allá, siempre debemos tenerlo presente en todo lo que hacemos. Sobre todo si vas a correr riesgos de ese tipo. ¿Qué haría yo sin ti, amor?

—¿Acaso es diferente que la visita al territorio baketi, querido? ¿O es porque he salido sola? —dijo ella. Le cogió la mano y le atrajo hacia sí un tanto remolona.

—No me parece lo más acertado. Aunque ¿puedo evitarlo? —preguntó John con la boca a escasos centímetros de sus labios carnosos.

—¿Tú qué crees? —respondió Alice, y se besaron.

Esa noche hicieron el amor con una intensidad desconocida para los dos. La excitación de los eventos vividos, el calor, la maravillosa luz de las hogueras crepitando al otro lado de la ventana, incluso las sábanas de la cama, les parecieron suaves y eróticas; un cóctel de sensualidad que les hizo gemir, entrelazados, con sus almas conectadas a través de la carne.

Alice se levantó antes de las primeras luces y se sentó en camisón delante de la ventana. Observó a John, que dormía plácidamente. Luego dirigió la mirada hacia el exterior.

La estación comercial junto a la que se asentaba la misión funcionaba a pleno rendimiento. Día y noche, turno tras turno, empleaba a cientos de trabajadores nativos que vivían en las riberas del río en cabañas como las que habían construido sus abuelos. De

hecho, hasta que no puso un pie en Balolo, los pocos ancianos locales que había visto trabajaban como parte del servicio en las casas de los europeos.

Las malas lenguas acusaban a las tribus bantúes, los pobladores originales de la región, de ser notoriamente avaros. Pero observando las canoas de las riberas, cargadas de todo tipo de productos, esa era una acusación nacida de la envidia. Su pericia los había convertido en los comerciantes más ricos y exitosos de la zona. Hasta que el hombre blanco llegó para reclamar el botín que atesoraban sus tierras tan ancestrales como el jardín del Edén.

Alice sonrió al comprobar que la fea cara de la industrialización desmedida todavía no había desfigurado ese paraíso natural congoleño.

Quizás por eso, las actitudes estaban mucho más relajadas y los nativos no los miraban con tanta desconfianza. Alice tuvo tiempo de fotografiar a algunos de sus habitantes.

En las calles de tierra no se veían vagabundos o niños comiendo un pedazo de pescado medio podrido cubierto de moscas, como había visto en Matadi y Leopoldville. Además, podía escuchar las canciones de las mujeres cuando iban al río a limpiar la ropa, o mientras machacaban mandiocas y plátanos en grandes recipientes de barro cocido decorados con cenefas negras y rojas.

Recorrió todo Balolo con su cámara. Fotografió las casas de los terratenientes. En algunos casos, ellos mismos se ofrecieron a posar con una mirada de rey autocoronado. Quedó impresionada al retratar a las mujeres que bajaban de las canoas casi desnudas, envueltas en abalorios y con laceraciones cosméticas en sus frentes, pómulos, pechos, barrigas y espaldas. Cenefas y agrupaciones de

piel cortada con sumo cuidado, como si su cuerpo fuese una escultura.

A la inglesa que llevaba dentro aquello le parecía algo aberrante, pero la fotógrafa en su interior le susurraba «sigue adelante, Alice. Busca los sujetos, la luz. Encuentra el instante adecuado, encuadra y pulsa el disparador».

De vuelta a la casa de la misión, con solo dos fotografías restantes en el carrete, justo cuando estaba a punto de retratar un nido de termitas que medía más de dos metros de alto, Alice escuchó un ruido de pisadas detrás de un cocotero de cuyo tronco nacían tres árboles.

—¿Quién anda ahí? —preguntó dando un paso atrás.

Casi como un reflejo, se llevó la cámara al pecho como si fuese lo más valioso que debía proteger. Unos segundos después, un mono chilló en la lejanía y el sonido de las aguas del río se hizo más audible que nunca.

—¡Preséntese! —ordenó en lingala.

La figura que emergió de detrás de las sombras de la jungla provocó que el corazón le diera un vuelco. No sabía si era un niño o una niña. El hambre había consumido su cuerpo hasta convertirlo en una criatura andrógina.

Dio un paso y alzó el brazo. Le habían amputado la mano hasta el codo.

—*Bula matadi*?* —inquirió con temor.

—No. Alice, amiga de esta tierra —respondió ella. Dio un paso al frente, lo que provocó que la niña o el niño retrocediera—. Tranquilo, no te voy a hacer daño, deja que te ayude. ¿Dónde están tus padres? —preguntó Alice.

La criatura se fijó en la caja negra que sostenía en una mano. Antes de que pudiese decir nada nuevo, salió corriendo.

—*Bula matadi, bula matadi*! —gritaba aterrorizada mientras se adentraba en la selva y desaparecía entre el follaje.

Alice quiso seguirla pero enseguida la perdió de vista.

Una vez en el porche de la casa, se sintió avergonzada por no haber seguido su intuición, que nacía de lo más profundo de su ser: ese niño o niña es el Congo, debería haberle hecho una fotografía.

John tardó tres días en encontrar un barco que los llevase hasta la misión de Ikau. Se encontraba a quinientos kilómetros río arriba a través de un territorio inhóspito y propenso a las revueltas nativas. Debían remontar el río Congo y luego internarse en uno de sus afluentes, el Lulanga.

Sin un experto como Elumbe Dickmann al mando, lo mejor era cubrir la distancia en el menor tiempo posible. Viajarían en uno de los pequeños vapores privados, que eran poco más que cajas de madera y hierro con una gran chimenea en el centro.

La única embarcación disponible, un pequeño barco de nombre Papillon, les pareció una montaña de chatarra flotante. Sin embargo, era duro como una piedra. Según su propietario, tenía un casco abombado y grueso como los remolcadores del puerto. Eso hacía que la cubierta fuese estrecha y alta, cosa que evitaba el peligro de los cocodrilos y los hipopótamos.

La cabina, situada en la mitad de la embarcación, no tenía vidrios. La chimenea expulsaba un rastro negro que iban dejando atrás. Los pasamanos estaban astillados, la madera necesitaba una buena

mano de pintura y el óxido se había comido la escalerilla que daba acceso a la bodega, que olía a motor de combustión y grasa. El polvo del carbón almacenado debajo se hacía irrespirable después de un par de horas.

Las necesidades en Ikau serían muchas, por lo que apenas había espacio para dos pequeños camastros. El capitán del bajel destartalado los acomodó entre sus baúles de viaje, los sacos de comida y las cajas con los suministros, así como un fardo lleno de Biblias donadas por la congregación en Londres. También algunos volúmenes de Shakespeare, Lord Byron y otros autores ingleses para que los que aprendiesen a leer tuvieran algo más que una Biblia con lo que practicar. En eso eran diferentes a los misioneros católicos.

El vapor pertenecía al capitán Letour, un francés bajito con el pelo blanco al que le faltaban varios dientes. Era tan viejo como la embarcación. Su tamaño la hacía muy maniobrable, algo indispensable a la hora de surcar los rápidos, evitar los bancos de arena y las piedras grandes como casas.

Remontar el río Congo era como adentrarse en el corazón de la madre naturaleza. El aire era tan fresco y puro que cada bocanada les llenaba de vida. En una de las riberas, Alice contempló una miríada de mariposas blancas que volaba en una misma dirección. Parecía una nube blanca que flotaba y se movía por encima de las aguas. De repente desaparecieron en el bosque como si de una ilusión se tratase.

—Son lepidópteros. Saben, cada poco descubren una nueva variedad. Mi esposa era muy aficionada a esos bichos maravillosos. Todavía recuerdo cómo me contaba que en Bangala, río arriba, los biólogos habían llegado a recolectar hasta setenta y cuatro

especímenes raros de mariposas que nadie nunca había visto antes. Mi Hannah las coleccionaba en pequeños marcos como ese —explicó el capitán, señalando hacia un cuadro junto al timón de rueda que controlaba con ambas manos.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó Alice.

—¡Ah, mi pobre Hannah! —dijo sin perder el río de vista. Volteó el timón para esquivar un gran banco de arena en cuyo centro crecía una palmera solitaria—. Ya no está en este mundo. Las fiebres se la llevaron hace cosa de tres años.

—¿También era francesa, como usted? —inquirió Alice.

—Alice, por favor, es una pregunta bastante inoportuna —dijo John.

El capitán soltó una sonora carcajada. Le dio un trago a una petaca de piel y la dejó sobre el salpicadero de madera, donde había unos abalorios hechos con huesos pequeños, unos mapas arrugados, varios vasos sucios y ennegrecidos, restos de fruta que olían a podrido y una vieja foto descolorida de su esposa.

—¿Qué mujer francesa querría venir a este lugar? Era alemana. Y tan cabezota como su clima. Por eso a ella todo esto le parecía el paraíso. Aunque no se equivoque, sobrevivir en este lugar es una cuestión de pericia y suerte, no de fe. Hace unos meses llevé río arriba a unos misioneros, como ustedes. La palanca del timón se enredó con la vegetación y tuve que zambullirme por la popa para cortar las ramas a mano. Cuando reaparecí en la superficie del agua vi la expresión aterrorizada en las caras de los misioneros, que me hacían aspavientos con los brazos. Afortunadamente, me dio tiempo a subir a cubierta justo en el instante en el que un cocodrilo gigante

chocó contra el revestimiento de hierro del casco. Todavía se pueden ver las marcas —explicó, y señaló hacia la popa.

—Si quieres vivir, nunca te bajes del barco —murmuró Alice.

—¿Cómo dice? —inquirió el capitán.

—Nada, algo que me dijo un conocido. ¿De qué parte de Alemania era su mujer?

—De Berlín. Y siento decirles que era atea, o al menos eso decía. Pero yo creo que veía a Dios en la naturaleza. No se ofendan.

—¡Claro que no! —exclamó Alice—. En el regazo del Señor hay lugar para todas las creencias, vengan de donde vengan. ¿Verdad, John?

—Por supuesto, querida —contestó él encogiéndose de hombros —. ¿De dónde eran esos misioneros? ¿Hasta dónde los llevó?

—Más allá de Yambinga, en la entrada del río Rubi. Nadie ha vuelto a saber de ellos. Eran suecos, creo. Sabe Dios qué les sucedió. —Dio otro sorbo a la petaca—. Perdón de nuevo, no pretendo ofenderles.

—Y no lo hace, capitán —insistió John.

—De todas formas, eso está muy lejos de Ikau. Allí empieza a haber algo de civilización —explicó Letour—. Descansen un poco, será un viaje largo.

Alice encontró un espacio libre entre dos cajas de madera colocadas en la cubierta de popa del vapor y se acostó para echarse una cabezada.

Antes de dormirse, pensó en que el inescrutable camino del Señor que la había llevado al Congo, escogido o no por Dios, permanecía escondido en la jungla.

8

EN ÁFRICA NO EXISTEN LOS DÍAS TRANQUILOS

MISIÓN DE IKAU, ALTO CONGO, 1899

CUATRO MESES DESPUÉS

La llama dentro de la lámpara de hierro bailaba a pesar de estar protegida por una cápsula de vidrio con forma de cebolla. La insondable oscuridad de la noche, sumida en el misterioso sonido de las criaturas de la selva, que aullaban y gritaban como almas en pena, parecía querer adueñarse de la habitación de la cabaña construida sobre una empalizada. La mecha encendida era su única barrera dentro de la residencia de la Unión Misionera en Ikau, la casa de Alice y John durante los próximos años.

Cada vez que la luz zigzagueaba, Alice sentía cómo las sombras a su alrededor le oprimían el pecho. Los endiablados mosquitos revoloteaban en torno al fanal de aceite. Parecían emperadores del aire enloquecidos por el pequeño sol artificial que iluminaba la estancia. Esta era sencilla y austera: una cama cubierta con una mosquitera blanca, una mesa de trabajo, un pequeño brasero y un armario de madera de palmera. Junto a este último descansaban sus trillados baúles de viaje. Completaba el conjunto un tocador cuyo espejo cóncavo, envejecido antes de tiempo, reflejaba el interior de la habitación como la imagen de un caleidoscopio roto.

El calor sofocante tenía a Alice aturdida. Sentada en el escritorio, observaba cómo le temblaba una mano. Enseguida logró reponerse forzando una sonrisa seguida de un suspiro. El chillido desesperado de un chimpancé macho la sobresaltó. La estridencia del grito se sintió como si alguien hubiera acuchillado el vientre de la noche.

Afuera, en el porche, escuchó la risotada del acompañante de su marido, el señor Alfonse Houlec, un agente comercial que había llegado el día antes con un cargamento de marfil y de fieras vivas con destino a Boma.

El comerciante transportaba al simio que gritaba en una jaula que dos porteadores cargaban con parihuelas. La bestia parecía maltrecha y estaba aterrorizada. La habían apaleado y arrancado los colmillos. Ahora el animal estaba encadenado a uno de los árboles que crecían delante del porche de la cabaña, como si fuera una mascota. Alice sintió escalofríos solo con mirarlo.

¿Por qué la empatía se agota tan rápido en el Congo? ¿Qué tipo de tara crecía en el interior de los hombres para considerar que toda la naturaleza les pertenecía?

Le entraron unas irremediables ganas de salir y soltar al simio. En vez de eso, optó por coger la plumilla del estuche de madera, abierto sobre la mesa llena de documentos de la misión y mapas de la región.

Se acercó al papel y un escalofrío le recorrió la espalda. Solo pudo calmarse echando una ojeada a la Kodak Brownie, que reposaba sobre uno de los pocos pañuelos que se había traído de Inglaterra. «La primera de su clase que es portátil, madame. Podrá fotografiar lo que le venga en gana, con permiso del señor».

Alice recordó las palabras del señor Chapman, y cómo el tendero miraba a John como si su marido tuviese que darle permiso para utilizar el aparato. La reminiscencia le hizo torcer el gesto. Se ajustó la montura de las gafas sobre la nariz y lanzó una última ojeada furtiva hacia el ingenio inventado por George Eastman. Después, centró su atención en el soniquete de la pluma rasgando el folio.

Querida Caroline:

Hace pocas semanas que llegamos a la misión de Ikau remontando más de mil quinientos kilómetros del río con el que tanto soñamos cuando éramos niñas. Las descripciones que padre nos leía junto al fuego, las historias y aventuras de los exploradores que yo escuchaba casi como si pudiera tocarlas, no son nada comparado con la majestuosidad de la vida salvaje que nos rodea.

El viejo barco de vapor con el que remontamos el río parecía una mota de polvo perdida en la inmensidad de la selva, que crece por todas partes y se lo come todo. Un paraíso vivo, hambriento, primigenio, honesto. El viaje fue como entrar en otro mundo. El río se ensancha y arruga como si fuese un pulmón gigantesco. En las riberas, la explosión de vida te hace pensar en el Edén. Los rayos de luz se cuelan entre las hojas como si fuesen los dedos del mismísimo Señor. Hay que vivirlo para entenderlo.

Sin embargo, hermana, mucho me temo que hemos llegado en el momento en que la luz de esta isla de humanidad antigua se está apagando, y no por propia voluntad. Todo lo que había imaginado que sería este viaje era una quimera de nuestra infancia entre algodones.

Ni las lecciones de madre después de los sermones en la escuela parroquial de los domingos, ni los paseos con padre por la vieja Malmesbury, o los consejos del estimado reverendo Meyer y el doctor Guinness en la Regent Chapel de Londres, me prepararon para lo que he visto aquí en tan poco tiempo.

Hermana, con la confianza que nos tenemos, puedo confesarte que en este lugar la muerte está por todas partes. Los mosquitos —con la mano que tenía

libre Alice intentó matar a uno que le acababa de picar en el cuello— que te pueden infectar con la malaria, o el dengue, por no hablar de la terrible enfermedad del sueño que ha diezmado poblados enteros. La comida, el agua, las arañas de un palmo y los ciempiés tan grandes como un brazo me resultan tan extraños y pavorosos como las criaturas de la mitología griega. En nuestro mundo de carbón y chimeneas, la mayoría de los seres que Dios puso sobre la Tierra han desaparecido. Por el contrario, en este lugar la picadura de una serpiente te puede matar en segundos. Incluso un arañazo puede ser una amenaza mortal. Hay tanta humedad que las heridas tardan mucho en curarse, y las infecciones son tan veloces como las aguas de los rápidos del río.

Las condiciones en las que vivimos están muy alejadas de las comodidades de las que disfrutaba en Inglaterra. Siempre me siento sucia, y el sudor ha convertido en trapos viejos los vestidos que compré antes de partir.

Alice se detuvo, alzó la vista y observó la fotografía de un vapor que había revelado unos días antes y que colgaba de un hilo. Junto a esta había otra que mostraba un paisaje de la misión de Balolo, otra de John ayudando a los porteadores a montar una tienda en la selva y el retrato de una mujer baketi sujetando a dos niños desnutridos.

El trabajo marcha bien. La escuela donde enseño inglés es pequeña y una parte está al aire libre. Eso tiene sus ventajas. Enseñar mientras la vida de la jungla sucede a tu alrededor tiene algo de mágico y ancestral. Las clases de catequesis también se sienten de otra manera. Aunque el mayor inconveniente sucederá pronto. Cuando llegue la estación de las lluvias tendremos que buscar una alternativa.

A veces, los curiosos venidos de muy lejos se sientan alrededor de la escuela mientras doy clases. Algunos tienen unas laceraciones y mutilaciones horribles en sus cuerpos. En ocasiones, cuando escuchan los sermones de John o de los demás reverendos, tengo la impresión de que lo hacen para saber quién es ese Dios de los blancos que les ha despojado de todo. Y por qué.

Peor aún; los nativos culpan a los europeos y mercenarios que comandan la Force Publique de la violencia y sumisión forzada que sufren las tribus

congoleñas. El método de sometimiento del que hablan los nativos es tan horripilante como sencillo: el uso indiscriminado del chicote, un látigo duro hecho con piel de hipopótamo. He visto a más de un sargento con esa arma del diablo colgando del cinto.

Afortunadamente, todavía no he sido testigo de cómo utilizan esa extensión del horror. Espero que ese día nunca llegue.

Los nativos conversos que trabajan en la misión dicen que los agentes comerciales de Leopoldo II son espíritus insaciables. Los europeos aseguran que son exageraciones locales para mantener sus costumbres paganas. Según ellos, no hay una mano negra desde Bélgica, sino que son víctimas de sus propias beligerancias. Sin embargo, tras comprobar con mis propios ojos cómo las autoridades tratan a los nativos en las estaciones comerciales y las plantaciones de caucho y cacao, algo en mi corazón me dice que detrás del progreso acelerado que hemos traído con nosotros se esconde la peor cara de Satán. Últimamente pienso mucho en el verso del libro sagrado en Corintios 10:20: «No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios».

Cuando veo cómo se trata a los congoleños, siento una vergüenza tan sobrecogedora que me causa punzadas de dolor en la boca del estómago. ¿Acaso no es eso una señal de que nuestra labor en este lugar debe ir mucho más allá de la propagación del Evangelio?

Aquí es imposible no mezclarse con los agentes que, según los nativos, propagan el mal endémico que es la esclavitud. Viajamos, comemos y vivimos con muchos de los que aseguran que dicha esclavitud ya no existe. Pero esos mismos disponen de cientos de congoleños, como si fuesen una pieza desechable y reemplazable de la máquina de producir rentas en beneficio propio.

Alice levantó la vista. La escandalosa carcajada de Houlec, que seguía riéndose del simio, la interrumpió. La pluma se le estaba quedando sin tinta. Desenroscó el tapón trasero de la estilográfica, sacó un bote de tinta negra del cajón y rellenó la carga. La voz del

comerciante le sacaba de quicio, aunque no tanto como las risas de John, que le reía todas las gracias.

Son muchos los que vienen a hacer fortuna. Desde propietarios de plantaciones hasta mercaderes de todo tipo. Hombres y mujeres que, en la mesa y ante una copa de cristal, se comportan como las personas más civilizadas del mundo. Sin embargo, en cuanto caminan entre los nativos, se creen gigantes propietarios de todo. Muchos ven a los pobladores originales de esta tierra como animales a los que explotar. De los elefantes se llevan el marfil y de los congoleños el caucho, que les cuesta la vida. Poblaciones enteras se esfuman de la noche a la mañana sin dejar más rastro que las columnas de humo que se alzan sobre la selva.

Existe un rumor entre los habitantes de Ikau que asegura que hay miles de niños desaparecidos, secuestrados o abandonados a su suerte. En las expediciones que hemos realizado a las aldeas del interior, a veces creo que veo sombras en el bosque. Siento los ojos de las almas de los que huyen como fantasmas de la floresta. Están ahí. Lo sabemos porque en ocasiones encontramos sus restos. Hace unos días vimos el pequeño esqueleto de un niño en posición fetal entre las raíces de un gran árbol de mangos, como un vientre en el que reposar para siempre. Estremece pensar en todos los que la jungla se ha tragado para siempre.

No estaba preparada para esta visión de la humanidad, o la falta de ella. Quise hacerle una fotografía al cadáver pero John apeló a mi corazón.

En una aldea cercana a Mayumbe, una anciana de la tribu bantú me dijo que ahora esos niños son espíritus del bosque, que ya no pertenecen a este mundo. Los lugareños no se atreven a tocar los pequeños huesos que encuentran. Estos aparecen cuando se internan en zonas de la selva que ningún explorador blanco ha pisado. Los nativos acuden allí para buscar vides de caucho u oro blanco, como lo llaman aquí. Tienen miedo de la venganza de sus espíritus, que nunca encontrarán reposo.

El mundo moderno ha sido implacable con la vida congoleña. Los reinos del pasado están cayendo para gloria de la industria del rey belga. La sociedad en la que existían está desapareciendo de forma rápida y violenta.

En cuanto a lo personal, el matrimonio con John no ha supuesto un gran cambio desde que nos conocimos en Londres. No obstante, en los pocos ratos libres que tenemos no deja de insistir en tener hijos lo antes posible. Según dice, los años no pasan en vano. No le ponemos barreras a la idea, pero lo cierto es que traer una nueva vida a este lugar me da miedo. Aunque en mi corazón, sé que esa no es la razón por la que, cada vez que saca el tema, recuerdo alguna tarea que he olvidado. No siempre tengo esa suerte, pero la fotografía ayuda.

—Beba, reverendo, beba. Por una vez no le hará daño, ahora su esposa no le está mirando. Es usted el primer hombre del clero que conozco que no le gusta empinar el codo —decía Houlec mientras le ofrecía a John un trago de su petaca de plata.

—No, gracias, se lo agradezco pero se está haciendo tarde —respondió el reverendo, que era un inglés atípico. Detestaba el olor a alcohol y a madera vieja de los pubs.

Alice suspiró. Le costaba concentrarse. El calor y la voz del comerciante de animales salvajes no le ayudaban a pensar.

Es extraño cómo pasa el tiempo. Parece que haga siglos desde que dijimos adiós a las islas británicas. Sé que nuestros padres nunca quisieron este tipo de vida para mí, pero aquí siento que puedo hacer algo con la bonanza con la que el Señor siempre nos ha recompensado. Como diría el viejo reverendo Meyer: «A través de Su palabra, los pueblos encontrarán la hermandad».

Aunque, en estas selvas severas y de una belleza sobrecogedora, la vida está sumida en una crueldad insoportable. La realidad no tiene nada que ver con las fantasías sobre el bien y el mal que tanto escuché en los púlpitos. Caroline, a veces dudo de que estemos sirviendo a un Dios misericordioso. Mi fe no se ha quebrado pero no entiendo tanto dolor que podría ser evitado. Y me avergüenzo. Y dudo demasiado...

Alice detuvo la pluma para escuchar sus propios pensamientos. Observó la carta. Si conseguía llegar hasta la ciudad de Boma en uno de los vapores que descendían por el río Congo, desde allí todavía tardaría varios meses de barco y semanas en los correos británicos hasta llegar a manos de su hermana.

De repente se sintió ligeramente mareada. Volcar su corazón sobre el papel siempre le resultaba sencillo. Otra cosa era dejar que otros lo leyeran. Contempló de nuevo el texto y sus ojos bailaron entre las palabras «Dios, fe y dudo».

Una gota de sudor frío le recorrió la frente y se deslizó hasta un mechón de pelo que le caía por encima de la oreja. Hacía tanto calor que sus poros parecían transpirar un mar entero. Pero sintió esa gota diferente; más densa, propia, esencial, como si fuese su alma la que segregaba la angustia en forma de agua salada.

El sonido de una repentina conmoción afuera de la cabaña le hizo levantar la vista. John y su acompañante callaron de repente. A lo lejos, el silencio que rodeaba la misión cristiana se transformó en un ruido de pisadas, conversaciones, corredizas y lamentos.

Alice agudizó el oído. Los talones de unas botas repicaron en los escalones del porche y las bisagras oxidadas de la puerta principal rechinaron. Alice arqueó la espalda.

—Cariño, ¿estás visible? —dijo John al otro lado de la puerta—. Acaba de llegar un jefe tribal desde Bakombi —una de las aldeas al norte de Ikau— con un grupo de guerreros. Están nerviosos y beligerantes. Aseguran que las tropas gubernamentales han arrasado la frontera. Las noticias de la masacre en varias aldeas ya están recorriendo el río hasta las Cataratas de Stanley —anunció.

De fondo se escuchaba el sonido de los tambores en cuya canción furiosa viajaba la información sobre los sucesos.

—Dame un segundo, John. Ahora estoy con vosotros —respondió.

—Cariño, quizás sería mejor que te quedases en la cabaña —carraspeó—. Culpan a los blancos y no será fácil hablar con ellos. ¿De acuerdo? —preguntó John, que se dio la vuelta para evitar escuchar su respuesta.

Alice se secó el sudor de la frente con la manga de la blusa. Empujó la silla y se puso en pie, a la vez que escuchaba el sonido de las botas de John alejarse y perderse entre el griterío, que iba en aumento.

Se acercó a la ventana. A la misión llegaba un gran grupo de nativos iluminados con antorchas. Algunos vestían como guerreros y sostenían lanzas.

—Que sea lo que Dios quiera —murmuró Alice.

Se puso la chaqueta que colgaba al lado de la puerta y, tras dudar un segundo, cogió la Kodak al vuelo antes de cerrar la puerta tras de sí.

Con la cámara en las manos todas las dudas, externas y propias, se disolvían como un azucarillo en el té caliente. Cada vez que la cogía, un intenso hormigueo le recorría todo el cuerpo. Encuadrar, medir la luz y accionar el disparador daba sentido a su lugar en el mundo. Cada instantánea la cambiaba. Cada retrato la acercaba a la vida de los demás de una manera que todavía no comprendía del todo pero que le gustaba, y extrañamente, le hacía entrar en comunión con África.

Su labor como misionera era enseñar el catecismo y la lengua inglesa a los nativos. Sin embargo, intuía que la única manera de

paliar el dolor y el sufrimiento de los congoleños era a través de la fotografía. Cada vez le parecía mucho más honesta que las palabras.

John detestaba que saliese sola para realizar retratos, aunque luego se maravillaba ante las imágenes de los jefes posando con sus esposas, de los guerreros, los porteadores y los remeros junto a las embarcaciones. El objetivo de Alice también capturaba los efectos de la esclavitud en las espaldas de los congoleños, con la carne lacerada y mal curada por los efectos del látigo. A los trabajadores hambrientos y sus ojos zombificados. A los huérfanos y las amputaciones que, según aseguraban las autoridades, eran a causa de las guerras tribales.

Poco a poco, el reverendo Harris comprendía que la cámara era más que un souvenir; la Kodak era una nueva forma de entender el mundo, de contarlo y constatar sus horrores, una ventana que no mentía. También establecía pruebas fehacientes de lo que casi nadie en Europa y el resto del mundo conocía del Congo.

Alice bajó los escalones del porche a toda prisa. Los gritos del grupo de guerreros se transformaron en un canto que, entonado por decenas de gargantas, exigía melancólico una explicación de los hombres blancos.

John estaba entre ellos. Al verla, alzó un brazo y le indicó que se detuviese.

No le hizo caso y siguió avanzando hasta que Anna, una mujer pequeña y redonda que servía en la casa de la misión, la cogió de un brazo para detenerla.

Pertenecía a la tribu bantú y era originaria de Baringa, una aldea en el río Maringa. Había aprendido inglés por sí misma escuchando a los reverendos británicos de la Unión. Desde su llegada a Ikau se

había convertido en su sombra. Se autonombró ama de llaves de su rudimentaria casa.

Alice solo podía pensar en que, si se acercaba un poco más, quizás la luz de las antorchas sería suficiente para iluminar la escena y hacer una buena fotografía.

—Señora, ahora no es momento para las mujeres. Volvamos rápido a la casa, vamos —dijo agarrándola del brazo.

—Anna, ¿qué está sucediendo? —respondió Alice, que se resistía a abandonar la escena.

—Los hombres han venido en busca de violencia.

—¿Cómo? ¡Esto es una misión!

—Para ellos ahora todos los blancos son iguales. Creen que todos son soldados del Gobierno como los que han quemado las aldeas.

—¿La Force Publique? —interrumpió Alice bajando la voz.

—Sí, sí —respondió Anna—. Los guerreros están furiosos. Cantan venganza contra los soldados del *bula matadi* que han arrasado Bakombi. Están chillando: «Ladrones, matémoslos a todos». Será mejor que volvamos a la casa y cerremos la puerta con llave.

Alice quería seguir hacia delante, pero John se volvió a girar y negó con la cabeza. En sus labios pudo leer claramente:

—No, por favor.

Junto a él estaba el comerciante Alfonse Houlec, que debatía con un anciano ataviado con collares y plumas de avestruz. Tenía aspecto de ser el líder. Alice le echó un último vistazo antes de que Anna le diera un tirón para que la siguiese.

A lo lejos, el jefe no tardó en subir el tono. La excitación de los guerreros aumentó. Siguieron cantando y saltando acompasados. El

baile levantaba una nube de polvo que se confundía con la luz de las antorchas.

En ese momento apareció el reverendo Simon, que había llegado el día anterior e iba de camino a la misión de Waka, la última que la Unión había abierto en el río Lulanga. El joven misionero se dirigió hacia Alice y Anna esgrimiendo una sonrisa forzada.

—Señoras, vamos dentro —dijo abriendo sus largos brazos.

—Vámonos —insistió Anna, que no paraba de tirarle de la manga.

—Allí no hay mujeres, hermana. Los nativos quieren sangre y no atienden a razones —continuó Simon.

Su aspecto era muy parecido al de Abraham Lincoln, el difunto presidente norteamericano que, unas décadas antes, liberó a los esclavos en Estados Unidos.

—Escúchelos —insistía Anna.

—A lo mejor eso es lo que hace falta, precisamente. Un poco de razón femenina, ¿no cree, hermano Simon?

—Ahora mismo no serviría de nada. Me parece que creen que en la misión se esconden soldados de la Force Publique. Llevará tiempo convencerles de que no es así, que este es un lugar de paz. Lo mejor será dejarles parlamentar. No creo que sea el momento de enseñarles las bonanzas del sufragismo, Alice —dijo Simon sin ánimo de ofenderla, aunque lo hizo.

El orgullo herido se podía curar, pero perder una fotografía tan real e impactante le hacía rabiar. Pensó que valía la pena el riesgo. Cuando estaba a punto de protestar, el joven misionero insistió.

—Vamos, sea razonable. Estamos atrayendo demasiadas miradas curiosas y en cualquier momento pueden convertirse en otra cosa. Los nativos lucen en sus cuerpos pinturas de guerra. No sería la

primera vez que pagan justos por pecadores. Por favor, Alice —concluyó Simon con un movimiento del brazo señalando hacia la casa.

—Vamos —insistió Anna.

—De acuerdo —dijo ella finalmente sin reconocer su voz en sus palabras.

Alice pasó las siguientes tres horas sentada en una silla junto a la ventana. Cada poco, los mosquitos se estrellaban contra el cristal. La estancia estaba a oscuras para que nadie advirtiese su presencia.

Simon, John y Alfonse se sentaron en el suelo con el jefe y sus guerreros, que formaron una media luna detrás de su líder. Sujetaron las lanzas durante toda la noche. Las puntas metálicas primero relucieron con las antorchas y luego con las primeras luces de la mañana, que también dieron paso al sonido de los pájaros más madrugadores.

Por fin, el jefe se levantó al mismo tiempo que John. Los demás le siguieron. Alice vio cómo se estrechaban la mano. Los tres hombres blancos se dirigieron de vuelta a la cabaña. A su espalda, el líder tribal y sus hombres se quedaron quietos, expectantes y en un silencio absoluto.

—¿Qué ha sucedido? ¿Se van a quedar? —le preguntó a John nada más abrir la puerta.

Alice lo esperaba ansiosa y se frotaba las manos con evidente nerviosismo. El reverendo tenía unas ojeras profundas como platos soperos.

—No ha sido fácil convencerlos. Estaban empecinados en registrar las viviendas para llevar a cabo su venganza. Al final, como muestra de buena voluntad, hemos acordado ir a buscar pruebas a las aldeas en Bakombi. Si lo que cuentan es cierto, yo mismo presentaré una queja formal a la Administración colonial.

—¿Cuándo salimos? —preguntó Alice.

—Esta vez no, querida. Es un asunto muy peliagudo —respondió él mientras cogía una mochila de viaje que estaba junto a la puerta.

—¿Acaso no lo fue durante las otras salidas? No entiendo cuál es la diferencia.

—Seguramente tienes razón, pero alguien tiene que ocuparse de las cosas aquí. No podemos dejar la misión desatendida —respondió él, a sabiendas de que ese argumento no la convencía—. Todo ha sucedido muy rápido. El jefe está esperando fuera y no hay tiempo para más. Debes comprenderlo, Alice.

—¿No crees que la cámara podría documentar mejor lo que ha sucedido en esas aldeas? —insistió ella.

—Ojalá tuviese tus fuerzas. No es una mala idea, aunque ahora ya es tarde para eso, amor —respondió, y la besó antes de marcharse.

Desde que John, Simon y el comerciante de animales se marcharon con el jefe y sus guerreros, una extraña quietud se había apoderado de la misión en Ikau. Parecía más desértica que nunca.

No fue hasta bien entrada la mañana cuando Alice empezó a ver a los primeros miembros de la congregación. Pululaban con cautela y comentaban los acontecimientos. Bajaban la voz y la mirada cuando se cruzaba con ellos. En su mayoría eran ancianos, niños y mujeres.

Los maridos, algunos de los cuales tenían hasta cinco o seis esposas, se habían marchado con el resto de los hombres.

Aunque los misioneros se esforzaban en implantar el mensaje de que la monogamia era el único pasaporte hacia una sociedad respetable, lejos de las ciudades costeras europeizadas, e incluso a unos pocos kilómetros de distancia, la poligamia prevalecía como forma de organización social en casi toda el África occidental.

En la misión solo los conversos profesaban rechazo, en muchos casos poco sincero, hacia ese tipo de unión. El paganismo iba más allá de los valores férreos del compromiso con el que los europeos organizaban a sus familias.

Alice anduvo hasta la ribera del río. Allí encontró a un gran grupo de mujeres que zurcían pieles bajo las copas de unos árboles que le recordaban a las pagodas orientales. Conocían a la misionera y a su máquina de copiar la realidad, así que no le hicieron caso hasta que estuvo a su lado.

La inglesa estaba preocupada por John pero no quería que se le notase. Si alguien tenía información sobre lo que pasaba con los hombres en la selva, esas eran ellas. Se quedó de pie delante de Fuani, una de las más mayores del grupo. Tenía el pelo recogido en un moño cubierto de barro, una cicatriz ritual con forma cónica en la frente y otras tres redondas alrededor de sus pechos.

—¿Vuelve con su caja negra? —le preguntó mientras pasaba la finísima cuchilla por encima de la piel fresca y con restos de sangre.

—Solo estoy dando un paseo. No os molesto, ¿verdad?

—Claro que no.

Fuani se detuvo, alzó la vista y miró a Alice de arriba abajo.

—Parece inquieta, señorita inglesa.

—Me pregunto qué estarán haciendo los hombres. Si está todo el mundo bien...

—Ah —se sonrió Fuani—, quiere noticias. Mi marido, Youmbé, se marchó anoche también. Es un hombre cabal, uno de los treinta y siete hijos del jefe. Seguro que el reverendo está bien.

La mujer bajó la cabeza y volvió a emplear toda la fuerza de sus brazos con la sutileza necesaria para dejar la piel fina y tersa.

—Espero que así sea —contestó Alice.

—Las aldeas que ha quemado *bula matadi* están a medio día de Ikau. Los guerreros que vinieron de fuera ya deben estar calmados.

—El reverendo Harris y los demás solo quieren saber qué ha sucedido.

—Pues será mejor que empiecen a despertar —contestó Fuani exhalando con displicencia—. Youmbé, mi marido...

—¡Y el mío! —interrumpió otra mujer sentada a su lado que levantó la cabeza.

—Sí, todas lo sabemos, Nené, pero yo fui la primera y tú la tercera. Aunque si por mí fuera ya te lo podrías quedar —añadió siseando y moviendo los dedos de un lado al otro mientras sus compañeras se reían a carcajadas.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él? —le preguntó Alice para cambiar de tema.

—¿Para qué querría casarme con un hombre solo e insignificante? ¡Menudo trabajo, menudo vago! —contestó Nené, a la vez que zurcía una piel de cerdo salvaje estirada con varias estacas clavadas en el suelo—. ¡Si fuera la única esposa nunca tendría tiempo libre! —añadió, y estalló en una risotada.

Su risa llena de vida era contagiosa. La invitaron a sentarse y Alice accedió.

—¿Y nunca os peláis para reclamar las atenciones de vuestro marido?

—¡Nos peleamos para ver a quién no le toca! —exclamó la mujer y todas volvieron a reír, aunque Alice tardó un poco. Su lingala no era tan fluido.

—¿Qué sucede si se produce un asunto extramatrimonial?

La expresión de la mujer cambió de repente.

—Eso no pasa.

—¿Nunca?

—Sucede, sí, pero pocas viven para contarlo. Nuestro marido nos mataría; nuestro deshonor es el suyo —explicó con gravedad.

—¿Y a los hombres no les pasa nada?

—Un destino similar. Si no los cuelgan del árbol más cercano, los venden como esclavos.

—¿Y los hijos e hijas no se pelean? —preguntó Alice.

—A veces, pero saben lo que les conviene —contestó Fuani con severidad.

La poligamia contra la que tanto predicaban los misioneros ofrecía a los congoleños una vía para que sus hijos prosperasen. Como descendientes de un hombre respetado, siempre serían buenos partidos.

—Los hijos tienen que encontrar su lugar en este mundo y prosperar. En caso contrario, ¿quién nos cuidará cuando el pelo blanco y las arrugas nos conviertan en tortugas? Ellos son un caparazón, como nosotros lo fuimos para nuestros padres —explicó Fuani.

La mujer no se equivocaba, aunque para Alice esta obviaba a propósito que la poligamia era tan buena como el hombre que la ejercía. Si su corazón estaba vacío de bondad, las esposas podían acabar como simples esclavas. Por no hablar de que, muerto el marido, ellas eran heredadas como una posesión más. En estos casos, a menudo se convertían en objetos que sus nuevos esposos, despóticos o no, incluso alquilaban como fuerza de trabajo.

Aunque eso era mejor que ser repudiadas, ya que entonces perdían toda razón de ser y la sombra de la desgracia caía sobre ellas. Abandonar la tribu significaba tener que buscarse la vida en las ciudades, donde casi todas se convertían en parias y vivían de la caridad de los demás; o de vender sus cuerpos. En gran parte, esa circunstancia era culpa de los misioneros protestantes y católicos y sus conversiones, porque empujaban a los nuevos cristianos a repudiar a las esposas que habían heredado.

Antes de marcharse, Alice les pidió permiso para fotografiarlas en todo su esplendor. Accedieron entre risas mientras la pequeña campana de la iglesia de la misión anunciaba el servicio de mediodía. Siempre lo hacía a intervalos de diez minutos. La puntualidad no era una de las virtudes africanas. El concepto del tiempo y los relojes europeos les parecían una prisión.

La congregación estaba creciendo, aunque a Alice no se le escapaba que la mayoría de las conversiones las llevaban a cabo los desahuciados, los huérfanos y las mujeres repudiadas. En el seno del Señor encontraban un colchón para sobrevivir, literalmente, gracias al reparto de alimentos y a las curas que les ofrecían los

enfermeros. John y Alice entre ellos, aunque no tenían más conocimiento médico que los primeros auxilios que aprendieron durante su entrenamiento como misioneros.

El médico cualificado más cercano estaba en la pequeña ciudad de Equatorville, situada a varios días en canoa. Dentro de sus posibilidades curaban heridas, llagas y paliaban enfermedades, sobre todo disentería y malaria, ambas más mortíferas que la punta de lanza o la bala de un rifle. Lavar y vendar las terribles llagas que padecían los nativos era extremadamente agotador, tanto física como mentalmente. Se necesitaba una mano especial para esa tarea y una sangre fría que se veía desafiada ante los peores casos de neumonía, disentería y viruela importada de Europa.

Era sábado y la escuela donde Alice impartía las clases de alfabetización y catecismo estaba vacía. Al pasar por delante detuvo el paso y miró hacia el interior. Sintió cierta melancolía. Unos pupitres vacíos y una pizarra limpia siempre le pareció una de las imágenes más tristes y melancólicas del mundo. Aunque aquel no era el caso. Uno de los estudiantes había escrito en lingala, con una caligrafía perfecta:

YESU AN DANGA*

Las clases con los pequeños eran un aprendizaje en los dos sentidos. Ellos le hablaban de sus vidas, algunas de las cuales podrían haber hecho palidecer a los pillos más pobres del East End. A cambio, Alice les contaba cosas sobre el mundo nuevo del que provenía. Les fascinaba y hacía que su imaginación volara.

Los talleres de Ikau también estaban vacíos. Al igual que John, muchos de los misioneros de la Unión provenían de la clase trabajadora, por lo que habían llevado consigo sus oficios familiares. Los jefes de las tribus valoraban mucho más eso que las largas y tediosas charlas sobre la llegada de un nuevo Dios a su tierra.

Las clases de impresión, carpintería o costura reunían a docenas de curiosos, entre los que destacaban los grupos de ancianos que comentaban las construcciones. Para los jóvenes en busca de trabajo, esas eran habilidades muy solicitadas por el gobierno del Estado Libre del Congo.

Al llegar a la capilla, Alice se alegró al comprobar que el servicio religioso lo iba a llevar a cabo el reverendo Ozoio. Este había renunciado a sus privilegios como hijo de un jefe de la tribu mobunga para convertirse en sacerdote. Era un hombre alto, apuesto, que debía rondar los cuarenta. Para admiración de los misioneros europeos, había crecido bajo la tutela del doctor Guinness cuando, tres décadas antes, este fundó la misión de Balolo.

El sermón versó sobre la piedad y la complacencia. Empezó con un versículo que a Alice le pareció precioso: «Mirad, os he dado autoridad para hollar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo, y nada os hará daño», de Lucas 10:19. Y terminó con una frase inspiradora sacada de los Salmos 69:15: «No me cubra la corriente de las aguas, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mí su boca».

Las cuatro o cinco feligresas presentes escucharon atentamente a Ozoio. Tras cantar un himno, el reverendo se despidió de todas, incluidas las dos mujeres, madre e hija que, seguramente, acudieron

porque todas en la aldea sabían que el apuesto reverendo estaba soltero.

—Un sermón precioso —le dijo Alice—. No se culpe por la poca asistencia, los eventos de anoche nos han dejado a todos sacudidos —añadió mientras el sacerdote recogía los solitarios libros de himnos colocados sobre los bancos. Ella hizo lo mismo.

—Me conformo con cambiar un corazón al día —contestó él, y mostró su perfecta hilera de dientes blancos bajo un bigote rasurado a la europea.

—Tiene usted razón.

—La veo un poco preocupada, Alice. Los hombres volverán pronto. El reverendo Harris sabe lo que hace. Debemos ganarnos la confianza de las gentes de Ikau antes de que puedan abrirse a Cristo. Al fin y al cabo, esta es su tierra.

—Gracias por sus palabras, reverendo —contestó ella mientras colocaba los últimos librillos en una caja de madera.

Sin embargo, esa no era la única tribulación que la amohinaba. Alice estaba aburrida. En la misión nunca faltaba trabajo, pero el hastío que le provocaba quedarse atrás la entristecía y, en parte, la avergonzaba.

A diferencia de lo que exigían los refinados valores victorianos en los que había sido educada, el deseo de meterse de nuevo en las fauces de la selva era más poderoso que la grandeza de Dios. Desde que llegó a África ya no lo sentía en los cantos y los rituales, sino en la simpleza de la vida que se expandía sin barreras.

Nada lo resumía mejor que cuando pasaba la tarde sentada en una de las mesas de palmera del porche. Allí disfrutaba corrigiendo y redactando las cartas que John enviaba a las autoridades coloniales

belgas, con las protestas por los abusos que les contaban los congoleños. Por su parte, el Gobierno de Boma siempre se mantenía en silencio. Y los oficiales del puesto comercial en Ikau enseguida se sulfuraban si escuchaban cualquier cosa sobre el tema.

Desde aquel porche, Alice adoraba observar la exultante vida de la misión. A veces dejaba escapar algún suspiro cuando seguía con los ojos a algún hermano reverendo que se dirigía a la escuela de un pueblo vecino. O cuando veía a los que abordaban las canoas para visitar distritos más lejanos e inexplorados. O a los que volvían con fardos de carne de elefante, hipopótamo, cocodrilo y ristras de pescado fresco que habían intercambiado por telas, cuentas, varillas de latón, cuchillos y cucharas.

Al terminar de corregir una de las misivas, Alice miró al cielo y contempló la luna que acababa de hacer acto de presencia y flotaba en el cielo de color turquesa. Poco a poco, la luz fue apagándose para ofrecer otro de los espectaculares atardeceres africanos, cuya paleta parecía contener todos los amarillos y rojos imaginables, capaces de hacerte creer que no había lugar más bello y tranquilo en el mundo. Acostumbrarse a ellos era imposible. El sobrecogimiento que producían se diluía en el imponente, extraordinario y místico amanecer del día siguiente.

El día terminaba y John todavía no había vuelto. ¿Estaban seguros? A estas alturas, concluyó Alice, lo mejor era procurar no pensar mucho en ello. Probablemente tendrían que acampar en la jungla, si es que ya habían emprendido el camino de vuelta hacia la misión.

No quería dejarse llevar por los malos pensamientos, aunque a menudo conseguían internarse en su memoria. Adoptaban la forma

de las mambas verdes o los cocodrilos gigantescos. Estos eran capaces de lanzar a alguien de la canoa y hacer desaparecer el cuerpo bajo las aguas, donde la única evidencia de la muerte serían las burbujas ascendiendo lentamente hasta la superficie, seguramente el último grito de terror de la víctima antes de abandonar la Tierra.

El sonido de sus tripas le recordó que casi no había comido nada en todo el día. Hacía una semana que sentía una inusual acidez en el estómago. Lo achacaba al hastío de los días en los que Ikau se convertía en una jaula en medio de un paraíso natural.

Alice recogió los papeles de la mesa y se dirigió al comedor de la misión, en el que servían raciones calientes tres veces al día. Las colas que se formaban le rompían el corazón. ¿Cómo podía ser que, en un suelo tan rico y ahora extensamente cultivado, tanta gente pasase hambre? Como misionera no tenía por qué ponerse al final de la cola, pero, ¿qué ejemplo daría si se la saltase?

Se sentó sobre un tronco con el plato de alubias y maíz en una mano y empezó a comer como si no hubiese un mañana.

Las mujeres que estaban a su alrededor la miraban más de lo acostumbrado mientras susurraban entre ellas y se reían. Alice empezaba a sentirse incómoda. Una anciana se acercó y se sentó a su lado.

—La vida crece en ti —dijo tocándole la cara con suavidad—. Comes por dos. La semilla del jefe Harris es fuerte.

—¿Cómo? —exclamó descolocada. El resto las observaba.

—Estás embarazada, madre Harris —respondió risueña.

De repente, el hastío que había sentido durante el día se convirtió en historia. El deseo de escapar de la rutina le fue concedido,

aunque de la forma más insospechada. ¿Embarazada? ¿Vida dentro de ella? ¿Cuándo le había bajado la última menstruación? No lo recordaba. En su interior supo que la mujer tenía razón.

—En África no existen los días tranquilos —dijo Alice. Se colocó las gafas por encima de la nariz y se mofó de la apatía que le había arruinado la jornada.

De vuelta en la cabaña, un tanto asustada, intentó evadirse del momento lo antes posible. Para ello nada era mejor que entretenerse revelando las fotografías o haciendo copias de las de las placas de vidrio realizadas con una cámara de gran formato.

Su aprendizaje como fotógrafa era lento y le costaba más carretes de los que quisiera. Además, dado el número limitado de disparos de que disponía, debía escoger muy bien el momento adecuado. El proceso era como buscar instantes mágicos, únicos. Momentos que no le hicieran sentir una patada en el estómago si, más adelante, se quedaba sin el material con el que capturar nuevas escenas.

De momento, muchas de sus imágenes eran relativamente mansas, casi hagiográficas, como las instantáneas de estudios botánicos o antropológicos que hubieran hecho las delicias de cualquier experto en etnografía. Sin embargo, al observar detenidamente las miradas de los sujetos inmortalizados, Alice podía leer en sus ojos la gran mentira del Congo. El rey Leopoldo II no era el magnánimo benefactor cristiano que todo el mundo creía que impulsaría la civilización y la justicia en África. Era un vampiro que solo chupaba su sangre. La Kodak no mentía.

TERCERA PARTE

LA CÁMARA ES MÁS FUERTE QUE LA ESPADA



Anuncio de la cámara Kodak Brownie dirigido a las niñas que juegan con soldaditos.

PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

9

EL MILAGRO DEL NACIMIENTO Y UNA VISITA INESPERADA

MISIÓN DE IKAU, ALTO CONGO, 1900

Querida Caroline:

Te escribo con las mejores noticias. Nuestro hijo vino sano al mundo hace poco menos de una semana. En honor a nuestro padre lo hemos llamado Alfred, aunque con la sonrisa de pícaro que tiene ya se ha ganado que lo apodemos Freddie.

Ojalá hubieras estado conmigo en el momento de su nacimiento. Las mujeres congoleñas me trataron como a una de ellas. Su constante atención y sensibilidad logró apaciguar la angustia de dar a luz en un lugar tan lejano y extraño.

La experiencia del parto me ha dejado exhausta, tanto por el esfuerzo como por el alivio con el que mi cuerpo reaccionó cuando todo salió según lo esperado. Debo admitir que estaba aterrorizada ante cualquier complicación médica. Las matronas congoleñas, cuyas manos han traído al mundo a cientos de vidas, se han ganado mi confianza para siempre. John se pasó toda la noche recorriendo el porche nervioso, esperando oír el primer llanto de Freddie.

La matrona tuvo que darle varias palmadas en las nalgas para que despertase de su letargo. Su quejido de bienvenida resonó por toda la misión. Nunca había escuchado una voz tan bonita, ni un gimoteo tan precioso. Su melodía me llenó los ojos de lágrimas.

Freddie tiene buen tamaño y creo que se parece a John, aunque él dice que sus rasgos pertenecen a los Seeley. Come, duerme y luego duerme un poco

más. De vez en cuando nos mira de reojo e intenta situarnos en el mapa de su vida, donde los rostros blancos y negros se juntan. Ojalá esto le sirva para que, cuando crezca, su alma no se deje guiar por el color de la piel.

Las mujeres le han construido una cuna adornada digna de un jefe tribal. Anna, la chica congoleña sin cuya ayuda el embarazo hubiera sido un calvario, le canta viejas canciones de la selva. Dice que, al haber nacido entre dos mundos, Freddie es una bisagra entre los pueblos. Su forma de tratarlo, y la del resto de mujeres de la misión que hasta se pelean para poder sujetarlo, me hace pensar que confían en nosotros. Y eso es mucho, teniendo en cuenta las malas experiencias que la mayoría ha tenido con los hombres blancos.

Su desconfianza está justificada. Reciben un trato nefasto por parte de los agentes comerciales y la policía colonial comandada por oficiales extranjeros. Los nativos les tienen auténtico terror. Dicen que son malvados, crueles y que tiñen la jungla de sangre. Las autoridades belgas dicen que solo son rumores, palabrería para evitar que les roben las tierras. Sin embargo, hemos visto lo suficiente como para dudar de las intenciones filantrópicas del rey Leopoldo II.

No somos los únicos misioneros preocupados, aunque tengo la impresión de que se ha establecido una especie de ley del silencio ante el temor, muy real, de alzar la voz sin pruebas. La Administración belga puede secuestrar los vapores propiedad de la Unión Misionera. Sin ellos, la existencia de las parroquias estará en entredicho. O llevar a cabo represalias más drásticas. Todos tenemos en mente el destino del reverendo Charles Stokes, asesinado por la Force Publique hace solo cinco años. No obstante, si el Señor nos trajo a estas tierras fue para traer la verdad y la luz. Contar lo que sucede está implícito en nuestro mandato.

John dice que primero debemos recopilar información y luego, si es necesario, pedir explicaciones. Yo lo haré con mi cámara, de eso estoy segura. De alguna forma siento que mi amor por la fotografía por fin le da sentido a mi vida.

No sé cuándo te llegará esta carta. Cuando lo haga, el pequeño Freddie ya tendrá varios meses. Espero no defraudarle como madre. Por favor, cuídate y escríbeme cuando puedas. Necesito tus palabras.

TU HERMANA QUE TE QUIERE

Alice omitió a propósito que, en varias de las expediciones realizadas antes de que su embarazo la postrase en la mecedora del porche, había vuelto a fotografiar a niños con amputaciones limpias: algunos sin una mano, otros sin ambas o sin algún pie. Al preguntar qué les había pasado, casi ninguno quería hablar. Tenían miedo.

Un comerciante europeo le dijo que, seguramente, permanecían en silencio para no sufrir las represalias de las tribus enemigas. Según él, las amputaciones se debían al constante guerrear entre etnias, o a algún rito pagano de la selva. Aseguraba que allí se llevaban a cabo rituales de brujería salvajes e incluso caníbales como los que Alice vio en Balolo. Sin embargo, cuando nadie miraba, los aldeanos le susurraban a John que los soldados del Gobierno eran los responsables.

Cuando se acercaban a algún pueblo, el color de su piel siempre causaba un pavor momentáneo. Los rostros inocentes de los aldeanos se contraían con desconfianza y miedo. Eso no podían utilizarlo como prueba, pero Alice no lo pasaba por alto.

Dobló la carta para meterla en el sobre, lo selló con la lengua y lo guardó en un cajón de la cómoda. La enviaría cuando llegase el próximo vapor de la Unión Misionera.

Se levantó, fue hasta la cuna de Freddie y lo cogió en brazos para darle de mamar. Siempre estaba hambriento. Anna tuvo que preparar un ungüento local para el dolor en los pechos que funcionó casi al instante. El niño bebió hasta el eructo y enseguida se quedó dormido. Alice salió al porche, se sentó en una de las sillas de mimbre y contempló la aldea, ya casi ciudad, de Ikau.

De reojo advirtió cómo varios niños se asomaban al alféizar de la ventana e intentaban ver a Freddie dentro de su cuna. Los chiquillos

susurraban con las caras arrebatadas por el asombro. Nadie en esa parte del río Luanga había visto nunca a un hombre blanco tan pequeño y frágil.

Al día siguiente Alice no pudo desayunar en el porche. Se había formado una cola considerable para ver al extraño bebé. La gente permaneció allí, expectante. No le quedó más remedio que aceptar la situación.

—Es muy blanco —decían consternados algunos nativos—. Madre Harris, ¿puedo tocarlo? —preguntaban otros.

Dependiendo de la limpieza en sus manos no veía problema, aunque sabía que a John no le gustaba mucho. Temía a las enfermedades como la viruela, que atestaba las pocas camas de la enfermería de la misión.

Muchos de los visitantes, en algunos casos llegados de aldeas lejanas, traían obsequios, sobre todo comida: carne de elefante envuelta en hojas de platanero, nueces de palma, mangos, yuca, potajes, cestos llenos de orugas que consideraban un gran manjar, mandioca, el alimento básico de muchas de las aldeas, y platos de plátano preparado de todas las formas posibles: asado, horneado, frito y hervido.

Anna almacenaba los regalos en el comedor de la cabaña. Luego, para evitar que alguien se lo tomase como una ofensa, los llevaba a las cocinas de la misión por la puerta de atrás. Allí, dado el número cada vez más creciente de bocas que alimentar, eran más que bienvenidos.

—Con todo esto podría abrir un restaurante —le dijo Alice mientras una mujer dejaba una hoja llena de plátano hervido.

—¿Qué es un restaurante? —preguntó Anna.

—Son lugares donde la gente se reúne para comer y luego paga por lo que ha consumido.

—Entiendo —contestó ella.

—Esto de los presentes me supera un poco —le confesó Alice.

—Es porque mucha gente cree que Freddie es mágico.

—¿Mágico? ¿Qué quieres decir? —insistió asombrada.

—Hay quien piensa que los seres que nacen blancos, desde los elefantes hasta los monos, tienen poderes sobrenaturales. Y algunos creen que son malignos.

—No creo que Freddie pueda caminar sobre las aguas. Menudo susto sería para todos, ¿no? —contestó Alice. Lo acunó entre sus brazos y le dio un beso en la frente mientras él le cogía el moflete con su manita—. ¿Por qué creen que tiene poderes?

—Él no, su carne —contestó, y bajó la voz entre avergonzada y asustada.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Alice. Instintivamente, apretó a Freddie contra su pecho. Anna se dio cuenta de su turbación e intentó calmarla.

—No te preocupes, madre Harris, Freddie simplemente les parece extraño. La mayoría nunca habían visto a un recién nacido blanco.

—¡Fuera de aquí, bribones! —gritó. Cogió una escoba y espantó a dos niños curiosos que se querían saltar la cola. Los rapaces ahuecaron el ala entre carcajadas.

—¡Menudo espíritu tiene! Debería llevármela conmigo para ser capataz —dijo un hombre que apareció casi de repente—. ¿Se

acuerda de mí?

Alice alzó la vista y sonrió.

—¡Señor Edward Vilah! Dichosos los ojos.

Era el cazador con el que, dos años antes, Alice mantuvo una charla de lo más interesante durante el viaje a bordo del SS Cameroon. El hombre hizo un gesto con la mano, se quitó el gorro de safari, lo enrolló y lo guardó en un bolsillo de la pernera de su pantalón.

—Suba, por favor —le invitó ella mientras dejaba a Freddie dentro de su cuna—. ¿Qué le trae por aquí? Me alegro mucho de verle.

—¿Quiere que mande a buscar al reverendo Harris? —preguntó Anna.

—No hace falta, es un viejo amigo.

—De acuerdo, haré un poco de té.

—No para mí, gracias —interrumpió el cazador.

—¿Y usted, madre Harris?

—Aún tengo limonada, gracias —dijo señalando el vaso que había sobre la mesa.

—¿Está su marido? —preguntó Edward desde los escalones del porche.

—Por favor, siéntese, Edward —y le indicó que subiera—. No, John está visitando una aldea cercana, volverá antes del anochecer.

Su marido y Edward eran dos hombres tozudos. Habían marcado sus destinos con su propia mano, aunque el primero veía al segundo como el explorador que nunca sería. Y al revés; el exsoldado de su majestad miraba a John como a uno de los políticos y sacerdotes a los que tanto detestaba.

El cazador consideraba que los políticos eran criaturas enfermas de sí mismas y con un ego mesiánico. Si hubiese sido por Edward, los políticos deberían ser apartados del resto al nacer para ser educados aparte y evitar que, en el futuro, se sintieran dueños de algo, ya fueran ideas o tierras lejanas. Aunque creía que sin un poco de orden las cosas no funcionaban, los burócratas no le importaban, para él, los llamados representantes del pueblo eran como los murciélagos de la selva. Se alimentan de la sangre de otros animales y los acaban infectando con sus enfermedades.

—Muchas gracias, señora Seeley Harris —dijo Edward. Se sentó mientras sonreía a Anna, que lo miraba con desconfianza.

—Llámame Alice, ya quedamos en que podíamos tutearnos —dijo ella.

—Las viejas costumbres se resisten a morir —contestó el cazador.

—Eso es cierto, pero no creo que tengan sentido en este lugar. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Transporto marfil. —Se acomodó en la silla de mimbre y uno de sus guías dejó en el porche dos enormes colmillos de elefante—. Llevo una carga para Balolo, Matadi y luego a Europa. Los precios ya no son lo que eran y los elefantes cada vez son más difíciles de encontrar. A veces me pregunto qué pasaría si, en vez de apuntarlos con el rifle, dirigiese la boca de mi cañón hacia los bastardos que los están exterminando, yo entre ellos.

Le hizo una señal a su escolta, dos hombres que le sacaban una cabeza. Sus rasgos no eran del Congo, ni tampoco sus ropas. Llevaban unas dagas árabes largas y curvadas colocadas en una especie de falda pantalón corta, y del chaleco rojo que vestían colgaban varios abalorios.

—Mohammed, por favor, tráeme la medicina —le dijo a uno de ellos.

—¿Acamparemos aquí esta noche? —preguntó este.

—No. Que los muchachos no se alejen más allá de la playa. Partiremos antes de que se ponga el sol.

—Hay sitio de sobra en la misión. Será un placer que seas nuestro invitado —le ofreció Alice—. Seguro que John disfrutará de un buen adversario en el arte de la dialéctica.

—Te agradezco de corazón el ofrecimiento —dijo Edward mientras cogía una botella de la caja que Mohammed acababa de dejar a su lado—, pero debo seguir mi camino.

—Puedo hacer que uno de los reverendos se ocupe de buscar un lugar para tus hombres —insistió Alice—. Seguro que necesitan un descanso. ¿Verdad, Mohammed?

El guía la miró sin mover un músculo de la cara.

—No te preocupes por él, sabe cuidar de sí mismo —dijo Edward.

Le hizo un gesto con la nariz que el otro interpretó como una señal para que se marchasen. Después abrió la botella de bourbon de Kentucky.

—Fue un regalo de un cazador norteamericano —explicó mientras servía el brebaje en una taza de hojalata que también sacó de dentro de la caja.

La pequeña partida de hombres obedeció al instante y se marcharon. Le esperarían junto a las grandes canoas con las que habían llegado a la ribera norte de Ikau. Allí, los rápidos del río Lulanga eran menos fuertes gracias a los grandes bancos de arena.

—Veo que has estado ocupada —dijo Edward indicando con los ojos hacia los álbumes de fotografías colocados encima de la mesa

del porche.

También había recortes de periódicos y cartas con la letra pulcra y redonda a medio terminar. La mayoría eran quejas dirigidas a las autoridades coloniales en Boma. Las de Ikau y Balolo ya ni siquiera contestaban a las misivas firmadas por John.

—Todavía soy una fotógrafa primeriza —argumentó colocándose las gafas.

Por primera vez, desde que empezó a retratar el mundo, se sintió tímida, amateur, reacia a sufrir el juicio del cazador y veterano de guerra al que admiraba y temía a partes iguales.

—Te entiendo, ¿pero no deberían ser otros quienes lo juzgasen? —contestó Edward, y sorbió del vaso de bourbon procurando no hacer ningún ruido.

Al mirar a Alice, un sentimiento de añoranza lo invadió. A veces extrañaba la simplicidad del mundo pasado, los tiempos de gloria victoriana y casacas rojas relucientes del Ejército de su majestad, la reina Victoria. Ese recuerdo le hacía pensar que, en otro tiempo, él había sido un perfecto caballero, digno del Palacio de Buckingham. En cambio, ahora sobrevivía a base de apretar el gatillo contra animales indefensos, guiar a los ricos europeos y americanos para saciar su ansia de aventura y muerte, y beber entre una ocupación y la otra.

Alice era el tipo de mujer que su madre habría acogido con agrado. Eso le incomodaba. Su corazón agujereado y chamuscado ya no estaba equipado para sentirse amado. Cada vez que apretaba el gatillo contra un hombre o un animal se alejaba un poco más de la vida. La misma que veía centellear en los ojos de Alice, y que le asustaba más que la boca negra de un rifle Enfield.

—¿Puedo? —indicó Edward. Extendió el brazo hacia la mesa para coger uno de los álbumes.

—Adelante, por favor —contestó ella con la boca pequeña.

La mano del cazador pasó las páginas hasta que reconoció un lugar en una de las fotografías.

—La casa comercial en Kinyati. Tienes un buen ojo, es una imagen fantástica. No reconozco las caras de los blancos, pero la casa de dos pisos sigue igual —dijo, mientras intentaba recordar, en vano, quién fue el agente comercial que la regentó anteriormente.

En la imagen se veía una vivienda de madera construida al estilo europeo, con el techo de palmera, un porche con barandillas cubierto con parasoles y unas empinadas escaleras. Una mujer francesa con un vestido largo y blanco estaba en la parte de arriba. En los escalones de abajo dos caballeros ataviados con el mismo traje, salacot incluido, posaban arrogantes con los brazos en jarras.

—Me gustan los pollos que hay delante de ellos —dijo Edward con una sonrisa sobre las aves, que correteaban libres frente a los europeos—. Tienen la misma postura que los señoritos.

—Supongo que es el alcohol el que habla —dijo Alice. A la inglesa le gustaban sus ojos constantemente desafiantes.

—La botella y yo siempre hablamos a la vez —contestó Edward, que dejó escapar una risa sincera que casi le saca los colores.

El cazador siguió ojeando el resto de las fotografías del pliego que tenía en las manos.

—Se parecen, pero no son las mismas —advirtió Alice.

Todas las imágenes que el cazador revisaba tenían como objetivo retratar frente a sus casas a los terratenientes coloniales y los agentes comerciales que desangraban el Congo. La más

perturbadora era la del dueño de una plantación de esclavos que posaba con su esposa negra. Ella sostenía en brazos a su hijo blanco de dos meses, un niño que el hombre había adoptado en Europa. Sus dos hijas mulatas, vestidas como muñecas de porcelana, estaban situadas en las escaleras, tal y como Alice les había pedido. Así aparecían el resto de sujetos de las imágenes. Sin embargo, en la de ese belga de sesenta y siete años afincado en Mayumbe, Louis Rampon se llamaba, los peldaños estaban construidos de piedra y flanqueados por dos grandes vasos de mármol. Edward lo reconoció al instante.

—El diablo no vive en el infierno —dijo, y se acercó la fotografía a la nariz para fijarse en los detalles.

—¿Le conoce? Pasamos una noche en su finca. Un hombre turbio, aunque fue muy educado —indicó Alice.

—Así es, lo conozco —contestó él mordiéndose la lengua—. ¿Educado? Pregúnteles a sus trabajadores y al látigo que no veo en la fotografía. Esa arma es su verdadera esposa.

—¿No le gusta, entonces? —anunció Alice entre defensiva y decepcionada, refiriéndose a la fotografía.

—Son muy buenas, aunque un tanto... —Edward se detuvo a buscar la palabra adecuada y aprovechó para dar un nuevo sorbo a su bourbon— bucólicas. Ese es el término.

—¿Bucólicas? —repitió Alice. No se esperaba una descripción así. No sabía si era algo positivo o negativo—. He fotografiado muchas cosas desde que llegué.

Alice cogió otro álbum forrado con piel, lo abrió por la mitad y le mostró una fotografía realizada en el distrito de Bangala.

—Mira esta; la práctica de la cabeza elongada con cuerdas —explicó.

En la imagen, una mujer de pie y semidesnuda amamantaba a su bebé. Alice recordó cómo el niño lloraba desconsoladamente por el dolor que le causaban las ataduras alrededor del cráneo. La mujer llevaba el pelo rasurado y unos magníficos collares de marfil en el cuello que debían pesar varios kilos. Miraba hacia la cámara con una actitud desafiante. Detrás de ella, un niño delgado y de aspecto famélico y un joven de más de dos metros con las manos a la espalda y solo vestido con un taparrabos, observaban la escena con la misma actitud beligerante.

—Esta tribu es de las últimas en llevar a cabo esa práctica antigua. Es una forma ancestral de realeza. Quizás sea una de las últimas veces que algo así se vea en esas tierras.

—Tienes razón —dijo Edward.

Alice pasó la página.

—Mira, este es el río Congo.

—Lo reconozco, Alice —indicó él, y arqueó las cejas.

Ella se rio y le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Son los rápidos del Caldero del Diablo. La canoa que se ve en la fotografía luchando contra el río batalló durante horas mientras intentaba remontar la corriente. No lo consiguió.

Alice volvió a pasar otra página.

—¿Y esta de un comerciante negro y su familia en Landana? Mírala bien. El matrimonio y sus cuatro hijas, todos vestidos a la europea y todos fuera de lugar, incómodos. Es la imagen de un mundo perdido.

Edward asintió, miró a Alice y volvió a bajar la vista mientras ella pasaba una nueva página con sus instantáneas.

—O esta de unos esclavos reparando un puente en los pantanos de Kasai. Esa maldición sigue existiendo en el país y esa imagen lo demuestra. ¡Ah! —exclamó—. Hay una que te gustará. —La buscó hasta que dio con ella en una de las últimas páginas—. La hice cerca de Balolo. El jefe que ves sentado en el centro de la playa, junto a sus guerreros, me dijo que vio pasar a Stanley desde Yambuya hasta Basoko.

—Para entonces yo ya no estaba con ese ladrón de mundos, afortunadamente. Alice, tienes mucho talento.

Edward dudó. Por primera vez desde que se conocían, le rehuyó la mirada.

—¿Esto es todo lo que has visto en el Congo? ¿Dónde están las terribles aflicciones que nuestra civilización ha causado?

—También las he fotografiado —le interrumpió ella con brusquedad, dura pero ecuánime—. Ese álbum es uno de muchos. —Cogió otro de color rojo y etiquetado: «Calamidades».

Cada imagen iba acompañada de unas notas escuetas mecanografiadas con mucha paciencia. «Niño que padece la enfermedad del sueño junto a su madre, en Lazarette, Coquilhatville», leyó Edward en la primera fotografía que mostraba a los dos congoleños en los huesos. En la siguiente no le hizo falta leer. Se veía a tres soldados nativos de la Force Publique. Dos de ellos sostenían unas manos cortadas junto a dos misioneros con cara de circunstancias; uno era su marido John. «Mercado de caña de azúcar en Nsesi, Busankusu», indicaba otra.

—La hilera de niños en fila junto a las cañas son esclavos. Todos iban desnudos y tenían cara de haber trabajado en el campo durante años. Es vergonzoso —se lamentó Alice.

La siguiente imagen mostraba a un joven que habían tratado en Euli, cerca del río Ikelema. La lepra se había llevado su nariz, el labio superior y partes de las mejillas y la mandíbula. El resto del cuerpo estaba intacto. La enfermedad le abrió un agujero en la cara que parecía irreal.

—Tenemos un pequeño hospital, aunque no somos médicos ni disponemos de los medios para paliar esa enfermedad, o los brotes de malaria y viruela, cada vez más violentos. Si el rey belga vino aquí para traer a la civilización, ¿dónde están los hospitales? ¿Dónde la decencia? —dijo Alice con rabia.

—Son buenas preguntas. En tus fotografías está la respuesta. La decencia nunca llegó en los barcos belgas. Y no creo que a estas alturas venga. Al menos hasta que lo hayan explotado todo. El problema es que el Congo tiene recursos naturales para muchas generaciones.

Antes de cerrar el álbum, Edward se fijó en una última fotografía. La etiqueta decía: «El señor Harris matando un elefante». En la imagen se veía a John justo en el momento de apretar el gatillo contra un gran paquidermo. El humo del arma lo rodeaba y el animal seguía en pie entre una gran arboleda. Aquel día habían necesitado carne para la expedición en el noreste de Ikau, hacia Bakombi. A Alice todavía le costaba entender que John se ofreciera voluntario para abatir al animal.

—Es curioso que incluyas la caza en este álbum de horrores.

—¿Por qué? —inquirió Alice. Pensó que iba a hacer un comentario sobre su marido.

—De un tiempo para acá he reflexionado mucho sobre el sentido de la caza —dijo observando al elefante—. Supongo que eres consciente de que tus fotografías tienen la habilidad de hacer que el mundo entero se avergüence de muchas cosas. A lo mejor la cámara debería ser tu Biblia, como esta es la mía —añadió alzando la taza de alcohol.

—La botella te acabará matando, Edward —le advirtió Alice, conciliadora, a la vez que le echaba una ojeada al pequeño Freddie, que dormía a pierna suelta.

—No si esta maldita selva lo hace primero —contestó soltando una carcajada—. Perdón, no quiero desvelarlo —se excusó mirando al niño sin esconder su fascinación.

»Supongo que el milagro del bebé blanco también me ha dejado ensimismado. Créeme si te digo que me enteré de su nacimiento más allá del río Mongo, a más de trescientos kilómetros de aquí.

—Las noticias tienen alas —respondió ella reflexiva.

—En este caso, escamas, porque han viajado a través de los ríos —puntualizó él.

—¿Quieres cogerlo? —le preguntó Alice antes de hacerlo ella.

Edward negó con la cabeza.

—No, estoy demasiado sucio. Hacía mucho que no veía a un bebé inglés.

—Pones la misma cara que los congoleños cuando vienen a ver al hombre blanco en miniatura. Así lo llaman por aquí.

Alice rio y Edward la acompañó.

—Supongo que llevo demasiado tiempo en esta selva y me siento como un nativo más. Aunque cada vez más a menudo ni siquiera eso. Últimamente quisiera ser como una elefanta que busca venganza cuando matan a sus crías.

—¿Cómo están las cosas por la jungla? —se interesó Alice.

—No muy bien. La Force Publique está más dura que nunca. La producción del caucho arrasa poblados enteros. La esclavitud que los belgas vinieron a combatir aún rige los destinos de los congoleños. Parece que los nativos simplemente han cambiado de amo. Lo mismo pasa al otro lado del río, en la colonia francesa, y en el territorio inglés de Nigeria; los esclavistas siguen campando a sus anchas, a pesar de la prohibición. Además, más allá de Bopoto tu Jesús está perdiendo la partida. La religión de los mahometanos avanza cada vez más rápido.

—Qué cosas dices, Edward. Si John te escuchara —contestó ella —. La fe de los musulmanes es muy parecida a la nuestra, ambos venimos de Abraham.

—No lo dudo, he leído el Corán —dijo dejando la taza en la mesa —. Mohammed, el guía que se ha marchado, es un musulmán devoto, al igual que su hermano, que estaba a su lado. En su día fue guardaespaldas del mismísimo Mahdi. A veces creo que una de estas noches me rebanará el cuello —explicó en un tono de broma bastante macabro—. Los extremistas religiosos y yihadistas que vienen del Sudán no son musulmanes sufíes amantes de la astronomía y las matemáticas. Su avance es preocupante, créeme. Para ellos la mujer es una propiedad y no permiten la práctica del resto de las religiones.

—¿Las tribus aceptan el islam mejor que el cristianismo?

—Las palabras del Profeta se adaptan mejor a su vida anterior.

—¿A qué te refieres?

—A la poligamia, por ejemplo —contestó Edward. Sacó un pañuelo rojo y negro de su bolsillo y limpió el interior de la taza—. Los apóstoles del Profeta saben cómo propagar sus creencias. Y no nos engañemos; en este mundo de hombres qué mejor religión que la que te ofrece unas cuantas mujeres que deben obedecerte en todo —añadió con ironía—. Muchos cristianos actúan de la misma manera pero en secreto. Nadie se escapa. Quizás los nativos, cuyo dios no tiene libro ni reglas. El ser supremo de los musulmanes no les hace renunciar a todas sus costumbres, por eso les sienta mejor.

—Nosotros luchamos contra el mal de la poligamia. Es un fundamento cristiano básico, Edward —respondió ella con cierta severidad.

—¿Mal, para quién? ¿Podemos criticarlos? ¿Qué es más honesto, vivir sus vidas polígamas y sinceras o las vidas fraudulentas de los cristianos cuya hipocresía, sobre todo en cuestiones sexuales, los lleva a frecuentar amantes y prostitutas?

—No digo que no tengas razón, pero en ninguno de esos escenarios la mujer ha podido elegir —arguyó Alice—. Jesús enseña que todos nacemos libres.

—¿Y qué dice Jesús de la soberbia? La mayoría de los europeos creen que la historia del Congo comenzó con nuestra llegada, porque sus gentes nunca tuvieron la necesidad ególatra de plasmar sus pensamientos en la roca, o en el papel.

—Sabias palabras —admitió la inglesa.

—Cada uno encuentra a Dios donde puede, Alice. Cuando algún día los fantasmas del pasado vengan a visitarte, entenderás que uno

se agarra al salvavidas que tiene más a mano —explicó Edward limpiándose el bigote.

—Si tú lo dices —contestó ella.

No le rebatió. No quería sonar como una predicadora cualquiera. Sabía que el viejo soldado despreciaba algo así.

—Mi experiencia me dice que Dios solo se mete en los asuntos de los hombres para mostrarles quién es el campeón de la crueldad. Cuanto más lejos estemos el uno del otro, mucho mejor —continuó —. Recuerdo al sacerdote de mi regimiento del Ejército británico que nos mandó a la guerra en el Sudán. Por supuesto él se quedó atrás, en Inglaterra. Antes de embarcar nos dio una última arenga de pie, sobre unas cajas de fruta. Habló de la raza inglesa y de nuestro destino manifiesto para dominar el mundo. Aseguró que Dios estaba de nuestro lado, que la cristiandad era civilización. Le creímos y acabamos muertos en los desiertos del Mahdi. Dudo mucho que alguien fuera al cielo por dejarse el pellejo para reclamar una tierra que no era suya.

—Tus palabras contienen mucho resentimiento, Edward.

—Decepción, rabia y desilusión ante la especie humana, Alice. Nada más.

—¿Acaso te parece poco?

Edward negó con la cabeza, se sacudió los pantalones y se puso de pie. Sacó el gorro de safari que llevaba enrollado en el bolsillo de la pernera y se lo puso con la misma marcialidad que lo haría un oficial del Ejército inglés.

—Bueno, debo marchar, no quiero que los hombres se impacienten. No les gusta viajar de noche. Creen que las antorchas en el río pueden despertar a los espíritus. Vayas donde vayas,

siempre hay alguna superchería que les asusta —se rio—. En el fondo ellos también tienen sus reglas sobrenaturales —añadió—. Muchas gracias por la conversación y, de corazón, le deseo todo lo mejor a... —señaló la cuna del bebé.

—Freddie —dijo Alice.

—Freddie —repitió el cazador, como si ese nombre le recordase a alguien de su pasado remoto, seguramente desaparecido en las arenas del Sudán—. Lo dicho. Por favor, saluda al reverendo Harris. Os dejo este marfil —indicó, señalando a los colmillos en el suelo.

—¿Gratis? Dime cuánto tengo que pagarte —dijo Alice.

—Es un regalo, considérelo un pago por adelantado para la entrada en el cielo.

Alice no pudo evitar reírse.

—Estupendo, seguro que podremos vender los colmillos para aumentar los fondos de la misión, que Dios sabe que los necesita.

—No me sorprende —respondió Edward—. Cuídalo. Te lo digo de corazón, cuídalo bien porque es un tesoro, al menos hasta que crezca —añadió, y le echó una última ojeada a Freddie—. Pero no te olvides de la Kodak —concluyó.

Edward bajó los escalones del porche y alzó el brazo para despedirse.

—¡Y tú, en vez de matar elefantes, defiéndelos! —le gritó Alice a la espalda.

Edward se detuvo y se giró hacia ella. La miró, sonrió y se tocó el ala del sombrero.

10

SUEÑOS DE MALARIA Y CICATRICES EN LA SELVA

MISIÓN DE IKAU, ALTO CONGO, 1900

UN MES DESPUÉS

Alice yacía en la cama de la enfermería enrollada en las sábanas húmedas. Estas le parecían lianas que se retorcían y crecían por todas partes.

¿Estaba en África o en Malmesbury, el pequeño pueblo del distrito de Wilshire en el que había nacido? ¿En un catre empapada de sudor o a las puertas del Reino de Dios? No recordaba cuándo se acostó, ni cómo fue a parar a esa especie de canoa acolchada y húmeda.

Su mente estaba colmada por sueños veloces en los que navegaba a través del río Congo, luego por encima de las arenas de un desierto con la tierra agrietada, después surcaba un gran campo de hierba fresca de la campiña inglesa que se transformaba en una selva densa de árboles que, reconfigurándose, se convertían en grandes edificios. Los ríos eran carreteras llenas de hormigas rojas gigantes. No había nadie, todo estaba vacío y silencioso. Estaba asustada.

Se miró los pies y sintió que la canoa se llenaba de agua. Entonces se fijó en las lianas empapadas que habían saltado a la

cubierta. O quizás eran las sábanas, todavía no estaba segura. Daba igual, estaban vivas y querían enrollarse alrededor de su cuello para ahogarla.

De fondo, los chillidos de un niño que Alice no podía ver retumbaban en su cabeza. Quería levantarse para identificar de dónde venían, pero las fuerzas le fallaban y los párpados le pesaban como menhires de la campiña inglesa. Le costaba respirar. Debía quedarse quieta o se ahogaría.

«Alice», dijo en su mente una voz que reconoció al instante.

—¿Papá? —balbuceó.

«Átate los cordones o te caerás», anunció la voz.

—Sí, papá.

«Te lo dije, en África te caerás».

—No me he caído. No, te lo juro —contestó ella firme, aunque tragándose las palabras; tenía la boca seca y el cuerpo le ardía.

«Átate los zapatos, no te olvides. Dios ha salido a desayunar», añadió esa voz que creía olvidada.

Alice intentó incorporarse de nuevo para llegar hasta los cordones de unos zapatos que no veía. Una extraordinaria fuerza contraria la detenía. El aire era una losa. Cuando conseguía acercarse, los cordones imaginarios se movían por sí solos como si fuesen serpientes. ¿Eran mambas verdes? El corazón le dio un vuelco y sintió cómo la muerte se acercaba. Tenía la sensación de que los reptiles de ojos rojos querían meterse en su falda.

Intentó gritar pero estaba muda. Se dio cuenta de que no eran serpientes sino manos. Muchas que se multiplicaban y aparecían de la nada. Manos delgadas de piel negra y con los dedos secos, sucios, que se alargaban, la cogían y estiraban hacia un vacío por el que

caía cabeza abajo a través de un precipicio tenebroso en el que no se veía final.

Todo se volvió oscuro, su mente estaba en suspensión, flotando.

Escuchó el fluir de los rápidos y luego unos tambores. Entró en su sonido como si fuera el aleteo de un pájaro. Vio la jungla, escuchó su música mientras los árboles la miraban y hablaban entre sí en una lengua que no entendía. A lo lejos, volvió a escuchar el llanto desconsolado de un niño. Sonaba como el de un bebé. Sus gemidos aumentaron de volumen. Vio la cara de Freddie y una luz blanca la cegó.

—Ha abierto los ojos —dijo una voz que reconoció como real.

—¿Anna? ¿John? —preguntó débilmente—. ¿Eres tú, John? —insistió al sentir la respiración de alguien a su lado—. ¿Dónde estoy?

Alice no recordaba cómo se desplomó en el suelo de arena frente a la escuela. Tampoco a Anna cuando corrió hacia ella, tropezó y se levantó rápidamente para auxiliarla lo antes posible.

—¡Madre Harris! —exclamó el ama de llaves aliviada. Cogió su mano—. Lleva días delirando y hablando desde el mundo de los sueños, donde viven los espíritus. Estábamos muy preocupados, no todos despiertan de las fiebres. —Le tocó la frente que todavía ardía —. Pero está mejor. Madre Harris, tiene que beber. ¿Puede sentarse? —preguntó en un susurro.

Alice lo intentó pero los brazos le fallaban, como si tuviese los músculos atrofiados por un cansancio extremo. Había sobrevivido a la enfermedad gracias a los extractos de quinina que Anna le preparó. El conocimiento del bosque pervivía en sus hijos. Aunque no pudo evitar las convulsiones, los vómitos, la fiebre alta como un brasero y los escalofríos profundos como las grietas del Ártico.

—Deje que la ayude —dijo Anna mientras le colocaba un cojín detrás de la espalda para que se incorporase—. Tiene que beberse el zumo de piña, le hará bien, madre Harris, tome mi brazo.

Alice entreabrió los ojos.

El jugo de piña la refrescó al instante. Dejar de tener la boca seca y pastosa le supo a vida. El primer sorbo despertó una necesidad de beber incontrolable. Lo hizo con las ansias de un náufrago rescatado tras semanas flotando en el océano.

—Despacio, madre Harris —indicó Anna—. Puede sentarle mal. Sorbo a sorbo, con cuidado —añadió, y acercó el brebaje con dulzura a su boca.

El zumo la devolvía a las puertas de la realidad.

—Muchas gracias, Anna —dijo Alice, de pronto sobrecogida por la imagen de su hijo solo en la cuna—. ¡Freddie, Freddie! ¿Dónde está mi pequeño? ¡Tengo que verlo! ¡Freddie! —gritó. Se revolvió en la cama e intentó ponerse de pie, a pesar de que la vista se le nubló de nuevo. Anna intentaba sujetarla—. Su piel es tan fina, sus ojos tan inocentes —balbuceó desfallecida de nuevo.

—Freddie está bien y muy sano. Se ríe a todas horas. Es un niño tan fuerte que hasta los mosquitos le tienen miedo. No se preocupe, madre Harris, lo cuido como si fuera mío. En cuanto remita la fiebre volverá a sentir sus manos. Ahora debe descansar —dijo mientras le colocaba suavemente la cabeza húmeda sobre la almohada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó con un pie en el reino de Morfeo.

—Casi tres días, pero eso ahora no importa. Descanse —insistió Anna. Le acarició el pelo empapado de sudor.

—¿Dónde está John? —inquirió al borde de la inconsciencia.

—El señor Harris también ha sufrido las fiebres, está en la habitación de al lado. A él ya le ha bajado y pronto la vendrá a ver —explicó Anna.

Pero Alice ya no la escuchaba.

Pasó una semana hasta que recobró las fuerzas suficientes para empezar a comer alimentos sólidos. Anna trajo la cuna de Freddie. Hasta que salió del hospital por su propio pie, el pequeño durmió a su lado.

La mañana en que se despertó y vio a John sentado a la vera de la cama, mirándola, supo que lo peor había pasado. Estaba delgado, tenía la piel amarillenta y había perdido pelo. Le cogió de la mano.

—Amor, ¿cómo te encuentras? —preguntó a la vez que la acariciaba.

Alice tardó en desperezarse.

—Dormir me sienta bien, de momento.

—Sé a qué te refieres —contestó John tosiendo—. Tenemos mucha suerte, Dios lo sabe —añadió y agarró su mano con fuerza. Al menos Freddie ha escapado a la enfermedad, de momento —concluyó.

Miró con preocupación al pequeño mientras jugaba con un sonajero que le habían traído de la tierra bangala.

—Parece inmune a todo esto.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. No lo es, Alice.

—Lo sé, John —contestó cansada—. Pero nació en esta selva, seguro que eso tiene que influir —dijo esperanzada.

Afuera empezaba a llover. El sonido de la cortina de agua que golpeaba el follaje se adueñó del ambiente. La pareja se miró y ambos supieron al instante que el pequeño no podría permanecer mucho más tiempo en África. El riesgo era demasiado grande. El bebé no sobreviviría a una malaria como la que acababan de sufrir ellos.

John se levantó, besó a Alice en los labios y a Freddie en la frente.

—Que Dios te proteja de los mosquitos —le susurró al oído.

A pesar de no haber superado la enfermedad del todo, el reverendo volvió al trabajo mientras Alice se recuperaba en la enfermería.

Una de las tardes en las que Anna salió a comprar pescado en el ecléctico y caótico mercado de Ikau, un anciano de la tribu ngombe, herido en un hombro, se sentó a su lado para saludar a Freddie. Ocurrió antes de la visita diaria de John a la enfermería, donde compartían una merienda a base de sopa y un poco de pasta de yuca con plátano frito.

—Es curioso ver a un bebé blanco —dijo el anciano observando al pequeño—. ¿Puedo tocarlo, por favor? —preguntó mostrando su brazo sano.

—Adelante —respondió Alice.

El hombre metió la mano en la cuna. Freddie le cogió un dedo y se rio.

—Cuánta bondad hay en los recién nacidos, ¿verdad? A veces creo que es la angustia la que nos infla y nos convierte en adultos grandes —explicó el hombre. El niño lo miraba con la misma curiosidad.

—Es una forma interesante de verlo —dijo Alice.

—Extraño —indicó el anciano mientras Freddie pataleaba de alegría.

—¿El qué?, si me permite la pregunta.

—Que todos hemos sido así de pequeños. Es raro ver a un hombre blanco tan minúsculo. He trabajado para ellos muchos años y me han hecho pasar muchas privaciones. Me azotaron por cometer errores y me encadenaron sin razón. Mataron a mis hijos, luego se llevaron a mis hijas. Y cuando ya no me quedaba nada, empecé a adorar al Dios cristiano. Quería vivir mis últimos años tranquilo en la misión. Es curioso; el hombre que mató a mi familia también fue un bebé blanco como este. Muchas gracias por dejarme verlo, señora misionera —dijo el hombre. Se marchó antes de que Alice pudiese contestar nada.

John llegó poco después con una noticia que le hizo olvidar de inmediato la malaria que casi le había conseguido una plaza en los cada vez más concurridos cementerios para europeos del Congo.

—Ha llegado una carta oficial de la misión de Balolo. El doctor Guinness nos manda a Baringa. El reverendo de allí no ha tenido tanta suerte como nosotros con las fiebres.

—Cuánto lo siento —respondió Alice. Cogió a Freddie para auparlo.

—No es un sitio sencillo —dijo John a la vez que acariciaba la cara de Freddie—. Temo por él, querida.

La misión en la lejana estación comercial de Baringa era una de las últimas que abrió la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá. Estaba en una aldea mucho más pequeña, a unos trescientos kilómetros río arriba. Allí el ambiente era muy hostil para los blancos. El Gobierno de Boma estaba subyugando a las tribus del distrito de

Tshuapa y las del territorio Beface, a orillas del río Maringa, a unos cien kilómetros al norte de Basankusu. En aquel territorio, la explotación del caucho causaba alzamientos tribales entre la Administración belga y los congoleños, que se resistían a ceder sus tierras.

—No es lugar para un niño tan pequeño —insistió John.

Alice sabía que la sugerencia de su marido era que ambos se quedasen en Ikau.

—Ni la selva lo es para una mujer blanca, según dice mucha gente, y aquí sigo. Si es cierto que la Force Publique está arrasando todo el Alto Congo, es el destino perfecto para comprobarlo. ¿Cuándo nos marchamos? —dijo lanzándole una sonrisa.

Aún tardarían dos semanas en partir hacia la pequeña misión de Baringa. Aunque estaban prácticamente recuperados de la malaria, las fiebres los dejaron muy débiles. Ambos aprovecharon ese tiempo para ganar algo de peso y fortalecerse.

John centró sus esfuerzos en organizar el traslado. Estudió los mapas conocidos de la zona, la mayoría originales heredados por los misioneros de la Unión. También recabó información de los guías locales sobre las aldeas y las tribus de la región.

Anna y Alice se encargaron de empaquetar los baúles de viaje y el material de la escuela y la iglesia. Aunque, en realidad, fue la congoleña la que se encargó de coordinar las tareas. Desde su recuperación, Alice alternaba los cuidados del joven Freddie con paseos por la estación comercial y la aldea.

De hecho, no sintió alivio completo del miedo que sufrió durante la enfermedad hasta que tuvo la Kodak en sus manos. Esa caja negra de cartón duro coronada por una pequeña lente era más que un objeto inanimado. Durante su convalecencia en la enfermería, la inglesa comprendió cuánto dependían su valor y su fortaleza de ese tercer ojo que la conectaba con el mundo y la selva.

Unos días antes de emprender el viaje a Baringa, Alice paseaba cámara en mano por las afueras del pueblo. Vestía una camisa de safari y uno de los pantalones de John, algo que rara vez se permitía, salvo cuando se internaba en la selva sin testigos. Caminaba hacia la colina que coronaba la aldea, donde quería hacer una fotografía panorámica del asentamiento comercial. De pronto unos sollozos la detuvieron. Provenían de detrás de un árbol con el tronco agujereado.

Siguió los lamentos hasta que la llevaron a una niña que sollozaba de rabia sentada bajo la arboleda. Tenía los pies muy sucios y llenos de callos, como si llevase años andando descalza. Hacía tiempo que nadie la había peinado. Debajo de unas trenzas deshilachadas y pegadas al cráneo, le crecían muñones de pelo que formaban grandes bolas.

Alice no la reconoció. No era una de las niñas del orfanato. Tenía aspecto de proveerse a sí misma desde hacía tiempo. Iba ataviada con un viejo camisón de piel de gacela curtida y llevaba dos pulseras de cobre en sus muñecas menudas. Al verla, la niña se sobresaltó e hizo ademán de salir corriendo.

—No te voy a hacer daño —dijo en lingala, que con el tiempo y la práctica había mejorado—. ¿Cómo te llamas? Yo, Alice —añadió poniendo su mano en el pecho.

La niña asomó por detrás del árbol, al que se agarraba como si fuera un escudo, y la miró de arriba a abajo con curiosidad y temor a partes iguales.

—Wene —dijo sacando su cuerpecito delgado.

Alice estimó que debía tener unos diez u once años, aunque sus facciones endurecidas y el gesto de enfado le daban un aire de adulta antes de tiempo.

Tenía una mirada silvestre, muy diferente a la de los muchos huérfanos que vivían en Ikau. La mayor parte eran niños que habían huido de las redes de los esclavistas belgas, siempre en busca de nuevos reclutas para su ejército nativo.

—¿Por qué lloras, pequeña? —le preguntó.

—Por nada —respondió, y se sorbió los mocos orgullosa.

—Anda, cuéntame, a lo mejor te puedo ayudar —insistió Alice.

—Como no tengo padres, nadie en el pueblo quiere cortarme dibujos en la frente. Necesito las marcas para que me quieran. Ya soy una mujer —explicó. Se tocó la cabeza con su mano de dedos pequeños y delgados mientras la miraba con unos ojos grandes como dos lunas llenas.

La niña se refería a los rituales congoleños de escarificación en los que se realizaban cortes superficiales en la piel con fines religiosos y decorativos. Durante muchos siglos, los habitantes del África central los utilizaron para indicar la herencia tribal y la posición social de las personas.

—Todavía eres muy joven para la cuchilla —dijo Alice, que le regaló una carantoña y le sacó una leve sonrisa. El gesto de sus mofletes llenos de lágrimas secas le cambió—. Tengo una idea. Si me dejas que te enseñe la escuela, donde hay comida, prometo hacerte los mejores patrones.

La expresión de Wene se endureció. Sus ojos redondos la observaban con una intensidad inquisitiva y enjuiciadora que le atravesaba el alma. El hambre y el miedo son amigos de la supervivencia. A la niña le habían servido para seguir libre, viva y marcando su propio destino en un mundo en el que lo tenía todo en contra. Desconfiaba.

Alice le tendió la mano. Wene dudó y se fijó en el extraño objeto que la inglesa sostenía en su mano.

—Si vienes conmigo a la escuela y comes algo te enseñaré lo que hay dentro. Es una caja mágica. Y te ayudaré con tu problema —insistió Alice.

La niña tardó, pero aceptó.

Mientras caminaban hacia el aula, Wene rehusó la mano de Alice en tres ocasiones.

Al llegar a la clase, le dio un gran pedazo de pan de plátano y un trozo de manteca que la niña devoró en el tiempo que Alice le indicaba que se sentara en uno de los pupitres junto a la gran pizarra verde. Mientras, sacaba de la caja de pinturas un botellín de tinta roja y un pincel fino y duro. Los escondió detrás de la espalda para que no los viera y se sentó al lado de Wene, que tragaba la comida con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Preparada para unos patrones circulares en la frente?

La niña asintió, cerró los ojos y echó la cabeza para atrás.

Alice destapó el bote de tinta, metió el pincel y, a la vez que le pellizcaba la frente, le clavó un poco las uñas para que el pequeño dolor le hiciese creer la treta. Le pintó una cenefa roja en forma de embudo como la que los congoleños solían exhibir como la máxima expresión de su belleza femenina y masculina.

—Ya está, Wene. ¡Preciosa!

La niña saltó de la silla y alzó los brazos.

—¡Ya estoy guapa! —gritó a la vez que la abrazaba.

—¡Por supuesto! —exclamó Alice—. ¿Quieres verte en un espejo? Mira allí, en la pared junto a las grandes letras —le indicó con el brazo.

—Muchas gracias, muzungu, me has dado la felicidad —dijo la niña. Se giró y salió corriendo por la puerta de la escuela.

—¡Hay más comida! —gritó Alice, pero ya era tarde.

Al día siguiente se acercó al lugar donde la había encontrado. Tenía la esperanza de dar con ella, pero la niña había desaparecido, como los caminos de la selva durante la estación de las lluvias que estaba al caer.

No la volvió a ver.

La noche antes de emprender el camino hacia Baringa, Alice estaba en el comedor, de pie frente a la mesa. Bajo la luz de una lámpara de aceite recogía una de las cajas con fotografías. Tenía en mente a Wene y la llegada de los próximos aguaceros. Había estado buscando las imágenes que hizo sobre la práctica de la escarificación.

Al principio, como a todos los extranjeros, esa tradición basada en el corte y la desfiguración del cuerpo le pareció una visión horrible. La veía como una tortura, un acto brutal, sanguinario, barbárico. Incluso la consideraba satanista y contraria a la decencia humana, pues confundía la belleza con el dolor autoinfligido.

No la entendía como lo que realmente era: una práctica ancestral que se remontaba a la noche de los tiempos. Muchas tribus del Congo habían vivido ese pasado inmutable hasta la llegada de los europeos y árabes.

Por supuesto, no reparaba en el hecho de que, por ejemplo, su madre le había agujereado las orejas para llevar pendientes.

Sus ojos de misionera examinaban las fotografías a través de las gafas redondas, como si el cristal pudiese tamizar la realidad. Muchas de las imágenes desafiaban los límites de su fe cristiana. No obstante, a través del pequeño visor de la Kodak y de su resultado mágico en forma de papel fotográfico, las certezas e incertidumbres de su mundo se diluían en el de los demás. La cámara la hacía sentir libre de sí misma y de sus propios prejuicios.

Tanto hombres como mujeres se sometían al embrujo del cuchillo como forma de distinción social. Asistir a un proceso de escarificación no era para estómagos débiles. Alice lo comprobó en una aldea de Batetela. Allí la dejaron fotografiar la ceremonia. La visión de la sangre y las heridas pulsantes no eran santo de su devoción, aunque su labor semanal en la enfermería de la misión de Ikau la había endurecido.

La mujer que iba a ser marcada estaba sentada en un tronco. Su madre sostenía la cuchilla con la que le cortaría la carne. El objetivo

era obtener heridas de buen tamaño, siguiendo los patrones geométricos marcados antes con una tiza hecha con cenizas.

La operación estética tuvo lugar en la puerta de su choza de paja y barro seco. La joven sonreía como un niño el día de Navidad. Su progenitora le limpiaba la espalda con hojas de camwood después de cada corte, para crear un patrón de cenefas desde los omóplatos hasta la cintura con cuatro líneas profundas a base de más de doscientos cortes.

Para sorpresa de Alice, durante la sesión fotográfica, nunca capturó un solo instante de dolor forzado. Se mantuvo siempre a una distancia prudencial para evitar que la sangre de los cortes le salpicara. Lejos de sufrir, ambas, madre e hija, disfrutaban.

—¡Ningún hombre se me podrá resistir! —dijo la joven con la sangre chorreándole por la espalda.

Al acabar la primera sesión, ambas discutieron sobre uno de los mozos de la aldea. Después se dirigieron hasta un árbol, donde su progenitora le limpió la sangre con agua. A continuación, le aplicó un polvo de plantas de aloe con propiedades antisépticas y para el dolor de las heridas. Los remedios de la selva, transmitidos de madre a hija durante generaciones, a menudo dejaban boquiabiertos a muchos de los médicos europeos.

Alice vio a la joven unos días después. Enseguida percibió el olor de la putrefacción. Sus heridas supuraban, y sobre ellas revoloteaban las moscas infecciosas, verdes y grandes como pulgares sucios.

La chica tendría que esperar varias semanas hasta que sus laceraciones sanaran por completo. Solo así se aseguraría de que las

cicatrices quedaran bien marcadas. No solo la harían sentir más bella, sino que transformarían su cuerpo en una obra de arte.

Los diseños cambiaban. Hasta los treinta años, cuando dejaban de cicatrizarse, las mujeres reabrían sus heridas una y otra vez. Así lograban que la piel se elevara hasta formar una protuberancia de carne bastante pronunciada. Eso era el *summum* de la belleza.

En la zona de los bangala, donde esta práctica era más elaborada, Alice logró reunir un buen archivo de imágenes. Capturó los distintos estilos, las técnicas empleadas y los rostros orgullosos de quienes llevaban esas laceraciones estéticas.

En una aldea retrató a una hechicera que mostraba desafiante sus heridas. Estas formaban anillos concéntricos espaciados de forma uniforme, que iban desde las orejas hasta los pómulos y bajaban hasta la barbilla con un diseño de formas triangulares invertidas. En sus hombros lucía cortes mucho más profundos, a la par con las cuentas redondeadas que adornaban su cuello largo y delgado, como si fuese un tallo de trigo.

Alice observó las fotografías y se dio cuenta de que la Kodak se había convertido en una máquina del tiempo del mundo antediluviano del Congo; una existencia que desaparecía con cada vapor lleno de europeos que remontaba el río hacia el corazón de África. Mientras tanto, John y ella recogían los testimonios que confirmaban, una y otra vez, que el dominio privado de Leopoldo II se había convertido en una trituradora de carne humana, como demostraban las fotografías tomadas en las aldeas arrasadas de las tribus bakuba, bashilele, bushongos y lulua.

En las pocas que quedaban en pie, Alice había fotografiado sus distintivas marcas y laceraciones faciales semejantes a la superficie

de una raspa áspera, y las formas de peines en el centro de la frente. Retrató los patrones de conchas en la parte inferior del estómago, los largos cordones de cuentas en los muslos y las formas de girasol que iban desde el ombligo hasta el hombro, así como los largos trazos de cenefas circulares con los que se cubrían toda la espalda. En una ocasión, incluso inmortalizó la marca de una esvástica como la de los hinduistas. Esos símbolos en sus pieles eran, posiblemente, los últimos remanentes de las primeras iconografías de las comunidades humanas.

Fotografiar se estaba convirtiendo en una obsesión. A través de su lente, Alice entendió su cultura. Al hacerlo, se liberó de las cadenas de sus propias opiniones preconcebidas.

Con cada imagen revelada en la oscuridad del laboratorio, descubría que la belleza existía de muchas formas.

Alice terminó de empaquetar las fotografías y se acostó con Freddie. Al día siguiente partían hacia la misión de Baringa.

Afuera llovía y la jungla rumiaba con sus sonidos llenos de vida sin delimitar. Le pareció la nana más preciosa del mundo. Se durmió con una sonrisa. La selva y sus misterios ya no la asustaban.

11

QUIEN SALVA UNA VIDA, SALVA AL MUNDO ENTERO, AUNQUE ¿HASTA CUÁNDO?

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1901

La luz del sol de media tarde se reflejaba en las aguas de la playa de la aldea de Baringa. El verde de la selva parecía más intenso que nunca. Palpitaba.

El primer vistazo de Alice fue concluyente: canoas, casas de barro y paja, cabañas comunales y ni rastro de ropa europea. Ellos eran los extraños. Eso le hizo sonreír.

La estación comercial del Gobierno era pequeña. Su tamaño permitía que muchos congoleños todavía vivieran plenamente según sus costumbres.

Los grandes vapores que surcaban el río Congo podían remontar el Lulanga, uno de sus afluentes que cruzaba el territorio bangala hasta llegar a Ikau. Sin embargo, más allá, ninguno se atrevía a continuar por el curso estrecho y serpenteante del río Maringa. Los cascos de esos mastodontes con chimeneas tan grandes como las columnas de Hércules no estaban hechos para navegar por las aguas poco profundas que llevaban hasta la remota Baringa. Allí estaba la última y más alejada de las misiones de la Unión en el centro de la colonia. Para muchos, el equivalente al fin del mundo.

Mientras los porteadores llevaban los baúles y las cajas desde las canoas hasta la casa de la misión, Alice y John se detuvieron delante de la solitaria tumba del reverendo Ronald. «Sucumbió a las fiebres a la edad de veintisiete años», según se leía en su cruz. Debajo de la cifra alguien había escrito en mayúsculas: inglés.

La sepultura, solitaria y cubierta de musgo, estaba en un pequeño jardín situado detrás de la misión y rodeado por una valla de madera rota. Pronto la selva lo reclamaría.

—Deberíamos poner una lápida —dijo John. Se quitó el sombrero blanco de ala ancha y se lo colocó a la altura del pecho.

La jungla también la devorará, pensó Alice.

—Es una buena idea, John. Seguro que podemos encargarla en Balolo o Leopoldville, aunque tardará en llegar —respondió ella a pesar de todo.

—Me ocuparé en cuanto estemos instalados —dijo él un tanto angustiado.

John pensaba que podrían haber sido ellos. Miró a Alice y a Freddie, que dormía en brazos de Anna, y prefirió guardarse el comentario. ¿De qué servía recordar lo peligrosamente obvio? Estaban vivos, en manos de Dios y su suerte anárquica. Eso era lo más importante. Tenían que mantener la calma. El matrimonio no sabía durante cuánto tiempo iban a sustituir al difunto reverendo Ronald. Pasarían meses hasta que la Unión de Misioneros buscase un sustituto y lo enviasen al Congo. También existía la posibilidad de que el destino provisional se convirtiese en algo permanente. Era la solución más sencilla.

—Cuando te llega la hora no hay nada que hacer —murmuró Alice a la vez que Freddie empezaba a sollozar.

—Le toca comer, madre Harris —dijo Anna.

Alice asintió y señaló hacia la casa.

—Esta noche rezaré por el pobre Ronald —anunció John santiguándose—. Mañana empezaremos a trabajar duro para no caer en la melancolía —añadió mientras se ponía el sombrero.

Durante los siguientes días las jornadas comenzaban y acababan de madrugada. El anterior inquilino había descuidado todos sus quehaceres durante meses, mucho tiempo antes de caer enfermo, como demostraba el estado lamentable del interior de la cabaña. Latas de conservas abiertas y llenas de moscas, biblias rotas cuyas páginas se habían utilizado para encender la estufa, fruta podrida y montones de cucarachas más grandes que un pulgar que corrían por el suelo. El reverendo Ronald estuvo solo mucho tiempo y así murió. Lo encontraron en su cama descompuesto. Llevaba más de una semana muerto, con los brazos agarrotados y extendidos, como si hubiese intentado aferrarse a la vida hasta el último momento.

Anna y John quemaron las sábanas mugrientas, la cama, el colchón de paja y toda la basura que el religioso había acumulado sin ton ni son.

Si tu destino era morir en la colonia del Congo, la mayor crueldad era no hacerlo rápido, pensaba Alice mientras observaba el fuego.

John no mentía en cuanto al trabajo duro. Primero tuvieron que reparar el tejado de la cabaña. Después construyeron de cero una escuela. En realidad era un cobertizo hecho con troncos descartados por la estación comercial, una tarima para colocar la pizarra y espacio para varios bancos donde los estudiantes podían sentarse.

Entre el trabajo y los cuidados de Freddie, pasaron varios días hasta que Alice tuvo un momento de tiempo libre. Se dedicó entonces a explorar con su cámara los alrededores de la misión.

A las afueras de la aldea, encontró a un grupo de mujeres que cavaban pequeños montículos. Sobre ellos amontonaban una mezcla de hojas muertas y cenizas, su estiércol más efectivo. Plantaban esquejes de semillas de calabaza y maíz indio entre hileras de mandioca. Así aseguraban una mayor cosecha en sus campos. Casi toda la producción estaba destinada a pagar la cuota de comida exigida en el puesto comercial de los *bula matadi*, el hombre blanco.

Las mujeres le contaron que trabajaban duramente para cumplir con su cuota de *kwanga*. Esas tortas de raíz de mandioca eran el alimento base de la población y las tropas coloniales. Todo debía entregarse en el puesto de recolección de madera. Cada seis días debían llevar trescientas ochenta *kwanga*. Cada torta pesaba entre dos y tres kilos. En total suministraban casi una tonelada de alimento cuidadosamente preparado. A cambio se les pagaba una barra de latón por cada kilogramo. En el Congo la moneda reconocida consistía en trozos de alambre que formaban esas barras. Veinte de ellas equivalían a un franco belga, aunque variaban de tamaño según la zona. La medida reconocida era de cuarenta y cinco centímetros, pero las que recibían no superaban los veinte.

Observándolas, Alice se dio cuenta de que el Congo podía estar en manos de las lanzas de los guerreros y los rifles de los europeos, pero la tierra y su vida seguían perteneciendo a las mujeres.

Ellas también eran las dueñas del fuego. Entre sus muchos trabajos diarios, cada mañana se internaban en el bosque y recolectaban el combustible necesario para cocinar y calentarse por

la noche. Talaban árboles a las afueras de las aldeas y los esparcían para que el sol tropical secara las hojas y las ramas. Luego les prendían fuego, preparaban carbón y despejaban el suelo que dedicaban a la siembra. Lo hacían sin abusar de la tierra. Sus manos se movían de una forma innata. Entendían el equilibrio entre la vida de los seres humanos y las necesidades del bosque. Sabían que la humanidad era proclive al consumo y a la avaricia porque sí.

Con la leña que obtenían avivaban las hogueras. Alrededor de ellas, los jefes de las tribus, apoyados en sus consejeros y hechiceros, decidían los destinos de sus súbditos.

Como la mayoría de mujeres en Londres, París, Bruselas o Berlín, Alice comprobó que las congoleñas también eran las banqueras de la casa, las custodias de los bienes, tanto del hogar como en los mercados. Allí los productos pasaban por sus manos y sus voces dominaban las subastas.

A todo ello había que sumarle el trabajo doméstico. Barrían las chozas, se ocupaban de los gallineros, utilizaban las hojas cubiertas de rocío para limpiarles la cara a sus hijos, cuidaban de los cultivos, apilaban los leños, se echaban a la espalda las cestas para la recolección del caucho, o hacían acopio de plantas medicinales y orugas comestibles, un manjar local que Alice nunca pudo tragar. Las ancianas se quedaban en la aldea y fabricaban las ollas de barro, los abalorios, cuchillos y pieles, tejían las cestas para trabajar y las esteras sobre las que dormían.

Las mujeres se dejaron fotografiar sin hacer preguntas. Miraban a la misionera como si fuera un bicho raro. No entendían lo que hacía. Caminaba sola por la jungla con un gran sombrero de ala ancha, su falda larga y abultada y su blusa blanca. Y siempre con una caja

negra en las manos. Algunas pensaban que era una especie de hechicera de su Dios cristiano. Otras simplemente la consideraban una europea que caminaba con la petulancia habitual de los que habían llegado allende los mares.

De regreso a la misión, un grito desgarrador rompió el silencio. Era una voz femenina, llena de terror. Resonó entre los árboles y de sus ramas salieron espantados varios murciélagos negros, que extendieron sus grandes alas como ángeles caídos.

—¡No, no, nooo, por favor! —escuchó Alice. A medida que el chillido se acercaba, ella corría hacia él.

Saltó una zanja y se internó por un camino estrecho que alguien había abierto a machetazos. Este serpenteaba a través de una vieja plantación de mandioca podrida. Pensó que quizás la mujer era víctima de un leopardo u otra bestia salvaje. En ningún momento se le pasó por la cabeza que no tenía nada con lo que defenderse y siguió adelante.

—¡Muere, perra mentirosa! —exclamó la voz de un varón.

Alice llegó a una de las calzadas de arena que salían de la aldea. Casi se dio de bruces con una pareja que estaba junto a un gran árbol.

La chica no debía tener más de veinte años. Iba casi desnuda, estaba amoratada, arrodillada y atada de pies y manos mientras suplicaba por su vida. El hombre, un joven corpulento de piel azabache, la agarraba del pelo. Tenía el otro brazo alzado y en su mano sujetaba un cuchillo de carnicero.

—¡Qué sucede aquí! ¡John, John! —se desgañitó Alice.

Gritó horrorizada al entender lo que estaba a punto de suceder. Respiraba de forma agitada, casi fuera de sus casillas e hiperventilando. Sintió terror al ver la amenazadora hoja reluciente y serrada.

Sin pretenderlo, su chillido de auxilio sonó como una orden. La pareja se quedó petrificada.

Cuando el joven corpulento despertó de su ensimismamiento, enseguida volvió a centrar su atención en la mujer que yacía en el suelo. De repente, se abalanzó sobre ella con una intención clara: rebanarle el cuello.

Alice no lo dudó. El hombre era enorme, le sacaba varias cabezas. La musculatura de su brazo equivalía a dos de los suyos. Aun así, consiguió agarrarle la muñeca justo cuando el cuchillo rozaba la barbilla de la desdichada. La mujer la miró estupefacta. Ya se daba por muerta.

John apareció entre unos arbustos. Con él, varios hombres de la aldea que también oyeron el grito. Afortunadamente, el reverendo y sus acompañantes cayeron sobre el joven justo antes de que acuchillase a Alice en el estómago. Lo tiraron al suelo y le arrancaron el arma de las manos. Fueron necesarios seis hombres para sujetarlo. Se resistió durante más de un cuarto de hora. Nada podía contener su furia. Resultó ser uno de los hijos del jefe tribal de Baringa.

Alice observaba cómo forcejeaban en el suelo. Entre gritos y súplicas para que se calmase, aún sentía la punta del cuchillo rozándole la tripa a punto de ensartarla.

—El horror de la muerte —balbuceó.

El alboroto del forcejeo se desvaneció. Una leve brisa onduló sus cabellos desvencijados. Se fijó en una bandada de loros verdes que se metía entre las copas de los árboles, como si se fusionaran con sus hojas de un verde reluciente, tranquilo, impasible, eterno.

Entonces cayó en la cuenta de su error. Cuando creía que le había llegado su hora, no rezó ni pensó en Dios. El mundo se detuvo. En el último instante de la vida, no pensó en nada.

Algo se resquebrajó en su interior.

De repente, la calma que le proporcionaba la naturaleza se transformó en un dolor extraño e intensamente decepcionado. Todo empezó a dar vueltas. La vista se le nubló y las piernas le fallaron.

—¡Alice! —exclamó John. Casi no llegó a tiempo para cogerla antes de que se desplomase en el suelo—. Siéntate, por favor, es el shock —añadió, sosteniéndola por los hombros.

—Ya está, ya está —repitió ella a la vez que inspiraba y expiraba profundamente—. Solo me he quedado sin aire durante un momento.

—Debo insistir —indicó él.

—¡Dejadme, estoy en mi derecho! —gritó el joven corpulento.

Seguía inmovilizado contra el suelo, aunque empezaba a perder fuelle.

—Tranquilo, ya está —insistió Alice—. ¿Dónde está la chica? —preguntó y se separó para buscarla por los alrededores.

—¡Soy el séptimo hijo del jefe Ngamu! ¡Soltadme!

—No miente —le dijo a John uno de los aldeanos.

Alice, pálida y sudorosa, buscaba con la mirada turbia y vaciada a la joven a la que había salvado.

La encontró a pocos metros sentada junto a un árbol. Alguien le había cortado las ataduras. En vez de salir corriendo, miraba la escena mientras esperaba pacientemente un veredicto. Ninguno de los aldeanos se atrevió a acercarse. Actuaban como si su presunto crimen pudiera contaminarlos.

—¡Me ha sido infiel, debe morir! ¡Es mi esposa, es mía! —gritó el joven.

Dos hombres le sujetaban los brazos y un tercero le cogía por los hombros para mantenerlo sentado en el suelo. John se acuclilló delante de él y le sonrió, como lo haría un reverendo beato después de la misa de los domingos.

—Entiendo tu predicamento, hijo mío —indicó quitándose el sombrero—. ¿Estás seguro de lo que dices? Es una acusación muy grave —añadió sombrío.

—La vi en el arroyo. Pero yo no tengo que darte explicaciones. Esta tierra que pisas es mía, hombre blanco —contestó el joven con desprecio.

—Me llamo John Harris y soy el nuevo reverendo en la misión de Baringa. Nunca osaría decirte lo que debes hacer en tus tierras. Pero como dice mi Dios, el perdón nos hace mejores. Tú eres el hijo de un jefe fuerte e inteligente. Sus tierras son ricas y sus mujeres suyas, como también lo es el poder del perdón —le explicó con una voz suave, bienintencionada, pero no tuvo ningún efecto—. ¿La perdonarías por unos regalos? Una recompensa por tu bondad, si la dejas vivir. Nadie creerá que eres débil, sino más rico —apeló a su avaricia.

El joven bajó la cabeza, pensativo. John hizo una señal con la mano a su improvisado ayudante, un adolescente llamado Brocanol

al que cariñosamente apodaban Broc. Le indicó que fuese a buscar uno de los zurrones con cucharas, barras de latón y cuentas de vidrio que cargaban las mulas que habían dejado en la aldea.

El chico obedeció como un rayo. Tenía unos quince años, aunque aparentaba menos. No se había separado de su lado desde que llegaron a la misión. Se autoproclamó ayudante de la casa, a pesar de las reticencias de Anna. No era un sirviente, iba y venía a placer. Sin embargo, cada mañana se lo encontraban en las escaleras del porche, esperando a que empezase el día. En ocasiones hasta actuaba como un hermano mayor con Freddie.

—Si la recompensa es buena, accedo a perdonarla —anunció el hijo del jefe tras un silencio tenso en el que solo la selva hablaba.

El perdón de Dios predicado por John no salvó a la mujer, sino unos cuantos cachivaches de cocina, algunas cuentas relucientes y cuatro barras de latón.

Antes de marcharse, la joven se quitó una pulsera de hierro de la muñeca. Forzó una sonrisa y se la entregó a Alice como agradecimiento. Cuando partieron, la chica se detuvo y no osó entrar en la aldea.

—Los regalos no serán suficiente —dijo Broc mientras se alejaban.

—El hijo del jefe ha prometido perdonarla —indicó Alice.

—Y así lo hará. Él la ha perdonado, pero eso no significa que su familia lo haya hecho. Está marcada. Si la chica vuelve al pueblo, lo pagará con su vida —contestó fríamente.

—¿No podemos traerla a la misión y ofrecerle refugio?

—Me temo que no, madre Harris. Es su esposa, no la dejará marchar. Antes la mataría —explicó Broc mientras tiraba de las

bridas de las mulas—. Hoy ha sido usted muy valiente, pero mejor no tentar a la suerte.

Alice se preguntó si le había salvado la vida, o solo había pospuesto su muerte. Los representantes de la ley colonial no protegerían a la joven. Y en la aldea, las lenguas no callarían. La desconfianza, el orgullo herido y el sentido de propiedad harían el resto.

—Podríamos comprársela —sugirió Broc.

—¿Cómo? ¿Tal que una esclava? Nosotros no hacemos eso. La esclavitud es pecado —le amonestó John—. Comprar o comerciar con personas es contribuir a la propagación del mal. La Unión Misionera nunca lo permitiría. Si se supiese, arruinaría nuestra reputación.

—¿Ni siquiera para salvar una vida? —preguntó Broc sin un ápice de malicia.

—Me temo que no —respondió John.

Alice abrió la boca para decir algo, pero se detuvo. El chillido repentino de un mono la sobresaltó. Por un instante lo confundió con un grito humano. De inmediato le hizo recordar el aullido de la joven. ¿Dónde estaba Dios?, reflexionó sin querer.

La pregunta la dejó perturbada. Una ira que nunca había sentido empezó a apoderarse de ella. Las apaleaban, violaban, vendían, casaban por obligación y negociaban con ellas siendo unas niñas. Las heredaban, las coleccionaban por estatus y las sacrificaban o asesinaban por honor. No obstante, ni todo el mal del mundo era capaz de detener una verdad tan inmutable como la selva: ellas, las madres, hermanas, hijas, amigas, amantes y musas eran la columna

vertebral de la vida en las aldeas. Ya fuera en el Congo, Inglaterra o la Cochinchina.

Cuando llegaron a la casa de la misión, situada sobre una pequeña colina, Alice sintió un escalofrío. La sede más pequeña y lejana de la Unión le pareció un lugar sombrío y fuera de lugar. Una verruga deforme y solitaria en una piel lisa y joven.

Anna los esperaba en el porche. Desde allí la vista era sobrecogedora; ya fuese de día, con la luz iluminando los verdes y azules del río, o de noche, bajo los claros e insondables cielos estrellados con amaneceres y atardeceres que hacían confiar en la bondad y pureza de la Creación.

Sin embargo, a Alice le costaba hablar. La pregunta retornaba a su mente; ¿dónde estaba Dios? Las piernas volvieron a fallarle y tuvo que sentarse.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó John preocupado.

—Claro, querido. Ha sido un día intenso. Solo estoy procesándolo —respondió.

Su marido estaba convencido de que el sentimiento que afligía a Alice podía combatirse con un pedacito de hogar. «Nos guste o no, eso es lo que somos en esencia, pero no tiene por qué definirnos», solía decir.

—Hemos llegado justo a la hora del té; eso te ayudará —dijo John a la vez que resoplaba y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Para ellos ese trozo de hogar era el té importado de la India y los surtidos de galletas Huntley y Palmer.

—¿Ha sucedido algo, madre Harris? —preguntó Anna.

—Nada, todo en orden. ¿Cuántas veces te he dicho que me llames Alice? —respondió ella innecesariamente severa.

—Las que haga falta, madre Harris.

La dama de llaves de Ikau no quiso quedarse allí e insistió en acompañarlos. No pudieron convencerla de lo contrario. En el fondo, Alice lo agradeció. Además, la gobernanta había nacido en Baringa. Aunque huérfana, su linaje todavía existía entre sus gentes.

—¿Cómo se ha portado Freddie? —preguntó la inglesa.

—Es un niño muy bueno. Ahora está durmiendo la siesta. ¿Quiere que lo traiga?

Alice suspiró. La tensión del día la había dejado exhausta.

—No hace falta, cuando se despierte le daré un beso.

John se quitó la americana, empapada de sudor como la camisa, y la lanzó sobre la mesa.

—¿Te acuerdas cuando en Inglaterra nos dijeron que la ropa blanca nos mantendría más frescos y desviaría a los insectos? ¿Quién fue? Seguro que no había caminado por esta selva en su vida, ¿verdad?

Alice fingió una sonrisa.

12

¿OTRA CARTA PARA NADA?

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1901

UN MES DESPUÉS

John estaba sentado en uno de los tablones del interior de la canoa, casi en estado catatónico. Tenía los ojos muy abiertos y apenas pestañeaba. No había dormido ni comido nada en los tres días que duró el viaje de vuelta desde el corazón de las tinieblas. El reverendo no encontraba otra forma de definir lo que había presenciado río arriba. Estaba seguro de que allí había dejado para siempre parte de la luz de su alma.

—El diablo vive entre nosotros —balbuceaba a Broc.

—Ya hemos llegado a casa, jefe Harris.

—El diablo vive en el Congo —contestó John. Alzó la cabeza y clavó la vista en el cielo hasta deslumbrarse con el sol radiante sobre la selva oscura.

Todo empezó poco menos de una semana antes.

Era por la tarde y llovía a cántaros. La tormenta no parecía importarle al guerrero recién llegado del Alto Congo. Los observaba con una expresión furiosa, sin mostrar interés por resguardarse del chaparrón. Había rechazado refugiarse bajo el techo de la escuela de la misión, donde Alice y John intentaban taponar las goteras

convertidas en cascadas. El guerrero era un mensajero enviado por el jefe de la aldea de Insongo Mboyo, situada a tres días de viaje de Baringa. Exigía la presencia de uno de los portavoces del Dios cristiano. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices tribales y una vieja herida de bala en la barbilla. El pigmento rojo con el que se había pintado el cuerpo estaba casi disuelto y le caía a chorros formando un charco a sus pies.

—No voy a volver solo —le había dicho a Broc con la lanza y el escudo en la mano. También llevaba una vieja y oxidada cimitarra en su cinturón de piel de hipopótamo. Era un trofeo de batalla contra los esclavistas árabes del Alto Congo.

John se vio en la obligación moral de aceptar. Cuando terminó de preparar un saco de viaje con dos mudas, raciones para tres días, algunas medicinas y su Biblia de Saint James, el cielo se había despejado. El caudal del río Maringa había aumentado y estaba revuelto y espumoso. Eso no pareció importarles a los diez remeros. El agua había borrado las pinturas que decoraban sus cuerpos cincelados, solo se veían sus cicatrices. También eran guerreros.

—Soy el único reverendo en esta parte de la selva —se había justificado John, sin saber que estaba de camino al infierno y que no volvería entero.

Broc y uno de los remeros ayudaron al reverendo a llegar hasta la casa. Lo cargaron a peso desde la canoa hasta el salón de la cabaña. El termómetro clavado en la pared marcaba treinta y ocho grados a la sombra, pero John estaba tiritando.

En cuanto se repuso un poco empezó a hablar con una mezcla de odio y pánico. Alice nunca le había escuchado hablar así antes.

—Por favor, querida, ayúdame a redactar una carta —dijo mascullando las palabras.

Le temblaban las manos.

—¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido? —preguntó ella preocupada, mientras sacaba papel y pluma del escritorio.

—Por favor, querida, la carta —pidió John sudoroso.

Estaba pálido y con un pesar evidente. Su expresión era tan sombría que incluso Freddie, sentado en una trona junto a la mesa, pareció notarlo. El niño jugaba con una de las fotografías de su madre, pero de repente hizo una mueca. El gesto que su carita suave y rechoncha solía hacer antes de romper a llorar.

Misión de Baringa
Unión de Misioneros Regiones del Más Allá

A la atención del ilustrísimo Gobernador de Boma:

Excelencia, estas letras son hijas de la indignación causada por su inexcusable ineficiencia. Acabo de regresar de un viaje en el interior del Alto Congo hasta el pueblo de Insongo Mboyo. La abyecta miseria y el absoluto abandono en el que viven sus súbditos son absolutamente indescriptibles. La gente de esa región acusa a los agentes comerciales y a las tropas de la Force Publique, que usted manda, de cometer unas atrocidades monstruosas. He podido comprobar en persona que son ciertas. ¿Dónde está su alma? ¿Acaso tiene una? Pero dudo que ni siquiera eso le importe, dada la omisión de todas mis cartas anteriores.

Atentamente,

REVERENDO JOHN HARRIS

—¿Estás seguro de que quieres enviarla? —preguntó Alice.

John se limitó a afirmar con la cabeza. Luego cerró los ojos y se dejó caer en el respaldo del sofá.

Su mujer no tardó en cambiar de opinión, azotada por el látigo de la irreverencia.

—Bien pensado, ¿de qué sirven las buenas formas cuando cada día hay más huérfanos? ¿De qué el rezo sin acción?

—¡Alice! —dijo John abriendo los ojos.

—Sí, acción. Yo con mi cámara y las palabras. Y tú con esa capacidad para entrar en una habitación y hacer que se ilumine, atrayendo la atención de todos —explicó ella. Se refería a sus dotes natas como orador.

John asintió un tanto sorprendido por su arrojo ante las circunstancias.

—¿Qué has visto allí, querido? —preguntó Alice, sentada a su lado mientras le cogía de la mano.

—Un lugar donde Dios ya no existe.

John le contó lo que había presenciado. La aldea era poco más que un basurero de despojos humanos. Enjambres de niños hambrientos, muchos de ellos huérfanos. Ancianos desatendidos que morían lentamente en su propia inmundicia. Mujeres violadas de forma salvaje que habían perdido la razón, mientras el resto se escondían por temor a los blancos que ordenaban sus secuestros. También le describió los cuerpos mutilados por el machete. Otros solo eran restos humanos carbonizados entre las cabañas humeantes. Hombres, mujeres y niños por igual. Algunos habían sido devorados.

—Les hicimos curas a cinco niños y dos ancianos a los que habían amputado los brazos. No creo que sobrevivan, perdieron mucha

sangre —explicó John llevándose las manos a la cara.

—¿Qué sucedió?

—La Force Publique —dijo el reverendo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Es lo que nos dijeron los aldeanos, el guerrero y el jefe que sobrevivió tras ceder sus veintitrés esposas. Además, un día antes nos cruzamos con la columna de soldados que volvía de la zona. Ignorábamos lo que habían hecho. Algunos llevaban en sus cuellos colgantes de dedos y orejas. Detrás de ellos traían una columna de personas, como si fueran criminales. Jóvenes y mujeres atados por el cuello como bestias. —John se frotaba las manos entre iracundo y horrorizado.

—¡Qué espanto! —murmuró Alice, que le acariciaba el pelo para consolarle.

—Todavía puedo oler el fuego de la aldea arrasada —dijo John. Sacó una pequeña libreta de piel del bolsillo de su mugrienta chaqueta de safari, que aún llevaba puesta—. Vi a un anciano que estaba sentado frente a las cenizas de su choza. Me contó al detalle lo sucedido —añadió John. Y leyó:

«Los soldados llegaron y nos obligaron a ir al bosque a buscar enredaderas de caucho. Tomaron a varias de nuestras mujeres como rehenes para obligarnos a obedecer. Confiscaron todas nuestras provisiones. Pronto empezaremos a morir de enfermedad y hambre. Ya no teníamos fuerzas para recolectar el caucho. Cuando *bula matadi* regresó y vio que no habíamos reunido la cuota exigida, mató a muchos con sus armas de fuego y cuchillos. A algunos los devoraron. A otros les ataron cuerdas al cuello y se los llevaron.

Somos lo único que queda de la memoria de nuestro pueblo. Pronto será como si nunca hubiésemos existido».

John suspiró. Estaba consumido, roto. Alice pensó que, si hubiese estado allí con su cámara Kodak, quizás podrían mostrar ese horror al mundo entero. Tal vez lograría avergonzar a las autoridades belgas en Boma, que no solo ignoraban la violencia, sino que la ordenaban indiscriminadamente. Entonces dijo lo que llevaba días rondando por su cabeza.

—Ha llegado el momento de ir un paso más allá, John.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—En dedicarnos en cuerpo y alma a enviar informes a la central de la Unión Misionera en Londres. Documentar cada crimen que se está cometiendo. Acabar con el infame «mi palabra contra la tuya». Mostrar las pruebas. No veo otra forma de terminar con este horror. Basta de fotografías etnográficas y botánicas —continuó con determinación—. Necesitamos imágenes con las que ejercer presión política sobre el público, el Gobierno británico, y, si es necesario, el propio Leopoldo II. Debemos documentar la destrucción de las aldeas, las incursiones militares, los abusos de los centinelas. La esclavitud que supone la recolección del caucho. Las torturas que sufren si no cumplen con las cuotas de entrega de alimentos. Europa actúa como si aquí no pasara nada.

—Tienes razón, Alice —dijo John poniéndose de pie—. Dios nos estaba mostrando el camino. ¿Cómo hemos podido estar tan ciegos? Lo primero será reunir entre las misiones las copias de las cartas de queja enviadas a los magistrados provinciales, a Boma y a Leopoldville. Quizás incluso publicarlas en la revista mensual de la Unión junto con los testimonios de los congoleños —reflexionó. Se

refería a *Regiones del Más Allá*, la publicación mensual de la organización, que en gran parte se editaba e imprimía en la misión de Balolo—. A todas luces, el Estado Libre del Congo solo produce tres cosas: caucho, asesinato y esclavitud en su peor expresión.

Alice exhaló aliviada. Su marido llegaba tarde, pero por fin comprendía el sentimiento que hacía meses que la corroía por dentro.

—Y añadiremos fotografías, sin escatimar realidades —indicó ella —. El poder de las imágenes hablará por sí solo.

John asintió, pero Alice tenía la impresión de que no la escuchaba del todo. Para él, la Kodak seguía siendo un aparato para crear recuerdos. El reverendo todavía confiaba en el poder de las palabras por encima de todo. Las suyas o las de Dios.

—Por supuesto. Convenceremos a la congregación en Londres para que nos dejen publicar en la revista más a menudo. Incluso dirigir sus contenidos.

—El Señor nos envió a estas tierras para traer mucho más que el Evangelio —dijo Alice.

—Tienes razón. Debemos actuar o nuestro silencio nos convertirá en cómplices. Hay que intervenir —anunció John abriendo la ventana del salón—. Tenemos que contarlo todo y proteger a los que podamos. El pueblo judío dice que quien salva una vida puede salvar al mundo entero —concluyó y se giró para mirarla con los ojos vidriosos y enrojecidos.

—Es una frase muy bonita, mi amor. Pero necesitaremos mucho más que eso. —Alice se acercó y se apoyó en el alféizar de la ventana—. Esta no es una injusticia divina, sino humana, y que tiene un nombre claro: Leopoldo II. Nos corresponde a nosotros hacer

que el mundo lo sepa. Así me siento. Salvar una vida no será suficiente.

El matrimonio guardó silencio mientras contemplaba el espectáculo del cielo rosado y púrpura sobre la selva. Los colores se reflejaban en las aguas del río, pero la belleza inmensa de África ya no les parecía un síntoma de vida, sino la antesala de la oscuridad que los rodeaba. La luna dorada como la que empezaba a ascender se volvía cada vez más pálida. Su luz no traía calma, sino el reflejo de la malevolencia en la Tierra.

Alice se fijó en un pescador solitario que volvía con su pequeña canoa a una de las playas de arenas rojizas.

—El río será nuestro mejor aliado para que la información no deje de fluir —sentenció convencida.

13

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

EN ALGÚN LUGAR DEL RÍO ARUWIMI, ALTO CONGO, 1901

UNAS SEMANAS DESPUÉS

La canción que entonaban los remeros con un ritmo sincopado, vibrante, hijo de las largas y duras horas de trabajo, no dejaba lugar a dudas:

> ¡Oh, madre, qué desgraciados somos!
> Pero el sol matará al hombre blanco,
> pero la luna matará al hombre blanco,
> pero el hechicero matará al hombre blanco,
> pero el león matará al hombre blanco,
> pero el cocodrilo matará al hombre blanco,
> pero el elefante matará al hombre blanco,
> pero el río matará al hombre blanco.
> ¡Oh, madre, qué desgraciados somos!

Sus voces se confundían con el bogar de las palas sincronizadas que arremetían contra la superficie del majestuoso río Aruwimi, uno de los afluentes del Congo. El matrimonio navegaba hacia un asentamiento del pueblo boela y, después, el plan era recalar en una plantación colonial.

Hacía semanas que daban por sentado que el sustituto para la misión de Baringa nunca llegaría. Ellos eran, en la práctica, la única voz de la organización evangélica en la región. Pero su propósito había cambiado. Ya no solo predicarían. El verdadero objetivo de esa expedición, y las que vendrían después, era obtener pruebas para denunciar lo que ocurría en el Congo.

Alice estaba convencida de que, si conseguía retratar la línea divisoria entre las dos caras contrapuestas del progreso, obtendría una buena evidencia de las injusticias.

Por eso viajaban por el Aruwimi.

Río arriba, los congoleños debían adaptarse o desaparecer. Ya no eran dueños de sus tierras ni de sus destinos. Río abajo, el mundo colonial avanzaba como un meteorito, imparable entre las marismas.

En la canoa, sentada junto a John en la pequeña cabaña de bambú de la proa, que los protegía del sol y la lluvia, según el capricho de la jungla, Alice movía la rodilla izquierda al ritmo de la canción.

Cuando los remeros llegaron al estribillo, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—*Beto Febol yiwa, beto febol yiwa*[*] —aullaban los hombres.

La cara de John era un poema. Sabían que la melodía no iba dirigida a ellos, pero sus voces abismales resultaban sobrecogedoras. Los hombres cantaban sobre los jefes de las plantaciones. Mencionaban a los capataces nativos, vestidos a la europea, amantes del chicote. Hablaban de los despiadados oficiales y agentes blancos. Describían a los soldados de la Force Publique, que arrasaban con todo a su paso.

El río Congo y sus centenares de afluentes formaban las carreteras que conectaban el mundo de tribus ancestrales asentadas en sus riberas. Eran pueblos que habían encontrado su hogar en la naturaleza. Su sistema fluvial tenía una línea de agua navegable tan larga como toda la costa europea. Los exploradores ya habían recorrido casi dieciocho mil kilómetros de su longitud. En ese proceso, casi la mitad de las aldeas, poblados y asentamientos nativos habían desaparecido.

A lo largo del cauce del río Aruwimi, las huellas de la devastación eran evidentes. Llegaron a la aldea boela por la tarde. Desembarcaron y acamparon cerca de un puesto comercial belga donde se recolectaba caucho, marfil y madera. Dos centinelas de la Force Publique, apostados como policía y guardabosques, los observaban en silencio. Alice notó sus miradas curiosas y cómo susurraban entre ellos. Los únicos blancos que habían visto en su vida eran los oficiales que les ordenaron quedarse allí para asegurar y enviar río abajo los impuestos en forma de caucho y alimentos.

La aldea tenía unas veinte chozas de barro que hacía tiempo requerían cuidados. Reinaba un silencio sepulcral. El humo de varias hogueras oscurecía la luz del atardecer.

El jefe del poblado estaba enfermo. Su hijo recibió a los misioneros frente a la cabaña señorial, construida en forma de embarcación invertida. Dentro, su padre agonizaba por la viruela.

—Sois mis invitados —anunció Ifonso, el líder barbilampiño—. Mi padre está viajando al mundo de los espíritus —explicó erguido, orgulloso, a la vez que colocaba un brazo en jarra desafiante.

En el otro brazo sujetaba una lanza tan alta como él, quien les sacaba dos cabezas a ambos. Llevaba un pequeño taparrabos

ajustado por delante y sujeto por un cinturón, en cuyo centro brillaba un gran trozo de metal. El adorno rivalizaba con la gran pulsera de cobre que lucía en una muñeca y el collar de dientes de león alrededor del cuello. Era un hombre fornido, musculado, aunque delgado. A pesar de su postura majestuosa, tan imponente o más que la de la reina Victoria, su expresión era agria y vencida.

—Estas no son nuestras tierras. Fuimos desplazados. En realidad, provenimos de la aldea de Montaka, cerca del lago Mantumba. Huimos de allí hace muchas lunas con nuestras mujeres, sus bebés, los utensilios domésticos y la comida que recogieron a toda prisa —explicó el jefe.

—¿A qué os dedicabais allí?

—A la pesca. Eso fue nuestra perdición.

Ifonso contó que los impuestos de los *bula matadi* les habían obligado a huir de sus tierras. Su aldea debía proporcionar doscientas raciones semanales de pescado, pero solo podía reunir ciento veinticinco. Cada vez que los agentes blancos recibían una cantidad menor de lo exigido, castigaban a los hombres con el cepo o secuestraban a sus mujeres. Una persona por cada diez raciones que faltasen. Como no podían pagar sus deudas, los prisioneros eran enviados a la ciudad de Bikoro, condenados a trabajos forzosos. O los vendían como mano de obra en Coquilhatville, la central administrativa del distrito del Ecuador, hasta que cumpliesen con la cuota, cosa que nunca sucedería.

A los detenidos se los llevaban atados con una cadena al cuello junto con otros desdichados capturados en aldeas cercanas. El jefe había sido uno de ellos. Explicó que muchos murieron de cansancio por el camino mientras les obligaban a limpiar las líneas del

telégrafo. Tiempo después, Ifonso logró escapar de un campo de entrenamiento de la Force Publique a las afueras de Coquilhatville. Cuando regresó a su aldea, solo quedaban quince hombres adultos, incluido él.

John apuntó todos los detalles en su libreta de piel. Al terminar su relato, Alice se colocó a su lado. Cogió su cámara y miró directamente al joven jefe. Quería transmitirle que no estaba solo en su dolor, que ella le comprendía y quería ser su altavoz.

—No recuerdo la última luna en la que dormí sin soñar que corro por la selva. Exhausto, tembloroso, asustado. Siento que algo me persigue. No lo veo, no sé qué es, pero está a punto de atraparme y hacerme suyo. Entonces me despierto —explicó el joven jefe—. El corazón me dice que los espíritus de mis antepasados están un poco más lejos que ayer. Mi padre fue un guerrero digno y un líder sabio. Ahora se muere repitiendo las mismas palabras: «Es el fin del mundo, hijo. Huye a la selva». Pero yo me quedaré. Lucharé y conservaré lo que es mío. Si debo desaparecer, que sea en esta mi nueva tierra —dijo. Alzó la barbilla y contempló el cielo.

El sol bañaba su cuerpo y hacía brillar el sudor sobre su piel. Esa era la imagen que Alice buscaba. Un jefe que representaba el mundo que los europeos encontraron al llegar. Una de las caras de la moneda. La perdedora.

—Siento tu pena, Ifonso, y la de tu pueblo —dijo Alice—. La llama de los boela vive en la jungla y en su jefe. Es un honor conocerlos —añadió mientras John la observaba detenidamente—. El olvido y la amenaza de las que habla tu padre son muy reales.

John estaba un tanto escandalizado. Negó con la cabeza, hasta que se dio cuenta de que las palabras de Alice habían funcionado.

Al principio el jefe reaccionó con sorpresa. Nunca había visto a una mujer blanca. Esta, cubierta de extrañas telas, le hablaba con una fortaleza y compasión que lo desarmó. Uno de sus hechiceros le susurró que podría ser una bruja, pero Ifonso no le hizo caso. Esa mujer tenía la voz tomada por su propio poder. Eso le fascinaba. Quizás aquellos blancos ayudarían a los boela a sobrevivir una estación más.

—Esto es una cámara —explicó Alice, mostrando la Kodak—. No es magia. Sirve para capturar un momento. Lo llamamos fotografía. Mira, aquí tienes una —le mostró una imagen realizada meses antes en una de las playas de Ikau llena de canoas.

Ifonso la sujetó y se quedó inmóvil. En su interior, el shock le hizo vibrar de nervios. Sus ojos no le engañaban. Dentro de esa hoja cuadrada había un mundo. Se la devolvió. Le producía congoja sujetar algo tan grande.

—Me gustaría hacerte una fotografía —Alice alzó la imagen—, para que tu lamento y las quejas de los boela se escuchen y se vean.

El jefe no lo pensó mucho y accedió. Estaba aterrado, pero su barbilla no bajó ni un milímetro.

Retrató a Ifonso y su seriedad profunda, honesta, cruda y desafiante. El jefe parecía gigantesco, con su mata de pelo peinada al estilo local, que formaba un gran casco decorado con barro coloreado.

A los hombres del pueblo boela les gustaba adornar su cabello tanto como a los obispos sus sombreros. Pasaban horas trenzándolo hacia arriba hasta formar copas de quince centímetros de alto. Las reforzaban con una mezcla de aceite y polvo de corteza de árbol, que además les protegía del sol tropical. Los más elaborados eran

exclusivos de los hijos y las hijas de los reyes y príncipes tribales. La selva también podía ser una corte de Versalles. El estilo más popular consistía en decorarlo con motas negras para imitar la piel de un leopardo.

El jefe les ofreció comida y leña, los dos elementos más preciados para ellos. Formaban parte de la cuota que debían pagar a los centinelas cada quince días. John aceptó y pagó con una bolsa llena de tabaco y un saco de sal que Ifonso apreció profundamente.

Esa noche, tras plantar la tienda de campaña y colgar la ropa empapada de sudor en un árbol cercano, Alice se sintió más viva y fuerte que nunca. Salir a fotografiar la llenaba de una emoción parecida a la de su primera fe. De niña, la idea de Dios la conquistó, y con los años se convirtió en misionera. En África, su Kodak la estaba transformando de la misma manera.

—El retrato de Ifonso es una de las dos caras de la moneda. Ahora debemos fotografiar la otra, la europea, la que se ha quedado con todo —explicó Alice observando la hoguera.

—Los dos mundos enfrentados, cara a cara, en un mismo río —dijo John complacido.

—Esa es la idea —contestó ella acurrucada a su lado.

—Mañana partiremos a primera hora. Con las primeras luces llegaremos a los rápidos —indicó John, preocupado.

Al amanecer, se enfrentarían a la parte más peligrosa del viaje por el río Aruwimi. Las aguas bravas de los rápidos de Yambuya eran el mayor desafío. Sus inmensos remolinos traicioneros y los bancos de arena podían hacer volcar la canoa. Ese punto marcaba la frontera entre los dos mundos en constante colisión. Alice quería fotografiar ese choque.

Si todo salía según lo planeado, el viaje en canoa hasta la plantación de Bomani debía durar unas seis horas. La primera parte del trayecto transcurrió en calma a través de los pulmones de la jungla. Luego atravesaron una serie de embalses distribuidos como si fueran una escalera gigantesca.

La embarcación avanzaba lentamente, sintiendo la fuerza de la corriente ondulada y cada vez más agresiva. John dormitaba bajo el pequeño techo de palmera en el centro de la canoa. Alice leía una de las pocas copias disponibles en el Congo del informe de George Washington Williams. Edward Vilah le recomendó el libro cuando lo conoció en la cubierta del transatlántico SS Cameroon. La lectura del documento era una fuente constante de estupefacción. El mundo había aceptado el holocausto de la humanidad en el Congo. El hecho de que el autor lo publicase diez años antes era una prueba irrefutable. La obra de Williams, que era hijo de esclavos afroamericanos, fue desdeñada por la mayoría de los académicos europeos y estadounidenses. Tenían al sátrapa de Stanley como modelo de científico y explorador, al que laureaban y aplaudían.

Las más altas instancias de su propio país no le habían hecho ni caso. Su *Informe sobre el Estado Libre del Congo para el presidente de Estados Unidos*, ni siquiera llegó al escritorio del inquilino de la Casa Blanca, el presidente Grover Cleveland.

El documento contenía pasajes que hablaban con una clarividencia que helaba la sangre: «Los piratas negros queman las aldeas y lo confiscan todo», leyó Alice sobre los askari, que en suajili significa soldado. Estos conformaban las tropas nativas de la Force Publique. Alice aprendió que muchos de ellos eran huérfanos a los que se obligaba a servir por un período mínimo de siete años. Aunque la

intención era que lo hicieran de por vida. Entre las enfermedades y las hambrunas, la tropa caía como moscas.

Williams denunciaba que estaban constantemente ebrios y suponían un agente de destrucción. Listaba y contaba los horrores sobre los secuestros de las esposas, las violaciones sistemáticas, la destrucción y el pillaje generalizado. Las penas de muerte sumarísimas, ejecutadas sin ton ni son, el empleo de pelotones de fusilamiento, la horca, el machete y, si se daba el caso, el lanzamiento de prisioneros a aguas infestadas de cocodrilos acostumbrados a la carne humana.

Alice sintió asco cuando llegó al capítulo sobre la construcción del ferrocarril entre Matadi y Leopoldville. Ellos lo habían disfrutado como pasajeros de primera clase. Cada página del libro era una confirmación de los horrores que les narraban los congoleños. Williams aseguraba haber contabilizado hasta setenta y cinco mil trabajadores que se rompían la espalda, de sol a sol. Las condiciones de sometimiento eran absolutas. Todo para completar la obra faraónica. Los había visto con grilletes, transportados como ganado, sin cuidados médicos cuando enfermaban o resultaban heridos. Cargaban pesos descomunales y, si perdían el paso, el chicote caía sobre ellos como un relámpago. Estaban hambrientos y desnutridos. Morían a cientos y sus cuerpos eran enterrados en grandes fosas comunes. El libro constataba que, para los europeos, los nativos no eran personas. Esa era la conclusión del estadounidense. También la de Alice.

Poco a poco, la corriente fue enturbiándose hasta que, entre rocas grandes como casas, llegaron a la encrucijada fluvial de Yambuya.

La cresta espumosa de una ola puntiaguda al principio de los rápidos hizo que la proa de la canoa golpease contra una roca con tanta fuerza que todos a bordo tuvieron que agarrarse a algo.

El agua entró por todas partes y dejó empapado el informe de Williams. Alice se lo metió entre las enaguas para mantenerlo seco. A continuación, comprobó que la caja de hojalata con la cámara y el equipo seguía en su sitio. Dio gracias porque fuera un contenedor estanco.

Sus vidas y todo lo que llevaban en la canoa estaban en manos de los quince remeros y el timonel de popa. También contaban con un vigía que se colocaba en la punta de la proa puntiaguda e informaba de lo que venía por delante.

El morro de la canoa ascendía y se hundía, remontaba olas que nada tenían que envidiar a las de cualquier mar en plena tormenta. Los remeros no escatimaban fuerzas para impulsarse lejos de los remolinos, entre las grandilocuentes piedras.

Alice y John se cogieron de la mano.

—Espero que esa fotografía valga la pena —le dijo él, sonriendo. El labio superior le temblaba ligeramente.

Un nuevo latigazo de la canoa los dejó empapados. Alice reía fruto de la sobrexcitación, temerosa, aunque, extrañamente, disfrutaba de la situación. El vigía de la proa desapareció bajo una tromba de agua que, en un santiamén, los lanzó volando hacia atrás con parte de la carga.

John agarró a Alice por el vestido y anudó las piernas bajo la banqueta de los remeros. El miedo se le escapó por la boca.

—¡Dios, perdónanos!

La embarcación entró en un remolino y se inclinó azotada por las aguas, atrapada sin poder avanzar o retroceder, de cabeza hacia el naufragio. Los remeros empezaron a cantar. Repetían la palabra «fuera, fuera, fuera» mientras bogaban sin cesar. John comprobó la carga y Alice se abrazó a la lata de la cámara como si de ello dependiera su vida. Tras cinco minutos de lucha, en los que hasta el navegante paladeaba con las manos, los hombres consiguieron sortear el peligro.

Al desencallar, el impulso los lanzó hacia una zona de aguas bravas, pero sin rocas. Los tripulantes supieron sortearla con pericia. John se santiguó y Alice abrió la lata para cerciorarse de que todo seguía seco dentro del contenedor.

Los minutos de lucha en los rápidos sucedieron más lentos que las primeras cuatro horas y media del viaje por el río.

Llegaron a la plantación de Bomani. Varios trabajadores harapientos los recibieron en el muelle. Era de fabricación reciente, obra de algún ingeniero europeo. Tenía un aspecto de villa francesa que desentonaba con la selva que crecía por todas partes.

El lugar pertenecía a Arnaud Christo, un terrateniente belga que se había enriquecido primero con el comercio de madera, y luego con los cultivos de mandioca, café, cacao y caucho.

No esperaban su visita. El capataz nativo les pidió que permaneciesen en la canoa hasta recibir órdenes de su señor Christo.

—Ahora entiendo por qué querías fotografiar a este latifundista en concreto —dijo John mientras esperaban junto al muelle. Su esposa obtuvo la información sobre la plantación y su dueño de boca de

Broc. Siempre parecía saber qué había detrás de la siguiente curva en todos los ríos y afluentes de la región.

Alice no contestó. Estaba ocupada en vaciar los jarros de agua potable en el fondo de la canoa.

—¿Qué haces, querida? —se sorprendió John.

—Ya lo verás, disimula —respondió en voz baja.

—Eres incorregible —susurró John.

El propietario se presentó al cabo de unos minutos con una expresión dura, muy alejada de la bondad que sugería su apellido. A John no le pasó desapercibido.

—Soy el señor Christo. Son misioneros, ¿verdad? —anunció el terrateniente—. Amarren y síganme —ordenó.

La hacienda era un lugar espacioso, diseñado con grandes parcelas delimitadas por acequias para que las tierras cultivadas diesen su mejor rendimiento. Disponía también de varios edificios de ladrillo rojo para almacenar el caucho recolectado, la madera y el cacao. El proceso de refinamiento también se llevaba a cabo allí.

Mientras caminaban hasta su vivienda, una casa de estilo europeo con columnas y un tejado rojo, Alice buscó con la mirada a los trabajadores. El lugar parecía desierto. Sin embargo, la plantación estaba limpia, pulcra y bien cuidada.

Antes de llegar a la casa, divisó un pequeño campamento de chozas construidas con madera desechada y podrida. Tenía aspecto de ser una de las muchas aldeas pobres que había a lo largo del río. Pero aquella estaba vallada y custodiada por varios guardabosques locales, según los describió el señor Christo.

A aquel hombre bajito, encorvado y rechoncho no le gustaba hablar. John se dio cuenta y, con disimulo, ralentizó el paso para

sonsacarle algo más de información.

El terrateniente les contó que el trabajo duraba todo el día y, a menudo, también la noche. Los hornos y las parrillas nunca se apagaban. Allí tostaban el cacao y el café extendiéndolo sobre grandes camas de bambú alzadas medio metro del suelo con estacas. La hacienda disponía incluso de hangares donde almacenaban los sacos. Desde hacía unos meses, los transportaban unos kilómetros más abajo, hasta un punto donde la profundidad del río permitía la navegación de embarcaciones de mayor calado. Para ello, utilizaban una pequeña locomotora que empujaba dos docenas de vagones por unas vías que se perdían en la selva. Alice imaginó el esfuerzo titánico que había supuesto aquella construcción para los habitantes de la aldea... o el campo, mejor dicho, donde se hacinaban los congoleños.

El propio señor Christo confirmó que los trabajadores vivían en una especie de acuartelamiento con cabañas rectangulares delimitadas por un cercado.

—Es un campo de trabajo —les explicó el terrateniente, que se detuvo en la entrada de su mansión.

El término quedó grabado en la memoria de Alice. Tanto o más que la imagen de los pocos trabajadores que vio. Estos se movían por puro instinto, despojados de toda humanidad.

—¿Están de paso, o requieren asistencia? —preguntó el latifundista desde el porche de su casa con un tono maleducado. No los invitó a subir.

—Él es el reverendo Harris —contestó Alice, señalando a John—. Y yo soy su esposa, la señora Seeley Harris. Somos de la misión baptista de Baringa. Hemos perdido nuestra agua potable. Al ver la

plantación, nos hemos acercado por si cuentan con un arroyo cerca. Espero que no le importe.

El señor Christo los miró con desconfianza. Había algo en la pareja que le desconcertaba. Pero, al fin y al cabo, solo le pedían agua.

—Ve a buscar a la señora de la casa. Le gustará ver a otra dama en mis dominios —ordenó a uno de sus sirvientes a la vez que le sonreía a Alice—. Sabe, me gustan los negros calmados y obedientes —dijo, mientras esperaban a su esposa—. Por eso los importo de las regiones más cercanas a las ciudades. Vivir en Boma o Matadi los domestica lo suficiente como para que quieran volver al campo, así aprecian el trabajo que les ofrecemos en la plantación. Siempre hay negros que resultan problemáticos, por supuesto, pero para eso ya tomamos las medidas adecuadas. ¿Qué les parecen mis tierras? —preguntó el terrateniente para hacer tiempo.

—Muy bien cuidadas, sin duda. ¿Los problémicos? —inquirió John.

—Verá, reverendo, no sé cuánto tiempo lleva en el país, o si ha trabajado con ellos lo suficiente —respondió, como si quisiese deshumanizarlos y convertirlos en un objeto—. Por naturaleza, los negros son vagos y ladrones. A veces hay que aplicar un poco de disciplina, nada más. Pero no se preocupe —añadió moviendo la cabeza hacia Alice, como si una revelación lo hubiese zarandeado—, aquí estará completamente segura, señora. Discúlpeme, no ha sido mi intención asustarla.

Alice tuvo que morderse la lengua. Si no lo hacía, no habría fotografía. Como misionera, su instinto era protestar ante las evidentes condiciones insalubres en las que vivían los congoleños. Pero la fotógrafa humanitaria entendía que el valor de la imagen que buscaba era más eficaz que cualquier queja.

—Me he fijado en que cuenta con mucha seguridad alrededor de la finca. ¿Son hombres de la Force Publique? —preguntó Alice.

En cada uno de los puntos cardinales de la explotación había una choza construida con árboles en forma de cruz. Sobre ellos descansaba un techo de paja.

Bajo la sombra, los guardias permanecían medio adormilados. Algunos vestían camisas azules, como los miembros del cuerpo de seguridad colonial. Sentados en un taburete, se resguardaban del sol. Cada uno sostenía un rifle Albini entre las piernas.

—Tiene usted buen ojo —contestó el señor Christo, un tanto sorprendido—. Es usted una dama interesante, si me lo permite.

Miró hacia la puerta, donde aparecieron su esposa y su hija pequeña. Ambas se situaron al lado del terrateniente con una expresión muy sombría.

—Les presento a mi familia. Marie, mi esposa, y Sofia, mi hija. ¡Siempre muda! —le recriminó a su mujer.

—Hola, encantada —dijo Marie.

Extendió su brazo delgado para saludarla, a la vez que hacía una pequeña reverencia.

—Perdónela, no es muy lista —dijo el señor Christo.

Alice fulminó al terrateniente con la mirada. Nada le hubiese gustado más que enfrentarse a ese comentario deshonroso, bellaco, vacío de todo amor. Pero sabía que, para inmortalizar el horror en sus fotografías, debía callar en su presencia. Ese era el precio por intentar darle una voz global, allende las fronteras del Congo, Bélgica e Inglaterra.

—Perdone, señor Christo, ¿el agua? —preguntó John amigable y sonriente.

—Sí, claro. Hay un arroyo detrás del muelle. Sírvanse lo que quieran.

—Muchas gracias, es usted muy amable —contestó el reverendo.

John se dio cuenta de que, sin pretenderlo, dio por terminada la conversación. A Alice solo le quedó arrugar la nariz y saltar al vacío.

—Disculpe el atrevimiento —improvisó—. Verá, soy aficionada a la fotografía y estoy realizando una serie de retratos de los propietarios de las plantaciones y sus familias, para que nadie olvide a los valientes aventureros sin los que este nuevo país sería imposible. Su familia y su hacienda son de las más bonitas y eficientes que hemos visto.

Alice supo apelar al orgullo y la vanidad del latifundista. Solía funcionarle cuando lidiaba con los hombres. La mayoría se sentían superiores solo por los genitales que tenían entre las piernas.

—Ya que estamos aquí, me gustaría poder hacerles una fotografía mientras mi marido nos reabastece del agua que tan cortésmente nos ha ofrecido —continuó mientras le mostraba la cámara—. Si accede, por supuesto, le haría llegar una copia enmarcada de la imagen —un precio menor por conseguir la instantánea deseada, pensó—. La podrá colgar encima de la chimenea —bromeó Alice, pero no le sacó ni una incipiente sonrisa—. Solo los más privilegiados se pueden permitir una imagen de tanta calidad —añadió.

El terrateniente se quedó unos segundos mirando a Alice con los mismos ojos que Caronte, el barquero del inframundo griego, observaba a sus víctimas.

—De acuerdo, acepto su oferta —contestó por fin—. ¿Dónde quiere hacer la fotografía, señora Harris?

—Se lo agradezco. Es usted un hombre muy amable. Si le parece bien, en aquella arboleda.

Alice señaló hacia un gran árbol de caoba en el margen del jardín, junto a una fuente con un querubín incluido.

Su mujer e hija permanecían mudas y cabizbajas. La familia se colocó en un montículo donde crecía un esqueje, al lado de la majestuosa y más que rentable madera de caoba.

—También son mis hijos —dijo el señor Christo con orgullo señalando a los árboles que crecían con más fuerza que su propia familia.

Su mujer seguía con cara de funeral.

—Venga —le ordenó con un tono jocoso, y le dio un golpe en el brazo que indicaba que era hora de sonreír.

De inmediato ella mostró los dientes.

Mientras alzaba la cámara y medía el encuadre, Alice se fijó en que la esposa del señor Christo se había cubierto una de sus mejillas con mucho más colorete que la otra. Tenía los ojos oscuros y vacíos, deshabitados.

Ella llevaba un vestido color arena que le llegaba hasta los pies. Encima lucía un delantal sucio. Se puso un sombrero de ala ancha para la fotografía que le cubría media cara. El señor Christo vestía un traje de verano del mismo color. La pequeña llevaba un conjunto de una pieza de color rosa gastado. Seguramente también era su pijama. El terrateniente vivía rodeado de lujo, pero su familia vestía como los granjeros pobres de la campiña belga.

Alice les pidió que se sentaran en la parte alta del montículo. Quería resaltar los mocasines estrambóticos del latifundista. La hija se sentó en su regazo. Lucía un pequeño sombrero de mimbre que

le daba un toque angelical. La niña no sonrió ni habló en ningún momento.

—Todo esto me pertenece. Es mucho, comparado con lo que teníamos en Bélgica. Apenas heredé media hectárea de mi padre. Cultivando coles uno no puede prosperar. Todo ha sido debidamente contratado y aprobado por su majestad, el rey Leopoldo II. Es mío —repitió con los ojos brillantes— y lo defenderé como sea. Los buenos chicos de la Force Publique me prestan algunos de sus hombres leales. A cambio yo les doy de comer y dejo que sus caravanas acampen en mis tierras.

—¿Sus caravanas? —se interesó Alice.

Sabía perfectamente a qué se refería. Mientras, la esposa mojó un dedo con saliva para limpiar la comisura de los labios de su hija.

—Las caravanas de tropas que custodian a los negros que llevan a la costa —aclaró el belga.

Alice suspiró. El cuerpo le vibraba de pura frustración.

—¿Y para qué los llevan allí?

—No lo sé, pregúnteles usted. ¿Va a hacer esa fotografía, o no? Recuerde que quiero una copia —contestó el terrateniente un tanto irritado, casi con impertinencia.

Al señor Christo, como a todos los hombres que nadaban en la impunidad, las preguntas siempre le molestaban, fueran las que fuesen.

—Quédense quietos, por favor —dijo Alice mientras tomaba la fotografía—. Muchas gracias, eso es todo. En unas semanas le haré llegar la imagen —añadió tras accionar el disparador.

Quiso acercarse a la niña para hacerle una carantoña, pero la pequeña se apartó asustada.

Al abandonar la plantación, Alice sintió un orgullo desconocido. En su cabeza podía ver el artículo que publicaría en la revista de la Unión de Misioneros, con la que ya colaboraba habitualmente.

Pero aquello le sabía a poco. A veces se permitía el lujo de imaginar que un gran medio de comunicación publicaba su trabajo en primera página. ¿Qué dirían los ciudadanos de Bélgica y las demás naciones si supiesen lo que pasaba en África? ¿Cuál sería su reacción al conocer el alcance de las atrocidades bajo el yugo de Leopoldo II, gracias a unos terratenientes a los que les daba igual matar nativos o violentar a sus propias familias?

Pensó en Europa y no la añoró.

Durante el viaje de vuelta a la misión de Baringa, esas mismas preguntas se le quedaron clavadas en la mente como espinas venenosas. No era consciente de que, en breve, el matrimonio pondría rumbo a Gran Bretaña. Alice volvía a estar embarazada.

14

ESOS MALDITOS MISIONEROS, ¿QUIÉNES SE CREEN QUE SON?

PALACIO DE BRUSELAS, BÉLGICA, 1901

El muerto a la huesa y el vivo a la mesa. La corte de Leopoldo II nunca echaba la vista atrás. Unos meses antes, una repentina angina pulmonar había acabado con la vida del barón Auguste Lambermont, el hombre que negoció y adquirió para el monarca su reino privado en África.

La muerte cogió por sorpresa a todos. Especialmente, a los burócratas del archivo secreto de Bruselas. Desde hacía tiempo, aquel lugar se había convertido en el centro neurálgico del Gobierno y la Administración del Estado Libre del Congo. También sorprendió al propio rey belga.

El segundo secretario del monarca, Émile Banning, todavía con el cuerpo de su superior caliente, no tardó en erigirse como el nuevo secuaz en jefe del reino.

Émile se enfrentaba a los éxitos de su antecesor. Sin embargo, él también había sido una pieza imprescindible en muchos de ellos. Durante casi treinta años de carrera participó en los planes y estrategias del soberano para hacerse con la colonia. Aunque en realidad casi todo había salido de la cabeza de Lambermont, cuyas

dotes como estadista fueron elogiadas por el propio Otto von Bismarck, el canciller teutón y creador de la Alemania moderna.

Las lágrimas de cocodrilo de Émile durante el funeral hubiesen hecho palidecer a los reptiles gigantescos del Congo, donde, sin la pericia diplomática del difunto, las voces contra la oscura realidad de sus fronteras iban en aumento. Sobre todo la de Inglaterra, su principal competidor, que el monarca desdeñaba. Desde los tiempos de Napoleón, la Corona británica se había autoerigido como adalid del orden internacional, tal que una especie de policía global.

Leopoldo II se consideraba tan planetario como su prima la reina Victoria I, fallecida ese año. Pero, al contrario que ella, su gobierno era vulnerable ante un fenómeno que, desde el cambio de siglo, se había vuelto muy popular entre las masas: la prensa diaria.

Los tiempos estaban cambiando. El mundo se hacía pequeño a una velocidad que nadie podía prever. La impunidad para operar, como se había hecho durante décadas, ya no era la misma.

Émile se repetía que Lambermont nunca tuvo que gobernar la colonia con un escrutinio similar. Menospreciaba el trabajo de su predecesor para inflar su confianza.

Ese mediodía, el secretario estaba en el centro del archivo de Bruselas, de pie junto al majestuoso escritorio de roble que él mismo había mandado traer para el monarca. Ordenó hacerlo poco antes de la Conferencia Internacional Africana que, en 1876, el rey y sus consejeros utilizaron para lanzar su plan de conquista.

El soberano solo se sentaba en la mesa cuando Émile lo convocaba para informarle sobre los últimos acontecimientos en la colonia. Cuando hacía buen tiempo y las noticias eran agradables, el secretario prefería servírselas al aire libre. Aquel día se habían citado

en el archivo porque se avecinaba un nubarrón negro. Allí resultaba más fácil implicar al monarca en la decisión que debía tomar. De esa forma, Émile se protegía de las posibles consecuencias en caso de que la resolución no fuese la deseada. Convertir las malas noticias en un puzle para el monarca y dirigir su orden era la mejor lección que había aprendido de su antecesor.

El rey llegaba bastante tarde. El secretario se impacientaba. Para hacer tiempo observaba una colección de máscaras tribales traídas del Alto Congo. Pronto engrosarían la colección del museo africano en el Palacio de Laeken. Allí, los objetos que mostraban la vida y el pensamiento de las tribus congoleñas llegaban a manos de los conservadores del centro con la misma rapidez con la que estas desaparecían de sus tierras.

Cuando el monarca apareció, Émile hizo amago de besarle la mano enguantada, pero este se la retiró. Aun así, el gesto era lo que contaba. Las noticias que tenía preparadas para él no iban a alegrarle el día.

—¿Qué tiene para mí esta semana, Émile? El último informe sobre las ganancias en el Estado Libre fue muy satisfactorio.

—Me temo que traigo algunas noticias un poco incómodas, majestad.

—¿A qué se refiere? No puede ser tan grave. Alegre el semblante. —Leopoldo II miró a ambos lados como si la apatía del secretario fuese contagiosa—. Veo que trae un buen archivo. —El monarca señaló la carpeta abultada con documentos y fichas de identificación preparadas por el Departamento de Inteligencia que yacía sobre el escritorio—. Por favor, vaya al meollo de la cuestión. Los detalles son para los dedos pequeños —indicó el soberano. Émile se miró las

manos en un gesto involuntario. El monarca se dio cuenta y sonrió —. Lo que quiero saber es quién quiere darme un puñetazo.

—Inglaterra, majestad —espetó Émile erguido.

—No podía ser de otra manera —resopló el rey—. Prosiga —carraspeó.

El dinero seguía entrando a espuertas, pero la grandilocuencia de la empresa, en un país de dimensiones titánicas, se estaba convirtiendo en una bestia difícil de controlar. Sobre todo las voces díscolas que se hacían eco de las atrocidades acaecidas en el país.

—El cónsul inglés en Boma y Matadi puede causarnos ciertos problemas. Si lo desea, le puedo leer el informe redactado por uno de nuestros agentes en el Congo, que asegura que lo conoce en persona.

—Al grano, por favor...

Émile rebuscó entre los documentos. Abrió una carpeta con un buen rimero de folios y fotografías. En la portada podía leerse el nombre del diplomático inglés, escrito con una caligrafía barroca y estilizada sobre una etiqueta blanca.

—Sobre Casement, del capitán Fleur, desde Boma:

> El diplomático inglés supone un gran peligro para las relaciones públicas de la colonia. Es un hombre alto, apuesto y de buen porte. Delgado, pero todo músculo. Tiene el rostro bronceado por el sol, los ojos azules y el pelo negro y rizado. Es un irlandés puro, con una personalidad y voz cautivadoras. Refinando, altruista, cortés, impulsivo y poético. No le importa sacrificar su carrera por una opinión, motivo por el que en la Foreign Office británica se le conoce por ser un diplomático independiente y problemático. Desde el consulado en Boma se ha erigido como defensor de los derechos de los negros, incluyendo entre sus labores como cónsul realizar viajes regulares al interior del territorio para

verificar las acusaciones contra la Administración de la Corona belga. Recomiendo una vigilancia estrecha dentro y fuera del país.

—Un cruzado, ya veo... —Leopoldo II se dio la vuelta y se sentó detrás de su escritorio imperial.

—Y muy apto, majestad. El informe indica que se crio en África. Es un activista por los derechos nativos, además de veterano de las guerras con los boers. Según sus amigos, una estrella emergente de la administración británica. Sin embargo, habla abiertamente de la independencia de Irlanda. La inteligencia inglesa y las autoridades de Dublín lo tienen catalogado como «persona de interés».

—Interesante. Si las cosas se tuercen, podemos llegar a un acuerdo con la Corona inglesa. Al fin y al cabo, cuando se trata de irlandeses, los británicos no muestran el mismo apego que con el resto de sus súbditos. ¿Está solo en su cruzada?

—Desafortunadamente, no. Colabora con un periodista llamado Edmund Dene Morel. Este lleva tiempo recogiendo testimonios para un periódico con muy poco alcance, el *West African Mail*. Seguimos de cerca sus pasos en la colonia y en Inglaterra.

—¡Dios Santo, pero cuántos periodistas están metidos en esto! —se quejó el monarca—. Stanley lo es, ese Morel también lo es...

—Y el negro de Williams, no lo olvide. Ese fue el primero en darnos dolores de cabeza.

Leopoldo II lo miró con severidad. Hubo un tiempo en que interrumpir a un rey le podía costar a uno la vida, pensó el monarca. No obstante, miró a su secretario como a un perro fiel y en ocasiones sobreexcitado.

—¿Williams? —inquirió el soberano.

—George Washington Williams, majestad. Un periodista estadounidense. Hace unos años escribió un libro nada favorable llamado *Informe sobre el Estado Libre del Congo*.

—¿También hay periodistas negros? —negó con la cabeza.

Émile asintió y procuró a toda costa no mostrar ninguna emoción.

—En este caso sí. Supongo que todo es posible en América. Su informe nos acusaba de cometer atrocidades con los nativos. Estuvo a punto de convertirse en un problema. Sin embargo, gracias a nuestros esfuerzos, pasó desapercibido. Williams murió en el barco de vuelta, majestad, cuando llevaba el informe al presidente estadounidense.

Leopoldo II arqueó una ceja.

—¡Diablos! Usted también es periodista, ¿no es cierto? —dijo el monarca mientras le atravesaba con los ojos.

Émile creía que su irreverencia anterior había sido perdonada. Ese momento de desconfianza directa era un bocado difícil de tragar.

—¿Qué les pasa a ustedes los periodistas? Más vale tenerlos de mi lado —indicó Leopoldo II, que cruzó las piernas satisfecho al ver la cara de pánico de su secretario.

A Émile le costó encontrar las palabras. Tenía más noticias negativas.

—Es... es... es una extraña coincidencia, sin... sin duda —tartamudeó nervioso pero sin perder la compostura—. En esta época de la información, quienes la controlan también quieren formar parte del poder. Antes, ese privilegio solo estaba reservado a los gobernantes.

—¿La época de la información? ¡Menudo engaño! Pero si es lo que quiere el pueblo, alguna satisfacción habrá que darle, ¿no? —

bromeó el soberano.

Émile no se atrevió a reír. Los siguientes informes tampoco harían nada para alegrarle el día a su amo.

—También está el libro recientemente publicado por otro periodista, me temo —explicó el secretario. Agarró el brazo de la silla que tenía al lado y lo estrujó con los dedos como si fuera un flotador salvavidas—. Se trata de una novela publicada por un escritor británico de origen ucraniano, un tal Joseph Conrad. *El corazón de las tinieblas*, se titula. Es un libro de aventuras sobre un capitán de un barco que remonta el río Congo. Lo describe como un lugar lleno de locos y asesinos.

—¿Lo ha leído? —preguntó Leopoldo II irritado.

—Claro que no. ¿Quién tiene tiempo para esas bobadas? —respondió Émile, frío como un témpano—. Pero debemos canalizar inmediatamente ese río de información —aclaró—. Navegarlo y controlarlo para que su majestad se beneficie al máximo. Debemos aumentar la actividad de nuestros periodistas en Bélgica y en el resto del mundo —concluyó rápidamente.

—Adelante. Lo hacemos por el pueblo belga —se justificó Leopoldo II—. ¿Eso es todo? ¿Hay alguna cuestión más sobre la que debamos preocuparnos? —inquirió el monarca. Por la cara descompuesta de su secretario intuyó que las malas noticias todavía no habían terminado.

—Hay algo más, majestad. Las actividades de algunos religiosos, sobre todo en las misiones baptistas del Alto Congo. Están financiadas con dinero norteamericano, aunque en su mayoría operadas por súbditos ingleses. Comienzan a ganar interés entre el público británico. En concreto, un tal doctor Guinness y sus

discípulos. Creó una misión en Balolo, uno de los puestos comerciales en mitad del río.

—¿Quién es ese Guinness? —preguntó el monarca.

—Un reverendo anciano. Fue de los primeros en llegar al territorio, antes incluso de la primera Conferencia de Bruselas en 1876. Es coetáneo del difunto doctor Livingstone. Antes nos apoyaba, pero ahora se dedica a dar sermones por toda Inglaterra sobre las injusticias en la colonia. Su organización, la Unión Misionera Regiones del Más Allá, publica revistas y panfletos sobre nuestras presuntas atrocidades. Propaganda barata, me atrevería a decir, aunque el uso de la fotografía empieza a ser preocupante. Aquí tiene algunos ejemplos —indicó el secretario. Abrió una carpeta de donde sacó unos recortes acompañados de varias instantáneas. Estas mostraban a nativos y sus amputaciones.

Leopoldo II las observó con cierto desdén.

—¿Estas fotografías se han publicado en Europa?

—Algunas han llegado hasta Inglaterra, e incluso a la prensa estadounidense. La crueldad que muestran convencería a cualquiera, de eso no hay duda —explicó Émile.

—Y también les vienen bien para captar a creyentes y rascar sus bolsillos con las contribuciones —espetó el monarca.

—Así es, majestad —asintió el secretario.

El rey belga señaló una de las fotografías. Esta mostraba a un niño que se sostenía sobre una muleta fabricada con unas ramas torcidas. Le faltaban la mano derecha y el pie izquierdo.

—¿Quién es el autor de esa imagen? —se interesó el monarca.

Émile la cogió, le dio la vuelta y señaló con el dedo mientras se la pasaba al monarca. Leopoldo II leyó el nombre escrito: Alice Seeley

Harris. Le sorprendió que fuera un nombre de mujer pero permaneció en silencio.

—Esto es inaceptable, Émile, inaceptable —repitió con un claro tono amenazador y con el dedo alzado apuntándole—. ¿Quién es esa gente y cómo piensa lidiar con ellos?

—La autora de la fotografía es una misionera de la organización del doctor Guinness. Según los informes —el secretario rebuscó rápidamente entre los papeles de la documentación—, vive con su marido, un tal reverendo Harris, en el Alto Congo. La imagen apareció en su revista mensual. De momento solo se distribuye en Inglaterra.

—¿Y de qué se quejan esos fanáticos? —preguntó el monarca despechado. Al fin y al cabo, fue él quien les abrió las puertas de su colonia y propiedad privada.

—En sus panfletos denuncian la muerte innecesaria de los trabajadores congoleños. Culpan a la Administración belga de la despoblación y de los desmanes de la Force Publique, que califican como atrocidades. Recogen el legado dejado por Williams, majestad. La mayoría de sus protestas llegan en forma de cartas oficiales. Algunas están dirigidas al gobernador del Estado Libre, otras al Parlamento británico. Todas nos acusan de dirigir nuestras empresas comerciales con prácticas rapaces.

—No me gusta lo que me cuenta, Émile. De los fanáticos de Dios nunca sale nada bueno, sobre todo cuando se les contradice. ¿Cómo los va a controlar?

—Nuestros agentes nos informan puntualmente sobre sus actividades. Sin embargo, tienen bastante libertad de movimiento. De todas formas, su número todavía no representa un problema

serio, dada la bastedad de la colonia. Tenemos contabilizados unos quinientos misioneros que operan en cincuenta estaciones. La mayoría como parte de nuestros puestos comerciales. De los católicos no tenemos que preocuparnos; esos viven de nuestras rentas. Algunos hasta han abierto negocios relacionados con el caucho. Así hacen feliz al Vaticano. Los protestantes son mucho más independientes. Ese es el problema.

—No quiero más escándalos —sentenció Leopoldo II.

Se levantó despacio de la silla. Arrastró las botas por el parqué de la antigua sala de baile, donde ahora solo danzaban los burócratas más fieles. Se detuvo detrás de su secretario, que permaneció inmóvil, como un roedor que se hace el muerto ante un depredador.

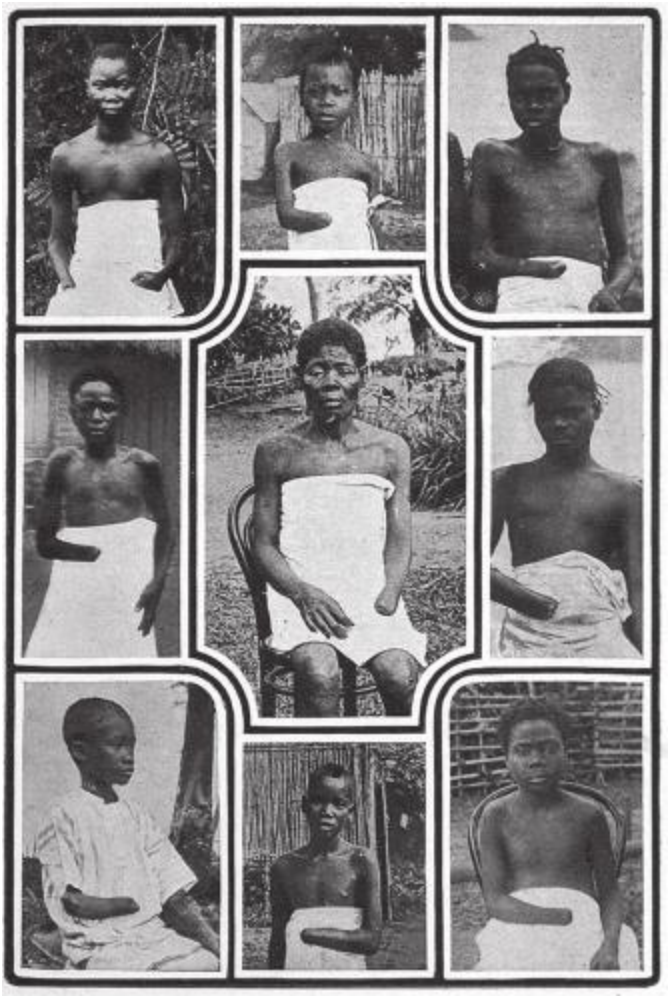
—La solución ya está en marcha, majestad. He ordenado que monsieur Soigné se dirija a la colonia de inmediato para controlar a los misioneros díscolos.

—Excelente. Soigné nunca falla. Sea diligente, Émile —dijo el monarca sin girarse—. En usted recaerá la responsabilidad.

Aquella advertencia le sonó al secretario a amenaza.

CUARTA PARTE

EL HORROR Y LA JUSTICIA



Cllage compuesto de algunas fotografías de niños congoleños mutilados tomadas por Alice en diversas partes del Congo, y publicado en el texto irónico Soliloquio del rey Leopoldo: una defensa de su gobierno en el Congo *(1905), de Mark Twain*.

15

UNA MATERNIDAD DOBLE: FOTÓGRAFA Y MADRE DE NUEVO

MISIÓN DE BARINGA, 1901

Volver a Inglaterra a Alice le sentaba como una patada en el estómago. Cambiar la libertad adquirida en la selva verde por el pavimento gris y la etiqueta social londinense hacía que se sintiese como los animales salvajes que eran capturados para venderlos a los zoológicos de Europa.

Alice se acarició la barriga de cinco meses. Se sentó en la cama, donde había ropa y paquetes listos para guardar. Los baúles de viaje estaban abiertos en medio de la habitación. «Es por el bien de los dos», se dijo.

Pensó en la nueva vida que crecía dentro de ella. Por consenso, el matrimonio había decidido alejar a sus hijos del continente negro. Aprovecharían el periodo vacacional doble que la Unión de Misioneros les concedía por el nuevo nacimiento. Así compensaban el que no recibieron cuando el pequeño Freddie vino al mundo.

Los más de tres años de trabajo en las misiones de Ikau y Baringa pasaron volando. África se había metido hasta el tuétano de los huesos de Alice. De manera insospechada, su trabajo como fotógrafa le descubrió un destino que se veía interrumpido con la

vuelta a casa. Las injusticias no se detenían. Ella sentía que sus ojos eran necesarios ante la desesperación solitaria de los congoleños. No podía evitar un sentimiento de culpa que le provocaba una severa y sonora acidez estomacal. «Es por el bien de los dos», se repetía mientras empaquetaba algunas de las fotografías.

Colocó un pliego de negativos en el fondo del baúl, lo envolvió en un vestido y guardó las delicadísimas placas de cristal envueltas con trozos de algodón. A su vez las cubrió con pañuelos baratos para evitar las miradas de los agentes aduaneros. Las fotografías eran las pruebas de los horrores que habían presenciado. Debían ser tratadas como la carga preciosa que eran.

Las manejaba con la misma delicadeza que un cirujano el bisturí y reflexionaba sobre su propia existencia. ¿Volvía a casa como madre, misionera o fotógrafa? ¿O como las tres cosas? Quería pensar que era fotógrafa, pero la realidad se oponía a ese deseo.

El matrimonio también decidió que regresarían al Congo después de dar a luz, pasado un tiempo prudencial, aunque sus hijos no los acompañarían. Se quedarían en el internado de la organización Regiones del Más Allá en Londres. Alice sabía que, para continuar con su trabajo como fotógrafa y misionera, debía separarse de ellos. Seguramente durante años. La idea de partir la hacía sentir que, como madre, estaba fallando a su familia. Según la costumbre inglesa con la que creció, debía entregarse por completo a la crianza y a los vestidos. Volver a esa Inglaterra la aterrorizaba. Su voz interior le decía que no quería marcharse. No quiso escucharla para no darle rienda suelta.

Por otro lado, John necesitaba un descanso, física y mentalmente.

—Mi próximo hijo nacerá inglés y no como Mowgli, ¡pillín! —gritó John, refiriéndose al protagonista de *El libro de la selva* de Rudyard Kipling. Perseguía a Freddie, que ya andaba, hasta el interior de la habitación. El niño se desternillaba y pedía que su padre lo aupase.

John lo hizo, pero tras la tercera sentadilla resopló por el esfuerzo y terminó mareado. Alice los miró con ternura. Procuraba ocultar la creciente preocupación por la menguante salud de su marido.

—Cuidado con las fotos de mamá —les dijo a ambos, que salieron de la estancia tan rápido como habían entrado.

Al guardar las últimas imágenes, Alice reflexionó que se consideraba fotógrafa no por la acción de apretar un botón tras enfocar y medir la luz, sino porque con su Kodak Brownie era capaz de detener el tiempo. Capturar los momentos que, de otra manera, acabarían disueltos en la memoria de forma inexorable. Y después de eso venía el olvido.

Durante el largo viaje de vuelta, incluso cuando ya lucía un embarazo de muchos meses, no se separó de su cámara.

Fotografió las chozas y el paisaje bucólico del río que serpenteaba en Lukula, en la región de Mayumbe. A los pescadores de la ribera, sentados bajo sus cabañas de techos cubiertos con pieles mientras descansaban, zurcían sus redes o preparaban trampas para los peces. También a los transportistas y comerciantes que cargaban las canoas para hacer el viaje hasta Yelemba. Allí la pareja tuvo que esperar la llegada del vapor SS Endeavour para dirigirse a la costa. Alice aprovechó para realizar la mayor fotografía en grupo de su vida, con más de setecientas personas.

Colocó la cámara a mucha distancia para poder encuadrar a la multitud. Semanas después, tras revelar la imagen en Inglaterra, se

dio cuenta de que la instantánea era el reflejo de la estratificación social en el Congo. Esta se congregaba en filas que cubrían la ladera de una de las colinas en frente del muelle y el embarcadero.

En primer plano, una mezcolanza de nativos vestidos de blanco con corbata y guantes, el relevo de los sirvientes y camareros del vapor. A estos les rodeaba una amalgama de niños y jóvenes tan desnutridos como curiosos que miraban directamente a la cámara. A su vez, los rapaces estaban arropados por dos mujeres con los brazos cruzados sobre los que descansaban sus pechos desnudos. Observaban el objetivo con reprobación en sus miradas.

Por encima de ese grupo se habían reunido los trabajadores de la estación comercial, mejor vestidos y alimentados. Eran una mezcla de estibadores, porteadores, remeros y hombres en busca de un trabajo temporal. A ambos lados también había varios grupos de mujeres que volvían de entregar sus cuotas de caucho y los alimentos que viajarían en las bodegas del vapor.

Por último, en el centro de la fotografía, las figuras de dos hombres blancos, un agente comercial de Bruselas y el oficial de la Force Publique al cargo de la estación. Su postura denotaba que se creían los amos del lugar. Por encima de sus cabezas, en lo alto de la colina, se perdían varias filas de nativos congoleños, algunos de ellos guerreros armados. La desventaja no parecía importarles. Tanta era la impunidad que sentían.

La última fotografía que tomó antes de subir a bordo del SS Endeavour fue la de un cabo nativo de la Force Publique. Lo encontró de permiso, paseando con su familia europeizada de forma ridícula y vistiendo harapos. Él llevaba unos pantalones blancos

abombados y una camisa azul demasiado grande de la que colgaba una medalla.

El soldado sostenía la mano de su hija pequeña. Esta, de no más de tres años, iba ataviada con un vestido blanco hecho jirones que le llegaba hasta los pies. Parecía una muñeca de porcelana vieja y manoseada. Al otro lado estaba su madre, quien iba envuelta en una sábana recogida en varios pliegues alrededor de la cintura como si fuese un vestido y el pelo casi rapado al cero. Tenía una expresión seria, incómoda y cansada. Sostenía en brazos a su otro hijo, un niño de apenas un año vestido con una camisa rosa.

—Me han condecorado por las incursiones en el territorio enemigo —explicó cuando Alice apretó el disparador.

Alguien le contó después que entre sus hombres lo apodaban «dientes de león» porque era muy hábil con el cuchillo y le gustaba mucho la carne. Alice no quiso preguntar más, temía imaginar qué tipo de carne.

Tomó las siguientes instantáneas del viaje de vuelta en el puente de mando del SS Endeavour. Allí retrató al capitán John Howell, un lobo de mar de barba blanca al que solo le faltaba el loro. Lo fotografió mientras apuntaba con el dedo hacia el horizonte. La tripulación había divisado una tormenta oscura que se acercaba. Desviaron el rumbo para refugiarse en el cabo López. Antes del aguacero, Alice captó la pureza de la luna reflejada en las aguas del océano, tan insondables como el alma humana. El astro parecía flotar. Más adelante, fotografió las costas y los puertos que se sucedían. Batanga, Sierra Leona, Santo Tomé o Angola. Allí, la sufrida tripulación cargaba y descargaba los barriles de aceite de palma, la fruta y los últimos fardos para el comercio local. Luego,

ante su objetivo, observó cómo embarcaban montañas de carbón para alimentar las gigantescas calderas que los llevarían a cruzar océanos y mares. También cargaban colmillos de marfil, sacos de café y especias, mientras los estibadores sudaban en los muelles. La mayoría iban descalzos y vestían con taparrabos. Encima llevaban camisas europeas, demasiado grandes o demasiado pequeñas, y gorras semejantes a las de los obreros ingleses antes de entrar en las fábricas de Bristol o Mánchester.

A medida que se alejaba del Congo, sus fotografías le parecían cada vez más irreales. Como si fuesen hijas de un sueño extraño. Igual que los retratos de las nativas de la isla Elbony, con sus cabellos trenzados. O las de los tristes vendedores de coco, en su mayoría niños huérfanos cuyo único sustento era precisamente la mercancía que vendían. Detrás de cada paraíso natural se escondía un pueblo vejado hasta la desaparición.

En el puerto de San Thiago cambiaron de barco y embarcaron en el SS Zaire rumbo a Gran Bretaña. Al dejar atrás la bahía, arropada por montañas escarpadas tan puntiagudas como titánicas que casi tocaban el mar, Alice sintió una añoranza descorazonadora.

La inglesa hizo sus últimas fotografías en la cubierta del transatlántico durante una parada técnica en las islas Canarias. Retrató a unos jóvenes estibadores españoles que se divertían saltando desde una de las torres del muelle.

Horas después, cuando zarparon hacia Portsmouth, guardó la cámara en la lata abollada. El vendedor había prometido que era estanca e impermeable y había cumplido con creces su cometido. Aquella caja había salvado su Kodak en numerosas ocasiones. Ahora sentía que también aprisionaba parte de su alma.

16

MONSIEUR SOIGNÉ

PUERTO DE BOMA, 1901

Siempre que lo mandaban a África, monsieur Soigné vestía el mismo traje blanco de lino hecho a medida, aunque una talla más grande para que, con el calor del trópico, transpirase sin problemas. Se cubría la cabeza con un sombrero panameño del mismo color, a juego con sus zapatos lustrados. Las únicas notas de color eran el corbatín verde y delgado, como una serpiente mamba, a conjunto con unos gemelos de jade adquiridos en Filipinas durante un servicio anterior para el rey de Bélgica.

El enviado del monarca no llegaba al metro setenta. Caminaba ligeramente encorvado. Aunque parecía un tipo endeble y amanerado, tenía el porte de los hombres que se saben vencedores ante cualquier pelea. Una superioridad casi imperceptible, si no hubiese sido por sus ojos azul cielo. Estos, cuando miraban intensamente y durante el tiempo suficiente, se volvían negros.

Una chispa de locura en su mirada intimidaba a sus interlocutores. Sobre todo disfrutaba cuando los funcionarios malencarados, como el oficial de Aduanas del puerto de Boma que tenía delante, sostenían en sus manos su salvoconducto firmado por Leopoldo II

en persona. Las manos les empezaban a temblar, alzaban la vista y comprendían su valor real en la escala de mando.

La conversación entre ambos había comenzado con un muy rudo:

—Documentación y motivo del viaje, mariposón —preguntó el agente.

Unos momentos antes observó a monsieur Soigné sentado en una de las sillas de cubierta cruzando las piernas. El oficial de aduanas interpretó que era una postura demasiado femenina.

El pasaporte que tenía en las manos contenía un nombre falso pero el documento era auténtico. Nadie, ni siquiera su empleador, conocía su verdadero nombre o nacionalidad. Llevaba fuera de su país de origen más de veinte años. Durante todo ese tiempo, los idiomas que había aprendido, los acentos y las entonaciones habían borrado cualquier trazo de su lengua original.

—¿Satisfecho, corazón? —dijo monsieur Soigné con inquina.

El funcionario alzó la vista acongojado y le devolvió los documentos.

—Dis... disculpe, monsieur —titubeó el agente—. No se imagina los tipos que pasan por aquí. A veces creo que Europa ha venido al Congo para deshacerse de sus manzanas podridas, como si esto fuese un estercolero de almas.

Monsieur Soigné se detuvo justo cuando se disponía a darle la espalda. Las palabras del agente provocaron que arrugase el poblado bigote rubio y canoso que remarcaba su estilizada mandíbula recta, dura y callejera.

—Los hombres sin pesadillas duermen bien gracias a los que las acaparan. La basura amontonada en las siete colinas de Roma no construyó el Imperio. Póngase recto y abróchese el botón del cuello

del uniforme —ordenó monsieur Soigné, severo y marcial como un sargento instructor del ejército.

Eso había sido, precisamente. Décadas antes, poco después de salir de la granja de sus padres en Ohio, al norte de Estados Unidos. Todavía tenía la impronta de la disciplina férrea, del arte de la guerra en las grandes llanuras de Arizona y Nuevo México. Allí combatió contra los apaches chiricahuas, la última tribu rebelde del oeste norteamericano. Los generales en Washington DC ordenaron que fuera taimada, diezmada y exiliada a la fuerza de sus propias tierras a cualquier precio.

Se giró para dirigirse a la pasarela y el agente aduanero reparó en la profunda cicatriz que tenía desde la mejilla derecha hasta el cuello. El funcionario lo siguió con los ojos mientras descendía hacia el muelle donde una calesa le esperaba.

La pequeña puerta del carruaje se abrió, la escalerilla se descolgó y dos hombres vestidos con trajes negros y bombines del mismo color descendieron del interior. A continuación, le recibieron con el saludo militar. Al funcionario no le pasó por alto que, debajo de las americanas, los dos hombres iban armados. Entonces monsieur Soigné se giró de repente hacia él y lo cazó en plena indiscreción.

El agente aduanero bajó la vista y llamó al siguiente pasajero. La fila se alargaba por la cubierta de primera clase del transatlántico que había cubierto la ruta desde Amberes. No obstante, no pudo resistir la tentación y echó un nuevo vistazo.

Monsieur Soigné le seguía mirando con una media sonrisa entre enigmática y amenazadora. Le dijo algo a uno de los hombres de negro y señaló con el dedo hacia el lugar donde se encontraba. El funcionario bajó las orejas como un perro arrepentido. No las volvió

a levantar hasta que escuchó al conductor del carruaje espolear las bridas para que los caballos se pusiesen en marcha.

—Se alojará en el Hotel Presidencial, monsieur, el mejor y más discreto de toda Boma —le explicó el más joven de los dos hombres que lo habían recibido. Se llamaba Louise Enteté y era capitán del Ejército belga.

El agente personal del monarca belga asintió satisfecho y cerró las cortinillas de la calesa.

—¿Cuándo podré partir hacia el interior? —preguntó.

—En cuanto lo desee. Tiene una compañía de la Force Publique a su entera disposición —contestó el capitán.

—Sargento Rugueux, ¿están preparadas las listas de las misiones y los religiosos díscolos? —inquirió.

Se volvió hacia el otro agente, que tenía cara de esbirro de poca monta. Debía rondar la cuarentena y lucía un bigote a la alemana: denso y rasurado formando dos líneas rectas en el centro del labio superior.

—Los últimos informes están en la caja fuerte de su habitación, como pidió, monsieur. Nombres, actividades recientes y denominaciones de todas las misiones protestantes a lo largo del río Congo y sus afluentes —indicó con un chascarrillo.

El jefe tenía la mirada de acero y la expresión hierática como una esfinge. Y el mismo sentido de humor que un erizo de mar.

—¿Qué quiere que hagamos a continuación? ¿Cuál es la misión? —añadió el sargento mientras su compañero y superior lo observaba sin esconder su incomodidad.

—La misión es seguir las órdenes —sentenció monsieur Soigné. Y zanjó la conversación.

El sargento encontró el límite de la paciencia de su jefe. El resto del trayecto transcurrió en un silencio incómodo y sumiso. El carruaje se detuvo delante del hotel. Un joven negro vestido de rojo y con guantes blancos abrió la puerta de la calesa.

—Bienvenidos al Hotel Presidencial —anunció con una hilera de dientes tan blancos como perlas.

Antes de bajar, el enviado de Leopoldo II dio una última orden.

—Recójanme a las cinco en punto de la mañana. Partiremos de inmediato hacia Leopoldville. La columna, incluidos los oficiales blancos, debe dirigirse a Balolo y esperarnos allí —recalcó alzando un dedo.

—¡A sus órdenes! —dijeron ambos a la vez que hacían el saludo militar.

—Señores, a partir de ahora nada de revelar en público quiénes somos. ¿Entendido? —dijo refiriéndose a los saludos.

—Claro, claro —respondió el capitán, y bajó el brazo.

—Una cosa más...

—¿Qué dispone? —preguntó el sargento Rugueux.

—Asegúrense de que el agente aduanero que les he indicado antes se une al contingente que irá a Balolo.

—A sus órdenes —contestó el sargento, satisfecho al ver que su nuevo jefe era tan rencoroso como él mismo.

17

LOS SUEÑOS DE INFANCIA Y LA SELVA DE LA QUE NUNCA REGRESAREMOS

INGLATERRA, 1901

Margaret Theodora Harris quiso adelantarse a los acontecimientos. Algo propio también de su progenitora. Nació en suelo británico dos semanas antes de lo esperado, poco después de que el matrimonio desembarcase en el puerto de Portsmouth.

Tras dar a luz, la familia se instaló en la Casa Harley, el hogar comunitario que la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá tenía en la capital inglesa.

Casi todas las mañanas, Freddie, que ya había cumplido dos años, se sentaba en el alféizar de la ventana para contemplar la calle. Debía parecerle un lugar extraño, diferente de la única morada que había conocido. Sus ojos llenos de añoranza no mentían. A menudo miraba a sus padres como si le hubiesen robado un trozo del paraíso. Cuando lloraba desconsolado, John lo atribuía a los cólicos propios de los niños pequeños. Pero Alice sentía la misma añoranza de África. La vida detrás de una ventana, con vistas al siempre lluvioso y grisáceo cielo londinense, era un destino demasiado cruel.

«Nadie entiende mejor el concepto de libertad que un ser humano que todavía no ha aprendido a pensar», se dijo mientras observaba

cómo Freddie colocaba su manita sobre el cristal para intentar coger las gotas que resbalaban al otro lado.

En Londres, los grises eran más grises de lo que Alice recordaba. Cada vez que su pequeño miraba hacia el cielo, comprendía por qué lloraba tanto.

No fueron días fáciles. El poco tiempo libre disponible lo dedicaba a examinar y clasificar las fotografías. Las estudiaba al detalle y rememoraba los momentos en la jungla y su espesura verde, brillante, con voz propia. Pronto las paredes empezaron a estrecharse. Mientras John trabajaba en la Unión, ella se encargaba de los niños.

Le costaba admitir cierta desazón. A menudo, cuando se desabrochaba la camisa para amamantar a la bebé, no podía evitar un sentimiento de desasosiego. Este sentimiento se mezclaba con un amor sublime hacia sus hijos, demasiado grande para darle la espalda, aunque a veces estuviese envuelto por una incontrolable sombra de pena que se cernía sobre todas las cosas. La maternidad la llenaba y la vaciaba a la vez. Esa contradicción le robaba el sueño por las noches.

Cuando el médico lo permitió, empezó a dar los primeros paseos con Margaret y Freddie. Le apenó comprobar lo rápido que su hijo olvidaba la fascinación por el bosque en el que había crecido. La sustituyó por la admiración hacia los cada vez más comunes vehículos de combustión interna. Las ruedas de caucho de los automóviles que empezaban a invadir las calles de Londres habían disparado el mercado del producto que estaba esclavizando al Congo. Freddie los contemplaba ojiabierto, con las pupilas cristalinas, embaucadas por una fuerza invisible.

Delante del hogar para misioneros había un pequeño parque. Allí solía sentarse para que Freddie disfrutase de la tierra y el barro. Mientras, mecía suavemente el carrito para bebés donde Margaret reía al ver las nubes pasar. Ojalá los adultos conservaran esa inocencia, pensó.

No era la única ocupante de la casa Harley a la que le gustaba sentarse allí. Durante las primeras semanas, un joven pasaba las mañanas contando las hojas de un árbol cercano. Lo hacía metódicamente, una a una, como si esa operación eterna lo mantuviese agarrado a la realidad.

Una mañana se presentó con una medio reverencia, digna del lugar donde había sido educado: la elitista escuela para varones de Eton.

—No sé si me recuerda, nos hemos visto en el comedor. Me llamo W. Owen, a su servicio —anunció el joven—. ¿Puedo sentarme en su banco, señora Seeley Harris?

—Adelante, por favor —respondió ella con la misma cortesía refinada.

El joven, de no más de veinticinco años, permaneció callado un buen rato. Un cuervo, seguramente venido del jardín de la Torre de Londres, se posó en uno de los encadenados que delimitaban la parcela de hierba. W. Owen lo siguió con los ojos cuando voló hacia el suelo y se posó a unos metros de Freddie. El pequeño, sin dudarlo, se lanzó dando tumbos hacia el pájaro, que se asustó y emprendió el vuelo.

—Tiene una familia muy bonita y fuerte —dijo mirando al niño—. No la dé por sentada. Protéjala. Hágame caso, querida señora.

—Muchas gracias, agradezco mucho sus palabras, señor Owen.

—No debe ser fácil, con todo lo que tiene entre manos —dijo mientras señalaba el cochecito donde Margaret se había dormido—. Sin embargo, la casa Harley está muy necesitada de las risas inocentes de los niños. Incluso cuando parece que sus llantos son inconsolables. Lo siento, las paredes en el hogar para misioneros son demasiado delgadas y es inevitable escucharlos —se excusó al comprender que quizás se estaba sobrepasando.

Alice se percató de que el joven sufría de los nervios. Ese era el término que los médicos daban a los traumas que dejaban las experiencias vividas en el Congo. A muchos de ellos la enfermedad les impedía continuar con sus vidas. En algunos casos, esa melancolía oscura y doliente incluso los llevaba a lastimar sus propios cuerpos para escapar de los malos recuerdos.

—Este es un buen lugar. Mucho mejor que el África que me tocó conocer —dijo W. Owen. Lanzó un suspiro y buscó un árbol donde posar los ojos—. Nos tratan muy bien. Dios sabe que los que hemos vuelto de allí lo necesitamos.

El joven empezó a respirar profundamente y apretó con la mano el brazo del banco de madera húmeda.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Alice.

—Sí, perdone. A veces sufro ataques de melancolía.

—No se disculpe, por favor —enfatizó—. ¿Dónde le destinaron? —se interesó.

Alice llamó la atención a Freddie, que seguía buscando el cuervo y se alejaba demasiado.

—Intenté establecer una misión en Luebo, más allá del río Kasai, pero todo se torció. El salvajismo belga...

La voz del joven se convirtió en un sonido gutural y dañado. W. Owen bajó la cabeza y se frotó compulsivamente las manos.

—Lo que presencié allí siempre me acompañará, será parte de mi ser. Lo veo cada día. Lo huelo, lo siento bajo mi piel —continuó con la mirada perdida entre la hojarasca.

—Nosotros acabamos de volver de la misión en Baringa —contestó Alice rápidamente. Era evidente que necesitaba descargar su pena con alguien. Alice le dio a entender que ella estaba dispuesta a escucharle. A menudo, una buena oreja puede salvar al mundo entero.

—Intentamos detener una marea de horror a pedradas. Las palabras están muertas, ya no valen —dijo W. Owen para sí—. Al volver tuvieron que ingresarme —explicó, enjaulado en su mundo—. No comía y apenas bebía. El doctor Guinness vino a verme y sus palabras sonaron como unos zapatos que caminaban vacíos. —Esbozó una media sonrisa como si sus mofletes estuviesen hechos de cemento—. Todo es mentira. Dios está muerto.

A Alice le costó morderse la lengua pero lo consiguió. En el fondo, se sentía como aquel joven de mirada triste.

—¿Dónde estaba cuando vi una bayoneta clavada en un árbol en la que había ensartadas las cabezas decapitadas de tres niños? Aún tenían los ojos abiertos. Habían escapado a ser cocinados porque los soldados nativos ya tenían los estómagos llenos. ¿Dónde, cuando nos cruzábamos con las caravanas de esclavos atados por el cuello y en fila india? Recuerdo las caras de aquellas mujeres a las que les habían arrancado el alma de la carne. Caminaban como penitentes. En Kasai, cada vez que salía a evangelizar me topaba con huesos y fosas comunes. ¿Cuántos habrán muerto? ¿Cientos de miles? ¿Más?

¿Y qué hacemos? Y nuestro Dios, ese mentiroso, ese niño gordo con una lupa que desde el cielo juega a quemar hormigas, ¿dónde estaba? —dijo con furia— Le puedo responder a eso: o nunca ha existido o hace tiempo que se ha ido. A mí no me salvó Dios, sino un insecto —explicó con una voz vibrante y resentida—. Nunca habría dicho que me alegraría tanto de la picadura de un mosquito. Las fiebres me salvaron. No las superé y me mandaron a casa. Todavía paso las noches sudando.

Alice quiso decir algo pero W. Owen necesitaba hablar y sacar de su pecho el resentimiento que lo martirizaba.

—¿Y qué hice yo, o la misión? Nada —recalcó con la voz rota—. Me quedé de brazos cruzados, con la Biblia en la mano y rezándole a un dios que, visto lo visto, hace tiempo que nos ha abandonado. Su mano no puede detener nada y las mías son una vergüenza. Siempre están sucias —añadió observando sus dedos trémulos. En el meñique izquierdo llevaba un pequeño anillo de oro con el sello de su familia aristócrata.

—Señor Owen, sabe Dios que ahora necesitamos mentes críticas como la suya. Repóngase. La labor es ardua pero solo ha comenzado. Debe ser fuerte. La limpieza del alma lleva su tiempo —dijo Alice.

—No, para mí los asuntos de Dios terminaron cuando vi relucir las puntas de las bayonetas. Ahora sé que los verdaderos monstruos son los que habitan en los palacios y construyen sus iglesias. Ahí es donde hay que hacer limpieza —dijo tenebroso, airado y seguro de sí mismo.

W. Owen se levantó del banco y se estiró la chaqueta hacia abajo para aumentar el porte de su figura delgada y empequeñecida por

las fiebres. Antes de marcharse se detuvo delante del carrito donde Margaret dormía plácidamente envuelta en su manta de lana.

—Estoy convencido de que debe existir un motivo, más allá del biológico, por el que nadie recuerda el día de su nacimiento. Todos los niños vienen al mundo sin saber por cuánto tiempo, si estarán protegidos por el paraguas de la alegría de su madre —dijo, tocándole la barbilla a la bebita—, o serán lanzados de cabeza a la intemperie, bajo la lluvia, para empaparse de la mueca de dolor de sus hacedoras. Eso esclarecería el misterio de por qué la naturaleza anuló de la memoria los primeros meses y años de nuestras vidas. Ojalá se pudiera borrar mucho más —se lamentó. Se sorbió los mocos y se restregó un ojo con el puño de la camisa.

—Pronto volveré con mi marido al Congo, y mañana salgo de viaje a la tierra de mis padres, Malmesbury. Pero, si necesita hablar con alguien, siéntase libre de escribirme cuando quiera. En la casa Harley le podrán facilitar mis datos.

—Se lo agradezco —respondió W. Owen chocando los talones—. Malmesbury, tierra noble. Allí está enterrado el primer rey de Inglaterra —dijo con la voz tomada por la rabia.

Pensar en su pueblo natal hizo que Alice recordara los paseos con su padre por esa pequeña aldea situada al sureste de la región de Wiltshire. De pronto le entraron ganas de volver a ver la gran abadía en ruinas. Allí descubrió al dios que, según W. Owen aseguraba, ya no existía en su corazón ni en el de nadie.

—Le deseo muy buena suerte a usted y a su familia, señora Seeley Harris —concluyó mientras echaba una última ojeada a Margaret.

—Que tenga un buen día. Y cuídese, por favor —contestó ella.

El joven levantó un brazo y extendió los dedos para decir adiós. Al pasar por delante de Freddie le tocó la cabeza y luego desapareció entre la arboleda, cubierta por una fina pátina de agua de la fría lluvia inglesa.

Nunca escribió a Alice.

Poco después desapareció de Londres y nunca nadie volvió a saber nada de él.

El andén de la estación de Paddington estaba abarrotado y sumido en la mezcla de vapor y humo que la locomotora negra expulsaba con furia.

—Por lo menos tres años más, quizás cinco —dijo John, que tenía a Freddie cogido con un brazo y sujetaba con el otro el carrito de Margaret.

Alice asintió con lágrimas en los ojos mientras los pasajeros subían al tren.

La pequeña dormía como un tronco a pesar del bullicio. Acababa de cumplir ocho meses y era la primera vez que se separaban.

Después de la breve visita a Malmesbury, el lugar donde había venido al mundo, y luego a la pequeña ciudad de Frome para ver a sus padres y hermana, tendría que volver a despedirse de sus hijos. Quizá durante años, o quizás para siempre.

—Ese fue nuestro compromiso, Alice. Sabes que debemos honrarlo cueste lo que cueste. Queda mucho por hacer en el Congo. No obstante, entendería que te quedases con los niños, si lo desearas...

Antes de que John terminase la frase, ella le puso un dedo en los labios. Sabía que volver a Baringa era lo correcto, pero en su interior no podía evitar escuchar dos palabras que se sentían como si fuesen cuchilladas: mala madre.

—Dios sabe que nuestras acciones son justas, amor mío. —El revisor anunciaba la inminente salida del tren—. Por favor, saluda a tus padres y a tu hermana. Siento tener que quedarme en la Unión Misionera. ¡Te echaremos de menos! —dijo John mientras el vagón empezaba a moverse.

—¡Y yo a vosotros! —se despidió Alice ya con el tren en marcha.

Cuando se sentó en el compartimento de segunda clase sintió el peso de la soledad. Pensó en Margaret y recordó el sentimiento de abandono en los rostros apesadumbrados de los niños huérfanos de las misiones de Ikau y Baringa. Su profunda tristeza hizo que sus caras madurasen antes de tiempo. ¿Le podía pasar lo mismo a sus hijos? Solo quería llorar.

Mala madre, repitió la voz en su interior. ¿Cómo puedes abandonarlos?, insistía su conciencia. Seguramente estaba guiada por un sentimiento maternal que se sentía traicionado.

Alice necesitaba pensar. Y qué mejor lugar para hacerlo que la abadía de Malmesbury. Cuando era niña solía perderse entre sus piedras para escuchar el silencio de las ruinas.

Sin duda, el Congo era un lugar demasiado peligroso para los niños. Las enfermedades, el clima sofocante, los insectos venenosos, las mambas verdes que se escondían en la hierba donde Freddie jugaba, o el horror cada vez más presente en la colonia del rey belga, eran pruebas irrefutables.

Alice quería protegerlos. Entonces, ¿por qué se sentía una bellaca y no una buena madre? ¿Qué quería Dios, o ella misma, que lo abandonase todo por ellos? Muchos otros necesitaban su ayuda y la de su cámara Kodak.

Las preguntas no la perturbaban tanto como las posibles respuestas.

Intentaba evadirse contemplando los preciosos paisajes de la vieja campiña inglesa. Allí, a simple vista, los segundos del reloj parecían pasar a intervalos de un siglo. Le vino a la mente la imagen de ella y su padre cogidos de la mano. Observaban desde la orilla del río Avon las ruinas de la abadía de Malmesbury iluminadas por la luz del atardecer. Y con ella, otra pregunta perturbadora: ¿qué era un hijo sin sus padres? Este también era un recuerdo contradictorio.

Aquella tarde, con su padre, la luz mortecina provocaba que los vestigios del monasterio pareciesen la osamenta de una reliquia. Emanaba su propia energía, muy diferente a la del resto del paisaje urbano que la rodeaba. Eso la obligaba a fruncir el ceño. Observaba el horizonte como si buscase encuadrar el paisaje en las medidas áureas de una imagen perfecta impresa en papel fotográfico.

Había algo en aquellas piedras despojadas de todo lo humano. Su fotogenia le susurraba la senda hacia la puerta abierta por el señor George Eastman y su Kodak. Entonces no lo sabía, pero después descubrió que, con su cámara, la humanidad podía robarle segundos al tiempo. Aunque esos segundos eran menos duraderos que las inscripciones en las piedras y más fáciles de hacer desaparecer cuando todo arde. Eso le pasó al santuario hacia el que se dirigía. Edificado allá por el año 675 por un monje loco y asceta irlandés

llamado Mailduf, para honrar a San Pedro y San Pablo, había sido pasto de las llamas unos siglos después.

—Papá, ¿no tienes la impresión de que está respirando? —le había preguntado Alice a su padre.

—Este es un lugar muy especial. Ya era un sitio mágico, telúrico, antes de los cristianos, los romanos y sus dioses, los druidas y su magia, o los hombres prehistóricos que vivían bajo las estrellas.

—*Teulelúricos* —había respondido ella trabándose en cada sílaba.

Recordar a su padre sonriendo le hizo sentir mariposas en el estómago.

—Se dice telúricos —la había corregido él con dulzura—. Son unas fuerzas invisibles que rodean la tierra y hacen que ciertos puntos sean especiales, con alma propia.

—Me gustaría atrapar esa fuerza. ¿Crees que sería posible capturar la de la abadía para no perderla? —inquirió ella.

El recuerdo de esas palabras adquirió un nuevo sentido. Alice se preguntó si quizás, sin saberlo, hablaba de una fotografía.

—¿Qué les pasó a los monjes que vivían dentro? —preguntó ella entonces.

—Nada bueno, hija mía. Pero eso fue hace siglos. Aunque el tiempo es capaz de convertir los hechos más terribles en escenarios bucólicos —le dijo señalando hacia el templo radiante en la noche incipiente.

—¿Pero qué le pasó a la abadía? —insistió, siempre ávida por saber más.

—La destruyeron los soldados de un rey que se llamaba Enrique VIII, durante lo que se conoce como la disolución de los monasterios. Me alegra mucho que te intereses por estas cosas.

—Gracias, papi —respondió ella.

Alice recordó la figura de su padre como la de un gigante protector.

—La historia de quienes fuimos no solo cuenta el porqué somos como somos. También evita que cometamos los mismos errores del pasado. Correr un tupido velo es un error, ¿entiendes?

Alice afirmó con la cabeza para contentar a su padre. Él se dio cuenta al instante, pero le sonrió y no le dijo nada. Ahora, como fotógrafa, por fin entendía el significado de aquellas palabras.

—Ese rey acababa de autoproclamarse líder de la Iglesia de Inglaterra. Para pagar sus gastos, decidió quedarse con las tierras y las riquezas de los monjes católicos que vivían ahí dentro —continuó explicando su padre—. Fueron tiempos muy convulsos, Alice. A veces, Dios es una excusa perfecta de algunos para satisfacer y justificar sus propias ambiciones. En esta vida el Señor nos puede abrigar, pero el peso de salvaguardar la decencia y el respeto, la justicia para todos, es una labor que recae en los seres humanos —concluyó su padre.

El tren empezó a frenar para detenerse en la estación de Malmesbury. El recuerdo de las palabras de su padre le hizo pensar que, en el fondo, el mundo no había cambiado mucho desde la época de los Tudor. Para financiar su megalomanía, los reyes aún eran capaces de destruir lo más sagrado. Para Alice no eran aquellas piedras vencidas por el tiempo, o los papeles y libros que ardieron entre ellas. Era la gente que, bajo su techo, disfrutaron de vidas llenas de penas y alegrías. No pudo evitar hacer un paralelismo entre la destrucción que Leopoldo II estaba causando en su Estado

Libre del Congo, y el amor que ella sentía por la gente de aquellas selvas antediluvianas.

Volver a pisar la ciudad donde se había criado hasta los doce años fue como visitar un pasado que ya no le pertenecía. A pesar de ello, nada había cambiado en la pequeña Malmesbury. Las calles empedradas la recibieron con su viejo esplendor y ruido de tacones picando la piedra. Nada más poner un pie en el andén apretó el paso para llegar lo antes posible hasta las ruinas de la abadía.

Una fuerza ajena la impulsaba a llegar hasta la tierra consagrada. Como si allí el Todopoderoso le tuviese preparada la respuesta a la gran pregunta: ¿debía continuar con su trabajo en el Congo o quedarse en Inglaterra y criar a sus hijos?

Antes de entrar en la abadía, Alice se quitó los zapatos y los calcetines. Una vez dentro, caminó sobre la hierba que la naturaleza había reclamado a los suelos embaldosados. Intentó dejar la mente en blanco mientras deslizaba los dedos de la mano sobre la superficie rugosa de las piedras, algunas de ellas agujereadas por balas de mosquete. La vegetación crecía en su interior.

Posó la mano sobre una de las columnas marcadas por el fuego. Parecía que el eco de las antiguas plegarias hubiese impregnado las piedras. Los fascinantes arcos rotos, que antaño soportaron techos de quince metros de alto, ahora parecían árboles petrificados en un invierno constante.

Había algo en aquellas paredes ennegrecidas por el tiempo que le hacía sentir como si volviera a casa de verdad.

Durante un momento, al igual que cuando era niña, imaginó el emplazamiento perdido del órgano de Aldhelm, construido por uno de los sacerdotes que erigieron el templo. El primero de su clase en toda Inglaterra. Según contaba la leyenda, el instrumento era capaz de producir innumerables tonos tan afinados y en sintonía con lo celestial que aunaban los cantos de los druidas en extinción y la llegada del nuevo Dios cristiano. Seguro que aquello asustaba tanto a los paganos más intransigentes como a los fieles del Papa de Roma. En aquella época llevaban la palabra del Señor en la punta de sus lanzas.

Alice sabía que ni siquiera en la música celestial del órgano primigenio hallaría la respuesta a su pregunta. La llevaba enredada alrededor de su corazón como una boa constrictor.

Deambuló por las ruinas. Decidió sentarse sobre un tronco desde el que podía ver las tumbas del cementerio. Las lápidas desdentadas estaban clavadas en el suelo como cuchillas de piedra. Estaban rodeadas de cruces celtas de granito y sus sombras alargadas parecían apuntarle. Reconoció de lejos una de ellas y sonrió. De pequeña, cuando paseaba por allí con su padre, este le había contado la historia de Hannah Twynnoy. Era un cuento sobre una camarera que, en octubre de 1703, murió mutilada por un tigre enjaulado al que atormentaba por puro placer. Siempre le pareció una historia sacada de un libro de Rudyard Kipling. Una fábula que las generaciones venideras contarían hasta que perdiese su significado original, que ahora comprendía.

Las almas, ya fuera por atracción negativa, el diablo o la maldad innata en el ser humano, tendían a sentirse arrebatadas y sin espacio. Permanecían encerradas en la frontera de la imaginación y

las necesidades de los demás, siempre delimitadas por su propio sentido del bien y del mal. No les importaba quién perecía en su camino. Hannah quería encerrar en una caja el mundo salvaje que no le pertenecía. Igual que Leopoldo II quería poseer las riquezas de las gentes y las montañas del Congo. Y para ello estaba dispuesto a martirizarlos.

Alice nunca había pensado en Dios como en un destino en sí mismo. Como la tumba de la dama victoriana le recordaba, para ella solo había dos tipos de creyentes: los que eran como el obispo Daniel de Winchester, que vivió en la abadía en el siglo viii, y se hizo famoso por sumergirse todas las mañanas en las aguas congeladas del río para sofocar sus pasiones ardientes. O los que hacían como el monje Eilmer de Malmesbury, que se lanzó al vacío por una causa mayor que él mismo. En su caso, volar con un ala delta en el año 1010 desde una de las torres de la ciudad. Consiguió planear 180 metros antes de aterrizar y romperse ambas piernas. Ese fue su precio y su liberación. Alice estaba dispuesta a pagar uno similar.

—Queda mucho por hacer —masculló.

Mala madre, volvió a recordarle la voz en su interior. Alice cerró los ojos y vio las caras de Freddie y Margaret. También las de los huérfanos de la misión en Baringa. No son tus hijos. ¿Por qué tienes que salvarlos a costa de los tuyos? ¿Dónde está tu corazón? Mala madre, desatiendes a tus hijos, le increpaba su voz interior. Pero a su vez, esa misma voz se contradecía: ¿y adónde ha ido a parar tu compromiso con los niños que no se pueden defender, los congoleños abandonados por ese Dios misericordioso en el que tanto crees, aunque siga sin hacer nada? ¿No echas de menos sostener la cámara?

Esa contradicción le daba esperanza. Se convencía así de que no era el diablo el que creaba el mal que la afligía, sino su propia indecisión.

—No soy una mala madre —murmuró.

Esta vez se adelantó a la voz interior y a la versión más asustada de su ser, aunque también era parte de su alma. «Seguiré a mi corazón», se dijo alto y claro.

A continuación, airada y orgullosa, se puso los zapatos y abandonó la abadía que cambió su infancia.

Se dirigió hacia Frome, donde su familia la esperaba.

Alice se prometió que, cuando finalizase el trabajo en el Congo, volvería a casa para vivir una vida tranquila. Enseñaría entonces a sus hijos lo mucho o poco que hubiese aprendido durante sus viajes.

Estuvo a punto de romper el compromiso recién adquirido consigo misma la noche antes de partir hacia África. Estirada en la cama de la Casa Harley, sostenía a Margaret. A su lado, Freddie se agarraba a su regazo y le clavaba las uñas porque sabía que se iba a quedar atrás.

Alice intentó abandonarse al sueño para dejar de sentir cómo el corazón se le rompía lentamente. No consiguió dormir ni un minuto. Cada vez que notaba la respiración de sus hijos, el azote de la voz en su interior volvía como el chicote de piel de hipopótamo. Le recordaba que, la próxima vez que los viese, Margaret ya sabría hablar y Freddie se habría convertido en un jovencito, diferente al niño que había nacido y crecido en la selva.

Esa noche rezó como no lo había hecho nunca.

18

UN COLGANTE DE OREJAS Y LA MISIÓN CONTRA DIOS

BALOLO, ALTO CONGO, 1902

El regimiento de askaris, los soldados nativos al servicio del Gobierno belga, estaba en posición de firmes en la plaza de armas del cuartel de la Force Publique en Balolo. El fuerte parecía un pequeño castillo medieval, foso y estacas incluidas. La diferencia era que este estaba construido enteramente con grandes troncos de madera. El perímetro estaba rodeado por hileras de alambre de espino de acero. En cada extremo había una torre de vigilancia. El baluarte estaba preparado para el ataque con varios cañones de ocho libras que asomaban la nariz por las paredes de la fortaleza. Listos para someter tanto a la ciudad como a las embarcaciones que navegasen por esa parte del río Congo.

El traje blanco de monsieur Soigné relucía entre los hombres vestidos con la guerrera azul, los pantalones blancos y el birrete rojo característicos del cuerpo armado nativo. Los soldados creían que el nuevo jefe blanco estaba pasando revista. Pero en realidad, el enviado de Leopoldo II marcaba el territorio. Era conocedor del auténtico valor de un gesto tan sencillo como dar la cara en el momento adecuado. De tanto en tanto, se detenía entre las filas y

memorizaba los rostros de los soldados que se atrevían a desviar la mirada para echarle un vistazo.

El mercenario estadounidense, con patente de corso rubricada por el mismísimo rey belga, no tenía intención de amonestarlos. En el momento adecuado, seguro que la misión requeriría voluntarios forzosos para las tareas más peligrosas, como vadear los ríos infestados de cocodrilos e hipopótamos. Los hombres del batallón eran prescindibles y reemplazables, incluidos los oficiales blancos.

La Force Publique fue concebida para luchar contra la trata de esclavos árabes en el Congo, reprimir cualquier levantamiento y actuar como un cuerpo policial que protegiera los intereses económicos de la colonia. Pero la realidad de sus actividades era muy diferente. La paz entre los pueblos que Leopoldo II había prometido en la Conferencia de Berlín no existía.

Gran parte de los askaris del campo procedía de pueblos más allá de las cataratas Stanley. Otros habían sido secuestrados durante su infancia y llevados a misiones católicas. Allí los habían reclutado a la fuerza. Era eso o morir de hambre. Solo los más despiadados acababan luciendo el birrete rojo con una tira negra y la insignia del cuerpo en la parte frontal. Lo combinaban con el uniforme de dos piezas sujeto por una faja roja y un cinturón para colgar las cartucheras de sus rifles Albini.

Cuando no saqueaban y esclavizaban a los suyos, los soldados, embrutecidos por el alcohol y la locura, pasaban las horas en los campos militares dispersos por los distritos del Estado Libre del Congo. Allí eran diezmados por la malaria y la enfermedad del sueño. Muchos terminaban su corta y sufrida carrera militar en las fosas comunes abiertas a las afueras de los campos de Balolo,

Eambu y Luku, cerca de Boma. O los de Irebu y Lisala, al norte del país, situados en la conjunción de los ríos Congo y Ubangi. De esa zona procedía el lingala, la lengua con la que, además del francés, que era la oficial de la fuerza de seguridad, se comunicaba la mayoría de los soldados.

Los primeros reclutas de la colonia eran miembros de las tribus zanzibari y hausa. En su mayoría eran comerciantes de la Gold Coast. Sin embargo, desde hacía tiempo, los hombres del Alto Congo se hacían un hueco cada vez más grande en la Force Publique, aunque tenían una lengua y costumbres guerreras muy diferentes. El estándar para el reclutamiento se basaba en una sola condición. Podía unirse todo el que fuera capaz de sobrevivir.

A unos metros de las tropas, el capitán Enteté y el sargento Rugueux estaban junto a otros dos oficiales blancos. Eran el teniente Van Clacken y el subteniente Albert Longtain. También estaba el ahora soldado raso Alessio Dubois. Este último había perdido su puesto militar como agente aduanero en el puerto de Boma. Todos observaban a su enigmático líder que se paseaba entre los soldados con su traje blanco. Parecía el ángel de la muerte.

—Seis blancos con 250 askaris en la selva; no sé si me gustan esas posibilidades —dijo el más joven y alto de ellos.

—¿Tienes miedo, Albert? —inquirió el sargento mofándose, a pesar de que hablaba con un superior.

—En absoluto —respondió el oficial. Hinchó el pecho a la vez que se colocaba el salacot de color arena sobre la cabeza.

—¿Sabéis cuál es la misión? El coronel Alfonse se ha puesto blanco después de hablar con monsieur Soigné —dijo el teniente Van Clacken.

—Algo sobre los misioneros —indicó Rugueux.

—¡Sargento! —le reprendió inmediatamente el capitán Enteté.

—¿Por qué tanto secretismo? —preguntó Van Clacken.

—Discreción, teniente, al menos hasta que monsieur Soigné decida lo contrario. No es un hombre con el que quiera cruzarse a las malas.

El sargento Rugueux se mordió un labio. Sabía que el capitán tenía razón.

Mientras, el jefe paseaba y se detenía cada poco entre los askaris. Estos eran una combinación de veteranos con cicatrices y reclutas. Los últimos, más sudorosos que el resto, pues aún se estaban aclimatando. Todos armados con cuchillos de caza con las hojas serradas. Algunos tenían aspecto de ser representantes de la muerte. Otros, cara de ir corriendo hacia ella.

Desde su creación en 1886, la fuerza de policía y Ejército nativo se distinguió por su crueldad. Estaba comandada por oficiales del Ejército belga y mercenarios venidos de Europa y Estados Unidos. Todos blancos. Su primer líder fue el capitán Léon Roger, que había destacado por su capacidad organizativa y su mano dura. Tanto hacia la población como contra sus propias tropas. Sus métodos preferidos de castigo eran la amputación y los rituales de canibalismo para aterrorizar a los enemigos.

El hecho de que los askari tuvieran que proporcionarse su propio sustento solo aumentaba su violencia. El capitán Roger y todos los líderes que llegaron después, los querían delgados, furiosos, al borde de la desesperación. Era el mejor sistema para hacerles cumplir las órdenes al detalle, con la máxima brutalidad posible y utilizando el látigo como una extensión de su brazo. Bastaban un par de azotes

para dejar las espaldas de sus víctimas en carne viva. Y si no era suficiente, recurrían a seccionar manos y piernas de adultos y niños. Sobre todo cuando no cumplían con las estrictas cuotas comerciales o de producción de comida para las tropas.

El hambre y las grandes cantidades de alcohol barato que les proporcionaban en las cantinas eran el antídoto perfecto del diablo. Esto evitaba cualquier atisbo de conciencia que pudiese nacer entre ellos. También eran hijos de la selva.

Ahora el Ejército tenía más de veinte mil soldados. El objetivo real instaurado por el capitán Roger y su regimiento estaba claro: la erradicación completa de todas las culturas y comunidades anteriores al establecimiento del Estado Libre del Congo.

Sin embargo, el exterminio se planeó a miles de kilómetros, detrás de las mesas de oficina del archivo secreto de Leopoldo II, en el Palacio de Bruselas. Allí se escondían los datos reales del holocausto local; las obras públicas, la construcción del ferrocarril, el comercio del caucho o el tráfico de personas.

Monsieur Soigné se dio por satisfecho después de observar a uno de los hombres con un colgante alrededor del cuello hecho con docenas de orejas humanas secas. El soldado ni pestañeó cuando el jefe se le encaró y le aguantó la mirada, como si pudiese leer en sus ojos el carácter de su alma.

—¿Hablas francés? —preguntó monsieur Soigné.

—Sí, señor —contestó el hombre con un grito marcial.

—¿De quiénes son? —indicó con el dedo los lóbulos contraídos y resecos.

—De los enemigos de la bandera de la estrella —respondió el askari. Señaló con los ojos la enseña azul, topada con un astro que

representaba al Estado Libre del Congo. Esta ondeaba en un poste colocado en el centro de la plaza de armas.

—¿Cómo te llamas?

—Mobutu.

—Sígueme —ordenó el jefe, imperativo y seco.

Monsieur Soigné se dirigió hacia los oficiales con el askari pisándole los talones. Medía por lo menos un metro noventa. Antes de llegar a ellos, el jefe se revolvió y encaró de nuevo a Mobutu. Estaban a una distancia suficiente como para que sus subordinados oyesen sus voces, pero demasiado lejos como para entender lo que decían. Los oficiales callaban e intentaban, en vano, escuchar su conversación.

—Bien, Mobutu, te voy a hacer una propuesta. Te asciendo a sargento. De ahora en adelante, mi vida es lo único que importa. Solo seguirás mis órdenes. Si cuando haya terminado el trabajo en esta selva sigo de una pieza —recalcó—, te recompensaré con mil francos belgas. Eso te convertirá en un gran jefe y un amigo para mucho tiempo, ¿verdad?

Al escuchar la cifra, Mobutu abrió los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas. Aun así, mantuvo la compostura y un semblante amenazador.

El enviado especial de Leopoldo II sabía que, en cuestiones de inteligencia, la única clave para obtener la mejor información era sembrar las semillas, darles tiempo y esperar a que brotasen para recoger sus frutos.

—¿Permiso para hablar, monsieur? —preguntó el askari.

—Adelante. Y, a partir de ahora, esas formalidades no serán necesarias. Y tampoco ese uniforme chillón. Hace muchas vidas mis

amigos me llamaban Wyatt. Aunque, si repites ese nombre delante de alguien sin mi permiso, seré yo el que se cuelgue en el cuello tu oreja. ¿Lo has entendido?

—Tiene mi lealtad, monsieur. Mi vida era este uniforme que visto desde niño. Ahora le sirvo a usted —afirmó.

Se quitó la guerrera y dejó al descubierto un torso cincelado como una estatua griega, decorado con diversas cicatrices rituales en la espalda, la barriga y los antebrazos.

El jefe asintió complacido. Dio unos pasos hacia los oficiales y aulló:

—¡Señores! Si les parece, tomemos un tentempié en el jardín. Así acabaremos con el cuchicheo, ¿no les parece? —dijo mirando al sargento Rugueux.

Monsieur Soigné empezó a caminar. Mobutu le seguía a pocos pasos. Los oficiales se pusieron detrás y se miraban entre ellos. O el jefe tenía un oído sobrehumano, o estaba tan por encima de ellos que más les valía obedecer sus órdenes. Eran lo suficientemente inteligentes como para saber que hay perros que, además de ladrar, también te pueden morder la yugular.

—Monsieur, permiso para ir a cambiarme de ropa —inquirió Mobutu.

—Adelante, no tardes —le respondió el jefe.

El barracón para los oficiales era un palacio, en comparación con los de los soldados. La mayoría dormían en el suelo o en literas de cuatro plazas. Allí se amontonaban sin ton ni son, como balas en una caja de munición.

El de los blancos estaba decorado como una mansión de lujo de las afueras de Bruselas. Muebles importados de Europa, hamacas

con cojines bordados, mesas y sillas forjadas ornamentadas con motivos florales y lámparas doradas dignas del mismísimo Palacio de Versalles, tan admirado por el dueño de sus destinos, el rey Leopoldo II. Lo estaba poniendo de moda en Europa, como un *revival* del último emperador que quiso conquistar el mundo, Napoleón Bonaparte.

Monsieur Soigné permaneció callado hasta que los ordenanzas militares sirvieron el té, las pastas y los licores en el jardín interior del barracón. El jefe bebió de su propia petaca que guardaba en uno de los bolsillos interiores de la americana.

El sargento Rugueux estaba convencido de que su comandante no aceptaba bebidas de desconocidos, porque, al igual que él, no se fiaba de los nativos, por mucho que hubiesen jurado su destino en las filas de la Force Publique. Sin embargo, se debía a que monsieur Soigné solo bebía bourbon de Tennessee. En su más que escaso equipaje llevaba la que, probablemente, era la única caja en toda África de botellas del elixir elaborado en las brumosas montañas Apalaches.

Mobutu reapareció cuando los ordenanzas servían las bebidas. El askari volvió con su collar de orejas y vestido con una blusa negra y un taparrabos de piel de gacela, sujeto con un cinturón hecho con una cadena de barco. También llevaba las muñecas adornadas con pulseras de cobre. Había sustituido las botas por unos mocasines de piel que hacían que se moviese con el sigilo de un leopardo negro. El único remanente de su uniforme era el característico birrete rojo de la unidad, que lucía adornado con una gran pluma de un loro azul.

Cuando intentó entrar en el jardín con el resto de los oficiales, Rugueux le puso una mano en el pecho. Sus compañeros también se

sorprendieron de que el askari tuviese el coraje de intentar entrar en un dominio reservado para los blancos.

—Tú, quieto aquí. ¿A dónde te crees que vas, cacho de carne?

Mobutu se detuvo y permaneció en silencio. No le hubiese sido difícil matar allí mismo a ese hombrecillo con mirada de cabra enloquecida.

—¿Me entiendes? ¿Se te ha ido la cabeza, animal? —le dijo como si le hablara a una mascota.

El guerrero decidió ignorarle e intentó seguir su camino detrás del jefe y así protegerlo mejor.

—¡Eh! —exclamó el sargento Rugueux interponiendo su cuerpo—. ¡Quieres ganarte el látigo! —añadió sonriendo como un íncubo.

—Sargento —intervino monsieur Soigné sin moverse de donde estaba. Su tono era suave como el filo de una cuchilla afilada.

Rugueux se giró, ansioso porque su jefe le validara. Deseaba castigar la impertinencia del negro con el chicote. Creía que las cicatrices eran el único método para controlar a los salvajes. Como gran parte de los oficiales militares, agentes comerciales y mercenarios venidos de Europa y América, el sargento era incapaz de ver a los congoleños como seres humanos. Para él eran criaturas cuyas mentes nunca habían salido del jardín del Edén.

—El sargento Mobutu está ahora bajo mis órdenes directas y solo responde ante mí.

—¿Sargento, este? —exclamó Rugueux mientras el resto de los oficiales se miraban entre ellos con la misma cara de sorpresa.

La mirada de escualo que monsieur Soigné le lanzó fue suficiente para que la discusión concluyera en ese mismo instante.

—Señores, ante nosotros se presenta una tarea delicada. Bruselas está cansada de la independencia con la que operan ciertas organizaciones misioneras —explicó el jefe mientras Mobutu se colocaba a su espalda—. Por eso me han enviado.

Sacó un papel doblado de la chaqueta de su americana. Lo desplegó y leyó.

> Los misioneros fueron invitados a la colonia para traer el cristianismo, pero algunos se creen que pueden injuriar a la Corona con acusaciones infundadas sobre el tratamiento de los nativos. Utilice todos los medios a su alcance para meter en cintura a los religiosos díscolos, sobre todo los que están informando y realizando fotografías en el Alto Congo. La Corona, en persona, no quiere ningún escándalo.

El jefe alzó la vista mientras volvía a plegar el papel para guardarlo en la americana.

—¿Ningún escándalo? —preguntó el capitán Enteté.

—Eso, señores, significa discreción. Nadie matará sin mi permiso. No habrá segundas oportunidades. ¿Alguna pregunta? —inquirió el jefe.

Nadie osó decir nada.

—Excelente. En mi oficina tengo una abultada carpeta de cartas escritas por misioneros. En ellas se quejan de las condiciones en las que viven los súbditos propiedad de su Majestad. Empezaremos visitando el lago Mantumba, al norte de Balolo. Es una semana de viaje por el río. Hay varias estaciones comerciales que dan cobijo a religiosos británicos, holandeses y norteamericanos. Luego nos dirigiremos a Bolengi. Allí nos reabasteceremos para operar en los ríos Bosira, Lengwe y Momboyo. Más tarde recorreremos el Alto

Congo y visitaremos las misiones del río Lunlanga y sus afluentes. Si no recuerdo mal son Bonginda, Ikau, Waka y Baringa —explicó sin perder de vista la reacción de los oficiales.

Excepto el capitán Enteté, el resto parecía escuchar esos nombres por primera vez.

—Prepárense para un viaje largo y duro. Partiremos mañana al amanecer. Equipen a los hombres y recen por sus cabelleras. Mobutu, ¿alguna tribu particularmente hostil en esos territorios? —le preguntó al sargento nativo sin girarse mientras daba un sorbo a la petaca.

—En Momboyo, monsieur. Y en el Alto Congo, hacia el lago Tanganica, operan los árabes cazadores de esclavos. Las tribus de allí odian a los blancos y a los que siguen al profeta Mahoma.

Los oficiales permanecieron en silencio.

—Bueno, para eso inventaron las ametralladoras Maxime. Son capaces de disparar mil balas. Y los cañones de ocho libras. Asegúrense de que llevamos ambas cosas. Pueden retirarse. Les recomiendo que empleen el tiempo en escribir a su familia, si la tienen.

El sargento Rugueux soltó una carcajada solitaria que retumbó en el jardín.

19

LA LLUVIA DEL CONGO, UNA REVISTA Y LA SABIDURÍA DE IMPONGI

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1902

Afuera llovía a mares. Los grandes torrentes inundaban la aldea. El aguacero azotaba el tejado y lanzaba con violencia ráfagas de agua contra los cristales de la cabaña. Al mirar por la ventana, parecía que la casa de Baringa fuera a salir flotando de un momento a otro.

La estación de las lluvias era la más propensa para sufrir de melancolía. Solo hacía dos semanas que habían regresado, pero Alice echaba mucho de menos a sus hijos. Le daban retortijones de pura angustia.

El día anterior, John se había marchado para asistir a un misionero en la cercana misión de Waka. La soledad pesaba toneladas. Más aún después de la mala noticia recibida nada más poner un pie en la misión. Unos meses atrás, el joven Broc se había ahogado durante una travesía hacia la estación de Balolo.

Anna percibía la tristeza de Alice. La acompañaba durante más horas que de costumbre. Pero se movía con el sigilo de un ratón de campo. Así, a Alice la casa le parecía igual de vacía. Cuando la ansiedad le oprimía el pecho, se sentaba y se escribía a sí misma, con la excusa de hacerlo para su hermana. Algunas de las cartas

viajaban en los correos de los barcos que iban a Boma, pero otras acababan ardiendo en la estufa.

Pensó en escribir a sus hijos pero cambió de idea. Todavía eran demasiado pequeños para entender sus palabras, sobre todo por boca de alguien que no fuese sus padres. En realidad solo estaba escondiendo su miedo al rechazo.

Querida Caroline:

Volver al Congo ha sido más difícil de lo que esperaba. Solo consigo quitarme de la cabeza a Margaret y a Freddie cuando salgo a fotografiar. Los gritos de los niños en la escuela hacen que recuerde constantemente que mis pequeños están a océanos de distancia. Tan lejos y a la vez tan cerca de mi corazón. El dolor es constante. ¿Crees que ellos también lo sienten así? Me horroriza la idea de que se olviden de nuestras caras.

La dirección de la casa Harley ha dejado su cuidado en manos de una de las madres voluntarias conocida como Tía May. Es una buena mujer, robusta, inglesa hasta la médula, victoriana como lo es mamá, ya me entiendes, querida hermana. Confío en ella. No obstante, ¿te importaría visitar a los niños si viajas a Londres? Estoy segura de que unos rasgos familiares les restarán cualquier infelicidad que puedan sufrir. Se me hace difícil creer que un niño pueda crecer feliz sin tener a sus padres. John también sobrelleva su ausencia en silencio, íntegro como siempre. Conozco su pena porque es la mía, aunque él suele bloquear los sentimientos, como lo hace papá.

¿Por qué sigo aquí? Hermana, no podría vivir con la culpa de abandonar a un pueblo masacrado que necesita una ayuda que sé que debo y puedo prestar. Marcharme supondría un infierno que me quitaría algo más que el sueño. A veces siento que navego entre dos mareas dentro de un barco sin timón.

Sin embargo, nunca ha habido una causa más justa que la del Congo, aunque temo el peso que pueda tener sobre el futuro de nuestra familia. El reverendo Meyer me escribió una vez que, cuando se dio cuenta de que Dios era dueño de su vida, él se convirtió en un mueble, y ya no tenía ninguna opción o elección

para su disfrute y beneficio personal. Unas palabras sabias, sin duda, pero escritas por un hombre que jamás ha traído al mundo a una criatura. Rezo para que Dios cuide de las mías.

TU HERMANA

—Madre Harris, la tormenta va a empeorar. Sería conveniente cerrar las contraventanas para que el agua no entre en la casa —dijo Anna mientras Alice metía la carta doblada dentro de un sobre y lo sellaba con un poco de cera. La dejó sobre la mesa y fue hasta la puerta del porche.

—Tienes razón —respondió antes de salir.

Anna corrió detrás de ella con las manos en la cabeza.

—¡Madre Harris, cierre desde dentro, afuera es peligroso! —exclamó.

No eran ni las cinco de la tarde y el cielo estaba tan negro que apenas quedaba claridad. Las nubes sobre sus cabezas lanzaban relámpagos violetas. El estruendo parecía que desgarraba el aire. Como británica, a menudo se había preciado de saber lo que era un buen aguacero. Después de experimentar el calor húmedo e insoportable de la estación de las lluvias en el trópico, las tormentas de casa nunca volvieron a ser las mismas.

—¡Estoy bien! —gritó Alice ensordecida por las fuertes ráfagas de viento que la bamboleaban—. ¡Peor lo tiene John, sopla como un huracán!

El silbido del viento era tan intenso como el de la locomotora que hacía el recorrido entre Matadi y Leopoldville.

—¡No te preocupes, madre Harris, está con Impongi! ¡Seguro que él sabrá qué hacer! —vociferó Anna, que luchaba contra el torbellino

para cerrar una contraventana.

Impongi era un personaje que dejaba huella. Uno de esos seres más grandes que la vida, con un carisma apabullante. En poco tiempo pasó de alumno a profesor de la escuela. Y no solo allí. También enseñaba inglés en las aldeas vecinas. Debía rondar los veinte años. Todo el mundo le conocía por su muleta. Lucía sin avergonzarse las amputaciones del brazo derecho y la pierna izquierda, sufridas a manos de la Force Publique cuando solo era un niño.

Vestía con una camisa amplia, de manga corta sin cuello y una especie de faldón hasta las rodillas de la misma tela de color marrón. Algunos de los aldeanos decían que tenía aspecto de sacerdote extranjero. Otros, de jefe que navegaba entre el mundo de los blancos y el de la selva. En eso no se equivocaban.

Su discapacidad nunca fue un impedimento. Incluso en la jungla, mantenía el paso a cualquier hombre o mujer. Su agilidad con la muleta era digna de ver.

Impongi estaba por encima de sus evidentes taras. Tanto que a menudo era él quien le pedía a Alice que le fotografiase. Le gustaba la idea de mostrarse ante el mundo con orgullo.

—Por favor, madre Harris, hágame inmortal —solía decirle.

Su historia era de lucha, coraje y recompensa. Una entre un millón en el Congo, digna de ser contada.

Alice lo había fotografiado mientras daba clases en la escuela a un grupo de niños huérfanos. Estos lo adoraban. En la selva, mientras les guiaba como si fuese un leopardo. Delante de su choza o debatiendo con jefes tribales que lo respetaban como a uno de ellos. Creían que hablaba por el hombre blanco. Incluso había fotografiado

a su madre, una mujer menuda consumida por el trabajo. La mujer vivía más en el mundo que desaparecía poco a poco que en la nueva existencia que Impongi había abrazado.

Años después, las imágenes de Impongi llenaron los corazones de mucha gente. Gracias a ellas, muchos ojos se abrieron.

Alice alzó la vista justo cuando un rayo rompió el cielo sobre la cabaña.

—No te preocupes —dijo Anna acercándose—. Sin duda estarán a resguardo. Esperarán a que la tormenta amaine y los caminos dejen de estar inundados. Durante las lluvias, a los cocodrilos y a los hipopótamos les gusta salir a pasear. Impongi sabe leer la jungla, todo irá bien —añadió, y puso una mano en el hombro de Alice para tranquilizarla.

—Gracias, Anna —respondió ella con un abrazo.

Una nueva ráfaga de viento casi las lanzó fuera del porche. Ambas volvieron a la tarea de inmediato.

—Dejemos las contraventanas un poco abiertas o el interior se convertirá en una sauna turca y nos asaremos —aulló Alice, cada vez más empapada de sudor y agua—. Da igual si entran algunos insectos.

—¿Algunos? ¡Te arrepentirás, madre! —respondió Anna—. A las arañas y las mambas verdes no les gusta nadar y quieren estar calientes. Una vez entran no hay forma de sacarlas.

Alice se detuvo en seco mientras Anna seguía cerrando las contraventanas que el viento quería arrancar.

—¡Cerrémoslas entonces! —espetó con prisa.

Dentro de la cabaña, secas pero sudando la gota gorda, Anna preparó un té. Después se sentó al lado de Alice y lo sirvió en las

tazas de porcelana importada de Inglaterra, que pertenecieron a su abuela.

—El calor se combate con calor —dijo el ama de llaves. Los congoleños aprendieron ese secreto de los esclavistas árabes.

Anna dio un sorbo a la taza. Su postura y movimientos denotaban cierta inquietud que Alice no pasó por alto. Antes de que tuviera tiempo de preguntar, ella se le adelantó:

—Madre Harris, ¿puedo pedirle algo?

—Claro, dime —respondió mientras limpiaba los cristales empañados de las gafas.

—¿Puedes enseñarme a escribir y a leer como lo haces con mis hijos en la escuela? Ahora ellos saben más que yo y eso me asusta, pero el jefe de mi aldea no me deja aprender. Él tampoco conoce las letras y teme que un guerrero le arrebate la silla y las mujeres.

El poder del conocimiento asustaba a muchos líderes tribales, conscientes de que, seguramente, serían los últimos de su linaje.

—¿Puedes ayudarme, madre? Será nuestro secreto.

—Si así lo quieres, no se hable más —contestó Alice sin dudarlo—. ¿Puedes venir a la escuela por la tarde, después de las clases?

Anna negó con la cabeza.

—No, debo volver al campo a trabajar. Nuestra aldea tiene que suministrar la cuota para la Force Publique. En una semana se comieron todas las reservas de mandioca y patata salvaje, y ya no nos queda caña de azúcar.

—Si quieres, puedo darte algunas provisiones para tu familia.

—Madre Harris, es usted muy bondadosa. Mis hijos comen en las cocinas de la escuela, aunque mis vecinos agradecerán la ayuda.

Pero igualmente debo trabajar en el campo por el bien de todos. Si no conseguimos la cuota, sufriremos las represalias de los soldados.

—Entonces ven cuando puedas. O puedo ir a verte.

—No, mejor en su casa o en la escuela. Le prometo que haré las tareas.

—No lo dudo. Mañana mismo empezaremos. ¿Te gustaría ver la revista que llegó hace una semana? —le preguntó Alice.

El último número de Regiones del Más Allá, la publicación mensual de la Unión de Misioneros, contenía dos de sus fotografías de Baringa.

Alice sentía que no había nada mejor para un fotógrafo que sostener su obra en formato papel. Quería compartirlo con su amiga.

—Madre Harris, esto es nuestra casa —dijo Anna con estupor al ver la imagen de la misión.

—¿Te gusta?

—Es pura magia. Es Baringa —repitió la congoleña fascinada, mientras acariciaba el papel con las yemas de los dedos—. ¿Qué dicen las letras? —preguntó tocando el texto.

—Abajo se lee: «La misión de Baringa expande sus actividades hacia el interior del Alto Congo».

—Ooohhh —murmuró Anna pasando el dedo por el pie de foto.

La otra fotografía, aunque un poco más pequeña, mostraba a un soldado de la Force Publique. Llevaba un chicote en las manos listo para ser utilizado en la espalda de un reo. El hombre estaba atado bocabajo a cuatro estacas clavadas en el suelo. La imagen era la viva voz de la violencia que sufrían los congoleños. No era la primera vez que publicaba ese tipo de fotografías. Anna prefirió obviarla. Le traía un recuerdo demasiado fresco.

—Qué ganas de saber leer las letras, madre Harris. Será nuestro secreto —repitió—. No podemos dejar que se entere el jefe de Baringa. Dice que las mujeres solo necesitan saber cómo criar a sus hijos.

—Y qué sabrá él. Será un honor enseñarte a leer las letras.

A menudo, el miedo de los jefes producía choques culturales que podían desembocar en violencia, y hasta alzamientos nativos. Cada poco tiempo sucedían en algún lugar del río. Entre ellos o contra las tropas de la Force Publique. En ambos casos, el Gobierno belga los reprimía a base de matanzas.

Al volver del viaje, John le contó que sobrevivieron gracias a la pericia de su guía. En Europa, sin embargo, solo sería un tullido más pidiendo limosna. Se refugiaron en lo alto de un gran nido de hormigas rojas que les subían por todo el cuerpo hasta la nariz y los ojos. El río se había desbordado. Una vez alcanzaron la canoa, se dieron cuenta de que tenían al lado un cocodrilo enorme. El más grande que Impongi había visto jamás. Golpeaba el agua con la cola con tanta fuerza que temieron que la embarcación volcase.

La mañana en que Alice estuvo a punto de morir, John había salido a cazar antílopes. Quería preparar el festín de carne a la parrilla que le gustaba ofrecer después de sus sermones de los domingos.

El sol brillaba tras otra madrugada de aguaceros torrenciales, tan intensos como cortos, que anunciaban el fin de la estación de lluvias. El cielo azul pálido estaba moteado por nubarrones negros, preparados para evacuar su contenido sobre las copas de los

árboles, que todavía retenían la bruma grisácea y translúcida de las primeras horas del día. La selva olía a jazmín fresco y eucalipto.

Como era habitual, Impongi esperaba en el porche. Al verla, se puso de pie de un brinco. Tardó milésimas de segundo en averiguar sus intenciones.

—Buenos días, madre Harris. Hoy ha salido el sol, de momento —dijo alzando la vista hacia el cielo—. ¿Es por eso por lo que lleva las botas de ir de visita a las aldeas? ¿Tiene previsto caminar hasta muy lejos?

—Buenos días, Impongi. Veo que no se te escapa una. Así es, tengo pensado dar un paseo hasta el asentamiento del otro lado del río. Quiero ir a ver a los que han llegado desde las tierras del río Lula.

—¿Va a ir sola, madre Harris? Son gente desconfiada.

—Esa es mi intención.

Impongi negó con la cabeza.

—Quiero presentarle mis respetos al jefe. Quizás me dé permiso para fotografiar la nueva aldea. No está muy lejos. ¿Quieres acompañarme y ayudar con la traducción? —le preguntó adelantándose a su petición.

Lo que no sabía en ese momento, capturada por su propia inocencia, desconocimiento y estupidez en forma de sonrisa, que se creía imperecedera, era que su compañía estaba a punto de salvarle la vida. Impongi asintió y se pusieron en marcha.

El joven se negó a recibir ayuda para vadear el río por un pequeño puente de palos. Caminaron durante unos minutos a través de la maleza húmeda, acuciados por el calor y las moscas. Llegaron a los

pies de la aldea improvisada. Un grupo de niños los recibió con terror en los ojos.

Impongi pidió que los llevasen hasta el jefe. Los rapaces obedecieron sin rechistar.

Al cruzar el campamento, la gente les abría paso. Pero con la desconfianza de quien ve de cerca a un enfermo de lepra, o a un prisionero. Nadie sonreía. El calor sofocante empañaba las gafas de Alice. Un niño señaló con el dedo hacia su cara. Creía que se había quitado los ojos.

Por fin llegaron hasta la cabaña del jefe, que los recibió claramente malhumorado.

—¿Sois del Gobierno de Boma? —preguntó el líder, que los miraba como si fueran espectros. El resto de los aldeanos lo imitaban.

—No, jefe. Somos misioneros —contestó ella sin titubear. Esperó a que Impongi tradujera sus palabras. El líder tribal no hablaba lingala.

—Podéis sentaros —contestó el jefe moviendo el brazo con magnanimidad.

Dos hombres salieron de entre el gentío y colocaron un par de taburetes pequeños de madera. Estaban diseñados para que el invitado siempre estuviese por debajo del líder.

—¿Qué queréis? —preguntó con cierto temor en su expresión.

—Solo hablar, conocernos y establecer relaciones con nuestros queridos vecinos. No todos los blancos somos de Boma. Yo vengo de Inglaterra, aunque vivo muy cerca, en la misión de Baringa.

Impongi tradujo al pie de la letra.

—Conozco a los ingleses de piel roja —respondió el jefe con desconfianza. No se había querido presentar.

Estaban bajo un sol de justicia. El vestido blanco de Alice, excepto por los bajos llenos de barro, se había convertido en una estufa. La humedad era asfixiante. En otros encuentros pasados con las tribus, los anfitriones enseguida les ofrecían zumo de piña, frutas del bosque, o, como mínimo, un trago de agua. Sin embargo, el jefe les miraba con ojos cada vez más extraños.

Alice le habló sobre la labor misionera y la escuela. No se dio cuenta de que, en la selva, los tambores habían comenzado a sonar.

—Enséñale al jefe cómo sabes escribir —le dijo a Impongi. Le hizo una señal para que escribiese algo en la arena con su dedo.

Fue en ese momento cuando Alice se percató de los tambores. Iban en aumento, como si los guerreros se preparasen para salir a cazar.

—Creo que va a llover, será mejor que nos marchemos —interrumpió Impongi.

—¿Cómo? —se quejó Alice.

—Madre Harris, mira las nubes negras en el cielo. Si descarga sobre nosotros, el río crecerá y entonces será imposible vadearlo. Debemos irnos, ahora —contestó haciendo énfasis en la última palabra, y lanzó una mirada de preocupación que Alice nunca le había visto antes.

El jefe los observaba cada vez más serio.

—Vámonos —exclamó Impongi. Se levantó y la cogió del brazo.

A pesar de la muleta, el joven le estiró de la muñeca sin remilgos. Empezaron a retroceder lentamente. Los tambores ya sonaban dentro de la aldea y repicaban cada vez más rápido. La gente empezaba a arremolinarse alrededor de ellos.

—Madre Harris, debemos irnos, sígame —indicó Impongi, que aumentó la cadencia de sus pasos—. Ya no hay tiempo —sentenció.

—¿Qué sucede?

—¡Vamos, vamos!

Alice ni siquiera pudo despedirse. El jefe se levantó al ver cómo se marchaban.

—Madre Harris, en cuanto tengamos al gentío a la espalda y entremos en la selva empiece a correr, ¿de acuerdo? Corra y no pare hasta cruzar el río. Yo estaré detrás de usted, se lo prometo. Prepárese. Luego me lo agradecerá.

—De acuerdo —respondió Alice confundida.

No atender a su consejo hubiera sido una necedad. La seriedad de su petición consiguió meterle el miedo en el cuerpo. Eso los salvó.

Alice corrió como si el diablo le pisase los talones. Resbaló un par de veces, pero Impongi estuvo ahí para sujetarla. Se cayó en el barro, maldijo la falda del vestido una y mil veces. Las hojas y las ramas le dejaron las manos magulladas.

Impongi se puso delante y Alice lo siguió dando grandes bocanadas de aire hasta llegar a la linde del río. Lo cruzaron como si fueran flamencos que remontaban el vuelo.

Al llegar a la otra orilla los tambores seguían sonando pero Impongi estimó que ya estaban a salvo.

—Aquí no nos harán nada —dijo mientras Alice seguía doblada sobre mí misma e intentaba llenar los pulmones de aire—. ¡Madre Harris, querían hacernos daño! Matarnos —añadió en voz baja.

—Impongi, ¿qué dices? —contestó ella.

Intentaba recuperar la compostura y parte del aliento que la carrera le había robado. En aquella ocasión, la montura redonda de

las gafas aguantó sobre su pequeña nariz.

—Los tambores no mienten, conozco bien su voz. Mi padre me enseñó a entenderlos. Lo supe en cuanto empezaron a sonar. Ese ritmo lo había escuchado antes. Se estaban preparando para la Danza del Sacrificio. Los aldeanos pensaban que eras un espíritu malévolo, madre Harris. Un espectro surgido de la selva para robarles la luz interior, o algo peor —explicó señalando con el dedo hacia su atuendo manchado de barro.

—¿Por mi vestido?

Impongi asintió.

—Nunca habían visto a nadie paseándose por el bosque con todo el cuerpo cubierto por un atuendo blanco. Creyeron que estaba flotando y que usted era una bruja de los europeos, madre Harris —explicó.

Alice se encogió de hombros mientras su cara se ensombrecía con una sonrisa aterradora.

20

EL DÍA EN QUE TERMINÓ LA INVENCIBILIDAD DE LEOPOLDO II

RUE ROYALE, FRENTE AL BANCO NACIONAL

DE BRUSELAS, 1902

Gran parte del pueblo bruselense asistió al funeral de la reina fallecida, la desdichada Marie Enriqueta. Pero no solo lo hicieron porque los faustos de la muerte de la monarquía son tan atrayentes como las plumas de los pavos reales. Ahí reside parte de su encanto y leyenda. También querían comprobar quién acompañaba al rey Leopoldo II en su carroza fúnebre. Y, más concretamente, si se trataba de Caroline Lacroix, la amante más controvertida del reino.

Ostentaba el título de baronesa de Vaughan. El monarca la conoció tres años antes en un burdel, cuando ella tenía dieciséis primaveras. El *affaire* con la prostituta francesa era un hecho conocido. La había colmado con obsequios, dinero y propiedades. Lo extraño es que todavía siguiese con ella. Por eso las malas lenguas insinuaban que tendría el mal gusto de llevarla a la misa por la difunta reina, que había muerto de pena en un balneario de Spa, mientras la tuberculosis consumía su cuerpo.

A Leopoldo II se la traía al pairo si aceptaban o no a su concubina. El pueblo llano tampoco se quedaba corto en su propia hipocresía.

Odiaban a Caroline por su antigua profesión y por la naturaleza no oficial de su relación, a la vez que se enriquecían gracias al soberano de sesenta y cinco años aficionado a las chicas menores de edad.

Para alivio de sus asesores, el monarca no la incluyó en la comitiva. El cortejo constaba de tres carrozas y salió de la Catedral de Saint-Gudule. Allí, aquel 15 de noviembre de 1902, coincidiendo con el día de la Fiesta del Rey, escucharon la sentida misa en memoria de la pobre Marie Enriqueta.

Muchos de los asistentes querían ver el espectáculo. Nadie esperaba ser testigo de un intento de regicidio.

En el primer carruaje viajaban Leopoldo II y el príncipe Alberto. En el segundo la joven princesa Isabel. El cortejo real dejó la catedral rodeada por la masa de gente que quería despedir a su reina. Cuando la procesión enfiló la Rue Royale, a la altura del Banco de Bruselas, el anarquista italiano Gennaro Rubino salió al paso de la comitiva. Sacó un revólver de su chaquetón y apuntó contra las calesas.

—¡Viva la revolución social! ¡Viva la anarquía! —gritó con un claro acento extranjero.

Disparó varias veces contra la tercera y última de las berlinas. Supuso que Leopoldo II estaba en su interior.

Los disparos fallaron, aunque hirieron a uno de sus ocupantes, el gran mariscal de la corte, el conde Charles John d'Oultremont. Los cristales rotos le impactaron en la cara. Cuando se dio cuenta de que abrió fuego contra el objetivo equivocado, al libertario italiano no le dio tiempo a hacer nada más. Era la prueba de lo mal que había planeado el atentado. Su venganza personal contra el capital fue un fracaso.

Dos espectadores, Bernard de Bar-le-Duc y Paul van den Bosch, lo agarraron por el cuello y lo desarmaron. La multitud los rodeó y clamaban por sacarle la piel a tiras. Hicieron falta varios agentes de policía para evitar que lo linchasen allí mismo. El gentío gritaba: «¡Matadlo!». «¡Larga vida al rey!». Los agentes consiguieron meterlo en un taxi, que abandonó la escena a toda velocidad.

Hijo de un herrador librepensador, Gennaro quedó huérfano de madre a los once meses. Buen estudiante, quiso graduarse en ingeniería. Tenía aptitudes pero la falta de dinero no se lo permitió. En 1878 ingresó en el Ejército italiano. Su intención era continuar sus estudios pero la disciplina militar chocó con un espíritu rebelde. En 1884, fue degradado y condenado por un tribunal militar a cinco años de prisión en Messina por sus escritos subversivos. Al salir de la cárcel emigró a Londres. Allí solo consiguió trabajos como lavaplatos y camarero. Empezó a frecuentar los círculos socialistas y anarquistas italianos. Polígamo, de su segunda esposa, Emily Alderton, tuvo un hijo en cuya partida de nacimiento de 1898 escribió: Marx Engels.

En Londres también quiso ser espía. Jugó el doble juego con los servicios secretos italianos para denunciar a sus hermanos libertarios. Le salió el tiro por la culata. Tanto Italia como los grupos anarquistas lo repudiaron. A esas alturas, Gennaro era un hombre aislado. Creyó que solo en el regicidio encontraría su lugar en la historia. Venganza contra los que no supieron valorarle y lo mismo para los cerdos del capital, como él los llamaba.

En un principio planeó asesinar al rey inglés, Eduardo VII, pero se echó atrás. El gran sentimiento monárquico de las islas británicas convertiría en mártir al recipiente de su crimen histórico. Necesitaba

un villano industrial que fuese más fácil de acceder. El soberano de Bélgica reunía esas cualidades de sobra.

A finales de octubre de 1902 se trasladó a Bruselas. No conocía a nadie, el dinero escaseaba y el clima era peor que el londinense. Sin embargo, esperó paciente la oportunidad.

En la celda de la comisaría, el anarquista perdió la cuenta de los puñetazos y tortazos que le cayeron como una tempestad de acero. No obstante, insistía en que no tenía cómplices. Muchas persona afirmaron que, durante el atentado, iba acompañado por otro hombre.

—Nadie, he sido yo solo. *Un anarchico individualista, capisci? Topo di fogna, servitore del denaro. Non hai anima, la storia si ricorderà di me e il tuo nome sarà poco più che merda nel fango*.*

El policía no entendió nada de lo que le había dicho. Por si acaso, le soltó una bofetada que le hizo escupir un nuevo chorro de sangre.

—¿Quién te ha pagado? ¡Nombres, ahora! ¿Han sido los ingleses? ¿Las ligas antiesclavistas? ¡Dime! ¡Te han pagado los ingleses! —gritó el policía.

Le cogió por el cuello y, con un rápido movimiento, sacó un punzón de su bolsillo y le acercó la punta de acero al ojo, tanto que el italiano creyó que se lo iba a sacar.

—¿Por qué has atentado contra su majestad, Leopoldo II?

—Los reyes son los tiranos que causan la miseria de los pueblos —dijo perdiendo fuelle. Los ojos se le emborronaron y se desvaneció.

Unos meses más tarde Gennaro Rubino fue juzgado y condenado en solitario. Murió en prisión en 1918.

El anarquista pasó a la historia. En eso acertó por primera y última vez en su vida. Pero no lo hizo como un héroe sino como un ángel caído. Y no fue el único. El lobo solitario italiano era parte del sentir del tiempo revolucionario que se acercaba con la llegada del nuevo siglo.

La noticia del intento de asesinato fue recibida con alarma por todas las casas reales y gobiernos. Los jefes de Estado y el mismísimo papa de Roma enviaron telegramas a Leopoldo II y lo felicitaron por sobrevivir. Era un tipo de carta al que ya estaban acostumbrados.

En abril de 1866, Dmitry Karakozov atentó sin éxito contra el zar Alejandro II. En mayo de 1878, Max Hödel hizo lo mismo contra el káiser Wilhelm I de Alemania. Y en noviembre de ese año, Giovanni Passannante falló en su regicidio contra el rey Umberto I de Italia. Al año siguiente, Grigori Goldenberg mató a tiros al príncipe Dmitri Kropotkin, gobernador de Járkov. El zar ruso casi volvió a perder la vida a manos de Alexander Soloviev. En España, en 1893, el anarquista Santiago Salvador arrojó dos bombas Orsini al foso de la orquesta del Teatro Liceu de Barcelona, durante el segundo acto de la ópera *Guillermo Tell*. Mató a una veintena de personas e hirió a decenas más. Otra bomba fue lanzada en 1894 por Auguste Vaillant contra la Asamblea Nacional francesa al grito de «¡Muerte a la sociedad burguesa y viva la anarquía!». Ese mismo año, otro anarquista italiano, Sante Geronimo Caserio, apuñaló hasta la muerte a Sadi Carnot, presidente de Francia. Bajo la cuchilla también cayó la emperatriz Elisabeth, consorte del emperador Francisco José I de Austria-Hungría, asesinada en 1898 por Luigi Lucheni. Y a tiros murieron el presidente del Gobierno español,

Antonio Cánovas del Castillo, asesinado por el italiano Michele Angiolillo como venganza por el encarcelamiento y la tortura de revolucionarios en la fortaleza barcelonesa de Montjuïc, y el presidente estadounidense William McKinley, acribillado por Leon Czolgosz durante la Exposición Panamericana de Buffalo, en Nueva York.

El mundo estaba cambiando. Los movimientos sociales y por los derechos de los más desafortunados, que eran la gran mayoría, empezaban a exigir justicia o plomo.

Los carruajes del cortejo fúnebre condujeron a toda velocidad por las calles adoquinadas de la capital. De vuelta en el palacio de Bruselas, el rey belga no tardó en reencontrarse con la señorita Lacroix. Su aspecto le recordaba a las figuras de las esposas de los faraones que Leopoldo II había visto de joven en Egipto. Se abrazaron y la besó en los labios con pasión. Se le pusieron los ojos en blanco al oler el perfume y la piel joven de su cuello blanquecino y largo.

—¿Estás bien, amor? —le susurró ella al oído.

El monarca la estrujó y rodeó con sus brazos su cintura de avispa. El vestido de noche de color púrpura y los complementos excesivos, sobre todo la amalgama de anillos y colgantes de oro, le daban un aspecto de musa de vodevil callejero.

—No ha sido nada. Todos estamos bien. El asesino ni siquiera ha acertado a mi carruaje —dijo cogiéndola de los hombros.

La volvió a besar en la boca cuando entraron en uno de los comedores de palacio. Ella buscó su lengua entre el bigote espeso

de su larga barba grisácea. Los sirvientes cerraron las puertas de la sala adornada con tapices y muebles de la corte de Luis XIV. Al separarse, un hilillo de baba se extendió entre ellos.

—Hace falta mucho más que un loco para acabar conmigo —dijo el rey hinchando el pecho como un papagayo.

Ella no le creyó. Al abrazarse sintió que el pecho le palpitaba. El soberano intentaba reprimir unas intensas ganas de vomitar. ¡Todo había sucedido tan rápido! Aún tenía el susto metido en el cuerpo. Sentía como si tuviese un aguijón de avispa clavado en la espalda. Poco a poco, la incomprensión, la rabia, el miedo y la sed de venganza empezaron a agolparse en su estómago.

—Si esto fuera el Estado Libre, otro gallo cantaría. ¡Malditos! ¡Me han intentado matar! ¡A mí! —aulló.

—¿Pero quién ha sido?

—¡Los radicales!

—¿Quiénes?

—Anarquistas, amor, gente que no cree en nada ni en nadie. La policía dice que podría ser un complot. Lo están investigando.

—¡Dios! —exclamó Caroline tapándose la boca con ambas manos.

—No te preocupes, cariño —dijo Leopoldo II mientras acariciaba su mejilla y ella le cogía de la barba y la estrujaba contra su cara—. Habría que atraparlos a todos y hacer como los alemanes en su colonia de Namibia. Primero se construyen campos para albergar a los alborotadores y luego se los elimina en grupo. Así es como han conquistado las costas de su territorio. Sin piedad. Los radicales son peores que esas bestias salvajes. Al menos ellos nacieron así, no es culpa suya, ¿verdad?

—Supongo —respondió ella, con la cabeza apoyada en la guerrera del monarca. La pechera estaba tan llena de medallas y condecoraciones como pocos habían sido los méritos para obtenerlas.

—Una cosa me ha quedado clara: la gente me ama. Gritaban: ¡Viva el rey! ¡Viva! —rememoró el soberano.

Pero en realidad no escuchó esos vítores. Tras los disparos, las carrozas salieron al galope.

—Si esto fuese mi colonia, esos malditos extremistas no tendrían ningún futuro. Acabaría con ellos, te lo aseguro. Pero ahora está en manos de la justicia —añadió lleno de furia.

—Deberías estar alegre, mi amor —le interrumpió ella—. Eso significa que te quieren, que aman a su rey —dijo besándole en la mejilla—. Dios ha querido que no te pase nada. A mí me parece que eres tan invulnerable como el sol que sale por las mañanas.

Leopoldo II la cogió de la cara y la besó en los labios con todas sus fuerzas hasta que sintió sus pequeños dientes clavados en las encías.

—Te amo, mi pequeño dulce —murmuró todavía asustado—. A partir de ahora, quien se me oponga que se atenga a las consecuencias. No tendré piedad —concluyó.

La abrazó y miró hacia la máscara africana de un hechicero baketi que representaba una cara desfigurada, mitad humana y mitad animal, que reposaba sobre una de las estanterías del comedor, y creyó que esta le devolvía la mirada, solo que no era amigable.

21

DIOS ES PARA TODOS, PERO LAS BIBLIAS NO SON GRATIS

REGIÓN DE YUMBI, ALTO CONGO, 1902

La fosa común, perfectamente excavada como si la tierra fuese un trozo de mantequilla, medía quince por veinte metros de diámetro. Monsieur Soigné era el único que observaba la hilera de cuerpos negros cubiertos por una fina capa de cal blanca. El jefe llevaba un cigarrillo partido por la mitad en las fosas nasales para protegerse del intenso olor a putrefacción. Un truco que aprendió en las llanuras, donde los gobernantes de Washington DC llevaron a cabo el exterminio de los indios.

El soldado raso Alessio Dubois se le acercó por detrás cubriéndose la boca y la nariz con la manga de la guerrera.

—En la podredumbre todos somos iguales —dijo.

Solo habían pasado unos meses desde que se incorporase al pequeño ejército de monsieur Soigné. La vida en la selva junto a sus acompañantes cada vez le parecía más dura. La crueldad se medía en cuchilladas y no en palabras. Se adaptó a base de cumplir cualquier orden y pegarse a Mobutu. Era el único, además del jefe, que parecía saber lo que estaba haciendo. El antiguo aduanero pensó que tendría más oportunidades de sobrevivir en la tupida

selva, cerca del río Ikelemba, si permanecía junto a ellos. Allí el destacamento se detuvo en la Misión de la Sociedad Belga contra la Esclavitud.

Desde su salida de Balolo, el regimiento perdió a tres hombres durante una escaramuza con una tribu. A otros once devorados por cocodrilos, felinos o electrizados por la picadura de las mambas verdes. Por este motivo los oficiales vestían sobre las botas y hasta la rodilla unas polainas hechas con la infranqueable y dura piel de hipopótamo. La lista de muertos la completaban otros veinticinco soldados, fallecidos a consecuencia de la malaria, la viruela o la enfermedad del sueño.

Monsieur Soigné se dio la vuelta, miró de arriba a abajo a Dubois y negó con la cabeza. Aun así, le gustó su comentario. El bocazas del puerto empezaba a caerle bien, aunque su actitud dejaba mucho que desear.

—¿Cuántos hay? —le preguntó el jefe señalando hacia la fosa común.

—Unos ciento cincuenta muertos en total. Solo en tres semanas. Entre ellos está el padre Gascón y las hermanas misioneras Cristina y Leticia, según asegura el reverendo. Dice que ellos eligieron ser enterrados con sus feligreses.

—Así es, fue su deseo, señor oficial —dijo una voz por detrás.

Provenía del reverendo Marcel Truste, el único sacerdote superviviente en la misión azotada por la hambruna y las plagas.

—Que Dios les bendiga —se santiguó y agarró la cruz de madera que le colgaba del cuello.

Vestía una sotana negra hasta los pies, sucia de barro y llena de hojarasca pegada en los bordes. Iba descalzo y tenía los pies

azulados, pero tan endurecidos que la piel exterior era puro cuero. Empezaba a llover y sus pies se hundían en el montón de tierra removida de la fosa, que se estaba volviendo barro pegajoso.

—Las fiebres no nos han perdonado; la enfermedad del sueño se ha llevado por delante a casi toda la aldea. Los que quedamos somos sombras, nada más —se lamentó.

Se santiguó de nuevo y alzó la barbilla para mirar hacia el cielo. Estaba escondido debajo del manto entrelazado de las copas de los árboles, el verdadero techo de aquel mundo que, visto desde sus ramas, estaba lleno de muerte condensada y fétida. Si Dios era belleza, pensaba el reverendo, entonces la fealdad a sus pies solo podía ser el infierno.

—Hay cinco fosas más como esta —añadió con una expresión alucinada y tocada por la locura.

—Capitán Enteté, ordene que veinte hombres entierren lo que queda de estos desgraciados. Deberíamos quemar los cuerpos —reflexionó monsieur Soigné—, pero el tiempo apremia.

—A sus órdenes —respondió el oficial, que también estaba a su espalda.

—Gracias, monsieur, gracias —imploró Truste—. Los pocos nativos que quedan no quieren ni acercarse a la fosa. El pozo de la muerte, lo llaman.

—Pues se les obliga —interrumpió el sargento Rugueux.

El capitán Enteté, que había evitado presenciar el espectáculo macabro, ahora no podía apartar la vista del agujero que tenía delante. Algunos parecían moverse. Sabía que solo eran los estertores posteriores a la muerte, aunque no por eso resultaba menos desalentador y terrorífico.

—Padre, si le parece, vayamos a la casa de la misión para hablar con tranquilidad. Necesita un descanso, y nosotros también —dijo monsieur Soigné al ver las caras de disgusto de sus hombres.

El sacerdote asintió y caminó al lado del jefe. Este le mostró el camino con el brazo, a pesar de que estaban en su parroquia. No pasó desapercibido ante el reverendo Truste, aunque lo obvió. Ya no le quedaban fuerzas para protestar. En las últimas semanas había llegado a la conclusión de que Dios no le iba a proteger, y ya no se preguntaba por qué. Todo era cuestión de azar. La fuente de su fe ahora se nutría de la capacidad para aguantar el dolor y la pérdida. El Todopoderoso bendecía y mataba en silencio.

Pequeños montones de basura ardían a ambos lados del camino. El humo gris ascendía hacia el cielo hasta quedar suspendido bajo las copas de los árboles.

—Este horror solo se explica por la falta de comida. Los aldeanos deben preparar kilos de comestibles como impuestos, más el trabajo recolectando caucho, madera y cualquier otra cosa. Por eso la hambruna se ha generalizado, monsieur. Es el terreno perfecto para que las enfermedades proliferen.

Truste se detuvo delante de su cabaña. No se diferenciaba mucho de las chozas de adobe y hojas de palmera del resto del poblado. La cruz de madera que colgaba en la puerta de la casa estaba torcida y el suelo lleno de vegetación. Hacía tiempo que nadie limpiaba y olía a agua estancada y fruta podrida.

El reverendo no los invitó a pasar. Se sentó en un taburete junto a la entrada y se llevó las manos a la cabeza. Luego alzó la vista y sus ojos se perdieron entre el follaje. Parecía que intentaba ver si más allá existía un mundo diferente.

—Padre, necesito hacerle unas preguntas —anunció el jefe alzando la voz.

En ese momento la puerta de la cabaña se abrió y del interior salieron el teniente Van Clacken y el subteniente Longtain. Cargaban con un montón de papeles y revistas evangélicas.

—¿Qué significa esto? —exclamó Truste, que se levantó de un brinco—. No tienen ningún derecho a entrar en mi residencia privada.

—De hecho sí lo tenemos —indicó con calma monsieur Soigné—. Está usted en tierras cedidas por la Corona belga y nosotros somos sus representantes. Pero no se preocupe, solo quiero hacerle unas preguntas. Siéntese, por favor —señaló con el dedo hacia el taburete.

El reverendo Truste bajó la cabeza, masculló una maldición para sí y se sentó subiendo y bajando los hombros.

—Antes ha dicho que el padre Gascón está enterrado en la fosa común. ¿Es eso cierto? —inquirió monsieur Soigné.

—Deposité su cuerpo yo mismo. ¿Lo conocía? —preguntó el religioso con un interés renovado—. Él ya predijo todo este horror. Dios sabe que debimos escucharlo antes —se lamentó.

—No exactamente. Conocía sus sermones publicados en la prensa belga y sus cartas de denuncia. Algunas iban dirigidas a ciudadanos particulares cercanos al rey y al obispo de Amberes —explicó el jefe.

Se acercó hasta el subteniente y cogió una de las revistas que estaban en lo alto de la pila de documentos.

«Regiones del Más Allá». Leyó el título para sí y se quedó con la revista. La portada publicaba la historia de un joven congoleño vestido con una larga túnica blanca que mostraba la amputación de

uno de sus brazos. El titular decía: *La realidad en el Estado Libre del Congo*.

—¿Usted comparte la visión del difunto reverendo? —preguntó el jefe.

—A mí me cuesta tener la fortaleza y la fe que tenía el reverendo Gascón. En el púlpito siempre predicaba sobre la teoría de la liberación. Ya sabe, la que considera que el Evangelio exige la opción preferencial por los pobres. El reverendo denunciaba lo mucho que hemos abusado y errado con los pueblos de estas tierras. Los llamaba los nuevos belgas —el sacerdote sonrió al recordarlo—. Es cierto que no tenía miedo a las autoridades. Sí que escribió cartas subidas de tono al Parlamento, a los obispos y a quien hiciera falta. Era un hombre muy escandaloso, pero lo hacía por el bien de estas gentes. Supongo que por eso han venido a por su legado, ¿verdad? —preguntó Truste mirando hacia el subteniente Longtain.

—¿Su legado? —inquirió monsieur Soigné.

—Muchos papeles y mapas. El reverendo Gascón llevaba más de veinte años en estas tierras. ¿Es que no lo sabía? —preguntó el religioso. De pronto fue consciente de que las intenciones de esos hombres no eran honorables—. Cuantas más quejas enviaba, más arriba del río lo mandaban. Muchas tribus del Alto Congo llorarán su muerte, si es que siguen con vida —añadió, y bajó la cabeza—. Todo está en sus diarios. Debemos cuidarlos. Sus últimas palabras siempre me acompañarán.

—¿Y qué dijo? —le preguntó el jefe.

—«Este era un lugar lleno de vida. Nosotros somos la muerte». Eso es lo que dijo.

Truste rompió a llorar desconsolado.

—Entiendo —contestó monsieur Soigné.

Buscó al sargento Rugueux con la mirada. Cuando lo encontró, le hizo un gesto para que se acercara.

—Quemad la casa hasta los cimientos con todo lo que hay en su interior. Luego el resto de la aldea. Subteniente Longtain, reúna un pelotón y llévese a los negros que puedan caminar al puesto de Coquilhatville —ordenó el jefe sin vacilar, alto y claro para que el reverendo lo escuchara bien.

—¿Y los que no pueden moverse? —preguntó el subteniente.

—Los remata y listo —sentenció el jefe.

—¡¿Cómo?! ¡¿Se ha vuelto loco?! —gritó Truste.

El religioso corrió hacia monsieur Soigné pero Mobutu se interpuso. Con un golpe de lanza lo tiró al suelo. Descolgó el rifle Albini con la bayoneta calada del hombro, lo cargó y apuntó al religioso.

—Tranquilo, Mobutu, no hace falta. La selva se ocupará de esta criatura lastimosa.

Detrás de él, el subteniente dejó los documentos en el suelo y repartió antorchas que los soldados encendían entre sí. Luego prendieron fuego a la cabaña y al resto de la aldea.

—¡Parad, por Dios bendito, deténganse! —exigió el reverendo a gritos. El jefe lo miraba con sus ojos de escualo sin contestar—. ¡Por lo menos salve sus diarios! Todo lo que hicimos será olvidado. Por favor, monsieur.

Truste se puso de rodillas, imploró con las manos y se echó a llorar de nuevo.

—Precisamente por eso, reverendo. Los papeles que había que salvar ya están a buen recaudo —explicó refiriéndose a los mapas y

las cartas para saber con quién se escribía el investigado—. Las llamas llevarán el resto al olvido. Créame, reverendo. Sé que ahora le cuesta verlo, pero le estoy haciendo el favor más grande de su vida. ¿O acaso quiere conocer a su jefe antes de tiempo y acabar en una fosa común? —Monsieur Soigné señaló con el dedo hacia el cielo—. Si lo consigue, vuelva a Bélgica, a casa, y olvide que alguna vez estuvo aquí.

El jefe se dio la vuelta y dejó allí mismo al religioso mientras la aldea comenzaba a arder.

—No tiene derecho —sollozó el reverendo.

—De hecho sí lo tengo —concluyó monsieur Soigné.

Antes de reemprender la marcha, el jefe se detuvo un momento y echó un vistazo a la revista que tenía entre manos. El texto no le interesaba tanto como las fotografías. La palabrería beata y las quejas ya las conocía. Sin embargo, las imágenes, sobre todo las de alto impacto como la que llevaba la portada, resultaban un peligro que debían atajar de inmediato.

—¡Teniente Van Clacken! —bramó.

El oficial se presentó de inmediato. El jefe leyó el nombre del autor de la instantánea: Alice Seeley Harris. Sonrió para sí. No era la primera vez que veía ese nombre. Lo tenía en su lista de religiosos británicos estacionados en el Alto Congo. Había llegado la hora de darles una lección. Sobre todo a esa mujer que se creía fotógrafa.

—¡A sus órdenes! —exclamó el oficial en posición de firmes.

—Diríjase a Baringa con el sargento Rugueux. Métale el miedo en el cuerpo al matrimonio que regenta la misión baptista. Si mis fuentes no me engañan, ya deben estar de regreso de su viaje a Inglaterra.

El teniente levantó una ceja.

—¿Qué fuerza debo emplear, monsieur? —preguntó el oficial para cubrirse las espaldas. Atacar a los blancos era un crimen, al igual que lo sería en Bélgica.

—La que crea adecuada para un buen aviso —contestó el jefe con ironía—. Hágales sentir el miedo que vive en el corazón de los hombres.

—A sus órdenes —respondió Van Clacken marcial y sonriente.

22

UNA BALACERA PARA LOS REPRESENTANTES DE DIOS

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1902

El sonido de las aguas del río Maringa resultaba reconstituyente. Alice y John paseaban en silencio. Ella con la cámara en ristre y él con un periódico inglés doblado debajo del brazo. Se lo habían enviado de urgencia desde la misión de la Unión en Balolo.

Los pocos europeos de Baringa todavía estaban estupefactos ante la noticia del intento de asesinato de Leopoldo II. La información tardó semanas en llegar al Congo, pero se extendió desde Boma a través del río a más velocidad que la línea de telégrafos.

Para los beneficiarios de la colonia, el intento de regicidio era un recordatorio de la mortalidad del monarca. Sus detractores, en cambio, debatían entre ellos. Unos sintieron alegría; al fin alguien había dado un golpe en la mesa ante el hombre que escondía el mayor crimen del mundo. Otros sentían rabia porque el anarquista italiano era un auténtico chapucero.

En público, la posición oficial de los misioneros era que la violencia siempre debía condenarse. Esa era la herramienta del mal que más afligía a la humanidad. Pero, aunque no se atrevía a decirlo, Alice pensaba que muerto el perro, muerta la rabia.

Nunca había deseado la muerte de nadie. Paseaba intentando no pensar en ello. No quería enfrentarse con su propia versión oscura. Hasta el cristiano más devoto era capaz de odiar, incluso cuando esa no fuera su intención.

—El que a hierro mata, a hierro muere. No lo digo yo sino el Evangelio según San Mateo —le dijo John.

Justo en ese momento, tres disparos pasaron silbando cerca de sus cabezas. Una de las balas impactó en un tronco a su izquierda. Ambos se dieron cuenta al instante y se lanzaron al suelo, apabullados por la confusión.

—El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? —murmuró Alice, instintivamente. Evocó el salmo 27 del libro de David como si este fuese un escudo. John le cogió de la mano.

—No son cazadores, aquí no hay presas —afirmó él.

Alice pensó en sus hijos, pero evitó recordar sus caritas. No podía permitir que le flaqueasen las fuerzas. La idea, aunque fuera durante un segundo, de dejarlos huérfanos le resultaba insoportable, dolorosa y punzante, como si tuviese las costillas rotas y los pulmones sin aire.

Tendida en el suelo, con el corazón retumbando en su pecho, comprendió que la causa que abanderaban quizás pedía más de lo que era justo dar.

Se oyeron más detonaciones. Alice fue consciente de que su vestido blanco la convertía en la diana más fácil del mundo.

—¡Mira, allí! —espetó John, y le indicó con el dedo hacia un claro en lo alto de una colina al otro lado del río.

Les costó creerlo, pero sus ojos no les engañaban. Dos oficiales blancos los señalaban. A su lado, tres tiradores askaris vestidos con

el uniforme azul de la Force Publique sostenían sus largos rifles Albini y apuntaban hacia su posición.

Otra de las balas silbó cerca de la oreja de Alice.

—¡Dios mío, quieren matarnos, se han vuelto locos! —gritó.

—¡Baja la cabeza, Alice! —aulló John. Estaba tendido junto a ella y se cubría la suya con las manos.

Alice pensó en hacer una fotografía. Enseguida descartó la idea. Tendría que ponerse de pie. Alzó la cabeza de nuevo y vio a uno de los oficiales blancos que sacaba el revólver de la funda atada al cinto. Otra bala rozó su cabeza y volvió a saborear la tierra.

Ambos temieron lo peor. John le estrujó la mano.

Para su sorpresa, el oficial se acercó a uno de los tiradores, alzó el arma, le golpeó en la sien y lo dejó noqueado en el suelo.

Alice lo vio y se quedó quieta.

—Mira, John, mira —insistió.

Su marido levantó la cabeza. El oficial pateaba al askari indefenso tendido sobre la hierba mientras su compañero blanco se reía. Los otros dos tiradores bajaron las armas y no movieron ni un dedo.

—Quedémonos aquí un rato. Creo que solo querían asustarnos. En cuanto volvamos a la misión cerraremos las puertas y las contraventanas. Hay que informar lo antes posible a las autoridades inglesas en Boma. Presentaremos una queja y pediremos ayuda. De momento necesitamos seguridad oficial —explicó John.

A lo lejos, los oficiales desaparecieron en la selva mientras los soldados recogían a su compañero y hacían lo mismo.

Alice asintió, aunque en el fondo pensaba: ¿Más cartas y quejas por escrito? ¿Servirá eso de algo? Pero no dijo nada.

—Ya se han marchado —indicó Alice.

—Malditos locos —contestó John mientras se sacudía los pantalones.

—Si nos hemos convertido en su objetivo, es porque algo hemos hecho bien. Por eso quieren meternos el miedo en el cuerpo. Debemos seguir mandando material para la revista, o para cualquier publicación que quiera mostrar la realidad sobre el negocio del caucho en el Congo. Y tienes razón —reflexionó Alice—, hay que escribir más quejas a las autoridades belgas y a Inglaterra. Si nos pasa algo, que la gente sepa por qué.

—Los ánimos están muy caldeados. Ahora lo importante es encontrar protección.

—Sí, pero ¿dónde?

—No podemos confiar en los mercenarios —aseguró John.

La imagen de Edward Vilah apareció en la mente de Alice. Se preguntó dónde estaría. Hacía más de un año que no lo veía. Sin duda él era el hombre adecuado para el trabajo. Pero sabía que era prácticamente imposible averiguar su paradero y proponerle la tarea.

—Solo se me ocurre algo, aunque es una locura. Debemos escribir a Boma y exigir que sea la propia Force Publique la que nos proteja de nuevos ataques.

—¿Cómo? —espetó Alice.

—Los enemigos, cuanto más cerca, mejor. Además, no se atreverán a tocarnos si estamos bajo su cargo y la atenta mirada del consulado inglés.

Unos días después, el Gobierno belga no les pudo negar la seguridad demandada. Iba respaldada por los diplomáticos británicos en Boma.

Esta se presentó en forma de un pequeño destacamento de la Force Publique.

Al matrimonio no le gustaba la idea de tenerles en su casa, pero Alice vio la oportunidad de tomar una fotografía y desafiar personalmente a Leopoldo II. Sus ojos miraban hacia ellos. No podía dejar escapar esa ocasión.

La protección enviada por las autoridades sería un arma de doble filo. Para ello hizo algo que nunca pensó que haría: se puso delante de la cámara como protagonista de una escenificación digna de los teatros de Londres.

La idea era que la imagen evidenciase la realidad: que sus presuntos protectores solo eran ojos intrusos, con la misma mirada inquisitiva que los carceleros.

La fotografía la realizó Impongi, bajo las especificaciones de Alice. Todo fue deliberado. Un sentimiento de venganza se había apoderado de su corazón.

El escenario fue el porche de la misión en Baringa. Alice mandó colocar una gran silla en medio que parecía un trono y se sentó como si fuera una reina. Le pidió a dos de los askaris uniformados que se situasen de pie, a ambos lados. Al utilizarlos en la imagen estaba lanzando un desafío para los observadores más avispados: una mujer que era testigo de las fechorías en el dominio privado del rey belga, ahora se sentaba en su trono como si ella, en representación de la justicia, fuese la verdadera soberana del lugar. Y encima escoltada por sus hombres. El triunfo del bien sobre el mal.

Pocas veces desde que había llegado al Congo se alegró tanto de que su vestido blanco y pulcro sirviese para algo.

John permaneció en silencio casi todo el tiempo. Más por irritación que por miedo. No se fiaba de los soldados. Y con razón. Debía callar y esperar el momento adecuado. La confrontación directa era un lujo, además de una excusa para el Gobierno colonial, que no podían permitirse.

La fotografía no hubiese tenido el mismo impacto y capacidad de desafío sin el contraste entre los cuerpos en posición marcial de los guardias y las dos grandes macetas que Alice colocó a propósito en las escaleras del porche. Su intención era contraponer la domesticidad y la belleza con la visión de los rifles cargados y las bayonetas caladas. Los tallos verdes de las plantas contra los tallos del metal que subyugaba al Congo. Una imagen dócil pero aterradora.

Sin ser consciente de ello, la Kodak de Alice se convirtió en una de las primeras en la historia en utilizarse como herramienta política.

Le gustó posar como una actriz de teatro para aficionados. Un tiempo después, cuando John estuvo de acuerdo en enviar la imagen a Balolo y a Inglaterra, Alice le contó que había mirado hacia el objetivo con una expresión mayestática y severa.

—Pensé en la cara que pondría la reina Elisabeth I —explicó medio en broma.

Tiempo después supieron que la orden del tiroteo salió de Bruselas. La llevó a cabo un oficial belga llamado Van Clacken, el hombre que vieron apalear al soldado en la selva.

La escolta de los soldados en Baringa duró varios días.

En cuanto se marcharon, la pareja se alegró de volver a sus actividades, libres de la atenta mirada de la fuerza responsable de las peores atrocidades en el Congo. Sin embargo, la partida de los

askaris dio paso a un nuevo tipo de estrategia y venganza por parte de las autoridades belgas.

Un pequeño destacamento, a las órdenes de un tal subteniente Albert Longtain, ordenó que cortaran los suministros a través del río. Las siguientes semanas la misión tuvo que subsistir a base de leche de cabra, conservas y la poca caza que había en la zona.

Si los esbirros de Leopoldo II, que mandaban a las tropas coloniales como bestias, hubiesen sabido que, dos años después y en ese mismo porche, Alice haría la fotografía que lo cambiaría todo, seguramente hubieran prendido fuego a la casa de la Unión Misionera en Baringa.

23

LOS PIGMEOS HUIDOS Y LOS ESCLAVISTAS LOCOS

REGIÓN DE BASOKO, ALTO CONGO, 1903

El grupo de supervivientes con aspecto de espectros aceptó reunirse con los misioneros. El encuentro sería en lo más profundo de la jungla, donde la comunidad de pigmeos, la raza de hombres y mujeres en miniatura que era la más extraña y perseguida del Congo, todavía se sentía segura.

La condición: que nunca revelasen su posición en el mapa. Centenares de supervivientes de sus poblados desaparecidos cerca del río Lopori malvivían escondidos. Jugaban al gato y al ratón con las tropas gubernamentales.

Alice y John estaban explorando la región de Basoko. Habían pasado unos días ayudando en la construcción de una nueva escuela en la misión de Bongandanga. Estaba situada a mitad de camino del río Lulanga, uno de los grandes afluentes del majestuoso Congo, donde, por casualidad, encontraron el escondite del grupo.

Los pigmeos que hallaron debatieron largo y tendido sobre si debían llevarlos ante sus jefes tribales. El matrimonio consiguió convencerlos de que eran misioneros. Finalmente los presentaron ante sus líderes.

Estos estaban sentados detrás de una gran hoguera que iluminaba la noche estrellada. Las llamas ascendían hacia el cielo negro, donde el humo de sus hogueras era invisible. A la mañana siguiente las apagarían para no indicar su presencia.

En las caras de los líderes tribales se reflejaba el miedo constante. Los ancianos sabían que encolerizar a los blancos tenía consecuencias: una visita de *bula matadi* con sus uniformes y soldados caníbales.

—¿Sois misioneros? —preguntó uno de ellos.

—Así es. Mi nombre es reverendo Harris y ella es mi esposa Alice.

Los jefes asintieron y susurraron entre ellos.

—Es un honor estar aquí —continuó John lentamente para que a Impongi le diese tiempo a traducir—. Venimos desde Inglaterra, una isla muy lejana, para tenderos la mano. No queremos caucho ni marfil, solo escuchar por qué habéis abandonado vuestras aldeas y ahora malvivís en la selva de Basoko.

—Si te lo cuento, hombre blanco, ¿cómo sé que no me traicionarás? Vuestra palabra es como la niebla matutina suspendida entre los árboles —respondió otro de los jefes. Por su aspecto parecía el más joven de todos.

John se había sentado en el suelo, a diferencia de los caciques que lo hacían sobre un tronco largo y pulido. Este hacía la labor de trono compartido surgido de la propia jungla. Su intención era demostrarles que hablaba como el invitado que era, y no como un ser que se creía propietario de sus tierras y destinos.

Impongi y Alice estaban sentados detrás en unos taburetes, rodeados de los pequeños pobladores de esa aldea improvisada y remota. La mayoría eran ancianos, además de algunas mujeres y

muchos niños que no pasaban de los diez años. Los abuelos querían recomenzar su mundo, hacerse cargo de los nietos y transmitirles su sabiduría ancestral.

—Puedes confiar en mí. Las estrellas y la fe en mi Dios son mi testigo. ¿Qué os ha sucedido? —preguntó John apuntando con el dedo hacia el cielo. Fue un gesto inteligente. Todos los presentes alzaron la vista.

El jefe que habló primero miró a ambos lados y esperó que sus homólogos le dieran permiso con un movimiento de cabeza.

—Soy Ngombe, del pueblo mongo —dijo con la voz exhausta—. Cuando los soldados se presentaron en mi aldea, nos dieron a escoger. O los hombres en edad de trabajar accedíamos a marchar con ellos para una labor encargada por el gran jefe de Matadi, o se llevarían a todas las mujeres y no las volveríamos a ver. Accedimos. Prometieron que cuando volviésemos ellas estarían allí.

El jefe se detuvo y suspiró profundamente. Alice, atenta, pensaba en la posibilidad de hacer una fotografía, aprovechando la luz de la hoguera.

—Pero no fue así —continuó Ngombe—. Al día siguiente nos llevaron río abajo. Navegamos durante varias jornadas en una gran canoa con chimeneas de las que salía un humo negro y sucio. En cuanto llegamos a nuestro destino, un campamento lleno de hombres de todos los ríos de la selva, a latigazos nos ordenaron construir un tramo del cable telegráfico. Nos obligaron a trabajar bajo el sol, sin agua y sin comida. Los hombres tenían tanta hambre que cualquier carne les valía —explicó avergonzado.

Alice y John supieron al instante a qué ser refería. Y que él también había comido.

—La mayoría murió en cuestión de meses —continuó—. Cuando solo quedábamos ocho, de más de cincuenta, los supervivientes pasamos muchas jornadas debatiendo sobre cómo escapar. Una noche sin luna reunimos el valor. Nos adentramos en el bosque y allí encontramos una vieja canoa escondida en la hierba. Los soldados no tardaron en echarnos en falta. Nos metimos en una de las marismas del río, entre los manglares, y esperamos varios días. Solo teníamos la cabeza por encima del agua. Pasaron cerca, pero no nos encontraron.

El relato era tan sentido que Alice tenía la sensación de estar escuchando la voz de todo el Congo, y no solo la del jefe. Su historia era el espejo de un país sumido en una pesadilla constante y orquestada en Bruselas.

—La segunda noche, los cocodrilos se llevaron a tres hombres al fondo del río. A la mañana siguiente emprendimos el camino de regreso a casa en la barca. Remábamos por las noches y durante el día nos escondíamos. Permanecíamos en silencio mientras nuestras tripas se retorcían como serpientes famélicas. Nos alimentamos de raíces y nueces durante varios días. Robábamos en aldeas como si fuéramos bestias salvajes enloquecidas. El hambre se llevó a otros dos hombres. Al decimoquinto día llegué a casa pero nadie me reconoció.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Porque el trabajo y el viaje nos convirtió en huesos forrados de piel —explicó Ngombe con los ojos vidriosos—. Parecíamos espíritus, esqueletos andantes. Apenas podíamos decir una palabra. Cuando por fin me reconocieron, mi familia creyó que había venido a visitarlos desde la tumba.

—¿Recuerdas el nombre de la empresa para la que trabajasteis? —inquirió John.

—Nunca lo olvidaré: Anglo India Rubber Company. Éramos suyos. Nos trataban como objetos, mera propiedad del hombre blanco y sus granjas. Vivíamos en barracas y nos alquilaban sin recibir paga, solo latigazos con el chicote —explicó.

Se acercó a las llamas y se giró. Mostró su espalda para que pudiesen ver las horrendas cicatrices que tenía por todo el cuerpo.

—Siento su dolor —dijo John.

—No lo creo —contestó el jefe, y volvió al tronco para proseguir con su relato. Hablaba despacio para que Impongi no perdiera el hilo de la traducción—. El hombre blanco tiene un corazón muy pequeño. Por eso escapamos de nuestras tierras ancestrales y ahora vivimos en esta selva alejada de todo.

—¿Y aquí habéis conseguido escapar de las amenazas? —preguntó el reverendo.

—Nunca se está a salvo. Tenemos vigías en las colinas. Cuanto más se acercan, más nos fundimos con el bosque. El mayor peligro son los cazadores de esclavos. Nuestros amos blancos no se olvidan, nos quieren de vuelta. Pero nunca fuimos suyos. Prefiero la muerte.

—En mi país la esclavitud está prohibida. Nosotros y los belgas no somos los mismos hombres blancos. Si necesitan nuestra ayuda, la misión de Bongandanga siempre estará abierta para sus pueblos —dijo John.

El comentario hizo que Alice dejase de pensar en la luz para sacar una buena fotografía. Como buen político y reverendo, John solo veía la paja en el ojo ajeno. A unos cuantos cientos de kilómetros de aquel lugar, en la Nigeria británica, la ley colonial inglesa reconocía

la esclavitud por nacimiento. Además, la policía británica capturaba a los que huían y los devolvía a sus dueños.

Alice alzó la cámara e hizo una única fotografía.

—Mi pueblo se ha convertido en ceniza pisada. ¿Por qué el hombre blanco quiere someter a toda la naturaleza y lo que hay en ella? La selva arde todos los días. He visto los grandes fuegos para crear cultivos que se extienden en la noche hasta donde alcanzan los ojos. Los elefantes se han marchado y los pájaros han migrado para siempre. Hasta las mambas lloran... hasta las mambas lloran —repitió el jefe y se cruzó de brazos como si se abrazase.

Cerró los ojos y frunció el ceño, giró la cabeza para esconder una mueca de dolor y, con un gesto con la mano, dio la reunión por terminada.

John y Alice no supieron qué responder ante la historia del jefe Ngombe. Sabían que contarla no sería suficiente. Permanecieron en silencio y observaron cómo los otros líderes tribales se levantaban y se marchaban con su gente hacia el interior de la jungla.

Al día siguiente, navegaron de vuelta hacia Baringa. La deforestación de la que hablaba el jefe era evidente en las riberas. También en muchos de los afluentes del Congo. Estos se habían convertido en carreteras fluviales llenas de vapores de transporte. Sus calderas funcionan con leña cortada de los bosques. Las extensiones taladas quitaban el hipo. Eran tan grandes como veinte o treinta aldeas juntas.

Muchas de las poblaciones que habían existido en los márgenes del río Lopori ahora eran explanadas donde se almacenaban

montañas de leños cortados y perfectamente dispuestos. Allí, pequeños grupos de nativos malvivían mendigando comida. Eran custodiados por unidades de la Force Publique. Las estaciones comerciales empleaban estas unidades con el objetivo de asegurar las ganancias de la venta del combustible.

Las viejas calderas del vapor Henry, propiedad de la Unión y destinado a surcar las aguas entre las misiones del Alto Congo, también estaban hambrientas. Cada viaje suponía, al menos, una parada en un puesto forestal. Así los denominaba el gobierno de Boma. Allí las condiciones de trabajo estaban sujetas a los designios del encargado, ya fuese un cabo de baja graduación o un gran agente comercial blanco.

De esta manera, en su puesto perdido en la selva, cada hombre se convertía en un pequeño Dios. Muchos disfrutaban de esa indulgencia mesiánica, sobre todo en las estaciones alejadas de la costa. Mil quinientos kilómetros río arriba, los nativos vivían en la edad de piedra. Desde el punto de vista colonial, era fácil que algunos de los extranjeros adquiriesen un grave complejo de ser supremo, de deidad. El comandante del puesto donde amarraron para comprar madera era uno de ellos. Se hacía llamar capitán Gerrets. Era un danés rubio de ojos gris cristalino, enjuto y de mediana edad. Iba sin camisa, con unos pantalones de piel, el pelo trenzado como los nativos de la costa y un montón de abalorios alrededor del cuello.

A Alice le recordó al personaje del señor Kurtz, el loco protagonista de un libro escrito por un tal Joseph Conrad que había leído en Inglaterra mientras estaban en la casa Harley. El argumento de la obra tuvo un gran éxito. A ella le gustó porque reflejaba la vida

diaria de los misioneros. Selva, río y locura; tres cosas a las que debían acostumbrarse o enloquecer ellos mismos.

El escritor británico de origen ucraniano describía el Congo como un mundo de absurdidad y de terror. Así lo demostraba el puesto forestal donde amarraron.

Al presunto capitán le gustaba numerar con tiza los troncos para llevar la cuenta. Quería cerciorarse de que ninguno de sus trabajadores, aunque esa palabra era un eufemismo, los robaba para cocinar o calentarse durante las frías noches dentro del bosque. Casi todos dormían bajo las estrellas encadenados por el cuello a un gran árbol de mangos, cuyas raíces parecían olas de madera que surcaban el suelo salpicado con la hojarasca muerta de la selva.

En cuanto vio la embarcación, el danés hizo sonar una bocina que alertó a los trabajadores para que acudieran al embarcadero. Mientras, el susodicho bajaba a toda prisa desde una pequeña cabaña donde malvivía con tres esclavas y cinco soldados gubernamentales acampados al lado. Ninguno de ellos iba vestido con uniforme. Llevaban ropa europea extrañamente combinada. Algunas de las prendas eran de mujer, como camisones y polainas. Iban armados con rifles Albini y machetes. No se apartaban del jefe en ningún momento.

—¡Bienvenidos! ¿Sois daneses? —preguntó desde la ribera. Se colocó una vieja gorra de capitán que en su día debió ser blanca y con ribetes dorados. Ahora era marrón y tan descosida que le asomaba el pelo por los costados.

Al dueño del puesto comercial le faltaban varios dientes y tenía una nariz protuberante. Le daba aspecto de bruja de cuento, como la de Hansel y Gretel, que tanto asustaba a los niños.

—No, somos ingleses. Misioneros de camino a Baringa —respondió John desde la cubierta de proa.

La expresión del hombrecillo cambió de repente. Parecía francamente desilusionado. Desde ese momento no dejó de mostrarse irritado.

—¿Qué hacen por aquí? Baringa está a más de tres días de viaje. ¿Traen noticias interesantes? Últimamente no veo a muchos hombres blancos.

—Queremos comprar combustible —respondió John.

—¡Eso ya lo sé! ¿Se cree que el capitán Gerrets es un iluso? ¿Un loco que vive en lo más profundo del bosque entre bestias? ¿Un iluminado, quizás? Aquí el capitán Gerrets es omnipotente. Lo ve todo, ¿entiende?

—¿Podemos comerciar? —inquirió John. Aquel tipo le daba mala espina.

—¡Claro, inglés, claro! —respondió Gerrets, que alzó la cabeza para ver lo que había en el interior del vapor.

Alice, que permanecía en la cabina del barco, sacó una fotografía de la estación sin que el hombre se diese cuenta. No era más que la choza sobre una colina y ese embarcadero. Contó hasta veintiséis hombres y al menos diez mujeres. Según Gerrets, le pertenecían. Lo dejó claro desde el primer momento.

—Mis criaturas se ocuparán de todo. ¡Vamos, a qué estáis esperando! ¡Moved el culo! ¡Vagos! —gritó a un grupo que permanecía junto a un montón de leña debidamente numerada, lista para ser vendida—. El capitán Gerrets tiene la mejor madera del Congo, se lo aseguro. Él nunca miente —añadió el danés, que

hablaba en tercera persona. John le lanzó una de las amarras—. Tengo madera del bosque más profundo, donde los...

El danés se quedó en silencio al reparar en la presencia de Alice, que seguía en el puente y observaba la escena desde una de las grandes ventanas que iban de babor a estribor.

—... árboles tienen alma y producen más energía que ninguno. Viene de un bosque sagrado —terminó la frase casi con un murmuro. Miró a Alice, invadido por la curiosidad y la sorpresa—. ¿Es una mujer blanca? —preguntó—. Hace tiempo que no veía a ninguna. Mirad, chicos, mirad —les dijo a los miembros de su seguridad personal, todos con caras de esbirros plenipotenciarios.

El presunto capitán se secó la boca con el brazo desnudo y se subió los pantalones tan hechos jirones que parecían una falda.

—¿Está soltera? Mis hijos necesitan una madre de verdad —le preguntó a John.

Caminó hacia la borda del vapor, donde Impongi y el capitán del Henry esperaban a que el agente comercial diera la orden al respecto para que los trabajadores trajesen la leña.

—Es mi esposa, señor Gerrets —respondió John un tanto enojado —. Solo queremos madera. ¿La tiene en venta?

—El capitán Gerrets tiene mucho dinero, y piedras preciosas. El capitán conoce unas minas que bien valen el trueque de una mujer como esa —añadió de nuevo refiriéndose a sí mismo en tercera persona—. O toda la leña que se pueda llevar cada vez que pase por su casa, su tierra, su dominio en la selva.

—Le repito que no me interesa su oferta, pero sí la leña.

—Entiendo —respondió el danés mirando a Impongi.

—¿Y un negro nuevo? Este parece incompleto. Los tengo fuertes y dóciles, créame. Aquí no hay manzanas podridas.

Sus guardaespaldas se echaron a reír. Él se giró hacia ellos y les gritó:

—¡A callar! ¿Os reís de un hombre blanco? Yo soy vuestro padre, ¿o no? ¡O no, malditos! —repitió. Se desgañitaba y sus secuaces quedaron en el más absoluto silencio. Los esclavos que estaban junto a los leños clavaron la mirada en el suelo—. Se lo aseguro, ese negro está defectuoso, no llegará muy lejos sin un brazo y una pierna. Yo le doy uno disciplinado y fuerte por diez francos. Uno de los que están talando allí —indicó con el dedo hacia un grupo que cortaba madera en lo alto de la colina, justo al lado de su chabola.

—Solo combustible, gracias —respondió John.

El capitán Gerrets se rascó la cabeza. Su mirada turbia parecía sopesar si valía la pena ordenar a sus hombres asaltar el vapor. Los ocupantes parecían no querer bajar del barco.

—¿Llevan carga? ¿Caucho, cacao? —preguntó frotándose la barba rubia, crecida y abultada como la de un santo católico que había perdido el juicio.

—Solo Biblias, me temo. Somos misioneros, ya se lo he dicho —respondió John irritado.

—¿Misioneros?

—Sí, de la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá. La organización del doctor Guinness. De la misión baptista en Baringa. —John arrastró las palabras.

—Misioneros —repitió el capitán Gerrets, que buscaba en la voz de John algún tono que le indicase si le estaba mintiendo.

Pasaron unos segundos. Gerrets escupió en el suelo y contestó con desgana.

—De acuerdo, son dos francos por cada brazada de madera. ¿Cuántas quieren?

—Cinco, por favor.

—Trato hecho. Y un franco más si quieren que mis criaturas se ocupen de cargarles las bodegas. O lo pueden hacer ustedes mismos.

—Pagaremos ese franco —respondió John.

El danés asintió y alzó un brazo para que sus esclavos ordenasen los troncos según la numeración y los cargasen en la bodega del barco.

Después de recibir el dinero, el presunto capitán sacó una libreta de piel y tachó números con un lápiz que le colgaba de un hilo atado a los abalorios del cuello.

—Al capitán Gerrets nadie le engaña —dijo para sí en voz alta.

Al abandonar el puesto comercial, Alice observó cómo aquellas almas en pena volvían al infierno diario y olvidado en el que vivían. Y ellos se marchaban sin hacer nada.

24

EL IRLANDÉS ERRANTE Y EL PRINCIPIO DE LA GRAN LUCHA

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1903

Hay personas cuyo porte refleja de forma fidedigna el espíritu más grande que la vida misma que vive en su interior. Su forma de moverse, su mirada, con unos ojos capaces de observar el interior del alma. Con un resplandor interno que brilla más allá del espacio y del tiempo. Individuos con las ideas claras, a los que no les asusta que sean públicas para vivir siempre de cara, sea cual sea el resultado.

Roger Casement, el cónsul británico en el Congo para quien la palabra caballero se quedaba corta, era una de esas personas. Al entrar en una sala, sin importar su tamaño, era capaz de iluminarla con su presencia.

El diplomático era un irlandés de pura cepa, callado y de ojos reflexivos. Vestía siempre con un traje de *tweed* negro que estilizaba su figura, alta y distinguida.

La semana anterior, Alice y John recibieron una carta del cónsul tan corta como directa. Informaba de su próximo viaje a la misión de Baringa —la pareja había vuelto allí después de explorar el norte del Alto Congo— y les pedía una entrevista. Era todo lo que sabían,

aunque corría el rumor entre las misiones sobre una investigación a cargo de un diplomático británico.

En un primer momento, Alice pensó que quizás el señor Casement solo quería tratar temas relacionados con el consulado. O incluso reprenderles en nombre de las autoridades belgas, a propósito de sus cartas de queja a la Administración. Ellos las seguían mandando semanalmente, a pesar del incidente con el teniente Van Clacken.

Roger Casement llegó a la misión en una canoa nada lujosa; cinco remeros y ningún otro pasajero. Ni siquiera algún miembro de seguridad del consulado. La pequeña comitiva inglesa con la que viajaba se quedó río abajo.

John y Alice lo recibieron en la escalera del porche. Apareció con una sonrisa tan honesta como la luz de la mañana. Llevaba los zapatos y los pantalones de *tweet* llenos de barro, aunque no pareció importarle.

—Señor cónsul, es un honor recibirle en nuestra casa.

Alice inició una ligera genuflexión pero el diplomático la atajó con una reverencia exagerada. Entonces no lo sabían, pero la rebeldía endémica era la característica que mejor definía al representante del Gobierno británico.

—Tutéeme, señora Seeley Harris, se lo ruego.

—¿Al cónsul británico? —inquirió un tanto mojigata. Sintió cómo se le subían los colores. Era un hombre bien plantado con una sonrisa arrebatadora.

—Además de representante de Gran Bretaña —dijo un tanto a regañadientes y con cierta ironía—, también soy un hombre del pueblo. No estamos en el Palacio de Buckingham, las formalidades

son solo un muro del poder —contestó el diplomático con un marcado acento irlandés.

—Alice, entonces —respondió ella.

—Encantado —dijo él, y le estrechó la mano como si fuese un caballero y no una dama de la corte.

A su lado, Alice podía sentir la incomodidad de John. Para él, Roger Casement representaba a la Corona británica. Su ambición política despertó definitivamente durante ese encuentro. Por ello, no se permitió bajar al barro, por mucho que fuera el material con el que su libro sagrado decía que Dios había creado a la humanidad.

—Soy el reverendo Harris —se presentó John. Su voz sonó más grave de lo normal. A la vez le ofreció su mano.

Roger Casement, avispado como un zorro, supo leerlo al instante.

—Estimado reverendo, sus cartas en las que denuncia la situación en el Congo han revolucionado el consulado en Boma, y han cruzado el océano. Es un honor conocerle en persona —contestó el irlandés.

Roger Casement le cogió la mano y se la estrechó fuerte, con una leve y casi imperceptible genuflexión. John, sin ni siquiera darse cuenta, acabó abrumado.

En realidad la mayoría de las misivas las había escrito Alice pero permaneció en silencio. No obstante, su marido corrigió al diplomático.

—Me alaba, señor cónsul. El honor es nuestro y el trabajo también. Por favor, si es tan amable de acompañarnos hasta el porche —indicó.

Roger Casement no le pidió que le tuteara.

—Por supuesto —respondió el diplomático. Irguió la espalda y esperó a que fuese John quien diese el primer paso.

La situación era cómica. Los hombres y sus orgullos.

—Vayamos —dijo Alice, que tomó la iniciativa y subió los primeros escalones.

—Como supongo ya deben saber, porque en este país las noticias surcan el río a mayor velocidad que los pájaros el cielo, mi nueva labor en el Congo consiste en realizar un informe en nombre del Parlamento británico —expuso el cónsul—. El objetivo es investigar las acusaciones de abusos contra los nativos congoleños, algunas de ellas denunciadas por ustedes —explicó.

Roger Casement se sentó en una de las sillas de mimbre donde Alice había escrito muchas de esas cartas.

Anna apareció con una bandeja y una jarra de zumo de mango que había preparado ella misma. Lo dejó sobre la mesa y desapareció dentro de la casa.

—Solo hemos oído rumores, señor cónsul —respondió John, que lo miraba como un colegial a un profesor.

—Pues no lo son, como pueden comprobar —aclaró el diplomático —. Hace unos meses, la Cámara de los Comunes aprobó una resolución que pedía al Gobierno que investigara las supuestas violaciones del Acuerdo de Berlín en el Estado Libre del Congo. El interés del primer ministro se centra tanto en los términos comerciales como en sus presuntos motivos filantrópicos.

—Has venido al lugar adecuado —dijo Alice.

La inglesa quiso servir el zumo en los tres vasos vacíos, pero Roger se le adelantó.

—Permíteme —indicó con una sonrisa mientras servía la bebida.

—Los irlandeses siempre haciendo las cosas a vuestra manera. Esa es una verdad que nunca falla —dijo ella bromeando.

—Alice, querida —protestó John entre dientes.

Roger Casement se rio y dejó la jarra sobre la mesa.

—Eso es cierto, y a mucho orgullo —contestó el cónsul con una sonrisa.

—¿Es su primera vez en el Alto Congo? —preguntó John para cambiar de tema.

—No lo es, reverendo. Aunque mi última visita fue hace un par o tres de años.

—¿Qué cambios ha notado desde entonces, señor cónsul?

—Con señor Casement bastará, si gusta —respondió el diplomático.

John asintió y bebió un trago de zumo.

—Solo llevo unas semanas, pero sin duda esta parte de la colonia ha cambiado mucho. Me sorprende la despoblación de las riberas de los ríos. El Congo y sus afluentes están mucho más silenciosos de lo que recordaba. Gran parte de las comunidades y los pueblos que conocí han desaparecido sin dejar rastro. En el largo camino hasta Baringa he visto escenas que parecían sacadas de una contienda militar. Cerca de la misión de Waka vi a un grupo de mujeres, algunas con bebés en el pecho. Las mantenían como rehenes en una cabaña hasta que sus maridos regresasen de trabajar en la selva. Incluso estaban custodiadas por soldados uniformados de la Force Publique. No se me permitió intercambiar ni una palabra con ellas —explicó con una voz firme y paternal—. Tampoco me ha pasado inadvertida la cantidad de mujeres y niños con terribles amputaciones. Según me han informado, se aplican como castigo si los supervisores estiman que no han alcanzado las cuotas de caucho demandadas.

—Le han informado bien —dijo John.

—Eso me temo. Se habla de ejecuciones sumarísimas a diario. Como supondrán, mi visita no es solamente una cortesía del consulado. A tenor de sus expresiones, es evidente que no les cuento nada que no hayan visto ustedes mismos. Si accedieran a una entrevista, su testimonio sería de gran ayuda. En mi informe podría detallar los crímenes y las condiciones actuales en el Congo.

Alice no lo dudó.

—Honestamente, el diablo ha diseñado el sistema de recolección de caucho para que el mundo occidental pueda disfrutarlo. Vidas humanas a cambio de mejores neumáticos, a eso se reduce todo. No existe límite para los horrores que hemos documentado durante años.

—¿Les importa si tomo unas notas? —preguntó el diplomático. Sacó un bloc de papel rayado con las cubiertas de piel y sus iniciales inscritas en la solapa.

—Adelante —respondieron a la vez.

El cónsul sonrió. Estaba acostumbrado a las esposas calladas y obedientes, según las reglas y costumbres de la sociedad victoriana.

—Con su permiso, las preguntas van dirigidas a los dos —dijo Roger Casement mirando a John. Ahora fue su marido el que sonrió —. ¿Cómo describen la gobernabilidad de las autoridades belgas en esta parte de la colonia y la vida de las poblaciones nativas?

Alice nunca se había encontrado con un diplomático como aquel irlandés errante. No solo luchaba por lo que creía, sino que además no veía género al hacerlo. Era un hombre muy avanzado a su tiempo. Quizás por eso, al final de su vida, una década después, se

convirtió en un peligro para la propia Corona inglesa. Las acciones de su país en África también dejaban mucho que desear.

—Se gobierna con una crueldad absoluta, sin piedad. Los crímenes más ridículos se castigan con el látigo, el machete o la muerte. La esclavitud doméstica es lo que define a la colonia, tanto en las plantaciones como en las selvas. Jamás se ha visto tanta crueldad. Lo que te han contado solo es la punta del iceberg —le aseguró ella.

Alice se levantó sin previo aviso. Golpeó sin querer el borde de la mesa. Por poco vuelca su vaso y el de John. El cónsul sostenía el suyo y aprovechó para darle otro sorbo largo, aunque sin perder la compostura.

—¿Te encuentras bien? —preguntó John.

—Perdona, ahora vuelvo —respondió ella.

Alice regresó unos segundos después con una de las cajas de madera donde guardaba varios portaobjetos de cristal, placas fotográficas de gran formato, rollos de la Kodak Brownie y un montón de álbumes con imágenes reveladas. Las extendió sobre la mesa para que el cónsul pudiera observarlas. Entre ellas, una colección de fotografías de congoleños, sobre todo ancianos, jóvenes y niños mutilados por la policía colonial belga. Esos retratos se habían vuelto recurrentes en sus viajes. Tenía suficientes como para llenar un libro.

En ese instante recordó a Edward Vilah. Habían discutido sobre el impacto de las fotografías. Además, eran una vía para que su voz fuera escuchada, a pesar de que el término «fotógrafa» era todavía ampliamente desconocido en el mundo entero. Se volvió a preguntar en qué lugar de África andaría aquel cazador de elefantes.

Roger Casement cogió una foto en la que aparecía Impongi. La alzó para observarla mejor e hizo lo mismo con las siguientes.

—Desde que llegamos a Baringa, en 1902, hemos comprobado *in situ* la destrucción de muchas comunidades —indicó John.

—¿Qué quiere decir con destrucción? ¿Obra de quién? —preguntó el cónsul sin dejar de mirar las fotografías.

—La aniquilación de la población, a eso me refiero. La lleva a cabo el Gobierno belga. Los oficiales blancos ordenan atrocidades como esas amputaciones.

—¿Han hablado con los testigos?

—Así es, señor Casement —respondió John.

—Disponemos de muchas más fotografías. Hemos enviado diversas copias a Inglaterra —dijo Alice mientras abría un nuevo álbum.

El diplomático se incorporó para ver el contenido.

—Más que eso, Alice —afirmó John—. Muchas han sido publicadas en la revista de la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá. Y el año pasado, el periódico *The Independent* hizo unos grabados basados en algunas de las imágenes de mi esposa. El periodista que escribió el artículo, un tal Morrison, lo tituló *El desgobierno del Estado Libre del Congo*.

Alice no pudo evitar sonrojarse como una colegiala.

—Durante años he documentado con mi cámara las inmundas condiciones del trabajo forzoso. Se extienden por los cuatro puntos cardinales de la colonia. La fiebre por el caucho ha infectado a toda esta tierra.

Mientras hablaba, le mostraba imágenes de cómo los trabajadores se partían la espalda en las plantaciones de caucho y cacao. De

mujeres semidesnudas que cargaban cestos de caucho hasta la extenuación, y jóvenes engrilletados que vagaban por la selva con un aspecto famélico. Cuerpos vacíos con expresiones hastiadas.

—Tu trabajo es realmente sobrecogedor —dijo Roger.

Alice le pasó una fotografía de dos niños mutilados. A uno le faltaba una pierna y a otro una mano.

—¡Dios mío! ¿Dónde tomaste esta imagen? —preguntó el diplomático.

—En Bonyeka, cerca del río Bosira, al sur de aquí —respondió ella.

—Es muy impactante. El encuadre es sobrio y sin artimañas. Sobrecogedora, sin duda. Tienes mucha mano para la fotografía.

—Te agradezco la deferencia, Roger. Hay muchas más, demasiadas —dijo Alice rebuscando entre el montón.

Seleccionó otras dos en las que sendos niños mostraban su amputación a la cámara con una mirada fría, sombría, con la inocencia muerta. Vestían con unas túnicas blancas para resaltar las amputaciones.

—Estas las hice en las regiones de Yambinga y Lukolela. Hay unos mil kilómetros de distancia entre ellas. Como puedes ver, las prácticas criminales son las mismas. Las amputaciones presentan cortes limpios, de machete. Un animal salvaje dejaría marcas de mordisco —aclaró—. No es una coincidencia, sino un sistema de castigo sistemático implementado por las autoridades belgas. También usan el chicote como arma de sometimiento —añadió.

—Es un látigo de piel de hipopótamo —le aclaró John.

—Lo conozco —contestó el cónsul.

Alice le mostró otra imagen tomada en Mayumbe. En ella, un soldado nativo azotaba a un trabajador atado a varias estacas en el

suelo.

Fotografía tras fotografía, la fortaleza y entereza del diplomático, cuya profesión tenía como bandera la compostura por encima de los sentimientos, parecía resquebrajarse. Roger Casement tenía los ojos húmedos y suspiraba con intensidad.

—La piedad hace tiempo que abandonó el Congo —dijo Alice para reconfortarlo.

—Esta imagen esconde mucho dolor, aunque no lo parezca.

John cogió otra instantánea y se la entregó. Era de una mujer baketi ataviada con uno de los pesados collares metálicos con los que se adornaban los cuellos.

—¿Por qué? —preguntó el cónsul.

John miró a Alice. Quería que fuera ella la que respondiera y aumentara la grieta en el corazón del diplomático. Su marido tenía menos escrúpulos, y eso estaba bien. Él veía en la entrevista una oportunidad para luchar de tú a tú contra el régimen del rey belga.

—Los suboficiales de la Force Publique, en su mayoría nativos, decapitan a las mujeres para quedarse los collares como souvenirs —explicó Alice.

Roger Casement cogió la bebida, se echó para atrás con lentitud, inspiró, dio un sorbo del zumo de mango y dejó el vaso sobre la mesilla. De repente él mismo advirtió que ya no estaba tomando notas.

—Es un trabajo abrumador. Una denuncia sin paliativos. Alice, tus retratos y encuadres son muy humanos, demasiado reales. Eso es precisamente lo que el Congo necesita para que contemos su verdadera historia. Así se hará justicia.

—Ojalá tenga razón, señor Casement. Antes ha mencionado nuestras cartas. Hemos escrito muchas, a todos los niveles del Gobierno, a los líderes eclesiásticos y a una larga lista de políticos. Pero nada cambia y los abusos aumentan. Sinceramente, es difícil imaginar que la justicia de los tribunales pueda llegar hasta aquí —se lamentó John.

—Para eso estamos los diplomáticos, querido reverendo Harris. Lo que necesitamos son pruebas como las suyas. Sus cartas son un hilo de información que demuestra que los horrores no se deben a desmanes y salvajismos puntuales, sino que forman parte de la maquinaria del Estado belga.

—No somos los únicos. Otros misioneros también han presionado —indicó John a la vez que se secaba la frente mojada de sudor.

—Mejor aún. ¿Podría acceder a esas misivas? —preguntó el cónsul.

—¡Por supuesto! Esta noche mismo escribiré a las misiones amigas para que me faciliten copias de sus quejas oficiales.

—Se lo agradezco mucho, reverendo.

—Y yo a usted, señor cónsul. ¿Cree que su informe servirá para que el Parlamento tome medidas urgentes? Hay que detener esta locura.

—Esa es la idea, reverendo.

—Sin embargo, los belgas no pueden hacerlo sin aceptar que han violado los Acuerdos de la Conferencia de Berlín. Y eso pondría en peligro el dominio privado de Leopoldo II. El monarca nunca soltará las garras de esta tierra. Hay demasiado dinero en juego —interpeló Alice.

—No será fácil, de eso no hay duda. No obstante, Leopoldo II se debe al Parlamento de Bruselas. Esa es la puerta para exigir que ponga fin a la violencia —contestó Roger.

—¿Y cómo se atraviesa esa puerta? Los políticos están muy lejos. Y, seguramente, muchos de ellos tienen negocios comerciales por aquí —respondió ella.

—A través de la gente que los sienta en sus escaños: los ciudadanos. Alice, ¿imagina qué dirán en la capital, o en Amberes, cuando vean fotografías como las tuyas? ¿Cómo lo justificará el rey? Vino para acabar con la esclavitud, pero solo ha creado una peor que todo lo devora. El informe que tengo entre manos solo es el principio. Esta será una campaña larga de la que espero formen parte.

El matrimonio intercambió una mirada de confusión y sorpresa.

—Roger, cuenta conmigo y con mis fotografías —dijo Alice sin pensarlo.

El cónsul sonrió pero no respondió. Esperó a que John se pronunciara. El reverendo alargó el silencio hasta hacerle dudar. Otro juego innecesario entre los que se dedican a la política, pensó Alice.

—Sabe, señor Casement, comenzaba a creer que, al revés de lo que reza el dicho, la pluma no era más fuerte que la espada. Cuente con nosotros —dijo John por fin. Le extendió la mano con una mirada que Alice no le había visto antes.

El reverendo Harris tenía un fuego renovado en los ojos. Estaban llenos de pura pasión y sentido del destino. Era la misma sensación que ella sentía cuando accionaba el disparador de la cámara. Por eso la reconoció al instante.

—Sin embargo, debo informarle que este ofrecimiento es personal. No hablo en nombre de la Unión de Misioneros. Somos sus representantes, no sus dirigentes —añadió John.

—Su apoyo y experiencia son lo que busco. Su trabajo, reverendo, y el tuyo, Alice, empezó mucho antes que el mío. Este mal llamado progreso se ha convertido en una picadora de carne. Ustedes lo han vivido.

—El trabajo forzoso es la manivela que mueve los resortes de esa picadora. La esclavitud. Llamemos a las cosas por su nombre —indicó Alice—. La verdad es tan sencilla como horrorosa. Los congoleños, que iban a ser liberados del yugo de la esclavitud, solo tienen dos opciones posibles: la sumisión total o la muerte. Por eso, cuando descubrieron que habíamos informado a Inglaterra sobre las actividades de la Force Publique, la situación dio un giro peligroso. Hace unos meses incluso llegaron a dispararnos. Nos vimos forzados a aceptar la presencia de guardias armados durante varios días. Esta fotografía la hice cuando llegaron —dijo Alice mientras le mostraba la imagen impresa.

—¿Son soldados gubernamentales? ¡Caramba! —espetó Roger Casement al sostenerla.

—Así es —dijo John—. Protegidos por nuestros atacantes. Esta es la locura del Congo. Sin ley y sin humanidad. Pero esos guardias nos sacaron del apuro —recalcó.

—Hace falta mucho valor para hacer una fotografía así.

—Fue idea de Alice —explicó John.

Ella sonrió y le cogió del brazo.

—¿Las autoridades belgas les siguen molestando?

—Por supuesto. Nos cortan los suministros y nos hostigan, pero ignoramos sus amenazas y seguimos adelante —respondió Alice sin titubear.

—Con la ayuda de Dios detendremos esta locura —añadió John.

—Y con la ayuda de las fotografías de su esposa, reverendo Harris. Puede que su mano sea la que lo cambie todo.

Alice se quedó sin respiración. Las piernas le temblaban de pura excitación, miedo y alegría bajo la abultada falda. Como si su cuerpo supiese, antes que la mente, que el fruto de tanta labor solitaria e incómoda contra un gigante invencible había encontrado su lugar en el mundo.

—Una imagen vale más que mil palabras —murmuró el cónsul, que volvió al montón de fotografías.

—Nunca había escuchado esa expresión —dijo John.

—Desconozco su autor, si es que existe. Pero viendo las instantáneas de Alice, creo que fue inventada para este preciso momento.

—La cámara no miente —dijo ella, ruborizada.

Roger Casement levantó la vista y se frotó el bigote recortado y engrasado a la perfección.

—La cámara no miente —repitió el irlandés absorto en las imágenes.

Pronto salió de su breve ensoñación.

—He viajado por gran parte del país. Desde el Bajo hasta el Alto Congo, incluidos Mongalla, Equator, Kassa y Katanga. Según mis cálculos, en algunos lugares ha desaparecido hasta el noventa por ciento de la población. Mi conclusión es que la despoblación no se debe a la migración, como aseguran en Bruselas, sino a la muerte.

—¡Dios mío! No conocíamos esas cifras —suspiró John.

—En todos mis viajes sentí el peso de no poder comunicar apropiadamente la inmensidad de esta tragedia sin parangón en la historia humana. Solo es equiparable a los desastres de la Biblia —continuó Roger mirando a Alice—. Por eso quiero agradecerles su ayuda. Sobre todo tus fotografías. Estoy convencido de que serán el esqueleto sobre el que fundamentar la crítica y las acusaciones del informe contra el tirano belga. Son las más impactantes que jamás he visto.

—De nuevo, cuenta con ellas, Roger. Y con todas las que haga de ahora en adelante. ¿Cuál será el siguiente paso? —preguntó Alice.

Algún día Alfred y Caroline estarán orgullosos de sus padres, pensó.

—Cuando termine mis pesquisas reuniré las conclusiones y se las presentaré al marqués de Lansdowne. Espero que él las haga extensibles al Gobierno británico para que las publique. Luego las enviaré a la prensa y, con un poco de suerte, conseguiré reunir los fondos para luchar contra el monstruo belga —concluyó el diplomático.

Y así lo hizo.

Un año después el Gobierno inglés publicó el conocido como Informe Casement, aunque con cierta edición para hacer más digerible el horror.

El irlandés errante no escatimó adjetivos para describir la opresión implacable del sistema colonial en el Congo. Lo acusó de ser el responsable directo de la disminución de la población y la fauna. De los impuestos agobiantes a los nativos y la provisión de mano de obra esclava. Y de adoptar medidas brutales para imponer la ley a

través de la Force Publique con actividades como la toma de rehenes, la mutilación y el asesinato.

El informe corrió por todos los gobiernos y rotativos de Europa. Fue demoledor. Tanto que aunó el descontento y la indignación de la opinión pública. Primero la inglesa y luego la europea y estadounidense. Esta última era clave para Leopoldo II. Washington fue el padrino de la colonia al ser el primero en reconocerla.

Como consecuencia y a regañadientes, el rey belga se vio obligado a aceptar una comisión de investigación. Esta se enviaría al Congo con la condición de que el soberano pudiera nombrar a los tres jueces europeos que la iban a presidir. Así se aseguraba de que se llevaba a cabo por tres magistrados amigos.

Esa noche Roger Casement se quedó a cenar. Los tres disfrutaron de un buen pescado con patatas del huerto de la misión. Hablaron de Inglaterra y de su querida Irlanda a la que, según confesó, amaba por encima de todas las cosas.

Al día siguiente se despidieron en los mismos escalones donde se habían conocido. En ese momento ninguno de los tres sabía que la sonrisa honesta, envolvente, brillante y segura de sí misma con la que el diplomático se despidió iluminado por la luz de la mañana estaba a punto de cambiar el mundo. Sus últimas palabras fueron la inyección de moral que Alice necesitaba.

—Sigue fotografiando. Tus imágenes son la luz que debe iluminarnos —le dijo.

25

EL CORAZÓN ROTO DE UN SOLDADO Y LA MUERTE DE VAN CLACKEN

MONTAÑAS DE LIVOKO, 1904

Edward Vilah llevaba dos meses inmerso en la selva primigenia. Estaba siguiendo a una manada de gorilas en las tierras altas de Livoko.

Hacía semanas que el cazador no disparaba ni una bala. Se alimentaba básicamente de tubérculos. Mohammed, su leal acompañante sudanés, decía que era comida para las papillas de los recién nacidos o para los animales de corral.

Acostumbrado a las grandes partidas de caza, Edward disfrutaba del placer de internarse en la jungla sin más rumbo que su propio instinto. Atrás quedaban las demandas de los insulsos cazadores europeos, de los porteadores y sus necesidades y del mundo que los blancos se atrevían a llamar civilizado. Para él, soldado veterano y cazador profesional, la civilización era contemplar a un grupo de simios vivir y disfrutar del bosque con libertad plena y sencilla. «En la simplicidad está la grandeza», solía decirse.

Edward y Mohammed dormían al raso junto a la hoguera que crepitaba en el centro del pequeño campamento que habían establecido bajo un gran saliente de roca. Las paredes estaban

llenas de petroglifos tallados en la superficie rugosa. También había varias pinturas difuminadas por el tiempo y las estaciones de las lluvias. Las llamas iluminaban las figuras de animales, mujeres sagradas, hombres con máscaras, estrellas y figuras geométricas. Los hechiceros las utilizaban para abrir las puertas a otros mundos. Parecían moverse con voluntad propia.

Como precaución, se habían alejado lo suficiente para que el enorme gorila de espalda plateada que lideraba la manada no oliese el humo del fuego. La manada tenía unos veinte o treinta simios. Edward los estudiaba de cerca. Se quedaba absolutamente quieto si, curioso, alguno se acercaba y se sentaba a su lado. A veces le tocaban el pelo y le ofrecían las hojas que comían. Sus ojos desprendían más humanidad y caridad que los de la mayoría de hombres que había conocido en su larga vida de soldado. Lo aceptaban.

Antes de las luces del alba, con las brasas del fuego humeantes y el rocío cubriendo sus caras y el mundo verde que les acogía, una serie de disparos les despertaron.

—Ráfagas de rifle alternadas y precisas. Debe ser un grupo de cazadores —indicó Mohammed. Este ya estaba de pie y se abrochaba la cartuchera.

Los dos sabían que aquella familia de gorilas eran los únicos animales cuyo tamaño requería cartuchos de gran calibre. Hacía días que no veían huellas de elefante, y eran demasiados disparos para tratarse de un leopardo o una pantera solitaria.

—Vamos —dijo Edward mientras se calzaba las botas a toda prisa.

Mientras echaban a correr, Mohammed le lanzó su cinturón y una cinta de balas para el revólver. Edward dejó atrás el rifle de caza. Si

se producía una confrontación cara a cara, lo mejor y más útil en la selva tupida eran las armas cortas. Por eso también llevaba su cuchillo árabe, la única reliquia que conservaba de su paso por la gran derrota del Ejército británico en el Sudán, cuando era oficial de su majestad la reina Victoria.

El sonido de las ráfagas les ayudó a determinar el lugar exacto de donde provenían. Mohammed y Edward corrían como si se deslizasen por la jungla. De pronto, se toparon con los cuerpos de los primeros gorilas abatidos, entre ellos el de espalda plateada, que se había llevado a un askari a la tumba. El cuerpo del soldado de la Force Publique yacía bajo la masa de pelo ensangrentado del animal, que fue despojado de su majestuosidad para siempre.

Más adelante encontraron a varias madres asesinadas de un disparo en la cara. Al llegar donde estaban los responsables se detuvieron y, escondidos, observaron a su enemigo de cerca para medir sus fuerzas.

Edward desenvainó lentamente el cuchillo y amartilló el revólver. Su acompañante hizo lo mismo con el machete. Uno de los askaris tenía cogida a una bebé gorila por los pies. No era muy diferente de los humanos recién nacidos. Acababa de rematar a cuchilladas a la madre, una hembra de las más viejas. Estaba a punto de golpear la cabeza de la cría contra un árbol. El animal chillaba de pánico mientras los soldados reían.

—¡Venga, vagos del demonio! ¡Basta de diversión! ¡A cortar la carne! Al menos esta noche comeremos proteínas que no saldrán de una lata —dijo el teniente Van Clacken. Tenía ganas de dar la partida de caza por terminada.

El oficial y los askaris no los vieron venir. De repente, el que estaba a punto de matar a la pequeña simia cayó al suelo. Un disparo entre los ojos lo dejó tieso y se derrumbó de espaldas. El bebé gorila fue corriendo hasta su madre muerta y se escondió entre sus gigantescos brazos inertes. El soldado que tenía delante intentó cargar el rifle Albini con el que acababa de matar a la matriarca del grupo. No le dio tiempo. Mohammed le atravesó la garganta con el machete. El resto de askaris huyeron al ver cómo Edward salió de entre las sombras de la jungla como un salvaje enloquecido.

—¡Cobardes, volved aquí! —gritó el teniente. Sacó el revólver de la cartuchera, lo amartilló, apuntó y disparó hacia los desertores, pero no alcanzó a ninguno.

Entonces vio al hombre blanco que lo miraba con el cuchillo en la mano. Estaba a unos metros de él. El teniente alzó el arma y dirigió el cañón hacia el desconocido que se acercaba.

—¿Quién eres? —gritó.

Tenía el dedo en el gatillo. Empezó a apretarlo pero se detuvo al sentir en el cuello la hoja afilada de un machete.

—No es una buena idea —dijo detrás suyo Mohammed—. Baje el arma.

El teniente Van Clacken obedeció y el sudanés retiró el machete de su gaznate.

—¿Quién es usted? —ordenó, pero Edward permaneció en silencio —. ¿Cómo se atreve? Soy el teniente Van Clacken. Los hombres que ha matado son soldados de la Force Publique y yo, un representante del Gobierno colonial. Exijo que se presente. Demando explicaciones. Es un delito atacar a la fuerza de seguridad del rey — añadió mirando a Mohammed con terror.

—No se preocupe por él, teniente —por fin dijo Edward, que se fijó en las barras de su rango cosidas en la solapa de la guerrera color caqui—. Si le quisiera muerto ya lo estaría.

—Pues ha matado a uno de mis mejores rastreadores. Tendrá que responder por ello. Mi regimiento está cerca. Pronto me echarán en falta —añadió buscando la reacción de Edward.

—Claro —dijo el cazador con una media sonrisa.

Era mentira y se le notaba en la cara, aunque tenía que jugar esa carta. Monsieur Soigné y el resto de la tropa estaban a más de quince kilómetros de su posición. Podría haber disparado un cañón y no lo habrían oído.

—¿Por qué nos han atacado?

—No es fácil cuando uno no puede defenderse, ¿verdad? —Se refería a los gorilas.

La cría había desistido y se había internado en el bosque. Quizás allí encontraría a algunos de los supervivientes de la manada. Si no, moriría pronto.

—¡Ha matado a mis hombres por esas bestias! —gritó el teniente —. Es usted un criminal. Tiene suerte de que sean negros. En caso contrario, lo vería colgado.

—Vuelva a matar a una familia de gorilas y será usted el que cuelgue de un árbol. ¿Ha visto alguna vez a un hombre ahorcado? Se mean encima —le dijo Edward acuclillado junto a la madre muerta mientras le tocaba el pelo grueso y esponjoso. Todavía tenía el cuerpo caliente.

—¿Se atreve a amenazarme? —le retó el teniente.

Edward pronunció un sí tan profundo que Van Clacken se quedó petrificado. Reaccionó cuando vio a Mohammed rebuscar en los

bolsillos y las cartucheras de los askaris para llevarse la munición. En el Congo era escasa y valía más que las pepitas de oro.

—Ese negro responderá por ello, se lo aseguro. Ha atacado a un oficial de la...

—De la Force Publique, sí, ha quedado claro. Le hemos escuchado la primera vez, teniente —le interrumpió Edward—. Intente arrestarlo, si quiere.

—¡Y encima está robando!

Van Clacken volvió a empuñar el arma, que le colgaba del pecho. Los oficiales llevaban atada la culata al correaje para no perderla en el combate cuerpo a cuerpo.

—¡Deja eso! —gritó. Amartilló el revólver y le apuntó.

Cuando Edward se dio cuenta ya era demasiado tarde. El tiro a bocajarro provocó que un grupo de pájaros saliesen espantados de las copas de los árboles.

A esa distancia era imposible fallar. Mohammed cayó de bruces herido de muerte sobre el cuerpo del askari. El teniente sabía que, a continuación, tenía que terminar con Edward si quería salir con vida. Para cuando dirigió la boca del cañón hacia él ya lo tenía a su lado. Antes de poder reaccionar, el inglés le rebanó la garganta de oreja a oreja. Van Clacken se llevó las manos al cuello mientras se le empapaba la guerrera de sangre. Cayó al suelo y buscó aire preso del pánico hasta que expiró lentamente.

Inmediatamente, Edward fue hasta Mohammed y le dio la vuelta. Estaba muerto.

—Maldita sea —dijo con rabia—. Amigo mío, de veras que lo siento. Que Alá te acompañe en tu viaje. Demonios —espetó bajando la cabeza sin contener las lágrimas.

Edward sabía que el teniente mentía sobre la proximidad de su regimiento. Pero cuanto más tiempo permaneciese allí más se arriesgaba. Además, los soldados que habían huido podían volver, aunque lo dudaba.

Revolvió los bolsillos del teniente, cogió el resto de la munición de los askaris y dejó el cuchillo a unos pasos del muerto. A todas luces parecería que les había asaltado un grupo de esclavistas árabes. No tenía que preocuparse por sus huellas. La lluvia que empezaba a caer pronto las borraría.

Edward se cargó a la espalda el cuerpo de Mohammed y desapareció en la selva. Lo llevó hasta el campamento y, bajo las pinturas ancestrales, lo amortajó con la tela de su saco de dormir.

Esa misma noche limpió todo indicio de su presencia, incluidas las brasas, y puso rumbo a Leopoldville. Allí entregaría el cuerpo a su hermano Khalid, que había dejado de ser parte de su expedición para convertirse en comerciante de animales. Él lo enterraría según sus costumbres.

Caminó a través de la soledad de la selva consciente de que, con la muerte de Mohammed, su compañero desde que vestía el uniforme inglés en la guerra del Sudán, se cerraba un capítulo de su vida.

Ese día se prometió que no volvería a matar por deporte o comercio. Eso le hizo pensar en Alice, la misionera y dama de la Kodak, y en la conversación que habían tenido en la misión. Edward sonrió. De ahora en adelante emplearía sus aptitudes para conservar la fauna africana que las potencias europeas diezmaban hasta la extinción. Y utilizaría los métodos que fueran necesarios.

Apostado en uno de los márgenes del río Maringa, el destacamento comandado por monsieur Soigné se puso en marcha. Un pequeño barco les proporcionó avituallamiento, munición y el correo sellado. El regimiento partió en busca de la partida de caza que hacía tiempo que debería haber vuelto.

Encontraron los restos de uno de sus hombres junto a un gorila muerto. Al principio pensaron que el grupo había caído víctima de los simios. Pero cuando el capitán Enteté dio con el cuerpo degollado del teniente Van Clacken, el oficial exigió a su comandante una retribución inmediata.

—Hay que hacérselo pagar —dijo sin saber quién era el responsable—. Monsieur, si pasamos por alto la muerte de un blanco, cualquier día hasta los askaris tendrán el valor de rebelarse.

—No lo haremos. Sin embargo, estamos lejos de cualquier aldea.

—Ya encontraremos alguna —interrumpió el sargento Rugueux—. Y si no, quizás alguno de ellos —añadió. Miró hacia Mobutu, que nunca se despegaba de monsieur Soigné. Quería provocarlo—. ¿Cómo sabemos que estos no estaban involucrados? —Señaló hacia los cuerpos de los dos askaris muertos.

—Porque están muertos, imbécil —le recriminó el capitán.

—¿Y el resto de la partida de caza? Faltan cuatro askaris —inquirió el sargento.

—Habrán huido o los habrán capturado —contestó el capitán.

—Pues yo creo que estaban en el ajo —gritó Rugueux.

—Suficiente —zanjó el jefe—. Capitán Enteté, diríjase hacia la aldea de Wala con el grueso de las tropas —le ordenó sin apartar la mirada del cuerpo inerte del teniente—. Sargento Rugueux, coja los

efectos personales de Van Clacken y entiérrenlo lo mejor que puedan.

Mobutu recogió el cuchillo con la hoja curvada y la empuñadura de marfil ornamentada al estilo árabe. Estaba ensangrentada. Volvió junto a monsieur Soigné, se la entregó y le susurró para que los demás no le escuchasen:

—Lo han matado con esto. Es un cuchillo como el que utilizan los cazadores de esclavos árabes. Pero no he encontrado ninguna huella. Es extraño, jefe. Algo no encaja.

El cuerpo del teniente Van Clacken tenía los ojos abiertos y una expresión de sorpresa que asustaba. La muerte no le sienta bien a nadie, pensó monsieur Soigné. Eso le hizo cierta gracia. El capitán Enteté seguía con una mueca en la cara que no le pasó desapercibida.

—¿Algún problema, capitán?

—Ese maldito lugar está a dos semanas en canoa y una larga marcha por la jungla más tupida de la región. Los hombres llevan un mes sin un buen descanso, y el resto de los oficiales también. Nos quedan noventa askaris sanos de los doscientos cincuenta que salieron del campo en Balolo. Necesitamos reponerlos. Además, hay que buscar un reemplazo para Van Clacken, encontrar a los malnacidos que lo han asesinado y colgarlos.

—Ya habrá tiempo, no se preocupe —dijo monsieur Soigné a sabiendas de que mentía—. Seguramente habrá sido un grupo de esclavistas árabes —añadió enseñando la daga árabe—. Ya estarán camino de Zanzíbar buscando refugio en uno de sus fuertes inexpugnables. Debemos seguir las órdenes del correo de Boma. La Anglo Belga Indian Rubber Company —cuya concesión comercial era

más grande que Bélgica— ha realizado una petición para que pongamos en cintura a varias aldeas de la región. Las cuotas de caucho han disminuido y quieren represalias ejemplarizantes. Sometan a la población de Wala y, si lo desea, descargue su animosidad por la pérdida del teniente Van Clacken en esos pobres desgraciados —dijo irónico.

—¡Dubois! —exclamó el jefe.

El soldado y antiguo oficial aduanero atendió la llamada en segundos. Tenía el uniforme sucio, empapado en sudor y desvencijado. Las largas marchas en la selva eran un calvario al que todavía no se había acostumbrado. Tampoco quería hacerlo.

Al pasar junto al muerto, se estremeció al ver la herida abierta en su cuello. La violencia del regimiento lo superaba. Su cara era un reflejo constante del horror ante la realización de que, en el Congo, ellos eran el hombre del saco.

Su antigua vida le parecía un sueño. Le costaba recordar cómo había disfrutado de los atardeceres en el puerto de Boma, perfumados con el olor del río Congo. En aquellos días su cargo era el equivalente al rango de teniente porque se había formado en la Academia Militar de Bruselas. Había tenido una buena vida de burócrata.

El joven se plantó delante de monsieur Soigné y saludó con desgana. Había perdido peso y le pesaban los huesos.

—Ahora es sargento, mi enhorabuena. Si la cosa sigue así, pronto llegará a teniente —anunció monsieur Soigné, y le echó otra mirada a Van Clacken y luego a Dubois—. Alegre esa cara. Al principio de esta aventura se le veía con más vida. No me decepcione. Acepte su situación y deje de pensar. Eso no le ayudará.

—Muchas gracias, monsieur —contestó Dubois con un nuevo y mejorado saludo militar.

El jefe sonrió complacido.

—Me llevaré un pelotón y me dirigiré hacia Coquilhatville —le indicó al capitán Enteté todavía con cara de disgusto—. Tengo que asistir a una cena muy interesante con un matrimonio de misioneros de Baringa. Sé que estarán por allí. Se han convertido en una espina en nuestro costado —explicó el jefe con una mirada malévola.

Pensó que era una extraña coincidencia que, precisamente el hombre que yacía muerto a sus pies, Van Clacken, fue el encargado de asustar al reverendo Harris y a su esposa, esa maldita fotógrafa entrometida.

Esa noche, delante de una hoguera que no conseguía calentarle, el recientemente ascendido sargento Dubois releyó la última carta que le había llegado desde casa. Era de su madre.

Queridísimo Alessio:

Hijo mío, espero que te encuentres bien. Hace semanas que no tenemos noticias tuyas. ¿Cómo va el trabajo en el puerto? ¿Ya te han ascendido? ¿Ahorras? La paga como agente aduanero es buena, y si encuentras una buena posición, quizás puedas encontrar la forma de volver con nosotros. Clara, la hija de la vecina, todavía sigue soltera y a menudo pregunta por ti. A tu hermano le va bien en el negocio de calcetines y tu padre sigue con problemas respiratorios, pero se encuentra bien. ¿Cómo es la vida allí? Por favor, escríbenos, aunque sé que no es lo tuyo, porque hace demasiado que no sabemos de ti. Perdona que insista. Si una madre no se preocupa, ¿quién lo hará? Recuerda que te quiero mucho, hijo mío.

TU FAMILIA

El sargento Dubois se llevó las manos a la cara y se retiró con discreción bajo un árbol de caoba. Se abrazó las rodillas, se balanceó y empezó a llorar en silencio. Una fina capa de llovizna que resplandecía con la luz de la hoguera lo empapaba por completo. Quería marcharse de ese lugar, fuera como fuera.

El joven alzó la vista hacia el cielo estrellado y, temblando, se acurrucó entre las grandes raíces onduladas sobre el suelo de hojarasca. Sacó un frasco de láudano que el subteniente Longtain le dio para calmar los nervios y bebió un buen trago. Fue directo al reino de los sueños. Allí lo esperaba el país de las pesadillas que el regimiento iba dejando a su paso por la selva.

26

DE UNA CENA CON EL DIABLO SOLO SE APRENDE SI SABES QUIÉN ES

CASA DE HUÉSPEDES DE CONQUITAVILLE,

ALTO CONGO, 1904

El oficial de la Force Publique que presidía la cena era un hombre refinado, pulcro, inmaculadamente vestido. Su uniforme de color crema tenía unos botones redondos y dorados que reflejaban las luces de las lámparas de aceite. Llevaba la guerrera adornada con varias medallas militares, entre ellas la Orden de la Corona creada, en 1897, por el propio rey Leopoldo II para recompensar las hazañas heroicas al servicio de la colonia.

Se llamaba Léon Fiévez y ostentaba el rango de capitán. Era el gobernador militar de un distrito a lo largo del río Congo situado a quinientos kilómetros al norte de Stanley Pool. Llevaba casi dos décadas en el país. Se había ganado a pulso el apodo de «el diablo del Ecuador». Así lo llamaban los nativos, pero nadie osaba repetirlo en público. Era un hombre inquisitivo, atento a los detalles, de ojos grises y pelo negro sucio peinado hacia atrás, orondo de barriga y con las piernas estrechas y curvadas.

El oficial advirtió que Alice reconoció la condecoración, símbolo de un poder tan absoluto como criminal.

—¿Le gusta? ¡Ah, las mujeres y las alhajas! Son como urracas. En cuanto ven algo reluciente pierden el norte. ¿Verdad, reverendo?

John estaba sentado al lado de Alice y simplemente esbozó una sonrisa forzada como respuesta mientras saboreaba un bocado de carne de cerdo salvaje.

El matrimonio cenaba con un grupo extraño para esos tiempos. Una mezcla de misioneros, oficiales del Ejército colonial, granjeros y buscadores de fortuna.

El oficial, que estaba de paso e iba hacia Balolo, decidió presidir la mesa. Actuaba como si fuese una personalidad invitada en la casa de huéspedes de Coquilhatville. Allí estaban alojados John y Alice. A la mañana siguiente debían recoger un paquete especial y ella necesitaba hacerlo en persona. Con los controles establecidos por la Force Publique y el corte de suministros en el río Maringa, no podía fiar a nadie el delicadísimo material de fotografía. Sobre todo con las condiciones climáticas de la selva.

El capitán no era el único europeo que se hospedaba allí. La casa era de los pocos establecimientos de la ciudad donde se podía disfrutar de un ventilador de techo. El más extraño de los inquilinos que se alojaban en el hotel era un comerciante de gemas. Se presentó bajo el nombre de monsieur Soigné. Aseguraba ser belga, aunque a Alice no se lo pareció. Estaba sentado al lado del capitán.

Antes de la cena, la inglesa vio cómo el hombre, vestido de blanco impoluto, trataba a Fiévez con mucha familiaridad. Extrañamente, el oficial callaba y escuchaba. Alice tenía la mosca detrás de la oreja.

—Me la concedió en Bruselas el mismísimo rey Leopoldo II con sus propias manos por mi mérito a la hora de pacificar esta selva —

explicó el Fiévez, que rezumaba vanidad. Mientras, hizo un barrido con la mirada para llamar la atención de todos los comensales.

Los otros asistentes a la cena eran de lo más variopinto. Reinhard Dix, alemán y el dueño de una de las pocas plantaciones de cacao en la que los trabajadores no llevaban grilletes. Su mujer, Clara, una cristiana devota cuyas aportaciones a la misión local nunca pasaban desapercibidas, sobre todo los envíos de comida y ropa, aunque ella casi nunca salía de su finca de piedra. A su lado, el joven Demian Swan, un aspirante a cazador británico llegado al país hacía poco más de un mes. Y, en frente, se sentaba Jean Mignion, un agente comercial de la Anglo Belga Indian Rubber Company, especializado en la explotación de cualquier producto derivado de la selva. Siempre tenía una sonrisa falsa estampada en la cara.

La juventud del joven Swan todavía le permitía conservar un aspecto risueño, con su piel rosada recientemente tostada por el sol. Cuando hablaba, se le escapaban unos gallos graciosos, si no fuera porque observaba al capitán Fiévez como un alumno que buscaba a su maestro. Al chico se le veía un poco perdido. Quizás por eso miraba al oficial con admiración, y de su boca salían bravuconadas.

—Yo lo que quiero es matar elefantes a puñados, para eso he venido. Haré fortuna con el marfil. Sin embargo, preparar una expedición no es sencillo para un recién llegado.

—Paciencia, joven —le dijo Reinhard mientras saboreaba un trozo de cerdo cortado en un cuadrado casi perfecto—. Los elefantes están mucho más al este, si es que queda alguno. Lo mejor que puede hacer es ir hacia el lago Tanganica y unirse a una de las compañías de cazadores. No le recomiendo el negocio por cuenta propia, créame. Los impuestos, aranceles y prohibiciones para

comerciar con empresas que no sean la suya, señor Mignion, hacen que cada día sea más difícil que un hombre de bien pueda prosperar en esta tierra —añadió, y le lanzó una mirada severa al agente.

—Yo no hago las reglas, Herr Dix, me ciño a ellas. Esto no es Alemania sino un dominio privado belga. Los negocios son los negocios, ¿verdad, capitán, monsieur Soigné? —contestó Mignion buscando la aprobación del oficial y del presunto comerciante de gemas.

Reinhard también esperó su reacción. Poco a poco se le enrojeció la cara. Los dos interpelados permanecieron en silencio.

—Algunos llegamos aquí antes de que lo fuera —dijo el alemán.

—Señores, yo solo soy un hombre de armas, no de papeles. Para eso están los burócratas. Si la orden viene de Bruselas, la hago cumplir a rajatabla, caiga quien caiga. En caso contrario, esta colonia sería un caos con los salvajes al mando —dijo el capitán Fiévez.

Buscó la mirada de monsieur Soigné, que no alzó la vista de su plato. Siguió masticando a placer a la vez que el burócrata Mignion esbozaba una sonrisa.

—Entiendo —contestó el alemán. Rellenó su copa de vino hasta casi el borde bajo la mirada punitiva de su esposa.

—¿Es verdad lo que se dice sobre el aumento de la crueldad de los nativos? Mi amiga Joanne, de la plantación de los Morris, cuenta historias terribles de los salvajes. Así los llama, aunque a mí no me gusta —dijo Clara con su voz aguda y aniñada. John miraba a Alice entre divertido y asombrado—. La verdad, creo que son habladurías. Los congoleños de nuestra granja son gente trabajadora y muchos van a la iglesia, ¿verdad, Reinhard? —añadió.

Su marido asintió con la boca llena y la copa de vino en la mano.

—Ya, querido, despacio. El diablo vive en las uvas —añadió Clara.

Le cogió del brazo con suavidad para que dejase la copa sobre la mesa, sin perder nunca la sonrisa.

—Herr Dix, por favor, coma y beba lo que quiera —dijo monsieur Soigné alzando la barbilla y devolviéndole la sonrisa a su esposa—. Un día es un día, ¿verdad, señora Dix? —añadió, y volvió a centrarse en su plato.

La alemana, ruborizada, se cubrió la boca con la mano.

—Si usted lo dice, monsieur —contestó casi como un pajarito que piaba sobre una rama delgada.

—Se equivoca, señora Dix —espetó el capitán.

Este tosió sobre la mesa sin cubrirse la boca. Monsieur Soigné lo miró con desaprobación y el oficial se removió en la silla.

Alice se dio cuenta. Cuanto más lo observaba, más segura estaba de que había algo profundamente podrido en ese capitán bajito y orondo. En su salacot llevaba atada una bufanda de seda blanca. Era un trofeo de una de sus amantes, «una negra bien entrenada», según dijo sin que nadie le preguntara.

—Los puede llamar salvajes, es lo que son. Pero señora Dix, con la venia de su marido, le repito que se equivoca —añadió el capitán rozando la mala educación.

El granjero tenía la mirada tosca y las facciones duras quemadas por el sol. Resultaba mucho más amenazador que el hombrecillo condecorado. El alemán dejó de comer y clavó la mirada en el oficial belga, hasta que el agente comercial volvió a intervenir.

—Lo que el capitán quiere decir es que no todo el mundo tiene su suerte, querida señora Dix. Debe aceptar el orden natural de las cosas —dijo Mignion.

—No hay nada de suerte, se llama trabajo —le contestó Reinhard.

—Vamos, amigos, no nos sulfuremos —añadió Fiévez, que se acariciaba la barriga llena mirando alrededor—. Quizás ha llegado la hora de sacar los licores, ¿no creen? —Miró a ambos lados—. ¿Dónde está esa negrita?

—Buena idea. Eso será lo mejor —indicó Mignion.

—Esta casa de huéspedes no necesita más alcohol —dijo John.

—Lo olvidaba, usted representa a la casa del Señor —contestó el oficial—. Es un buen lugar, aunque algunas de sus vigas parecen débiles. A veces, para que una casa sea mucho más fuerte hay que derruirla para construir de nuevo. Las vigas endebles son un mal asunto, ¿verdad, reverendo Harris?

—Nuestro techo está perfecto. Lo construyeron arquitectos ingleses, me consta. Es una casa sólida —respondió John.

—La selva lo pudre casi todo y la debilidad puede hacer que el tejado se venga abajo. Lo digo por su bien, reverendo. Aquí todos estamos en el mismo barco.

John quiso responder, pero el capitán Fiévez levantó la mano y siguió hablando, esta vez con un tono más sombrío y grandilocuente. Había momentos en que sus ojos enrojecidos se parecían a los de las mambas verdes.

—Señora Dix, si le dije que se equivocaba no era para ofenderla sino para advertirla. Parece usted muy confiada con sus negros y eso es peligroso —continuó—. En la selva hay muchos salvajes rebeldes y trabajadores que han huido de las plantaciones. Vagos y asesinos, eso es lo que son.

—Menti... —Antes de terminar la palabra, Alice se interrumpió a sí misma.

Mientras el capitán le lanzaba una mirada, que bien podría haber sido la boca de su revólver, nadie advirtió que monsieur Soigné arqueaba una ceja.

—Son maleantes que entorpecen la colonia —continuó Fiévez—. Animales salvajes. Déjenme que les cuente una historia que, sin duda, aquí el agente Mignion podrá confirmar. Él lleva tiempo recorriendo el río y sus afluentes. Escúcheme bien, señora Harris —la desafió Fiévez.

—Por supuesto —indicó el agente comercial.

—Los negros se gobiernan como animales —prosiguió el oficial—. Por ejemplo, la costumbre para cerrar muchos tratos es fracturar los brazos y las piernas de algún pobre esclavo y dejarlo morir sin comida ni agua. ¿Qué le parece? —dijo mirando a Alice.

Los comensales permanecieron en silencio.

—Les diré más... —Ahora centró su atención en Swan, que lo miraba entre aterrado y admirado—. Esta es una tierra maldita de pies a cabeza. Otro ejemplo: cuando un jefe muere, es costumbre matar a algunos de sus esclavos para que puedan acompañarlo al otro mundo. El número de asesinados depende de la riqueza del difunto. He visto funerales donde se sacrificaban hasta cien salvajes, que es lo que son —repitió—, simples monos que pueden hablar, nada más —concluyó.

El siguiente silencio solo quedó interrumpido por la llegada de la sirvienta para recoger los platos. El capitán la siguió con la mirada como si fuese el postre.

—Damas y caballeros, ¿me quieren acompañar al porche para el café y los licores? —preguntó Mignion para intentar apagar el fuego que se avecinaba.

—Es una idea excelente —se añadió Herr Dix.

—Estupendo —estuvo de acuerdo el capitán, levantándose con las piernas afectadas por el vino—. Le diré a mi ordenanza que traiga una botella de aguardiente. Seguro que eso le sentará bien, Herr Dix. Es importado de Bélgica.

El alemán asintió satisfecho, mientras el oficial le gritaba la orden a uno de los cabos nativos de pie en el pasillo del comedor. A su lado estaba Mobutu, que observaba desde las sombras todos los movimientos de los huéspedes, con la mano lista para empuñar el cuchillo serrado que llevaba al cinto.

—Sabe, capitán Fiévez, he pensado en sus palabras sobre los monos —dijo Alice.

Todos estaban ya sentados en el porche bajo unas sombrillas de tela verde. Monsieur Soigné se quedó de pie apoyado en la barandilla mientras se encendía un largo puro.

—Me alegro, señora. ¿Qué quiere saber? ¿Su origen? —respondió el oficial sin tan siquiera mirarle a la cara mientras el presunto comerciante de gemas encendía su habano. A Fiévez le encantaba escucharse a sí mismo—. Los nativos babangi, que vivían no muy lejos de aquí, me contaron...

El capitán interrumpió su historia cuando un ordenanza apareció a su espalda para entregarle una botella sin etiqueta. Luego se cuadró e hizo el saludo militar. El oficial respondió con un ligero movimiento de cabeza.

—Traeré unos vasos —anunció Mignion, y desapareció en el interior de la casa.

—Como decía —continuó, ajeno a las palabras del agente comercial—, los babangi me contaron que hace mucho tiempo, una

tribu de negros que moraba a orillas del río se endeudó con sus tribus vecinas. Para huir del castigo de sus acreedores se internaron en el bosque durante tanto tiempo que el mundo se olvidó de ellos. Como no podían comerciar o cultivar la tierra, se alimentaban con las hojas de los árboles. Con el tiempo, sus cuerpos empezaron a degenerar, les creció pelo en el cuerpo y, para pasar desapercibidos, renunciaron a la palabra. Sus descendientes siguen en el bosque y se les conoce como *bakewa*, los hombres monos. Nosotros los llamamos chimpancés —explicó a la vez que daba un largo trago de aguardiente directamente de la botella—. Lo más divertido de todo es que cuando les pregunté si se comían a esos animales, un miembro de la tribu me respondió: «¡No! ¡Nosotros no somos caníbales!» —exclamó el capitán, soltando una carcajada estruendosa—. Debo admitir que yo sí que he comido chimpancés, y les aseguro que su carne es dura y sin sabor.

Solo el joven Swan le siguió la corriente y se rio. John y Alice permanecieron en silencio. La cara de los alemanes recordaba a la de las esfinges de Egipto.

—Tengo muchas historias sobre esos salvajes que están a medio camino entre los hombres y los monos. Una vez, patrullando las...

—¿Puedo contarle algo yo, Fiévez? —le interrumpió Alice obviando su rango a propósito. Eso le irritó.

En ese momento apareció Mignion con una bandeja y varios vasos. Se los ofreció a los presentes. El alemán, Swan y el capitán aceptaron su oferta. Monsieur Soigné declinó y siguió callado, disfrutando de su puro sin perder de vista al capitán.

—Esta historia me la contó un cazador de elefantes profesional, un amigo cercano y gran conocedor de estas tierras —explicó Alice.

Obvió a propósito el nombre de Edward para evitar posibles pesquisas del capitán, cuyas preguntas parecían órdenes.

Al oír la palabra cazador, Swan dirigió su atención a Alice. El gesto le hizo pensar en Freddie y Margaret. ¿Cuánto habrían crecido ya?

—Pues bien, mi amigo me contó un incidente interesante —continuó—. Vio un chimpancé muerto en una aldea y fingió parecer intrigado por la similitud entre esos animales y los seres humanos. Entonces dijo: «Bueno, quizás con nosotros tienen un poco menos de semejanza». Y señaló su piel blanca sin intención de infravalorar al aldeano. «¿Eso crees?», le preguntó el congoleño. El hombre sacó un cuchillo, rapó el antebrazo del animal y le enseñó la piel. «¿La ves?», le dijo. «Mira, es blanca como la tuya, se parece a ti». Ese hombre le dio a mi amigo una lección que nunca olvidaría.

John se rio y monsieur Soigné le imitó. Los alemanes seguían sin mostrar sus sentimientos. Swan y Mignion no osaban reírse ante el agraviado capitán.

La historia se la había contado Edward en la cubierta del SS Cameroon durante su primer viaje hasta el Congo. En ese momento, John comprendió que la irreverencia vital del cazador, que nunca le había gustado, tenía su razón de ser.

—Exagera, señora —indicó Mignion.

—Es cierto. Yo mismo he despellejado a unos cuantos —intercedió Herr Dix.

A su lado, Clara no podía disimular su aburrimiento.

—Usted habla así porque solo ha visto a los negros en la iglesia y se divierte jugando con ellos. No se equivoque, su brutalidad no conoce límites —le dijo Fiévez a Alice.

—Seguro que eso lo sabe bien la Force Publique —respondió ella.

La expresión de John cambió de repente. Su cara de hastío y sus ganas de que el oficial se marchase se transformaron en una expresión de pánico. Enfrentarse al capitán directamente no era una buena idea. Le daba igual matar a blancos que a negros. En la selva, los cuerpos expuestos pronto eran absorbidos sin dejar rastro.

—¿Odia a la Force Publique, señora Seeley Harris? —preguntó monsieur Soigné dándole una calada al puro—. Parece que sea una cuestión personal para usted. O quizás para su país, al que no le convienen vecinos poderosos. Ustedes los ingleses también tienen una buena cantidad de cadáveres en el armario.

Todos los presentes se volvieron para mirar al enigmático comerciante de gemas que apenas había abierto la boca durante toda la cena.

—Se equivoca, monsieur. Ni en mi corazón, ni en mis palabras hay odio. Solo la constatación de que los hombres como el capitán no son partidarios de la reconciliación y el desarrollo de la colonia. No son salvajes, Fiévez, son hombres y tienen derechos —le dijo Alice al oficial.

El capitán ya había bebido un par de tragos. Eso no ayudó a controlar su vanidad.

—No se equivoque, señora. Mis hombres cumplen con su cometido y no se merecen sus injurias. ¿Cómo lo va a entender una mujer? —dijo Fiévez buscando la aprobación del resto—. Cuando mis soldados guerrean son libres para actuar con decisión y sin remordimientos. Se liberan de sus propios demonios y son capaces de arrasar como el mismísimo Atila. Ojalá la mitad de mis oficiales fueran así. Sin nuestra seguridad, usted y los demás religiosos ya hubieran perecido hace años bajo la lanza de las tribus guerreras

que yo ayudé a eliminar de estas tierras —recalcó, tras echar un nuevo trago—. Ustedes tratan con los dóciles, yo con los combatientes. Ahí fuera hay una guerra por el control de los recursos, igual que ustedes y las demás sectas rivalizan por las almas de los salvajes. Al menos, ellos son más honestos que los malditos políticos y religiosos, que ignoran que un conflicto solo lo vence el que emplea el arma más terrorífica. Es usted una ignorante.

—¡Capitán, le exijo que se disculpe! —interrumpió John.

—Ni por un millón de francos —contestó este.

Alice puso una mano en el brazo de John. Se miraron y ella le sonrió de la misma manera que cuando sacaba una buena fotografía. Entendió que su esposa tramaba algo.

Como a casi todos los oficiales de la Force Publique, al capitán le gustaba beber. Soltarle la lengua sería fácil. Eso era lo que pretendía. Sus presuntas gestas militares eran en realidad matanzas. Si se las contaba, obtendrían más información sobre las actividades de su destacamento.

—Déjeme que le hable de las tropas nativas —añadió Fiévez con la voz arrastrada por el alcohol—. Muchas de ellas las forman huérfanos de las misiones católicas. Allí escucharon la palabra de nuestro Dios, aunque sus orejas no son como las de usted. El reino animal y el orden natural así lo quisieron. No tienen la misma comprensión —continuó—. ¿Quiere una historia de verdad sobre esta selva dejada de la mano de Dios? ¿Quiere saber de lo que son capaces? Tras el combate les cortan las manos a todos los cadáveres. Yo mismo lo ordené para infundir terror entre nuestros enemigos. Pensé que se negarían pero ahora lo hacen por sistema,

¡y hasta con los vivos! La idea les encantó. ¡Tanto que las traen en cestos! —gritó a la vez que se levantaba de la silla.

John se puso delante de Alice para protegerla. Ella enseguida asomó la cabeza para mirar al oficial a los ojos.

—¡Capitán, contrólese! —ordenó monsieur Soigné a su espalda.

Los alemanes se echaron para atrás. Swan, el aspirante a cazador, se quedó paralizado y el agente comercial Mignion boquiabierto.

Desde el pasillo, Mobutu se adelantó por si su jefe le necesitaba.

—Esta mujer ha vertido injurias...

—Es una misionera, tiene sus opiniones. Contrólese y siéntese —ordenó con calma monsieur Soigné, y le hizo un gesto con el dedo a Mobutu para que se quedase quieto. Fiévez obedeció—. Estoy convencido de que nuestros orgullosos soldados no atacan a mujeres y niños indefensos.

—No si son blancos —murmuró para sí Mignion con una sonrisa.

El capitán se sentó y respiró profundamente para beber otro trago.

—En mis viajes en busca de gemas he visto a muchas tribus guerrear, señora Seeley Harris. No es algo bonito, créame —continuó monsieur Soigné—. ¿No ha pensado nunca que la libertad tiene un precio? El capitán está ebrio y le gusta exagerar, como a todos los militares, ¿verdad? —Buscó su sonrisa pero Alice no se la dio.

John se sentó y notó cómo su esposa observaba a monsieur Soigné con una curiosidad inusual.

—Cuando quiera le invito a una de mis expediciones por el Alto Congo. Le puedo enseñar muchas aldeas donde los congoleños son felices. Tengo entendido que le gusta la fotografía. Seguro que

tendrá oportunidad de realizar imágenes inolvidables de este maravilloso país.

Alice tardó unos segundos en contestar. ¿Cómo sabía ese hombre que practicaba la fotografía? Seguía viendo algo en él que le daba mala espina, aunque era un buen ofrecimiento. Cualquier salida a la selva era una oportunidad, pero no le pasó desapercibido el guerrero del pasillo que, evidentemente, le obedecía.

John estuvo a punto de aceptar la oferta. Alice lo interrumpió.

—De momento tenemos la agenda llena. Quizás en el futuro, monsieur... —Alice se dio cuenta de que no recordaba el nombre de aquel hombre vestido con un traje de lino más caro que su cámara.

—Soigné, monsieur Soigné —dijo él, que se dio cuenta—. No lo olvide. La oferta sigue en pie, si algún día cambian de opinión, reverendo —añadió con una voz profunda mirando a John.

—Solo Dios lo sabe —contestó él para salir del atolladero.

Alice estaba en lo cierto. Si hubiesen aceptado, ambos habrían desaparecido en la selva. Luego, monsieur Soigné diría que su canoa había volcado en los rápidos y que los cocodrilos habían hecho el resto. No habría pruebas y el consulado inglés tendría que aceptar su versión. Nadie osaría dudar de la palabra del enviado personal de Leopoldo II.

Clara tenía la cara tan compungida que parecía a punto de llorar. Su marido comía tranquilamente de la bandeja de las pastas. Swan escuchaba fascinado y Mignion miraba a John con desdén.

Inesperadamente, el capitán Fiévez se levantó de nuevo y le alzó un dedo a Alice.

—¿Sabe qué? No me pienso callar más. Estoy harto de estos santurrones y sanguijuelas de Dios —anunció claramente intoxicado

—. La dama quiere saber. Sus queridos negros son tan buenos matando a sus semejantes que, en una aldea de Boyeka, uno de mis sargentos cogió una red, metió en ella a diez negros tan oscuros como la noche, le ató grandes piedras y los lanzó al río.

—Dios mío —dijo Swan con la voz temblorosa.

—No sirve de nada rezarle, muchacho. Para eso ya estamos nosotros —aseguró el oficial tambaleándose—. Vive usted en un mundo de fantasía, señora Harris —añadió con una sonrisa malévola —. Prendimos la mecha del terror y el fuego se extendió por sí solo. Esos son sus salvajes conversos.

—Ya basta, capitán Fiévez —ordenó John.

Monsieur Soigné se dirigió hacia el capitán. Mobutu iba a su espalda. Cuando estuvo a su lado, al ver cómo John se levantaba para defender a su esposa a puñetazos si hacía falta, el presunto comerciante de gemas y su hombre cogieron a Fiévez por los hombros y le hicieron retroceder.

—Acompáñeme... ahora —amenazó el jefe. Su coartada pendía de un hilo si no manejaba bien la situación—. Necesita descansar —añadió.

Para sorpresa de todos y pese a la reticencia momentánea, el oficial le hizo caso.

—Será mejor que me despida. Llevaré al capitán a su habitación y me retiraré a la mía. Les deseo buenas noches —dijo monsieur Soigné—. Y, por favor, reverendo Harris, tenga a bien mi oferta. Me alojo aquí muchas veces. Pueden dejarme un mensaje cuando lo deseen —añadió antes de desaparecer por el pasillo.

—Se lo agradezco —respondió John.

El porche se quedó en silencio. Nadie supo qué decir hasta que el agente comercial abrió la boca.

—Espeluznante. El precio del progreso, supongo —se mofó Mignion. Arqueó una ceja y dio un sorbo minúsculo del aguardiente de alta graduación—. Sin embargo, no se puede negar el desarrollo que hemos alcanzado. La colonia cuenta con una administración robusta. Dispone de oficinas de correos, tribunales, su propia moneda, policía, transporte y buenas comunicaciones terrestres.

—Mejor cambiemos de tema —indicó John.

—El reverendo tiene razón. Esos asuntos no son para las orejas sensibles. Debemos ahorrarles nuestras pestilencias a las mujeres —arguyó Herr Dix, que rodeaba con el brazo a su mujer—. Se está haciendo tarde, nosotros también nos vamos a retirar —añadió.

El rostro de Clara seguía pálido y descompuesto, pero asintió con una sonrisa sincera. Swan y Mignion también se levantaron. Alice y John los siguieron. La sirvienta de la casa empezó a retirar los platos y vasos de la mesa con la cabeza baja, un tanto asustada por la pelea de los blancos.

Unas semanas más tarde, de vuelta en la misión de Baringa, el matrimonio recibió la noticia de que habían enviado al capitán Fiévez a la zona del lago Tanganica. Allí las tropas de la Force Publique seguían combatiendo contra las milicias esclavistas árabes con base en Zanzíbar. Según el agente comercial que se lo contó, el oficial cayó víctima del horror en el que vivía y que había contribuido a extender por la selva.

Durante una expedición, su destacamento realizó una marcha durante días hasta que se quedaron sin comida. Los soldados se amotinaron y Fiévez ejecutó a veinte que se negaban a seguir adelante. La vanidad de los oficiales belgas no conocía límites. A menudo comandaban regimientos enteros casi en solitario, como si los cientos de reclutas violentados desde la infancia les obedecieran por naturaleza.

Cuando el resto temió un destino similar al de sus compañeros, lo mataron a machetazos. Luego, según se rumoreaba a lo largo del río, se lo comieron para absorber sus poderes. El monstruo creado por el capitán Fiévez lo acabó devorando, literalmente.

Lo que no les contó es que fue monsieur Soigné quien firmó la orden de su traslado. El mercenario estadounidense era muy consciente de que algo así podía pasar en un lugar tan remoto. Todo el que se creía un dios en la selva empezaba siendo el cazador, hasta que, en un chasquido de dedos, se convertía en presa.

Alice no se alegró de escucharlo. Sabía que desear la muerte de alguien era un arma de doble filo. No obstante, pensó en que la naturaleza tiende a corregirse. Al final el diablo siempre se cobra su deuda.

QUINTA PARTE

LA FOTOGRAFÍA QUE LO CAMBIÓ TODO



La descripción original de la fotografía dice: «Nsala está sentado con la mano y el pie de su pequeña niña de cinco años, todo lo que quedó de un festín caníbal organizado por centinelas armados del caucho, que mataron a su esposa, su hija y un hijo, cortando los cuerpos, cocinándolos y comiéndoselos como castigo por haber recolectado muy poco caucho».

ALICE SEELEY HARRIS, 1904

27

UNA VENTANA AL INFIERNO DE LA FORCE PUBLIQUE

ALDEA DE WALA, ALTO CONGO, 1904

El humo gris y negro ascendía por encima de las copas de los árboles y formaba figuras rizadas, tortuosas como globos oscuros y retorcidos. Parecían inflarse con los chillidos, llantos y aullidos de dolor que provenían de debajo del nubarrón perverso que se cernía sobre el cielo de la aldea ardiendo.

Algunos niños salían gritando de las chozas incendiadas con los brazos alzados y el pelo en llamas. Las mujeres no daban abasto para intentar salvar a sus hijos. Las madres tenían que escoger. Los que aupaban podrían vivir unos minutos más, los otros se quemarían vivos entre abalorios y hojas de palmera seca que crepitaban al combustionar.

Las que conseguían salir, caían de lleno en un abismo de barbarie.

Los hombres eran rodeados y clasificados, si es que conseguían sobrevivir al primer impulso de sus captores: matarlos a machetazos o con las bayonetas de cuarenta centímetros de sus rifles Albini. Se asesinaba a ocho de cada diez hombres. A los perdonados se les encadenaba por el cuello con el resto de prisioneros. La violencia era

tan sistemática que paralizaba a guerreros capaces de enfrentarse con un leopardo.

A los más fuertes se los degollaba, al igual que a los jefes y a los hechiceros. Los ancianos, clasificados como inútiles para la Anglo Belga Indian Rubber Company, eran los primeros en morir.

Las mujeres que conseguían sobrevivir a las violaciones grupales eran engrilletadas y convertidas en incubadoras de la nueva generación de recolectores y procesadores de caucho, cobre, cacao o lo que se les mandase. Pocas verían anochecer. Algunas quedaban catatónicas por las vejaciones. A esas simplemente les rebanaban el cuello entre las risas de sus captores. Entonces procedían a amputarles las manos. La operación era mucho más sencilla si no se movían.

Alessio Dubois, recientemente ascendido a sargento, estaba paralizado. Observaba la matanza sin saber cómo reaccionar ante la actividad terrorífica que le rodeaba. El antiguo aduanero del puerto de Boma no entendía por qué era necesario pasar a cuchillo a una población entera dedicada a recolectar caucho.

El regimiento que comandaba el capitán Enteté llevaba una semana masacrando aldeas, incumpliendo las órdenes de su jefe. Iban de camino al asentamiento de Wala. Monsieur Soigné les ordenó marchar allí y convertirlo en una explanada deshabitada con montones de cenizas donde las palmeras no tardarían en crecer. La selva pronto borraría el rastro de los cientos de personas que un día se sentaron alrededor de las hogueras mientras los chamanes hablaban con los espíritus de sus ancestros.

La mayoría de los habitantes de Wala ya se habían reunido con ellos. Los que no, ahora eran esclavos o se habían internado en la

jungla para intentar comenzar de nuevo, hasta que los encontrasen. Los askaris siempre los seguían. Y, cuanto más se adentraban en la jungla, más dejaban atrás su humanidad. La profundidad del bosque era el fin de toda empatía. La selva convertía a los soldados en bestias.

—¿Sabe? Cuando quemo los piojos que anidan en el uniforme se escucha el mismo sonido —dijo el capitán Enteté dirigiéndose a Dubois.

—¿A qué se refiere? —preguntó el joven.

El chico estaba muy delgado y eso aumentaba sus facciones suaves y aniñadas. Tenía el pelo rubio y sedoso pegado a la frente, el uniforme caqui sucio empapado en sudor y una barba que le crecía a placas como un campo mal labrado.

—¿No lo oye? Escuche. Pop, pop, pop. Ese como si unas pequeñas crisálidas explotasen por el calor. El mismo sonido que los piojos, se lo aseguro. Viene de las cabañas. Deben ser los pequeños que se han quedado dentro —explicó con total frialdad.

Inmediatamente hizo tronar sus pulmones hasta que escupió un poco de sangre en el pañuelo con el que se protegía del humo. Tenía la piel amarillenta como la de los enfermos de dengue. Su altura y constitución arácnida pronunciaban sus ojos hundidos en las cuencas.

—¡Dios mío, capitán! —respondió Dubois.

—No se preocupe, estoy bien —respondió Enteté pensando que el sargento se estaba preocupando por él.

No era así. Dubois observaba con terror cómo uno de los askaris que se acercaba sostenía un brazo musculado, fornido, sin mano, medio crudo al que le iba dando mordiscos. Las partes de carne roja

colgaban sanguinolentas. Las quemadas se desprendían cuando las arrancaba con los dientes como si fuesen un manjar. Llevaba el uniforme azul oscuro tan manchado de sangre que iba dejando un reguero de gotas rojas sobre la arena. Durante la lucha había perdido el sombrero. No pasó desapercibido ante el capitán Enteté, que negó con la cabeza.

—Castigue sin ración de agua durante la próxima marcha a los que hayan perdido la gorra. La disciplina y la mano dura es lo único que entienden, no lo olvide, Dubois. Sea implacable, por su bien. ¿Queda claro?

—Sí, mi capitán.

El joven asintió, superado por la monstruosidad que presenciaba y que nunca le abandonaría. Era el mal en estado puro. Un gusano que crecía en el alma, la agujereaba y creaba vacíos que no se podían tapar ni con toda la felicidad del mundo. Solo el odio servía para rellenarlos.

Dubois pensó que, si le abría las puertas a la locura, si participaba en ella, entonces quizás estaría a salvo. Sin embargo, no era capaz de dejarse llevar por sus instintos más bajos. En la Academia Militar de Bruselas aprendió sobre estrategia, las gestas de las guerras napoleónicas y los antiguos generales romanos y griegos. Estaba entrenado en el empleo de las armas de fuego. También en empuñar un sable para matar a pie, o a caballo sin perder la calma. Nadie le dio clases sobre cómo arrasar una aldea y masacrar a toda su gente indefensa sin perder la chaveta.

—Estos askaris tienen suerte. Recuerdo cuando estaba a las órdenes del capitán Léon Roger cerca del lago Tanganica —apostilló el capitán refiriéndose al hombre que había creado la Force Publique

en 1886—. Un jefe duro donde los haya. No le gustaba la debilidad, y menos entre sus mandos. —Miró fijamente a los ojos de Dubois—. Es joven, ya se acostumbrará al combate. Este lugar le endurecerá o le acabará devorando, como a esos desgraciados.

—¿Combate? ¿Esto? —preguntó el joven, que se tapó la boca para reprimir las ganas de vomitar que le produjo el desagradable olor dulzón de la carne humana que algunos de los askaris cocinaban en las chozas.

—No se equivoque, sargento —respondió el capitán Enteté con un dedo alzado para que entendiese que era una reprimenda—. Nosotros somos soldados y cumplimos órdenes. Además, mandamos a salvajes. Este es el precio que hay que pagar para engrandecer la gloria de Bélgica. ¿Acaso espera que los señoritos que frecuentan los cafés y restaurantes de Bruselas estén dispuestos a ensuciarse las manos para aumentar sus beneficios y comodidades? Esa tarea recae en nosotros —añadió sobrecogido por un nuevo ataque de tos ronca. Sus pulmones emitían un silbido que rivalizaba con los chillidos que se escuchaban por todas partes.

A pocos metros, un soldado había atado a una mujer a un árbol. La desdichada estaba desnuda, inconsciente mientras el askari la flagelaba con el chicote. El extremo del látigo de piel de hipopótamo, duro como una piedra, estaba cubierto de pequeños cristales. La golpeaba con tanta fuerza que tenía la espalda abierta. Le asomaban los omoplatos y partes de la columna vertebral.

Todo pasaba tan rápido que Dubois apenas podía procesar el infierno que les rodeaba. El joven había envejecido años en las dos últimas semanas. Las pesadillas no le dejaban dormir por las noches.

Ahora era consciente de que les habían mandado al Congo para matar y esclavizar a sus habitantes. Nada más. Sin gloria.

El olor de la carne humana al fuego le mareaba.

—No se espante, sargento. Aunque no lo parezca a primera vista, los caníbales del bosque son infinitamente peores.

—¿Es eso posible? ¡Dios mío! ¿Se comen a todo el mundo? —contestó Dubois mientras unos soldados troceaban el cuerpo de una niña delante de su padre paralizado por el miedo.

—Joven, le queda mucho por aprender. No se comen a todo el mundo. Normalmente se limitan a los prisioneros de guerra, aunque los salvajes del bosque también consumen los cuerpos de los muertos. Pero no a los que fallecen por cualquier enfermedad maligna de la piel —aclaró el capitán. Dubois volvió a vomitar al ver cómo los askaris empezaban a devorar el cuerpo de la pequeña—. Tranquilícese, son ellos los que comen, no usted. Y son buenos soldados, aunque no sirvan para mucho más.

—¿Qué locura es esta? —inquirió en voz alta para sí mismo.

—Existe incluso una creencia predominante entre muchas de las tribus ribereñas del Alto Congo que asegura que el sabor de la carne humana mejora si se sumerge a la víctima hasta el cuello en agua durante dos o tres días antes del sacrificio —continuó el capitán sin hacerle caso—. Varios jefes tribales respetados me han ofrecido carne de sus víctimas con la mayor cordialidad y hospitalidad. Sobre todo los que nunca habían visto a un hombre blanco. Una vez, uno de ellos me dijo que lo que se tarda en devorar un cuerpo humano varía. Si este era un enemigo, solo el líder comía del cuerpo. Pero si era un simple esclavo, se dividía entre sus súbditos.

—Es grotesco, capitán —contestó Dubois limpiándose la boca con la manga.

El oficial lo miró con asco pero continuó.

—Son seres degradados y empapados de vicio. Pero en algo tiene razón, sargento; estos nuevos reclutas distan mucho de los primeros soldados que tuvimos. Echo de menos a los guerreros del Sudán. Nutrieron nuestras filas cuando yo no era mucho mayor que usted. Menudos hombres duros y formidables, aunque la mayoría pereció en las guerras contra los árabes.

En ese momento llegó el sargento Rugueux empapado de sudor. Pocos sabían que en realidad era francés, de la ciudad de Montauban. Se llamaba DeFumes y lo expulsaron de la escuela militar de París por alborotador, jugador y varios cargos de violación. Se rumoreaba que todavía lo buscaban en Francia. Nada más enrolarse en la Force Publique encontró su lugar en el mundo.

Rugueux disfrutaba con la violencia. Le gustaba encabezar los asaltos junto con los askaris más brutales, a los que trataba a patadas.

—¡Capitán Enteté, permiso para informar! —exclamó no por celo de soldado fiel, sino porque sus oídos todavía estaban copados por los gritos de los que acababa de matar.

Tenía la guerrera manchada de sangre. También la camisa blanca y varias salpicaduras en la cara. Respiraba profundamente, exhausto, y blandía el revólver cuya boca todavía humeaba.

—Adelante —contestó el oficial haciendo un gesto con la mano.

—Toda la aldea está bajo nuestro control. Había unos cien hombres, ciento cincuenta mujeres y muchos rapaces. Desconozco el número.

—¿Cuántos prisioneros en total?

—Veinte hombres, los más fuertes. Quince mujeres para los campos de labranza y otras cinco para que los salvajes no se aburran durante la marcha. El resto son parte de la fiesta —explicó. Se quitó el salacot y se secó el sudor con el puño del uniforme, aunque solo consiguió mancharse de rojo toda la frente—. Algunos se han internado en el bosque. ¿Quiere que los siga? Puede ser una buena cacería.

—¿Cuántos son?

—Una quincena, quizás. En su mayoría niños y alguna mujer.

—Ahorre sus fuerzas, nos harán falta. La selva se encargará de ellos.

—A sus órdenes —respondió Rugueux un tanto decepcionado.

Entonces se fijó en el sargento Dubois, pálido y con la cara verde.

—¡Vaya! ¿El nuevo sargento doncella sufre de los nervios? —dijo con mofa—. ¿Es usted católico? ¿Acaso no bebe la sangre de Cristo y come su cuerpo? Pues estos desalmados se conforman con mucho menos, sus vecinos les valen —aulló, y soltó una gran carcajada—. Venga, muchacho, no se ponga así. Solo hacemos nuestro trabajo. Con estos ya tenemos para una carga entera de tren. Alcanzamos de sobra la cuota de este mes. Esos malditos burócratas de las estaciones comerciales son peor que los caníbales, ¿no cree? —le preguntó al capitán.

Enteté se vio sobrecogido por un nuevo ataque de tos.

—Señor, necesita descansar —dijo Dubois.

—Capitán, el pipiolo tiene razón —añadió el sargento Rugueux—. Si quiere podemos fabricar una silla sobre unas parihuelas. Los hombres estarán encantados de llevar a su jefe, señor.

—Cállese, insensato —balbuceó el capitán con el pañuelo en la boca—. La próxima vez quiero más niños. Siempre hacen falta tropas de repuesto. En las misiones católicas agradecen la llegada de infantes a los que adoctrinar antes de que sean nuestros. Empiece por reagrupar a todos los hombres. Los quiero formados y listos en media hora para la marcha, ¿entendido?

—A la orden —contestó el sargento.

Se dio la vuelta, cogió unos cartuchos de su cinturón para recargar el revólver y empezó a gritar.

—¡Niños, vamos acabando! ¡Recuento en la explanada! ¡Recuento! —repitió. Alzó el arma y disparó tres veces al aire.

No le iba a ser fácil poner algo de orden ante el caos reinante. Los askaris se estaban empleando a fondo.

—¡Sargento Dubois, por Dios, tenga algo de orgullo! —le reprimió el capitán de forma paternal una vez Rugueux se hubo marchado—. Usted es un oficial belga. ¿Cómo permite que le hable así un mercenario francés? Ese imbécil se cree que no lo sabemos. No le comente nada a él porque es muy susceptible con ese tema. Representamos a nuestro país, no lo olvide. Ahora la condenada selva es parte de Bélgica, suya y mía. Los extranjeros solo están de paso.

Si así era, ¿por qué trataban a los nativos como a bestias?, quiso preguntar el joven, pero no se atrevió. Se restregó los ojos irritados por el humo, tragó saliva e intentó en vano sacar pecho. Entonces se fijó en uno de los sargentos nativos que traía los trofeos de la jornada para enseñárselos al capitán Enteté.

—¡Jefe, mire qué bolsa traigo! —exclamó el soldado que le sacaba una cabeza y media.

Sostenía un cesto hecho con lianas, como los utilizados para recoger el caucho, solo que estaba lleno de manos amputadas de todos los tamaños. Pequeñas, medianas, grandes, jóvenes, fuertes, viejas, encallecidas o arrugadas.

La historia de la aldea de Wala estaba en esos cientos de dedos que ya nunca sentirían nada. Con ellos desaparecía otra forma de vida única y adaptada a esa parte de la jungla durante cientos de generaciones.

—Esto de las manos es un asunto muy turbio, capitán —dijo Dubois reprimiendo unas nuevas arcadas.

—Es un mal necesario. Aunque no sienta pena por esos desgraciados —dijo a la vez que señalaba al grupo de cautivos, ahora esclavos, arrodillados en el suelo.

Todos tenían las manos atadas a la espalda, algunos con heridas y laceraciones que formaban charcos de sangre a sus pies. Estaban unidos por los cuellos con cuerdas. Si uno intentaba escapar, se mataba a toda la fila.

—Estos animales lo tienen mejor ahora que cuando luchábamos contra los mahometanos de Zanzíbar. Créame, estuve allí —añadió sobrecogido de nuevo por un violento ataque de tos que le hizo escupir un poco más de sangre. El capitán miró el pañuelo y el sargento se dio cuenta—. No se preocupe. Si sobreviví a aquello, esta selva no acabará conmigo.

Dubois se fijó en la cara de los prisioneros. Ninguno lloraba, a pesar de presenciar cómo su mundo, la vida que había existido durante tantas lunas llenas como hojas tiene un árbol de mangos, se quemaba ante sus ojos. También ardía su cultura, la que habían

profesado con sus propias historias y fábulas transmitidas de boca en boca durante milenios.

—Vaya con los prisioneros y asegúrese de que están bien atados —le ordenó el capitán Enteté.

—¡Sí, señor! —respondió el sargento cuadrándose.

Cuando llegó al lado de los desdichados Dubois se cercioró de que las ataduras estuvieran bien anudadas y los candados de las cadenas en orden. No se movió ni un metro de su lado. Quería alejarse del salvajismo de los askaris, aunque se sentía tan culpable como los que se llevaban la carne humana a la boca.

—¿Por qué consumís a los aldeanos? —le preguntó a uno de los soldados que también custodiaba a los prisioneros.

—Para robarles el valor. La carne humana nos da un corazón fuerte para luchar. Es bueno comer carne que una vez supo hablar. Es nuestra costumbre. Uno es lo que come. Si quiero ser fuerte cocino elefante. Si busco orgullo, león. Para adentrarme en los ríos, delicioso cocodrilo. Y para luchar sin miedo, a hombres.

Dubois se fijó en cómo el capitán Enteté se dirigía hacia un grupo de soldados que estaba a punto de pelearse. Uno de ellos levantaba la cabeza del hechicero de la aldea clavada en una pica. Los askaris discutían violentamente sobre quién debía quedársela. Comer la cabeza de un hombre mágico otorgaba poderes insospechados.

De pronto, el que sostenía la testa recibió una cuchillada en el abdomen. Un grupo de soldados formó un corrillo a su alrededor. Justo cuando el atacante iba a rematar al que estaba en el suelo, el capitán se metió entre los dos. No dudó en disparar tres veces en el pecho al agresor. Este se desplomó y cayó muerto antes de tocar el suelo. A continuación, le metió una bala en la frente al que, en el

suelo, todavía sostenía la cabeza. El capitán se agachó, la cogió y se la mostró a todos antes de darle un puntapié y lanzarla hacia una choza ardiendo.

—¡Las peleas se castigarán con la muerte! —gritó casi sin fuerzas, encorvado y a punto de sufrir otro ataque de tos. En ese momento se dio cuenta de que estaba solo y rodeado de askaris.

El sargento Rugueux apareció por detrás revólver en mano. Para el francés, matar a un negro de la aldea o a uno vestido con uniforme era lo mismo.

—¡Vosotros, perros, qué hacéis! ¡A formar, ahora! —aulló apuntándoles con el arma. El grupo se dispersó inmediatamente.

—¿Está bien, capitán? ¿Quiere que me ocupe de disciplinarlos? —El oficial levantó la mano para indicarle que el tema estaba zanjado —. ¿Qué hacemos con esos? Los hemos encontrado en el camino de la aldea. Deben haber visto el humo. Dicen que no son de aquí —explicó y señaló a cuatro hombres de mediana edad totalmente aterrorizados—. No les creo. Llevaban arcos y carne de mono. Seguramente son una partida de caza que está de vuelta.

El capitán Enteté alzó la vista, miró hacia el nutrido grupo engrilletado junto al sargento Dubois y negó con la cabeza.

—No. Tenemos demasiada carga y pocas provisiones. Deshágase de ellos. Y nada de malgastar munición, ¿entendido?

—A la orden —respondió Rugueux.

Sacó un cuchillo de dos palmos de su cinturón y degolló a uno de ellos. Los askaris que le acompañaban hicieron lo mismo con el resto.

—¡Dios santo, sargento! —espetó el capitán, que no esperaba una reacción con tanta crueldad—. Un poco más de decoro —añadió,

víctima de otro acceso de tos.

—Créame, a ellos no les importa —aulló el sargento, y rio como un loco.

Unos minutos después la tropa formó en fila en la explanada principal de la aldea, que seguía en llamas. Empezó la marcha de vuelta a la base rodeados del humo que ascendía hasta el cielo rojizo de la tarde.

Los cuerpos mutilados, medio devorados y tratados como basura, quedaron tal y como los dejaron al recibir la orden. Algunos soldados se apresuraron a cortar grandes trozos de carne de las nalgas y las piernas. Luego los envolvieron con hojas de mandioca y los metieron en sus macutos de tela marrón teñida de sangre. Les serviría como sustento durante el largo viaje a través de la espesura.

En pocas semanas, la selva reclamaría para siempre el pueblo que estaban a punto de abandonar, y Wala quedaría relegado al olvido eterno.

Cuando el regimiento abandonó el lugar, este cobró vida por última vez. De insospechados escondites surgieron pequeñas sombras. Salían del interior de los pozos de agua, de agujeros cubiertos con tablones debajo de las chozas derruidas y escondrijos que no se habían visto afectados por el fuego. También salieron de las despensas y recovecos que pasaron desapercibidos. Las sombras se tambaleaban entre las llamas, sin saber si seguían vivas o muertas. En su mayoría eran niños que habían presenciado las atrocidades más indecentes e inhumanas. No tenían muy claro si estaban en el mundo de los espíritus o seguían sobre la Tierra. Quizás por eso ninguno de los supervivientes tuvo miedo a internarse en la profundidad de la selva oscura.

En el poblado solo quedó un hombre tan magullado como trastornado. Estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, delante del pie y la mano de una niña pequeña.

Las tropas de la Force Publique lo habían dejado con vida para que contase el horror que había presenciado y sirviese de advertencia. El terror era la fuente de su poder incuestionable, al amparo de las autoridades coloniales que lo ordenaban.

El hombre se levantó en silencio cuando las llamas se hicieron demasiado insoportables. El humo negro que contenía todo su mundo lo rodeó hasta casi ahogarlo. Recogió los miembros amputados, los envolvió en unas hojas de platanero y desapareció en el interior de la jungla que había sido su casa.

28

LA FOTOGRAFÍA QUE LO CAMBIÓ TODO: NSALA EN EL INFIERNO

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1904

Los tres hombres venían de Wala, una pequeña y lejana aldea del Alto Congo. Alice los vio llegar desde la mesa del porche, donde estaba trabajando esa tarde.

Apenas hacía un par de días que había llegado de Coquilhatville y clasificaba el material fotográfico que acababa de recibir, incluida la nueva Kodak Brownie que George Eastman había lanzado al mercado unos meses antes, pagada con parte de los beneficios de la venta de los colmillos que Edward les había donado, una vez cubiertos los gastos de la misión.

Había algo perturbador en la forma en la que uno de los tres hombres caminaba. Desprendía una solemnidad triste, exhausta, perjudicada. El trío tenía aspecto de venir del peor funeral de sus vidas. Y así era.

Alice se levantó y bajó los escalones. Los hombres se sentaron en la hierba, pero cuando advirtieron su presencia, inmediatamente se pusieron en pie para dirigirse hacia ella.

Dos de ellos sostenían al tercero por los codos para ayudarle a andar. Cuando llegaron a los pies de la escalera, Alice se estremeció.

Tenía la cara desfigurada por el dolor y los ojos idos, ciegos de angustia. Se acercó para recibirlos. Algo le decía que aquel hombre iba a necesitar mucho más que su pobre consuelo.

—Hola, soy la misionera Alice. ¿Qué sucede? ¿Está bien su amigo? —preguntó.

Los hombres iban ataviados con apenas un taparrabos. El de la derecha tenía unas feas cicatrices en la espalda, la indistinta marca del chicote. La miraron en silencio. Quizás no hablaban lingala, pensó.

—¿Está bien? —insistió, mientras hacía un gesto con la cabeza hacia el hombre cuya pena sostenían sus compañeros.

—Venimos de la aldea de Wala con graves noticias —dijo el que estaba a la izquierda.

Justo en ese momento, el hombre con la mirada perdida, el que parecía estar muerto en vida, se dejó caer en el porche. A pesar de su debilidad, protegía un paquete envuelto en hojas de platanero.

—Se llama Nsala —dijo solemne el de las cicatrices, el mayor de los tres.

Desde el suelo, su compañero le extendió a Alice el bulto para que lo abriese.

A menudo, los aldeanos obsequiaban a los misioneros con carne de elefante envuelta en las preciosas hojas de plátano. No le dio mucha importancia. Solo se alarmó cuando Nsala levantó la vista y le perforó el alma con sus ojos negros, profundos como una noche sin luna. Alice lo cogió por pura educación. Un regalo de carne salvaje era un gran honor. Lo sostuvo y comprobó que pesaba bastante poco. El desdichado la miraba con una expresión de máxima consternación.

—Por favor, ábralo, señorita misionera —pidió el de las cicatrices.

Al hacerlo, el bulto de hojas se deshizo entre sus manos y cayeron al suelo un pie y una mano diminutos. Su mente tardó un momento en procesarlo. En cuanto lo hizo, le ordenó dar un paso atrás. La respiración se le cortó como si alguien le hubiese dado un puñetazo en la boca del estómago. Quiso correr, salir de allí y gritar de espanto, pero no podía apartar la mirada de los dos pequeños miembros amputados, que yacían sobre la esterilla de mimbre del suelo. Algo en su interior la retenía.

Nsala se cubrió la cabeza con los brazos.

—Desde que ha sucedido, se ha quedado mudo —explicó el hombre de la derecha, el más joven de los tres.

—¿Qué... qué ha sucedido? —tartamudeó Alice.

—Los soldados, señorita misionera. *Bula matadi* llegó a la aldea armado con fusiles y machetes. El pueblo no tenía lo que demandaban, así que empezaron a disparar, fusilar, asesinar y... —El de las cicatrices se detuvo al final de la frase. Bajó la cabeza, claramente avergonzado.

—Adelante, aquí estás en un lugar seguro —le dijo Alice para echarle una mano.

—Empezaron a comerse a los aldeanos —continuó. Alzó la barbilla con los ojos vidriosos, no de pena sino de pura rabia.

—A su hija —añadió el más joven. Nsala observaba los miembros amputados de su niña.

—¿Cómo? —preguntó Alice. Pensó que no había entendido bien sus palabras.

—Así es, señorita misionera. Primero mataron a su esposa, se llamaba Bongingangoa. Luego a Esanga, su hijo de diez años. Y

finalmente a su hija de cinco años, Boali. La trocearon delante de él y la devoraron. Solo quedó un pie y una mano. Al acabar el festín se los dieron para que nunca olvidara —explicó el de las cicatrices señalando hacia los miembros.

—Los soldados no son hombres, son demonios que se comen nuestra carne, señorita misionera —apostilló el joven.

El silencio de Nsala desprendía un dolor contagioso. Alice ya no tenía dudas. La Force Publique era el representante de Satán en la tierra.

Ante ella tenía unas pruebas tan horripilantes como frescas e incontestables. El pie y la mano de la pequeña Boali eran el testimonio definitivo. Aquella era la verdadera cara de los que gobernaban la colonia privada del rey Leopoldo II. Su propiedad y, por lo tanto, su responsabilidad.

Tanto John como Alice, al igual que el resto de los misioneros distribuidos por el río Congo y sus afluentes, seguían escribiendo cartas. Las aberraciones se amontonaban y las misivas seguían sin recibir respuesta. No obstante, continuaban recopilando las evidencias para entregárselas a Roger Casement.

—¿Nsala? ¿Aceptarías que te hiciera una fotografía? Si me dejas retratarte con... —le costó encontrar la palabra para referirse a Boali y solo pudo decir— ella, y mostrar tu historia, quizás mis amigos más allá del mar nos ayuden a deshacernos de los agentes del caucho y los soldados. Permite que enseñe tu sufrimiento al mundo.

El padre observaba lo que quedaba de su hija como si esta estuviese entera, como si la pudiese ver delante de él.

Nada más hacer la petición, Alice sintió cierto arrepentimiento pero se mantuvo firme, sin apartar la mirada. Había cierta crueldad

en su pregunta. Como persona era imposible no sentirse mal al retratar el fin de la razón, el espanto y las brutalidades que los hombres eran capaces de cometer contra sus semejantes.

«Sentirse así es un síntoma de la capacidad para reconocer el mal absoluto y actuar para que este no sea olvidado», se dijo. Aquella fotografía sería exactamente eso.

Se preguntó si se estaba aprovechando en beneficio de la causa de Roger Casement. No lo creía porque la suya era una causa justa. ¿Será la fotografía percibida como una morbosidad exótica? ¿O será una prueba de las monstruosidades que sufren los congoleños? En ambos casos contará su historia, reflexionó Alice.

Las preguntas se agolparon en su mente y se expandieron para ocupar todos sus pensamientos. Fueran cuales fueran las respuestas adecuadas, lo único que su corazón sabía era que debía hacer esa fotografía. Retratar a Nsala significaba reproducir la miseria humana que conducía los destinos de la colonia. Se suponía que esta se creó para salvar a sus gentes del esclavismo. Esa instantánea evidenciaba la gran mentira de Leopoldo II, sin más paliativos.

Las tribulaciones atormentaban a Alice tanto como la excitaban. Había tomado conciencia de la importancia del momento. Los dos hombres se acercaron a Nsala y le hablaron en voz baja. Intentó agudizar el oído, pero los susurros eran indescifrables. El corazón le palpitó en el pecho y el tiempo se ralentizó cuando acabaron de hablar.

—Señorita misionera, Nsala está de acuerdo.

—Gracias. Esperad aquí, por favor.

Alice entró en la casa a grandes zancadas. Cogió la cámara de gran formato, una placa seca y volvió apresuradamente. El momento

requería algo más que su Kodak Brownie.

La composición de la fotografía tenía que ser sencilla, sin artificios, documental. Eso era lo único realmente importante.

—¿Podéis poneros al lado de Nsala? Pero fuera del porche. Dejadle solo con Boali —indicó a sus acompañantes.

Necesitaba mostrar su dolor en soledad mientras sus amigos observaban el horror. Así quería que lo hiciesen las personas que viesen la imagen en Europa. Eso remarcaría también el aislamiento del espíritu humano. Si esta fotografía no apelaba a los corazones del mundo, entonces seguro que este ya estaba lejos de poder salvarse.

Los hombres accedieron y se colocaron detrás y a su izquierda. El más joven delante, con los brazos cruzados, y el de las cicatrices al fondo con las manos en las caderas. Nsala, ajeno a todo y absorto en la observación de los restos de su hija, seguía contemplando el fin del mundo.

En el momento en que apretó el disparador supo que esa fotografía no era como las demás. No entendió muy bien por qué. Al fin y al cabo, el caso de Nsala era el de cientos de miles de congoleños. No obstante, a veces un instante produce su propia energía telúrica. Lo aprendió de pequeña en la abadía de Malmesbury.

Cuando reveló la imagen en el improvisado laboratorio de la cabaña se dio cuenta de que era mucho más que una reproducción de la realidad. Al sostenerla le dio la sensación de contemplar una obra en la National Gallery de Londres.

Ella había hecho la fotografía, pero sentía que había algo más. Como si la imagen siempre hubiese estado allí y su mano solo fuese

una pequeña herramienta para traerla al mundo. Como creyente, y más en esos días turbulentos, Alice percibió la mano de Dios.

Lo que le resultaba más chocante era que la brutalidad se mostraba de una manera tranquila, casi pacífica. Hasta que el observador se daba cuenta de lo que había a los pies de Nsala. Para ser discernidos, los miembros amputados requerían de un doloroso escrutinio y se convertían en una saeta de dolor en los ojos.

El hecho de que la instantánea requiriese una atención específica provocaba un enfoque afectivo en el observador. Definitivamente, la fotografía era una poderosísima herramienta. No solo despertaba la consciencia colectiva, sino que su significado iba mucho más allá de lo semántico, a la vez que ofrecía un incontestable testimonio visual que humanizaba a la víctima de los abusos y la ignominia belga.

Incluso el niño que se había colado al fondo de la imagen tenía sentido. Estaba de pie, bajo una palmera; debía tener unos ocho años y estaba a una gran distancia. Lo descubrió tras el revelado. Él representaba la conciencia, pues, al fondo y casi olvidado, observaba el mundo convertido en una truculencia insoportable.

Los restos de la pequeña Boali le hicieron pensar en sus hijos en Inglaterra. A menudo su ausencia le hacía sentir que les estaba fallando como madre. Algunos días hasta se levantaba lista para hacer las maletas y volver a las islas británicas, quedarse allí con ellos para siempre, y olvidar los días tristes que se amontonaban.

Solo la fe y la importancia del trabajo que realizaba la sostenían. A veces, para obtener fuerzas, recordaba uno de los versos que solía cantar en la escuela dominical cuando era una niña: «El que hizo el cordero te hizo a ti».

Cuando John volvió por la noche y sostuvo la fotografía entre sus manos, enmudeció. Se quedó sin aliento, sin palabras, y eso era muy poco habitual en él.

—Es como si alguien me hubiese clavado un cuchillo en el estómago. Alice, esta imagen es el Congo. Nada lo cuenta mejor. Has encapsulado la barbarie, le has dado forma, contenido y emoción. No puedo apartar la mirada, me provoca una sensación de indignación moral. Sin embargo, cuanto más la miro, más crece en mi interior —dijo, con una voz profunda y emocionada—. Acabas de disolver cualquier tipo de escepticismo sobre la institucionalización de los crímenes en este lugar. Bravo, querida. Has resumido en una imagen lo que cualquier escritor necesitaría mil palabras para contar. Y ni aun así conseguiría un efecto tan terrible. Tenemos que hacerla pública lo antes posible. Lo antes posible... —repitió mientras se dirigía al escritorio.

John se sentó, colocó la fotografía sobre un libro para no perderla de vista, cogió papel de carta y su estilográfica.

—Ahora mismo escribiré al director de la misión de Balolo y al señor Casement. El cónsul querrá una copia lo antes posible, de eso estoy seguro.

—¿Y qué les vas a decir?

—Que esta es la fotografía más reveladora que jamás se ha tomado en el Congo. Provocará un estallido de ira en el público. ¿No te das cuenta, Alice?

—¿De qué? —preguntó ella.

—De que acabas de cambiar el mundo con una imagen, querida —contestó a la vez que empezaba a escribir la carta.

John no se equivocaba. La fotografía de Nsala daría la vuelta al mundo y sería publicada en más rotativos de los que podía contar o imaginar. Con el tiempo se convertiría en un icono atemporal de la lucha contra las desigualdades y por los derechos humanos.

Unas semanas después, Roger Casement no dudó en incluirla en su informe para el Parlamento inglés, que pretendía presionar a los poderes internacionales con el objetivo de que apoyasen la creación de una comisión de investigación sobre las atrocidades y crímenes que se estaban cometiendo en el Congo.

Pronto, la fotografía de Nsala tendría más fuerza que las armas de un ejército y sus miles de balas. Más fuerza que un rey que se creía omnipotente.

29

EL EJÉRCITO DE LA PAZ: LA ASOCIACIÓN PARA LA REFORMA DEL CONGO

MISIÓN DE BARINGA, ALTO CONGO, 1904

Estimada Caroline:

Perdona si estas letras te llegan tarde. Tengo tanto que contarte desde la última vez que te escribí. Mucho ha sucedido en estas tierras, pero nada tan importante como las noticias que recientemente han llegado de casa junto a tus cartas. El pasado mes de marzo los señores Edmund Dene Morel, periodista, y Roger Casement, el cónsul de Boma, hicieron pública la formación de la Asociación para la Reforma del Congo en la Filarmónica de Liverpool. Según aseguran, ¡más de dos mil personas acudieron para escuchar sus historias y ver mis fotografías!

Su objetivo, del que ya formamos parte de manera extraoficial, pues nos debemos primero a la Unión de Misioneros, es difundir la verdad sobre lo que está sucediendo en el Estado Libre del Congo, a través de diversas publicaciones y la organización de conferencias. Según nos escribió el propio señor Morel, a quien todavía no conocemos, la fotografía será una herramienta central de su estrategia.

Nos ha enviado su último libro, *El gobierno del rey Leopoldo en África*, que se diferencia de casi todos los que se han escrito sobre los crímenes en esta tierra en que se basa en el método científico, es decir, en la publicación de estadísticas para denunciar dichas atrocidades con hechos contrastados, fehacientes y testimonios e imágenes que corroboran sus denuncias. Entre ellas, la fotografía de Nsala que tomé hace unas semanas y resume el horror en la colonia. Roger

Casement tuvo la amabilidad de hacerle llegar una copia al periodista. La visión de ese padre observando los restos devorados de su hija todavía me rompe el corazón.

Por si fuera poco, el cónsul también ha utilizado mis instantáneas, las de más dureza y desesperación, para su informe sobre las atrocidades en el Congo. De hecho, la idea de crear la Asociación fue del propio Roger Casement, al que he conocido en persona e impresiona por su talante inquebrantable. Sin embargo, él no puede asumir el papel de portavoz principal del grupo porque forma parte del Gobierno británico. También se les ha unido el doctor Guinness, que suscribe la causa de poner fin al control de Leopoldo II sobre el Estado Libre del Congo.

Me llegaron tus cartas, todas y cada una. Las noticias sobre tus visitas a Alfred y Margaret me alegraron el día. Releo esos párrafos con avidez porque, solo a ti puedo confesarte la verdad, la distancia y el tiempo son una receta perfecta para el desapego. Confieso que, a veces, como si lo hubiera olvidado, de repente recuerdo que soy madre. Es una sensación descorazonadora.

También tengo noticias de ellos a través de la casa Harley. Incluso me han mandado alguna fotografía. Freddie ya es un hombrecito. En cuanto a Margaret, temo que no recuerde ni nuestras voces; era tan pequeña cuando nos marchamos de Inglaterra.

Nuestra labor en el Congo es la razón por la que estoy segura de que algún día entenderán que la separación tuvo razón de ser, o al menos eso es lo que me digo para sentirme mejor. De todas formas, he dejado la mejor noticia para el final. John y yo hemos decidido que, tras nuestra nueva implicación en la organización de los señores Morel y Casement, su Ejército de la paz, regresaremos a Gran Bretaña el año que viene para ayudar a la causa y reunificar la familia. Espero que tengas preparados los pastelitos y el té de Bombay.

TU HERMANA QUE TE QUIERE

Alice colocó la pluma en el estuche, sopló sobre el papel para secar la tinta y lo dobló en dos partes para meterlo en un sobre. Empapó

con la lengua el pegamento, lo cerró y se fijó en los sellos de color naranja de veinticinco céntimos congoleños pegados en el anverso, que mostraban la efigie del monarca belga, como si fuera un emperador romano. Leopoldo II disfrutaba colocando su busto hasta en la sopa.

John estaba detrás de ella. Deambulaba por la habitación con su libreta de piel en la mano, nervioso, pululando como un mosquito que no encuentra piel donde posarse. Alice depositó el sobre en la bandeja donde amontonaban las misivas de salida.

Hacía semanas que escribir cartas de queja a las autoridades belgas formaba parte de sus actividades diarias, en detrimento de las clases de religión en la escuela donde solía enseñar. John estaba de acuerdo. Para él, traer el evangelio al Congo no tenía sentido si el pueblo al que intentaban llevar la palabra del Señor ya no existía. Las bayonetas no se podían combatir con Biblias, sino con acciones que avergonzasen a los que las dirigían.

Su vida como misioneros se había transformado. No querían esperar al cielo para obtener la máxima recompensa divina: la libertad, cuando esta también podía reinar entre la humanidad. La misma oración católica del Padre Nuestro lo decía: «Así en la tierra como en el cielo».

En la bandeja de al lado estaba el paquete de cartas que acababan de llegar. Entre ellas, una enviada directamente desde las imprentas londinenses en un gran sobre de color marrón. Contenía un folleto que hacía tiempo que Alice esperaba con ahínco.

La señora Fanny Grattan Guinness, esposa de su líder espiritual en la Unión y editor de la revista misionera *Regiones del Más Allá*, creía que el trabajo de Alice estaba menospreciado por el público y

muchos de sus correligionarios, por el simple hecho de ser mujer. Para apoyar su labor fotográfica, a principios de año instó a su marido a publicar diez mil copias de un folletín especial bajo el título: *La esclavitud en el Congo*. Tenía varias páginas y estaba compuesto, casi en su totalidad, por las imágenes que Alice les había mandado. También incluía varios textos que le pidió escribir.

La fotógrafa cogió el sobre y se dispuso a abrirlo. Pero antes de hacerlo, decidió contarle a su marido lo que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo.

—John, he estado pensando. ¿Crees que deberíamos abandonar nuestras funciones como misioneros? —inquirió mientras cogía el abridor de cartas para cortar la solapa del sobre. Sacó el folleto y lo ojeó rápidamente. Se detuvo en una de las páginas con diversas imágenes que mostraban las terribles amputaciones de brazos y piernas que sufrían los niños congoleños.

—¿Cómo dices, querida? —se hizo el sorprendido, aunque ella sabía que, desde la visita de Roger Casement, algo había despertado en su interior.

Por otro lado, Alice era consciente de que su marido era un reverendo devoto y leal. La idea de abandonar la Unión de Misioneros le hacía pensar en Caín y la primera gran traición.

—No me malinterpretes. Mi fe en Dios sigue inquebrantable, pero no en su creación. No creo que se pueda corregir a través de la plegaria. El Todopoderoso es el rayo de la tormenta y no los nubarrones, o el cielo en el que habitan. Siento que el abandono de nuestros hijos debe tener un sentido más allá de los rezos y los tabernáculos.

La imagen de Freddie y Margaret le vino a la mente. Eso le dolió. John, un tanto ensimismado, parecía ver lo mismo.

—Yo también los echo de menos —contestó él—. Pronto volveremos a Inglaterra. Sin embargo, nuestro trabajo aquí está lejos de terminar. Tendremos que permanecer unos meses más de lo que teníamos pensado. Los acontecimientos están a punto de precipitarse.

—Es cierto —admitió Alice.

—Tus fotografías lo están cambiando todo —dijo John—. Nunca pensé en la cámara como lo hiciste tú, querida. Perdona mi ceguera.

Alice le sonrió. En su corazón no había nada que perdonar.

—Y según tengo entendido —continuó John, sonriente y con los ojos vidriosos—, la nueva Asociación ha conseguido crear un *lobby* británico con mucha influencia y voz en el Parlamento, incluso en Buckingham Palace. Han aunado a las Cámaras de Comercio de Liverpool, Manchester y Londres con varios ciudadanos particulares. Eso es obra de Dene Morel. Además de buen periodista es un político astuto.

—Estoy convencida de que te mueres de ganas de conocerlo —dijo ella con una media sonrisa—. Dios los cría y ellos se juntan.

—¡Alice! —protestó John mientras sus mofletes delgados enrojecían.

—Os parecéis mucho —argumentó ella lanzándole un beso—. Al igual que tú, el señor Morel empezó este viaje como algo diferente. En su caso, como comerciante y periodista. John, siempre llevaremos las misiones en el corazón, pero cuando volvamos serviremos a la causa del Congo. A Dios le servimos permaneciendo vivos para echar una mano en esta locura. Todo cambia, y eso está

bien, amor mío. ¿Cuántas veces has pensado en la tienda de camisas donde trabajabas en la City londinense antes de conocernos?

—Nunca —reflexionó él. Se sentó en uno de los sofás del estudio y dejó su bloc de notas casi jeroglíficas encima de la mesilla; las que Alice debía descifrar después—. Querida, soy un reverendo. Mi compromiso es con Dios. Tengo sentimientos encontrados.

—Y el mío también —contestó ella, que miró de nuevo el panfleto —, pero de lo que se trata es de dejarse llevar por su fuerza, ¿no es así? Eso es lo que predicas los domingos, ¿verdad?

John asintió y volvió a abrir la libreta de piel. Sabía que no iba a escribir nada. Cogió su estilográfica y empezó a hacer garabatos. Así es como se tomaba su tiempo para reflexionar sobre una decisión importante.

—Sin duda el señor Morel ha cambiado el destino de todos —dijo para sí en voz alta y con la vista clavada en la página blanca—. Y tiene un plan viable.

El reverendo no se equivocaba. Edmund Dene Morel era periodista y pacifista. Tenía doble nacionalidad, francesa e inglesa. Había nacido en París. Desde Europa, llevaba tiempo siguiendo la pista de las aberraciones en el Congo.

Antes de dedicarse a juntar letras, la buena posición de su familia lo llevó a ser el jefe comercial para el Congo de la empresa naviera de Liverpool Elder Dempster. Con el tiempo se dio cuenta de que las cifras oficiales proporcionadas por el Estado Libre eran falsas. Estas siempre se presentaban como deficitarias. No se correspondían con las exportaciones y el precio del caucho de los barcos que traían la mercancía, y que solo regresaban a la colonia privada belga

cargados con armas y municiones para la Force Publique. Dominaba perfectamente el francés, así que pidió que le destinasen a Amberes. Allí se encontró en una posición privilegiada y comprobó que la realidad del Congo era muy diferente a lo que se escribía en la prensa.

No le resultó difícil tirar del hilo. Lo que descubrió le hizo sentir una enorme tristeza por la raza humana. Decidió entonces cargar sobre sus hombros una cruzada mediática contra el responsable de los crímenes, el rey belga. Abandonó su trabajo y se convirtió en editor para intentar desacreditar a Leopoldo II. Fundó su propia revista, *The West African Mail*. Con ella empezó a realizar conferencias por toda Gran Bretaña con el objetivo de concienciar a la opinión pública sobre lo que sucedía en el Congo. Realizaba un periodismo directo y sin intermediarios, que combinaba con sus informes para el Ministerio de Asuntos Exteriores con acusaciones directas:

«La raíz del mal está en el hecho de que todo en el gobierno del Congo ha sido orientado hacia el beneficio económico», escribió en uno de ellos.

Los *tories* conservadores del Parlamento británico escuchaban en esas palabras las ideas socialistas que se extendían por las fábricas de toda Inglaterra. Pero en cuanto leían los informes, a menudo acompañados por fotografías, las diferencias políticas se disolvían.

—En eso tienes razón, John —dijo Alice para llamar su atención—. Los esfuerzos de Dene Morel posibilitaron que el Parlamento aprobara una protesta contra el trato a los congoleños y el monopolio comercial de Leopoldo II. También ayudó a que el Ministerio de Exteriores encargara el informe a Roger.

—Sé de buena tinta que la obra del cónsul ha sido enviada a todos los países que asistieron a la Conferencia de Berlín —añadió John libreta en mano—. Eso forzará al monarca belga a dar explicaciones ante las demás potencias. Veremos qué es lo que pasa —dijo mientras afuera empezaba a chispear.

Alice se levantó y dejó el folleto en la mesa. Se acercó a su marido y se sentó a su lado. En pocos segundos, la fina cortina de agua se convirtió en un chubasco.

—Los caminos del Señor son inescrutables, ¿verdad? —dijo Alice.

John se rio. El humor de su mujer era una bendición mezclada con la bella melodía de la lluvia nutriendo la selva.

—Escribiré a Dene Morel y le mandaremos más fotografías. Seguiremos adelante, aunque acabe haciendo de nuevo mis propias camisas —concluyó él, que se rio de su propia gracia. Eso le ayudaba a aceptar su destino.

Alice y John se fundieron en un abrazo. La cortina de lluvia barría los cristales y eso les hizo recordar el camarote del SS Cameroon, el transatlántico en el que empezó su viaje.

—¿Te acuerdas del barco con el que llegamos? —le dijo Alice.

Se sentía energizada por la cadencia de la lluvia y se abrazaba a su pecho mientras buscaba su mirada y reacción antes de lanzarse hacia sus labios finos.

—Calla, querida. Solo con pensarlo me da vueltas todo.

—Y más que te dará —dijo ella ascendiendo hacia su barbilla.

—Si lo dices por trabajar para Dene Morel, no me asusta. Mañana saldré hacia las aldeas de Livoko. ¿Me acompañarás? —concluyó.

El corazón de Alice latía rápido, desbocado.

—No lo dudes, cariño. Pero mañana será otro día. Ahora disfrutemos de la lluvia —dijo ella, y le rodeó el cuello con sus brazos.

Volvieron a besarse y sus cuerpos se convirtieron en uno mientras la tormenta descargaba con furia su aguacero sobre la misión de Baringa.

30

UN ARMA DE DOBLE FILO: LA COMISIÓN DE INVESTIGACIÓN

CASA DE HUÉSPEDES DE IKAU, ALTO CONGO, 1904

Gracias al informe de Roger, el Parlamento británico ha exigido una reunión de las 14 potencias firmantes para revisar el Acuerdo de Berlín de 1885. El Parlamento belga, impulsado por nuestro aliado en el país, Émile Vandervelde, así como otros críticos de la política congoleña del rey, ha obligado a Leopoldo II a crear una comisión de investigación independiente. Llegará al Congo en unas semanas y se detendrá, entre otros lugares, en la población de Ikau. Gracias a sus cartas, John comparecerá como testigo. Y las fotografías de Alice como pruebas. Buena suerte.

EDMUND D. MOREL

Hacía varias semanas que el telegrama colgaba de la pared del estudio de la casa de huéspedes de la misión en Ikau. El matrimonio se había trasladado allí por orden del doctor Guinness. Se pusieron a su entera disposición. Iban a formar parte de la comisión de investigación. Seguirían los acontecimientos y, desde el corazón de la selva, podrían medir la reacción real del Gobierno colonial.

Alice se sabía al dedillo el telegrama, aunque durante los últimos días evitó leerlo para protegerse de las falsas expectativas. El informe de Roger Casement levantó muchas ampollas. Todos

esperaban que la llegada de la comisión fuese el principio del fin de las atrocidades en el Congo.

Algunas señales apuntaban a ello, como la disminución de las patrullas de la Force Publique. También los controles de carreteras que solían establecer donde les placía. La única forma de escapar del abuso y el robo era tener la piel blanca. Si osaban tocar a un europeo sin el consentimiento de los oficiales belgas, los soldados tenían garantizado el chicote o un pelotón de fusilamiento.

Los últimos días del año transcurrieron en un chasquido de dedos. Estuvieron embadurnados por una mezcla de obsesión por el trabajo, miedo al resultado de la comisión y una excitación contenida. La temperatura, calurosa en exceso, hacía difícil recordar que las Navidades estaban a la vuelta de la esquina. «Charles Dickens jamás hubiera sido capaz de escribir su *Canción de Navidad* si hubiese nacido en los trópicos», solía decir John.

Entonces, sin previo aviso, por fin llegaron las embarcaciones de la comitiva de la comisión de investigación enviada por Bruselas. Al matrimonio no le hizo falta un vigía. Primero se escucharon los tambores a lo lejos. Poco a poco se acercaron. Desde la propia Ikau, los gritos celebratorios empezaron a adueñarse de la aldea.

Alice vio los barcos desde la ventana de la habitación. Todavía seguía en la cama. Eran tres vapores blancos con sus grandes ruedas de popa y las cubiertas envueltas en banderines de colores. Parecían de un lujo inusual para la zona. A su alrededor, canoas de todos los tamaños les seguían. Las columnas de humo de las grandes chimeneas ascendían por encima de las copas de los árboles. Tanto tiempo esperando a que llegasen y cuando lo hicieron, ni siquiera estaba vestida, pensó Alice.

—¡John, John! —gritó emocionada—. ¡Fuera! ¡Mira, río abajo! ¡Vapores! ¡Mira el tamaño del que los lidera! Estos no son los transportadores de ganado en los que solemos viajar.

Se vistieron a toda prisa y salieron al porche. Desde allí observaron cómo una gran multitud se dirigía hacia los muelles.

No tardaron en unirse a los niños, mujeres y hombres que parloteaban entre ellos, reían, se abrazaban y se reencontraban con familiares que venían a ver el espectáculo.

Para Alice, mezclarse entre el gentío era electrizante, intoxicante, le inspiraba confianza. Aunque sabía que a los miembros de la comisión los eligió la persona que ordenaba el martirio del pueblo congoleño.

John no era propenso a mostrar muchas muestras de afecto en público. Pero esa mañana fueron hasta el embarcadero cogidos de la mano. Se miraban, sonreían aliviados y se dejaron llevar por la música y las canciones que se escuchaban por todas partes. Ikau era una fiesta. Por fin se presentaba la oportunidad de que todo el dolor sufrido revertiese en aquellos que lo defendían y propagaban.

La parte del río Lulanga donde se asentaba Ikau era más ancha que el Támesis en Westminster. Las embarcaciones fondearon en una de las pequeñas bahías rodeadas de bosque virgen y lleno de vida, ajeno a las tribulaciones de los seres humanos.

El vapor más grande y lujoso lucía su nombre en el casco con unas preciosas letras pintadas de blanco y ribeteadas con toques dorados sobre un fondo negro: «Archiduquesa Stephanie», se llamaba. Era el nombre de una de las hijas de Leopoldo II.

Consiguieron llegar al muelle. Además de los vapores de la comisión, arribaban canoas cargadas de carne ahumada envuelta en

hojas de plátano, fruta, carne de elefante, pieles de leones y cocodrilos, baratijas de metal, cazos y fetiches que no sabía ni lo que eran. Venían de todas partes para aprovechar el encuentro y comerciar. Durante semanas, la noticia de que el jefe de los hombres blancos estaba arrepentido de sus crímenes y enviaba a sus jueces para que ellos pudiesen hablar, recorrió toda la selva hasta el lago Tanganica.

Eso no era del todo cierto, pero los supervivientes querían tener voz. El reinado de Leopoldo II en el Congo era una masacre de proporciones bíblicas.

Una niña se acercó a Alice. Era una de las chicas que solían atender la escuela local. Se llamaba Igna. Tenía unos doce años. Llevaba varias piezas de fruta en una cesta para vendérselas a los grupos de remeros que embarcaban o desembarcaban.

—Madre Harris, qué alegría —le dijo.

—Todo el Congo está aquí —respondió ella.

—Nunca había visto barcos así —afirmó la niña.

—Yo tampoco, pequeña, menudo lujo. —Igna sonrió—. ¿Vas a vender la fruta en el embarcadero? —La pequeña asintió—. Tengo hambre, ¿cuánto vale el mango?

—Un céntimo de cobre, madre Harris.

—Te compro dos porque mi marido también tiene el estómago vacío.

Los ojos de la niña centelleaban de ilusión. Su día empezaba bien. Alice metió la mano en el bolsillo del vestido, donde siempre guardaba algunas monedas para pagar en el mercado. La abrió y sobresalió una de cinco francos de plata, reluciente, con la efigie de Leopoldo II. Era la más valiosa de las monedas que el monarca

llevaba acuñando en el Congo desde 1887. Las de 1 céntimo de cobre, que en el anverso mostraban simplemente una estrella como la de la bandera del Estado Libre, estaban perforadas. En su mano tenía un resumen de lo que ocurría en el país. No lo dudó: le metió la moneda de cinco francos en el bolsillo del vestido, hecho con trapos viejos y trozos de camisas.

—¡Madre Harris! —exclamó aunque no de alegría. No entendía el porqué de la donación desproporcionada. No sin algo a cambio.

—Será nuestro secreto. Es porque eres una buena estudiante. Dásela a tu madre y no se la enseñes a nadie —le dijo a la oreja.

Antes de que la primera delegación desembarcase, John y Alice decidieron volver a la casa de huéspedes. El reverendo consideró que, como testigo en el próximo juicio, era mejor mantenerse apartado del puerto. Pasarían aún dos días hasta que los preparativos para las actividades de la comisión estuviesen listos. Su objetivo, según el documento oficial, era averiguar qué había de cierto en las acusaciones sobre los presuntos crímenes cometidos contra la población. Por ello, los jueces querían examinar en persona el Estado colonial y sus gentes, recorrer la infraestructura para la producción del caucho y otras materias primas, y finalmente redactar una conclusión no vinculante sobre sus hallazgos.

Hasta su llegada a Ikau, a la comitiva solo se le ofreció un *tour* pintoresco e inolvidable que poco tenía que ver con la realidad del Congo. La organización del recorrido recayó en monsieur Soigné. Él eligió y acondicionó las plantaciones gubernamentales para su inspección. Las pruebas del holocausto congoleño estaban en la selva, donde los jueces mandados por Bruselas nunca se internarían.

Al matrimonio no le fue fácil confinarse durante esas dos jornadas. No obstante, ambos emplearon el tiempo para preparar el discurso de John. Teniendo en cuenta lo que iba a declarar, la bofetada sería mayor si no se establecía ninguna familiaridad con los miembros de la comitiva. Esta iba presidida por el juez Janssen, un belga con fama de incorruptible, aunque su presencia allí sugería lo contrario. Le acompañaban dos magistrados extranjeros: el juez Barón de Nisco, de Italia, y el señor Schumacherry, jurista de Suiza. Todos habían leído el Informe Casement. El objetivo secreto de su misión era probar que era falso.

La mañana en que se celebró la primera sesión, la pareja abordó la cubierta a rebosar de público congoleño. También estaban allí los representantes de la Force Publique, que tendrían la oportunidad de defenderse de las acusaciones vertidas contra ellos.

No eran ni las diez de la mañana y el termómetro ya alcanzaba los treinta y cinco grados.

El calor sofocante jugaría a su favor, pensó Alice. Los tres jueces vestían sus gruesas túnicas oficiales de color escarlata. Estaban sentados tras una mesa cubierta con un mantel blanco colocada en la gran popa de la embarcación. La habían despejado para montar el pequeño tribunal. La cubierta pronto sería un horno. Eso aumentaría la congoja al escuchar a los testigos y sus monstruosas historias.

El matrimonio se separó al pisar la cubierta. John sería la voz de la Unión de Misioneros. El papel de Alice, que se presentaba como fotógrafa desde que se trasladaron a Ikau, era el de espectadora. No

obstante, los jueces podrían ver una selección de sus fotografías que documentaban las atrocidades.

Alice se situó detrás de los magistrados, junto a varios jefes tribales que vestían una mezcla de ropas europeas y complementos nativos. Reclamaban su lugar junto a los gerifaltes blancos. También había un buen grupo de oficiales de la Force Publique.

Alice buscó entre ellos al capitán Fiévez, pero no lo encontró. Sin embargo, le llamó la atención un joven que la miraba con tristeza. Pudo escuchar cómo otro oficial, algo mayor, se dirigía a él como sargento Dubois.

No debía pasar de los treinta años. Su pelo rubio se había vuelto casi blanco. Tenía los ojos azules agrietados en rojo y unas ojeras profundas y anchas como el río Congo. Su tez amarillenta contrastaba con el blanco impoluto de su uniforme de gala. De él colgaba una solitaria medalla con un ribete rojo. Sostenía el salacot en un brazo y con el otro espantaba un mosquito que no paraba de rondarle.

Desde su posición, el joven le hizo una leve reverencia con la cabeza. Parecía estar convencido de saber quién era Alice, aunque ella nunca lo había visto. Tuvo la sensación de que quería hablar con ella. Pero la audiencia estaba a punto de comenzar y él formaba parte de la comitiva de la Force Publique, dirigida por monsieur Soigné.

«¿Comerciante de gemas?», se preguntó Alice al verlo. Sabía que el instinto no le había fallado. Su desconfianza durante la cena en Coquilhatville estuvo fundada.

Alice llamó la atención de John, que estaba sentado entre los testigos. Él también se dio cuenta. En ese momento, la fotógrafa

intercambió una mirada con el mercenario estadounidense, vestido con el mismo traje blanco que había llevado en la cena donde se habían conocido. Al ver a Alice, le lanzó una sonrisa de pillo callejero.

Monsieur Soigné y su séquito de subordinados, entre los que destacaba un sargento nativo, estaban allí para negar las acusaciones y representar a sus amos: el rey, el dinero y el poder ilimitado en sus estaciones donde operaban como hombres con complejo de Dios. Árbitros que sopesaban la vida y la muerte de sus semejantes.

El agudo y estridente sonido del silbato del vapor inició la primera jornada de las vistas de la comisión. El pitido sobresaltó a muchos de los nativos que abarrotaban la cubierta, los muelles y toda la ribera alrededor de la embarcación. Cada día, esa sería la señal que diera comienzo al circo de las turbaciones.

La sesión empezó con un discurso de cada juez sobre la justicia y la civilización. Todos mencionaron a Leopoldo II como si este fuese su representante. Desde el primer minuto, pusieron sus cartas al descubierto. ¿Fue un error por su parte? Seguramente. Eso facilitó que las evidencias acorralaran a sus falacias.

El primer testigo en hablar fue el propio monsieur Soigné. Acusó a los misioneros como el reverendo Harris de tener una agenda oculta auspiciada por Gran Bretaña. También de falsear las pruebas y exagerar eventos dramáticos para dar sentido a sus actividades evangélicas en el Congo.

—Están camuflando las rivalidades locales y las guerras tribales. Los muertos, si es que los hay, no son producto del odio colonial. Eso sería absurdo. ¿Para qué matar a unos súbditos que el rey

Leopoldo II necesita? Son imprescindibles para que la gran industria prospere en esta colonia. Es beneficiosa para mucha gente.

Sacó el documento que lo acreditaba como representante privado del monarca en el Congo. Esto causó un ronroneo de asombro entre el público, al que Alice se sumó.

—Esta colonia fue aprobada en Europa por su raíz filantrópica, como prueban los acuerdos de Berlín. Los esfuerzos del rey siempre han ido en ese sentido. Lo demuestra el informe detallado que he preparado. Sé por experiencia personal que el rey ama a sus súbditos como si fueran sus hijos —aseguró con firmeza.

Los jueces cogieron el documento del montón de volúmenes y carpetas que formaban una pequeña montaña sobre la mesa. El juez italiano lo abrió y, tras echarle una ojeada, esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Hemos construido miles de carreteras para el transporte de bienes, y abierto el camino para que cientos de plantaciones prosperen. Sin orden, hace tiempo que habríamos sucumbido a las tradiciones paganas de los nativos. O a los sacrificios rituales en nombre de dioses diabólicos que llevan a cabo las tribus sin civilizar. Los misioneros y el cónsul británico los utilizan de manera torticera para acusarnos. Así pretenden esconder sus propias motivaciones egoístas en nombre de una potencia colonial vecina y rival.

—Entonces, ¿niega todas las alegaciones presentadas por los misioneros y el informe del cónsul, Roger Casement, contra sus hombres? ¿Son mentiras? —preguntó el presidente del jurado, casi respondiéndose a sí mismo.

—Puede pasar revista a mis tropas cuando quiera. Son soldados disciplinados. Cumplen o se atienen a las consecuencias. El orden es

nuestra llamada y en nombre del rey lo hacemos cumplir. Todo lo que han visto en la colonia debe ser organizado. No es fácil en este lugar. Las fiebres y la fauna se llevan a muchos, incluidos mis soldados. Las acusaciones de los misioneros son una injuria a la Corona y a los ciudadanos belgas de bien. Deberían ser expulsados de estas tierras.

—Muchas gracias, monsieur Soigné, puede retirarse —concluyó el juez Janssen.

El gerifalte saludó chocando los talones de sus botines negros lustrados. Después se sentó en una silla que la tripulación le había colocado. Era uno de los pocos presentes que podía sentarse en la cubierta. De alguna manera, eso lo igualaba con los propios jueces.

Llegó el turno de John.

—Reverendo Harris, ha sido usted designado para abrir el caso en favor de los nativos. ¿Me equivoco? —dijo el juez suizo.

—En favor de la justicia, señoría —respondió John, y se ajustó la americana blanca—. La misma que se le ha negado al pueblo del Congo y que espero que ustedes reconozcan a través de sus víctimas. Su testimonio será presentado ante la comisión. Desde la llegada de los europeos a estas tierras millones de personas se han esfumado, desaparecido —indicó John, que vocalizaba con pausa—. ¿A dónde han ido? Es verdad que las enfermedades se han llevado a muchas almas. Pero los mosquitos y los piojos no cargan antorchas, no queman las aldeas cuyos rastros se ven en las grandes explanadas, en las riberas de los ríos ahora vacías. Los honorables jueces lo habrán podido comprobar en su camino hasta Ikau. Sin embargo, no siempre fue así. Por ejemplo, según el informe compilado por el honorable cónsul británico, el señor Casement —

dijo mirando a monsieur Soigné y al documento que tenían a la vista los jueces pero que no consultaron—, en 1896, en el pueblo de Lukolela vivían unos cinco mil congoleños. Según las estadísticas del Informe —insistió, pero los jueces continuaron impertérritos—, en 1903 solo quedaban seiscientos supervivientes en la aldea. ¿Murieron todos por las epidemias de viruela, malaria, la enfermedad del sueño y la tripanosomiasis? ¿Las mujeres dejaron de tener hijos? ¿Por qué, donde antes había chozas y cabañas, ahora solo hay selva quemada? Los testimonios se lo contarán, señorías.

Alice lo observaba con orgullo. No había duda de que John tenía madera de político.

El juez italiano intentó decir algo, pero se quedó con el dedo alzado. El reverendo Harris lo advirtió y alzó la voz para imponerse.

—Señores jueces, no se dejen engañar por la jovialidad con la que han sido recibidos estos días. Bajo la naturaleza hospitalaria de los congoleños se esconde el horror que ha sido perpetrado contra ellos por parte de la Administración belga. Mujeres, niños y ancianos asesinados. —John miró alrededor. Tenía la atención de toda la cubierta, así como la de los cientos de personas que se agolpaban en la ribera—. Miles de hombres han sido esclavizados y sometidos a una brutalidad sin precedentes. Hace un año, señorías, visité los pueblos de Samb'Ekota y Bolima, ambos explotados por el comercio del caucho. Fueron arrasados por la Force Publique por no cumplir con la cuota asignada, o esa fue su excusa. Lo que presencié iba más allá de lo imaginable. Los hombres que no habían sido asesinados fueron hechos rehenes y vendidos en Boma. Solo quedaron unos ancianos y niños. Ellos me llevaron de la mano a la cabaña del jefe. Allí los soldados dejaron colgados órganos internos

humanos a medio comer. También había cabezas clavadas en estacas y restos de torsos chamuscados en el fuego donde habían cocinado la carne de sus semejantes. Señores jueces, no era la primera vez que presenciaba algo así. Cada pueblo que he visitado ha perdido el setenta y cinco por ciento de su población original. Y ellos saben muy bien por qué —dijo John señalando directamente hacia monsieur Soigné—. Ellos lo saben. Llevan registros cuidadosos, aunque no están sobre su mesa.

—¡Calumnias! —gritó uno de los militares belgas.

—¡Cobarde! —exclamó un mercenario que, en vez del uniforme, lucía una casaca del ejército holandés.

John permaneció erguido mientras la conmoción iba en aumento. Monsieur Soigné lo miraba con una sonrisa torticera.

—¡Orden! ¡Orden! —gritó el juez Janssen. Hizo ademán de golpear con un mazo pero no disponía de uno, así que se valió de su bloc de notas—. ¡Orden!

Poco a poco, el murmullo cesó. John continuaba impertérrito.

—Sus acusaciones son muy serias —indicó el juez suizo.

—No son acusaciones, es la verdad. Aunque lo mejor será que lo cuente uno de los hombres que estuvo allí, el jefe Lontulu, superviviente de Bolima.

John señaló al susodicho. Seguramente a los jueces solo les parecía un anciano de pelo blanco con la cara arrugada y el cuerpo ajado, seco y lleno de las cicatrices de la paliza recibida por parte de los soldados hasta darlo por muerto.

Lontulu dio un paso adelante y se colocó delante de los jueces. Se desató un pañuelo que llevaba al cinto y lo extendió en el suelo de la cubierta, justo delante de su mesa. Todo el mundo permanecía en

silencio, expectante. El jefe cogió una bolsita de piel de la que sacó un puñado de ramas cortadas en palillos. Procedió entonces a colocarlas sobre el pañuelo, lenta y concienzudamente. Mientras, pronunciaba una serie de nombres, como si cada rama fuera un mundo. En realidad lo eran.

—Nilaja, Kashka, Ngdongo, Ibum, Ketia, Impune, Ngembe, Boase...

—¿Puede explicarnos qué sucede, reverendo Harris? —inquirió el juez aristócrata italiano arqueando una ceja, más divertido que curioso.

—¿Qué significa este espectáculo? —presionó el juez Janssen a la vez que se dirigía al traductor designado por el tribunal y aprobado en persona por monsieur Soigné.

Lontulu habló con tanta calma que a los presentes se les pusieron los pelos de punta.

—Es mi pueblo, los que partieron antes de hora. Todos asesinados por *bula matadi* —explicó el jefe acusando directamente al Gobierno.

—¿Cuánto va a durar esto? —añadió el juez belga con dureza.

Lontulu continuaba sacando ramas y las colocaba sobre la tela. Con cada una recordaba un nombre en voz alta.

—Kingo, Nbote, Ganego, Lumba, Bolengi...

—¿Quedan muchas? —le preguntó el intérprete. Lontulu no contestó. El traductor se dirigió al juez Janssen y se encogió de hombros.

Por su parte, el jefe levantó la vista y tragó saliva mientras todos le miraban con el corazón en un puño. Entonces dijo con los ojos nublados pero con entereza:

—Son ciento diez ramitas.

Alice se fijó en el sargento Dubois, el joven que la había saludado. Tenía la cara torcida y sudaba profusamente, mucho más que sus compañeros. Abría la boca sin saberlo. Parecía recordar una escena que le atormentaba.

—¡Pregúntele qué hizo! —exclamó el capitán Enteté, situado al lado del sargento Rugueux. Este último miraba la escena con cara de loco.

El jefe ni se inmutó y siguió con sus nombramientos.

—Lamu, Ndgalada, Lontulu hijo, Mareni, Ami...

—¿A qué se refiere el teniente? —inquirió el juez Janssen.

—¡Señoría, ese oficial no forma parte de este testimonio! No tiene derecho ni al uso de la palabra. ¡Esto es un ultraje! —protestó John.

Lontulu seguía pronunciando nombres.

—Es cierto que se salta el procedimiento, pero si la información es relevante para entender el caso de este sujeto, es nuestra obligación escucharla.

—Capitán, le permitiremos una pregunta —añadió el juez.

—¡Inconcebible! —se quejó John. Un murmullo empezó a apoderarse de los espectadores.

Pronto fue atajado. Monsieur Soigné, sentado en su silla presidencial, miró en derredor sin perder su sonrisa peligrosa, levantó un brazo y exigió silencio. El rumor cesó de inmediato.

—¿Has matado a alguno de los oficiales belgas, o algún hombre blanco, Lontulu? —inquirió el capitán con rabia y un claro tono de acusación.

El intérprete tradujo mientras John le decía:

—Lontulu, no tienes que contestar.

Sin embargo, el jefe se detuvo con una ramilla en la mano.

—Sí, lo hicimos —contestó. Miró a los jueces, frío como los cuerpos de sus familiares—. Matamos a tres hombres de la Force Publique. Ellos asesinaron a ciento diez de mi gente sin ninguna razón. Un oficial blanco participó y nos vengamos de él. Hombres, mujeres y niños —repitió Lontulu—. A mi amigo Isekifaus lo asesinaron y luego colgaron sus entrañas en la puerta de su casa porque no había reunido la cuota de caucho —explicó.

—¡Ha confesado! ¡Grilletes! —gritó uno de los militares belgas.

El murmullo se expandió de nuevo a la velocidad de los rayos del sol. Estos caían sobre ellos con una impasividad ofuscante y asfixiante. El juez italiano, sudando la gota gorda, se adelantó a los acontecimientos.

—No harán falta, mis colegas estarán de acuerdo —dijo buscando la aprobación del resto. Obtuvo la del suizo pero no la del belga. Sin embargo, siguió adelante—. En este caso todos han sufrido en demasía. Por favor, buen hombre, recoge tus ramas. Te hemos entendido y escuchado.

—Estamos de acuerdo —dijo Janssen, que utilizó el plural mayestático.

—Lo estamos —indicó el magistrado italiano.

Lontulu quiso continuar pero John le puso la mano en el hombro y le susurró que, por favor, recogiese el pañuelo y las ramillas. Lo hizo un tanto confuso pero con una dignidad que dejó a todos en silencio.

Observando a monsieur Soigné, Alice comprendió que las redes de inteligencia del monarca y sus secuaces se extendían por todas partes. Estaba más que segura de que hacía años que les abrían el correo. Ese era el motivo por el que los negativos de las fotografías y

los documentos internos los llevaban hasta Inglaterra en persona los misioneros que volvían a casa. Los escondían en sus baúles de viaje para no levantar las suspicacias de los aduaneros en Boma.

John llamó al próximo testimonio. Su nombre cristiano era Tomás. No quiso revelar su auténtico nombre. Era un exsoldado de la Force Publique al que convencieron para que hablase, antes de desaparecer en la selva y unirse a los grupos de rebeldes que se enfrentaban a las tropas de Boma. Algunas de las tribus del Alto Congo nunca aceptaron el dominio belga. Continuaban emboscadas en lo más profundo del territorio, entre los grandes lagos del centro del continente africano.

Era un hombre alto, fornido y con los brazos llenos de cicatrices. Lucía una barba tupida que le sobresalía varios centímetros de la barbilla. Solo vestía con un taparrabos y varios collares rituales que escondían una gran herida en el pecho.

Cuando entró, monsieur Soigné movió la cabeza con desaprobación. Su testimonio les había pasado por alto.

—Me llamo Tomás. Combatí como cabo en el río Mambogo, donde buscábamos diamantes y piedras preciosas. Hostigábamos a las aldeas para que nos indicasen los lugares donde se hallaban. Algunos las llevaban colgando como adornos. Cuando los oficiales blancos las vieron, se volvieron locos. Si la información no les satisfacía, nos ordenaban matarlos.

—¿Puedes contarles a los jueces cómo funcionaba el suministro de cartuchos para las tropas? —le preguntó John.

—Cada vez que salíamos a por caucho nos daban unos cartuchos. Los contaban. Todos teníamos que devolver los que no usábamos. Por cada uno que faltase debíamos entregar la mano derecha del

muerto como justificante. Si gastábamos uno cazando algún animal, se la contábamos a un hombre vivo. O lo matábamos.

—¿Cuántos cartuchos usasteis durante la marcha hacia el río Mambogo? ¿Y durante la estancia en sus afluentes buscando piedras preciosas? —inquirió John.

—Duró varios meses. Gastamos unos seis mil cartuchos.

—Es decir, que seis mil personas fueron asesinadas o mutiladas de por vida. Una pregunta más, Tomás: ¿qué les hacíais a los niños?

—Los matábamos con las culatas de los fusiles —respondió frío como un témpano.

—Eso es todo, señorías —apostilló John.

Los tres jueces se quedaron en silencio. Una brisa se levantó desde el río y con ella el perfume de la selva. Parecía validar las palabras del reverendo Harris, que empezaban a hacer mella en la coraza de los magistrados.

Monsieur Soigné fue requerido de nuevo en el estrado de los testigos. Sería la última vez que lo hiciera en toda la comisión. No le gustaron las preguntas del jurado que, por primera vez desde que llegó, se dio cuenta de que tenían voluntad propia. Eso le dio mala espina. El gerifalte era un hombre avispado. Si a su jefe en Bruselas le entraba el miedo, no dudaría en cortar de raíz todos los cabos sueltos. Y él era uno de ellos.

—Las acusaciones vertidas contra sus hombres son muy graves, monsieur Soigné. ¿Las niega? —preguntó el juez Janssen.

El jefe se mantuvo firme, desafiante.

—En las guerras mueren hombres, y no siempre de la mejor forma. Eso es ley de vida desde que el mundo es mundo.

—¿Pero está de acuerdo con este tipo de brutalidad? —inquirió el juez suizo.

—Yo cumplo con mis órdenes. No es mi trabajo cuestionarlas. Los nativos son gente primitiva. No se puede hacer una tortilla sin romper un huevo.

—¿Permitió o no esos desmanes? —preguntó el juez suizo.

—¡Por supuesto que no! Por mi honor —contestó. Pero la voz se le aflojó. Quizá empezaba a sentir el peso de una justicia que creía enteramente suya. Los nativos murmuraron. Él se dio cuenta pero continuó—. Señorías, les aseguro que nuestro sistema de recogida de caucho no emplea esas medidas.

—Ya ha dicho suficiente, monsieur Soigné. Por favor, tome asiento —sentenció el juez Janssen, claramente insatisfecho con su contribución.

Cuando se retiró del estrado sus ojos centelleaban de puro odio.

Al acabar la jornada los jueces ofrecieron un tentempié. Monsieur Soigné no asistió. Estaba irritado e iracundo. Sí acudieron, por obligación, el resto de los oficiales, entre ellos el joven sargento Dubois, que estaba más pálido que nunca.

En cuanto pudo, John se dirigió a los jueces y continuó narrándoles sus experiencias. El vino abrirá sus corazones, pensó.

Alice le dejó hacer. Aprovechó que el joven sargento bebía solo en una de las cubiertas de estribor mientras contemplaba el río oscuro y quieto.

—Buenas noches. Soy la señora Alice Seeley Harris, la mujer del reverendo —se presentó.

—Sé quién es, señora Seeley Harris. Me llamo Dubois, para servirle.

—Parecía usted muy afectado durante el juicio, sargento.

—Es el calor —contestó apurando su copa.

—Hace una temperatura asfixiante, sin duda. ¿Pero se encuentra usted bien? —insistió Alice. Sentía que algo muy grave perturbaba a aquel soldado.

El interés de la fotógrafa no era periodístico. Estaba comandado por la realización de que se hallaba ante un hombre que sufría gravemente de los nervios. Esa era su condena aunque no por ello merecía menos caridad. Alimenta a tu enemigo, ese era el tipo de cristianismo que Alice siempre había practicado. Aunque su fe se había puesto a prueba una y otra vez desde su llegada al Congo.

—Si me permite, debo volver con los míos —concluyó el sargento Dubois antes de decir nada más.

Al día siguiente los testimonios se sucedieron. Los magistrados estaban abrumados. John se las apañó para reclamar de nuevo su total atención y la del público. El mediodía era más caluroso que de costumbre.

—Quisiera que el tribunal escuchase un documento que supongo ya conocen, pero que en las actuales circunstancias es de justicia y necesidad —explicó mientras se paseaba por la cubierta agarrándose con las manos el chaleco del traje.

—¿De qué se trata? —preguntó el juez Janssen. Este lo atravesó con la mirada como si quisiera acallarlo con los ojos, aunque ya era demasiado tarde.

John colocó un fonógrafo en el centro de la cubierta del vapor con la ayuda de Impongi. Su destreza, a pesar de sus amputaciones, horrorizó y fascinó a partes iguales a los jueces.

—Quisiera que escuchásemos una parte del cuarto anexo del informe realizado por Roger Casement. Es la declaración del nativo Mola. Se grabó a través de un traductor y cuenta las desventuras que su pueblo está sufriendo —explicó John.

Impongi posó la aguja lentamente sobre el cartucho del fonógrafo:

> Los soldados estatales vinieron de Bikoro y atacaron la ciudad de Bwanga. La quemaron y mataron a mucha gente. De ahí pasaron a Mokili, donde tomaron a docenas de prisioneros. Ataron las manos de los hombres del pueblo y los dejaron al aire libre mientras llovía muy fuerte. Pasó mucho tiempo, toda la noche, y seguía diluviando. Las ataduras de sus manos, hechas con lianas, empezaron a crecer por el agua y les apretaron hasta que se les desgarró la carne y mostraron los huesos. A mí también me pasó. Las tenía tan hinchadas que ya eran inútiles para siempre. Entonces los soldados me golpearon las manos con sus fusiles hasta que me las arrancaron. Luego fui liberado. El jefe blanco que los mandaba no estaba lejos y vio lo que hacían. Bebía vino de palma mientras se reían.

La grabación de la voz conmocionó a los congoleños que se reunían alrededor del vapor. Algunos incluso se espantaron. No obstante, el valor real de la grabación era que los jueces entendiesen que el resultado de sus conclusiones, en caso de obviar las atrocidades presentadas y que estaban fuera de dudas, les sobrevivirían en el archivo de la historia. Así, quedarían retratados para siempre como los ayudantes del monstruo belga.

Los tres jueces observaron con ojos renovados a los siguientes testimonios, que les atormentaron con sus historias. La irritación de monsieur Soigné iba en aumento.

Cuando terminó la jornada, hasta el inquebrantable juez Janssen se retiró a su cabina empapado en sudor frío. Estaba más pálido que nunca.

Esa noche, Alice habló de nuevo con el sargento Dubois. Parecía especialmente deprimido. Seguía bebiendo solo en la cubierta con los ojos perdidos en el cielo estrellado, como si esperase alguna respuesta.

—Me han destinado a otro asalto de la frontera. Pronto iremos en busca de nuevas aldeas en Yambinga. Dicen que la cuota de caucho ha bajado —anunció sin que Alice le preguntase.

—Que Dios sepa perdonarle —respondió ella sin pensarlo.

Enseguida se arrepintió. Él se dio cuenta al instante.

—No se preocupe, señora Seeley Harris, no le falta razón. Aunque el perdón de su religión es una gran mentira. Algún día se dará cuenta. Además, tengo otros planes de viaje. Le aseguro que no tendré que sufrir de nuevo a los mosquitos de las marismas o las bestias salvajes, vistan o no uniforme.

—Nunca es tarde para la salvación —contestó Alice, apelando al sentido religioso del joven, aunque este ya no creía en nada.

—No pretendo ofenderla, pero no sabe de lo que habla. Hace tiempo que ese barco zarpó, señora Seeley Harris.

Por alguna razón, quizás fue una corazonada doliente o un presentimiento alarmante, el joven sargento sacaba a la misionera que Alice llevaba dentro. Hacía tiempo que había sido desplazada por la fotógrafa que ahora habitaba en su piel.

—Hasta siempre, señora. Le deseo lo mejor —dijo el joven y chocó los talones para despedirse con el saludo militar—. Ojalá el destino me hubiese dado unas cartas diferentes —concluyó.

—Buenas noches y cuídese, por favor —indicó Alice.

El joven le sonrió y desapareció tras la escalera de cubierta que llevaba a la pasarela para desembarcar.

Al día siguiente, los testimonios del horror continuaron azotando las conciencias de los jueces. Cada vez encontraban menos excusas para no estremecerse con las narraciones de los desahuciados, esos a los que pretendían negar la más mínima justicia.

Un hombre explicó que le dieron a elegir entre cortar la mano o el pie de su hija pequeña por no cumplir con la cuota de caucho. Otro contó cómo azotaron al jefe de una aldea hasta que los huesos quedaron a la vista por tratar de impedir que los soldados de Boma violaran a las mujeres. Un tercero relató cómo dos oficiales belgas apostaron a ver cuánto se tardaba en serrar a un hombre. Ordenaron a dos soldados hacerlo con su hermano. Lo cortaron en vivo y se rieron mientras intercambiaban monedas de cinco francos.

El testimonio más crudo y duro fue el de un joven venido de Mapoko.

—Me llamo Mingo —explicó alzando los brazos sin manos.

Tenía la cara rajada y el cuero cabelludo lleno de clapas. Iba desnudo de cintura para arriba para mostrar las cicatrices del chicote, desde el cuello hasta las nalgas.

—Mi cuerpo habla por sí mismo —continuó—. Es una advertencia sobre el hombre blanco. Él me hizo esto para quedarse con la tierra

que le pertenece a mi pueblo. Los europeos creen que el sol solo se levanta por ellos. Y si les contradices, lo pagas con la tortura o la muerte.

Mingo calló. Abrió la boca para emitir un sonido pero no pudo. Le costaba tragar. Cogió aire, miró hacia el cielo y luego a los jueces mientras las lágrimas surcaban sus mejillas.

—Las aldeas se han convertido en páramos. Mi cuerpo es una advertencia —repitió.

Apabullados por los testimonios, los jueces permanecieron callados durante varios minutos. El espanto, contado por las propias víctimas, se les metía en los huesos. En ocasiones, el juez suizo, el señor Schumacherry, palidecía hasta el punto de que los asistentes creían que estaba a punto de desmayarse. John, avispado como un zorro, escogió ese momento para la bofetada final: las fotografías de Alice.

Su mujer había seleccionado las más explícitas: niños que mostraban sus muñones tras sufrir la ley del machete. Les había retratado vestidos con unas túnicas blancas. Así sus amputaciones eran el foco de atención en la imagen. Eso hacía que la atrocidad fuera mucho más cruda. Otras instantáneas mostraban aldeas quemadas, retratos de mujeres esclavizadas y ancianos de aspecto fantasmal convertidos en deshechos humanos. Y por supuesto, la realidad sobre el trabajo esclavo en las infraestructuras belgas: postes de telégrafos, estaciones de madera y la construcción de los ferrocarriles en la selva. Cada imagen era un golpe de martillo en un clavo que hundían en los corazones de los tres representantes del culpable último de todo lo que escuchaban.

Alice observó el efecto que sus imágenes causaban en los magistrados, cuyas expresiones de desagrado y mareo se hicieron sentir entre el público. Supo entonces que su voz, a través de las instantáneas, ya no le pertenecía. Ese era precisamente el propósito de las fotografías, que ya tenían vida propia, casi como hijos que habían crecido para luego abandonar el hogar.

Pensó en Freddie y Margaret. Su imagen se esfumó cuando el sollozo contenido del juez suizo, que sostenía la fotografía de Nsala, hizo que todas las cabezas se giraran en su dirección.

—*Mon Dieu*! ¡Ya he visto suficiente! Necesito un descanso. Ahora —exclamó.

Sus dos colegas se sorprendieron y Janssen ordenó un receso hasta la siguiente jornada.

—¡Que Dios nos perdone! —murmuró el suizo al levantarse de la silla para dirigirse a su cabina en el interior del vapor.

Alice observó a monsieur Soigné. Su cara ya no dibujaba una sonrisa burlona y petulante. La palabra y la fotografía estaban venciendo. ¿Podría actuar Dios a través de una imagen?, se preguntó.

La siguiente jornada sería la última en la que intervendría John. Utilizó todo el tiempo disponible para seguir lanzando leña a la caldera de la vergüenza. Los jueces no podían escapar de ese sentimiento devastador. Para ello escogió leer una parte del informe de un misionero británico llamado Scrivener. Entabló amistad con él en una de las misiones del Alto Congo.

—Cito de su diario escrito en 1902, sobre una aldea cerca de Bompuna:

> Los nativos aseguran que vivían en paz hasta que llegó el hombre blanco con todo tipo de peticiones y los amenazaron con la esclavitud. Decidieron echarlos de su tierra, pero fue inútil. Los fusiles los superaron. Se rindieron y sobrellevaron lo mejor posible aquellas nuevas circunstancias. Inmediatamente, llegó la orden de construir casas para los soldados, y eso se hizo sin una queja. Luego tuvieron que alimentar a los askaris. A continuación les pidieron que fueran a buscar caucho. Les ofrecieron recompensas y accedieron. Al principio, se alegraron de su buena fortuna. Sin embargo, la recompensa no tardó en verse reducida hasta que al final les dijeron que fueran a buscar caucho a cambio de nada. Cuando objetaron los soldados mataron a algunos aldeanos y al resto se les dijo que partieran en el acto, o habría más muertos. Amputaron las manos de dos hombres. Partieron hacia la selva sin comida o piedras para hacer fuego. Muchos murieron por culpa del hambre y el frío. A pesar de todos sus esfuerzos, la cantidad recolectada disminuyó, por lo que hubo muchos más asesinatos. Algunos aldeanos sabían dónde estaban los huesos, así que les pedí que me los enseñaran. Entre la hierba, a pocos metros de la casa donde me alojaba, había una gran cantidad de cráneos y, en algunos casos, esqueletos humanos completos. Conté treinta y seis cabezas decapitadas. Llamé a uno de los hombres y le pregunté qué significaba aquello. Los soldados mataron a tantos que nos cansamos de enterrarlos y los arrastramos hasta aquí para que la jungla se los lleve, me dijo. Hay muchos más, si desea verlos, añadió. Sin embargo, tenía el estómago revuelto y decliné seguir viendo la obra del diablo.

Al terminar, John hizo una pausa. Todo el mundo estaba en silencio, solo interrumpido por el quejido de dos buitres que sobrevolaban la zona. Los árboles se movían con la brisa. El sonido del río era un rumor lejano, quieto, en suspenso. Los asistentes, incluidos los tres

jueces, cuyo aspecto comenzaba a estar desaliñado después de días en la jungla, se quedaron sin palabras. Al contrario que John.

—Para terminar, un último y corto testimonio, si sus señorías me lo permiten.

Janssen alzó el brazo para dar su consentimiento mientras monsieur Soigné leía un periódico belga. Fue lo que hizo durante la lectura del testimonio de John. Así mostraba su desdén. No obstante, levantó la vista y dejó de fumar su purillo al escuchar la última pregunta que John le hizo a un joven llegado de Baringa.

—Se llama Ikele y puede testificar de milagro. ¿Por qué, Ikele? —preguntó John.

—Tengo miedo.

—¿Por qué? —insistió John.

—Por lo que les pasó a dos amigos cuando venían a contar su historia a los jueces blancos. Se llamaban Lilongo e Ifomi. Un oficial blanco quiso impedírselo, así que los ató a un árbol y los azotó durante tres días. Ifomi murió y lanzaron su cuerpo al río. Lilongo volvió a casa y tiene las piernas paralizadas para siempre.

—Eso es todo, señorías. Ahora está en sus manos —concluyó John mientras el joven se retiraba y la cubierta se sumía en un rumor expectante.

Cuando los jueces se marcharon, Alice intentó alcanzar al sargento Dubois, pero la comitiva militar fue la primera en abandonar la escena. Se les veía decepcionados, taciturnos. Aun así, miraban al frente con la impunidad como bandera. Sobre todo monsieur Soigné. Comprendió que el refinamiento y la debilidad de corazón de los jueces se había transformado en un arma en su contra.

El gentío celebró la pena de los magistrados como una victoria. Y lo era. A pesar de los esfuerzos del rey belga, en febrero del año siguiente la comisión confirmó el Informe de Roger Casement, aunque su decisión no era vinculante. Es decir, no tenía el poder de detener nada, aunque el discurso negativo de los tres jueces sí abrió una grieta en los cimientos del plan de Leopoldo II. La Asociación para la Reforma del Congo de Dene Morel, de la que ahora Alice y John eran representantes, debía explotarla para ahondar en la deshonra del monarca. No obstante, quedaba mucho trabajo por hacer. La muerte seguía imparable en el Congo.

De vuelta hacia la casa de huéspedes, Alice escuchó a su espalda una voz familiar que pronunciaba su nombre con excitación.

—Señora Seeley Harris, reverendo —anunció la voz.

—¡Edward Vilah, dichosos los ojos! —contestó ella girándose.

—Es un placer volver a verte, Alice.

—Lo mismo digo.

—Reverendo Harris, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias, señor Vilah —respondió John. Se estrecharon la mano con fuerza. Nunca se habían gustado pero hacían lo posible por ser civilizados.

—¿Qué te trae por aquí? No te hemos visto —preguntó ella.

—Me gusta ser invisible. Pero claro que estaba presente. ¿Cómo iba a perderme esta fiesta? Los ha dejado con un palmo de narices, reverendo. Me alegro por usted. Esos cerdos se lo tienen bien merecido. Lástima que esto no vaya a cambiar nada.

—Esperemos que sí lo haga —dijo Alice un tanto ofendida por el comentario.

—Alice, ojalá la bondad triunfara, pero rara vez lo hace —contestó Edward.

—¿Todavía sigue diezmando a la fauna como una plaga, señor Vilah? —inquirió John, que tampoco apreció su comentario.

—Creo que usted también ha cazado en alguna ocasión, ¿verdad, reverendo?

—Solo por comida.

—Claro, lo que usted diga. Y no, ya no cazo animales. Tengo otros planes en mente que seguro que a su Dios le gustarán.

John lo miró arqueando una ceja.

—¿Qué planes son esos, Edward? —preguntó Alice.

—Ahora eso no es importante. De verdad, le felicito por su discurso, reverendo. Aunque lo mejor han sido las fotografías —añadió mirando a Alice—. Si me permitís un consejo. No os dejéis llevar por la alegría del momento —advirtió—. Ese monsieur Soigné es peligroso. De ahora en adelante será mejor que os guardéis las espaldas. Esto no le sentará nada bien a su amo. Los animales más peligrosos son los que están heridos y acorralados.

—Gracias por sus palabras y por su preocupación —respondió John a regañadientes.

—Estaremos bien, Edward. Ya lo intentaron y no pudieron con nosotros.

—Lo sé —contestó el viejo soldado. Ambos se sorprendieron por la afirmación del cazador—. Un asunto muy feo, sin duda —explicó con tono irónico.

—¿Cómo? —espetó Alice, confusa por el comentario.

—La horma y su zapato. Eso dicen, ¿no? —añadió Edward, que dejó escapar una risa contenida—. Nada de lo que preocuparse. Ese asunto acabó en la selva.

—¿Dónde está Mohammed? —preguntó Alice buscándolo entre la gente.

Edward suspiró, apesadumbrado.

—Mohammed está con su Dios. Se fue en paz.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Alice cubriéndose la boca con las manos—. De verdad, sé que os conocíais desde hace tiempo.

—Gracias, Alice. Pero, en serio, no os fiéis de ese monsieur malnacido —contestó para cambiar de tema—. Por cierto, antes de marcharme, querría comentarles algo —añadió encarando a John—. Como todos los presentes, las fotografías me han removido por dentro. ¿Han pensado en montar un espectáculo de linterna mágica? Vi uno en El Cairo hace un par de años. Utilizaban un proyector de luz y las fotografías podían verse ampliadas en una gran pantalla blanca. Era sobrecogedor. Pensé que podría serles útil. Tus imágenes valen más que un ejército —le dijo a Alice.

—He oído hablar de ese artilugio. Le agradezco mucho la información. Seguro que nos será de gran utilidad —contestó John.

—Me alagas, Edward —dijo Alice.

—Solo reconozco el buen trabajo.

—Vaya, tan cortés como siempre —bromeó ella.

—Y que lo digas —añadió John, un tanto celoso. Él no bromeaba.

Edward se rio y le extendió la mano a su marido.

—Ha sido un placer. Ahora debo volver al trabajo.

Se estrecharon las manos y se dejaron llevar por la testosterona.

—¿Nos volveremos a ver? —le preguntó Alice antes de ofrecerle la suya.

—Eso solo tu Dios lo sabe —respondió Edward guiñándole un ojo —. Reverendo, le deseo lo mejor. Alice, sigue igual, por favor. No cambies. Adiós.

—Adiós —contestaron al unísono.

El excazador se perdió entre el gentío mientras los vapores de la comisión se preparaban para zarpar. Lo hicieron al caer el sol, rodeados de cientos de canoas que les seguían hasta que desaparecieron en la bruma del río.

En ese momento no lo sabía, pero esa fue la última vez que Alice vio a Edward Vilah. El cazador acabaría convertido en una leyenda local.

Por la noche, la selva volvió a su concierto de vida incontenible. El fluir de las aguas se escuchó de nuevo, la brisa caliente corría entre las chozas. Cada jardín parecía sonreír con la actividad festiva de sus ocupantes. Los congoleños encendieron fuegos y el olor a carne asada inundó la noche. Incluso los guerreros se paseaban sin sus escudos y sin sus armas.

Todo sabía a victoria. Hasta que un disparo rompió la oscuridad.

John y Alice salieron al porche de forma precipitada. Temían una represión inmediata de la Force Publique como venganza. Llegaría pero no tan pronto.

El disparo provenía de una de las habitaciones del hotel en Ikau donde se hospedaba la plana mayor de los oficiales que asistieron a la comisión.

Alice tuvo un mal presentimiento. No obstante, durmió con una tranquilidad y serenidad de espíritu que no recordaba desde sus primeros días como misionera.

Momentos antes, el sargento Dubois se retiró a su habitación. Completamente desnudo, escribió una nota y la colocó en el centro del escritorio junto a su anillo de la Academia Militar. Limpió su uniforme de gala, lustró las botas hasta que vio reflejada su cara, pulió su medalla, engrasó el revólver y se vistió lentamente.

Justo antes de que el ordenanza llamase dos veces a la puerta para indicarle que la cena estaba lista, el joven sargento se miró al espejo. Apenas reconocía su propia imagen. Amartilló el revólver y se voló la tapa de los sesos.

En la nota se leía: «Somos culpables». Nada más.

31

LA GRAN EMPRESA CONTRAATACA CON LOS PERIODISTAS PALMEROS

PALACIO DE BRUSELAS, BÉLGICA, 1905

Mientras esperaba la llegada de Émile, Leopoldo II se fijó en los cambios que había sufrido el interior del archivo secreto de Bruselas. Tanto el mobiliario como las caras que pululaban. Al rey le parecieron hormigas ajetreadas sin nombre.

El mapa del centro de África, que dos décadas atrás admiró por sus espacios en blanco, estaba descolorido y, en parte, cubierto por varios archivadores metálicos con cajones cerrados con llave. Los mismos que se amontonaban en casi todas las paredes, incluido frente al espejo donde se recordó joven, uniformado, dispuesto a reclamar su lugar en el mundo, aunque para ello tuviese que robarlo.

Las estanterías que más le sorprendieron eran las destinadas a los fotógrafos. En ellas había más de una docena de cámaras de varios tipos y tamaños. Al lado, habían colocado unos grandes archivadores donde los funcionarios guardaban las imágenes producidas por la administración para sus periodistas.

Leopoldo II fue el primer monarca europeo en entender la utilidad de utilizar a los medios de comunicación como un martillo pilón para

clavar e insertar la narrativa deseada. Lo único que se necesitaba era centralizar y estabilizar esa voz. Repetir el mensaje una y otra vez hasta darlo por sentado. A las letras y a la fotografía nunca le faltaban —ni le faltarían— periodistas esbirros y filibusteros que extendieran las verdades de sus amos, amparados en términos como verdad y libertad.

El tiempo y el confinamiento voluntario en su jaula dorada no habían pasado en vano. El vigor del rey Leopoldo II ya no era el mismo. Tenía la barba blanca y los ojos de un anciano tosco, cada vez más aislado de la realidad pero inmensamente rico.

Los informes semanales sobre los negocios en el Estado Libre del Congo habían dejado de interesarle. El dinero a espuertas solo era una cosa de la que disfrutar. Para ganarlo ya estaba la maquinaria que el viejo Lambermont había creado de la nada. Lo echaba de menos, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Ahora era un rey constructor. La época de ambición y diplomacia hostil había terminado. Su nueva obsesión era construir maravillas arquitectónicas por toda Bélgica. Con tantos ladrillos y piedras como vidas en la colonia habían costado.

El atentado de hacía tres años lo apartó de la vida pública. Desde entonces siempre llevaba escondido un pequeño revólver bajo la pechera de la guerrera. Cuando asistía a cualquier acto público o evento, estos debían ser estudiados al detalle por los miembros fijos de su comitiva encargada de la seguridad, a la que ordenó establecer un sistema de información cuyos tentáculos se movían por sí mismos, para poder seguir existiendo como el rey del pueblo, sobre todo entre los cientos de miles que se habían enriquecido a costa de su dominio privado en el Congo.

El secretario llegó con la respiración entrecortada, trece minutos después de la hora convenida. Leopoldo II no lo dudó.

—Émile, llega usted tarde. Últimamente se ha relajado mucho. Mi tiempo es oro.

—Majestad, por favor, acepte mis más sinceras disculpas. Es imperdonable, lo sé. Una reunión urgente en el Ministerio de Exteriores me ha mantenido ocupado. Estamos teniendo serios problemas de publicidad en el Estado Libre. Los fuegos deben apagarse antes de que se propaguen.

Leopoldo II observó a su secretario con reprobación; negó con la cabeza y volvió a posar los ojos en la hilera de cámaras. Émile le siguió dando unos pasos minúsculos, lentos y a cierta distancia.

—De un tiempo a esta parte solo se reúne conmigo para darme malas noticias. ¿De qué se trata en esta ocasión? Vaya al grano, Caroline me espera y no me gusta que se impaciente —se refería a su amante—. Si no fuera porque lleva tanto tiempo a mi servicio, pensaría que es usted un pájaro de mal agüero.

Émile tragó saliva. Hacía tiempo que había aprendido a centrarse en los buenos aspectos de las malas noticias; la vaselina natural de cualquier derrota, tanto personal como política. Sin embargo, cada vez eran menos.

—Veo que se ha fijado en los ingenios fotográficos. Son cámaras Kodak del fabricante norteamericano George Eastman. Han cambiado el mundo, y solo acaban de aparecer. Sin embargo, son el motivo de nuestros dolores de cabeza en el Congo. Los misioneros protestantes han fotografiado los desmanes de nuestras fuerzas. Son fanáticos pero ya han alistado a Inglaterra para su causa.

El monarca negó con la cabeza.

—De nuevo los ingleses —dijo, pausadamente.

—No se preocupe. Esta administración existe para solucionar cualquier problema, majestad. Tenemos recursos y expertos. Aliados y plumas a nuestro servicio. Lo llaman propaganda. No obstante, debo admitir que en ese terreno, de momento, nos llevan ventaja. De momento, Majestad —recalcó para hacer evidente que ya había tomado cartas en el asunto.

—¿Propaganda? —se preguntó Leopoldo II para sí.

Observaba un mapa de Europa en el que estaban marcadas con chinchetas rojas las publicaciones, diarios y organizaciones amigas. El plano parecía tener la varicela.

—La palabra viene de un documento firmado por el papa Gregorio XV en 1622 llamado la *Sacra Congregatio de Propaganda Fide*, o sacra congregación para la propagación de la fe de la Iglesia católica. Como son misioneros, la palabra les viene como anillo al dedo, ¿no cree? —dijo como si el soberano no lo hubiese entendido.

Leopoldo II le lanzó una mirada severa.

—Al igual que los celotes del Vaticano establecieron una oficina de propaganda para coordinar los esfuerzos contra el luteranismo, nosotros hemos creado una para acabar con las mentiras de los misioneros protestantes —apostilló, y sintió un escalofrío.

—Entiendo —contestó el rey, que levantó la mano, magnánimo.

—Combatir las difamaciones de los misioneros se ha convertido en una de nuestras actividades más urgentes. El año pasado creamos la Oficina Central de Prensa, con sede en Frankfurt y auspiciada por el Comité para la Representación de las Colonias e Intereses en África. Lo hicimos a través del secretario general del Ministerio del Interior.

La internacionalización de nuestra voz es primordial para contrarrestar sus injurias.

—¿Es tan serio el asunto?

—Sí, desde que el cónsul inglés en Boma publicó su informe sobre la colonia. Él y un periodista, Edmund Morel, han creado una organización llamada Asociación para la Reforma del Congo. Su objetivo es presionar al Gobierno belga a través de las potencias en África para que se rescinda el Acuerdo de Berlín. El Parlamento británico está detrás de todo esto, no me cabe duda. Por eso tuvimos que aceptar la realización de una comisión de investigación.

Leopoldo II asintió. Estaba al corriente de los acontecimientos. Sin embargo, su despreocupación, asistida por el sentimiento de impunidad típico de la aristocracia, no hizo que se preocupara en demasía por las quejas. Para él solo eran un puñado de fanáticos religiosos instrumentalizados por Inglaterra.

—Pensaba que los jueces designados nos habían sido favorables.

—Y lo fueron. Los escogimos nosotros mismos. Sin embargo, han ratificado el Informe. Parte de la opinión pública, así como ciertos miembros del Parlamento belga, se nos han puesto en contra.

El monarca arqueó una ceja. El estatus de su dominio privado en el Congo peligraba, pero Émile no se atrevía a decírselo.

—No se preocupe. Estamos preparados, majestad. Desde que el cónsul empezó sus pesquisas comenzamos a reclutar abogados, escritores, periodistas y profesores para nuestra defensa. Tanto belgas como extranjeros —explicó, a la vez que le indicaba que le siguiera hasta una mesa cubierta con publicaciones y recortes de periódico—. Aquí puede ver algunos de nuestros esfuerzos. Han sido acogidos muy favorablemente por la prensa internacional. En estos

tiempos de modernidad e industrialización es esencial tener a periodistas a nuestro favor —añadió, y cogió una carpeta donde había diversas noticias bajo el nombre Mary France Sheldon—. Por ejemplo, esta informadora estadounidense, que reside en Gran Bretaña, fue contratada a través de uno de nuestros financieros en América. La hemos enviado al Congo y sus artículos están dando muy buenos resultados entre el público británico.

«La verdad sobre el Congo», rezaba el titular de uno de ellos. Y en el subtítulo, la periodista a sueldo, tal que una sicaria de las palabras, comentaba: «He sido testigo de más atrocidades en las calles de Londres de las que jamás he visto en el Congo».

—Bien, bien —dijo el soberano dejando la carpeta sobre la mesa. Mientras, Émile le mostraba un libro titulado *Viaje por el Estado Libre del Congo*.

—Para neutralizar el Informe Casement, así como las publicaciones del señor Morel y los libros de otros periodistas entrometidos, hemos financiado este. Su autor, Marcus R. P. Dorman, rebate las difamaciones utilizando los mismos métodos propagandísticos que los misioneros y sus acólitos: el empleo de fotografías. Sobre todo esa Asociación para la Reforma del Congo. El libro atestigua, *in situ*, cómo los nativos han sido provistos de un nuevo sistema legal que protege sus derechos. También la propiedad de la tierra se ha reorganizado para beneficiar a los habitantes. Asimismo, prueba el éxito rotundo del Estado Libre a la hora de reducir las enfermedades sociales entre los salvajes, como el alcoholismo o la prostitución. Mire las imágenes —añadió Émile abriendo el pliego donde estaban impresas.

Leopoldo II cogió el volumen y se lo acercó a la cara.

—He olvidado mis lentes en el estudio.

—¿Quiere que mande a alguien a buscarlas? —inquirió el secretario.

—No, está bien así —contestó el monarca con el libro casi pegado a la nariz.

Esas fotografías eran lo más cerca que jamás estaría de los millones de kilómetros cuadrados de los que se había adueñado en el Congo.

—Los misioneros no pueden competir con la calidad de nuestros fotógrafos. Hemos contratado a los mejores retratistas de Europa para ganar la guerra mediática en la que nos encontramos —indicó Émile, mientras le señalaba varias imágenes del libro, en su mayoría escenas bucólicas y buenistas que nada tenían que ver con la realidad.

—¿Quién es este? —indicó el monarca.

Señaló con el dedo el retrato de un nativo vestido a la europea y tocado con una gorra con visera, como las que llevaban los capitanes de barco, sobre todo en los vapores que surcaban el Congo.

—Se le conoce como el sultán de Djabir, aunque no tiene nada de aristócrata. Comanda su propio barco. Es un ejemplo de los beneficios del desarrollo comercial. En él, los nativos pueden abrazar la civilización después de siglos de paganismo como salvajes. A su lado también puede ver varias fotografías de la injustamente vilipendiada Force Publique —añadió.

Le mostró varias instantáneas en las que aparecían sus fuerzas nativas uniformadas, disciplinadas, de patrulla y desfilando. Algunas llevaban a cabo tareas de protección civil durante la construcción de

las infraestructuras. Sin embargo, los pocos trabajadores locales se veían de muy lejos. Lo suficiente para que el espectador no se diese cuenta de su estado desaliñado y famélico.

—Excelente, Émile —dijo Leopoldo II aparentemente complacido.

—La edición contará con varios miles de volúmenes repartidos por toda Europa y Estados Unidos. La clave es que sean distribuidos de forma masiva entre el público a través de los medios de comunicación que estamos financiando —explicó—. Hay que repetir el mensaje hasta que nuestra verdad sea la única que ocupe el espacio de la información. En esta guerra fotográfica no vencerá la verdad de unos u otros, sino el que consiga publicar más y con mayor contundencia.

El monarca pasó las páginas lentamente. Frunció el ceño y achinó los ojos para que su vista emborronada por la edad le permitiese ver los detalles de las imágenes. Estas mostraban edificaciones y calles al estilo de las ciudades europeas junto a cabañas donde vivían los nativos, que no aparecían en escena. Así mostraban la aparente convivencia entre los recién llegados y los habitantes originarios. También había fotografías de la construcción del ferrocarril en Matadi. Tampoco se veía a un solo trabajador negro. Sí una imagen preciosa de una locomotora cruzando un puente recientemente construido. Asimismo, el libro contaba con un buen número de instantáneas idílicas sobre el río Congo, con los vapores para el transporte comercial y de pasajeros que surcaban sus aguas. O atracados en los muelles donde tampoco había ni rastro de los congoleños.

—Esa es una imagen muy interesante para nuestra causa —dijo Émile. Señaló la fotografía de una cabaña convertida en casa

señorial—. Es uno de los caserones donde se hospedan algunos de los misioneros protestantes en Boma. No es un mal lugar, ¿verdad?

Al monarca le pareció un cuchitril comparado con las mayestáticas obras arquitectónicas que estaba financiando en Bruselas y Laeken. Sin embargo, asintió.

—La idea es que el público vea que los supuestos protectores del Congo viven como la gente a la que denuncian. Que ellos también son parte integrante de la civilización que estamos llevando allí. Por ejemplo, si pasa la página, majestad, podrá observar las fotografías piadosas realizadas en uno de los hospitales recientemente construidos en la capital.

El soberano obedeció, no sin antes echarle una ojeada a su secretario. Quería ver sus ojos y comprobar hasta qué punto el poder en la Administración le había transformado. Él también se había hecho inmensamente rico y, por lo tanto, avaricioso.

—Todo eso está muy bien, Émile —respondió el rey belga. Cerró el libro y lo depositó encima de la mesa—. No obstante, esa periodista americana y el tal Dorman son extranjeros. Necesarios para la causa, sí, pero dígame, ¿qué está haciendo a nivel doméstico? Tengo a los secuaces políticos del Parlamento tirándoseme al cuello casi cada día. Esas ratas malnacidas. Se visten con la bandera de las libertades y lo único que odian es no haber recibido una mayor parte del pastel. Si pueden, no lo dude, me lo robarán.

—Tiene razón, majestad, todo depende de la voluntad del Parlamento. Los políticos no son baratos. Y cuando caen por su propio peso, arman demasiado escándalo. Por eso también controlamos a la mayoría de los medios de comunicación en Bélgica. Y lo que es más importante, sus comentaristas y académicos. Por

ejemplo —Émile echó una mirada rápida a la mesa y escogió un nuevo libro—, este del reconocido profesor y escritor belga S. J. A. Castelein.

El secretario le mostró la portada al monarca, en cuyo título se leía *El Estado del Congo: sus orígenes, derechos, responsabilidades y los cargos de los que se le acusan*.

—El autor rebate, punto por punto, las mentiras vertidas por los misioneros. En el último capítulo hace un majestuoso y bien documentado ataque directo contra Morel y su organización. Les pone en evidencia insinuando que sus presuntas pruebas son el producto de incursiones fabricadas —continuó el secretario—. Es decir que, en realidad, están promovidas por la agenda imperial británica, celosa del enriquecimiento belga que ha civilizado el continente. Una empresa en la que ellos están fracasando. El libro cuenta con testimonios y buen material fotográfico.

Émile dejó el volumen sobre la mesa.

—Esa es la parte de la mente, la académica, la del honor, majestad. No obstante, también nos estamos ocupando de los corazones de la gente. Como bien sabe, el apoyo popular es crucial para nuestra empresa.

—¿No tienen suficiente con la revolución comercial y urbanística que ha sacado a muchos de la miseria? —dijo el monarca malhumorado.

—El populacho tiende a indignarse, majestad. Por eso debemos ganarnos su corazón. No con mítines y proclamas, sino a base de anidar nuestra verdad, que es la única, en su día a día, hasta que esta sea tan parte de sus vidas que ya no puedan reconocer otra cosa. En la guerra de la propaganda, para vencer hay que transitar

las vías de la mente y las del corazón. Debemos conquistarlas antes de que lo haga el adversario. Quizás le parezca absurdo, pero la masificación de productos como este sirve para implantar nuestra narrativa —explicó Émile, y le mostró un pequeño bote de cristal con la tapa amarilla—. Todo está en las etiquetas. Por ejemplo, este anuncio de un ungüento. Está hecho con savia de árbol de caucho. Como puede observar, en él hay dibujada la realidad del Congo. Aquí tiene una imagen más grande del anuncio. Es uno de los miles que hemos realizado con todo tipo de productos comerciales —añadió el secretario. Sacó una lámina de uno de los portapapeles que descansaban sobre la mesa.

En primer plano se veía a una recolectora de caucho, una mujer que se suponía nativa pero de piel mulata tirando a blanquecina. Nada tenía que ver con las intensamente oscuras de los congoleños. Iba ataviada con un pequeño vestido de color naranja y cargaba dos cestas limpias, perfectamente alineadas, a ambos costados de la cintura. Recogía la sabia de uno de los árboles tocada con un sombrero precioso y adornado con plumas azules. En segundo plano estaba un hombre negro, musculado, que sostenía un hacha y cortaba algunas vides de caucho con un cesto también atado a la cintura. Iba ataviado con unos pantalones piratas azules, sin camisa y con un pañuelo amarillo en la cabeza, como si fuera un bucanero del siglo xvii. Se le veía sano y devoto de su trabajo. Finalmente, en el plano de detrás, junto a un río, dos mujeres llevaban sendos vestidos preciosos por encima de la rodilla. Una cortaba vides con un hacha y la otra las recogía en un cesto.

Observando la imagen parecía que la recolección del caucho era una actividad para jardineros de la selva, y no para esclavos

amenazados por el chicote, los machetes y las balas de los rifles de la Force Publique.

—Excelente, Émile. Un trabajo minucioso. Aunque supongo que no todo se basa en la teoría. Hace falta ser más contundentes.

—Lo somos, majestad —contestó el secretario bajando el tono—. Algunos de los misioneros más conflictivos han sido advertidos por otros medios más expeditivos. Monsieur Soigné está en ello, aunque ha perdido facultades. Además, debemos ser cuidadosos. Los religiosos cuentan con demasiado apoyo exterior como para utilizar métodos que podrían resultar contraproducentes. Hay que evitar crear mártires. Nada les gustaría más que eso, sobre todo a los adversarios de renombre contra los que nos enfrentamos.

—¿Como quiénes? —le cortó el monarca.

—Está el escritor estadounidense Mark Twain, autor de una sátira política en la que se dedica a injuriarlo. O el famoso autor de novelas policíacas inglés Arthur Conan Doyle. Ambos apoyan a la Asociación para la Reforma del Congo. Sin embargo, lo más peligroso siguen siendo las fotografías, sobre todo las que muestran las amputaciones en niños y mujeres. Falsedades inglesas, majestad.

El monarca asintió.

—Hemos puesto en marcha toda la maquinaria periodística para rebatir esas imágenes —dijo a la vez que cogía un ejemplar de un folleto titulado *La verdad sobre el Congo*. Leyó un extracto en voz alta—. «Si no hubieran ocurrido atrocidades, habría que inventarlas, aunque solo fuera para permitir que el puerto de Liverpool siga creciendo. ¡Morel es uno de los comerciantes que quieren armar un gran escándalo! Afirma ser el salvador de la humanidad. ¿Cuál es el objeto de su campaña? ¿No será para presionar que el Gobierno

británico impulse a las potencias a intervenir en los territorios que quiere para sí en África?». O en este, majestad, que lleva por título, *Comparación de opiniones sobre el Congo,* y está a punto de ir a la imprenta. En él se argumenta y prueba que las supuestas amputaciones son producto de los ataques de jabalíes, personas que padecían los estragos del cáncer y de los crímenes locales. Asimismo, según nuestros especialistas, «las pruebas reunidas y la información obtenida se combinan para demostrar que la mutilación de los cuerpos es una antigua costumbre de castigo entre los habitantes del Congo. Ningún europeo jamás ordenó que tales mutilaciones fuesen infligidas como castigo por la escasez de impuestos laborales, o cualquier otro delito» —leyó el secretario. Luego depositó el panfleto sobre la gran mesa ocupada hasta los bordes.

—Émile, me complace ver que sigue siendo un hombre astuto. Veo que su labor es detallada y ordenada. Esa es la base de cualquier éxito. Antes de marcharme me gustaría que hiciera algunos cambios por aquí.

—Por supuesto, majestad. ¿Qué desea? —contestó el secretario, erguido.

—El mobiliario, Émile —respondió Leopoldo II. No pudo evitar sonreír al comprobar que el secretario no esperaba esa demanda—. Me he fijado que los armarios de madera han sido sustituidos por esas monstruosidades de metal.

—Así es, majestad. No son tan bonitas pero sí mucho más prácticas y funcionales.

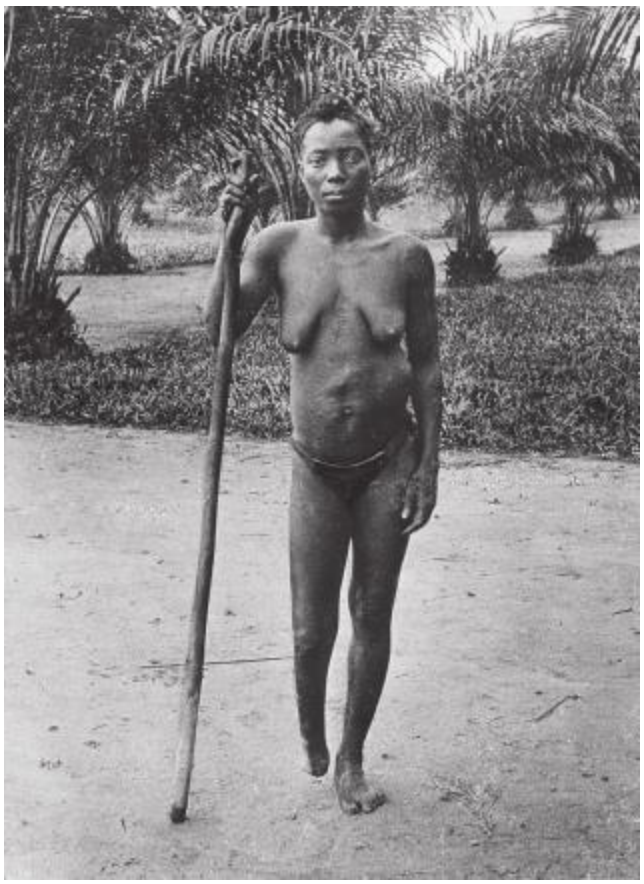
—Vuelva a colocar el mobiliario original —ordenó el monarca, áspero. Lo miró con sus ojos fríos y calculadores ante el argumento

certero, pero no solicitado, que le acababa de dar su secretario—. La madera arde mucho mejor que el metal. Hágalo lo antes posible —concluyó el rey belga.

—A sus órdenes, majestad.

SEXTA PARTE

EL ARMA DEFINITIVA:LA LINTERNA MÁGICA



Boali, una joven mutilada que Alice entrevistó en la misión de Balolo, y cuya imagen fue fundamental para las proyecciones de la linterna mágica organizadas por la misionera en Europa y Estados Unidos, así como protagonista del texto Soliloquio del Rey Leopoldo *(1905), de Mark Twain*.

ALICE SEELEY HARRIS

32

LA VUELTA A CASA
Y LA COMPRENSIÓN DE MARK TWAIN

ESTACIÓN DE BALOLO, ALTO CONGO, 1905

La comisión de investigación se marchó a finales de diciembre del año anterior y el velo del olvido volvió a caer sobre el Congo. La euforia de los primeros días pronto dio paso a la realidad. Tras la alegría surgida de la satisfacción colectiva, nada cambió. El tiempo pasó como si los vapores lujosos de los jueces nunca hubiesen remontado el río.

Durante semanas, John leyó la prensa internacional con avidez y detalle. O al menos los diarios que llegaban a través del río, que los misioneros traían consigo. Buscaba noticias sobre una posible intervención de las potencias firmantes de los Acuerdos de Berlín. Sin embargo, los demás estados coloniales dependían unos de otros y permanecieron en silencio. Quedaba claro que en el Congo todo seguiría igual. Bajo los mismos mandos, exceptuando algunos cambios cosméticos.

La propiedad de Leopoldo II seguía adelante con su marcha de gigante mecánico a través de la selva virgen. El matrimonio estaba a punto de abandonarla, y, con ella, la vida que habían conocido durante casi una década. África era la única casa que habían

compartido. Aunque en realidad no tenían ni eso; ni para ellos ni para sus hijos.

El bungaló en el que se hospedaban en la estación de Balolo, donde esperaban noticias de Dene Morel, solo era otra cama desconocida. Ambos querían tener una propia, aunque ni siquiera sabían dónde.

Alice despertó con el ruido de unos golpecitos suaves, pero constantes, contra el cristal de la ventana. Esa mañana recibieron la carta con los billetes de barco y la invitación personal de Dene Morel para volver a Inglaterra. Debían liderar los esfuerzos como cosecretarios de la Asociación para la Reforma del Congo.

—¡Madre Harris! ¡Reverendo! ¡Noticias! ¡Madre Harris, reverendo! —exclamaba Impongi desde el porche.

—¿Qué pasa? —dijo John medio dormido, irritado porque el sol ni siquiera estaba por encima del horizonte.

—¿Quieres que me levante yo? —preguntó Alice.

—No hace falta —respondió él.

Se sentó al borde de la cama, se desperezó y no pudo evitar un sentido bostezo. Vestía un pijama de dos piezas de rayas azules y blancas. Hasta cuando dormía era un perfecto caballero inglés.

El reverendo se puso en pie y fue al encuentro de Impongi. Este les llamaba excitado.

—¡Ha huido! —aullaba Impongi.

Unos segundos después fue John quien empezó a gritar.

—¡Alice, cariño, Alice!

Estaba tan adormilada que no pudo discernir si era un alarido de felicidad o un clamor por una urgencia. No importaba. En menos de lo que canta un gallo salió al comedor buscando los agujeros de las

mangas de la bata. Se dio cuenta de que se la había puesto al revés cuando ya se la ataba a la cintura.

John estaba junto al alfeizar de la ventana e Impongi con medio cuerpo metido en la casa. Ambos sonreían.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Impongi, cuéntale lo que me acabas de decir —dijo John, sonriendo como un niño al que le acaban de informar que han suspendido las clases.

¡Uno de los peores demonios blancos, el capitán Enteté, se ha marchado río abajo con la cola entre las piernas! —exclamó, emocionado.

El oficial había huido. Monsieur Soigné necesitaba un cabeza de turco para soterrar sus actividades, después de su intervención en el tribunal de la comisión de investigación. El capitán que, como el resto, había acumulado su propia fortuna, no quiso esperar a que un desafortunado accidente acabase con su vida.

—¿Y por qué? —inquirió Alice, todavía sin comprenderlos.

—Las autoridades lo quieren detener por sus crímenes. Me lo ha contado un grupo de remeros que han llegado esta mañana desde Leopoldville. Se escapó en un barco de vapor. Antes quemó las estaciones que alimentan las chimeneas a lo largo del río. Quería asegurarse de que nadie tuviese combustible para seguirlo.

—¡Gracias a Dios, por fin, un poco de justicia! —exclamó Alice.

La idea de volver a Inglaterra la seguía atormentando. Al otro lado del océano, Freddie y Margaret esperaban a sus padres. Hacía mucho que no era madre, aunque siempre vertió el amor hacia sus

hijos con la piedad que mostraba al fotografiar a los huérfanos. Como el retrato que se hizo en la selva de Bringa, donde aparecía con cientos de ellos formando una pirámide humana que quitaba el hipo. Todos sus padres habían sido asesinados.

Pero debían volver, y lo sabía. Esa era la única manera de que la gente comprendiese la verdad sobre las masacres y la esclavitud. Estas seguían aconteciendo en el Congo con naturalidad, eficacia y planificación. Serían las portadoras del germen de una palabra que definiría el siglo que estaba empezando: holocausto.

En cuanto a la justicia sobre el capitán Enteté, Alice no podía estar más equivocada. En su huida, el oficial también ordenó cortar los cables en los centros de telégrafos. Con un grupo de oficiales fieles se las arregló para recorrer mil quinientos kilómetros hasta la desembocadura del Congo. Allí, a plena vista de las autoridades aduaneras belgas, gracias a la ayuda de monsieur Soigné, su presunto perseguidor, el criminal embarcó hacia Europa, donde vivió el resto de sus días de las rentas obtenidas en la colonia.

Alice no dejaba de preguntarse cuál sería su papel en Inglaterra sin su cámara. Era necesaria sobre el terreno y no en una oficina en Londres, donde ambos se unirían al liderazgo de la Asociación para la Reforma del Congo de Roger Casement y Dene Morel.

La Kodak era una extensión de su mano. Solo con ella se sentía del todo segura. «O detrás», como a menudo decía John medio en broma.

Para Alice, la labor estaba lejos de terminar. Por eso aprovechó cada minuto en Balolo. Estaba sentada con una joven mutilada en uno de los bancos de madera de los nuevos jardines de la estación

comercial. Quería publicar su historia en el *The West African Mail*, la revista del incansable Dene Morel.

El asentamiento había dejado de ser una aldea para convertirse en una pequeña ciudad europeizada, con diversos barrios de chabolas a su alrededor. Allí se hacinaban los pocos que quedaban de las tribus que una vez habitaron la región.

La joven se llamaba Boali, como la difunta hija de Nsala, cuya fotografía había viajado por todo el mundo, aunque Alice no era del todo consciente.

—Cuéntame, Boali —le dijo a la chica.

Sacó un pequeño bloc de notas donde anotó su historia para que la fotografía tuviese el contexto adecuado.

Pronunciar su nombre le estremecía y la colmaba de recuerdos.

—Mi marido se fue a trabajar al bosque con los demás hombres. Algunos de los askaris se quedaron en la aldea para custodiarnos y yo decidí permanecer en mi cabaña. Uno de los centinelas, lo llamaban Ikelonda, vino a buscarme. Me dijo que tenía que entregarme a él. Empezó a bajarse los pantalones. Me acorraló pero me resistí tanto que cogió su arma y me disparó en el costado. Esta es la herida.

La joven le mostró el orificio de entrada de la bala que, por suerte, solo atravesó carne.

—El disparo me lanzó de espaldas y me dejó casi inconsciente. El soldado pensó que estaba muerta. Se fijó en el brazalete de latón que llevaba en mi pierna derecha, regalo de la familia de mi marido. Como no me lo pudo sacar cogió su bayoneta y me amputó el pie. Ahora estoy así y nadie me querrá como esposa, nadie —repitió,

señalándose el muñón—. Mataron a casi todos y quemaron la aldea, aunque yo no lo recuerdo porque estaba desmayada.

—Lo siento mucho. Sufriste un crimen imperdonable, verdaderamente imperdonable —insistió Alice—. ¿Había algún soldado blanco en la aldea?

La joven se encogió de hombros y posó los ojos en la Kodak Brownie que la fotógrafa sostenía en una mano.

—No tengas miedo. Me lo puedes contar, si quieres.

Boali se lo pensó un momento y bajó la cabeza.

—Vi a un jefe blanco —murmuró—. No recuerdo su nombre.

—¿Eran de la Force Publique?

La chica asintió y no pudo evitar una mirada incómoda hacia ambos lados.

—No te preocupes, Boali. —El nombre volvió a estremecerle. Cada vez que lo pronunciaba, la imagen de los miembros amputados le volvía a la mente—. Me gustaría mucho fotografiarte para recordar siempre tu historia. ¿Aceptarías? —le preguntó.

La joven se levantó sin mirarle a la cara y le dio la espalda. Alice no supo qué decir o hacer. No podía forzarla.

Boali dio un paso acompañado de un saltito ayudada del bastón de madera que le hacía de muleta. Se giró y se quedó mirándola de pie, firme, solamente ataviada con un pequeño taparrabos. Tenía los pechos desnudos, caídos, el pelo corto y mal cortado, pero eso no afectaba a su dignidad brillante y honesta.

—Adelante —dijo simplemente.

Alice no lo dudó. En un instante preparó la cámara y apretó el disparador. Detrás de la congoleña, el jardín meticulosamente alineado de palmeras y hierba cortada de forma rectangular

resultaba un lienzo perfecto. Como si, además de un pie, también le hubiesen amputado su mundo virgen y sin jardineros. Eso quedó reflejado en su cara profundamente seria, así como en la mirada directa, casi punitiva, hacia el objetivo. Expresaba con sus ojos el dolor y la desaparición de un pueblo entero.

Al terminar, Boali volvió a sentarse al lado de Alice.

—¿Puedo utilizar tu fotografía para que mis amigos más allá del mar sepan qué es lo que le está pasando a tu pueblo? —le preguntó.

—¿Por qué les iba a interesar la historia de la pobre Boali, o su pintura de la realidad? —Así llamaba a la fotografía. Alice sonrió—. Mi vida solo es tristeza, madre misionera. Boali antes era una mujer orgullosa, ahora solo es una viuda coja. Cuando mi marido murió supe que ya solo me quedaba esperar a formar parte de las estrellas. Solo deseo poder hacerlo en esta tierra, que fue la de mis padres —explicó.

—La historia de Boali es la de la gente que ha desaparecido, la de su jungla esclavizada por el hombre blanco —dijo Alice.

La joven le cogió de las manos. Tenía la piel rugosa, envejecida antes de tiempo, y los dedos delgados y huesudos con las yemas muy finas.

—De acuerdo —dijo ella ruborizada—. Boali quiere ayudar a su pueblo.

En ese momento, ninguna de las dos sabía hasta qué punto su respuesta sería cierta. Desde el momento en que la fotografía se publicó en un panfleto de la Asociación, que fue editado meses después bajo el título *Acusación contra el Gobierno del Congo*, esta se convirtió en una de las imágenes más publicitadas por la organización. Incluso más que la de Nsala. Gracias a los detalles de

su historia, muchas madres allende los mares empatizaron con ella. Más tarde cayó en manos del autor norteamericano Samuel Clemens, que escribía bajo el pseudónimo de Mark Twain. Este no dudó en escogerla para acompañar una nueva edición ilustrada de su *Soliloquio del rey Leopoldo*.

Bajo la imagen, el padre de la literatura moderna norteamericana, autor de *Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*, tuvo a bien escribir un pie de foto con la autoría, algo bastante raro hasta el momento: «señora Harris», se leía.

El texto de Twain fue un escándalo en Bélgica. El astuto literato estadounidense concibió la obra como un largo monólogo escrito desde el punto de vista del propio Leopoldo II. El relato imaginario se amoldaba tanto a la realidad que se confundía con ella.

Gran parte de la ficción se basaba en la supuesta queja del monarca por las dificultades que le estaban causando las evidencias proporcionadas por las cámaras Kodak. El propio soberano hablaba de los crímenes de los que le acusaban tan indignamente, según su punto de vista:

«Han contado cómo he gobernado el Estado del Congo durante veinte años. No como fideicomisario de las potencias, como agente, subordinado, supervisor, sino como soberano de un fértil dominio cuatro veces más grande que el Imperio alemán. Soberano absoluto, inviolable, por encima de toda ley. Pisoteando el Acta del Congo redactada en Berlín. Excluyendo a todos los comerciantes extranjeros salvo a mí mismo. Restringiendo el comercio por medio de concesionarios que son criaturas y cómplices míos. Apoderándome del Estado y reteniéndolo como propiedad personal, con todos sus enormes beneficios como botín privado. Mío y solo

mío. Reclamando y reteniendo sus millones de habitantes como propiedad privada, siervos y esclavos míos. Mío su trabajo, con o sin salario. Míos, no suyos, los alimentos que cosechan. Míos, solo míos, el caucho, el marfil y todas las demás riquezas del país. Reunidas para mí por hombres, mujeres y niños bajo la coacción del látigo y la bala, el fuego, el hambre, la mutilación y la horca».

Seguidamente, Twain imaginaba al rey «contemplando con mirada hostil una imponente pila de panfletos», para luego exclamar: «¡Al cuerno con estos entrometidos misioneros! Escriben estas cosas a toneladas. Parece que están siempre merodeando, siempre espiando, siempre observando los acontecimientos. Y todo lo que ven lo escriben. Están siempre rondando de un lugar a otro. Los nativos los consideran sus únicos amigos. Acuden a ellos con sus penas. Les muestran las cicatrices y heridas causadas por mi policía militar. Alzan los muñones de sus brazos. Se lamentan porque les han cortado las manos como castigo por no entregar suficiente caucho, como prueba presentada después ante mis oficiales de la correcta y efectiva aplicación del castigo establecido. Uno de esos misioneros vio ochenta y una de esas manos, puestas a secar sobre un fuego con objeto de enviarlas a mis oficiales. Y, por supuesto, va y lo pone por escrito y luego lo publica».

Cerca del final del soliloquio, el personaje de Leopoldo II también comentaba sobre la diabólica organización del periodista Dene Morel y su revista, *The West African Mail*. Aseguraba que estaba «sostenido por las contribuciones voluntarias de los tontos y los hombres de corazón blando. Y cada semana humea, apesta y se pudre con el último chisme sobre atrocidades en el Congo».

Además, en las fotografías publicadas veía una farsa creada por los misioneros. Aseguraba que les abrió las puertas del Congo para enseñar a sus gentes «lo equivocado de sus costumbres y acercarlos a Él, que es todo misericordia y amor. El infatigable guardián y amigo de todos los que sufren».

Twain se hizo tanto eco de las fotografías, muchas de ellas realizadas por Alice, que pronto tuvo un archivo propio tan bueno como el de la Asociación.

«La Kodak ha sido una calamidad para nosotros. De hecho, el enemigo más poderoso. En los primeros años no tuvimos problemas para lograr que la prensa expusiera las historias de mutilaciones como calumnias, mentiras, invenciones de entrometidos misioneros y extranjeros exasperados.... Sí, todo transcurrió de forma armoniosa y placentera en esos buenos días. ¡Y de repente vino el choque! Es decir, la Kodak incorruptible. ¡Y toda la armonía se fue al infierno! El único testigo que no pude sobornar», escribía Twain en boca de su imaginario Leopoldo II. Así remataba el *Soliloquio* el autor inmortal del Mississippi que pretendía clavar un último clavo en el ataúd de la opinión pública favorable al rey de Bélgica.

Unas semanas después el matrimonio embarcó hacia Inglaterra. No sabían cuándo o si algún día volverían a pisar las selvas del Congo.

Alice temía que nunca volverían a ver a Anna, Impongi y a tantos otros que habían echado raíces en su corazón. Su recuerdo crecería en su memoria hasta convertirse en bosques de leyenda de su antigua vida, fusionada con la jungla y sus gentes.

—El pasado y el presente suceden a la misma vez. Por eso tenemos recuerdos. Estaré esperando cuando vuelvan —dijo

Impongi, quien salvó sus vidas en incontables ocasiones.

Mutilado y descartado por todos, se había alzado como un ave fénix para llevarlos a través del Congo y más allá. Directos hacia el verdadero corazón de las tinieblas. Iluminando el camino con la luz de su inquebrantable esperanza y alegría de vivir plenamente todos y cada uno de los días de su existencia.

La mañana en que se dijeron adiós en los muelles del río, Anna lloraba desconsolada. Alice quería hacer lo mismo pero se contenía. En su corazón sentía que la abandonaba, como le sucedió años antes al despedirse de sus hijos.

—Siempre serás su madre africana. No dejaré que Freddie te olvide. Algún día volveremos, lo presiento.

—¿Lo promete?

Alice la abrazó y le susurró al oído:

—Ojalá, lo intentaré.

—La selva nunca la abandonará —le contestó Anna.

—Toma esto, queremos ayudaros —respondió Alice.

Se hizo a un lado y le entregó un sobre con cien francos, una pequeña fortuna en términos locales. Los habían desviado de los fondos de la Asociación.

—No puedo aceptarlo...

—No se hable más —le cortó Alice. Cogió el sobre y se lo metió en la camisa que le había regalado, junto a muchas de sus pertenencias que no necesitaría en Inglaterra.

Mientras embarcaban, Impongi los miraba con orgullo. De repente, les gritó una frase que los acompañaría hasta sus tumbas.

—¡Por favor, recuérdenos! ¡Estaré aquí cuando vuelvan!

33

LA LINTERNA MÁGICA, EL ARMA SIN BALAS QUE CAMBIÓ EL MUNDO

GRAN BRETAÑA, 1905

Llegaron a Inglaterra después de casi tres meses de viaje en canoas, embarcaciones a vapor, ferrocarriles y transatlánticos. Alice nunca hubiera imaginado que su primer acto de lucha encomendado por la Asociación para la Reforma del Congo sería jurar que decía la verdad. El matrimonio no volvía de África como misioneros sino como activistas.

Al día siguiente de su llegada al puerto de Portsmouth, Dene Morel apareció sin avisar en la casa Harley, el hogar donde, por fin, se reunieron de nuevo con Freddie y Margaret. El periodista, ansioso, se presentó un día antes de la fecha acordada para su encuentro en la sede londinense de la Asociación.

La señorita Willis, una de las matronas del hospedaje, se llevó a los niños a dar un paseo, a pesar de que el clima inglés no acompañaba.

—Si fuese por las nubes, nunca saldríamos de casa —había dicho jovial y oronda antes de salir a la calle con sus hijos de la mano.

John preparó té de menta de Bombay, sirvió una caja de galletas de mantequilla y se sentaron en una pequeña mesilla redonda junto

a la ventana.

—Alice, es fundamental que nos blindemos ante las calumnias. Especialmente en los juzgados. Leopoldo II atacará en el frente legal —explicó Dene Morel—. Hay que saber luchar contra ese monarca déspota y asesino.

«¿Acaso no lo estaban haciendo ya?», se dijo Alice.

Hacía más de ocho años que los misioneros protestantes se enfrentaban casi en solitario con los hombres del soberano. Los huesos olvidados de muchos de ellos, que sembraban los cementerios de las iglesias construidas en lo más profundo de la selva congoleña, eran la prueba.

—No entiendo cómo alguien puede dudar de unos hechos consumados y retratados —dijo John, negando con la cabeza. Se refería a sus fotografías y a los testimonios recopilados a lo largo de los años—. ¿Es que la gente no tiene ojos en la cara? —protestó.

Al ver el gesto de disgusto de Alice, su marido le puso una mano en el hombro. La sonrisa de John era el mejor analgésico para ella.

—El cielo es azul, el agua moja, los cuchillos cortan y los abogados necesitan testimonios jurados. Eso son verdades inmutables —dijo Dene Morel, que les descolocó con su afirmación —. Ahora vivimos en un mundo donde el inocente debe probar que lo es. La inmutabilidad de la verdad depende del punto de vista de quién lo cuente a través de los medios de comunicación.

—El mensaje llega al público antes que la verdad —asintió Alice.

—Pero las mentiras tienen las patas muy cortas —añadió John.

—O muy largas, reverendo Harris —contestó Dene Morel—. Por eso esta Declaración Estatutaria es tan importante. Atestiguar las

fotografías y las historias que hay detrás de ellas refuerza el hecho de que son una verdad sin adulterar.

—Nadie socavará nuestros esfuerzos por una firma —dijo Alice, irónica, que observaba a través de la ventana el melancólico paisaje londinense.

Lloviznaba. Una bruma grisácea se había posado sobre el parque en frente de la casa Harley. No se escuchaba ni un pájaro. Desde que llegaron a Inglaterra casi no habían visto la luz del sol, siempre secuestrado por el temperamental clima británico. Alice añoraba el calor, los sonidos de la selva, los colores que brillaban con esa luz mágica que se posaba sobre las desembocaduras de los ríos. El olor de la leña quemando en la chimenea no se parecía al de las hogueras que iluminaban las noches de Baringa, Ikau o Balolo. ¿Qué estaría sucediendo allí?

—¿Alice? —le llamó la atención John.

Los dos hombres la observaban expectantes, hasta que alguien llamó a la puerta. Era la señorita Willis con Freddie y Margaret. Habían tenido que acortar el paseo para escapar de la lluvia.

John abrió y los niños entraron en silencio. Cada vez que la miraban, Alice adivinaba en sus ojos sus pensamientos. Sabían que eran sus padres porque se lo habían dicho, y no porque lo sintieran así. Freddie tenía un vago recuerdo de sus caras. Margaret acababa de abrir los ojos cuando la habían dejado bajo la tutela de la casa Harley.

La fotógrafa firmó el documento mientras Dene Morel se levantaba arrastrando la silla hacia atrás. Los niños dudaron si cruzar el umbral de la puerta.

—Muchas gracias, Alice. ¿Me permites? —preguntó el periodista. Extendió el brazo para que le entregase el pliego legal debidamente firmado y marcado con sus iniciales.

—Por supuesto —respondió ella, que se levantó también para dárselo.

Dene Morel lo introdujo en el portafolios que había traído consigo.

—Será mejor que les deje con su familia —concluyó—. Les deseo un buen día. Nos veremos mañana. El trabajo que tenemos por delante no será sencillo —apostilló.

Alice dudó. No sabía si se refería a la campaña publicitaria que estaban a punto de emprender, o si por el contrario les deseaba que disfrutasen de sus hijos antes de lanzarse de nuevo a la carretera.

Antes de marcharse, Dene Morel dejó dos cosas sobre la mesa: un ejemplar del panfleto *La cámara y el crimen en el Congo*, que había escrito unos meses antes y contenía 24 de las fotografías de Alice. Y la larga lista de las conferencias que les iban a mantener ocupados durante los próximos meses.

En cuanto la niñera de la casa Harley se marchó y se quedaron solos con los niños, Alice comprendió cuán profunda era la distancia que le separaba de sus hijos.

—Padre, madre, ¿tenemos permiso para sentarnos? —preguntó Freddie, formal, serio, como si estuviesen de visita en casa de unos tíos desconocidos. Tenía cogida la mano de su hermana.

No será fácil adaptarse a la vida inglesa, pensó Alice. Sobre todo si sus hijos la miraban como a una extraña.

—Claro, hijo mío. Pero, por favor, ¿qué pregunta es esa? No tienes que pedir permiso para sentarte. Sé que esta no es nuestra casa y

quizás estáis incómodos. No os preocupéis, pronto nos marcharemos a una nueva —explicó John, que se sentó entre ellos.

Besó a Margaret en la mejilla y ella lo miró un tanto desubicada. Al fin y al cabo, hacía poco que había visto sus caras por primera vez. A Freddie lo estrechó por el hombro y el niño se quedó rígido.

—Hemos encontrado una casa en un lugar que se llama Clapham. Pronto podréis jugar en el jardín. Será fantástico, como cuando vivías en África, Freddie. ¿Te acuerdas?

El pequeño se mantuvo en silencio unos segundos. Seguramente hacía un esfuerzo para complacer a su padre. No obstante, escogió decir la verdad.

—No, no me acuerdo —respondió seco, sin rencor, anodino—. Aunque a veces sueño con bosques verdes, cabañas, un río muy grande y hombres negros.

John miró a Alice con una sonrisa entrañable.

—Eso es porque estuviste allí. No fue un sueño, Freddie —le dijo al niño, y el pequeño se encogió de hombros.

Las primeras semanas en Londres no fueron sencillas para el matrimonio. Readaptarse a la vida ordenada y caótica de la ciudad era volver a un planeta diferente y más mecanizado, denso y sucio.

Freddie y Margaret aún se comportaban como invitados respetuosos. Aunque, poco a poco empezaron a acercarse, a devolverles las muestras de cariño. Entonces, la apretada agenda para denunciar el genocidio del Congo volvió a hacerse con las riendas de sus vidas y destinos.

Por su parte, Dene Morel tenía un nuevo as en la manga. Más que un jugador de cartas era un prestidigitador. Su magia se basaba en el puro talento, como demostró con su libro *Caucho rojo*. La portada deshizo en un instante cualquier contrarréplica de la maquinaria de los medios de comunicación a disposición del rey belga. Plasmaba una ilustración de F. Carruthers Gould inspirada en una escena sacada del *Libro de los Muertos* egipcio. Concretamente el pesado del alma. En su versión, el rey Leopoldo II lucía una corona y sostenía un cetro. Estaba sentado en un extremo de la escalera de Anubis, el dios de los muertos. Su mano negra descansaba sobre el monarca. A su lado, dos pequeñas figuras humanas sostenían sus miembros mutilados para que la oscura deidad los viera, casi como un tributo. El autor pretendía establecer un paralelismo con las masacres y el sufrimiento que los israelitas padecieron al abandonar Egipto para huir de la esclavitud.

Desde su publicación, en 1906, fue un éxito instantáneo. La prensa lo recibió y reseñó con tanto entusiasmo como horror. Lo convirtieron en un documento periodístico apabullante, real porque estaba basado en hechos demostrables. Gran parte de las fotografías que contenía iban firmadas por Alice Seeley Harris.

El texto de *Caucho rojo* acumulaba nuevas pruebas sobre los abusos. Testimonios de viajeros desde la década de 1890, citas del informe de Roger Casement y los distintos debates parlamentarios, y narraciones de testigos oculares, tanto de los misioneros como de las víctimas. Incluso tenía un estudio económico que establecía las motivaciones económicas del gran crimen, escrito por un profesor de la Universidad Libre de Bruselas.

A la prensa local e internacional les encantó el titular. El propio Dene Morel lo pronunciaba siempre que le daban la oportunidad: «Un crimen sin paralelo en los anales del mundo». Su obra, al igual que las conferencias, se basaba en una concepción radical para la época: que los congoleños eran poseedores de derechos inalienables.

«El nativo del Congo, y los de todas partes de los trópicos africanos, debe ser protegido en sus derechos sobre la tierra, la propiedad y el trabajo. Todos ellos les han sido arrebatados después del acto de expoliación más colosal jamás imaginado por el hombre mortal», escribió el periodista.

Dene Morel tenía un don para las palabras que hubiese despertado la envidia del mismísimo Cicerón. Sin embargo, como decía a menudo, «hacía falta mucho más».

—Alice, la fotografía debe ser el método central de nuestra campaña —le dijo durante una de las primeras reuniones en la sede de la Asociación en Londres. Todos los secretarios, redactores, impresores, misioneros y organizadores volvieron sus cabezas hacia ella—. El público no solo quiere utilizar sus ojos para leer, también demanda ver lo que se le cuenta. No nos engañemos, esta es la campaña humanitaria más grande de nuestra era. Nunca se ha visto nada igual en la historia de Inglaterra, o del mundo.

—Los periódicos controlados por Leopoldo II nos acusan de dejar volar nuestra imaginación. No obstante, tenemos las fotografías. Tienes razón, Dene —contestó Alice. Cogió una copia de la que le hizo a la mutilada Boali en la estación de Balolo antes de volver a Inglaterra. Al verla, la imagen de Nsala le volvió a la mente. Era imposible despegarse de su sufrimiento. Y además de por vida—. El

Palacio de Bruselas presenta imágenes falseadas de la colonia como una región desarrollada. Mientras, nosotros retratamos en primer plano y sin florituras las atrocidades que cometen —continuó Alice, y dejó el retrato sobre la mesa—. No nos detendrán —sentenció.

—Es una guerra iconográfica —indicó Dene Morel.

Algunos de los presentes se miraron entre sí. Nunca había escuchado esa palabra. En ese nuevo tipo de conflicto, la gente de fe, como el matrimonio, estaban por delante de los redactores y colaboradores. La Asociación era aconfesional. Si en algo Alice y John eran expertos, para bien o para mal, esa era la cuestión de los ídolos e iconos.

—Hay que provocarles una iconofobia —dijo uno de los redactores de la revista. Sin darse cuenta acababa de inventarse una palabra nueva.

Todos excepto Dene Morel se rieron con la broma. La mente del periodista nunca se detenía. Se dio cuenta de que eso era precisamente lo que tenían que hacer.

—El éxito de las imágenes proviene del hecho de que su crudeza anula las narrativas de la Administración colonial belga. Claridad por aversión —dijo reflexivo.

—Entiendo que hay que mostrar el sufrimiento tal y como es. ¿Pero hace falta mostrar tantos niños? —preguntó Maggie, la diseñadora en jefe de los panfletos.

Sostenía una de las imágenes que Alice había hecho en Kasai. Se veía a dos niños desnudos excepto por un taparrabos, escuálidos, enfermizos y con los ojos hundidos, que enseñaban sus manos amputadas.

—Sé que es duro, lo sé —le dijo Alice—. Duele ver la peor cara del ser humano, su lado salvaje cayendo como una losa sobre la inocencia de unos niños. No obstante, su sufrimiento corporal es una realidad y una horripilante metáfora de la vida a la que se enfrentan los pueblos del Congo. Debe ser mostrada para que termine, ¿entiendes?

—No perdonan ni a los niños —dijo otro redactor horrorizado.

—Como nosotros no perdonamos a los que están detrás de esos crímenes y tiranía. Maggie, por eso mismo debemos utilizar las fotografías de Alice —le explicó Dene Morel con un tono paternal—. Un filósofo alemán llamado Friedrich Nietzsche escribió que, a veces, cuando uno mira hacia el abismo este te devuelve la mirada. Esa es nuestra labor, que el mundo, que millones de espectadores y lectores queden con el alma rota. Las fotografías de las atrocidades acorralarán a los políticos europeos. Llevan demasiado tiempo haciendo la vista gorda, Dios sabe por qué —explicó Dene Morel. Puso ambas manos sobre la mesa. La fuerza que desprendían sus ojos era contagiosa.

Cuando volvieron al trabajo, Alice advirtió que el periodista la seguía con la mirada mientras se dirigía hacia la mesa donde reposaban los negativos.

—Alice, ¿puedes venir un momento? —le pidió desde su despacho con la puerta abierta.

—Claro, Dene —respondió girándose.

—Siéntate, por favor.

La fotógrafa lo hizo con curiosidad. Era la primera vez que hablaban a solas.

—Tenemos que conseguir que tus fotografías lleguen más allá —dijo mientras se inclinaba sobre los archivos y folletos que había encima del escritorio—. Seamos honestos, por desgracia el papel no es suficiente. Y resulta muy caro. Tenemos que conseguir que todo el mundo pueda verlas para reactivar nuestras campañas —añadió a la vez que se rascaba la barbilla.

Ambos se quedaron en silencio. La solución se les escapaba entre los dedos. Alice pensó en África y en Impongi, en Anna y...

—¡Edward, claro! —exclamó.

—¿Cómo? —dijo Dene Morel.

Recordó la última conversación que tuvo en los muelles de Ikau con Edward Vilah. Se preguntó dónde estaría y si seguiría vivo.

—Creo que sé la forma —dijo Alice lentamente.

—¡Vamos, mujer! ¿A qué esperas? —exclamó Dene Morel con los brazos en jarra y mirándola con una intensidad que asustaba.

—Podríamos utilizar una linterna mágica —respondió, dubitativa. Ni siquiera sabía si el periodista había oído hablar de aquel artilugio.

—¡Claro! ¡Cómo he podido estar tan ciego, diablos! —exclamó con una sonrisa brillante—. Has dado en el clavo, Alice. Nuestras conferencias deben incluir las proyecciones de linterna mágica como los Galantee. —Se refería a los feriantes ambulantes que proyectaban sus espectáculos de fantasmagorías sobre paredes y sábanas blancas—. Solo la mente de una misionera podría pensar algo así —dijo, satisfecho.

Se refería al hecho de que la mayoría de los temas de los feriantes estaban relacionados con la Biblia, al menos los diurnos. Desde que el mundo es mundo, el diablo campa a sus anchas por la noche. Y

también lo hacía en las proyecciones nocturnas de dudosa reputación.

—Has tenido una idea genial —añadió el periodista.

—Me alegro, Dene —contestó ella, henchida de orgullo.

—Queda mucho por hacer. Somos como Sísifo y aún hay que empujar la piedra hasta lo alto de la montaña —dijo volviendo la vista hacia su mesa a rebosar de papeles y documentos—. Me gustaría que estuvieses al cargo de organizar las conferencias con la linterna mágica, oradora —concluyó sin levantar la vista.

Uno de los secretarios del periodista apareció para indicarle que, de nuevo, llegaba tarde a una cita.

¿Oradora?, pensó Alice. Esa era una frontera que no le sería fácil cruzar.

—¿Yo? ¿Seguro? A mí me gusta estar detrás de la cámara.

—Lo sé, fotógrafa —respondió Dene Morel—, pero ya no estás en África.

Alice combatió los nervios de los siguientes días zambulléndose en el trabajo. De vez en cuando sacaba la cámara durante las largas giras, aunque pronto su labor fue impulsada por otro viento: el de la palabra.

Escribía discursos, editaba panfletos, coordinaba la edición y la impresión de los carteles que anunciaban las conferencias por toda Gran Bretaña, y hasta planificaba viajes. Dene Morel estableció filiales de la Asociación por todo el país, desde Escocia hasta las orillas del sur de Inglaterra.

Cada conferencia iba acompañada de una campaña local de los miembros de las sedes. Su trabajo consistía en atraer al público y escribir cartas a todos los periódicos de su zona. También a los parlamentarios de sus regiones, para quejarse de las condiciones humanitarias en el Estado Libre del Congo.

En poco menos de un año impartieron más de trescientas conferencias. La linterna mágica convirtió a las decenas de espectadores en miles de ojos ávidos. Los locales pequeños y sin ventilación dieron paso a grandes teatros con capacidad para centenares de personas. Incluso llegaron a reunir a más de dos mil asistentes en Londres.

El éxito fue tan abrumador que la Asociación tuvo que crear una serie de conferencias con las imágenes y una guía para los oradores. Se distribuyeron por toda Europa y Estados Unidos. Así, cientos de miles de espectadores presenciaron los horrores que les traían del Congo.

Las conferencias solían durar una hora. Al principio, cuando a Alice le tocaba el turno de salir al estrado, el estómago se le contraía. No podía beber ni un sorbo de agua. Solo con escuchar el rumor de la gente que esperaba a que la iluminación bajase y la penumbra los rodease, se le ponían los pelos de punta. A duras penas tragaba la poca saliva que le quedaba en la boca cuando salía para enfrentarse a las miradas de cientos de desconocidos que venían a ver un espectáculo de pasión y denuncia.

Poco a poco, la causa y su voz se convirtieron en uno. Con el tiempo, Alice empezó a disfrutar del calor del público. O de avergonzarlos, cuando creían que venían a ver un espectáculo de entretenimiento como cualquier otro. La fotógrafa se convirtió en

una embajadora del horror. Esa era la única forma de penetrar en las vidas de la audiencia, a menudo igualmente desgraciadas.

En más de una ocasión, la inglesa parafraseaba las páginas de la conclusión del último libro de Dene Morel que, para su orgullo como fotógrafa, terminaba con la fotografía de Nsala. La pluma del director de la Asociación era refinada, como los riachuelos delgados y silenciosos que mantienen a la jungla en constante crecimiento.

—No se exige nada impracticable, nada irrealizable en nombre de los nativos del Congo. No se están formulando leyes, ni reivindicaciones sentimentales basadas en el interés económico. Solo se exige justicia —contaba Alice desde el atril, sincronizada a la perfección con las fotografías que se proyectaban en una pantalla blanca.

A veces, arrebatada por la pasión y casi entre lágrimas, dejaba una huella profunda hasta en las clases altas de la sociedad inglesa, a menudo altivas y alejadas de la realidad. Ocurrió durante la proyección que realizó en Christie's, la prestigiosa sala de conferencias donde Winston Churchill se ganaba al público británico.

—Les han robado sus bienes. Exigimos que se los devuelvan. Los han despojado de su libertad. Exigimos que se les devuelva. Están atados con cadenas. Exigimos que esas cadenas se rompan en pedazos —exclamó con una furia en el corazón que apenas podía controlar—. ¡Durante quince años han sido degradados, esclavizados, exterminados! ¡Basta, basta! ¡El Estado Libre del Congo es un monstruo político y un forajido internacional! ¡El hedor de sus abominaciones es nuestra vergüenza y la del mundo! —gritaba. En ocasiones desgañitándome, según el público al que se dirigía.

En establecimientos como Christie's las damas y los caballeros solían guardar la compostura. No ocurría lo mismo en las agrupaciones locales. Allí, en su mayoría les escuchaban obreros y las clases más bajas. Los desposeídos cuyas vidas simpatizaban con las de los congoleños. Muy a pesar de los políticos, ellos tenían una fuerza que no podían controlar: el voto. Aunque solo estaba en manos de los hombres.

Poco a poco, Alice y John se convirtieron en actores de vodevil. Salían al escenario por turnos para hacer una demostración con grilletes auténticos traídos del Congo. A veces, John incluso sacaba un chicote de hipopótamo, algo que fascinaba al público. Con un rápido movimiento del brazo hacía chasquear el látigo contra el suelo de madera.

—Imaginen este dolor, este sufrimiento hondo como un relámpago, aplicado en la parte más sensible del cuerpo humano.

Los asistentes se asustaban y se dejaban llevar por la combinación de imágenes, música y la palabra en voz alta. Los manipulaban, sí, pero Alice sabía que ese era el precio que pagar para derrotar a Leopoldo II. Y lo hacía con gusto. Les gustase o no, había que darle un empujón a la gente. Si algo había aprendido de los políticos era que casi nunca tenían como objetivo mejorar algo que no fueran sus perspectivas de futuro.

El efecto que causaban tenía tanta fuerza que, en Gales, una mujer se quitó todas sus joyas y se las dio. Exigió que las vendiera y usara el dinero para la Asociación. Alice las aceptó sin dudarlo. La dama iba bien vestida y lucía un carísimo chal de seda oriental. Seguro que no tendría problemas en reponerlas. Si Alice hubiese

podido, se habría llevado hasta la última cuchara de plata de su casa.

El año pasó como una locomotora de tren: rápido y entre un humo espeso que cubre el camino. Recorrieron Gran Bretaña de punta a punta, proyección tras proyección, sin saber dónde acababa una ciudad y dónde comenzaba otra. Cheltenham, Warwick, Tunbridge Wells, dos conferencias en Bristol, Aberystwyth, Llandrindod, Gateshead, Jersey, Guernsey, dos veces más en Londres, Doncaster, tres en Manchester, Leeds, Banbury, Winsford, Wandsworth, otras tres en Sheffield, Lancaster, dos en Liverpool, Lincoln, Llandrindod, Bradford, Huddersfield...

Pronto perdió la cuenta. Solo entre las ciudades de Colchester y Coln el matrimonio llevó a cabo hasta cuarenta y cinco proyecciones.

Los días estaban copados por las actividades. Por las noches, después de las proyecciones, trabajaban a la luz de los candiles. Dormían en los catres de trenes y en pensiones con chinches y olores ofensivos. La recompensa eran las vibraciones humanas, literalmente, en las salas y los teatros abarrotados. Entonces, como suele suceder cuando pierdes el mundo de vista, la vida tomó un nuevo rumbo sin avisar. A menudo esto es lo que sucede cuando estás haciendo otros planes.

La pasión durante las proyecciones se transformó en fogosidad. Y Alice se quedó embarazada de su segunda hija, Katherine Emmeline. Después de más de un año de carretera y manta, su nacimiento la detuvo en seco.

Freddie y Margaret seguían conociendo a sus padres por boca de terceras personas. Tenían que parar. La causa se había convertido en su vida y la familia solo era un esqueleto en el armario.

«Mala madre». A veces, por las noches, antes de dormir, la voz que la perturbó cuando decidió dejar a sus hijos en la casa Harley para regresar a África, volvía como el eco de un mundo en el que no quería vivir.

Al igual que John, en cuanto cerraba los ojos y pasaba a la realidad onírica, las atrocidades que habían presenciado y fotografiado volvían para visitarle en sus sueños. A menudo ambos despertaban empapados en sudor frío.

John estuvo de acuerdo. Tenían que parar o reducir el ritmo. Por ellos y por el bienestar de sus hijos.

La familia Harris abandonó su vivienda alquilada en Clapham, donde los niños se habían criado a base de niñeras, y se mudaron a una nueva casa en Dulwich. Un lugar ajardinado y lejos del ruido mundano.

Alice amaba a su familia, pero sentía que la estaba perdiendo por el camino. El nacimiento de la pequeña Katherine fue el milagro que los unió de nuevo.

El trabajo continuó, aunque desde su nuevo hogar. Alice redujo su participación en las conferencias. No quería perderse la primera infancia de su bebé, ni las pequeñas vidas que Freddie y Margaret empezaban a tener y de las que quería formar parte.

John no disminuyó el ritmo. Esa era la savia que mantenía vivo el árbol político que crecía en su interior. Al menos así justificaba su adicción al trabajo.

Alice decidió quedarse atrás.

La presión internacional sobre el régimen de Leopoldo II aumentó. Las campañas de la Asociación asfixiaban al régimen. Alice había ayudado a diseñar muchas de ellas con sus imágenes. Las quejas se volvieron cada vez más generalizadas en el Parlamento belga. La presión de los gobiernos de las potencias coloniales creció. Estados Unidos hizo lo mismo. Era el primer aliado que había tenido el monarca. Si lo perdía, adiós al Congo.

—Todo se encamina hacia la única solución posible: su resignación como propietario del Estado Libre —le dijo una mañana John, excitado mientras leían el periódico y los niños jugaban en el jardín —. No hay otro escenario final posible.

—La historia es caprichosa e imprevisible, querido. Las bolas de cristal para predecir el futuro no existen. Pero la fe mueve montañas, reverendo —le contestó Alice en broma.

John se rio. Le gustaba verla de buen humor y en calma. Estar con sus hijos y disfrutar de la vida lenta en la campiña les reconstituía el alma. Lástima de la noticia que estaba a punto de darle, pensó su marido.

—Cuando Leopoldo II caiga, volveremos a África —dijo Alice esperanzada, mientras observaba la campiña inglesa durante la hora mágica de la mañana, como la llamaban los fotógrafos; el momento en el que la luz y el cansancio eran perfectos para capturar el instante decisivo—. Hay belleza en todas partes —suspiró.

—Estupendo, porque tenemos que hablar de una gira por Estados Unidos. Es el clavo que falta en el ataúd político del monstruo belga. Sabes que no nos podemos negar, amor mío —le dijo John, y se acercó, temeroso, para besarla.

Alice asintió mientras observaba a Katherine en su cuna. Margaret y Freddie seguían jugando en el jardín. En realidad era un pequeño bosque. Desde allí sus chillidos y risas sonaban a una merecida felicidad. Nadie hubiera dicho que, tiempo atrás, miraban a sus padres como a unos desconocidos.

Justo en el momento en el que creía haber recuperado a su familia, tenía que volver a abandonarla.

34

ALICE EN AMÉRICA:
LA CULMINACIÓN DE UN ÉXITO AGRIDULCE

NUEVA YORK, ESTADOS UNIDOS, 1906

Manhattan la dejó anonadada, sobreestimulada. Recorrieron la ciudad contemplando las lucecitas de los mastodónticos edificios de acero y granito. La isla más famosa del mundo le parecía una jungla de asfalto. Allí la humanidad se apiñaba en colmenas que apuntaban hacia el cielo. Alice prefería las arboledas de Central Park.

Mientras la mayoría de sus acompañantes, John y Dene Morel incluidos, mostraban su asombro con un gesto embobado, ella solo podía pensar en la historia de la torre de Babel. En aquella ciudad ultramoderna pero segregada y rebosando pobreza, los baluartes y castillos económicos solo respondían a las ambiciones de unos pocos.

Eso era América. Y el archiconocido islote situado en el majestuoso río Hudson, aunque a Alice le parecía que al lado del río Congo era un detalle en el paisaje, era su máxima representación.

En su viaje a través del país, descubrieron que la Estatua de la Libertad que les dio la bienvenida y pronto les despediría hierática y con su llama alzada, en realidad estaba supeditada a una obsesión por la explotación y los beneficios.

Ese era el embrujo de América. Todo tenía que ser grande. Por eso, en el nuevo mundo edificaban más allá de lo superlativo, desde los edificios hasta los puentes. Aunque con métodos del viejo mundo; se apoyaban y se aprovechaban de los más desvalidos. No se atrevía a decirlo en público, pero a Alice esa forma de cimentar una sociedad le recordaba mucho a la megalomanía arquitectónica del propio Leopoldo II.

No fue el único reflejo del monarca que preocupó a Alice durante el viaje. Más de dos meses a través de la presunta «tierra de los libres y los valientes», como rezaba el himno nacional estadounidense, le enseñó que en América los negros, que habían sido liberados medio siglo atrás durante la guerra civil en el país, seguían oprimidos y perseguidos.

El matrimonio impartió cuarenta y nueve conferencias y proyecciones de la linterna mágica en ese mismo número de días y ciudades. También se las apañaron para participar en más de doscientas reuniones, muchas de ellas con congregaciones religiosas que se oponían a la esclavitud abolida por el mejor presidente de su historia: Abraham Lincoln.

El tema del Congo no era nuevo para los estadounidenses. George Washington Williams fue el primer periodista en denunciar las matanzas y esclavitud en la colonia. Alice conoció su obra gracias a Edward Vilah. Hacía más de una década que los misioneros americanos hablaban de las atrocidades en el Dominio Privado de Leopoldo II. Las fotografías de Alice solo probaban que el horror que imaginaron se quedaba en poco.

Las cartas que el público escribía a sus congresistas y gobernadores ayudaron a presionar al Gobierno de Washington.

Alice se preguntaba por qué no hacían lo mismo con las desigualdades que sufrían los afroamericanos. Poco menos de un siglo antes, los barcos de esclavos los habían llevado a sus costas y ahora eran ciudadanos del país, aunque de segunda clase.

Lo mismo sucedía con las naciones indias. En uno de los larguísimos viajes en tren a través de las grandes praderas del Medio Oeste, donde en las estaciones vendían copias de todo tipo de alhajas nativas norteamericanas, Alice aprendió que, tan solo unas décadas antes, el Gobierno llevó a cabo un exterminio similar al de Leopoldo II en el Congo.

Los imperios se construyen con piscinas de sangre. Esa era una verdad que Alice hacía tiempo que había aprendido.

La tierra para comenzar de nuevo, como el país se anunciaba en los folletos y la publicidad de las compañías navieras, era en parte un engaño. Todo dependía del color de la piel del soñador en cuestión. Y de lo abultados que fueran sus bolsillos.

Alice se alegraba de que el viaje estuviese cerca de su fin. Por su parte, John y Dene Morel estaban exultantes. El apoyo del público estadounidense significaba el tiro de gracia para el dominio del monarca.

John incluso se reunió con el presidente Theodore Roosevelt. Aunque el encuentro fue una decepción. El político mostró más interés por las historias sobre la caza de la fauna africana que por sus esfuerzos por proteger a los congoleños.

Las conferencias tuvieron un impacto muy diferente entre los espectadores de América. Rara fue la vez en la que el espacio, ya

fuera un comedor, una sala de recreo, un patio o un teatro, no estaba abarrotado. John cada vez estaba más enamorado del púlpito. Empezaba a pensar que el papel de reverendo se le quedaba pequeño. Ella sabía que soñaba con la política, pero todavía no se atrevía a dar el paso.

En Chicago, una anciana que había nacido esclava se acercó a Alice después de una de las conferencias.

—Tenga —le dijo la mujer negra, y le extendió un sobre en el que, con una pulcritud victoriana, había escrito *A la atención de los misioneros del Congo*.

—¿Qué es esto?

—Mi aportación, todo lo que tengo en esta vida.

—¿Cómo? —preguntó Alice, sorprendida.

—Tome —insistió la mujer.

Lo abrió y vio que dentro había un gran fajo de billetes atado con la etiqueta del banco.

—Querida señora, es demasiado. No puedo aceptarlo —fue su respuesta.

—Son todos mis ahorros. A mí ya no me queda mucho tiempo en esta vida y tengo lo que necesito. Mi abuela trabajó en los campos de algodón de Lawrence, en Kansas, antes de que los grises arrasaran el pueblo y matasen a mi abuelo. —Se refería a los soldados confederados que se alzaron causando la guerra civil en el país—. Le contó a mi padre que había llegado a América muchos años antes desde un gran río en la selva.

—¿El Congo? —le preguntó Alice.

—Eso es lo que creo. Al ver las fotografías de su espectáculo he sentido que quizás algunos de esos hombres y mujeres podrían ser

mis parientes lejanos. Ya he asistido a tres de sus proyecciones.

—Es usted un alma pura, señora...

—Shaw, Roberta Shaw. Encantada.

—El placer es mío, señora Shaw. No obstante, no puedo aceptar todo su dinero. Por favor, no se ofenda. Con una contribución de un dólar la Asociación estará más que satisfecha. Y todavía más si habla de lo que hoy ha visto aquí.

Alice todavía podía ver los ojos contrariados de la mujer. Seguro que se marcharía enfurruñada y ofendida. ¿Por qué no lo había aceptado? En otros lugares extendía la mano y cogía los cheques con una sonrisa. Sin embargo, nunca se hubiera perdonado que una descendiente de los pueblos aniquilados del Congo pagase la lucha con sus ahorros.

América también le enseñó que el éxito de sus conferencias no se debía a la causa que defendían, sino a la calidad de los oradores. O *speakers*, según los llamaban los estadounidenses. Alice descubrió que podían llevar su proyección titulada *Conferencia de las atrocidades en el Congo*, a unos niveles de pasión y convencimiento del público que jamás había imaginado.

En la penumbra del escenario iluminado con un solo foco, los oradores se erigían como seres de aspecto suprahumano. Fueron contratados en persona por el propio Dene Morel para la gira norteamericana. Este sabía que el poder de los prestidigitadores de la palabra podía mover montañas. No obstante, Alice presentía que, tras esa forma de política populista, se escondía un poder mucho más oscuro del que podían imaginar. Lo poco que llevaban de siglo xx era una prueba irrefutable.

En Estados Unidos también aprendió que la fascinación del público por las proyecciones fantasmagóricas convertía a la imagen en un soberano mundial. Su poder pronto rivalizaría con el de los líderes de las naciones.

Asimismo, la Asociación también contaba con distinguidos patrones que apoyaban la causa. Entre los más famosos estaban Sir Arthur Conan Doyle, autor del inmortal Sherlock Holmes; Joseph Conrad, que describió mejor que nadie la realidad atroz del Congo en su libro *El corazón de las tinieblas*, o el filósofo británico Bertrand Russell.

No obstante, fue en América, de la mano del inmortal escritor Mark Twain, donde el mensaje de la Asociación para la Reforma del Congo alcanzó a las masas. Alice admiraba a aquel viejecito incansable y entrañable. Era historia viva del país. Aseguraba que la fotografía era el medio más valioso de la campaña contra Leopoldo II, gracias a su facilidad de producción, reproducción y circulación.

Eso la enorgullecía. La mayoría de las sesenta imágenes que reproducía el proyector de la linterna mágica habían salido de su cámara.

Twain aceptó la vicepresidencia de la Asociación. Le otorgaba así una legitimidad que el mundo no podía obviar. El escritor incluyó en uno de sus textos titulado *¿Hay que colgar al rey Leopoldo*?, una entrevista que el reportero William T. Stead le hizo a John. Se le consideraba el pionero del periodismo de investigación en Estados Unidos.

Presionada por la opinión popular, la Casa Blanca les hizo caso a medias. Pero las evidencias contra el rey belga eran tantas y tan conocidas que Washington tuvo que darle la espalda. Sin embargo,

también se la dio a los congoleños. Arguyeron que Estados Unidos no había ratificado el Acta General de la Conferencia de Berlín. Por lo tanto, no era responsable del quehacer de Leopoldo II. Tampoco de los destinos de los habitantes de la colonia belga.

Poco después, Twain se retiró de «la primera línea del combate congoleño», según escribió. Explicó su decisión con unas palabras a la altura de su genial pluma: «No soy una abeja, sino una luciérnaga».

Los últimos días en Nueva York fueron una cura de humildad.

Mientras paseaban por Broadway, la publicidad de su espectáculo les pareció un asunto de aficionados. Las grandes marquesinas estaban iluminadas con anuncios de actuaciones, obras teatrales y representaciones de todo tipo, como si en cada uno de los locales fuese Navidad todos los días. Y los fines de semana dos veces, con las representaciones de la mañana y la tarde. En Estados Unidos, todo lo que creían saber sobre comunicación con el público se quedó pequeño.

Las proyecciones se hacían a oscuras. Así se veía mejor la luz de las diapositivas. Esto conjugaba un sentimiento de comunión entre los espectadores. Les provocaba ira, terror y pena colectiva. Las imágenes mostraban atrocidades que se intercalaban con himnos, oraciones y llamamientos evangélicos melodramáticos que provocaban una intensa respuesta emocional. A petición de Dene Morel, Alice tuvo que adecuar las conferencias a los diferentes públicos estadounidenses para reducir el tono religioso. A veces eran tan dispares como largo y ancho era el país.

Estados Unidos supuso la culminación de su trabajo como fotógrafa. El resultado de la extraña unión entre la cámara y la fe que le profesaba a un Dios que, a esas alturas, necesitaba de las manos de la humanidad para que reinase la justicia. Aunque a Alice le contrariaba ver cómo la linterna mágica era capaz de jugar con la voluntad de los espectadores.

El impacto que causaba le ponía los pelos de punta. Sobre todo en aquel tiempo en que las fotografías todavía eran raras, incluso en los periódicos. Jugar con el miedo, el horror y el morbo del espectador era hacerlo con fuego. En un santiamén, la masa podía pasar del aplauso y los abrazos a comportarse como una jauría.

Durante las proyecciones, cuando las luces del teatro se apagaban y la luz de la linterna mágica se encendía, Alice podía sentir la emoción del público. Este enmudecía expectante, excitado, ávido por olvidarse durante unos momentos de su vida y dejarse llevar por el entretenimiento. La multitud amaba el drama y el reproche por encima de todo. Los conceptos siempre debían ser simples y digeribles a la primera: acusados culpables y víctimas inocentes. Sin término medio.

Cuanto más se olvidaban de sus vidas, amaban o se estremecían de odio, rabia y amor ante la pantalla blanca iluminada por la luz del proyector, más grande era la eficacia para dirigir las decisiones de las masas. Alice comprendió que, aunque fuera un arma de doble filo, la opinión pública era la única herramienta pacífica para cambiar el mundo; o, todo lo contrario. Someterlo o liberarlo.

Teniendo en cuenta que Estados Unidos había sido el primer país en reconocer la legitimidad del Estado Libre del Congo, la reacción estadounidense ante la gira fue tan aplastante como positiva. ¿Podía Alice decir lo mismo? En eso reflexionaba mientras paseaba sola por el East Village de Manhattan durante su última tarde en el país. Era el barrio de los bohemios y artistas de la ciudad. Un electrizante sentimiento de victoria le recorría el cuerpo.

De repente se topó con una de las vallas de publicidad que anunciaban las conferencias de la Asociación. El anuncio dejaba bien claro en letras grandes que era un espectáculo de sesenta fotografías, comentadas por la modesta entrada de seis centavos de dólar. «Creado y revisado por el señor E. D. Morel y el reverendo J. H. Harris». El anuncio no mencionaba la autoría de sus fotografías, o el hecho de que gran parte del texto en el que se basaba la conferencia había salido de su pluma.

En su interior algo le dijo: «tú deberías ser la protagonista».

El demonio tiene muchos rostros pero ninguno tan convincente como el que vemos reflejado en el espejo. La mejor arma del diablo es el ego. Alice creía que los informadores, o los fotógrafos, en su caso, que se convertían en parte de la historia, solo veían en su profesión una plataforma para sus propias ambiciones. Esa era la gran perversión del periodismo que Leopoldo II había sabido rentabilizar. Alice lo sabía bien. Solo tenía que recordar la imagen que hizo en su porche de la misión de Baringa, poco después de que la Force Publique les disparara.

Antes de abandonar Estados Unidos empaquetó varios ejemplares del diario *New York American*. Sus páginas delgadas, casi de papel de fumar, contenían varios artículos y reportajes sobre las

atrocidades en el Congo que utilizaron sus fotografías para ilustrarlos.

No todos los rotativos estadounidenses estuvieron de su lado. Más bien al contrario. Los propietarios de las grandes cabeceras se alinearon con Leopoldo II y el dinero, no con la verdad. Incluso el buque insignia de la prensa estadounidense, *The New York Times*, famoso por hincarle el diente a cualquier escándalo que vendiese periódicos, utilizó su poder para difamar a la Asociación. El rotativo aseguraba que el éxito de la campaña estaba basado en falsedades, y que su único fin era el de lucrarse económicamente.

«He cazado y prospectado en el Estado Libre del Congo y nunca he visto una atrocidad de ningún tipo cometida por los blancos, o sus sirvientes negros», llegó a escribir F. J. Duquesne, colaborador de ese periódico.

«Hay miles de fotógrafos en Nueva York que pueden hacer una placa original que muestre cualquier atrocidad donde uno quiera, en el Congo, China o Rusia, sin salir de sus estudios. A diario, la prensa amarilla de esta ciudad da suficiente evidencia de ello. El Congo es el feliz coto de caza de los misioneros más imaginativos que jamás hayan repartido el plato de colecta. No se detienen en las palabras. Su celo los lleva incluso a fabricar pruebas fotográficas. El señor Harris controla los negativos de las supuestas imágenes, que luego vende como diapositivas con conferencias por un chelín y seis peniques», añadió el periodista a sueldo, que ponía en duda el trabajo de Alice, a la que ni nombraba.

El grupo sabía que detrás de esas afirmaciones estaba el rey belga. El monarca disponía de recursos ilimitados, así como de una

red para la publicación de noticias falsas que se extendía por todo el mundo. La difamación era su única estrategia contra las imágenes.

El gran tergiversador de Bruselas los acusaba de manipuladores vestidos con sotanas para intentar restarle realismo a las fotografías. No obstante, el daño ya estaba hecho y era demasiado profundo. Cuanto más agresivas eran sus campañas de difamación, más intuían que su final se acercaba.

Sin embargo, Leopoldo II nunca pagó por sus pecados.

SÉPTIMA PARTE

EL TRIUNFO NUNCA ES LO QUE PARECE



Bompenju, Lofiko (hermano de Nsala), una tercera persona,
John Harris y Edgar Stannard con las manos de Lingomo
y Bolengo, que supuestamente fueron asesinados por centinelas
de la ABIR. Publicada por E. D. Morel, para su libro
King Leopold's Rule in Africa.

ALICE SEELEY HARRIS, 1904

35

CUANDO MATAS AL PERRO, NO SE MUERE LA RABIA

PALACIO DE BRUSELAS, BÉLGICA, 1909

La capacidad para soñar es un arma de doble filo. Hay quien la utiliza para acercarse y unirse a la humanidad como si contemplase la más bella noche estrellada, mientras otros la emplean para servirse de ella, intentar dominar el mundo, someter a los hombres y declarar que hasta el cielo es suyo.

—Su majestad tenía razón. La madera quema mejor que el metal —murmuró Émile sonriendo. Ahora lo entendía.

Estaba de pie en el centro del archivo secreto de Bruselas, donde se almacenaban todas las vergüenzas del Estado Libre del Congo. Observaba a los dos guardias que sostenían unas pequeñas antorchas encendidas. Otros dos sujetaban unas latas de queroseno con las que empapaban las estanterías y los escritorios. El olor que impregnaba la estancia era mareante.

Émile recordó las primeras tardes que pasó allí con Leopoldo II, cuando el archivo tenía un eco similar al de ese momento de tan vacío que estaba.

Luego vino el frenesí y la conquista del centro de África. El éxito fue mayúsculo. Pero como dicta la historia, los días de esplendor

dieron paso al descenso y a la irremediable caída. En 1906, el monarca sucumbió tanto a la presión internacional como a la del Parlamento belga. No obstante, incluso el vilipendio que sufrió también le salió rentable. Tras dos años de litigios y peticiones del legislativo, en noviembre de 1908, el soberano finalmente accedió a transferir la colonia al Estado por la nada despreciable suma de cincuenta millones de francos.

Desde entonces el archivo había permanecido cerrado y el rey se había recluido con su amante Caroline en su villa de la Costa Azul francesa.

Cinco días antes de fallecer se casó con ella en una ceremonia informal y secreta. Émile asistió al enlace para asegurarse de que no fuera un matrimonio civil y según el derecho nacional. De lo contrario, los dos vástagos nacidos de la unión con la joven francesa pondrían en entredicho la legitimidad de la línea aristocrática de la familia real. Como no tenía hijos varones vivos, la corona pasó a Alberto I, hijo del hermano de Leopoldo II.

Para garantizar su seguridad, los vástagos que tuvo con Caroline Lacroix fueron adoptados en 1910 por su segundo marido, Antoine Durrieux. La cortesana más rica del mundo nunca reclamó el lugar que les correspondía. A pesar de ello, la familia materna de Leopoldo II intentaría, en varias ocasiones, desposeerla de parte de la herencia que consideraba suya.

El monarca legó a Caroline una fortuna que ni ella, ni sus hijos, podrían gastar en varias vidas. Poco antes de morir, el rey ordenó que Émile blindase las riquezas que le legó a su familia secreta. Así lo hizo el secretario.

La última orden que recibió, casi aparejada al aliento final del monarca, fue clara:

—Quémelo todo. Que no quede ni rastro del archivo.

Émile iba a cumplir su última voluntad con la misma diligencia fanática con la que sirvió a la Corona durante toda su vida. Antes salvó algunos documentos que le ayudarían a mantener su inmensa riqueza.

El día anterior, el 17 de diciembre de 1909, más de diez millones de almas en el Congo, todas ellas sacrificadas en beneficio del supuesto progreso y la civilización, por fin descansaron en paz. El monstruo que nunca puso un pie en sus tierras devastadas abandonó este mundo tras 44 años de reinado.

Leopoldo II murió a causa de un derrame cerebral mientras dormía en su cama del Palacio de Laeken, a escasos metros del Museo de África. Los periódicos que escribieron sobre el funeral de Estado publicaron que, tras la misa en la Iglesia de Nuestra Señora de Laeken, cuando el cortejo fúnebre transitaba las calles de la capital para ser enterrado en el Palacio Real, fue abucheado por la multitud a su paso.

También se publicaron los aplausos, que fueron muchos. La guerra de los medios de comunicación que el monarca había legado al mundo acababa de nacer. La propaganda pronto sería una herramienta en manos de todos. Así se escondieron y olvidaron las atrocidades en el Congo.

El mayor crimen de la historia de la humanidad, como lo definió Dene Morel, fue oscurecido por la herencia constructora del monarca. Esta se pagó con la explotación de los recursos naturales del Congo y el esfuerzo y la sangre de sus pueblos. Cada uno de los

edificios, proyectos urbanos y obras públicas llevados a cabo en Bruselas, Ostende y Amberes siempre contendrían los gritos de los cientos de miles de hombres y mujeres cuyos huesos yacían en fosas comunes perdidas en la selva.

El soberano genocida se convirtió en el Rey Constructor, Koning-Bouwheer en holandés, o le Roi-Bâtisseur, en francés. Así lo describirían los libros de historia de Bélgica. Entre sus páginas tampoco se contaría que el hipódromo de Wellington, las Galerías Reales Maria Hendrikapark, en Ostende, el Museo Real de África Central y su parque circundante en Tervuren, así como los magníficos jardines del Cincuentenario y de Duden en Bruselas, o la estación de tren Amberes-Centraal, todos ellos, sin excepción, estaban para siempre manchados de sangre. La gente admira los monumentos y a menudo olvida los muchos gritos y sufrimientos que hicieron falta para construirlos.

Con la inmensa fortuna acumulada, Leopoldo II también dejaba numerosas propiedades dentro y fuera de Bélgica. Amplió los terrenos del Castillo Real de Laeken, donde construyó los Invernaderos Reales, la Torre Japonesa y el Pabellón Chino cerca del Palacio. En las Ardenas aumentó su dominio privado hasta las seis mil setecientas hectáreas de bosques y tierras agrícolas con los castillos de Ciergnon, Fenffe, Villerssur-Lesse y Ferage, que fueron renovados y modernizados. También se construyó importantes propiedades en la Riviera francesa como la Villa des Cèdres y su jardín botánico, o la Villa Leopolda. Todo ello a hombros de los congoleños.

—Fue usted un faraón como los de la antigüedad, majestad. Su nombre vivirá cuando el de aquellos que se le opusieron solo sea un

rumor indescifrable. A la gente le gusta olvidar, a las piedras no —dijo Émile en voz alta.

El secretario estaba de pie frente al descolorido mapa de África cuando dio la orden a los dos guardias que sostenían las antorchas.

—Adelante, quemadlo todo —dijo un tanto desganado.

Émile se dio la vuelta y salió al jardín con las manos detrás de la espalda.

El fuego prendió rápido, con fuerza. Enseguida se extendió por todo el archivo y devoró las pilas de papeles, carpetas, escritorios, mapas colgando de las paredes, fotografías, estanterías y cortinas. Finalmente, el techo empezó a gotear, como si los querubines del paisaje llorasen el cielo pintado de azul.

Las llamas cumplieron su cometido y destruyeron miles de pruebas del primer exterminio organizado a nivel industrial de la historia de la humanidad. Los archivos de las masacres, fechorías y limpieza étnica de la Force Publique. Los nombres de los oficiales que las llevaron a cabo. Los tratados que probaban la existencia de las miles de tribus desaparecidas. Y los acuerdos con los países que se beneficiaron de aquellas matanzas.

También ardieron los contratos comerciales, las facturas que hubiesen delatado a todos los beneficiarios económicos de las atrocidades, y montones de cajas repletas de documentos traídas desde los ministerios belgas de Finanzas e Interior.

Émile se quedó solo en el jardín y observó fascinado cómo el fuego consumía toda el ala del palacio. Los bomberos exigieron que se les dejase pasar para salvar lo que no debía ser rescatado. El secretario no les dio permiso hasta que el interior del archivo se redujo a un montón de cenizas.

En su brazo sostenía un portafolios con los pocos contratos comerciales que había salvado de las llamas. Todos en su beneficio para asegurarse una posición en la sombra, su especialidad, dentro de la nueva Administración colonial. La única diferencia con la que él había dirigido sería el cambio de edificio.

Las empresas concesionarias continuarían con sus negocios. La gobernanza de la Carta Colonial redactada en 1908 por el Parlamento belga solo perpetuó a los terratenientes blancos. Nunca se demandaron responsabilidades a la Force Publique por las matanzas. El cuerpo siguió cometiendo asesinatos. La anexión del Estado Libre del Congo por parte de Bélgica no fue una liberación sino un intercambio de propietarios.

El fuego puede purificar, pero casi nunca cambia las cosas.

36

EL MONSTRUO MURIÓ, Y LA LANZA QUE LO ATRAVESÓ SE ROMPIÓ

LONDRES, INGLATERRA, 1909

Estimada Caroline:

Te escribo estas letras con el corazón en la boca. Supongo que ya debes haber leído en los periódicos que el rey de los belgas, Leopoldo II, ha muerto. Hermana, a ti no te puedo mentir; confieso que, cuando llegó el telegrama de Dene Morel sentí placer, felicidad y la certeza de que el mundo es ahora un lugar mucho mejor.

Recuerdo el estallido de alegría que hubo en la sede de la Asociación cuando, hace un año, celebramos que el monarca había tenido que rescindir su control sobre el Congo. Todos nos abrazamos y estrechamos las manos, convencidos de que nuestras acciones habían redirigido el rumbo de una porción de este mundo. De que la pluma y la fotografía habían vencido a la espada. Sin embargo, Caroline, esa alegría no se puede comparar con la sensación de placer que me invadió al enterarme de su muerte.

¿Me convierte eso en una mala persona? Como cristiana convencida debería ser capaz de perdonar a mis semejantes, cualesquiera que sean sus pecados, porque solo Dios tiene poder para juzgarnos. O al menos eso es lo que enseñan las sagradas escrituras. No obstante, aunque el alma quiere, mi corazón desea algo muy diferente. Para él, la muerte del tirano es la justicia que verdaderamente necesitábamos. Sin su sombra quizás la luz volverá al Congo.

Supongo que mis palabras deben sorprenderte. Mientras las escribo me doy cuenta de que el odio que viví en África también ha anidado en mi interior. Si

somos lo que comemos, también somos lo que vemos, aunque solo sea una pequeña parte.

Pero, cómo se puede perdonar que, en los años de propiedad del rey, este no solo destruyese la fábrica social y humana del Congo acabando con culturas y pueblos enteros, sino que el resultado de sus actos mató a más de la mitad de la población, según estimaciones de nuestra Asociación. Eso son millones, Caroline.

Por eso me alegro de que el alma de hierro de Leopoldo II esté en el lugar que se merece: el infierno. Hace unos años hubiera quemado esta carta en la estufa. No obstante, ya no le tengo miedo a mi voz. Aunque, cada vez más, estoy cansada de escucharla, incluso cuando escribo estas letras. El ego es el arma preferida del diablo.

Aunque el tirano ya no existe, mucho me temo que su legado continúa. Esta tarde nos reuniremos con Dene Morel para enfocar las nuevas estrategias a seguir. La muerte del monarca es la oportunidad perfecta para hacer un último esfuerzo y mejorar las vidas de los habitantes del Congo, todavía sin derechos.

Hermana, te extraño y espero que pronto nos puedas visitar. Alfred, Margaret y Katherine preguntan mucho por su tía.

TU HERMANA QUE TE QUIERE

Después de escribir la carta a Alice le quedó un regusto a victoria. Sin embargo, aquel día soleado y brillante nadie hubiera presagiado que acabaría con una despedida hiriente para el matrimonio, y con la misma fuerza que un puñetazo en la boca del estómago.

La sede de la Asociación, situada en la casa Granville, al final de la calle Arundel en el barrio obrero londinense de Strand, estaba más silenciosa de lo habitual. Algo amargo como los granos de café flotaba en el ambiente.

La misiva a su hermana le había llenado de una felicidad perturbadora. Pero la carta que Dene Morel sostenía en su mano

cuando entraron en su despacho hizo que la olvidara en un santiamén. Este les recibió en silencio, con la cara desencajada por la ira. Se la entregó a John, que la leyó rápidamente.

—Es incomprensible —murmuró para sí, mientras le pasaba el papel amarillento tras el largo viaje desde la misión de Balolo hasta Londres.

Alice tuvo que releerla dos veces para cerciorarse de su contenido. El periodista no pudo más y soltó la lengua.

—Nos han traicionado, Alice. Está claro, no hay vuelta de hoja.

—Me cuesta creerlo, Dene —respondió ella.

La carta iba firmada por uno de los colaboradores de la Asociación destinado en la misión. Este confirmaba las palabras del periodista.

—Según parece, los religiosos protestantes en el Congo solo querían utilizar nuestra campaña para asentarse mejor en la región. Nos han mentido —dijo, aunque se retractó al instante—. No pretendo ofenderles, pero no me explico cómo sus antiguos colegas han accedido a ese trato egoísta y vergonzoso con el Gobierno belga. ¿Es que acaso no son hombres y mujeres de Dios? Es una traición despreciable, inaudita —añadió con la barbilla temblándole de rabia.

Alice no supo qué responder. John tampoco.

Desde que Leopoldo II perdió su Dominio Privado el año anterior, las sospechas de Dene Morel sobre la posibilidad de que las misiones protestantes se aliasen con la nueva Administración congoleña fueron en aumento. Aquella carta lo confirmaba. El Parlamento belga acababa de conceder una serie de estaciones nuevas a lo largo del río para la Unión de Misioneros Regiones del Más Allá en Balolo. Y

como pago, instruían a los religiosos para que dejaran de publicar pruebas sobre las atrocidades, que no habían terminado.

La avanzada edad del doctor Guinness, apartado de la dirección de la Unión, sumada a la marcha del matrimonio, hizo cambiar las prioridades de la organización para adaptarse al nuevo panorama. Dene Morel les hablaba como si ellos fueran responsables, aunque sabía que no era así.

—Socaban todo nuestro movimiento —exclamó el periodista golpeando la mesa.

Alice nunca le había visto perder los estribos.

—El Gobierno belga está haciendo todo lo posible para destruirnos. Y lo está consiguiendo con unas cuantas concesiones territoriales a las Sociedades Misioneras Británicas. Vergonzoso —dijo, y los miró como si de repente se diera cuenta de que ahora también podían ser sus adversarios—. Vosotros, misioneros, me habéis utilizado para vuestra agenda y esa malsana obsesión por Dios. ¡Y a toda la Asociación, sí, a toda, solo para expandir vuestro trabajo evangélico! —gritó.

Todo el mundo detuvo lo que estaba haciendo para mirar hacia la oficina. Sin embargo, Dene Morel ya no veía a nada ni a nadie.

—¡Nunca tuvisteis en vuestro corazón garantizar los derechos humanos o de propiedad de los congoleños! —continuó.

John intentó decir algo, pero en cuanto sus labios se movieron el periodista continuó desfogándose a gusto.

—La muerte de Leopoldo II no ha cambiado nada en la Administración colonial. No tienen intención de buscar a los culpables. La mayoría de los asesinos seguirá al mando. Los misioneros se han acomodado. ¡La esclavitud no ha terminado!

¡Dónde diablos está su Dios! —repitió a grito pelado acercándose hacia John.

—Dene, por favor, contrólate —espetó John sin moverse de su sitio.

—¡Mentiras! Nunca debí confiar en los misioneros. Esa maldita manía de mezclar la Biblia con las campañas. ¡Siempre buscando convertir al prójimo! Y ahora, cuando el Congo y sus miles de esclavos, es-cla-vos —repitió, acentuando cada sílaba a pocos centímetros de la cara de John—, necesitan nuestra ayuda más que nunca, no se la vamos a prestar porque les han dado unas parcelas de terreno. No han recuperado la libertad, reverendo. Siguen siendo objetos, mercancías —dijo mientras intentaba controlar el tono de voz.

—Dene, sabes tan bien como yo que los cambios no suceden de repente. Nosotros llegamos al Congo hace casi quince años. En ese tiempo poco varió —arguyó John, sacando al religioso conciliador que llevaba dentro. No obstante, el periodista ni pestañeó—. Lo hemos vivido todo y sabemos que el horror está lejos de terminar. Pero...

—Precisamente por eso —le cortó Dene Morel—. Estimado amigo, abre los ojos. ¿Por qué crees que tus correligionarios de la Unión de Misioneros han pactado con la Administración esclavista?

John quiso contestar pero Dene no se lo permitió.

—Yo te lo diré. Por avaricia, así de simple —lanzó la palabra como si fuese un cuchillo—. Para asegurarse la propiedad sobre un maldito puñado de piedras que no les pertenecen —concluyó, y golpeó la mesa con el puño.

No hubo tiempo para más.

Dene Morel cogió su agenda y salió del despacho con la misma furia con la que les había hablado. Alice y John permanecieron callados. En sus corazones sabían que el periodista tenía razón.

La relación del matrimonio con la Asociación nunca volvió a ser la misma. Incluso Roger Casement intentó interceder desde Sudamérica. El Gobierno británico lo había mandado allí para sacarse de encima al diplomático incómodo. La brecha entre ellos y Dene Morel aumentó con la decadencia de su trabajo como secretarios de la directiva fundacional de la organización. Este ya no les ocupaba ni las mañanas.

El movimiento perdía impulso. Leopoldo II estaba muerto y la prensa y el público habían pasado página.

El matrimonio dio el paso pocos meses después. A principios de 1910 decidieron abandonar la Asociación. A Dene Morel no le pilló desprevenido.

Fueron a visitarlo a la oficina de Londres, el escenario del encontronazo. John estaba nervioso, dubitativo tras enfrentarse al hombre que tanto había admirado durante años.

La pareja se sorprendió al ver que el edificio de la sede, que antes rebosaba un bullicio desmesurado, frenético y rozando lo frenopático, ahora estaba casi vacío. Ni siquiera vieron a la señora Miller, la secretaria de la recepción. Su escritorio estaba lleno de viejos panfletos todavía empaquetados. En algunos Alice reconoció varias de sus fotografías. Hacía tiempo que no cogía su cámara. Y lo más extraño es que no la echaba de menos.

—Qué triste es todo esto —le comentó a John, mientras se dirigían hacia el despacho de Dene Morel.

La luz estaba encendida. En la redacción todavía quedaban cuatro secretarios y una de las diseñadoras de los carteles y los panfletos. Ese era todo el equipo con el que la organización contaba en la capital. La caída había sido dura.

—Una puerta se cierra y otra se abre. Mucho ha llovido. Y más que lo hará, eso seguro —respondió John sorteando dos grandes pilas de periódicos amarillentos.

—¿Crees que es el mejor momento para venir? —preguntó Alice.

—Estamos aquí. Para qué negar la evidencia —contestó él, y llamó a la puerta con los nudillos.

Para su sorpresa, Dene Morel se alegró de verlos. Supo al instante por qué estaban allí. Ambos temían que se repitiese la discusión que los había distanciado. Pero el periodista se aflojó la corbata, les dio las gracias y se sentaron a charlar de los viejos tiempos, de las campañas y los días que se confundían con las noches.

También de África. El matrimonio le contó que tenía intención de volver para cerrar ese capítulo de sus vidas.

La colonia había cambiado de manos, pero, tal y como aseguraba el periodista, las informaciones indicaban que muchos de los métodos de la Force Publique seguían siendo los mismos.

—Reverendo, nunca ha brindado conmigo y creo que ya va siendo hora. No hay nada en su libro que le prohíba tomarse una copa por luchar por la libertad de los hombres. Y si así es, entonces...

—Acepto —le cortó John con una sonrisa iluminándole la cara.

—¿Alice? —preguntó Dene Morel. La miró mientras abría el pequeño bar metido en una bola del mundo con ruedas.

—Para todo hay una primera vez —respondió.

John la miró sorprendido. Como él, su esposa sentía una gran animadversión hacia el alcohol. En la mente de Alice apareció un personaje lejano y al que deseaba reencontrar en África; Edward Vilah. Estuviese donde estuviese, se dijo antes de beber del vaso de whisky, seguro que se estaba riendo.

El brebaje no le gustó pero mereció la pena. Brindaron hasta que los vasos estuvieron vacíos. Alice no tardó en marearse, aunque no quiso admitir que el cosquilleo que vino a continuación le resultó placentero.

Antes de marcharse, John habló con el corazón.

—Dene, debemos estar orgullosos. Sobre todo tú. Fuiste el alma de todo esto. Roger estaría de acuerdo conmigo. La Asociación pasará a la historia como la pluma dorada que fue capaz de vencer a un todopoderoso sin necesidad de sacar las armas. Hemos cambiado el mundo, y fue gracias a ti —insistió John—. Hace mucho tiempo que nos conocemos, ¿verdad? —El periodista asintió un tanto emocionado—. Todo cambia, amigo mío, aunque la lucha no haya terminado.

—Tienes razón, John. Todo se transforma. Pero me siento derrotado.

—Juntos hemos hecho mucho. Nunca lo dudes, Dene —añadió ella.

—Alice, Dios, Alice. En realidad, tus fotografías son las que han cambiado el mundo, nunca lo olvides. Por favor, no dejes la cámara en el desván ni la pluma en el tintero.

—No te preocupes, en eso ando, o andamos —se corrigió sobre la escritura—. Ha llegado la hora de contar nuestra experiencia en un

libro —explicó ella.

—Eso está bien, es una gran noticia. Permítanme una última pregunta.

—Adelante —respondieron ambos al unísono.

—Algún día yo también pienso escribir sobre todo esto. Me gustaría saber qué fue lo mejor, y lo peor, para vosotros de esta aventura que acaba —inquirió.

John le dio paso a Alice con la mano. Ella se la apartó con cariño y le indicó con la mirada que hablase primero.

—África y los entresijos del poder, solo que cambiando de lugar según les convino. Siempre sin permiso. Eso fue lo mejor y peor —dijo John poniéndose la chaqueta.

—La cámara, la cámara y África —respondió Alice.

Dene Morel soltó una carcajada.

—Amiga, siempre vas dos pasos por delante. Te deseo mucha suerte en la aventura literaria que tienes por delante —añadió guiñándole el ojo—. John, cuídala en África y buena suerte. Gracias por todo —dijo Dene Morel extendiéndole la mano.

El reverendo dio un paso y lo abrazó. Ambos se quedaron en silencio y Alice sonrió. Los hombres y su eterna niñez, pensó.

Al abandonar la Asociación, la fotógrafa supo que parte de la mujer que fue ya no existía. Empezaba a mirar el tiempo hacia atrás y no hacia delante.

John no tardó en mantenerse ocupado al frente de la Sociedad Británica y Extranjera para la Protección de los Aborígenes y contra

la Esclavitud. Él era el único secretario organizador. La creó el matrimonio.

En ella depositó todas sus ansias de futuro, las cuales no solo incluían luchar por los desfavorecidos. Mientras Alice soñaba con encontrar un lugar tranquilo para su familia, John lo hacía con obtener un cargo político. Acordaron que ella ostentaría el título de cosecretaria. Así se aseguraban un salario de quinientas libras al año para pagar los gastos de los niños.

Cuando no hacía de ayudante, compaginaba su labor como madre con sentarse delante del escritorio. Le llevó un tiempo organizar los cientos de fotografías que atesoraba en diversos álbumes. Cuando las tuvo listas empezó a escribir el libro y recopilatorio de imágenes documentales más famoso de su marido, *Amanecer en el África más oscura*. Alice nunca pidió que se incluyera su nombre, John tampoco se lo ofreció. Esa obra sería el puntal de su próxima carrera política.

A veces, la escritura devolvía a la fotógrafa a sus días en África. No fue fácil recordarlos sin sufrir. Cuando el libro estuvo terminado, Alice comprendió que su juventud había muerto con el monarca belga. Aunque lo peor de todo era que las almas esclavizadas del Congo seguían bajo la sombra de la historia.

En su corazón echaba de menos los sonidos de la jungla. La redacción del libro solo hizo que regresar al continente negro empezase a ser una necesidad.

No obstante, la vida volvió a abrirse camino por su cuenta. Ese año se quedó embarazada de nuevo y dio a luz a Noel. De nuevo, Alice se prometió que esta vez no se perdería la primera infancia de su último hijo.

Entretanto, el Congo seguía viviendo en ella a través de las conferencias que impartía, en gran parte, a petición de asociaciones y clubs privados. Estas versaban sobre su experiencia en África, aunque sin proclamas o una causa detrás.

En una de las charlas que impartió en una escuela cuáquera de Birmingham, una sufragista se acercó a John con un ejemplar de *Amanecer en el África más oscura.* Le preguntó por qué su libro estaba dedicado a su esposa, pero el nombre de ella no aparecía en ninguna de sus páginas.

El reverendo le contestó que le preguntase a ella al terminar el evento. La mujer lo hizo y su respuesta dejó a Alice con un sentimiento amargo.

—Porque no me lo iba a dedicar a mí misma —le dijo ante la misma pregunta que le había hecho a su marido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la mujer.

Estaba de pie entre varias personas que hacían cola para que John les firmase un ejemplar. Entonces ató cabos y se acercó a Alice.

—¿Lo has escrito tú, hermana? —inquirió la sufragista.

—Los dos somos un equipo. Lo vivimos juntos, yo solo he encontrado las palabras. Aunque sí, fui yo —confesó ante la mirada de reprobación de la mujer.

—Entonces es un día triste para tu nombre —contestó ella.

A continuación se dio la vuelta sin más y desapareció entre la gente.

La verdad tiene muchas caras, pensó Alice, aunque las palabras de la mujer le molestaron. Sin embargo, en su cabeza todo estaba supeditado a una sola idea: volver a África para ver qué había sido del Congo.

En cuanto la gente se hubo marchado de la sala se lo confesó a John. Él la miró y la besó porque sentía exactamente lo mismo.

No hizo falta más.

Unos meses después, la partida hacia África no le proporcionó la alegría que esperaba.

Un sentimiento de traición recorría su cuerpo menudo. Noel no había cumplido ni cuatro meses y Alice volvía a dejar atrás a su familia, al menos durante un año.

«De nuevo, madre ausente», se dijo al despedirse de sus criaturas en el rellano de la casa a la que se habían mudado. Allí habían vivido los últimos meses de su vida campestre, sencilla, lenta y sin tribulaciones. Sus hijos y ella volvieron a ser uno. Algunos días incluso dejaba de pensar en las atrocidades del Congo. Pero como fotógrafa necesitaba cerrar el círculo.

Freddie, vestido con un minúsculo traje y corbata negros para la misa de los domingos, la miraba serio, adulto cuando no debía serlo.

—Yo los cuidaré, no os preocupéis —dijo su hijo nacido en la selva mientras rodeaba con sus bracitos de alambre a sus hermanas Margaret y Katherine.

Noel estaba dormido en el cochecito que la niñera balanceaba.

A la fotógrafa se le cayó el alma al suelo y las lágrimas saladas le surcaron por las mejillas hasta la boca.

—Yo le ayudaré —añadió Margaret.

Katherine apenas comprendía pero sabía que se marchaban. Al ver las maletas en el rellano torció la boca y estalló en un llanto. A Alice el corazón se le volvió a abrir en canal. Los agarró, los

estrechó, los besó, les olió profundamente y les susurró al oído que cuando volviese nunca más se iban a separar.

—Sí, madre —respondió Freddie desconfiado.

—Así me gusta. El hombre de la casa —dijo John, y le revolvió el pelo, aunque a él no le gustó en absoluto.

Freddie se quedó callado pero asintió sin acritud. Como a su madre, no le gustaba que le mintieran. Después de una vida viéndolos ir y venir, siempre bajo el cargo de niñeras y casas desconocidas en las que había crecido, sus reticencias estaban más que justificadas.

—Ojalá algún día lo puedas comprender. Haré todo lo posible para volver pronto, te lo prometo, hijo mío —volvió a susurrarle Alice cuando el taxi aparcó en la puerta.

—Prométemelo de verdad —exigió Freddie.

El coche tocó el claxon.

—Te lo juro. Cuando vuelva no me volveré a marchar —respondió ella con una seguridad apabullante.

Esta vez selló esa promesa con lo que quedaba de pureza en su alma. Romperla sería quebrarse a sí misma y a todo lo que quería.

37

TODO CAMBIA PARA NO HACERLO, POR ESO CREEMOS QUE CADA SUEÑO ES NUEVO

EL CONGO BELGA, 1911

El matrimonio llegó a Boma a principios de mayo para enlazar con el invierno congoleño, el período seco de las dos estaciones que dividían esa parte del trópico. El resto, sobre todo en el Alto Congo, era lluvioso o azotado por los monzones, con una humedad y calor sofocantes. Entre los viajes de ida y vuelta solo tendrían unos meses para una tarea que, anteriormente, les llevó años. No podían permitirse condiciones climatológicas adversas.

Viajaban a África sintiendo que sus ojos y almas no eran los mismos. Ahora sabían hacia dónde mirar y cómo hacerlo. Solo tenían que internarse en lo más profundo del bosque, y buscar lo que quedaba del mundo mortecino que habían conocido.

El viaje tenía como objetivo verificar los rumores sobre tiempos mejores en la colonia. Averiguar si los pueblos del Congo ya no tenían que esconderse para huir del exterminio.

Esta vez iba bien equipada, con una Kodak Brownie nueva dotada con diversos avances, como el visor cuadriculado o la posibilidad de cambiar la distancia focal. Llevaba tantos rollos de película que

apenas podía cerrar la lata, abollada después de tantas caminatas a través de la jungla.

Nada más desembarcar el calor fue peor de lo que Alice recordaba. Los muelles habían cambiado mucho. Ahora parecían los de cualquier ciudad portuaria europea. Apenas había canoas en las aguas.

Esa misma tarde cogieron el tren de Matadi a Leopoldville. Allí la civilización se había extendido tanto que la selva empezaba a parecer un gran parque natural y no un mundo de naturaleza virgen.

Le costó reconocer las calles sin los congoleños tal y como los había conocido. La moda europea se había expandido por toda la ciudad. La identidad era ahora una mezcla del pasado transformado y la sumisión de los habitantes originarios al Gobierno belga que no habían escogido. Los que se habían opuesto, o estaban muertos o se habían unido a los grupos de rebeldes en la selva, los que querían expulsar a los colonos.

Al tercer día en Leopoldville, Alice ya estaba deseando marcharse lo antes posible. Sin embargo, mientras caminaban hacia la estación de correos, el pasado hizo acto de presencia. A menudo, nada es lo que parece. Todos los fuegos comienzan con una chispa.

Un nativo muy apuesto y vestido con un traje rosado, que contrastaba con su piel de color azabache, se detuvo delante de ellos con una amplia sonrisa.

—¿Señora Seeley Harris? —preguntó. Su familiaridad indicaba que se conocían. La cara le resultaba familiar pero su memoria no conseguía situarla—. ¿No se acuerda de mí? —añadió enseñándole unos dientes grandes y blancos.

El joven tenía unos veinte años y debía medir más de metro ochenta. Estaba musculado y llevaba el pelo alisado y cortado a la europea, con una raya a un lado y algo de gomina. Sus zapatos estaban lustrados y la camisa blanca limpia. En el brazo llevaba un portafolios de piel de gacela. Alice pensó que tenía el mismo aspecto y actitud que los abogados primerizos de Londres.

—¿Le conocemos, joven? —preguntó John entre cordial y defensivo.

—Soy Étienne, ¿*wanga*?

El recuerdo la dejó paralizada. El puzle del pasado es una criatura extraña. Pero cuando encaja, la alegría que provoca es capaz de detener el tiempo.

Lo recordó joven, tímido, cantando en una de las últimas filas de la iglesia donde asistió a la primera misa en África. Era el niño que entonaba los himnos con una pasión efervescente, y que un día, simplemente se esfumó.

—¡Étienne! —exclamó.

—Así es, señora Seeley Harris —respondió él, formal.

Le estrechó la mano.

—Reverendo Harris —añadió el joven, e hicieron lo mismo.

—¿Os conocéis? —preguntó John.

—No te acordarás, pero Étienne estuvo en el primer sermón que diste en Matadi, cuando preparábamos nuestro viaje a Leopoldville.

—¿De veras? Eso sí que es una coincidencia. ¿Cómo está, joven?

—Estupendamente, reverendo.

—Hace años que no ejerzo —respondió John con una pizca de falsa modestia.

Alice se dio cuenta de que, aparte de aquel encuentro, nunca había pasado más de diez minutos seguidos con aquel niño. Siempre distante y al que ningún familiar nunca echó en falta. Hacía mucho tiempo que todos estaban muertos. Él era el último de su árbol genealógico.

—Es un honor volver a verla, señora Seeley Harris. Admiro mucho su trabajo. Hay quien todavía no me cree cuando les cuento que, cuando era un rapaz, tuve el honor de cantar por nuestro señor Jesucristo a su lado. Reverendo, su discurso en la comisión de investigación sirvió para que muchos despertáramos. Ojalá hubiese estado allí para verlo.

—¿Qué denominación, si me permite la pregunta?

—Baptista protestante, como ustedes, aunque ya no de la misma forma.

—¿Qué quiere decir? —preguntó John honestamente intrigado.

—Después de un tiempo de vuelta en casa entendí que el Dios cristiano solo es uno más, ni mejor ni peor. Aunque, en el fondo, todos son el mismo. Pero Jesucristo me ayudó a ser quien soy, así que todavía le sigo rezando. Aunque menos de lo que él quisiera, eso seguro. También practico los ritos de mis ancestros. Ellos creen que a Dios se le puede rezar directamente, sin la necesidad de intermediarios. Sin ánimo de ofender, por supuesto, reverendo.

—No lo hace. Continúe, por favor —respondió John.

—Consideramos que Dios está alejado de los asuntos de los hombres, al contrario de lo que creen en Europa. Los espíritus de nuestros ancestros son parte de la naturaleza, de los fenómenos naturales, de los desastres y la fortuna individual de los hombres. Si lo piensa, es una visión panteísta muy similar a la romana y a la

griega, con deidades para casi todo. No parece tan incivilizado, ¿verdad? Para nosotros, el Ser Supremo deja a los hombres un libre albedrío total sobre sus decisiones y consecuencias de sus actos. Dios no se inmiscuye en sus asuntos. El cristiano dice lo mismo pero a menudo hace lo contrario. Por eso los católicos creen en los milagros.

—Su instrucción es realmente impresionante, joven —dijo John sinceramente sorprendido—. ¿Pero se puede creer en las dos cosas?

—Sí, mientras vivas en los dos mundos. El problema es aprender a convivir, sobre todo si la balanza ya se ha decantado.

—Estoy de acuerdo —contestó John pensativo.

—Así que allí fue donde te marchaste. Estuvimos preocupados —dijo Alice.

—Los reclutadores de la Force Publique vinieron al orfanato y escapé por la ventana. No dejé de correr durante un día entero. Cuando me detuve, en medio de la selva, no sabía dónde estaba. Busqué un río, lo encontré y me interné todavía más. Fui a parar a un gran lago que, no sé cómo, reconocí. Ahora lo llaman Tanganica pero antes tuvo muchos otros nombres.

—Alice, quédate con el señor Étienne y yo voy a correos. La oficina está a punto de cerrar. Luego podemos encontrarnos en el restaurante del hotel Lamiere. Joven, ¿le gustaría almorzar con nosotros? Me encantaría escuchar su historia y lo que piensa de la nueva colonia. Parece que usted ha conseguido prosperar —dijo John.

—Lo siento, no me es posible. Debo acudir a mi clase de Derecho Romano. Pero será un placer acompañarla hasta la puerta del hotel, señora Seeley Harris.

—Alice, por favor, Étienne, me puedes llamar Alice —insistió ella al ver que la timidez que una vez le conoció seguía ahí. Nos vemos en el hotel, querido —le dijo a John, que asintió y miró de arriba abajo al joven.

—Bien, nos vemos allí. Y otra vez será, señor Étienne. Ha sido un placer —contestó extendiendo la mano hacia él.

—Es un honor, reverendo Harris. Es un honor —repitió. Le estrechó con las suyas mientras le sonreía con una integridad que desprendía luz propia.

Se pusieron en marcha, codo con codo.

—Cuéntame, ¿encontraste a alguien de tu pueblo? ¿Cómo reconociste el lago?

—A nadie, sigo siendo el último del árbol de mi familia. Hasta que encuentre una buena esposa, claro. —Sonrió.

—Dios te escuche —dijo Alice.

—Y ojalá ella también —respondió Étienne.

Alice no pudo evitar soltar una carcajada. El espíritu del joven era envolvente. Le alegraba ver que su corazón jamás se había quebrado.

—Siento mucho la desaparición de tu pueblo, Étienne —le dijo ella.

—Y yo, Alice. Encontré la aldea de mis padres. Durante mucho tiempo estuvo vacía y me quedé allí viviendo solo. Tenía comida de sobras y las patrullas ya no pasaban porque todo estaba vacío. Transcurrió el tiempo y pude comprobar por qué mis antepasados se establecieron allí. Otros supervivientes llegaron para vivir cerca del agua y explotar las tierras agrícolas que pertenecieron a mi pueblo. Los bosques y montañas nos proporcionaban una frontera natural.

Pronto volvimos a construir cabañas y surgió una aldea. Esta vez ya no hubo patrullas. Sin embargo, los esclavistas árabes me secuestraron. Me enviaron a trabajar a las minas de cobre y piedras preciosas de la provincia de Katanga. Allí hubo un gran alzamiento en 1905. Presencié cómo fue sofocado a base de balas y machetes. Volví a huir. Esta vez acabé de vuelta en Matadi. Una noche en la que estaba muy hambriento, casi desmayado, volví a la parroquia donde nos conocimos. Me dieron de comer, descansé y tras dormir dos días enteros empecé a ir a la escuela. Allí descubrí que el congoleño que llevaba dentro seguía vivo.

—¿Por qué? —le preguntó Alice, ensimismada.

—Porque mi espíritu me decía que al hombre blanco no se le combate con sus armas sino con sus Leyes. Por eso estudio para ser abogado —respondió con orgullo.

—¡Eso es extraordinario! Me alegro mucho por ti. Entonces, ¿crees que el Congo belga es mejor que el Estado Libre? Que nunca lo fue, por supuesto.

—Las matanzas masivas han terminado. No obstante, muchos de los pueblos que han sobrevivido siguen sin tierras, o se disputan las pocas que han quedado libres. La ley es para los dueños blancos y la policía no duda en matar. La Administración es blanca. Los grandes comerciantes que se lucran de los recursos también. No se ofenda. Sé que no todos los muzungus son iguales, pero nadie nos ha devuelto nada. Y la esclavitud del pasado simplemente se ha transformado en servidumbre y segregación. Dudo que en el restaurante del prestigioso hotel Lamiere dejen que me siente si no lo hago invitado por un blanco. Las cosas no han mejorado, Alice,

pero lo harán —dijo a la vez que se detuvo delante de la puerta del hotel.

—Tus palabras me apenan, Étienne. Eso es precisamente lo que temía antes de volver a tu maravillosa tierra.

—También es la suya, por todo lo que ha hecho —dijo el joven. Alice no pudo evitar sonrojarse.

—Cuando sea abogado, mi primera labor será postularme para la Administración y colocarme en el Gobierno. Luego me gustaría viajar a Bélgica y conocer ese país. Quiero entenderlo y ver quién hay detrás de los que disfrutan de nuestras riquezas. Después volveré a esta tierra para defender mejor a mi pueblo.

—Veo que tienes tus planes muy claros. Eso es siempre prometedor —le dijo Alice.

El botones del hotel los observaba. No estaba acostumbrado a ver a una mujer blanca hablar de igual a igual con un joven negro, ni aunque fuese trajeado.

—Es más que prometedor, es justicia.

—Tienes razón, Étienne. ¿Seguro que no puedes quedarte para almorzar?

—En otra ocasión, los exámenes para la abogacía son pronto. Debo marcharme o llegaré tarde a las clases —añadió descubriéndose la muñeca de la americana para ver la hora en su muy moderno reloj de pulsera—. ¿Cuánto tiempo se quedan en Leopoldville?

—Mañana partimos hacia Kasai y después iremos al Alto Congo. Vamos a revisitar los lugares donde trabajamos tantos años para ver qué ha sido de su gente.

—Ojalá todos los muzungus tuvieran tu sentido de la justicia —contestó él manteniéndole la mirada—. Es una pena que se marchen tan pronto.

—Lo es, de verdad.

—Los caminos del Señor son inescrutables, dice el libro, ¿verdad?

—Hasta que el ser humano decide cambiarlos —respondió Alice.

—Ni que lo digas. A veces creo que todo cambia para no hacerlo. Por eso creemos que cada sueño es nuevo —concluyó Étienne.

A Alice le pareció una de las frases más bellas que jamás había escuchado.

Nunca lo volvió a ver, pero supo de buena fuente que cumplió con su plan. Estuvo allí cuando, décadas después, el Congo se deshizo de las cadenas coloniales.

El objetivo de volver a la provincia de Kasai era ir en busca del pueblo baketi. Tomaron la misma ruta en canoa y a pie. Esta vez no hubo elefantes abriendo el camino, y el bosque de árboles bocabajo estaba cubierto de maleza.

Los tótems de madera estaban inclinados, partidos por la mitad o engullidos por las lianas. La columna de porteadores y mulas remontó la colina en la que, tiempo atrás, el hechicero baketi les dio permiso para entrar en la aldea.

El matrimonio sufrió una gran decepción al comprobar que hacía mucho tiempo que el asentamiento había sido abandonado. Los techos de las cabañas estaban colapsados. Algunas eran poco más que una montaña de cenizas y otras se habían derrumbado durante la estación de las lluvias.

Alice no tardó en encontrar huesos semienterrados bajo la hojarasca. Ya los vio en el pueblo situado a pocos kilómetros, donde, por primera vez, encontró las pruebas que confirmaban las matanzas en el Congo.

Fotografió los restos de la aldea mientras los porteadores plantaban las tiendas y encendían un fuego para cocinar.

Por la noche, Emmanuel, el capataz del grupo, se sentó con ellos delante de la hoguera. Conocía la zona y tenía buena mano con los porteadores, pero era menos ducho en sus tareas de lo que fue Elumbé Dickmann, el congoleño alemán que los guio la primera vez.

El matrimonio lo buscó en Leopoldville pero hacía años que se había esfumado. Algunos lo situaban en el África del este británica, al otro lado del continente. Otros decían que desapareció en la selva con una expedición en busca de diamantes.

—¿Sabes lo que sucedió aquí? —le preguntó John a Emmanuel.

—Según tengo entendido, el jefe baketi que vivía en esta aldea aceptó la invitación de unos misioneros. Cuando estaba de regreso al pueblo, un destacamento de la Force Publique siguió a su comitiva y encontraron el asentamiento —explicó el capataz—. El resultado lo pueden ver.

—¿Cómo? —espetó John.

La pareja se miró espantada. Alice se tapó la boca con la mano.

—¿Conocían la historia? —preguntó el capataz removiendo una lata de alubias que estaba calentando en las brasas.

Ninguno de los dos supo qué decir.

Habían visto muchos horrores y sobrellevado el peso de la culpabilidad por la familia dejada atrás. Habían sufrido enfermedades, melancolías y pesadillas. De alguna forma, tras las

campañas con Dene Morel, incluso llegaron a mimetizarse con el dolor de las víctimas. Sin embargo, no estaban preparados para verse como culpables.

—No esa parte —respondió John, que bajó la vista visiblemente afectado.

—Estuvimos...

John puso la mano en el muslo de Alice. No quería que se lo contase por pura vergüenza. Ella aceptó. Sabía que esa culpa la llevarían hasta la tumba.

—¿Qué pasó con el resto de los aldeanos? —inquirió ella.

—Los mataron. Usted misma ha visto los huesos esparcidos por el suelo. O los hicieron prisioneros y se los llevaron a la costa para comerciar con ellos. Los baketi eran un pueblo extraño. ¿Saben que solían plantar árboles bocabajo? Han pasado por delante en la entrada al poblado.

—Lo sabemos —contestó John.

—Muchas cosas han desaparecido en la selva —dijo el capataz.

—Mañana, ¿cuánto tardaremos en llegar a la próxima aldea? —preguntó John para cambiar de tema.

El reverendo retiró el cazo que estaba colgado de un tronco sobre el fuego en el que había cocinado un estofado silvestre con verduras y carne de búfalo ahumada.

—Unas diez horas a pie, si no hay ningún incidente —respondió Emmanuel.

—Gracias —dijo John sin prestarle mucha atención.

Al igual que Alice, el reverendo estaba reviviendo en su mente el día que pasaron en aquella aldea. Cada cara del pueblo baketi que recordaban les provocaba una punzada de dolor en el estómago.

Cuando llegó la hora de descansar se metieron en la tienda y apagaron la lámpara de aceite. El matrimonio se estiró sobre el colchón plegable, espalda con espalda. Permaneció en silencio. Los dos pensaban en lo mismo. ¿Tenían las manos manchadas de sangre? ¿El desconocimiento de sus actos reducía el peso del crimen o la culpa?

Ambos creían que su inocencia de recién llegados no era un eximente. Esa tribu había perecido por su invitación expresa y solo ellos lo sabían.

Lloraron hasta que el cansancio y el sueño los venció. Se durmieron con los brazos extendidos por detrás para cogerse de la mano.

Como recordatorio, o, penitencia, en las siguientes aldeas Alice se obsesionó con fotografiar el proceso de desaparición de las culturas tradicionales indígenas.

En una retrató a los últimos líderes tribales tradicionalistas. Posaban en fila con sus muchas mujeres, ataviados como lo hicieron sus ancestros, con colgantes, brazaletes, taparrabos, tocados de plumas y pinturas corporales. En otra fotografió a los jefes tribales convertidos a la moda y a las tradiciones europeas. Vestían trajes de lino blanco que les quedaban demasiado grandes o pequeños. Y sus mujeres, blusas y vestidos que se notaba que les resultaban incómodos.

A muchos de los jóvenes, en gran parte huérfanos criados en las ciudades nuevas y en las plantaciones, los barcos europeos les trajeron un nuevo tipo de decadencia moral. Sin identidad o

pertenencia, muchos se daban al alcohol. O formaban grupos tribales, más parecidos a bandas criminales que a las culturas de las que sus padres desaparecidos habían sido los últimos valedores. Alice intentaba fotografiarles para que no cayesen en el olvido para siempre.

La inglesa comprendió que Bélgica no solo le había robado el alma al Congo. Ahora, además, se dedicaba a enfrentar a sus pueblos para seguir sacándole el máximo rendimiento sin tener que pagar o respetar a sus habitantes.

La posesión de armas de fuego se había extendido por todo el territorio. Los jefes congoleños supervivientes, incentivados y a sueldo de las empresas que explotaban la colonia junto al Estado belga, se enfrascaban en guerras. La nueva potencia de fuego adquirida hacía que estas terminasen en matanzas parecidas a las que habían llevado a cabo las tropas de Leopoldo II. Antes de la llegada de los europeos, un conflicto que acababa con más de un muerto se consideraba una desgracia difícil de cuantificar. Luego se pagaba una compensación. Ahora los enfrentamientos eran sinónimo de aldeas enteras pasadas a cuchillo sin remordimientos.

Las guerras tribales hacían el trabajo sucio que antes estuvo en manos de la Force Publique. Esta seguía existiendo y estaba a cargo de la seguridad de la colonia con la misma crueldad que antes, aunque el mandato de exterminio fue revocado por los nuevos amos en Bruselas.

Los grandes reinos de los lunda se enfrentaron con los feudos de los luba. A su vez, algunos estados tribales pequeños como el kanyok, o el yaka de Kiamfu se hicieron enemigos de todo aquel que fuese diferente. En el bosque ecuatorial, lo que quedaba de los

reinos teke, kuba, mangbetu, zande y ngbandi se enfrentaban sin compasión en un salvaje todos contra todos. Las culturas que no habían desaparecido durante el reinado de Leopoldo II estaban camino de hacerlo.

La nueva Administración belga, al igual que su predecesora, no podía permitir las fronteras trazadas por los dueños originarios del Congo. Todo tenía que desaparecer, excepto el nombre de las regiones económicas con las que el difunto rey belga había dividido el territorio: Kwango, Kasai, Katanga, Abir, Anversoise y la región de Boma hasta Leopoldville. Ese era el nuevo mapa y solo cambiaría cuando a los propietarios europeos les conviniese.

Hicieron el viaje hacia Balolo en un vapor de línea que tenía aires de atracción turística. La embarcación estaba llena de pasajeros blancos residentes de Boma y Leopoldville que acudían a visitar sus propiedades, muchas de ellas arrendadas al Estado. Alice se sentía como una intrusa. Se alegró al desembarcar.

John nunca dejó de estar en contacto con la Unión de Misioneros. Eso fue de gran ayuda para organizar las expediciones a lo largo del río Lulanga, por donde se accedía a las misiones de Ikau y Baringa, y al resto de la región que habían conocido y explorado.

Al ver las orillas de Ikau, Alice pensó en la promesa de Impongi. «Estaré aquí esperándolos», les dijo al despedirse. Parecía que había pasado una vida desde aquello. ¿Seguiría allí, estaba vivo? En las misiones no sabían nada de él ni de Anna. En todos los muelles abarrotados en los que amarraron para llegar hasta el Alto Congo, buscaba sus caras ansiosamente. Pero no tuvo suerte.

Alice llevaba consigo tanta película que pudo dar rienda suelta a la fotógrafa que llevaba dentro. Aunque tenía un extraño sabor de boca que le recordaba al de la carne de cisne: un manjar agrio antiguamente reservado para los reyes europeos.

En cuanto se internaron en la selva, a Alice le pareció la misma entidad esplendorosa de siempre. Pero algo había cambiado. Revivir las experiencias pasadas mientras se adentraban por el bosque sin senderos, rodeados de la penumbra, sin ver la luz del sol durante días, le devolvió a un estado de euforia.

Más aún cuando sacaba la Kodak de la trillada lata y se sentía capaz de utilizarla sin el miedo de los primeros viajes. Sin embargo, le costaba encontrar a los sujetos. El bosque estaba mucho más vacío. A menudo caminaban por lugares donde sabían que antes hubo aldeas con mil o dos mil habitantes. Todos estaban abandonados y la selva los había engullido.

Los remeros que les transportaban rara vez cantaban. Durante el tiempo en el que surcaron docenas de ríos y sus afluentes no vieron ni una carrera de canoas. Años atrás fue el deporte nacional. El riego sanguíneo que daba vida al Congo también se había vaciado. Los motores de combustión sustituían a los remos.

Lo mismo sucedía con los grupos de porteadores. Su aspecto no era el mismo. Los collares y brazaletes ya no distinguían su origen y los viajes que habían realizado a través del territorio. Casi todos vestían con camisa y pantalones abombados. Algunos llevaban botas. A Alice le extrañó. Nunca consideró el calzado como una señal del fin de una forma de vida, pero lo era.

En los largos y aburridos viajes en canoa, John tomaba notas. La mayoría de la población parecía concentrarse alrededor de las

plantaciones y los campos agrícolas. La fiebre del caucho congoleño, desbancado por el sudamericano, hacía tiempo que había terminado. Sin embargo, las riquezas del Congo seguían siendo su maldición. Ahora el frenesí comercial estaba orientado hacia la extracción del aceite de palma. Miríadas de nativos trabajaban en los cultivos hasta desfallecer. No tardaron mucho en constatar que seguían sin derechos, una paga justa o el mínimo trato como seres humanos.

Ya no eran misioneros y tampoco representaban a una organización internacional. Alice fotografiaba para ella y tomaba notas para otro libro que firmaría John. Se titularía *Condiciones actuales en el Congo*. Estaría ilustrado con dieciséis de sus imágenes. Meses después, el manuscrito apenas vendería unas copias en Gran Bretaña. El rey Leopoldo II era historia. Sin embargo, en la colonia del Congo esta se repetía como una pesadilla cíclica. Un infierno que iba y venía como la marea.

Alice concluyó que en esa tierra tan inmensamente rica como aislada, cada vez que alguien encontrase una riqueza sin parangón, esta sería extorsionada a través de su gente. Su maldición era que la naturaleza no para de ofrecer tesoros.

En lo más profundo de la selva, algunas costumbres del mundo antiguo seguían existiendo como reliquias de un museo. Entre ellas la poligamia, contra la que tanto habían predicado durante sus primeros años como misioneros. Alice la seguía reprobando, aunque esta vez prefirió fotografiarla a dedicarse a pontificar entre los nativos. Esa forma de vida establecida en el Congo durante milenios estaba a punto de terminar. Ellos eran los últimos herederos. Ya no se trataba de fotografiar para denunciar las desigualdades, locales o

foráneas, que continuaban esclavizándolos. Ahora lo importante era retratar un tipo de existencia a la que le quedaba un par de alientos.

Algunas de sus mejores imágenes tribales surgieron de aquellos intensos meses. A pesar de que hacía años que no pisaba la jungla, un sentimiento de veteranía le ayudaba a sacar la Kodak sin timidez, aunque llevase tantos años inactiva.

La llegada a Baringa fue dramática. Allí todos sus temores se hicieron realidad.

El pequeño pueblo que los acogió con los brazos abiertos, donde Alice despertó al mundo con la fotografía de Nsala, ya no existía.

Los métodos presuntamente civilizados que aplicaba el nuevo gobierno solo perpetuaban el desplazamiento de los congoleños de sus hogares originarios. Así era cómo Bruselas pretendía desenraizarlos de sus organizaciones sociales y someterlos a las nuevas leyes coloniales.

Las fotografías de Alice probaban que, diez años antes, Baringa había sido una aldea próspera con miles de habitantes. Llena de actividad, comercio y un mercado al que acudían pueblos venidos desde más allá del lago Tanganica. Sin embargo, toda esa vida había desaparecido. No quedaba ni rastro de la aldea, de su cabaña, la escuela o la enfermería de la misión. En su lugar solo había una gran plantación de caucho, caña de azúcar y cacao. Anna e Impongi y todos los demás se habían esfumado para siempre.

Su fiel guía con muletas jamás podría cumplir su promesa.

Para reunir a toda la gente que quedó sin hogar en Baringa, la Administración de Boma construyó una pequeña ciudad a media

hora a pie de la plantación regentada por el Estado. Estaba lejos del bosque y tenía calles como las urbanizaciones europeas.

Alice sabía que esa era otra forma de control. En las ciudades el Gobierno belga podía controlar a la población en puntos específicos del mapa. Si estaba desperdigada por la selva, no pagarían el tributo al Estado por cualquier actividad que llevasen a cabo. Ese era el objetivo último.

El matrimonio no tardó en enterarse de que Bruselas había puesto al mando de la región al subteniente Albert Longtain, el último superviviente del regimiento de monsieur Soigné. Ahora ostentaba el rango de coronel del Ejército belga. Desde la muerte de Leopoldo II, Longtain había escalado los rangos a una velocidad prodigiosa gracias al nuevo gobierno.

De esta manera, uno de los representantes de la comitiva de la Force Publique durante la comisión de investigación, en la que la organización y sus jefes habían salido escaldados, se encargaba del territorio que habían destruido.

Lo peor de todo era que la investigación ordenada por el monarca fue la única iniciativa internacional de un Estado que, en realidad, había indagado en los crímenes cometidos en el Congo. Desde entonces, las atrocidades habían caído en el olvido. La gran mayoría de culpables seguía en sus puestos o les habían concedido ascensos y trabajos mejores. El dinero seguía comprando el silencio y la lealtad ciega.

Después de varios meses de viaje por el Alto Congo, la desértica Baringa supuso el punto de retorno. Desde allí el matrimonio inició el

descenso por el río para el largo trayecto de vuelta a casa.

En el camino de regreso, Alice esperaba encontrar al hombre que había cambiado su devenir en África. El tiempo se agotaba.

Desde que desembarcaron en Boma preguntó por Edward Vilah en todas las ciudades, aldeas y puestos comerciales. No consiguió ni una pizca de información. Al cazador se lo había tragado la tierra. Algo muy propio de él.

Al final fue John quien encontró a un hombre que conocía la historia de los últimos días de leyenda de Edward Vilah.

El vapor en el que viajaban estaba rellenando las bodegas de carbón en la estación comercial de Bonginda. Desde allí viajarían a Leopoldville, y, dos días después, embarcarían camino de Inglaterra.

—¡Alice, este hombre dice que sabe quién es Edward! —le gritó desde un tenderete del muelle donde regateaba para comprar una piel de leopardo.

La fotógrafa estaba junto al grupo de estibadores negros vestidos con monos de trabajo azules y guantes. Cargaban una remesa de colmillos gigantescos. Algunos pesaban más de cien kilos.

En cuanto oyó el nombre se dio la vuelta y aceleró el paso hasta el badulaque de pieles.

—¿Conoce a Edward Vilah? —le preguntó ansiosa al tendero.

—Yo no, pero ese sudanés de allí sí. Se llama Khalid —respondió, y señaló hacia un hombre vestido al estilo árabe con una chilaba y un birrete bordado.

Alice salió disparada hacia él mientras John aceptaba el precio inicial que el tendero le pedía por la piel. Una forma de pagarle por la información.

El sudanés parecía ser el jefe de un grupo de hombres que cargaban varias bestias salvajes en un vapor. Alguien así tenía que conocer a Edward, aunque en vez de abatir animales se dedicase a capturarlos para luego mandarlos a los zoológicos de medio mundo. La fauna congoleña iba camino de la extinción. Sus bestias se estaban convirtiendo en una rareza digna de admiración. Por ello, en vez de protegerlas, ahora las metían en jaulas. Para Alice era triste comprobar que el alma de los occidentales seguía siendo tan turbia como siempre.

—Hola, señor Khalid, perdone que le moleste. Vengo del pueblo de Baringa. Estoy buscando...

—Ese sitio ya no existe. ¿Quién es usted? ¿La conozco? —la cortó el sudanés.

—Lo sé, vengo de allí —repitió ella cortésmente—. Me llamo Alice y soy fotógrafa, aunque hace años era misionera en esa aldea.

Entonces la inglesa cayó en la cuenta. El día en que Edward la había visitado en Ikau, el hombre que tenía delante estaba allí. Era el hermano de Mohammed, el inseparable compañero del soldado veterano.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el comerciante de animales.

—Busco al señor Edward Vilah.

—Alá lo bendiga. El hombre que mató a mi hermano cayó bajo el cuchillo del señor Vilah. Fue un desgraciado llamado teniente Van Clacken. Lo abrió en canal y después me trajo el cuerpo de Mohammed. Nunca lo olvidaré.

—¿Van Clacken?

Alice se sorprendió. Ese nombre no se le había olvidado. Ni lo haría hasta el día de su muerte. Ese era el oficial que ordenó a los askaris disparar contra ella y John en la misión de Baringa. No los asesinaron por muy poco. ¿Y Edward lo había matado? ¿Había sido una venganza por lo que les había hecho? Alice tenía que encontrarlo.

—¿Está Edward por aquí? —preguntó excitada.

De repente, el sudanés se quedó muy quieto y apartó la vista.

—Siento ser yo quien le dé la noticia, señora. Edward está con Dios, aunque seguro que no le gustaría que dijese eso. A veces todavía creo que aparecerá detrás de un árbol con su escopeta y su sonrisa salvaje.

—¿Muerto? ¿Cómo dice? ¿Muerto? —repitió ella.

Edward no era joven, se maltrataba el cuerpo y tenía muchas heridas viejas que nunca cicatrizaron del todo. Pero Alice nunca imaginó que su hora estuviese cerca. Tenía un aura de invencibilidad que no había sentido con nadie más, ni siquiera con Roger Casement.

Khalid asintió y la miró a los ojos llorosos.

—Dios mío, Edward —dijo Alice, que se derrumbó por dentro.

—La verdad es que no creía en el Dios cristiano, ni en ningún otro. «Si hay algún ser Todopoderoso, esos son los animales» —dijo Khalid imitando su voz ronca y los gestos lentos, siempre cansados de Edward—. «Cada vez que matamos a uno nos llevamos un pedazo del alma de Dios. Cuando ya no quede ninguno vivo, entonces sí que estaremos solos para siempre» —acabó la frase con una mirada hacia el cielo, como si el propio Edward pudiese escucharle—. Era un cazador muy extraño. Aunque lo fue más al

final. Ojalá hubiese estado allí para ayudarle. Habría muerto con él, el Profeta es mi testigo —afirmó llevándose una mano al corazón.

—¿Puede contarme lo que le ocurrió? —le preguntó Alice.

—Está bien, vayamos a tomar un té —contestó Khalid.

Le indicó con la mano un pequeño establecimiento entre dos hangares para mercancías. Dentro, varios comensales árabes y europeos disfrutaban de sus bebidas y unas shishas con tabaco de sabores.

—La historia la sé por lo que viví, por lo que otros me contaron y gracias a las últimas palabras de uno de los cabos de la Force Publique, que estaba allí el día de su muerte. Luego me encargué de él con un cuchillo. Este —señaló la daga que llevaba en el cinto con toda naturalidad—. Sucedió hace tres estaciones de las lluvias en las regiones más alejadas del río Rubí.

Alice lo escuchaba atentamente. Cuando el camarero se acercó le dijo que no con la mano. Khalid pidió un té de menta.

—Edward estuvo siguiendo a una gran manada de elefantes de la selva, que son más pequeños y escasos que los de la sabana, para una partida de cazadores norteamericanos. En realidad se había propuesto ponerles todos los palos posibles en las ruedas. Desde la muerte de mi hermano Mohammed sentía un odio ciego hacia los cazadores, aunque él lo había sido toda la vida. Sin embargo, tenía razón. Esos animales ya son más difíciles de encontrar que las piedras preciosas que hay en las aguas del río Rubí. Edward siguió a la mandada y, como se negó a llevarlos a un buen lugar para abatirla, la expedición de europeos que comandaba lo abandonó.

»Los hombres volvieron y prometieron informar a las autoridades. Según ellos, estaba cometiendo un fraude. Pero Edward se burló en su cara y siguió a los elefantes durante semanas. Se alimentaba de las plantas de la selva porque ya no quería comer carne. Seguramente perdió peso y fuerzas. Cuando un nuevo grupo de cazadores descubrió el rastro de los elefantes, se lanzaron sobre las presas. Entonces Edward apareció como un demonio salvaje, según dijo el cabo, que acompañaba a un pelotón del cuerpo destinado a la seguridad de los cazadores blancos. Entre ellos había varios altos oficiales de la Force Publique. Las noticias sobre los elefantes de la selva corrieron como la pólvora. Son muy raros y valiosos, por lo que muchos querían adjudicarse el trofeo.

Algo llamó la atención de Khalid y detuvo su relato.

—¡No, ese león va al puerto de Nueva York! —gritó e hizo ademán de dirigirse a ellos con un gesto amenazador. Alice le puso la mano en el hombro y el sudanés se detuvo al instante.

—Por favor, señor Khalid, sé que es un mal momento, pero, por favor, le ruego que termine su relato.

—Claro. Lo siento, señora.

—Antes de que sigas, ¿sabe quiénes eran los oficiales blancos?

—No todos, pero algunos sí. Edward se enfrentó a unos peces gordos. Un tal monsieur Soigné, un jefe enviado por Bruselas. Le acompañaba un loco conocido como sargento Rugueux y otros cazadores blancos.

El primer nombre volvió a iluminarle una de las lucecitas de la memoria. Khalid hablaba del poderoso enviado de Leopoldo II. El que se hizo pasar por comerciante de gemas durante una cena en Coquilhatville para engañarlos e invitarlos a una expedición.

Ignoraba con qué fines. Luego reapareció como jefe de la delegación de la Force Publique durante la comisión de investigación en Ikau. El hombre al que John se había enfrentado y defenestrado con sus testimonios irrevocables delante de los jueces. Aunque luego siguió al mando. No había vuelto a pensar en él. Se preguntaba si seguía siendo el azote de la colonia y el brazo armado de sus amos.

—El cabo me contó que cuando apareció delante de ellos, Edward vestía harapos y tenía la barba y el pelo rubios muy largos. «Parecía un loco salvaje», dijo. Se les acercó gritando y con el rifle en alto. Cuando estuvo a su lado, los encañonó y les advirtió que él era el protector de esa manada y de todos los animales en la región.

»Les advirtió que, si no se marchaban de inmediato, debían atenerse a las consecuencias. Que a partir de ahora los animales disparaban de vuelta. Entonces desapareció. Lo tomaron por loco. Al día siguiente abatieron a una de las hembras más viejas. Edward no tardó en vengarse. Se apostó en una colina sobre su campamento y mató a dos de ellos. Un cazador blanco y un askari fueron abatidos.

»Encabezados por ese monsieur Soigné, el resto de la partida y los soldados se pusieron en marcha buscando venganza. En total debían ser unos treinta hombres —la emoción hacía palpitar el pecho de Alice—. Edward se emboscó como el diablo blanco que podía ser. Abatió a diez con su viejo rifle Enfield de repetición, entre ellos dos cazadores blancos, antes de que lo rodeasen en una colina. Luchó varias horas y mató a dos más. Al llegar la noche, sus perseguidores encendieron varios fuegos por miedo a los leopardos y los leones. De esos últimos también quedan muy pocos. Creían que los felinos, acorralados por el fuego, acabarían con él. Pero no

sabían que por aquel entonces, y para sorpresa incluso de los nativos, Edward y las bestias ya eran uno.

Alice estaba aguantando unas irremediables ganas de llorar. No de pena sino de pura rabia. Sabía cómo iba a acabar el relato de Khalid, pero en su interior seguía habiendo un resquicio de luz y de esperanza. Esperaba un resultado diferente.

—Como las bestias no acabaron con él, enviaron a cuatro askaris. Los mejores combatientes entre sus filas, uno de ellos el guardaespaldas de monsieur Soigné. Pretendían cortarle el cuello al amparo de la luna cubierta por las nubes.

—¿Qué más sabes de ese jefe?

—No mucho, excepto que cayó en desgracia con sus superiores en Bélgica, sobre todo después de la muerte del rey.

Y seguramente por el fiasco de la comisión de investigación, pensó Alice.

—El segundo día de lucha amaneció con tres cabezas clavadas en una pica con símbolos pintados con sangre en sus frentes —continuó Khalid—. El cabo me dijo que eran como triángulos con un ojo dentro. Al guardaespaldas lo encontraron moribundo debajo de un árbol chamuscado y sujetándose la tripa abierta con las manos. Aseguró que había herido gravemente a Edward. Fueron sus últimas palabras.

Alice se estremeció.

—¿Dónde le hicieron daño?

—No lo sé, señora Alice —admitió Khalid—. Pero debía de ser una herida seria. Encontraron su rastro de sangre pero ningún cuerpo.

»Al caer la noche, los cazadores pensaron que debía estar muerto y una fiera se había llevado el cuerpo. Pero por la mañana otros dos

askaris aparecieron degollados, y uno de los cazadores blancos con apenas un hilo de vida colgado de un árbol. Llevaban el mismo símbolo del ojo pintado en la frente.

—¿Por qué les pintaba ese símbolo? Según tu descripción, parece algo masón. No sabía que Edward estuviera interesado por esas cosas —dijo Alice, y se dio cuenta de lo poco que en realidad lo conocía.

—No sé quiénes son los «masón» —contestó Khalid.

—Un grupo de gente que dice haber visto lo que hay detrás de la luz de Dios y que cree que esta es humana y no divina.

—Entiendo —dijo Khalid—. Edward era un hombre inteligente, eso seguro. Sabía que el mayor enemigo de un soldado es lo que no puede predecir o cuantificar. Después de ver las nuevas cabezas, muchos de los askaris huyeron. El cabo se quedó con otros tres askaris. Ese monsieur Soigné le ofreció una bolsa de diamantes. Los cazadores blancos también decidieron abandonar la lucha, con la excusa de llevar a su compañero a un hospital. Tenían más miedo del que querían admitir.

»Estaba herido. No debía andar lejos y el uso del cuchillo indicaba que probablemente se había quedado sin munición. Su jefe ofreció mil francos más por su cuerpo. A Rugueux, el sargento blanco de la Force Publique, se le ocurrió una idea.

»Los ejemplares que quedaban de la manada de elefantes no andaban lejos. Los encontraron y empezaron a darles caza, sobre todo a las crías, a las que mataron a bayonetazos mientras chillaban. El sargento obtuvo lo que quería solo que no de la forma que esperaba. Edward apareció junto a una gran cascada. Se había quitado la ropa y pintado el cuerpo de barro para confundirse con el

terreno. Al verlo, Rugueux echó a correr hacia él revólver en mano. Los askaris y el monsieur le siguieron. Ninguno vio la trampa que había preparado. Aprovechó un gran agujero en el suelo donde clavó estacas y lo cubrió con hojarasca.

Alice no quería admitirlo pero deseaba que al final todos acabaran muertos y Edward sobreviviera. Pero sabía que no iba a ser así.

—El sargento cayó y quedó ensartado como un cerdo. Murió lentamente —dijo Khalid saboreando el momento—. El cabo askari también resultó herido. Una estaca le atravesaba la pierna. Consiguió arrastrarse hasta un árbol mientras el resto de sus compañeros desertaban. El dinero y los diamantes les iban a servir de poco si estaban muertos. Ese puerco me aseguró que desde allí vio el final de todo.

Alice volvió a estremecerse. A lo lejos, John le hacía señales con la mano. Sacó su reloj de bolsillo y lo alzó. El vapor ya estaba cargado. Era hora de seguir el viaje hacia Inglaterra. Estaban a punto de zarpar. Alice alzó la mano para indicar que lo había entendido.

—¿Y qué vio? —preguntó ella, impaciente.

—El cabo escuchó como monsieur Soigné decía: «Estoy cansado de esta maldita incompetencia». Y entonces procedió a quitarse la chaqueta blanca de su traje de lino, la corbata y el sombrero. Lo colgó todo de un árbol, se descalzó, metió los calcetines en los zapatos, y se arremangó la camisa. Entonces cogió un machete y gritó:

»—¡Seas quien seas, da la cara y acabemos esto!

»—¡Estoy aquí, *bula matadi*! —dijo Edward.

»Estaba a menos de veinte pasos. Iba desnudo, tenía los ojos rojos como los de un demonio. Sangraba mucho de un costado. En

la mano tenía un cuchillo. El askari, que aún estaba aterrorizado, dijo que parecía un hombre de barro creado por la madre naturaleza para vengarse de ellos.

»El cabo vio que empezaron a luchar como perros rabiosos. Nada de danzas de cuchillos o floretes sacados de las novelitas que tanto le gustaban a Edward. Aún guardo algunas en mi vapor. Lucharon como animales. Intentaban asestarse cuchilladas mortales. Se mordieron, se tiraron de los pelos, se golpearon con palos y piedras. En el cuerpo a cuerpo todo pasa muy rápido y muy lento, es algo difícil de expresar —dijo Khalid recordando sus tiempos de guerrillero en el Sudán—. La lucha los llevó hasta el borde de la cascada. Allí forcejearon.

»Ese maldito Soigné debía ser un gran guerrero. Le hizo un corte en el pecho que hubiera partido a cualquier hombre, según el cabo. Cuando iba a rematarlo en el suelo, dejándose llevar por su vanidad, le acercó la boca al oído para mandarlo al infierno personalmente. —Alice se agarró a la silla, no quería escucharlo—. En ese instante, Edward le cogió de la cabeza y le apretó los dedos pulgares en los ojos hasta que se los hundió dentro de las cuencas. Monsieur Soigné lanzó un alarido de muerte. Antes de derrumbarse lo agarró y ambos cayeron por el borde de la cascada. Así acabó todo. Tiempo después estuve allí. La caída era de más de cincuenta metros. Nadie puede sobrevivir a eso —sentenció Khalid apesadumbrado.

—¿Buscaron los cuerpos?

—Los cazadores que sobrevivieron tardaron en informar de lo sucedido. Para cuando llegaron las autoridades, solo encontraron los cuerpos de los askaris. Dieron por sentado que monsieur Soigné y Edward habían sido pasto de las corrientes o los cocodrilos del río.

En esa zona conocen la carne humana. Yo recorrí la cascada y el río Rubí en busca de algún rastro. Nunca lo encontré.

Alice le cogió de las manos. Como musulmán devoto que era, no le estaba permitido tocar a una mujer que no fuese la suya, pero se las sostuvo. Ambos se miraron deseando la misma imposibilidad: que de alguna forma hubiese sobrevivido.

—Al final ese maldito loco me escuchó y se dedicó a defender la fauna. Muchas gracias, Khalid —dijo Alice para despedirse.

Le soltó las manos y se secó las lágrimas recordando la conversación que tuvo con Edward en el porche de Baringa. En el muelle, John volvía a hacerle señales.

Antes de marcharse, no pudo resistir una última pregunta.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que...?

Alice no osó terminar la frase. La ilusión vacía solo causa dolor, pensó.

—Esa caída era demasiado para cualquier hombre —reflexionó Khalid asaltado por un breve instante de esperanza—. Ojalá, señora Alice, pero lo dudo —y volvió a la realidad negando con la cabeza.

—Ahí es donde empieza la leyenda de Edward Vilah —dijo Alice con orgullo.

El sudanés sonrió.

—Seguro que eso le hubiera gustado —concluyó Khalid mientras Alice se levantaba.

—Le agradezco su tiempo —se despidió ella limpiándose las mejillas con un pañuelo rojo y negro.

Unos días después el matrimonio zarpó rumbo a Inglaterra. Alice pasó en cubierta gran parte del viaje de regreso, siempre con los ojos perdidos en el océano azul turquesa, inmenso, eterno y sin memoria. Las olas ya no susurraban cantos de aventura, sino la añoranza del hogar. El Congo que abandonaba ya no era el lugar que conocieron casi quince años atrás.

Allí, sola, con los brazos apoyados en la barandilla y sintiendo la brisa marina, se preguntaba: ¿ha terminado nuestra labor?

Seguramente no, pero ya no le quedaban más fuerzas. No todos los seres humanos podían ser tan fuertes e incombustibles como Edward o su recuerdo. ¿Lo sería el suyo?, pensaba mirando al mar como si esperara a que este le devolviera la mirada. ¿Pervivirían sus fotografías para que el holocausto del Congo no volviera a repetirse? Aunque este aún no había terminado. ¿Habían servido de algo todo el sufrimiento y toda la alegría? ¿Abandonar a su familia para jugarse la vida por unos desconocidos?

Alice sabía que sus tribulaciones no tenían respuesta. Como tampoco la tenía otra cuestión que le hacía sufrir: ¿sería capaz de adaptarse a su nueva vida en Inglaterra como madre y ama de casa? Era consciente de que ya no era una mujer corriente. Encajar de nuevo en la burguesía inglesa la aterrorizaba.

Por la noche, mientras John era víctima de sus habituales y zozobrantes mareos —con el tiempo aprendió que solo le sobrevenían cuando estaba en alta mar—, Alice se sentó en una silla de mimbre muy similar a la que había ocupado Edward cuando se conocieron en el transatlántico SS Cameroon. Allí disfrutó del silencio y la brisa nocturna. A menudo le venía a la mente la imagen del cazador reconvertido en guerrillero defensor de la fauna. Lo podía

ver, como si fuera ayer, sentado delante de ella con un vaso de whisky en la mano y su sonrisa petulante, demasiado cansada para ser egocéntrica.

En su interior, Alice deseaba que una rocambolesca jugada del destino le hubiese ayudado a sobrevivir a la caída por la cascada. Quería imaginar que Edward pasaría el resto de sus días en algún lugar intocable de la selva virgen, un valle perdido donde vivir en paz con sus pecados.

Ojalá hubiese brindado con aquel viejo soldado, aunque solo hubiera sido una vez, pensó. Le alegraba saber que, al menos, al final de su existencia terrenal, el corazón de Edward se había vuelto a llenar de vida.

En algún momento pensó en rezar una oración solitaria por su amigo, pero enseguida desechó la idea. Simplemente miró hacia el cielo estrellado y dijo:

—Adiós, querido Edward, gracias por todo. —Y lloró en silencio.

38

MI PALABRA ES TODO LO QUE TENGO

A LAS AFUERAS DE LONDRES, 1913

Poco después de desembarcar en Inglaterra, el matrimonio abandonó la casa Harley. Toda la familia se trasladó a las afueras de Londres, a East Dulwich. Se establecieron en el número 191 de la calle Grove, en una casita que llevaba tanto tiempo allí que hasta tenía su propio nombre: Worcester Lodge.

Pronto las semanas y los meses se confundieron.

Cuando miraba hacia los paisajes de la campiña londinense, en sus espacios abiertos y cielo gris Alice solo podía ver el infinito africano rodeado por el canto de los pájaros. La selva seguía en ella, su horror y su belleza.

A menudo, mientras John atendía en el jardín la pequeña colmena de abejas que se había construido, o cuando jugaba con los niños, Alice los observaba. Su imagen desaparecía y la jungla volvía para cubrirlo todo con su manto verde lleno de vida, croando, piando, rugiendo, aullando y gritando por todas partes.

Estaba aquí y estaba allá. Era mitad fotógrafa y mitad madre, sin ser capaz de sentirse una de las dos cosas plenamente. Ese era el reto de su nueva vida.

Una mañana el cartero del pueblo se presentó en bicicleta para entregarle una carta certificada. Alice estaba sentada en un pequeño sofá de mimbre con Noel en su regazo y un libro en la mano. En la simplicidad había encontrado la grandeza.

John y los niños, que estaban jugando, se detuvieron al ver el funcionario. Sobre todo Freddie, que no escondió su cara de asombro y traición. Su madre se lo había prometido. Sabía que cuando una carta de aquellas llegaba a casa significaba que volvían a quedarse solos. El niño se cruzó de brazos y caminó hasta su madre.

La carta era de la Sociedad Geográfica Suiza. Alice era la invitada de honor para celebrar su contribución directa en la lucha por los derechos de los habitantes más olvidados del Congo: las mujeres. Por ese motivo le pedían impartir una serie de conferencias y discursos. Querían que utilizase sus fotografías y retratos de las tribus que ya no eran más que un recuerdo que, a veces, le parecía irreal.

En concreto, le pedían que reprodujese algunas conferencias que ya había impartido en Londres con mucho éxito bajo el nombre *Navegando en canoa en el África occidental; 5.000 millas por tierra y agua; Con la cámara en África Occidental* y *Tribus primitivas del África Central: sus costumbres y tradiciones populares como nacimientos, matrimonios, muertes y danzas*.

También la invitaban a una gira por el país para dar más conferencias, asistir a almuerzos, cenas y recepciones en Ginebra, Neuchatel y Lausana. Participarían los mejores académicos del país, aseguraba la carta. La Liga Suiza del Congo incluso quería nombrarla presidenta por un día para que dirigiese su asamblea.

Alice se dio cuenta de que Freddie estaba a su lado y la miraba punitivo, como lo habría hecho un jefe tribal de Bololo.

En cuanto le diese las noticias a John, este empezaría a hacer las maletas. Un honor así no se podía rehusar. Y ella tampoco quería hacerlo. No se trataba de la medalla, sino de mantener vivo el recuerdo del Congo.

—¿Qué sucede? —preguntó John con Katherine en los brazos.

—Noticias de Suiza —respondió Alice—. Te alegrará saber que la Sociedad Geográfica va a honrar mi trabajo en el Congo, el nuestro —se apresuró a corregirse.

John sonrió. Sin su esposa, la Asociación nunca hubiera sido capaz de derrotar a Leopoldo II. Aunque el mundo desconocía quién era, y él no había contribuido a lo opuesto, la cámara Kodak de Alice fue el arma que derrotó al monarca más rico y poderoso de toda Europa. El periodismo había cambiado el mundo, aunque tanto John como Alice aprendieron que también podía destruirlo.

—Me alegro, Alice. Te lo mereces —le dijo.

Freddie seguía en silencio. Su cara era un poema.

—No me voy, cariño, nos vamos —le dijo Alice—. Mi palabra es todo lo que tengo y lo prometido es deuda. No me volveré a marchar, Freddie.

Su hijo de la selva cambió de expresión.

—¿Vamos a ir con vosotros a Suiza? —preguntó Margaret.

—¡Bien! —exclamó Katherine alzando los brazos mientras el pequeño Noel daba palmadas en brazos de su madre.

—¡Será una aventura! —aulló John, mirando a Alice y guiñándole un ojo.

—Ya veréis cuando papá se suba al barco para cruzar el canal, siempre se marea y se pone verde —dijo ella imitando un bamboleo.

Los niños se rieron con la boca abierta. Freddie esbozó una sonrisa y Alice se arrodilló delante de él y le besó en la mejilla.

—Gracias por la paciencia que has tenido. Ya eres un hombrecito. Estoy muy orgullosa de ti, Alfred. En Suiza podrás ver por qué nos fuimos tanto tiempo —añadió.

—Ya sé por qué —respondió el niño.

—Ah, ¿sí? —dijo ella acariciándole el pelo.

—Para hacer fotografías y ayudar a la gente de África.

—Eso es, hijo mío. Ya no tengo ningún secreto para ti —le dijo dándole otro beso.

—Mamá, a veces todavía sueño con hombres negros y una señora a la que llaman Anna. Y ríos, muchos ríos llenos de vegetación.

—Me alegro —respondió Alice abrazándolo, todavía con Noel en los brazos.

La fotógrafa rompió a llorar porque su niño de la selva aún tenía el espíritu de la jungla y sus gentes en el interior. Pero sobre todo porque su hijo la había llamado «mamá».

—¿Cuándo nos marchamos? —preguntó Katherine, que seguía exultante.

—La semana que viene —explicó John.

—¡Bien! —exclamó Noel, que alzó los brazos sin entender muy bien de qué estaban hablando.

Todos se rieron y John volvió a jugar con los niños. Esta vez Freddie se les unió.

Alice volvió a sentarse en la silla. Les observó y pensó que el jardín de la recientemente estrenada casa de Worcester Lodge bien

podría ser un trozo del Edén.

Noel volvía a estar en su regazo. Pocas veces se despegaba de ella. A veces la inglesa bromeaba con que se parecía a uno de los monos titís con sus crías. Por alguna razón eso hacía que el niño se desternillase.

Alice cogió el libro que había dejado encima de la mesa.

—Este me lo regaló mi padre, tu abuelo Alfred —le dijo a Noel. Le enseñó el título de la portada en la que se leía *Recompensas y Hadas*—. Tiene uno de mis poemas favoritos.

El niño señaló hacia su hermano mayor.

—No ese Alfred, otro. El que me hizo a mí para que yo te hiciera luego a ti —le dijo acariciándole la mejilla.

—Se titula «Si...» y lo escribió un aventurero y escritor que se llama Rudyard Kipling. Lo he leído muchas veces, aunque creo que solo ahora lo entiendo del todo. ¿Quieres que te lo lea? —le preguntó a Noel. El pequeño la miraba ensimismado con los ojos muy abiertos y babeando.

Alice mojó un pañuelo con la lengua y le refregó la barbilla hasta que Noel se quejó.

—Ves, la poesía es mejor. Escucha, cariño:

> Si puedes conservar la cabeza cuando a tu alrededor todos la pierden
> y te echan la culpa; si puedes confiar en ti mismo cuando los
> demás dudan de ti, pero al mismo tiempo tienes en cuenta su duda;
>
> si puedes esperar y no cansarte de la espera, o siendo engañado
> por los que te rodean, no pagar con mentiras, o siendo odiado
> no dar cabida al odio, y no obstante no parecer demasiado bueno,
> ni hablar con demasiada sabiduría...

Si puedes soñar y no dejar que los sueños te dominen;
si puedes pensar y no hacer de los pensamientos tu objetivo;
si puedes encontrarte con el triunfo y el fracaso
y tratar a estos dos impostores de la misma manera;

si puedes soportar el escuchar la verdad que has dicho: tergiversada
por bribones para hacer una trampa para los necios, o contemplar
destrozadas las cosas a las que habías dedicado tu vida
y agacharte y reconstruirlas con las herramientas desgastadas...

La fotógrafa alzó la mirada y se le encogió el corazón al ver a su familia junta y disfrutando del verdadero paraíso en este mundo, el amor. La emoción no lo dejaba leer con frialdad, aunque la poesía nunca había sido escrita para eso. Siguió leyendo.

Si puedes hacer un hato con todos tus triunfos y arriesgarlo to
de una vez a una sola carta, y perder, y comenzar de nuevo por el principio
y no dejar de escapar nunca una palabra sobre tu pérdida;
y si puedes obligar a tu corazón, a tus nervios y a tus músculos
a servirte en tu camino mucho después de que hayan perdido su fuerza, e
xcepto la Voluntad que les dice «¡Continuad!».

Si puedes hablar con la multitud y perseverar en la virtud
o caminar entre reyes y no cambiar tu manera de ser;

—¡Mamá, ven a jugar con nosotros! —gritó Margaret.

—Que te pillo, ven aquí, diablo —exclamó John tronchándose a la vez que Katherine se zafaba y reía a carcajadas, caía al suelo y empezaba a rodar sobre sí misma en la hierba—. Alice, ayúdame, por favor —aullaba John mientras Margaret se le lanzaba al cuello y Freddie los miraba y se reía a todo pulmón.

—Ahora vamos. Ya veréis lo que es bueno, ¿verdad, Noel?

El niño sonrió y dio unas palmadas excitado.

—Aunque no dejemos al señor Kipling con la palabra en la boca. El poema acaba diciendo:

> si ni los enemigos ni los buenos amigos pueden dañarte,
> si todos los hombres cuentan contigo pero ninguno demasiado;
> si puedes emplear el inexorable minuto recorriendo una distancia
> que valga los sesenta segundos, tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
> y lo que es más, serás un hombre,
> hijo mío.

Alice suspiró. Tenía ganas de llorar. Las palabras de Kipling daban significado a su extraordinaria andadura por el país de las pesadillas. El horror vivido permanecería con ella y así debía ser para no olvidarlo. África y la fotografía eran parte de su alma, aunque ya no eran las fuentes que la nutrían.

Miró a Noel, pero el niño estaba más interesado en lo que hacían sus hermanos que en las palabras del poeta.

—Quién necesita a Dios o a la poesía cuando se puede ir a jugar, ¿verdad? —le dijo haciéndole una carantoña.

Su hijo balbuceó varias veces «emanos», y extendió los brazos para indicar que quería ir a divertirse con ellos.

—¿Crees que Dios y la poesía son la misma cosa? —le preguntó aupándolo—. ¿Acaso importa saberlo? —añadió Alice corriendo y riendo con Noel en brazos para unirse al barullo del jardín.

FIN

NOTAS HISTÓRICAS

ALICE SEELEY HARRIS (1870-1970)

La pionera de la fotografía documental murió el 24 de noviembre de 1970 a la edad de 100 años en el hogar de ancianos Alvernia, en Guildford, Surrey, cerca de su casa al sur de Inglaterra. Siguiendo la tradición cuáquera, su tumba solo tuvo una piedra lisa como lápida hasta que, veinte años después de su fallecimiento, dos de sus nietos colocaron una sencilla placa con su nombre y las fechas en las que vino y se marchó de este mundo.

Su cuerpo yace junto al de su hermana Caroline. A pocos kilómetros, en Frome, su marido también duerme el sueño eterno junto a la hija de ambos, Katherine Harris Shworth, muerta cinco años después de su madre.

El funeral se celebró en Ifield al estilo cuáquero: sin servicio ni formalidades religiosas. Solo una persona de las veinticinco que asistieron se levantó para hacer algunos comentarios inspirados. Después se ofreció una taza de té en una casa cercana en la que ni siquiera había una fotografía de Alice.

El trabajo fotográfico de Alice Seeley Harris sigue protegido por la organización Anti-Slavery International, que es la continuación de la Sociedad Contra la Esclavitud y Protección de los Aborígenes, con sede en Brixton, Londres, donde muchos de los originales de las imágenes realizadas por la pionera del fotoperiodismo humanitario duermen en un archivador de cartón con demasiado polvo encima.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) realizó diversas conferencias para oficiales del Ejército y varias unidades que iban a ser destinadas al teatro de operaciones del centro de África.

Su vida y legado han sido olvidados y oscurecidos por la historia, a menudo ingrata, pero sin cuya cámara jamás hubiésemos visto el horror que se desencadenó durante el genocidio europeo del Congo, el cual sigue vivo en las fotografías de Alice.

El que olvida el pasado, está condenado a repetirlo.

JOHN HOBBIS HARRIS (1874-1940)

El reverendo Harris murió repentinamente, a la edad de 65 años, por una hemorragia cerebral el 30 de abril de 1940 en el jardín de su casa. Fue autor de varios artículos contra la esclavitud y de diversos libros. Según prueban diversas declaraciones de Alice y varios documentos, el más famoso de ellos, *Amanecer en la África más oscura*, fue escrito por su esposa. Presumiblemente, ella también tuvo mucho que ver con la autoría de los siguientes: *Razas indígenas y condiciones de paz* (1916), *El imperio colonial perdido de Alemania y los fundamentos de la reconstrucción* (1917), *África: ¿esclava o libre*? (1920) y *La iglesia cristiana y la discriminación racial* (1923), entre otras publicaciones. Todavía hoy muchas de las fotografías tomadas por Alice le son atribuidas y utilizadas bajo su nombre.

Sus aspiraciones políticas nunca llegaron a buen puerto. Desde 1910 fue secretario organizador de la Sociedad de Protección contra la Esclavitud. Esta asociación lo llevó a retomar la política activa. Fue presidente de la Asociación Liberal de Dulwich y disputó un escaño

parlamentario por Camberwell North West como miembro independiente del Partido Liberal en las elecciones generales de 1922. Parte de su campaña, ideada por Alice, estuvo basada en demandar el derecho al voto de todas las mujeres. Desde 1918, el Gobierno había decretado que solo podían concurrir a los comicios con una edad mínima de treinta años. Quedó en tercer lugar con el 19,5 % de los votos. Lo volvió a intentar en las elecciones de 1924 y fue elegido miembro liberal del Parlamento por North Hackney. Sin embargo, perdió su escaño en las elecciones generales de 1926. El reverendo Harris no se dio por vencido e intentó recuperarlo en las generales de 1929 y 1931. Perdió en ambas y se retiró de la política británica.

Harris fue nombrado caballero en la lista de Honores de Año Nuevo de 1933 por sus servicios a la Sociedad de Protección contra la Esclavitud y los Aborígenes. El trabajo de su esposa fue obviado, aunque recibió el título de Dama (Lady), que luego famosamente utilizaría para su frase feminista «¡No me llaméis dama!» ante la prensa inglesa cuando su marido recibió el título.

EDMUND DENE MOREL (1873-1924)

La Asociación que fundó permaneció activa hasta después de la cesión del Congo a Bélgica, en 1908. Se disolvió por la falta de fondos en 1913. Fue uno de los primeros periodistas de la historia en actuar de manera independiente de los poderes políticos y económicos, gracias a su incansable actividad pública. Sus

actividades como escritor y periodista le llevaron a fundar medios, el más destacado el *West African Mail*.

Sus obras *El reinado del rey Leopoldo en África* (1904), *Caucho Rojo* (1906), *La historia del floreciente comercio de los esclavos del caucho en el Congo en el año de gracia* (1907) fueron fundamentales para acabar con el control del monarca belga. Consiguió de ese modo crear un movimiento que movilizó a toda Inglaterra, cualquiera que fueran sus tendencias políticas o confesionales, con la notable excepción de los católicos. Escritores como Arthur Conan Doyle o el estadounidense Mark Twain participaron activamente en la campaña.

Siempre fue un antibelicista convencido, motivo por el que, llegada la Primera Guerra Mundial, fue apartado y vilipendiado en la opinión pública. Durante el conflicto fue cofundador de la Union of the Democratic Control que se opuso a la participación de Gran Bretaña en la contienda. Sus posiciones políticas lo llevaron incluso a la cárcel.

Se granjeó muchos enemigos. Las controversias sobre los objetivos y la cuestión de la responsabilidad colonial de la guerra, sumadas a su opinión abierta y pública de que el conflicto era una locura, lo desplazaron del panorama. Las listas de bajas eran tan largas que las familias inglesas ya no quisieron saber nada sobre el dolor de otros, y así sería durante mucho tiempo. El genocidio de Leopoldo II desapareció de la memoria de Europa y fue reemplazado por los que estaban por venir. En África nunca lo olvidaron, ni lo harán hasta que el expolio termine.

Tras la guerra, Morel volvió a la vida política y consiguió un escaño por el Partido Liberal en el Parlamento británico en 1922. Los

cofundadores de la UDC le propusieron como candidato al premio Nobel de la Paz, que nunca le fue concedido.

ROGER CASEMENT (1864-1916)

Los escritos y el trabajo de Roger Casement, junto al de Edmund Dene Morel están considerados como los precursores de organizaciones como Human Rights Watch y Amnistía Internacional. El apuesto irlandés errante hizo honor a su apodo. Su trabajo continuó en África denunciando las desigualdades de las potencias vecinas y las propias en los territorios ingleses en el este y el sur de África, donde las tribus también estaban siendo diezmadas por el poder colonial británico, el cual se erigía como fuerza civilizadora. La historia se repetía con otros actores.

Como consecuencia, en 1906, el Foreign Office lo mandó tan lejos como pudo; concretamente, a Brasil como cónsul general en Río de Janeiro para mantenerlo ocupado; no obstante, pronto se las ingenió para ser asignado como representante consular de una comisión que investigaba el maltrato de las tribus amazónicas por las empresas madereras y del caucho. En 1905, fue nombrado Compañero de la Orden de San Miguel y San Jorge por su labor en África. Y, en 1911, recibió el título de caballero por sus esfuerzos en favor de los indios amazónicos.

Lo que el Gobierno británico desconocía es que, desde 1904 y en secreto, se unió a los independentistas radicales del Ulster. El irlandés errante nunca se olvidó de su casa ni de su patria chica, Irlanda.

Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, se trasladó en secreto a Alemania, donde ratificó un tratado con las autoridades de Berlín para el reconocimiento de la República Irlandesa, a cambio de ser una espina en el costado de Inglaterra durante la contienda. También intentó reclutar a dos mil irlandeses entre los prisioneros de guerra para formar una brigada y combatir a los ingleses en el frente occidental.

Fue arrestado cuando volvía a Irlanda después de que la aduana inglesa descubriera el cargamento de armas que llevaba consigo para los rebeldes irlandeses que luchaban por la independencia del Gobierno británico. Fue despojado de todos sus honores y condenado por alta traición.

El Gobierno inglés lo asesinó en la horca de la prisión de Pentonville el 3 de agosto de 1916 cuando tenía 51 años. Luego lo enterraron en cal viva en el cementerio de la parte trasera de la prisión. Antes de abandonar el mundo, el irlandés errante habló por última vez de la necesidad de permitir a los hombres «cantar sus propias canciones», y «recoger los frutos de su propio trabajo». Le hablaba al mundo de todas las formas de esclavitud. Dijo que preferiría ser un rebelde que formar parte del sistema opresor.

ESTADO LIBRE DEL CONGO (1885-1908)

Tras la disolución del dominio privado de Leopoldo II, la colonia fue anexionada por el gobierno de Bélgica en noviembre de 1908. Políticamente, solo fue un cambio de dueños. La colonia pasó a estar administrada por un gobernador general con base en Boma,

ayudado por varios vicegobernadores generales. En Bruselas, se formó un Consejo Colonial compuesto por catorce miembros. Ocho eran designados por el rey, tres eran escogidos por el Senado y otros tres por la Cámara de Diputados.

El Congo belga fue uno de los mayores exportadores de uranio a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, la mayor cantidad extraída especialmente de la mina de Shinkolobwe, que fue fundamental para el programa nuclear estadounidense. En la década de 1950 aún subsistían los trabajos forzados, la esclavitud y los abusos contra la población en el Congo.

La colonia alcanzó la independencia en 1960, para transformarse en el Zaire bajo la égida del dictador Mobutu Sese Seko. El país se vio sometido a un gobierno autoritario, violento y cleptócrata, que arruinó la economía del Congo. La caída de este último provocó el inicio de una grave guerra civil que degeneraría en una conflagración continental, en la cual intervinieron fuerzas armadas de más de siete países, dejando como trágico saldo más de cuatro millones de muertos. El resultado fue la intervención de la ONU con sus fuerzas de paz, que todavía están en el país. La República Democrática del Congo sigue sumida en una guerra devastadora, olvidada y de la que muchas empresas internacionales se lucran. El expolio de los recursos naturales continúa.

LEOPOLDO II

El monarca, que todavía sigue siendo reverenciado por muchas instituciones de Bélgica y cuenta con estatuas y bustos por todo el

país, nunca pagó por sus crímenes. Sus herederos siguen disfrutando de la fortuna que amasó ordenando el asesinato de millones de personas. Bélgica sigue ocultando muchos documentos sobre el holocausto en el Congo, pero los más importantes fueron destruidos por orden del monarca. Por eso la fotografía de Alice Seeley Harris es un testimonio tan importante. En Tervuren, a las afueras de Bruselas, sigue abierto el museo real de África Central, que posee una de las colecciones de arte y objetos africanos más importantes del mundo. Sin embargo, el holocausto del Congo sigue casi obviado en sus salas. En 2005, se realizó en la exposición *La mémoire du Congo*, donde solo se reconocían parcialmente los numerosos crímenes coloniales, y se destacaban los aspectos positivos de la colonización. Apenas existe ningún monumento en Bélgica que recuerde a las víctimas, y muchos belgas siguen pensando en Leopoldo II como en el gran Rey Constructor. Los palacios, edificios y monumentos que mandó edificar están teñidos con la sangre congoleña, aunque una nueva generación de belgas está despertando ante el engaño filantrópico de un tirano que fue el origen de un horror y caos cuyas consecuencias todavía se hacen sentir en todo el centro de África.

FORCE PUBLIQUE

El brazo armado y la bayoneta con la que se amputaron millones de extremidades congoleñas no desapareció con la cesión a Bélgica del Congo, donde continuó el sistema represivo que la organización había instaurado en el territorio. Su violencia extrema se prolongó

durante el período de la Administración belga. Aunque el caucho dejó de ser la principal exportación del Congo, pronto se hallaron nuevas riquezas naturales, especialmente en la provincia de Katanga. El cuerpo militar comandado por tropas nativas, oficiales belgas y mercenarios volvió a ser el encargado de supervisar los trabajos forzados empleando medidas represivas que incluían el uso indiscriminado del chicote en las minas de cobre, oro y estaño.

La Force Publique continuó utilizando métodos de reclutamiento muy similares y durante la Primera Guerra Mundial sufrió numerosas bajas en sus enfrentamientos con las tropas del África Oriental alemana (actual Tanzania).

Ejerció una represión salvaje contra los movimientos independentistas y contra los activistas sociales que luchaban para acabar con los maltratos y las persecuciones en el país, hasta su disolución en 1960.

* «Es un dulce honor morir por la patria».

* «Hombre del gobierno».

* «Jesús me ama».

* «¡El caucho es la muerte, el caucho es la muerte!».

* «Un anarquista individualista, ¿entiendes? rata de cloaca, esbirro del dinero. no tienes alma, a mí la historia me recordará y tu nombre será poco más que mierda en el barro».

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com